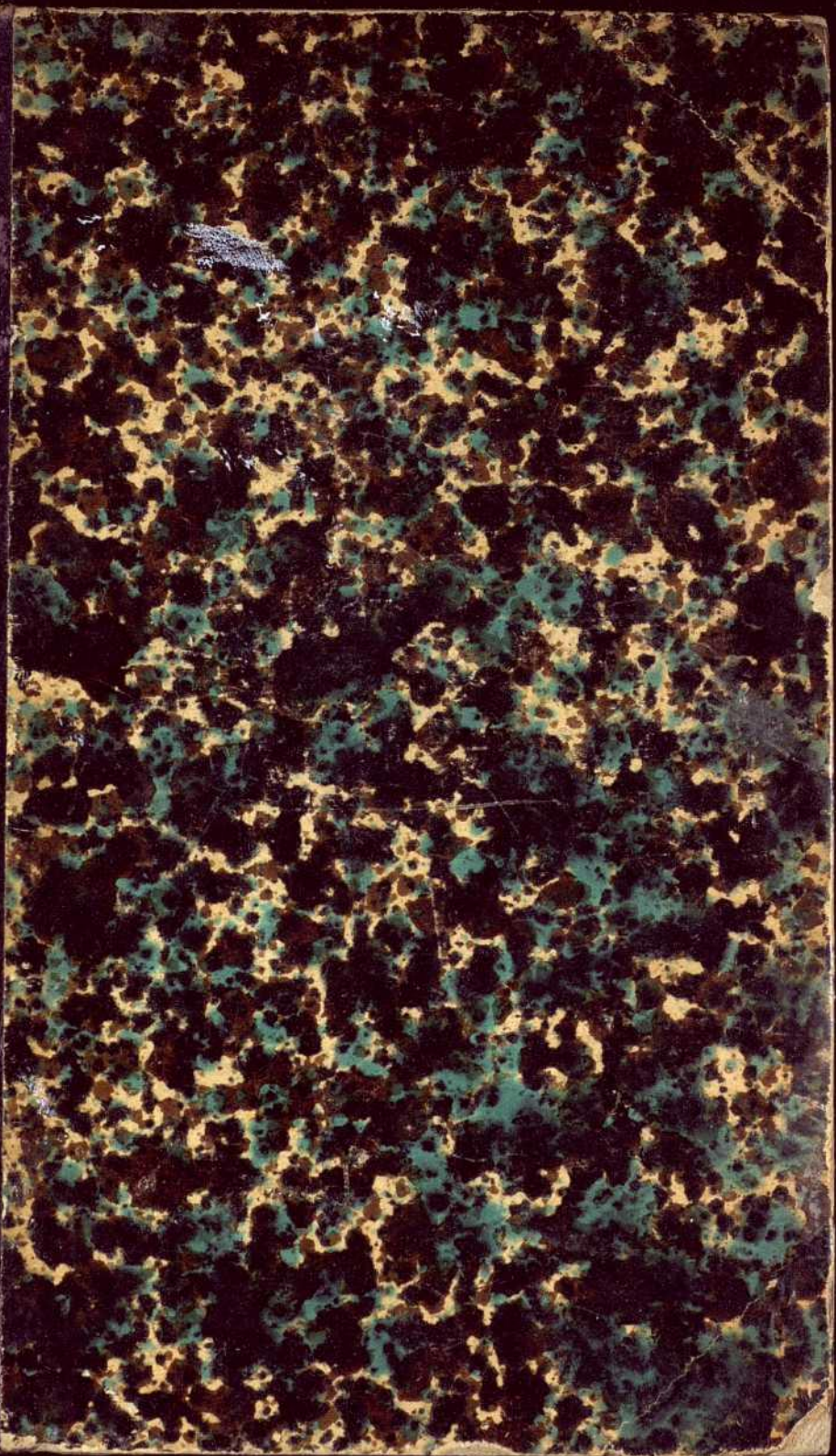


Historia
de
la
Ciudad

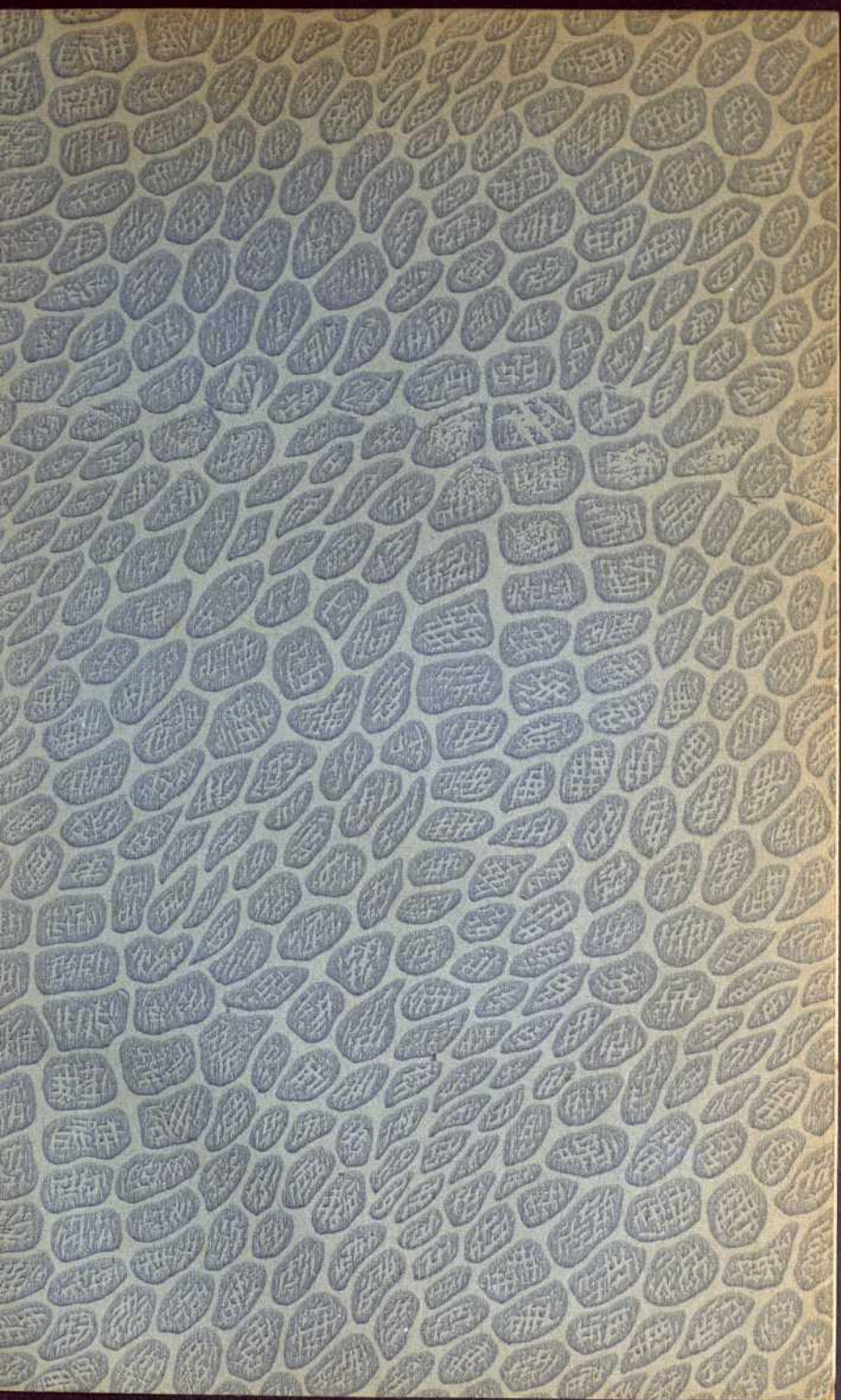
plencia
14
6

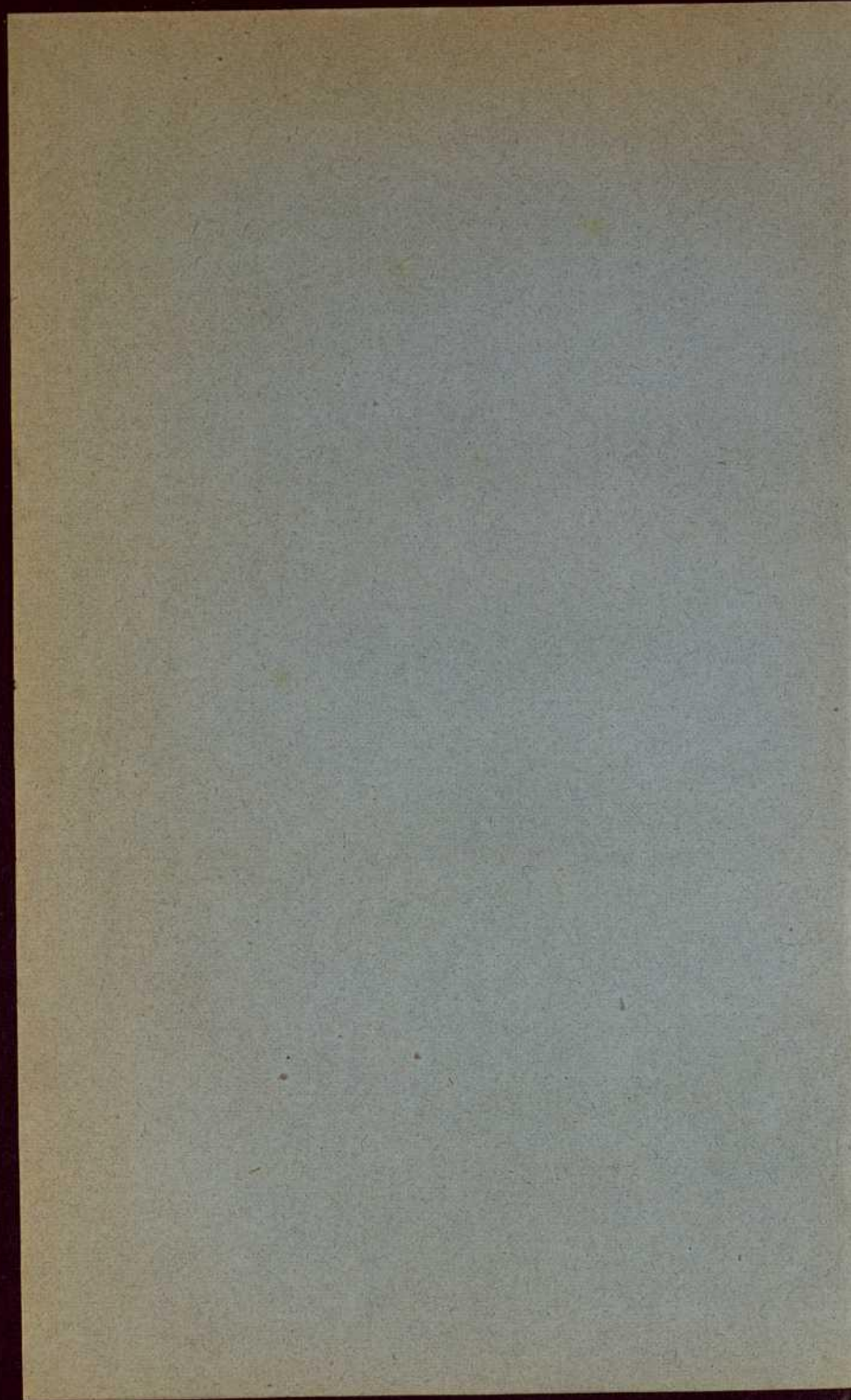




50000493478

Bibl. General i Històrica





MEMORIAS

DE

ULTRA-TUMBA.



2863

MEMORIAS

DE
ALFONSO-ALVARO

D-114
296

MEMORIAS

DE

ULTRA-TUMBA,

DEL

VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

—•••—
Tomo IV.
—•••—



VALENCIA:

IMPRENTA

DE D. MARIANO DE CABRERIZO,

(Editor)

1850.

522892
842892



MEMORIAS

ULTRA-TUMBA.

INCOGNITO DE CHATELAIN

Tomo IV.



VALENCIA

DE LA BIBLIOTECA DE CHATELAIN

1820



493468
493478

MEMORIAS

DE

ULTRA-TUMBA.

La revista. — Disolucion de la guardia nacional. — Disolucion de la cámara electiva. — La nueva cámara. — Negativa de cooperacion. — Calda del ministerio Villéle. — Contribuyo á formar el nuevo ministerio, y acepto la embajada de Roma.

La Delfina y la duquesa de Berry fueron insultadas al dirigirse á la revista; el rey fue jeneralmente bien acogido: sin embargo, una ó dos compañías de la sexta lejion gritaron: »¡Mueran los ministros! ¡mueran los jesuitas!» Ofendido Carlos X, contestó: »Yo he venido aqui para recibir »homenajes, no lecciones.» Le ocurrian con frecuencia palabras llenas de dignidad y de nobleza, que no siempre sostenia con la fortaleza que hubiera sido de desear: su alma era atrevida, pero tímido su carácter. Al volver Carlos X á su palacio, dijo al mariscal Oudinot: »El efecto to- »tal ha sido satisfactorio. Si hay algo de cizaña, la masa »de la guardia nacional es buena: hacedle saber que que- »do contento de ella.» En esto llegó M. Villéle: al retirarse las lejiones habian pasado por delante del ministerio de hacienda, y gritado: »¡Abajo Villéle!» de modo que irritado ya el ministro por todos los ataques precedentes, no pudo contener los movimientos de su cólera, y propuso al consejo la disolucion de la guardia nacional. Esta proposicion fue apoyada por M. M. de Corbiere, Peironet,

Damas y Clermont-Tonnerre, y combatida por M. de Chabrol, el obispo de Hermópolis y el duque de Doudeauville. Publicóse el decreto del rey mandando la disolucion; golpe el mas funesto de cuantos sufrió la monarquía antes del que recibió con las jornadas de Julio. Si en el momento de éstas no hubiese estado disuelta la guardia nacional, no se hubieran levantado las barricadas. El duque de Doudeauville dió su dimision, y escribió al rey una razonada esposicion, en que le anunciaba el porvenir previsto ya por todo el mundo.

El gobierno comenzaba ya á temer; los periódicos revelaban su audacia, y se les oponia, segun costumbre, un proyecto de censura; hablábase al mismo tiempo de un ministerio La Bourdonnaye, en que figuraria M. de Polignac. Yo habia tenido la desgracia de hacer nombrar á Polignac embajador de Lóndres, á despecho de cuanto pudo decirme M. de Villéle, que en esta ocasion vió mejor y de mas lejos que yo. Pero al entrar en el ministerio, me habia apresurado á hacer algo en obsequio del hermano mayor del rey. El presidente del consejo, previendo un cambio próximo de reinado, emprendió la obra de reconciliar á los dos hermanos; obra que le salió bien, mientras que la única vez que me acordé en mi vida de ser fino, no hice mas que una necesidad. Si M. de Polignac no hubiera sido embajador, no hubiera sido nombrado despues ministro de negocios extranjeros.

Sitiado por una parte M. Villéle por la oposicion realista liberal, importunado por otra por las exigencias de los obispos, engañado por los prefectos á quienes consultaba, y los cuales eran á su vez víctimas tambien del engaño, resolvió disolver la cámara electiva, á pesar de que contaba todavia en ella con trecientos votos. El restablecimien-

to de la censura precedió á la disolucion. Yo ataqué con mas vigor que nunca: las oposiciones se unieron; las elecciones de los colejos pequeños fueron todas contra el ministerio; la izquierda triunfó en París; M. Royer-Collard fue nombrado en siete colejos, y el ministro Peironet fue desechado en dos, en que se presentó como candidato. Iluminóse de nuevo la ciudad de París: hubo escenas sangrientas; se formaron barricadas, y las tropas enviadas para restablecer el orden se vieron precisadas á hacer fuego: de este modo se preparaban las últimas y fatales jornadas. En este intermedio se recibió la noticia de la batalla de Navarino; triunfo en que yo podia reclamar alguna parte. Siempre se ha visto á la victoria anunciando las grandes desgracias de la Restauracion; no parece sino que se desprendia con sentimiento de los herederos de Luis el Grande.

La cámara de los pares gozaba del favor del público por su resistencia á las leyes opresivas; pero no sabia defenderse á sí misma: asi es que se dejó llenar de hornadas, contra las cuales yo fui casi el único que levantó la voz. Le predije que aquellos nombramientos viciarían su principio, y le harían perder á la larga toda su fuerza en la opinion: ¿me he engañado por ventura? Aquellas hornadas, cuyo objeto no era mas que el romper la mayoría, no solamente han destruido la aristocracia en Francia, si que han venido á ser el medio que se utilizará contra la aristocracia inglesa, la cual se verá sofocada por una numerosa fabricacion de togas, y acabará por perder su herencia, como la ha perdido en Francia la dignidad de par desnaturalizada.

Reunida la nueva cámara, pronunció su famosa negativa de cooperacion; de modo que M. de Villèle, reduci-

do á la estremidad, pensó en despedir á una parte de sus cólegas, y entró en relaciones con M. M. Laffitte y Casimiro Perier. Los dos jefes de la oposicion de la izquierda prestaron oídos: encendióse la mecha; M. Laffitte no se atrevió á saltar el paso; la hora del presidente sonó, y cayó la cartera de sus manos. Yo me habia corrido al retirarme de los negocios; M. de Villéle lo recibió con indiferencia, y tuvo la veleidad de quedarse en la cámara de los diputados, partido que hubiera debido tomar; pero no tenia ni un conocimiento bastante profundo del gobierno representativo, ni una autoridad bastante grande sobre la opinion exterior, para jugar un papel semejante; asi es que los nuevos ministros exijieron su destierro á la cámara de los pares, y él aceptó. Consultado sobre algunos que reemplazasen el gabinete caido, indiqué á Casimiro Perier y al jeneral Sebastiani; pero mis palabras fueron perdidas.

M. de Chambrol, encargado de componer el nuevo ministerio, me puso á la cabeza de la lista; pero Carlos X borró mi nombre con indignacion. M. Portalis, el hombre de carácter mas miserable que hubo en ningun tiempo, confederado durante los Cien-Dias, arrastrado despues á los pies de la Lejitimidad, de la que habló cosas que hubieran avergonzado al mas ardiente realista, y que prodiga en el dia su ordinaria adulacion á Luis Felipe, fue nombrado guarda-sellos: M. de Caux reemplazó á M. Clermon-Tonnerre en el ministerio de la guerra; el conde Roy, el hábil artesano de su inmensa fortuna, fue encargado del de hacienda; mi amigo el conde de La Ferronnays tomó la cartera de negocios extranjeros; y en el ministerio del interior entró M. de Martignac, á quien el rey no tardó en detestar. Carlos X seguia mas sus gustos que sus princi-

pios; y al paso que rechazaba á M. de Martignac por su aficion á los placeres, amaba á Corbiere y á Villéle, que no iban á misa.

M. de Chabrol y el obispo de Hermópolis quedaron provisionalmente en el ministerio: este último vino á verme antes de retirarse, y me preguntó si queria reemplazarle en la instruccion pública: »Tomad á M. Royer-Collard, le dije yo: no tengo el menor deseo de ser ministro; pero si el rey quiere decididamente llamarme á su consejo, no entraré en él sino como ministro de negocios extranjeros, en reparacion del ultraje que tengo recibido. En el dia, sin embargo, no puedo tener la menor pretension en este ministerio, que se halla tan bien desempeñado por mi noble amigo.»

Despues de la muerte de M. Matthieu de Montmorency habia sido nombrado ayo del duque de Burdeos M. de Ribiere, el cual trabajaba desde entonces en la caida de M. de Villéle; porque la parte devota de la córte estaba sublevada contra el ministro de hacienda. M. de Ribiere me dió una cita en casa de M. de Marcellus, calle de Tarranne, para hacerme inútilmente la misma proposicion que me hizo mas adelante el abate Frayssinous. Por muerte de Ribiere le sucedió el baron de Damas en un encargo al lado del duque de Burdeos. Tratábase, pues, siempre del reemplazo de M. de Chabrol y del obispo de Hermópolis. El abate Jeutrier, obispo de Beauvais, fue instalado en el ministerio de los cultos, que se separó del de la instruccion pública, colocándose en éste á M. de Vatimesnil. Quedaba aun vacante el ministerio de marina, que vinieron á ofrecerme, y que no quise aceptar. El conde Roy me suplicó le indicase una persona á mi gusto, y escojida por mí en el círculo de mis amigos políticos; y le designé

á M. Hyde de Neuville. Faltaba únicamente encontrar un preceptor para el duque de Burdeos: el conde Roy me habló de ello, y en el momento me ocurrió M. de Chéverus. El ministro de hacienda fue corriendo á ver á Carlos X, y el rey le dijo: »Estoy conforme en que entre »Hyde en el ministerio de marina; pero ¿por que no lo »toma el mismo Chateaubriand? En cuanto á M. de Ché- »verus, seria una eleccion escelente, y siento no haberlo »pensado: si hubierais venido dos horas antes, era cosa »hecha: decidlo así á Chateaubriand; pero ahora está nom- »brado ya M. Tharin.»

M. Roy vino á noticiarme el resultado de su mision, y me añadió; »El rey desea acepteis una embajada: si »quereis, ireis á Roma.» Esta palabra Roma produjo en mí un efecto májico, y sentí la tentacion á que estaban espuestos los anacoretas en el desierto. Aceptando Carlos X en el ministerio de marina al amigo designado por mí, daba los primeros pasos; no podia, pues, negarme á lo que él exijia de mí, y consenti en alejarme aun otra vez. Ésta al menos me agradaba el destierro: *Pontificum veneranda sedes, sacrum solium*. Me sentí sobrecojido del deseo de fijar mis dias, y de volver á aparecer (aun por cálculo de cēlebridad) en la ciudad de los funerales, en el momento de mi triunfo politico. No hubiera levantado ya mi voz, sino como la ave fatídica de Plinio, para decir todas las mañanas *Salve* en el Capitolio á la Aurora. Tal vez seria tambien útil á mi pais el desembarazarse de mí: por el peso que yo siento adivino la grave carga que debo ser para los demas: los hombres de talento algo poderoso que se roen y enroscan dentro de sí mismos, fatigan á los demas: Dante coloca en los infiernos almas atormentadas sobre una cama de fuego.

El duque de Laval, á quien yo iba á reemplazar en Roma, fue nombrado para la embajada de Viena.

Exámen de una reconvencon.

Antes de dejar esta materia, me permitirá el lector que discurra un poco sobre mí mismo, y me alivie de un peso que me oprime. No sin disgusto he entrado en los detalles de mis largas contiendas con M. de Villéle; pero se me ha acusado de haber contribuido á la caída de la monarquía lejitima, y es justo que examine semejante acusacion.

Los acontecimientos que tuvieron lugar durante el ministerio de que formé parte, son de tal importancia, que lo enlazan con la fortuna comun de la Francia: no hay un solo frances á quien no haya alcanzado el bien que he podido haber hecho, ni el mal que yo he sufrido. Por consecuencia de ciertas ajilidades estravagantes é inesplicables, por efecto de relaciones secretas que unen á las veces los altos destinos con los destinos mas vulgares, en tanto han prosperado los Borbones, en cuanto se han dignado escucharme; por mas que esté yo muy lejos de creer con el poeta, que *mi elocuencia haya hecho una limosna á la corona*. En el momento en que han creído deber romper el rosal que crecia á los pies del trono, se ha ladeado la corona, y venido al suelo en seguida: muchas veces, sin mas que arrancar una pequeña rama de yerba, se hace desplomar una grande ruina.

Cada uno explicará como querrá estos hechos incontestables; si dan á mi carrera política un valor relativo, que no puede tener en sí misma, no por eso me envaneceré, ni sentiré tampoco una maligna alegría de la casua-

lidad que liga mi nombre de un dia á los acontecimientos de siglos. Por varios que hayan sido los accidentes de mi carrera aventurera, adonde me han conducido los nombres y los hechos, el último horizonte del cuadro es siempre terrible y triste:

Juga cœpta morosa
Silvarum, visæque canes ululare per umbram.

Pero si la escena ha cambiado de un modo deplorable, á nadie debo de acusar, segun se dice, mas que á mí mismo; puesto que para vengarme de lo que me ha parecido una injuria, lo he dividido todo, y esta division ha producido el último resultado la destruccion del trono. Veamos si esto es cierto.

M. de Villèle ha declarado que no se podia gobernar ni conmigo ni sin mí. Lo primero es un error; en lo segundo decia la verdad en la fecha en que hablaba, porque las opiniones mas diversas me habian formado una mayoría.

El presidente del consejo no me ha conocido nunca: yo le profesaba un afecto sincero; yo le habia hecho entrar en su primer ministerio, como lo prueban la carta de gracias del duque de Richelieu y las demas que he citado arriba; y habia dado mi dimision de la embajada de Berlin cuando él se retiró. Pero se le hizo creer que en su segundo llamamiento tenia yo pretensiones á su plaza, lo cual es enteramente falso: yo no soy de esa clase de hombres sordos á la voz del sacrificio y de la razon; y lo cierto es, que no tengo ninguna ambicion, siendo esta principalmente la pasion que me falta, porque tengo otra que me domina. El hecho de suplicar á M. Villèle, como ha su-

cedido muchas veces, que llevase al rey algun despacho importante, para evitarme el trabajo de ir á palacio, y tener tiempo de visitar una capilla gótica en la calle de San Julian el pobre, hubiera podido servirle de garante contra mi ambicion, si hubiese juzgado mejor de mi pueril candor, y del desprecio con que yo miraba aquellas cosas.

Si se exceptua quizá el ministerio de negocios extranjeros, nada mas habia que fuese de mi gusto en la vida positiva; porque debo confesarlo, no era insensible á la idea de que la patria podria deberme la libertad del interior, y la independenciam en el exterior. Lejos de querer derrocar á M. de Villéle le habia dicho al rey: »Señor, M. de Villéle, es un presidente de grandes conocimientos, »que V. M. debe conservar eternamente al frente de su »consejo de ministros.»

M. de Villéle no lo conoció: mi entendimiento podia tener alguna tendencia á la dominacion, pero estaba sumiso á mi carácter, y yo encontraba un placer en esta obediencia, que me desembarazaba de mi voluntad. Mi defecto capital es el fastidio, el disgusto de todo, la duda perpétua; y si se hubiera encontrado un príncipe que comprendiéndome me hubiera retenido por fuerza en el trabajo, hubiera sacado quizá algun partido de mí: el cielo hace nacer juntos rara vez al hombre que quiere y al hombre que puede. En último resultado, ¿hay en el dia alguna cosa por la que quiera ninguno tomarse el trabajo de dejar su cama? Todo el mundo se duerme al ruido de los tronos que se desploman durante la noche, y que se ven barridos al dia siguiente delante de nuestra puerta.

Por otra parte, desde que M. de Villéle se separó de mí, se habia desordenado la política: el ultrasismo contra

el cual luchaba aun la sabiduría del presidente del consejo, la habia desbordado. La oposicion que experimentaba por parte de las opiniones interiores y por el movimiento de las exteriores, le habia irritado; y de aqui las travas puestas á la libertad de imprenta, la disolucion de la guardia nacional de París, &c., &c. ¿Debia yo dejar perecer la monarquía, para adquirir la celebridad de una moderacion hipócrita que estaba en acecho? Creí con la mayor sinceridad que cumplia un deber combatiendo al frente de la oposicion, demasiado atento al peligro que veia por una parte, y sin hacer gran caso del riesgo que se corria en la otra. Cuando cayó M. de Villèle, me consultaron sobre el nombramiento de su sucesor; y si siguiendo mi indicacion hubieran tomado á Casimiro Perier, al general Sebastiani y á M. Royer-Collard, hubieran podido sostenerse las cosas. No quise aceptar el ministerio de marina, é hice que se lo diesen á M. Hyde de Neuville; rehusé igualmente por dos veces el de instruccion pública, y jamás hubiera entrado en el congreso sin ser su presidente. Fui á Roma á buscar entre las ruinas mi otro yo; porque es preciso saber que hay en mi persona dos seres distintos, que no tienen ninguna comunicacion el uno con el otro.

Sin embargo, lo confesaré con toda lealtad: el ésceso del sentimiento no me justifica segun las reglas venerables; pero me sirve de escusa mi vida entera.

Oficial del rejimiento de Navarra, volví de las selvas de América para ponerme al lado de la Lejitimidad fujitiva, para combatir en sus filas contra mis propios principios y mi ninguna conviccion, por solo el deber del soldado. Permaneci ocho años en país extranjero sumido en la mayor miseria.

Pagado este largo tributo, volví á Francia en el año

1800; Bonaparte me buscó, y me colocó; pero á la muerte del duque de Enghien, me sacrificó de nuevo á la memoria de los Borbones. Mis palabras sobre el sepulcro de las hermanas del rey en Trieste, reanimaron la cólera del dispensador de los imperios, y me amenazó con que me haria acuchillar en los escalones de las Tullerías. El folleto *De Bonaparte y de los Borbones* valió á Luis XVIII, segun su propia confesion, tanto como cien mil hombres.

Con el auxilio de la popularidad de que entonces gozaba yo, comprendió la Francia constitucional las instituciones del tronó legitimo. Durante los Cien-Dias, la monarquía me vió á su lado en su segundo destierro. Por último, con la guerra de España contribuí á sofocar las conspiraciones, á reunir las opiniones bajo la misma escarapela, y á volver el honor á nuestras armas. Sabidos son mis demas proyectos: retirar nuestras fronteras, y dar en el Nuevo-Mundo nuevas coronas á la familia de San Luis.

Esta larga perseverancia en los mismos sentimientos merecia tal vez alguna consideracion; y sensible á la afrenta recibida, me era imposible prescindir del valor que yo podia tener, y olvidar repentinamente que era restaurador de la relijion, y el autor del *Jenio del Cristianismo*.

Mi agitacion crecia tambien naturalmente al pensar que una mezquina discordia privaba á nuestra patria de una acasion de grandeza, que no volveria á encontrar. Si me hubieran dicho: «Se seguirán vuestros planes, y se ejecutará sin vos quanto habeis emprendido,» lo hubiera olvidado todo en obsequio de la Francia. Pero tenia por desgracia la conviccion de que mis ideas no serian adoptadas; y asi lo prueban los resultados.

Quizá padecia yo un error; pero estaba persuadido de que el conde de Villéle no comprendia la sociedad que di-

rijia; y lo estoy ahora de que las buenas prendas de aquel hábil ministro no eran adecuadas á la época de su ministerio: habia venido demasiado pronto al servicio de la Restauracion. Las operaciones de hacienda, las asociaciones comerciales, de movimiento industrial, canales, barcos de vapor, caminos de hierro, carreteras reales, una sociedad material que no anhela mas que la paz, que no sueña mas que en lo que puede hacer cómoda y agradable la vida, que quiere convertir el tiempo futuro en un perpétuo presente; en semejante orden de cosas M. Villèle hubiera sido rey. Pero quiso un tiempo que no podia ser suyo; y ahora por honor no quiere otra época que le pertenece. En tiempo de la Restauracion estaban vivas todas las facultades del alma; los partidos todos soñaban realidades ó quimeras; todos chocaban unos con otros tumultuosamente, bien avanzando, bien retirándose; nadie queria permanecer quieto en su sitio, y no habia ninguno que mirase la Lejitimidad constitucional como la última espresion de la república ó de la monarquía; y todos sentian bajo sus pies el ruido de los ejércitos ó de las revoluciones que venian á ofrecer sus servicios en obsequio de algun ser extraordinario. M. de Villèle estaba deslumbrado con el movimiento; veía crecer las alas que, empujando á la nacion, ibau á volverla á su elemento, al aire, al espacio, tan inmenso y lijero como ella; quiso retener en el suelo á esta nacion, y sujetarla aqui bajo; pero nunca tuvo la fuerza suficiente para ello. Yo, por el contrario, queria ocupar á los franceses en la gloria, elevarlos, y probar el modo de conducirlos á la realidad por medio de ilusiones: esto es lo que ellos quieren.

Seria preferible que el hombre fuese mas humilde, mas abatido, mas cristiano. Pero desgraciadamente yo soy

frágil, no tengo la perfeccion evangélica, y si me diesen un bofeton, no presentaria la otra mejilla.

Si hubiera podido adivinar el resultado, indudablemente me hubiera abstenido de lo que hice: la mayoría que votó la proposicion sobre la negativa de concurso, no la hubiera votado, si hubiera previsto la consecuencia de su voto; porque á escepcion de alguno que otro que no formaba partido, nadie deseaba con seriedad una catástrofe. Al principio no hubo mas que un motin, que solo la autoridad lo ha transformado en revolucion: habia llegado su hora, y le han faltado por consiguiente la intelijencia, la prudencia y la resolucion que todavía la hubieran podido salvar. Pero el último resultado no ha sido mas que una monarquía que ha venido al suelo; todavía caerán otras: yo no le debia mas que mi lealtad, y ésta la tendrá eternamente.

Consagrado á las primeras adversidades de la monarquía, me he sacrificado á sus últimos infortunios: la desgracia me encontrará siempre á su lado. Lo he renunciado todo, destinos, pensiones, honores; y para no verme en el caso de haber de pedir nada á nadie, he empeñado hasta mi ataud. Jueces austeros y rijidos, virtuosos é infalibles realistas, que habeis pronunciado un juramento para conservar vuestras riquezas, asi como poneis sal á la carne de vuestros festines para que no se corrompa, tened alguna induljencia en consideracion á mis amarguras pasadas: yo las expí en el dia á mi modo, que ciertamente no es el vuestro. ¿Creeis por ventura que á la caída de la tarde, á esa hora en que descansa el hombre desgraciado, no siente éste el peso de la vida cuando tiene que llevarlo en sus propios brazos? Y sin embargo, yo he podido librarme de este peso; he visto á Luis Felipe en su pala-

cio desde el día 1.º hasta el 6 de Agosto de 1830, como lo contaré en su lugar; y en mi mano ha estado escuchar de él palabras jenerosas.

Si hubiera podido arrepentirme de lo que habia hecho bien, aun me era posible mas adelante volver atras; véase sino lo que me escribia en 20 de Setiembre M. Benjamin Constant, tan poderoso en aquella época: »Quisiera hablaros de vos mas bien que de mí: la materia entonces »tendria mayor importancia. Quisiera poderos decir algo »sobre la pérdida que haceis sentir á la Francia entera »retirándoos de su servicio, vos que habeis ejercido sobre »ella una influencia tan noble y tan provechosa. Pero seria una indiscrecion el tratar de este modo cuestiones »personales; y por mas que jima en silencio como todos »los franceses, no me toca mas que respetar vuestros escrúpulos.»

No pareciéndome aun que estaban cumplidos todos mis deberes, he defendido á la viuda y al huérfano, y sufrido una causa y una prision, que Bonaparte mismo, en sus mayores accesos de cólera, no me habia hecho sufrir. Me presento entre mi dimision á la muerte del duque de Enghien, y mi defensa del niño despojado: me apoyo en un príncipe fusilado y un príncipe desterrado; ellos son los que sostienen mis ancianos brazos entrelazados con los suyos débiles: realistas, ¿estais vosotros tan bien acompañados?

Pero cuanto mas he sujetado mi vida con las ataduras del sacrificio y del honor, tanto mas he trocado la libertad de mis acciones con la independenciam de mi pensamiento, el cual ha vuelto á recobrar su primitiva naturaleza. Sin embargo, y prescindiendo de todo lo dicho, aprecio á los gobiernos en su verdadero valor. ¿Puede tenerse

fe en los reyes futuros? ¿la merecen los pueblos presentes? El hombre sábio y desconsolado de este siglo sin conviccion, no encuentra un miserable descanso mas que en el ateismo político. Ilusiónense con sus esperanzas las nuevas jeneraciones; antes de verlas cumplidas, habrán de esperar muchos años: las épocas van caminando á una nivelacion jeneral; pero no precipitan su marcha al compas de nuestros deseos: el tiempo es una especie de eternidad apropiada á las cosas mortales; y al completar su obra, no hace caso para nada de las jeneraciones y de los dolores que éstas sufren.

Infiérese, pues, de todo lo dicho, que si se hubieran seguido mis consejos; que si la mezquina envidia no hubiera antepuesto su satisfaccion al interes de la Francia; que si el poder hubiera apreciado mejor las capacidades relativas; que si los gabinetes extranjeros hubieran creído como Alejandro, que la salvacion de la monarquía francesa consistia en las instituciones liberales; y que si estos gabinetes, en fin, no hubieran mirado á la autoridad restablecida con la desconfianza que les inspiraba la Carta, la Lejitimidad ocuparia aun el trono. Pero ¡ah! ¡lo pasado ha pasado ya! y por mas que quiera uno retroceder, y volverse á colocar en el sitio que habia dejado, no encuentra nada de lo que allí quedó: hombres, ideas, circunstancias.....; todo ha desaparecido.

Paris, 1839.

Madama Recamier.

Llegamos ya á la embajada de Roma, á esa Italia que habia sido el sueño de toda mi vida. Mas antes de continuar mi narracion, debo hablar de una mujer, que no ha

**

brá que perder ya de vista hasta el fin de estas *Memorias*. Se va á abrir una correspondencia desde Roma á París entre ella y yo: de consiguiente es preciso saber á quién escribo, cómo, y en qué época conocí á M.^{ma} Recamier.

Esta encontró en las diferentes clases de la sociedad personajes mas á menos célebres, que figuraban en la escena del mundo; y todos le han tributado culto. La existencia ideal de su belleza viene á mezclarse con los hechos materiales de nuestra historia, como una luz serena que ilumina un cuadro de tempestad.

Volvamos aun á tiempos pasados, y tratemos de bosquejar á la luz de mi ocaso un retrato sobre el cielo en donde mi noche, que se acerca, va á esparcir bien pronto sus sombras.

Una carta publicada en *El Mercurio* despues de mi regreso á Francia en 1800, habia llamado la atencion de M.^{ma} de Staël. Aun no habia sido borrado de la lista de los emigrados: *Atala* fue quien me sacó de mi oscuridad. Madama Bacciocchi (Elisa Bonaparte), á instancias de M. de Fontanes, solicitó y obtuvo mi eliminacion, de la que se habia ocupado M.^{ma} de Staël, y yo fui á darle las gracias. No recuerdo bien si fue Cristian de Lamoignon, ó la autora de *Corina*, quien me presentó á su amiga M.^{ma} Recamier, que vivia á la sazón en su casa de la calle de Mont-Blanc. Al salir de mis bosques y de la oscuridad de mi vida, mi carácter era enteramente salvaje, y apenas me atreví á levantar los ojos hácia una mujer rodeada de adoradores.

Casi un mes despues me hallaba una mañana en casa de M.^{ma} de Staël, la cual me habia recibido en su tocador: la estaba vistiendo la señorita Oliva, y seguia la conversacion dando vueltas entre sus dedos á una ramita verde, cuando entró de repente M.^{ma} Recamier vestida con un traje blan-

co, y se sentó en el centro de un sofá de seda azul. Madama de Staël, que permaneció de pie, continuó hablando con mucha animacion y elocuencia; pero yo apenas le contestaba, fijas mis miradas en M.^{ma} Recamier. Jamás habia inventado mi imaginacion una cosa igual; y apoderándose de mí mas que nunca el desaliento, trocose mi admiracion en enojo contra mi persona. M.^{ma} Recamier se fue, y no volví á verla hasta doce años despues.

¡Doce años! ¡Que poder enemigo corta y malgasta así nuestros dias, prodigándolos irónicamente á todas las indiferencias llamadas cariños, á todas las miserias que pasan por felicidades! Y luego, cuando por una nueva burla, despues que ha marchitado y desperdiciado la porcion mas preciosa de ellos, trae al hombre al punto mismo de su partida: ¿como le trae? Con el ánimo impregnado de ideas estrañas, de fantasmas importunos, de sentimientos erróneos é incompletos respecto á un mundo que no le ha dejado ninguna felicidad. Esas ideas, esos fantasmas, esos sentimientos, se interponen entre el hombre y la dicha que aun pudiera gustar, y cuando vuelve á ella es con el corazon henchido de pesares, y desolado por esos errores de la juventud, tan penosos á la memoria en el pudor de los años. De este modo volví yo, despues de haber estado en Roma y en Siria; despues de haber visto pasar el imperio; despues de haber sido el hombre del ruido; despues de haber dejado de ser el hombre del silencio. ¿Y que habia hecho M.^{ma} Recamier? ¿cual habia sido su vida?

No he sido testigo de la mayor parte de la existencia, brillante y retirada á la vez, en que voy á ocuparme; de consiguiente me veo en la precision de acudir á autoridades diferentes de la mia, pero que serán irrecusables. En primer lugar M.^{ma} Recamier me ha referido hechos que ha

presenciado, me ha comunicado cartas preciosas, y ha escrito sobre lo que ha visto algunas notas, cuyo testo me ha permitido consultar y muy rara vez citar. Luego, M.^{ma} de Staël en su correspondencia; Benjamin Constant en sus memorias, impresas unas y manuscritas otras; M. Ballanche en un bosquejo de nuestra comun amiga; la duquesa de Abrantes en sus apuntes, y M.^{ma} Genlis en los suyos, han suministrado materiales en abundancia á mi narracion, sin que haya tenido que hacer mas que anudar unos con otros tantos bellos nombres, llenando los huecos con mi relato, cuando aparecian rotos algunos eslabones de la cadena de los sucesos.

Montaigne dice, que los hombres caminan con la boca abierta hácia las cosas futuras; yo tengo la manía de caminar del mismo modo hácia las cosas pasadas. Todo es placer, especialmente cuando vuelve uno los ojos hácia los primeros años de las personas á quienes ama: asi prolonga una vida querida, difunde el cariño que experimenta sobre dias ignorados que resucita, embellece lo que fue con lo que es, y reconstruye una juventud.

INFANCIA DE MADAMA RECAMIER.

He visto en Lyon el *Jardin botánico*, formado sobre las ruinas del anfiteatro antiguo en los jardines de lo que fue *convento del Desierto*, destruido en la actualidad: á los pies corren el Ródano y el Saona, y á lo lejos se eleva la montaña mas alta de Europa, primera columna miliaria de Italia, con su rótulo blanco por encima de las nubes. En ese convento, pues, pusieron á M.^{ma} Recamier, y alli pasó su infancia detras de una reja, que solo se abria sobre la iglesia exterior al tiempo de alzar á Dios en la misa, en

cuyo acto se divisaba en la capilla interior del convento á las jóvenes prosternadas. Los dias de la abadesa eran la fiesta principal de la comunidad, y la pensionista mas hermosa hacia el cumplimiento de estilo; para lo cual se presentaba con el traje ajustado, trenzados los cabellos, y la cabeza velada y coronada por mano de sus compañeras: todo esto en silencio, porque la hora de levantarse era una de las que en los monasterios se llamaban del *gran silencio*. Ya se deja entender que Julieta era la que hacia los honores de este dia. Sus padres, establecidos en París, llamaron á su hija al lado suyo. Tomo la siguiente nota de los borradores escritos por M.^{ma} Recamier.

» La vispera del dia en que debia venir á buscarme mi
» tia, fui conducida al cuarto de la abadesa para recibir su
» bendicion. Al dia siguiente salí bañada en lágrimas por la
» puerta, que no recordaba se hubiese abierto para dejarme
» entrar; subí á un carruaje con mi tia, y marchamos á París.

» Dejo con pesar una época tan pura y tranquila pa-
» ra entrar en la de las agitaciones. A veces me la represento
» como en un vago y dulce ensueño, con sus nubes de in-
» cienso, sus ceremonias infinitas, sus procesiones en los jar-
» dines, sus cánticos y sus flores.”

Esas horas arrancadas de un piadoso desierto reposan ahora en otra soledad religiosa, sin haber perdido nada de su frescura ni de su armonía.

JUVENTUD DE MADAMA RECAMIER.

Benjamin Constant, el hombre de mas talento despues de Voltaire, procuró dar una idea de la primera juventud de M.^{ma} Recamier, bebiendo en el modelo cuyas facciones pretendia bosquejar, una gracia que no le era natural.

» Entre las mujeres de nuestra época, dice, célebres
» por sus ventajas de figura, talento ó carácter, hay una
» que quiero retratar. Su belleza la hizo admirar desde
» luego: su alma se hizo conocer en seguida, y pareció to-
» davía superior á su belleza. El trato del mundo propor-
» cionó á su talento el medio de desplegarse, y su talento
» no fue inferior ni á su belleza ni á su alma.

» Contando apenas trece años, y casada con un hom-
» bre que ocupado en multitud de negocios no podía guiar
» su estremada juventud, se halló M.^{ma} Recamier entrega-
» da casi enteramente á sí propia en un pais que era toda-
» vía un caos.

» Muchas mujeres de la misma época han hecho diver-
» samente célebre su nombre en toda Europa: la mayor
» parte han pagado el tributo á su siglo, unas por amores
» sin delicadeza, otras por culpables condescendencias con
» las tiranías sucesivas.

» La que describo salió brillante y pura de aquella
» atmósfera que mancillaba todo lo que no corrompia. La
» infancia fue primero una salvaguardia para ella; pues el
» autor de tan bella obra todo lo hacia redundar en bene-
» ficio suyo, y alejada del mundo en una soledad embelle-
» cida por las artes, entregábase dulcemente á todos esos
» estudios encantadores y poéticos, que son luego encanto
» de otra edad.

» Muchas veces tambien, rodeada de jóvenes compañe-
» ras, pasaba el tiempo con ellas en juegos bulliciosos; y
» esbelta y lijera, las aventajaba en correr, ó cubria con un
» pañuelo sus ojos, que algun dia debian traspasar todas
» las almas. Su mirada, hoy tan espresiva y profunda, y
» que parece revelar misterios que ella misma no conoce,
» solo brillaba entonces con una alegría viva y juguetona.

»Sus hermosos cabellos, que no pueden desatarse sin causar turbacion, caian entonces sin peligro para nadie sobre sus blancos hombros. Una risa ruidosa y prolongada interrumpia con frecuencia sus conversaciones infantiles; pero ya hubiera podido notarse en ella esa observacion fina y rápida que sabe aprovecharse de lo ridiculo, esa malignidad dulce que se chancea sin ofender nunca, y sobre todo ese sentimiento esquisito de elegancia, de pureza, de buen gusto, verdadera nobleza nativa, cuyos títulos aparecen impresos en los seres privilegiados.

»El gran mundo de aquella época era demasiado contrario á su naturaleza para que ella no prefiriese el retiro. Jamás se la vió en las casas abiertas á todo el que llegaba, únicas reuniones posibles cuando toda sociedad cerrada habria parecido sospechosa; adonde acudian precipitadamente todas las clases, como al único punto donde podia hablarse sin decir nada, y encontrarse la jente sin comprometerse; en donde el mal tono hacia las veces del talento, y el desórden las de la alegría. Jamás se la vió en aquella córte del Directorio, en donde el poder era á la vez terrible y familiar, é inspiraba temor, sin librarse por eso del desprecio.

»Sin embargo, M.^{ma} Recamier salia á veces de su retiro para ir al teatro ó á los paseos públicos, y sus escasas apariciones en estos sitios, por todos frecuentados, eran verdaderos acontecimientos. A su presencia se olvidaba todo en aquellas reuniones inmensas, y todos se precipitaban á verla pasar. El hombre bastante feliz para acompañarla, tenia que arrostrar la admiracion como un obstáculo: sus pasos se veian á cada momento detenidos por los espectadores, que se apiñaban en torno de ella. M.^{ma} Recamier gozaba de su triunfo con la alegría de

»una niña y la timidez de una jóven; pero la graciosa dig-
 »nidad que la distinguia en su retiro de sus jóvenes ami-
 »gas, contenia por fuera á la multitud efervescente. No
 »parecía sino que reinaba igualmente con su sola presencia
 »sobre sus compañeras y sobre el público. Asi trascurrie-
 »ron los primeros años del matrimonio de M.^{ma} Recamier
 »entre ocupaciones poéticas, juegos infantiles en el retiro,
 »y cortas y brillantes apariciones en el mundo.”

Interrumpiendo la narracion del autor de *Adolfo*, diré que en aquella sociedad que sucedió al terror, todos temian aparentar que poseian un hogar. Reuniase la jente en los sitios públicos, especialmente en el *Pabellon de Hannover*: cuando yo vi este pabellon se hallaba abandonado como el salon de una fiesta de ayer, ó como un teatro del que hubiesen bajado para siempre los actores. Alli se habian encontrado las jóvenes escapadas de la prision, á quienes Andres Chenier habia hecho decir:

Morir no quiero aun.

M.^{ma} Recamier habia tropezado con Danton cuando caminaba al suplicio, y muy luego vió algunas de las hermosas víctimas arrebatadas de las manos de ciertos hombres que fueron á su vez victimas de su propio furor.

Vuelvo otra vez á mi guía, Benjamin Constant:

»El ánimo de M.^{ma} Recamier tenia necesidad de otro
 »alimento. El instinto de lo bello le hacia amar de an-
 »temano, sin conocerlos, á los hombres distinguidos por
 »una reputacion de talento y de jenio.

»M. de Laharpe fue uno de los primeros que supieron
 »apreciar aquella mujer que debia agrupar algun dia en
 »torno suyo á todas las celebridades de su siglo. Habiala

»visto en su infancia; la volvió á encontrar casada, y la
»conversacion de aquella jóven de quince años tuvo mil
»atractivos para un hombre á quien su esceseivo amor pro-
»pio y el hábito del trato con los ingenios mas espirituales
»de Francia, hacian muy exigente y dificil.

»M. de Laharpe se despojaba al lado de M.^{ma} Reca-
»mier de la mayor parte de los defectos que hacian su
»trato fastidioso y casi insoportable. Complaciase en ser su
»guía, y admiraba la rapidez con que su talento suplía á
»la esperiencia, y comprendia todo cuanto le revelaba
»acerca del mundo y de los hombres. Sucedia esto en la épo-
»ca de aquella conversion famosa, que tantas personas han
»calificado de hipocresía, y que yo he tenido siempre por
»sincera. El sentimiento religioso es una facultad inheren-
»te al hombre, y es un absurdo sostener que el fraude y
»el engaño hayan creado esa facultad. No se pone en el
»alma humana mas que lo que la naturaleza ha puesto en
»ella. Las persecuciones, los abusos de autoridad en favor
»de ciertos dogmas, pueden hacernos ilusion á nosotros
»mismos, y rebelarnos contra lo que experimentaríamos,
»si no nos lo impusiesen; pero desde que han cesado las
»causas exteriores, volvemos á nuestra tendencia primitiva:
»cuando no hay ya valor en resistir, no se halla atractivo
»en la resistencia. Ahora bien, habiendo quitado la revo-
»lucion ese mérito á la incredulidad, los hombres á quie-
»nes solo la vanidad hizo incrédulos, pudieron muy bien
»hacerse religiosos de buena fe.

»M. de Laharpe era de este número; pero conservó
»su carácter intolerante y esa predisposicion amarga que le
»hacia concebir nuevos odios sin abjurar los antiguos. Sin
»embargo, con M.^{ma} Recamier desaparecian todas esas es-
»pinas de su devocion.”

He aqui algunos fragmentos de las cartas de M. de Laharpe á M.^{ma} Recamier, de que habla Benjamin Constant:

Sábado 28 de Setiembre.

»¿Será posible, señora, que lleveis vuestra bondad hasta el punto de querer honrar con una visita á un pobre proscripto como yo? Ahora sí que podré decir, como los antiguos patriarcas, á quienes por otra parte me parezco tan poco, »que ha venido un ángel á mi morada." Bien sé que os complacéis en hacer *obras de misericordia*; pero en los tiempos que corren, todo *bien* es difícil, éste lo mismo que los otros. Debo advertiros sin embargo con gran pesar mio, que venir sola es desde luego imposible por muchas razones, y entre otras, porque con vuestra juventud y vuestra hermosura, cuyo esplendor os seguirá por donde quiera, no podriais viajar sin una camarera á quien la prudencia me prohíbe confiar el secreto de mi retiro, que no es mio solo. No tendriais, pues, mas que un medio de ejecutar vuestra jenerosa resolucion; y este seria ponerlos de acuerdo con M.^{ma} de Clermont, la cual os conduciria un dia á su casa de campo, de donde os seria muy fácil venir con ella. Ambas á dos estais hechas para apreciaros y amaros mutuamente.

»Estoy componiendo en estos momentos una porción de versos, y al hacerlos, pienso con frecuencia si podré leerlos algun dia á esa hermosa y encantadora Julieta, cuyo talento es tan fino como su mirada, y el gusto tan puro como su alma.

»Tambien os enviaria el fragmento de Adónis que os gusta, aunque para mí es ya algo profano; pero quisiera

»me prometieis que no saldrá de vuestras manos.....

»Adios, señora; al hablar con vos me dejo llevar de ideas que cualquiera otro que vos encontraria extraño dirijir á una persona de dieziseis años; pero sé que vosotros dieziseis años están solo en vuestro semblante.”

Sábado.

»Hace mucho tiempo, señora, que no he tenido el placer de conversar con vos, y si estais segura, como debéis estarlo, de que ésta es una de mis privaciones, no me reconvendréis por ello.

»Habeis leído en mi alma; habeis visto que llevaba en ella el luto de las desgracias públicas y el de mis propias faltas, y he debido conocer que esta triste posicion formaba un contraste sobrado fuerte con todo el esplendor que rodea vuestra edad y vuestros encantos. Hasta temo que se haya hecho revelar algunas veces en los pocos momentos que me ha sido permitido pasar con vos, y reclamo por ello vuestra induljencia. Pero en la actualidad, señora, que la Providencia parece mostrarnos muy de cerca un porvenir mas halagüeño, ¿á quien mejor que á vos podria confiar la alegría que me infunden tan dulces esperanzas, y que yo creo tan próximas? ¿Quien hará un papel mas brillante que vos en los regocijos particulares que se mezclarán á la pública alegría? Entonces seré mas susceptible y menos indigno de las dulzuras de vuestra encantadora sociedad, ¡y por cuán feliz me tendria en poder estar alli para servirlos en algo! Si os dignais dar el mismo valor al fruto de mi trabajo, sereis siempre la primera á quien me apresuraré á presentarlo en homenaje. Acabaránse entonces las contradicciones y

» los obstáculos: siempre me hallareis á vuestras órdenes,
 » y espero que nadie podrá censurarme por esa preferencia;
 » pues les diré: ahí teneis á la que en la edad de las ilu-
 » siones, y con todas las ventajas brillantes que pueden
 » disculparlas, conoció toda la nobleza y delicadeza de los
 » procederes de la mas pura amistad, y en medio de todos
 » los homenajes se acordó de un proscripto: ahí teneis á
 » aquella cuya juventud y gracias he visto crecer en medio
 » de una corrupcion jeneral que no pudo contaminarlas
 » jamás; á aquella cuya razon de dieziseis años hizo aver-
 » gonzar muchas veces á la mia; y estoy seguro de que na-
 » die osará contradecirme.”

La tristeza de los sucesos, de la edad y de la relijion, oculta bajo una espresion tierna, ofrece en estas cartas una mezcla singular de ideas y de estilo. Volvamos otra vez á la narracion de Benjamin Constant:

» Llegamos á la época en que M.^{ma} Recamier se vió
 » por la primera vez objeto de una pasion fuerte y perseve-
 » rante. Hasta entonces habia recibido homenajes unánimes
 » de parte de todos los que la conocian; pero su jénero de
 » vida no presentaba en ninguna parte centros de reunion
 » en donde pudiese haber seguridad de encontrarla. No
 » recibia nunca en su casa, y no se habia formado aun una
 » sociedad en donde pudiera penetrarse todos los dias para
 » verla y tratar de agradecerle.

» En el verano de 1799 fue á habitar el palacio de Cli-
 » chy, á un cuarto de legua de Paris; y un hombre, célebre
 » despues por diferentes jéneros de pretensiones, y mas cé-
 » lebre aun por las ventajas que rehusó, que por los triun-
 » fos que obtuvo, Luciano Bonaparte, hizo que le presen-
 » tasen á M.^{ma} Recamier.

» Como hasta entonces no habia aspirado éste mas que

»á conquistas fáciles, y no habia estudiado para obtenerlas
 »mas que los medios de novela que su poco conocimiento
 »de mundo le hacia creer infalibles, no es estraño que le
 »sedujese en un principio la idea de cautivar á la mujer mas
 »hermosa de su época. Jóven, jefe de un partido en el
 »consejo de los *Quinientos*, hermano del primer jeneral del
 »siglo, se sintió engreido de reunir en su persona los triun-
 »fos de un hombre de estado y las conquistas de un amante.

»Ocurriole apelar á una ficcion para declarar su amor
 »á M.^{ma} Recamier, y suponiendo una carta de *Romeo á*
 »*Julieta*, la envió como obra suya á la que llevaba el mis-
 »mo nombre.”

He aqui esta carta de Luciano, conocida de Benjamin Constant: en medio de las revoluciones que han ajitado el mundo verdadero, es curioso ver á un Bonaparte internarse en el mundo de las ficciones.

Carta de Romeo á Julieta por el autor de la TRIBU INDIA.

Venecia 29 de Julio.

»Romeo os escribe, Julieta; si os negaseis á leerme,
 »seriais mas cruel que nuestros padres, cuyas largas con-
 »tiendas acaban al fin de apaciguarse: esas terribles con-
 »tiendas, que sin duda no volverán á renacer.

»Hace pocos dias que solo os conocia por la fama. Al-
 »gunas veces os habia visto en los templos y en las fiestas:
 »sabia que erais la mas hermosa; mil bocas repetian vues-
 »tros elojios, y vuestros atractivos me habian llamado la
 »atención sin deslumbrarme.... ¿Por que me ha sometido la
 »paz á vuestro imperio? La paz está en nuestras familias,
 »pero la turbacion se halla en mi corazon.

»¿Os acordais de aquel día en que me presentaron á
»vos por la primera vez? Celebrábamos en un banquete
»numeroso la reconciliacion de nuestros padres; y yo venia
»del senado, en donde los disturbios suscitados á la repú-
»blica habian causado una viva impresion.

»Llegasteis vos, y todos entonces se apresuraron á sa-
»liros al encuentro. — »¡Que hermosa es!» decian.

»La multitud pobló por la tarde los jardines de Bed-
»mar, y los importunos que abundan por todas partes se
»apoderaron de mí; pero aquella vez no tuve con ellos pa-
»ciencia ni afabilidad: ¡teníanme alejado de vos.....! Quise
»darme cuenta de la turbacion que se apoderaba de mí:
»conoci el amor, y traté de dominarle: me sentí arras-
»trado, y abandoné con vos aquel sitio de regocijos.

»Despues os volví á ver, y el amor pareció sonreirme.
»Sentada un día á la orilla del agua, inmóvil y pensativa,
»estabais deshojando una rosa: viéndome solo á vuestro la-
»do, hablé.....; oí un suspiro.....: ¡vana ilusion! Vuelto
»en mí de mi error, vi la indiferencia sentada con frente
»serena entre nosotros dos..... La pasion que me domina
»rebosaba en mis discursos, y los vuestros llevaban el ama-
»ble y cruel sello de la infancia y de la burla.

»Quisiera veros todos los dias, como si el dardo no es-
»tuviese aun bastante fijo en mi corazon. Los momentos
»en que os veo sola son muy escasos, y esos jóvenes ve-
»necianos que os rodean, y os dicen lisonjas y galanterías,
»me son insoportables. ¡Puede hablarse á Julieta como á
»las demas mujeres! He querido escribiros: me conoceréis,
»y no sereis incrédula. Mi alma está inquieta, y tiene sed
»de sentimiento. Si el amor no ha conmovido el vuestro;
»si Romeo no es á vuestros ojos mas que un hombre vul-
»gar; ¡oh! os conjuro por los lazos que me habeis impues-

»to; sed conmigo severa; no me sonriais mas por piedad;
 »no me hableis mas; rechazadme lejos de vos. Decidme
 »que me aleje, y si puedo ejecutar esa órden rigurosa, re-
 »cordad al menos que Romeo os amará siempre, que na-
 »die ha reinado nunca en él como Julieta, y que él no
 »puede ya renunciar á vivir para ella, al menos en la me-
 »moria.»

Para un hombre de sangre fria, todo esto es algo ridi-
 culo: los Bonapartes vivian de teatros, de novelas y de ver-
 sos: la vida del mismo Napoleon, ¿que otra cosa es sino un
 poema?

Benjamin Constant continúa comentando esta carta:

»El estilo de esta carta es visiblemente imitado de to-
 »das las novelas que han pintado las pasiones, desde *Wer-*
ther hasta *La Nueva Eloisa*. M.^{ma} Recamier reconoció fá-
 »cilmente en muchas circunstancias minuciosas, que era ella
 »el objeto de la declaracion que se le presentaba como una
 »simple lectura. No estaba bastante acostumbrada al len-
 »guaje directo del amor, para que la esperiencia le advirtie-
 »se que quizás no era todo sinceridad en las espresiones;
 »pero un instinto justo y seguro se lo hacia adivinar: asi es
 »que respondió con sencillez, hasta con alegría, y mostró
 »mucha mas indiferencia, que inquietud y temor. No se
 »necesitó mas para que Luciano esperimentase realmente la
 »pasion que en un principio habia exajerado un poco.

»Las cartas de Luciano van siendo mas verdaderas y elo-
 »cuentes á medida que mas se apasiona; pero siempre se no-
 »ta en ellas la ambicion de adornos, la necesidad de ponerse
 »en actitud: no puede dormirse sino *arrojándose en los bra-*
zos de Morfeo. En medio de su desesperacion se pinta en-
 »tregado á las grandes ocupaciones que le rodean: admírase
 »de que un hombre como él vierta lágrimas; pero en toda

»esa mezcla de declamaciones y de frases , hay sin embargo
 »elocuencia, sensibilidad y dolor. Por último , en una carta
 »llena de pasión , en que escribe á M.^{ma} Recamier : »No
 »puedo aborreceros , pero si matarme ,” dice de repente
 »como haciendo una reflexión jeneral : »Olvido que el amor
 »no se arranca , sino que se obtiene ;” y en seguida añade:
 »Después que recibí vuestro billete he recibido otros mu-
 »chos diplomáticos : he sabido una noticia , que el rumor pú-
 »blico habrá hecho llegar sin duda á vuestros oídos. Las fe-
 »licitaciones me rodean , me aturden..... Me hablan de
 »cosas que no sois vos.” Después viene aun otra esclama-
 »ción : »¡Cuan débil es la naturaleza comparada con el
 »amor!”

»Sin embargo , aquella noticia que encontraba insensi-
 »ble á Luciano , era una noticia inmensa ; el desembarco
 »de Bonaparte á su regreso de Egipto.

»Acababa de desembarcar un nuevo destino con sus
 »promesas y sus amenazas ; y el 18 Brumario no debía ha-
 »cerse esperar mas de tres semanas.

»Libre apenas del peligro de aquella jornada , que ocu-
 »pará siempre un lugar tan grande en la historia , escribía
 »Luciano á M.^{ma} Recamier : »¡Se me apareció vuestra
 »imagen.....! Mi último pensamiento hubiera sido para
 »vos.”

Continúa la relación de Benjamin Constant. — Madama de Staël.

»M.^{ma} Recamier contrajo con una mujer , mucho mas
 »ilustre que célebre era M. de Laharpe , una amistad , que
 »de día en día se fue haciendo mas íntima , y que dura to-
 »davía.

» Borrado M. Necker de la lista de los emigrados , en-
 » cargó á su hija , M.^{ma} de Staël , que vendiese una casa que
 » tenia en Paris. Compróla M.^{ma} Recamier , y con esta oca-
 » sion vió á M.^{ma} de Staël.

» La vista de aquella mujer célebre la llenó al pronto de
 » una escesiva timidez. Mucho se ha hablado acerca de la
 » figura de M.^{ma} de Staël ; pero una mirada altiva , una son-
 » risa dulce , una espresion habitual de benevolencia , la ca-
 » rencia de toda afectacion minuciosa y de toda reserva em-
 » barazosa ; palabras halagüeñas , lisonjas algo directas , pero
 » que parecen arrancadas al entusiasmo ; una variedad in-
 » agotable de conversacion , asombran , atraen y le concilian
 » á todos los que la tratan. No conozco mujer , ni aun hom-
 » bre alguno , que esté mas convencido de su inmensa su-
 » perioridad sobre todo el mundo , y que menos haga pesar
 » esta conviccion sobre los demas.

» No habia cosa mas interesante que las conversaciones
 » de M.^{ma} de Staël y M.^{ma} Recamier. La rapidez de la una
 » en espresar mil conceptos nuevos , y la rapidez de la otra
 » en comprenderlos y juzgarlos ; aquel talento varonil y fuer-
 » te , que todo lo descubria , y aquel ingenio delicado y fino
 » que todo lo comprendia ; aquellas revelaciones de un alma
 » ejercitada , comunicadas á una intelijencia jóven , digna de
 » recibirlas : todo esto formaba una reunion , que es impo-
 » sible pintar sin haber tenido la dicha de haber sido testigo
 » de ello.

» La amistad de M.^{ma} Recamier hácia M.^{ma} de Staël se
 » fortificó con un sentimiento , que ambas á dos experimen-
 » taban ; el amor filial. M.^{ma} Recamier amaba tiernamente
 » á su madre , mujer de raro mérito , cuya salud inspiraba
 » ya temores , y á quien su hija no cesa de echar de menos
 » desde que la perdió. M.^{ma} Staël habia consagrado á su

» padre un culto, que la muerte no ha hecho mas que exal-
 » tar. Elocuente siempre en su modo de espresarse, lo es
 » mas todavía cuando habla de él. Su voz conmovida, sus
 » ojos dispuestos á empaparse en lágrimas, la sinceridad de
 » su entusiasmo, enternecian el alma hasta de aquellos que
 » no participaban de sus opiniones acerca de aquel hombre
 » célebre. Muchas veces se han ridiculizado los elogios que
 » ella le ha prodigado en sus escritos; pero cuando se la
 » ha oido sobre el particular, es imposible convertirlos en
 » objeto de burla, porque nada que es verdadero es ri-
 » dículo."

Las cartas de Corina á su amiga M.^{ma} Recamier principiaron en la época que recuerda aqui Benjamin Constant, y tienen un encanto, que casi participa del amor. Voy á presentar algunas de ellas.

Cartas de M.^{ma} Staël á M.^{ma} Recamier.

Coppet 9 de Setiembre.

» ¿Os acordais, hermosa Julieta, de una persona á
 » quien prodigasteis muestras de interes este invierno, y que
 » se lisonjea de hacéros las duplicar el invierno próximo?
 » ¿Como gobernais el imperio de la belleza? Ese imperio
 » se os concede con gusto, porque sois eminentemente bue-
 » na, y parece natural que un alma tan dulce tenga un
 » rostro encantador que la refleje. Ya sabeis que el que pre-
 » fiero de todos vuestros admiradores es Adriano de Mont-
 » morency. He recibido cartas suyas, notables por su talento
 » y su gracia, y creo en la solidez de sus afectos, á pesar
 » del encanto de sus maneras. Por lo demas, la palabra so-

»lidez me conviene á mí, que no aspiro sino á un puesto
 »bien secundario en su corazon. Pero vos, que sois la he-
 »roína de todos los sentimientos, estais espuesta á los gran-
 »des sucesos que forman el argumento de las tragedias y de
 »las novelas. El mio se estiende al pie de los Alpes, y es-
 »pero que lo leereis con interes: esta ocupacion es un pla-
 »cer para mí.

»En medio de todos esos triunfos, sois y seguireis sien-
 »do un ángel de pureza y de hermosura, y tendreis el cul-
 »to de los devotos y de los mundanos.... ¿Habeis vuelto
 »á ver al autor de *Atala*? ¿Continuais en Clichy? En fin,
 »os pido noticias vuestras. Me complazco en saber lo que
 »haceis, en representarme los sitios que habitais. ¿No es
 »todo un cuadro en los recuerdos que se conservan de vos?
 »A este entusiasmo tan natural hácia vuestras raras cualida-
 »des, se junta el mucho atractivo de vuestra sociedad. Os
 »ruego que acepteis con benevolencia todo cuanto os ofrez-
 »co, y prometedme que nos veremos con frecuencia en el
 »invierno próximo."

Coppet 30 de Abril.

»¿Sabeis, hermosa Julieta, que mis amigos me han
 »lisonjeado un poco con la idea de que vendriais aqui? ¿No
 »podriais concederme este gran placer? Hace algun tiempo
 »que no me ha mimado la felicidad, y vuestra llegada se-
 »ria una vuelta de la fortuna, que me daria esperanzas pa-
 »ra todo lo que yo deseo. Adriano y Mateo dicen que ven-
 »drán; si viniessis con ellos, un mes de permanencia aqui
 »bastaria para mostraros nuestra brillante naturaleza. Mi
 »padre dice que deberiais fijaros en Coppet, y que desde
 »aqui haríamos nuestras escursiones. Mi padre desea ar-

»dientemente veros. Ya sabéis lo que se ha dicho de
»Homero:

Elojias la belleza
Por boca del anciano.

»Y aparte de esa belleza sois encantadora.”

VIAJE DE MADAMA RECAMIER A INGLATERRA.

Durante la corta paz de Amiens, M.^{ma} Recamier hizo un viaje á Lóndres con su madre, y llevó cartas de recomendacion del anciano duque de Guignes, embajador en Inglaterra treinta años antes, y que habia mantenido correspondencia con las mujeres mas brillantes de su época; la duquesa de Devonshire, lady Melbourne, la marquesa de Salisbury y la margrave de Anspach, de quien habia estado enamorado. Su embajada era todavía célebre, y su recuerdo se conservaba vivo en aquellas respetables señoras.

Tal es el poder de la novedad en Inglaterra, que al dia siguiente se leia en las gacetas la llegada de la beldad extranjera. M.^{ma} Recamier recibió las visitas de todas las personas á quienes habia enviado sus cartas. Entre estas personas, la mas notable era la duquesa de Devonshire, de edad de cuarenta y cinco á cincuenta años. Era todavía mujer de moda y bella, aunque privada de un ojo, que cubria con un bucle de sus cabellos. La primera vez que M.^{ma} Recamier se presentó en público fue con ella. La duquesa la llevó á la ópera á su palco, en donde se hallaban el príncipe de Gales, el duque de Orleans y sus hermanos, el duque de Montpensier y el conde de Beaujolais: los dos primeros debian llegar á ser reyes: el uno tocaba al trono; el otro se hallaba todavía separado de él por un abismo.

Los anteojos y las miradas se volvieron hácia el palco de la duquesa, y el príncipe de Gales dijo á M.^{ma} Recamier, que si no queria verse ahogada, debia salir antes de terminarse el espectáculo. Apenas se puso en pie, las puertas de los palcos se abrieron precipitadamente: nada logró evitar, y fue conducida hasta su carruaje por las oleadas de la multitud.

Al día siguiente fue al parque de Kensington, acompañada del marques de Douglas, mas adelante duque de Hamilton, y que despues recibió á Carlos X en Holy-Rood, y de su hermana la duquesa de Somerset. La multitud se precipitaba al paso de la extranjera, efecto que se reprodujo siempre que se mostró en público: los periódicos hacian resonar su nombre, y su retrato, grabado por Bartolozzi, fue difundido por toda Inglaterra. El autor de *Antígono*, M. Ballanche, añade, que los buques lo llevaron hasta las islas de la Grecia: de este modo volvia la belleza á los sitios en que habia sido inventada su imájen. Existen de M.^{ma} Recamier un boceto, por David, un retrato de cuerpo entero, por Gerard, y un busto por Cánova. El retrato es la obra maestra de Gerard; pero no me gusta, porque reconozco en él las facciones sin reconocer la expresion del modelo.

La vispera de la marcha de M.^{ma} Recamier, el príncipe de Gales y la duquesa de Devonshire le pidieron que los recibiese y reuniese en su casa algunas personas de su sociedad. Hubo una especie de concierto, en el que ella tocó con el caballero Marin, primer arpista de aquella época, unas variaciones sobre un tema de Mozart. Aquella tertulia fue citada en los diarios públicos como un concierto que la hermosa extranjera habia dado al marcharse al príncipe de Gales.

Al dia siguiente se embarcó para el Haya, y empleó tres dias en hacer una travesía de dieziseis horas. Me ha referido que en aquellos dias, mezclados de tempestades, leyó de seguida el *Jenio del Cristianismo*, el cual me reveló á ella, segun su benévola espresion. Esto es para mí una nueva prueba del bondadoso afecto que he merecido siempre á los vientos y el mar.

Cerca del Haya visitó el palacio del príncipe de Orange. Este le habia hecho prometer que iria á ver aquella mansion, y le escribió muchas cartas, en que le habla de sus reveses y de su esperanza de vencerlos: Guillermo IV llegó en efecto á ser monarca. En aquellos tiempos se intrigaba para ser rey como hoy para ser diputado, y aquellos candidatos de la soberanía se apresuraban á ponerse á los pies de M.^{ma} Recamier, como si ésta dispusiese de las coronas.

El viaje de M.^{ma} Recamier á Inglaterra termina con el siguiente billete de Bernadotte, que reina hoy en Suecia.

» Los diarios ingleses, calmando mi ansiedad por vuestra salud, me han hecho saber los peligros á que habeis estado espuesta. Al principio vituperé al pueblo de Londres por el ansia de veros que manifestaba; pero os confieso que muy pronto lo encontré digno de escusa, porque yo soy parte interesada cuando hay que justificar á las personas que se hacen indiscretas por admirar los encantos de vuestra celestial figura.

» En medio del esplendor que os rodea, y que mereceis por tantos titulos, dignaos recordar alguna vez, que no hay otro ser que os profese mas afecto en la naturaleza que

» BERNADOTTE."

Primer viaje de Madama de Staël á Alemania. — Madama Recamier en París.

Amenazada con el destierro M.^{ma} de Staël, trató de establecerse en Maffliers, casa de campo á ocho leguas de París; y despues de haber aceptado el convite que le hizo M.^{ma} Recamier, de vuelta de Inglaterra, de pasar algunos dias con ella en Saint-Brice, volvió á su primer asilo. En los diez años de destierro refiere lo que entonces le sucedió.

»Estaba comiendo, dice, con tres amigos míos en una
»pieza, desde donde se veía el camino real y la puerta de
»entrada. Era á fines de Setiembre, á las cuatro de la tar-
»de, cuando llega un hombre con traje gris, montado en
»un caballo, y llama á la puerta: en el momento adiviné
»lo que quería, y habiendo preguntado por mí, le recibí
»en el jardín. Al acercarme á él me llamaron la atención
»el aroma de las flores y la belleza del sol. ¡Las sensacio-
»nes que experimentamos por las combinaciones de la so-
»ciedad son tan diferentes de las que provienen de la na-
»turaleza! Aquel hombre me dijo que era el comandante
»de la jendarmería de Versalles.... Enseñóme una carta
»firmada por Bonaparte, que contenía la orden de alejar-
»me á cuarenta leguas de París, con la prevencion de ha-
»cerme partir dentro de veinticuatro horas, tratándome,
»sin embargo, con todas las consideraciones debidas á una
»mujer de reputacion.... Contesté al oficial, que marchar
»en el término de veinticuatro horas era cosa propia de
»soldados, pero no de una mujer y niños; y le propu-
»se en seguida que me acompañase á París, en donde ne-
»cesitaba tres dias para hacer los preparativos de mi viaje.
»Subí, pues, á mi carruaje con mis hijos y aquel oficial,

»á quien se habia elejido como el mas instruido de los »jendarmes. En efecto, hizome varios cumplidos acerca »de mis escritos. »Ya veis, caballero, le dije, á lo que »conduce el ser mujer de talento. Quitádselo de la cabe- »za á las personas de vuestra familia si teneis ocasion:” »procuraba hacerme superior apelando á mi orgullo; pero »sentia desgarrado mi corazon.

»Detúveme algunos instantes en casa de M.^{ma} Reca- »mier, en donde encontré al jeneral Junot, que por con- »sideracion á ella prometió ir al dia siguiente á hablar al »primer cónsul. Hizolo en efecto con el mayor calor....

»La vispera del dia que se me habia concedido hizo »aun José Bonaparte una tentativa....

»Me vi obligada á aguardar la respuesta en una posada »á dos leguas de París, por no atreverme á volver á mi ca- »sa en la ciudad; pero habiendo pasado un dia sin que me »allegase esta respuesta, y no queriendo llamar la atencion »sobre mí, permaneciendo mas tiempo en la posada en que »estaba, di la vuelta á las murallas de París para buscar »otra, á dos leguas tambien de la capital, pero en distinta »direccion. Aquella vida errante, á cuatro pasos de mis »amigos y de mi morada, me causaba un dolor, de que »no puedo acordarme sin estremecerme.”

M.^{ma} de Staël, en vez de volver á Coppet, emprendió su primer viaje á Alemania; y en esta época fue cuando me escribió acerca de la muerte de M.^{ma} de Beaumont la carta que he citado en mi primer viaje á Roma.

M.^{ma} Recamier reunia en su casa de París todo lo mas distinguido que habia en los partidos oprimidos y en las opiniones que no lo habian cedido todo á la victoria. Veianse alli las notabilidades de la antigua monarquía y del nuevo imperio: los Montmorency, los Sabran, los Lamoignon,

los jenerales Massena, Moreau y Bernadotte; aquel destinado al destierro, éste al trono. Tambien concurrían allí los estrangeros ilustres; y veíase rodeada del príncipe de Oranje, del príncipe de Baviera, y del hermano de la reina de Prusia, así como el príncipe de Gales tenía á gala llevar su chal en Lóndres. Era tan irresistible el atractivo, que Eujenio de Beauharnais, y hasta los ministros del emperador, iban á aquellas reuniones. Bonaparte no podia sufrir la superioridad de nadie, aun cuando fuese de una mujer. »¿Desde cuando, decia, se celebra el consejo en casa de M.^{ma} Recamier?»

Proyecto de los jenerales. — Retrato de Bernadotte. — Proceso de Moreau. — Cartas de Moreau y de Massena á Madama Recamier.

Vuelvo otra vez á la narracion de Benjamin Constant. »Hacia mucho tiempo que Bonaparte, que se habia apoderado del gobierno, caminaba abiertamente á la tiranía. »Los partidos mas opuestos se exasperaban contra él; y »mientras que la masa de los ciudadanos se dejaba enervar »aun por el reposo que se le prometia, los republicanos y »los realistas deseaban una revolucion. M. de Montmorency »pertenece á estos últimos por su nacimiento, sus relaciones y sus opiniones. Aunque M.^{ma} Recamier solo se mezclaba en la política por su interes jeneroso hácia los vencidos de todos los partidos, la independencia sin embargo de su carácter la alejaba de la córte de Napoleon, de la que habia rehusado formar parte. M. de Montmorency pensó, pues, confiarle sus esperanzas; le pintó el restablecimiento de los Borbones con colores propios para escitar su entusiasmo, y le dió el encargo de coaligar á dos hombres importantes entonces en Francia, Bernadotte y

» Moreau, para ver si podian reunirse contra Bonaparte.
» Ella conocia mucho á Bernadotte, que despues fue príncipe real de Suecia, y al que cierto aire de caballeresco en la figura, de nobleza en las maneras, y de finura en el talento, hacian pasar por un hombre notable. Era valiente en los combates, y osado en las empresas, pero tímido en los actos que no eran militares, é irresoluto en todos sus proyectos; y lo que le hacia mas seductor á primera vista, pero que al mismo tiempo servia de obstáculo para combinar con él ningun plan, era su hábito de arreglar, resto de su educacion revolucionaria, que nunca le ha abandonado. A veces tenia arranques de una verdadera elocuencia; lo sabia, y le gustaba este jénero de triunfo; pero cuando entraba en la esplanacion de alguna idea jeneral relativa á lo que hubiese oido en los clubs ó en la tribuna, perdía de vista todo lo que le ocupaba, y no era mas que un orador apasionado. Tal apareció en Francia en los primeros años del reinado de Bonaparte, á quien siempre odió, y para quien fue siempre sospechoso; y tal se ha mostrado tambien en estos últimos tiempos en medio del trastorno de la Europa, cuya emancipacion se le debe sin embargo, por haber dado ánimo á los extranjeros, mostrándoles un frances dispuesto á marchar contra el tirano de la Francia, y que sabia no decir mas que lo que podia influir sobre su nacion.

» Las mujeres gustan siempre de todo aquello que les ofrece ocasion de ejercer su poder. Ademas, en la idea de concitar contra el despotismo de Bonaparte á hombres importantes por sus dignidades y su gloria, habia algo de jenerosidad y de nobleza, que debia tentar á M.^{ma} Recamier. Asi fue, que se prestó á los deseos de M. de Montmorency, y reunió con frecuencia en su casa á Bernadotte

» y á Moreau. Este vacilaba , aquel declamaba ; M.^{ma} Recamier tomaba los discursos indecisos de Moreau por un principio de resolucion, y las arengas de Bernadotte como una señal del hundimiento de la tiranía ; y los dos jenerales por su parte estaban hechizados de ver halagado su descontento por tanta belleza, talento y gracia. No dejaba de haber en efecto algo de caballeresco y poético en aquella mujer tan jóven y seductora que les hablaba de la libertad de su patria. Bernadotte repetia sin cesar á Madame Recamier , que habia nacido para electrizar al mundo, y para crear seides."

Al reflexionar sobre la finura de esta descripcion de Benjamin Constant , preciso es decir que M.^{ma} Recamier jamás habria entrado en aquellos intereses politicos sin la irritacion que le causaba el destierro de M.^{ma} de Staël. El futuro rey de Suecia tenia la lista de los jenerales adictos aun al partido de la independenciam ; pero no figuraba entre ellos el nombre de Moreau, único que podia oponerse al de Napoleon ; sin embargo , Bernadotte ignoraba quién era ese Bonaparte cuyo poder atacaba.

M.^{ma} Moreau dió un baile, al que asistió toda Europa, escepto la Francia, que tan solo se hallaba representada por la oposicion republicana ; y durante aquella funcion , el jeneral Bernadotte condujo á M.^{ma} Recamier á un gabinete, donde no se oia otra cosa que pudiera recordarles donde estaban, mas que el ruido de la música. Moreau pasó á aquel gabinete, y despues de largas esplicaciones le dijo Bernadotte : » Vuestro nombre popular os hace el único entre nosotros que pueda presentarse apoyado por todo un pueblo : ved lo que podeis y lo que podemos nosotros guiados por vos." Moreau repitió lo que habia dicho muchas veces : » Que conocia el peligro de que estaba amenazada

»la libertad ; que era preciso vijilar á Bonaparte ; pero que
»temia la guerra civil.”

Esta conversacion se fue prolongando, y tomó tal animacion, que exaltado Bernadotte, dijo al jeneral Moreau : —
»¡ Con que no os atreveis á tomar por vuestra cuenta la
»causa de la libertad ! Pues bien : Bonaparte se burlará de
»ella y de vos : ella perecerá á pesar de vuestros esfuerzos,
»y vos quedareis envuelto en su ruina sin haber combati-
»do.” Palabras proféticas.

La madre de M.^{ma} Recamier estaba relacionada con M.^{ma} Hillot, madre de M.^{ma} Moreau ; y M.^{ma} Recamier habia contraido con esta última una de esas amistades de infancia, que se tiene uno por dichoso de poder continuar en el mundo.

Muerte de M. Necker. — Vuelta de Madama de Staël. — Madama Recamier en Coppet. — El príncipe Augusto de Prusia.

M.^{ma} de Staël supo en Berlin la enfermedad de su padre, y se apresuró á volver ; pero M. Necker habia muerto antes de que su hija llegase á Suiza.

Por este tiempo tuvo lugar la ruina de M. Recamier ; suceso desgraciado, que llegó muy pronto á noticia de Madama Staël, la cual escribió al momento á su amiga Madama Recamier la siguiente carta :

Jinebra 17 de Noviembre.

»¡ Ay, querida Julieta ! ¡ que dolor me ha causado la
»terrible noticia que recibo ! ¡ Como maldigo el destierro,
»que no me permite estar á vuestro lado y estrecharos
»contra mi corazon ! Habeis perdido todo lo que contribu-
»ye á hacer llevadera y agradable la vida ; pero si fuese po-

»sible ser mas amada y mas interesante de lo que sois, esto
»es cabalmente lo que os habria sucedido. Voy á escribir á
»M. Recamier, á quien compadezco y venero. Pero decid-
»me : ¿será un sueño la idea que tengo de veros aqui este
»invierno? Si quisieseis, podriais pasar aqui tres meses en
»un círculo estrecho, en el que seriais cuidada con el ma-
»yor afecto, bien que tambien inspirabais en París este mismo
»sentimiento. Pero ya que no sea asi, iré al menos á Lyon,
»ó hasta donde alcancen mis *cuarenta leguas*, para veros; pa-
»ra abrazaros, para deciros que no he conocido otra mujer
»á quien haya querido con mayor ternura. No me ocurre
»otro consuelo que daros, sino que ahora sereis mas ama-
»da y considerada que nunca, y que esta desgracia dará á
»conocer á vuestro pesar los admirables rasgos de vuestra
»jenerosidad y de vuestra beneficencia, cual nunca lo ha-
»brian sido sin ella. Si se compara vuestra situacion actual
»con la anterior, habeis perdido sin duda; pero si me fuese
»posible envidiar lo que amo, daria gustosa todo cuanto
»soy por ser lo que vos. Belleza sin igual en Europa, re-
»putacion sin tacha, carácter noble y jeneroso; ¡que cú-
»mulo aun de felicidad en esta triste vida, por la que todos
»caminan tan despojados! Sirva esto, querida Julieta, para
»que nuestra amistad se estreche mas y mas; que no se li-
»mite á servicios jenerosos, que todos han venido de vos,
»sino que sea una continua correspondencia, una necesidad
»recíproca de confiarnos nuestros pensamientos, una vida en
»comun. Vos sois, querida Julieta, quien me hará volver á
»París, porque sereis siempre una persona omnipotente, y
»nos veremos todos los dias; y como sois mas jóven que yo,
»me cerrareis los ojos, y mis hijos serán vuestros amigos. Mi
»hija ha llorado esta mañana por mí y por vos : nosotras so-
»mos las que hemos disfrutado de ese lujo que os rodeaba;

»vuestra fortuna ha sido la nuestra, y me siento arruinada
 »al ver que ya no sois rica. Creedme, cuando uno se ha he-
 »cho amar como vos, todavía puede reputarse por feliz.

»Benjamin quiere escribiros, y está muy conmovido.
 »Mateo Montmorency me escribe acerca de vos una car-
 »ta muy tierna. Querida amiga, conservad vuestro corazon
 »tranquilo en medio de tantos dolores. ¡Ay! no os ame-
 »naza ni la muerte, ni la indiferencia de vuestros amigos,
 »únicas heridas que son eternas. ¡Adios, querido ángel,
 »adios! Beso con respeto vuestra cara encantadora.”

Esta desgracia atrajo un nuevo interes sobre M.^{ma} Re-
 camier: abandonó la sociedad sin quejarse, y pareció he-
 cha para la soledad como para el mundo. Quedáronle sus
 amigos, »y esta vez, ha dicho M. Ballanche, *solo la for-*
tuna se retiró.”

M.^{ma} de Staël obligó á su amiga á que fuese á Cop-
 pet: el príncipe Augusto de Prusia, hecho prisionero en
 la batalla de Eylau, pasó por Jinebra, dirigiéndose á Ita-
 lia, y se enamoró de M.^{ma} Recamier. La vida íntima y
 particular propia de cada hombre, continuaba su curso ba-
 jo la vida jeneral, bajo el furor de las batallas y la tras-
 formacion de los imperios. El rico, al despertar, divisa
 sus dorados artesonados; el pobre sus vigas ahumadas: un
 mismo rayo de sol es el que alumbrá á ambos.

Creyendo el príncipe Augusto que M.^{ma} Recamier po-
 dia consentir en el divorcio, le propuso casarse con ella.
 Queda un monumento de esta pasion en el cuadro de Co-
 rina que el príncipe obtuvo de Gerard, y que regaló á
 M.^{ma} Recamier como un recuerdo inmortal del sentimiento
 que ésta le habia inspirado, y de la amistad íntima que
 unia á Corina y Julieta.

Pasóse el verano en fiestas; pues aunque el mundo

se hallaba trastornado, sucede comunmente que mezclándose el ruido de las catástrofes públicas con los placeres de la juventud, redobla su encanto, y hace que se entreguen los hombres á los goces con tanta mayor viveza, cuanto mas próximo parece estar el momento de perderlos.

M.^{ma} de Genlis ha compuesto una novela sobre el amor del príncipe Augusto. Un día la encontré en el calor de la composicion: vivia en el arsenal, en medio de libros llenos de polvo en una habitacion oscura. No aguardaba á nadie: estaba vestida con un traje negro; sus blancos cabellos ocultaban su rostro: tenia un arpa entre sus rodillas, y la cabeza inclinada sobre el pecho; y pegada á las cuerdas del instrumento, paseaba dos manos pálidas y descarnadas por el sonoro enrejado, del que sacaba sonidos débiles, semejantes á las voces lejanas é indefinibles de la muerte. ¿Y que es lo que cantaba la antigua Sibila? Cantaba á M.^{ma} Recamier; pues si bien la habia aborrecido en un principio, se sintió al fin vencida por la belleza y la desgracia; y en aquel momento acababa de escribir sobre ella, bajo el nombre de Athenaida, la siguiente pájina:

»El príncipe entró en el salon conducido por M.^{ma} de
»Staël. De repente se entreabre la puerta, y se adelanta
»Athenaida. El príncipe no pudo menos de reconocerla
»en la elegancia de su cuerpo y en el brillo deslumbrador
»de su rostro, á pesar de haberse formado de ella una idea
»del todo diferente: habíase representado á aquella mujer
»tan célebre por su belleza, orgullosa con sus triunfos,
»con altivo continente, y con esa especie de confianza que
»infunde con harta frecuencia semejante jénero de celebri-
»dad; mas viendo, por el contrario, á una jóven tímida
»que se adelantaba con turbacion, y se sonrojaba al pre-

»sentarse, se unió á su sorpresa el sentimiento mas dulce.

»Terminada la comida ninguno salió, por el excesivo
»calor que hacia, y bajaron á la galería para tener un
»rato de música hasta la hora de pasear. Despues de va-
»rios acordes brillantes y de sonidos armónicos de una dul-
»zura encantadora, cantó Athenaida acompañándose con
»el arpa. El príncipe la escuchó estasiado, y cuando ter-
»minó, la miró con una turbacion indecible, esclaman-
»do: »;Tambien habilidades!»

M.^{ma} de Staël amaba á M.^{ma} Recamier en la fuerza de su vida: M.^{ma} de Genlis, ya decrépita, encontraba para ella los acentos de su juventud; y la autora de la *Señorita de Clermont* colocaba la escena de su novela en Coppet, en casa de la autora de *Corina*, rival á quien detestaba, lo cual era una maravilla. No lo es menos el verme ocupado en escribir estos pormenores. Estoy recorriendo cartas que me recuerdan tiempos en que yo vivia solitario y desconocido, y en que hubo felicidad sin mí en las riberas de Coppet, que no he visto despues sin cierto impulso de envidia. Las cosas que se han escapado, que han huido de mí en la tierra, y que echo de menos, me matarian si no estuviese al borde del sepulcro; pero hallándome tan próximo al olvido eterno, verdades y sueños son igualmente vanos: al término de la vida todo es tiempo perdido.

Durante el proceso del jeneral Moreau, M.^{ma} Recamier pasaba su vida en casa de M.^{ma} Moreau. Esta se quejó á su amiga de que su marido se lamentaba de no haberla visto todavía entre el público que poblaba la sala y el tribunal; y M.^{ma} Recamier se dispuso para asistir á la audiencia al dia siguiente de aquella conversacion. Uno de los jueces, M. Brillat-Savarin, se encargó de introducirla por una puerta particular que daba al anfiteatro.

Al entrar se quitó el velo, y recorrió de una mirada la fila de los acusados, á fin de buscar en ella á Moreau, el cual la reconoció, se levantó, y la saludó. Todas las miradas se fijaron en M.^{ma} Recamier, que se apresuró á bajar los escalones del anfiteatro para llegar al sitio que le estaba destinado. Los acusados eran en número de cuarenta y siete, y ocupaban las gradas colocadas en frente de los jueces del tribunal. Cada acusado se hallaba entre dos jendarmes, y estos soldados mostraban al jeneral Moreau deferencia y respeto.

Veíanse allí M. de Polignac y M. de Riviére; pero el que especialmente llamaba la atencion era M. Jorje Cadoudal. Pichegru, cuyo nombre permanecerá unido al de Moreau, faltaba no obstante á su lado, ó mas bien se creia ver allí su sombra, pues se sabia que tampoco estaba en la prision.

Ya no se trataba de republicanos: aquello era la fidelidad realista que luchaba contra el nuevo poder: sin embargo, esa causa de la lejitimidad y de sus nobles partidarios, tenia por jefe á un hombre del pueblo, á Jorje Cadoudal. Al verle allí ocurría la idea de que aquella cabeza tan piadosa é intrépida iba á caer sobre el cadalso, y que quizá solo Cadoudal no se salvaria, porque nada haria para conseguirlo. Él no defendia sino á sus amigos, y todo lo que hacia relacion á él, lo confesaba inmediatamente. Bonaparte no fue tan jeneroso como quiere suponérsele: once personas adictas á Jorje perecieron con él.

Moreau no habló. Terminada la audiencia, el juez que habia introducido á M.^{ma} Recamier fue á buscarla. Ésta atravesó el estrado por el lado opuesto á aquel por que habia entrado, y pasó por junto á los bancos de los acusados. Moreau bajó seguido de sus dos jendarmes, y

**



llegó á estar separado de ella solo por una balaustrada. Tartamudeó algunas palabras, que M.^{ma} Recamier no pudo comprender por lo sobrecojida que estaba, y queriendo responderle, le faltó la voz.

Hoy que los tiempos han mudado, y que el nombre de Bonaparte parece solo llenarlos, no es fácil imaginar de cuán poco pendia aun su poder. La noche que precedió á la sentencia, y durante la cual estuvo reunido el tribunal, todo París estuvo en alarma. Oleadas de jente afluan al palacio de justicia. Jorje no quiso implorar gracia, y respondió á los que querian pedirla: »¿Podeis ofrecerme una ocasion mas bella de morir?»

Moreau, condenado á ser deportado, se puso en camino para Cádiz, desde donde debia pasar á América, y M.^{ma} Moreau fue á reunirse con él. M.^{ma} Recamier estaba á su lado en el momento de su partida: la vió abrazar á su hijo en la cuna, y volver en seguida para abrazarle de nuevo; condújola á su carruaje, y recibió su último adios.

El jeneral Moreau escribió desde Cádiz esta carta á su jenerosa amiga:

Chiclana (cerca de Cadiz) 12 de Octubre de 1804.

»Señora: creo que tendreis algun placer en saber noticias de dos fujitivos á quienes habeis mostrado tanto interes. Despues de sufrir fatigas de toda especie por tierra y por mar, esperábamos descansar en Cádiz, cuando ha venido á asediarnos en esta ciudad la fiebre amarilla, que puede compararse en cierto modo á los males que acabamos de experimentar.

»Aunque el parto de mi mujer nos ha obligado á per-



»manecer aqui mas de un mes , hemos sido bastante felices
»para preservarnos del contagio durante la enfermedad : uno
»solo de nuestros criados ha sido atacado.

»Al fin nos hallamos en Chiclana, lindísima aldea á
»pocas leguas de Cádiz, gozando de buena salud, y mi es-
»posa en plena convalecencia, despues de haberme dado
»una hija muy robusta.

»Persuadida mi esposa de que tomareis tanto interes en
»este suceso como en todo lo que nos ha ocurrido, me
»encarga que os lo comunique, y os trasmita sus recuerdos.

»No os hablo del jénero de vida que llevamos, pues es
»escesivamente fastidioso y monótono; pero al menos res-
»piramos con libertad, no obstante ser este el pais de la
»inquisicion.

»Os ruego, señora, que recibais la seguridad de mi
»respetuoso afecto, y me creais siempre vuestro muy hu-
»milde y obediente servidor,

»V. MOREAU."

Esta carta está fechada en Chiclana, sitio que parecia prometer, juntamente con la gloria, un reinado seguro al duque de Angulema; y sin embargo, no ha hecho mas que aparecer en esta orilla tan fatalmente como Moreau, á quien se ha creído adicto á los Borbones. Moreau en lo íntimo de su alma estaba consagrado á la libertad; y cuando tuvo la desgracia de asociarse á la coalicion, solo se trataba á sus ojos de combatir el despotismo de Bonaparte. Luis XVIII decia á M. de Montmorency, que deploraba la muerte de Moreau como una gran pérdida para la corona: »No tan grande: Moreau era republicano." Este jeneral no volvió á Europa sino para tropezar con la bala sobre la que el dedo de Dios habia grabado su nombre.

Moreau me recuerda otro ilustre capitán, Massena, el cual al partir para el ejército de Italia, pidió á M.^{ma} Recamier una cinta blanca de su adorno. Un día recibió ella este billete de letra de Massena:

»La cinta encantadora dada por M.^{ma} Recamier ha sido
»llevada por el jeneral Massena en la batalla y en el blo-
»queo de Jénova; nunca se ha separado del jeneral, y la
»victoria le ha favorecido constantemente.”

Las costumbres antiguas se abren paso á través de las nuevas, de que forman la base. La galantería del caballero noble se encontraba en el soldado plebeyo: el recuerdo de los torneos y de las cruzadas se hallaba oculto en aquellos hechos de armas con que la Francia moderna coronó sus antiguas victorias. Cisher, compañero de Carlo-Magno, no se engalanaba en los combates con los colores de su dama. »Llevaba, dice el monje de Saint-Gall, siete, ocho, y hasta »nueve enemigos ensartados en su lanza como ranas.” Cisher precedía, y Massena seguía á la época de la caballería.

SEGUNDO VIAJE DE MADAMA DE STAEL A ALEMANIA.

M.^{ma} Staël partió segunda vez para Alemania; y aquí principia una nueva série de cartas á M.^{ma} Recamier, quiza todavía mas interesantes que las primeras.

Nada hay en las obras impresas de M.^{ma} Staël que se aproxime á aquella naturalidad y elocuencia en que la imaginación presta su espresion á los sentimientos. Grande debia ser el poder de la amistad de M.^{ma} Recamier, cuando supo hacer producir á una mujer de jenio lo que habia oculto y no revelado aun en su talento. Ademas, se adivina en el acento triste de M.^{ma} de Staël un disgusto secreto, del que solo la belleza debia naturalmente ser el confiden-

te, como la única que no podía recibir jamás semejantes heridas.

Palacio de Chaumont. — Carta de Madama de Staël á Bonaparte.

En la primavera de 1812 volvió M.^{ma} de Staël á Francia, y fue á habitar el palacio de Chaumont, en las orillas del Loira, á cuarenta leguas de París, distancia determinada para el radio de su destierro, y adonde fue á reunirse con ella M.^{ma} Recamier.

M.^{ma} de Staël cuidaba entonces de la impresion de su obra sobre Alemania, y cuando estuvo á punto de publicarse, la envió á Bonaparte con esta carta:

»Señor: Me tomo la libertad de presentar á V. M. mi
 »obra sobre la Alemania. Si os dignais leerla, me parece
 »que encontrareis en ella la prueba de un talento capaz
 »de alguna reflexion, y que el tiempo ha madurado. Se-
 »ñor, hace doce años que no he visto á V. M., y que me
 »hallo desterrada. Doce años de desgracias modifican to-
 »dos los caractéres, y el destino enseña la resignacion á
 »los que sufren. Resuelta á embarcarme, suplico á V. M.
 »me conceda media hora de audiencia. Creo poderos de-
 »cir cosas que os interesen, y bajo este título os ruego me
 »concedais el favor de hablaros antes de mi partida. Solo
 »me permitiré una cosa en esta carta, y es la esplicacion
 »de los motivos que me obligan á abandonar el continente,
 »sino obtengo de V. M. el permiso de vivir en una casa de
 »campo bastante cerca de París, para que mis hijos puedan
 »residir en la capital. La desgracia de V. M. esparce sobre
 »las personas que son objeto de ella tal descrédito por toda
 »Europa, que no puedo dar un paso sin conocer sus efec-
 »tos. Los unos temen comprometerse al verme; los otros se

»tienen por unos héroes si triunfan de este temor; y las re-
»laciones mas sencillas de la sociedad se convierten en ser-
»vicios, que un alma altiva no puede soportar. Entre mis
»amigos hay algunos que se han asociado á mi suerte con
»una admirable jenerosidad; pero he visto romperse los
»sentimientos mas íntimos contra la necesidad de vivir con-
»migo en la soledad; y he pasado mi vida hace ocho años
»entre el temor de no obtener sacrificios, y el pesar de ser
»objeto de ellos. Quizá sea una ridiculez entrar asi en el
»pormenor de las impresiones propias con el soberano del
»mundo; pero lo que os ha dado el mundo, señor, es un
»jenio soberano; y cuando se trata de observar el corazon
»humano, V. M. comprende desde los resortes mas gran-
»des hasta los mas delicados. Mis hijos no tienen carrera;
»mi hija cuenta trece años: dentro de poco será preciso es-
»tablecerla, y seria un egoismo obligarla á vivir en las insi-
»pidas moradas á que me hallo condenada. Será preciso,
»pues, separarme de ella tambien. Esta vida no es tolera-
»ble, y no sé hallar remedio ninguno á ella en el conti-
»nente. ¿Que ciudad puedo elejir en que la desgracia de
»V. M. no ponga un obstáculo invencible al establecimiento
»de mis hijos y á mi tranquilidad personal? V. M. no sa-
»be quizá el miedo que los desterrados infunden á la ma-
»yor parte de las autoridades de todos los paises, y po-
»dria referiros cosas sobre este particular, que esceden
»sin duda de lo que V. M. tiene mandado. Han dicho á
»V. M. que yo echaba de menos á Paris por el Museo y
»por Talma: esto no es mas que una amena chanza sobre
»el destierro; es decir, sobre la desgracia que Ciceron y
»Bolinbroke han declarado ser la mayor de todas; pero aun
»cuando yo amase las obras maestras de las artes que debe
»la Francia á las conquistas de V. M.; aun cuando amase

» esas hermosas tragedias , imájenes del heroísmo , ¿podriais
» vos vituperarme por ello? La felicidad de cada individuo,
» ¿no se compone de la naturaleza de sus facultades? Y si
» el cielo me ha dado talento , ¿no tengo la imajinacion
» que hace necesarios los goces de las artes y del ánimo?
» ¡Tantas personas piden á V. M. ventajas positivas de to-
» da especie! ¿Por que me he de avergonzar yo de pedir-
» le la amistad , la poesia , la música , los cuadros , to-
» da esa existencia ideal de que puedo gozar sin separarme
» de la sumision que debo al monarca de la Francia?»

Esta carta desconocida hasta ahora , merecia ser con-
servada. M.^{ma} de Staël no era , como se ha querido su-
poner , una enemiga ciega é implacable. Pero no fue mas
escuchada que yo cuando tuve que dirijirme tambien á
Bonaparte para pedirle la vida de mi primo Armando.
Alejandro y César se habrian conmovido con una carta es-
crita en tono tan digno , por una mujer tan célebre ; pero
la confianza propia del mérito que se juzga y se cree igual
á la dominacion suprema , esa especie de familiaridad de
la intelijencia que se coloca al nivel del señor de la Eu-
ropa para tratar con él de poder á poder , no parecieron
otra cosa á Bonaparte que la arrogancia de un amor pro-
pio desmedido. Creiase desafiado por todo lo que tenia al-
guna grandeza independiente ; la bajeza le parecia fideli-
dad , la altivez rebellion ; ignoraba que el verdadero talen-
to no reconoce Napoleones mas que en el jenio , y que
tiene su entrada en los palacios como en los templos , por-
que es inmortal.

Son desterrados Madama Recamier y Mateo de Montmorency. — Madama Recamier en Chalons.

M.^{ma} de Staël abandonó á Chaumont, y volvió á Coppet; M.^{ma} Recamier se apresuró á trasladarse de nuevo á su lado; Mateo de Montmorency le permaneció igualmente fiel: pero una y otro fueron castigados, y con la misma pena que ambos iban á consolar; pues se les impusieron tambien las cuarenta leguas de distancia de París.

M.^{ma} Recamier se retiró á Chalons-sur-Marne, decidiéndola á elejir este punto la proximidad de Montmirail, donde habitaban MM. de la Rochefoucault-Doudeauville.

Se han perdido en la tiranía jeneral mil detalles de la opresion de Bonaparte: los perseguidos temian ver á sus amigos por temor de comprometerlos, y estos amigos no se atrevian á visitar á aquellos por miedo de acarrearles un aumento de rigor. El desgraciado proscripto, convertido en apestado y secuestrado del jénero humano, permanecia en cuarentena como contaminado con el odio del déspota. Mientras se ignoraba la independencia de opinion de uno, era este bien recibido en todas partes; mas así que era conocida aquella, todo se retiraba, y no quedaba á su alrededor sino autoridades que espian sus relaciones, sus sentimientos, sus correspondencias, sus pasos: tales eran aquellos tiempos de ventura y de libertad.

Las cartas de M.^{ma} de Staël revelan los padecimientos de aquella época, en que los talentos se veian amenazados á cada instante de ser encerrados en un calabozo; en que nadie se ocupa mas que en los medios de escapar; en que se aspiraba á la fuga como á la salvacion: cuando la libertad ha desaparecido, queda un pais, pero ya no hay patria.

Cuando M.^{ma} de Staël escribia á su amiga que no que-

ria verla por temer del mal que de ello le pudiera sobrevénir, no lo decia todo: estaba casada en secreto con M. de Rocca, y esto producía una nueva complicación de dificultades, de que se aprovechaba la policía imperial. M.^{ma} Recamier, á quien M.^{ma} de Staël creía deber callar sus nuevos cuidados, se sorprendía con razón de la obstinación con que le cerraba su palacio de Coppet; pero aunque resentida de la conducta de su amiga, por quien se había sacrificado ya, no por eso persistió menos en su resolución de reunirse con ella.

Todas las cartas que habrían debido retenerla no sirvieron mas que para confirmarla en su designio; y habiendo partido por fin, recibió en Dijon este billete fatal:

»Me despido de vos, querido ángel de mi vida, con
»toda la ternura de mi alma. Os recomiendo á Augusto:
»que os vea y que me vuelva á ver. Sois una criatura ce-
»lestial. Si hubiese vivido á vuestro lado, habría sido de-
»masiado dichosa: me hallo arrastrada por el destino.
»Adios.”

M.^{ma} de Staël no debía ya volver á ver á Julieta sino para morir. El billete de M.^{ma} de Staël hirió como un rayo á la viajera: huir súbitamente, marcharse antes de haber estrechado en sus brazos á la que corría á precipitarse en los suyos y participar de sus adversidades, ¿no era de parte de M.^{ma} de Staël una resolución cruel? Parecíale á M.^{ma} Recamier que la amistad hubiera podido verse menos *arrastrada por el destino*.

M.^{ma} de Staël fue á buscar la Inglaterra, atravesando la Alemania y la Suecia: el poder de Napoleon era otro mar que separaba á Albion de la Europa, como el Océano la separa del mundo.

Augusto, hijo de M.^{ma} de Staël, había perdido á su

hermano, muerto de un sablazo en un desafío: casose, y tuvo un hijo, el cual, de edad de algunos meses, le siguió á la tumba. Con Augusto de Staël se estinguió la posteridad masculina de una mujer ilustre, que el nombre honroso, pero desconocido, de Rocca no ha podido hacer revivir.

Madama Recamier en Lyon. — Madama de Chevreuse. — Prisioneros españoles.

Sola ya M.^{ma} Recamier y llena de pesares, buscó primero un asilo en Lyon, su pais natal, donde encontró á M.^{ma} de Chevreuse, otra desterrada. M.^{ma} de Chevreuse se habia visto obligada por el emperador, y despues por su propia familia, á entrar en la nueva sociedad: apenas se encuentra un nombre histórico que no consintiese en perder antes su honor que un bosque. Una vez comprometida M.^{ma} de Chevreuse en las Tullerías, creyó poder dominar en una córte salida de los campos: es verdad que aquella córte trataba de revestirse de los aires de otro tiempo, con la esperanza de cubrir su reciente orijen; pero los modales plebeyos eran todavia demasiado rudos para recibir lecciones de la impertinencia aristocrática. En una revolucion que dura, y que ha dado su último paso, como en Roma, por ejemplo, pudo resignarse el patriciado, un siglo despues de la caida de la república, á no ser mas que el senado de los emperadores: lo pasado nada tenia que echar en cara á estos hijos del presente, porque aquel pasado habia concluido, y una mancha igual marcaba todas las existencias. Pero en Francia, los nobles que se trasformaron en chambelanes se apresuraron demasiado: el imperio recien nacido desapareció con ellos, y volvie-

ron á encontrarse de frente con la antigua monarquía resucitada.

Atacada M.^{ma} de Chevreuse de una enfermedad de pecho, solicitó pasar sus últimos dias en París; pero no pudo conseguirlo: no se muere cuándo y en dónde se quiere. Napoleon, que hacia tantos difuntos, no hubiera acabado con ellos si les hubiese dejado la eleccion de su sepulcro.

No pudiendo M.^{ma} Recamier olvidar sus propios pesares sino ocupándose en los de los demas, se aprovechó de la mediacion caritativa de una hermana de la misericordia para visitar secretamente en Lyon á los prisioneros españoles. Uno de éstos, valiente y hermoso, cristiano como el Cid, estaba á punto de irse á la eternidad; y sentado sobre la paja, tocaba una guitarra: su espada habia engañado á su mano. Asi que veia á su bienhechora, le cantaba romances de su pais, como el único medio de manifestarle su gratitud; y su voz debilitada, y los sonidos confusos del instrumento, se perdian en el silencio de la cárcel. Los compañeros del soldado, medio envueltos en sus capas hechas pedazos, y con sus cabellos negros caidos sobre sus rostros macilentos y bronceados, levantaban sus ojos orgullosos con la sangre castellana y humedecidos por el reconocimiento hácia la desterrada, que les recordaba una esposa, una hermana, una amante, y que sufría el yugo de la misma tiranía.

El español murió pudiendo decir como Zaroiska, el jóven y valeroso poeta polaco: «Una mano desconocida cerrará mi párpado; el tañido de una campana extranjera anunciará mi muerte, y voces que no serán las de mi patria rogarán por mí.»

Mateo de Montmorency fue á Lyon á visitar á Ma-

dama Recamier. Entonces conoció ésta á M. Camilo Jordan y á M. Ballanche, dignos de aumentar el círculo de las amistades consagradas á su noble vida.

Madama Recamier en Roma. — Albano. — Cánova. — Sus cartas.

M.^{ma} Recamier era demasiado orgullosa para pedir que le levantaran el destierro. Fouché le habia instado por mucho tiempo é inútilmente para que adornase la córte del emperador : pueden verse los pormenores de estas negociaciones de palacio en los escritos de la época. M.^{ma} Recamier se retiró á Italia, y M. de Montmorency la acompañó hasta Chambery. El resto de los Alpes lo atravesó sin mas compañero de viaje que una sobrinita suya de siete años, que es hoy M.^{ma} de Lenormant.

Roma era entonces una ciudad de Francia, capital del departamento del Tíber. El Papa jemia prisionero en Fontainebleau, en el palacio de Francisco I.

Fouché, comisionado en Italia, mandaba en la ciudad de los Césares, como el jefe de los eunucos negros en Atenas : no hizo alli mas que pasar. M. de Norvins fue instalado en calidad de prefecto de policía : el movimiento tenia lugar entonces en otro punto de Europa.

Conquistada la ciudad eterna sin haber visto á su segundo Alarico, callaba sumida en sus ruinas ; y en aquel monton de siglos no se encontraban mas que artistas. Cánova recibió á M.^{ma} Recamier como si fuera una estátua griega que la Francia devolvía al museo del Vaticano: pontífice de las artes, inauguró en ella los honores del Capitolio en Roma abandonada.

Cánova tenia una casa en Albano, y la ofreció á M.^{ma} Recamier, la cual pasó alli el verano. El balcon de su cuarto

era uno de esos balcones de pintor , que encierran como en un cuadro el paisaje. Daba á las ruinas de la *quinta de Pompeyo*; y á lo lejos, y por encima de los olivos, se veía ocultarse el sol en el mar. Cánova se retiraba á esta hora; y conmovido por aquel hermoso espectáculo , se divertía en cantar , con un acento veneciano y una voz agradable , la barcarola : *O pescator dell'onda*: M.^{ma} Recamier le acompañaba al piano. El autor de *Psichis* y de la *Magdalena* se deleitaba con aquella armonía , y buscaba en las facciones de Julieta el tipo de la Beatriz que pensaba hacer mas adelante. Roma habia visto en otro tiempo á Rafael y á Miguel Anjel coronar sus modelos en orjías poéticas, contadas harto libremente por Cellini: ¡cuan superior era á aquellas esta pequeña escena decorosa y pura entre una mujer des- terrada y aquel Cánova tan sencillo y afable!

Mas solitaria Roma que nunca , llevaba en aquel momento el luto de viuda, y no veía ya pasar aquellos pacíficos soberanos á quienes colmaba de bendiciones , y que rejuvenecian sus ancianos dias con todas las maravillas de las artes. El ruido del mundo se habia alejado otra vez de ella: San Pedro estaba tan desierto como el Coliseo.

He leído las cartas elocuentes que escribía á su amiga la mujer mas ilustre de nuestros dias pasados : léanse ahora los mismos sentimientos de ternura espresados con la mas encantadora sencillez en la lengua de Petrarca por el primer escultor de los tiempos modernos. No cometeré el sacrilejio de probar á traducirlos:

»Domenica mattina.

»¡Dio eterno! ¿Siamo vivi, ó siamo morti? Io voglio
»esser vivo, almeno per scrivervi; si, lo vuole il mio cuore,

» anzi á mi commanda assolutamente di farlo. ¡Oh, se'l co-
 » noscete bene á fondo questo povero cuor mio, quanto,
 » quanto mai ve ne persuadereste! Ma per disgrazia mia pare
 » ch'egli sia alquanto all'oscuro per voi. ¡Pazienza! Ditemi
 » almeno come state di salute, si di piú non volete dire:
 » benchè mi abbiate promesso di scrivere e di scrivermi dol-
 » ce. Io davvero che avrei voluto vedervi personalmente in
 » questi giorni, ma non vi poteva essere alcuna via di poterlo
 » fare: anzi su di questo vi diro á voce delle cose curiose.
 » Conviene dunque che mi contenti, a forza, di vedervi in
 » spirito. In questo modo sempre mi siete presente, sempre
 » vi veggo, sempre vi parlo, vi dico tante, tante cose, ma
 » tutte, tutte al vento, tutte: ¡Pazienza anche di questo!
 » ¡Gran fatto che la cosa abbia d'andare sempre in questo
 » modo! Voglio intanto pero che siate certa certissima che
 » l'anima mia vi ama molto piú assai di quello che mai
 » possiate credere ed imaginare.»

El pescador de Albano.

M.^{ma} Recamier habia socorrido á los prisioneros espa-
 ñoles en Lyon; y otra víctima del mismo poder que la he-
 ria, la puso en el caso de ejercitar en Albano sus sentimien-
 tos compasivos. Un pescador, acusado de estar en intelijen-
 cia con los súbditos del Papa, habia sido juzgado y conde-
 nado á muerte; y los habitantes de Albano suplicaron á la
 estrangera refugiada entre ellos que intercediese por aquel
 desgraciado. Condujéronla á la cárcel; vió en ella al preso,
 y condolida de la desesperacion de aquel hombre, prorum-
 pió en lágrimas. El infeliz le suplicó que acudiese en su au-
 silio; que intercediese por él; que le salvase: súplica tanto
 mas desgarradora, cuanto que era imposible arrancarle al

suplicio. Era ya de noche, y debía ser fusilado al amanecer.

Sin embargo, M.^{ma} Recamier, aunque persuadida de la inutilidad de sus esfuerzos, no vaciló. Tráenle un caruaje, y sube en él sin la esperanza que dejaba al sentenciado: atraviesa los campos infestados de bandidos; llega á Roma, y no encontrando al director de policía, aguarda dos horas en el palacio de Fiano, contando los minutos de una vida, de la que se acercaba el último. Cuando llegó M. de Norvins le esplicó el objeto de su viaje; pero aquel le contestó que estaba dictada la sentencia, y no tenia las facultades necesarias para hacerla suspender.

M.^{ma} Recamier se volvió con el corazón traspasado: cuando llegó á Albano, el preso habia dejado de existir. Los habitantes aguardaban á la francesa en el camino, y al punto que la reconocieron se acercaron á ella. El sacerdote que habia asistido al paciente, venia á manifestarle los últimos deseos de éste: daba gracias á *la dama*, á la que no habia cesado de buscar con sus ojos al dirigirse al sitio de la ejecucion; y le suplicaba que orase por él, porque para un cristiano no ha acabado todo, ni está libre de temor por haber dejado de existir. M.^{ma} Recamier fue conducida por el eclesiástico á la iglesia, adonde la siguió la multitud de hermosas aldeanas de Albano. El pescador habia sido fusilado á la hora en que la aurora principiaba á iluminar la barca, ahora sin guía, que él acostumbraba conducir sobre los mares, y las riberas que solia recorrer.

Para aburrirse de los conquistadores seria preciso saber todos los males que causan; seria preciso ser testigo de la indiferencia con que se les sacrifica las criaturas mas inofensivas en un rincon del globo en donde jamás han puesto el pie. ¡Que importaban á los triunfos de Bonaparte los dias de un pobre pescador de los estados roma-

nos? Sin duda alguna no habrá llegado jamás á su noticia la existencia de aquel miserable; y en el estrépito de su lucha con los reyes habrá ignorado hasta el nombre de su victima plebeya.

El mundo no descubre en Napoleón sino victorias: las lágrimas que han servido de cimiento á las columnas triunfales, no caen de sus ojos. Yo creo sin embargo que de esos sufrimientos despreciados, de esas calamidades de los humildes y pequeños, se forman en los consejos de la Providencia las causas secretas que precipitan desde lo alto al dominador. Cuando se han acumulado las injusticias particulares en términos que superan el peso de la fortuna, baja la balanza. Hay sangre muda y sangre que grita: la sangre de los campos de batalla la bebe en silencio la tierra: la sangre pacífica derramada salta jimiendo hácia el cielo: Dios la recibe y la vengá. Bonaparte mató al pescador de Albano: algunos meses despues se hallaba desterrado entre los pescadores de la isla de Elba, y últimamente ha venido á morir entre los de Santa Elena.

Mis vagos recuerdos bosquejados apenas en la mente de M.^{ma} Recamier, ¿se le aparecerian en las riberas del Tiber y del Anio? Yo habia ya pasadó por entre aquellas soledades melancólicas, y habia dejado una sombra hourada con las lágrimas de los amigos de Julieta. Cuando la hija de M. de Montmorin (M.^{ma} de Beaumont) murió en 1803, M.^{ma} de Staël y M. Necker me escribian cartas de pésame, que he publicado en otra parte; verificándose de este modo que antes casi de haber conocido á M.^{ma} Recamier, recibia yo en Roma cartas fechadas en Coppet; primer indicio de una afinidad de destino. M.^{ma} Recamier me ha dicho tambien, que mi carta de 1803 á M. de Fontanes le servia de guía en 1814, y que leia repetidas veces este pasaje:

»Todo el que no tenga lazo ninguno en la vida debe ir
 »á Roma. Allí encontrará por sociedad una tierra que ali-
 »mentará sus reflexiones y ocupará su corazón, y paseos
 »que le dirán siempre alguna cosa. La piedra que pise le
 »hablará; el polvo que el viento levante de sus pisadas en-
 »cerrará alguna grandeza humana. Si es desgraciado, si ha
 »mezclado las cenizas de los que amó con tantas cenizas ilus-
 »tres, ¡con que encanto no pasará del sepulcro de los Es-
 »cipiones al último asilo de un amigo virtuoso...! Si es cris-
 »tiano, ¡ah! ¿como podría entonces arrancarse de esta
 »tierra que se ha convertido en patria suya; de esta tierra
 »que ha visto nacer un segundo imperio mas santo en su
 »cuna, mas grande en su poder que el que le ha precedi-
 »do; de esta tierra en donde los amigos que hemos per-
 »dido, durmiendo con los mártires en las catacumbas, á la
 »vista del padre de los fieles, parece que deben despertar
 »los primeros en su polvo, y que están mas próximos á los
 »cielos?»

Pero en 1814 no era yo para M.^{ma} Recamier mas que un *cicerone* vulgar, perteneciente á todos los viajeros: mas feliz en 1823, habia cesado de ser extranjero para ella, y podíamos hablar juntos de las ruinas romanas.

Madama Recamier en Nápoles. — El duque de Rohan-Chabot.

Las ocupaciones de la soledad se acabaron en Nápoles, adonde fue por el otoño M.^{ma} Recamier. Apenas se apeó en la posada, se le presentaron los ministros del rey Joaquín; pues olvidando Murat la mano que habia cambiado su látigo en cetro, estaba dispuesto á unirse á la coalición. Bonaparte habia plantado su espada en medio de Europa, como los gauleses plantaron su dardo en medio del mallo:

los reinos estaban colocados en círculo al rededor de aquella, y Napoleon los distribuia entre su familia. Carolina habia recibido el de Nápoles; M.^{ma} Murat no era un camafeo antiguo tan elegante como la princesa Borghese, pero tenia mas fisonomía y mas talento que su hermana, y en la firmeza de su carácter se reconocia la sangre de Napoleon. Si la diadema no hubiera sido para ella el adorno de la cabeza de una mujer, todavia habria sido la señal del poder de una reina.

Carolina recibió á M.^{ma} Recamier con una solicitud tanto mas afectuosa, quanto que la opresion de la tirania se hacia sentir hasta en Pórtici. Sin embargo, la ciudad que posee la tumba de Virjilio y la cuna del Tasso; esa ciudad, en que vivieron Horacio y Tito Livio, Bocaccio y Sanazar; en donde nacieron Durante y Cimarosa, habia sido embellecida por su nuevo soberano. Habíase restablecido el órden, y los *lazzaroni* no jugaban ya á los bolos con cabezas para divertir al almirante Nelson y á lady Hamilton. Habíanse estendido las escavaciones de Pompeya, y sobre el Pansilipo serpenteaba un camino, por cuyos lados pasé en 1803 para ir á examinar en Literno el retiro de Escipion. Aquellas monarquías nuevas, de una dinastía militar, habian hecho renacer la vida en paises en donde se manifestaba antes la moribunda languidez de una antigua estirpe. Roberto Guiscard, Guillermo Brazo de Hierro, Rojorio y Tancredo parecian haber resucitado, si bien se echaba de menos en ellos el aire de la antigua caballería.

M.^{ma} Recamier se hallaba en Nápoles por el mes de Febrero de 1814; ¿y donde estaba yo entonces? en mi *Valle de los Lobos*, principiando la historia de mi vida, y ocupándome en los juegos de mi infancia al ruido de las pisadas de los soldados extranjeros, mientras la mujer cuyo nombre

debía terminar estas *Memorias* vagaba sobre las marinas de Bayas. ¿Tendría yo algún presentimiento del bien que me había de venir un día de aquella tierra, cuando pintaba en los *Mártires* la seducción de Partenope....?

» Todos los días, así que empezaba á amanecer, me colocaba debajo de un pórtico. El sol se elevaba delante de mí, iluminando con sus fuegos mas suaves la cadena de montañas de Salerno, el azul del mar, sembrado de las velas blancas del pescador, las islas de Caprea, de Oënarria y de Prochyta, el cabo de Miseno y Bayas con todos sus encantos.

» Las flores y frutos bañados con el rocío son menos suaves y frescos que el paisaje de Nápoles cuando sale de las sombras de la noche. Siempre que llegaba al pórtico me quedaba sorprendido al verme á orillas del mar; porque las olas en aquel punto hacian apenas oír el ligero murmullo de una fuente; estasiado ante aquel cuadro, me apoyaba contra una columna; y sin pensamiento, sin deseo, sin proyecto, permanecía horas enteras respirando un ambiente delicioso. El encanto era tan grande, que me parecía que aquel aire divino trasformaba mi propia sustancia, y que con un placer indecible me elevaba hácia el firmamento como un espíritu puro.... Esperar ó buscar la hermosura; verla adelantarse en una barquilla y enviarnos su sonrisa de en medio de las olas; bogar con ella por el mar, cuya superficie sembrábamos de flores; seguir á la encantadora al fondo de aquellos bosques de mirto, y á los campos felices en donde Virjilio colocó el Elíseo: tal era la ocupacion de nuestros días....

» Tal vez existan climas peligrosos para la virtud por su estremada voluptuosidad: ¿y no es eso lo que quiso enseñar una fábula ingeniosa, refiriendo que Partenope fue

» construida sobre el sepulcro de una sirena? El brillo ater-
 » ciopelado de la campiña; la dulce temperatura de la at-
 » mósfera; los contornos redondeados de las montañas; las
 » suaves inflexiones de los rios y de los valles, son en Nápo-
 » les otras tantas seducciones para los sentidos que en todas
 » partes encuentran reposo y en ninguna ven cosa que les
 » ofenda.....

» Para evitar los ardores del medio dia nos retirábamos
 » á la parte del palacio construido bajo el mar: allí acosta-
 » dos en lechos de marfil, oíamos murmurar las olas por
 » encima de nuestras cabezas; y si en el interior de aque-
 » llos retiros nos sorprendia alguna tempestad, los esclavos
 » encendian lámparas llenas del nardo mas precioso de la
 » Arabia. Entonces entraban jóvenes napolitanas, que traian
 » rosas de Pæsto en vasos de Nola, y cantaban, formando
 » delante de nosotros bailes pausados que me recordaban
 » las costumbres de la Grecia, mientras las olas bramaban
 » por la parte de fuera. Asi se realizaban para nosotros las
 » ficciones de los poetas: hubiérase creido ver los juegos de
 » las Nereidas en la gruta de Neptuno.”

M.^{ma} Recamier encontró en Nápoles al conde de Nie-
 pert y al duque de Rohan-Chabot: el uno debia subir al
 nido del águila, y el otro vestir la púrpura. Se ha dicho
 de este último que lo habian votado al color encarnado,
 puesto que llevó sucesivamente el vestido de chambelan,
 el uniforme de caballeria lijera de la guardia, y el traje
 de cardenal.

El duque de Rohan era muy lindo: hablaba en ro-
 mance con mucha gracia; pintaba á la aguada, y se dis-
 tinguía por su esquisito esmero en el vestir. Cuando se hi-
 zo sacerdote, su piadosa cabellera, trabajada con el hierro,
 tenia una elegancia de mártir. Predicaba al oscurecer en

oratorios sombríos, á un auditorio de devotos, cuidando, con el auxilio de dos ó tres velas artísticamente colocadas, de iluminar con una tinta su pálido semblante, como si fuera un cuadro.

Es muy difícil de esplicar cómo habia hombres á quienes sus títulos hacian tontos á fuerza de orgullo, y se ponian sin embargo á merced de un *recien llegado*. Reflexionándolo de cerca se advierte que aquella aptitud para acomodarse á la condición de criados, procedia naturalmente de sus costumbres; pues habituados á la domesticidad, nada les importaba el cambio de librea con tal que el amo estuviese alojado en palacio con la misma divisa. El desprecio con que los trataba Bonaparte era muy justo: aquel gran soldado, abandonado de los suyos, decia con reconocimiento á una elevada señora: — «Bien pensado todo, »nadie hay que sepa servir mas que vosotros.»

La relijion y la muerte han pasado la esponja sobre algunas debilidades, bien perdonables por cierto, del cardenal de Rohan. Sacerdote cristiano, consumó en Besanzon su sacrificio, socorriendo á los desgraciados, dando de comer á los pobres, vistiendo á los huérfanos, y empleando en buenas obras su vida, cuyo curso abreviaba naturalmente una salud quebrantada.

Lector, si te impacientas con estas citas y estos relatos, piensa en primer lugar que no habrás quizás leído mis obras, y despues que ya no te oigo, pues estoy durmiendo en la tierra que tú pisas: si te fastidio, dá una patada sobre esa tierra, que no insultarás mas que á mis huesos. Piensa además que mis escritos forman parte esencial de esta existencia, cuyas hojas desdoblo. Pero ¡ah! ¿acaso mis cuadros napolitanos no tenían un fondo de verdad? La hija del Ródano, ¿seria por ventura la mujer real de mis delicias ima-

jinarias? No ciertamente: aun cuando yo hubiera sido Agustín, Jerónimo ó Eudoro, no hubiera estado ella en mi compañía, porque mi mansion en Italia fue anterior á la de la amiga de Corina en el mismo pais. ¡Feliz yo si hubiese podido estender mi vida entera bajo sus pasos como una alfombra de flores! Pero mi vida es escabrosa, y sus asperezas lastiman. ¡Ojalá que mis horas espirantes puedan reflejar el enternecimiento y el encanto de que ella las ha llenado sobre la que fue amada de todos, y de quien nadie tuvo jamás motivos de queja!

El rey Murat. — Sus cartas.

Murat, rey de Nápoles, nació el 25 de Mayo de 1771 en la Bastide, cerca de Cahors: enviáronle á estudiar á Toluosa; pero fastidiado de las letras se alistó en los cazadores de los Ardennes; despues desertó, y se refugió en Paris. Licenciada la guardia constitucional de Luis XVI, en la que habia sido admitido, obtuvo una tenencia en el undécimo regimiento de cazadores de caballería, de la que fue destituido por terrorista á la muerte de Robespierre: lo mismo sucedió á Bonaparte, y ambos soldados quedaron sin recursos. El 13 Vendimiario le repuso en su carrera, y fue nombrado ayudante de Napoleon, á cuyas órdenes hizo las primeras campañas de Italia; tomó la Valtelina, que reunió á la república cisalpina; tomó parte en la expedicion de Ejipto; se señaló en la batalla de Abukir: de vuelta á Francia con su jefe, fue encargado de echar á la calle al consejo de los *Quinientos*, y Bonaparte le dió en matrimonio á su hermana Carolina. Murat mandaba la caballería en la batalla de Marengo; y hallándose de gobernador de Paris en tiempo de la muerte del duque de Enghien, lamentó por lo bajo un

asesinato , que no tuvo valor para censurar públicamente.

Cuñado de Napoleon , y mariscal del imperio , entró en Viena en 1806 ; contribuyó á las victorias de Austerlitz , Jena , Eylau y Friedlan : fue nombrado gran duque de Berg , é invadió la España en 1808 , hasta que llamado por Napoleon , le dió éste la corona de Nápoles. Proclamado rey de las Dos-Sicilias en 1.º de Agosto de 1808 , agradó á los napolitanos por su fausto , su traje teatral , sus cabalgatas y sus fiestas.

Llamado en calidad de gran vasallo del imperio á la invasion de la Rusia , volvió á aparecer en todos los combates ; quedó encargado del mando de la retirada de Smolensko á Wilna , y despues de manifestar su descontento , dejó el ejército , y fue á calentarse al sol de Nápoles , como su capitan al hogar de las Tullerías. Aquellos hombres del triunfo no podian acostumbrarse á los reveses. Entonces principiaron sus alianzas con el Austria ; volvió á aparecer de nuevo en los campos de Alemania en 1813 ; volvió á Nápoles despues de la batalla de Leipsik , y reanudó sus negociaciones austro-británicas. Antes de entrar en una alianza completa , escribió á Napoleon una carta , que he oido leer á M. de Mosbourg. En esta carta decia á su cuñado , que habia encontrado á la península muy ajitada ; que los italianos reclamaban su independencian nacional ; que si no se les devolvía , era de temer se uniesen á la coalicion de Europa , y aumentasen de este modo los peligros de la Francia ; suplicaba á Napoleon que hiciese la paz , único medio de conservar un imperio tan poderoso y tan bello ; y añadia , que si Bonaparte no le daba oidos , abandonado él en un extremo de la Italia , se veria precisado á dejar su reino , ó á abrazar los intereses de la libertad italiana. Esta carta muy sensata quedó por muchos meses sin respuesta : de consiguiente Napoleon

no ha podido echarle en cara con justicia que le haya hecho traicion.

Obligado Murat á elejir prontamente, firmó en 11 de Enero de 1814 un tratado con la córte de Austria, en el que se obligaba á suministrar á los aliados un ejército de treinta mil hombres. En premio de esta defeccion se le garantizaba su reino de Nápoles y su derecho de conquista sobre las Marcas pontificias. M.^{ma} Murat habia revelado aquella importante transaccion á M.^{ma} Recamier; y en el momento de declararse Murat abiertamente, y cuando estaba aun muy conmovido por lo que acababa de hacer, encontró á ésta en el cuarto de Carolina, y le preguntó su parecer acerca del partido que debia tomar, rogándole que tuviese bien en cuenta los intereses del pueblo de que era soberano. M.^{ma} Recamier le respondió: — «Sois frances, y á los franceses es á quienes debeis permanecer fiel.» Desfigurósele el semblante á Murat, y replicó: — «¿Con que soy un traidor? ¿Y que he de hacer? ¡Ya es demasiado tarde!» Abrió violentamente una ventana, y señaló con la mano una escuadra inglesa que entraba en el puerto á vela desplegada.

El Vesubio acababa de tener una erupcion, y vomitaba llamas. Dos horas despues estaba Murat á caballo al frente de sus guardias: la multitud le cercaba gritando: «¡Viva el rey Joaquin!» todo lo habia olvidado, y parecia ébrio de gozo. Al dia siguiente hubo gran funcion en el teatro de San Carlos, y el rey y la reina fueron recibidos con frenéticas aclamaciones, desconocidas de los pueblos de la parte de acá de los Alpes. Tambien fue victoreado el plenipotenciario de Franciseo II: en el palco del ministro de Napoleon no se veia á nadie: Murat se turbó como si en el interior de aquel palco hubiese visto el espectro de la Francia.

Puesto en movimiento el ejército de Murat en 16 de Febrero de 1814, obligó al príncipe Eujenio á replegarse sobre el Adijio, mientras Napoleon, despues de obtener triunfos inesperados en Champaña, escribia á su hermana Carolina algunas cartas, que fueron interceptadas por los aliados, y comunicadas al parlamento de Inglaterra por lord Castlereagh, en las que le decia: »Tu marido es muy valiente en el campo de batalla; pero mas débil que una mujer ó un monje cuando no ve al enemigo. No tiene ningun valor moral; ha tenido miedo, y no ha titubeado en perder en un instante lo que no puede tener sino por mí y conmigo.»

En otra carta, dirigida al mismo Murat, decia Napoleon á su cuñado: »Supongo que no sereis de los que piensan que el leon está muerto: si lo creeis asi, estais muy equivocado..... Desde vuestra marcha de Wilna me habeis hecho todo el mal que habeis podido. El titulo de rey os ha trastornado la cabeza: si deseais conservarlo, portaos bien.»

Murat no persiguió al virey sobre el Adijio, porque vacilaba entre los aliados y los franceses, segun las probabilidades que Bonaparte parecia ganar ó perder.

En los campos de Brienne, en donde Napoleon fue educado por la antigua monarquía, daba en honor de ésta el último y mas admirable de sus sangrientos torneos; y favorecido entre tanto Joaquin por los *carbonarios*, tan pronto queria declararse libertador de la Italia, tan pronto esperaba dividirla entre él y Bonaparte una vez vencedor.

Una mañana llevó el correo á Nápoles la noticia de la entrada de los rusos en París. M.^{ma} Murat estaba acostada todavia, y M.^{ma} Recamier, sentada á la cabecera de su cama, estaba hablando con ella, á tiempo que

pusieron sobre la cama una grande porcion de cartas y periódicos, entre los cuales se hallaba mi escrito de *Bonaparte y los Borbones*. La reina exclamó: »¡Ah! ¡una produccion de M. de Chateaubriand! La leeremos juntas.» Y continuó abriendo sus cartas.

M.^{ma} Recamier tomó el folleto, y despues de ojearlo por encima, lo volvió á poner sobre la cama, y dijo á su señora: — »Señora, lo leereis vos sola: tengo que volver á casa.»

Napoleon fue relegado á la isla de Elba: la Alianza, con una grande habilidad, lo habia colocado sobre las costas de Italia. Murat supo que se trataba en el congreso de Viena de despojarle de los estados que habia comprado tan caro, y se puso entonces en intelijencia secreta con su cuñado, que habia llegado á ser vecino suyo. Se ha estrañado siempre que los Napoleones hayan tenido parientes. ¿Quien sabe el nombre de Aridéo, hermano de Alejandro? Durante el año de 1814, el rey y la reina de Nápoles dieron una fiesta en Pompeya, en donde se practicó una escavacion al son de la música; las ruinas que hacian desenterrar Carolina y Joaquin, no les instruian sobre su propia ruina: al borde de la prosperidad no se oyen mas que los últimos conciertos del ensueño que pasa.

Cuando se firmó la paz de París, formaba Murat parte de la Alianza; devuelto al Austria el Milanesado, se retiraron los napolitanos á las legaciones romanas; y cuando Bonaparte, desembarcando en Cannes, entró en Lyon, Murat, perplejo y con intereses distintos, salió de las legaciones, marchó con cuarenta mil hombres hácia la alta Italia, para distraer á los enemigos y favorecer á Napoleon, y rehusó en Parma las condiciones que los austriacos, asustados, le ofrecian todavía. Para todo hombre hay un momento critico que, bien

ó mal aprovechado, decide de su porvenir. El baron de Firmont rechaza las tropas de Murat, toma la ofensiva, y las persigue hasta Macerata. Los napolitanos se desmandan, su jeneral-rey vuelve á Nápoles acompañado de cuatro lanceros; y presentándose á su esposa, le dice: »Señora, no »he podido morir." Al otro dia le condujo un barco hácia la isla de Ischia; encuentra en el mar una embarcacion en que iban algunos oficiales de su estado mayor, y se dirige con ellos hácia Francia.

Habiéndose quedado sola M.^{ma} Murat, mostró una presencia de espíritu admirable. Los austriacos estaban á punto de presentarse, y en la transicion de una autoridad á otra podia sobrevenir un intervalo de anarquía lleno de desórdenes. La rejente no precipita su retirada, sino que deja á los soldados alemanes ocupar la ciudad, y por la noche hace iluminar sus galerías. El pueblo, distinguiendo las luces desde afuera, cree que la reina está allí todavía, y permanece tranquilo: pero Carolina sale entre tanto por una puerta secreta, y se embarca. Sentada en la popa del buque, veia resplandecer en la costa las luces del palacio desierto de que se alejaba, imájen del brillante ensueño que habia tenido mientras dormia en la rejion de las hadas.

Carolina encontró la fragata que conducia abordo á Fernando. El buque de la reina fujitiva hizo el saludo; el buque del rey restaurado no contestó: la prosperidad no reconoce á su hermana la adversidad. De este modo las ilusiones desvanecidas para unos, principian para otros: asi se cruzan por los vientos y las olas los inconstantes destinos humanos: risueños ó funestos, un mismo abismo los arroja de su seno y se los traga.

Murat termina en otra parte su carrera. El 25 de Mayo de 1815, á las diez de la noche, abordo al golfo Juan,

adonde habia abordado su cuñado. La fortuna hacia representar á Joaquin la parodia de Napoleon. Este no creia en la fuerza de la desgracia y en el auxilio que presta á las almas grandes : prohibió al rey destronado la entrada en París; puso en cuarentena á aquel hombre atacado de la peste de los vencidos, y le relegó á una casa de campo llamada *Plaisance*, cerca de Tolon. Mejor habria hecho en temer menos un contagio de que él mismo habia sido atacado. ¿Quien sabe lo que un soldado como Murat hubiera podido hacer en la batalla de Waterloo?

El rey de Nápoles, en medio de su pesar, escribia á Fouché en 19 de Julio de 1815:

»A los que me acusan de haber principiado las hostilidades demasiado pronto, les responderé que fueron rotas á petición formal del emperador, el cual hace tres meses no ha cesado de darme seguridades acerca de sus sentimientos, acreditando ministros cerca de mi persona, escribiéndome que contaba conmigo, y que no me abandonaria jamás. Solo cuando se ha visto que yo acababa de perder con el trono los medios de continuar el poderoso movimiento militar que duraba hace tres meses, es cuando se ha querido estraviar la opinion pública, insinuando que he obrado por mi propia cuenta, y no de acuerdo con el emperador.”

Hubo en el mundo una mujer jenerosa y bella: cuando ésta llegó á París, la recibió M.^{ma} Recamier, y no la abandonó en los tiempos de desgracia. Entre los papeles que dejó se han hallado dos cartas de Murat del mes de Junio de 1815, que pueden servir para la historia.

6 de Junio de 1813.

»He perdido por la Francia la mas bella existencia : he
»peleado por el emperador , y por su causa se hallan pri-
»sioneros mis hijos y mi mujer. La patria está en peligro,
»y ofrezco mis servicios , pero aplazan el aceptarlos. No sé
»si estoy libre ó prisionero ; y cuando debo quedar envuelto
»en la ruina del emperador si este sucumbe , se me quitan
»los medios de servirle y de servir á mi propia causa. Exijo
»el por qué de esta conducta ; se me responde oscuramente,
»y no puedo hacerme juez de mi posicion. Ni puedo ir á
»París , en donde mi presencia ofenderia al emperador , ni
»tampoco ir al ejército , en donde mi vista despertaria de-
»masiado la atencion del soldado. ¿Que he de hacer? Espe-
»rar : eso es lo que se me contesta. Por otra parte me dicen
»que no me perdonan haber abandonado al emperador el
»año último , al paso que cartas de París decian , cuando
»combatia recientemente por la Francia : *Todo el mundo*
»*está aquí encantado con el rey*. El emperador me escribia:
»*Cuento con vos : contad conmigo ; nunca os abandonaré*. El
»rey José me escribia : *El emperador me manda escribiros*
»*que marcheis inmediatamente á los Alpes*. Y cuando al lle-
»gar le manifiesto sentimientos jenerosos , y le ofrezco com-
»batir por la Francia , soy enviado á los Alpes. Ni una pa-
»labra de consuelo se ha dirigido al que jamás cometió con
»él otra falta , que la de haber contado demasiado con sen-
»timientos jenerosos , sentimientos que nunca tuvo para
»conmigo.

»Amiga mia , os ruego que me hagais conocer la opi-
»nion de la Francia y del ejército con respecto á mí. Es
»preciso saber soportarlo todo , y mi valor me hará supe-

»rior á todas las desgracias. Todo se ha perdido menos el
 »honor; he perdido el trono, pero he conservado toda mi
 »gloria; me vi abandonado por mis soldados, que han sali-
 »do vencedores en todos los combates; pero yo nunca fui
 »vencido. La desercion de veinte mil hombres me puso á
 »merced del enemigo; un barco de pescador me salvó
 »del cautiverio, y un buque mercante me puso en tres
 »dias en las costas de Francia.”

Tolon 18 de Junio de 1815.

» Acabo de recibir vuestra carta, y es imposible pintaros
 » las diferentes sensaciones que me ha hecho experimentar.
 » He podido por un momento olvidar mis desgracias, pen-
 » sando tan solo en mi amiga, cuya alma noble y jenerosa
 » acaba de consolarme y demostrarme su dolor. Tranquili-
 » zaos; todo se ha perdido; pero queda el honor; mi gloria
 » sobrevivirá á todas mis desgracias, y mi valor sabrá ha-
 » cerme superior á todos los rigores de mi destino: nada
 » temais por este lado. He perdido trono y familia sin con-
 » moverme; pero la ingratitud me ha indignado. Cuando
 » lo he perdido todo por la Francia, por su emperador y
 » por orden de éste, se me imputa á crimen el haberlo he-
 » cho. Me niega el permiso de combatir y de vengarme, y
 » ni aun me deja la libertad de elegir mi retiro. ¿Concebis
 » toda mi desgracia? ¿Que he de hacer? ¿Que partido to-
 » mar? Soy frances y padre: como frances debo servir á mi
 » patria; como padre debo ir á compartir la suerte de mis
 » hijos; el honor me impone el deber de combatir, y la
 » naturaleza me dice que debo ser de mis hijos. ¿A quien
 » he de obedecer? ¿No podré satisfacer á ambos? ¿Me será
 » permitido escuchar al uno ó al otro? El emperador por

»su parte me prohíbe tomar las armas; y el Austria por
»la suya, ¿me concederá los medios de ir á reunirme con mis
»hijos? ¿Se los iré á pedir yo, que nunca he querido tratar
»con sus embajadores? Tal es mi situacion: aconsejadme
»lo que debo hacer. Aguardaré vuestra respuesta, la del
»duque de Otranto y la de Luciano, antes de tomar una
»determinacion. Consultad bien la opinion sobre lo que se
»cree que me conviene hacer, porque no soy libre en la
»eleccion de mi retiro; se echa la vista sobre lo pasado, y
»se me hace un crimen de haber perdido mi trono, cuan-
»do lo he perdido por cumplir lo que se me mandaba, y
»cuando mi familia jime en el cautiverio. Aconsejadme:
»escuchad la voz del honor y la de la naturaleza, y como
»juez imparcial tened el valor de escribirme qué es lo que
»conviene que haga. Aguardaré vuestra respuesta en el ca-
»mino de Marsella á Lyon.”

Dejando á un lado las vanidades personales y esas ilu-
siones que provienen del trono, aun cuando sea de un tro-
no en donde no se haya sentado uno sino un momento,
estas cartas nos demuestran la idea que Murat tenia forma-
da de su cuñado.

Bonaparte pierde el imperio por segunda vez: Murat
va vagando sin asilo sobre aquellas mismas playas que vie-
ron vagar á la duquesa de Berry; hasta que en 22 de Agus-
to de 1815 unos contrabandistas consienten en pasarle á él
y á otros tres á la isla de Córcega. Levántase una tempe-
stad; es recibido á bordo en la barquilla que hacia el ser-
vicio entre Bastia y Tolon: apenas deja su embarcacion se
abre ésta, y llegando á Bastia el 25 de Agosto, corre á
ocultarse en la aldea de Vescovato, en casa del viejo Ko-
lonna-Ceccaldi. Reúnenle doscientos oficiales con el je-
neral Franceschetti, y marcha sobre Ajaccio: la ciudad

materna de Bonaparte era la única que se mantenía en favor de su hijo: de todo su imperio no poseía Napoleón más que su cuna. La guarnición de la ciudadela saluda á Murat, y quiere proclamarle rey de Córcega; pero se niega á ello, porque no encuentra igual á su grandeza más que el cetro de las Dos-Sicilias. Su ayudante Mucirone le trae de París la decisión del Austria, en virtud de la cual debe dejar el título de rey, y retirarse á su voluntad á Bohemia ó á Moldavia. — »Es demasiado tarde, respondió Joaquín, querido Mucirone, la suerte está ya echada.» El 28 de Setiembre se hace Murat á la vela hácia Italia; siete buques iban cargados con sus doscientos cincuenta servidores: se había desdenado de tener por reino la estrecha patria del hombre inmenso; y lleno de esperanza, seducido por el ejemplo de una fortuna superior á la suya, partía de aquella isla, de donde había salido Napoleón para tomar posesión del mundo. No los mismos lugares, sino los jenios semejantes, son los que producen los mismos destinos.

Una tempestad dispersó la escuadrilla, y Murat fue arrojado el 8 de Octubre en el golfo de Santa Eufemia, casi en el momento en que Bonaparte llegaba á la roca de Santa Elena.

De sus siete embarcaciones no le quedaban más que dos, inclusa la suya. Desembarca con unos treinta hombres, y trata de sublevar las poblaciones de la costa; pero los habitantes hacen fuego contra su tropa. Las dos embarcaciones se internan en el mar: Murat estaba vendido. Corre á un barco encallado; prueba á ponerlo en movimiento, y el barco permanece inmóvil. Allí se ve cercado y hecho prisionero; y entre los ultrajes del mismo pueblo que hace poco se desgañitaba gritando: »¡Viva el rey Joa-

quin!" es conducido al castillo de Pizzo. Ocupáronle á él y á sus compañeros proclamas insensatas que demostraban los sueños en que se mecen los hombres hasta su último momento.

Tranquilo Murat en su prision, decia: — »No guar-
»daré para mí sino el reino de Nápoles; mi primo Fer-
»nando conservará la segunda Sicilia," y en aquel mismo momento una comision militar le condenaba á muerte. Cuando supo su sentencia, le abandonó su firmeza por algunos instantes; se echó á llorar, y exclamó: — »¡Yo soy Joáquin, rey de las Dos-Sicilias!" Olvidaba que Luis XVI habia sido rey de Francia, el duque de Enghien nieto del gran Condé, y Napoleon árbitro de la Europa: la muerte en nada tiene lo que hemos sido.

Por mas que se diga lo que se quiera, un sacerdote es siempre un sacerdote, y devuelve á un corazon intrépido la fuerza perdida. El 13 de Octubre de 1815, despues de haber escrito á su mujer, Murat, renovando en su novelesca persona las aventuras brillantes ó trájicas de la edad media, fue conducido á una sala del castillo de Pizzo, donde le aguardaban formados en dos filas doce soldados, que quizá habian servido á sus órdenes. Murat ve cargar las armas, rehusa dejarse vendar los ojos, y como capitán experimentado elije por sí mismo el puesto en que las balas pueden alcanzarle mejor.

Asi que tomaron la puntería, y en el momento en que iban á hacer fuego, les dijo: »Soldados, no me tireis á la »cara; apuntad al corazon;" y cayó, estrechando en sus manos los retratos de su mujer y de sus hijos: retratos que adornaban antes el puño de su espada. Aquello no era sino un negocio mas que el valiente acababa de despachar con la vida.

Los diferentes jéneros de muerte de Napoleon y de Murat conservan los caractéres de su existencia.

Murat, tan amigo del fausto, fue enterrado sin pompa en Pizzo, en una de esas iglesias cristianas, cuyo piadoso seno recibe caritativamente toda clase de cenizas.

Vuelve á Francia Madama Recamier. — Carta de Madama de Genlis.

M.^{ma} Recamier, á su regreso á Francia, pasó por Roma en los momentos en que el Papa volvía á entrar en ella. En otra parte de estas *Memorias* hemos visto á Pio VII conducido hasta las puertas de San Pedro, despues de haber sido puesto en libertad en Fontainebleau; y mientras Joaquin, con vida aun, iba á desaparecer, Pio VII aparecía de nuevo. Napoleon estaba herido detras de ellos; la mano del conquistador dejaba caer al rey y encumbraba al pontífice.

Pio VII fue recibido con aclamaciones que conmovian las ruinas de la ciudad de las ruinas. Desengancharon los caballos de su carruaje, y la multitud le llevó hasta las gradas de la iglesia de los Apóstoles. El padre santo nada oía ni veía: estasiado su espíritu, tenia el pensamiento lejos de la tierra, y solo se levantaba su mano sobre el pueblo por la tierna costumbre de echar bendiciones. De este modo penetró en la Basílica al estruendo de los clarines y del cántico del *Te-Deum*, y entre las aclamaciones de los suizos que profesaban la religion de Guillermo Tell. Los incensarios le enviaban perfumes que él no aspiraba: no quiso que le llevasen en andas, bajo la sombra del dosel y de las palmas, y siguió la marcha como si fuese un náufrago que iba á cumplir un voto á nuestra Señora del Buen Socorro, y como encargado por Jesucristo de una mision

que debía renovar la faz de la tierra. Iba vestido con un ropaje blanco; y sus cabellos, que aun se conservaban negros, á pesar de las desgracias y de los años, formaban contraste con la palidez del anacoreta. Asi que llegó al sepulcro de los Apóstoles, se prosternó de rodillas, y se quedó hundido, inmóvil y como muerto en los abismos de los consejos de la Providencia. La emocion era profunda: hubo protestantes, testigos de aquella escena, que no pudieron contener sus lágrimas.

¡Que campo para meditaciones! ¡Un sacerdote lleno de achaques, caduco, sin fuerza y sin defensa, arrebatado del Quirinal y llevado prisionero al fondo de las Gálias; un mártir que no esperaba mas que su tumba, libertado de las manos de Napoleon, que oprimia al globo, y recobrando el imperio de un mundo indestructible cuando se estaban preparando las tablas de una prision de Ultramar para aquel formidable carcelero de los pueblos y de los reyes!

Pío VII sobrevivió al emperador, y vió volver al Vaticano las obras maestras, amigos fieles que le habian acompañado en su destierro. De vuelta de su persecucion, el pontífice septuajenario, bajo la cúpula de San Pedro, mostraba á la vez toda la debilidad del hombre y la grandeza de Dios.

Al bajar M.^{ma} Recamier los Alpes de la Saboya, encontró en el puente de Reauvoisin la bandera y escarapela blancas. Las procesiones del *Corpus*, que recorrian las poblaciones, parecian haber vuelto con el rey cristianísimo. La viajera llegó á Lyon en el momento en que se celebraba una fiesta por la restauracion: el entusiasmo era sincero: al frente de los regocijos se hallaban Alejo de Noailles y el coronel Clary, cuñado de José Bonaparte. Lo que se dice hoy de la frialdad y tristeza con que fue acogida la

lejitimidad en su primera restauracion es una mentira impudente. La alegría fue jeneral en las diferentes opiniones; y hasta los convencionistas y los imperialistas tomaron parte en ella: solo pueden esceptuarse los soldados cuyo noble orgullo se creia resentido con aquellos reveses. Hoy, que no se siente ya el peso del gobierno militar, y que se han despertado las vanidades, es preciso negar los hechos, porque no se concilian bien con las teorías del momento; y hay un partido interesado en hacer creer que la nacion recibió con horror á los Borbones, y que la restauracion ha sido una época de opresion y de miseria. Esto conduce á tristes reflexiones sobre la naturaleza humana. Si los Borbones hubiesen tenido el gusto y la fuerza de oprimir, se hubieran podido lisonjear de conservar por largo tiempo el trono. Las violencias é injusticias de Bonaparte, peligrosas para su poder en apariencia, le sirvieron en realidad: los hombres se asustan de las iniquidades; pero se forjan de ellas una grande idea, y están dispuestos á mirar como un ser superior al que se coloca sobre las leyes.

M.^{ma} de Staël, que llegó á Paris antes que M.^{ma} Recamier, le habia escrito muchas veces; pero solo llegó á sus manos el siguiente billete:

Paris 20 de Mayo de 1814.

»Estoy avergonzada de hallarme en Paris sin vos, querido ánjel de mi vida: os ruego me digais vuestros proyectos. ¿Quereis que vaya á esperaros en Coppet, donde pienso permanecer cuatro meses? Despues de tantos sufrimientos, mi mas dulce perspectiva sois vos, y mi corazón os está consagrado para siempre. Una palabra sobre vuestra marcha y vuestra llegada. Aguardo esa palabra

»para saber lo que he de hacer. Os escribo á Roma, á Nápoles, &c.

M.^{ma} de Genlis, que nunca habia tenido relaciones con M.^{ma} Recamier, se apresuró á aproximarse á ella. Encuentro en un pasaje la espresion de un deseo que, realizado, habria ahorrado al lector mi narracion.

11 de Octubre.

»Ved aqui, señora, el libro que he tenido el honor de
»prometeros. He marcado las cosas que deseo leais.....
»Venid, señora, á contarme vuestra historia *en estos términos*, como se hace en las novelas. Despues os pediré que
»la escribais en forma de memorias, que estarán llenas de
»interes; porque desde los primeros años os habeis visto
»arrojada, con una figura encantadora y un talento lleno
»de finura y penetracion, en medio de esos torbellinos de
»errores y locuras: todo lo habeis visto; y habiendo con-
»servado durante aquellas borrascas los sentimientos reli-
»jiosos, un alma pura, una vida sin mancha, un corazon
»sensible y fiel á la amistad, sin envidia ni pasiones odio-
»sas, lo podreis describir todo con los colores mas verdade-
»ros. Sois uno de los fenómenos de estos tiempos, y por
»cierto el mas amable.

»Me enseñareis vuestras *Memorias*: mi larga esperien-
»cia os ofrecerá algunos consejos, y hareis una obra útil y
»deliciosa. No vayais á responderme: *No me siento capaz*,
»&c., pues nunca os dejaré pasar esos lugares comunes, que
»son indignos de vuestro talento. Podeis echar sin remordi-
»miento una mirada sobre lo pasado; este derecho es el
»mas bello de todos en todos tiempos, é inapreciable en el
»que ahora estamos. Aprovechaos de él para instruccion

»de la jóven que estais educando, pues será para ella el
»mayor beneficio que le podreis hacer.

»Adios, señora: permitidme deciros que os amo, y os
»abrazo con toda mi alma."

CARTAS DE BENJAMIN CONSTANT.

Ya que ha vuelto á París M.^{ma} Recamier, voy á tomar otra vez por algun tiempo mis primeros guías.

La reina de Nápoles, inquieta por las resoluciones del congreso de Viena, escribió á M.^{ma} Recamier para que le proporcionase un hombre capaz de defender sus intereses en aquella capital. M.^{ma} Recamier se dirijió á Benjamin Constant, y le rogó redactase una memoria. Esta circunstancia tuvo sobre el autor de dicha memoria una influencia la más desgraciada; y un sentimiento borrascoso fue la consecuencia de una entrevista. Bajo el imperio de ese sentimiento, Benjamin Constant, ya violento anti-bonapartista, como se ve en *El Espíritu de conquista*, dejó correr opiniones cuyo curso no tardaron en cambiar los sucesos; y de aqui le provino una reputacion de movilidad política, funesta para los hombres de estado.

M.^{ma} Recamier, sin dejar de admirar á Bonaparte, habia permanecido fiel á su odio al opresor de nuestras libertades, y al enemigo de M.^{ma} de Staël. En cuanto á lo que tocaba á ella misma, ni siquiera pensaba en ello, y habria hecho muy poco caso de su destierro. Las cartas que Benjamin Constant le escribió en aquella época servirán de estudio, si no del corazon, á lo menos de la cabeza humana: en ellas se ve todo lo que un espíritu irónico y novelesco, sério y poético, podía hacer de una pasion. Rousseau no es

mas sincero ; pero mezcla con sus amores de imaginacion una melancolía y una ilusion verdaderas.

Artículos de Benjamin Constant al regreso de Bonaparte de la isla de Elba.

Entre tanto Bonaparte habia desembarcado en Cannes, y principiaba á hacerse sentir la perturbacion que causaba su proximidad, Benjamin Constant envió este billete á Madama Recamier:

»Perdonad si me aprovecho de la ocasion para molestaros ; pero la ocasion es demasiado oportuna. Mi suerte quedará decidida seguramente dentro de cuatro ó cinco dias, porque aun cuando prefirais no creerlo para disminuir vuestro interes, no cabe duda de que soy con Marmon, Chateaubriand y Lainé, uno de los cuatro hombres mas comprometidos de Francia. Es seguro por lo tanto que si no triunfamos, estaré dentro de ocho dias ó proscripto y fujitivo, ó en un calabozo ó fusilado. Concededme, pues, durante los dos ó tres dias que precedan á la batalla, el mayor tiempo y el mayor número de horas que os sea posible. Si muero, tendreis un placer en haberme hecho este bien, al paso que sentiriais haberme aflijido. Mi afecto hácia vos es mi vida : una señal de indiferencia hace mas daño que pudiera hacerlo dentro de cuatro dias mi sentencia de muerte ; y cuando considero que el peligro es un medio de obtener de vos una muestra de interes, no me hace experimentar otra sensacion mas que de alegría.

»¿Os ha dejado satisfecha mi artículo ? ¿sabeis lo que dicen de él ?”

Benjamin Constant tenia razon, y estaba tan comprometido como yo : adicto á Bernadotte, habia servido con-

tra Napoleon , y habia publicado su escrito de *El Espiritu de conquista* , en el que trataba al tirano peor de lo que yo lo hacia en mi folleto *De Bonaparte y de los Borbones*. Hablando en las *Gacetas*, llevó su riesgo al mas alto grado.

El 10 de Marzo , en los momentos en que Bonaparte se hallaba á las puertas de la capital, tuvo bastante valor para firmar en el *Diario de los Debates* un artículo que terminaba con esta frase : »No iré , como un miserable tras-
»fugo , á arrastrarme de un poder á otro , á cubrir la in-
»famia con el sofisma , y tartamudear palabras profanas
»para rescatar una vida vergonzosa.”

Benjamin Constant escribia á la que le habia inspirado estos nobles sentimientos : »Me alegro de que se haya pu-
»blicado mi artículo : al menos no se podrá poner hoy en
»duda mi sinceridad. Aqui tengo un billete que me escri-
»ben despues de haberlo leído : si recibiese otro parecido
»de otra persona , subiria gozoso al cadalso.”

M.^{ma} Recamier se ha echado siempre en cara el haber ejercido , sin quererlo , una influencia semejante sobre un destino digno de respeto. Nada es , en efecto , mas triste que inspirar á caractéres veleidosos esas resoluciones enérgicas , que por sí son incapaces de sostener.

Benjamin Constant desmintió el 20 de Marzo su artículo del 19. Despues de dar algunos rodeos para alejarse , volvió á París , se dejó seducir por Bonaparte , y nombrado consejero de estado , borró sus jenerosas pájinas , trabajando en la redaccion del *Acta adicional*.

Desde entonces llevó en su corazon una secreta herida , y no pudo arrostrar ya con firmeza la opinion de la posteridad : su vida triste y marchitada no contribuyó poco á su muerte. ¡Dios nos libre de triunfar de esas miserias de que no se hallan exentas las naturalezas mas elevadas ! El

cielo no nos concede talentos sino asociando á ellos debilidades, como si fueran expiaciones ofrecidas á la insuficiencia y á la envidia. Las debilidades de un hombre superior son aquellas víctimas negras que la antigüedad sacrificaba á los dioses infernales, y con las que estos sin embargo nunca se dejan desarmar.

Madama de Krudener. — El duque de Wellington.

M.^{ma} Recamier habia permanecido durante los Cien-Dias en Francia, en donde la reina Hortensia la invitaba á quedarse: la reina de Nápoles le ofrecia, por el contrario, un asilo en Italia. Pasados los Cien-Dias, vino á París M.^{ma} Krudener siguiendo á los aliados que habian llegado de nuevo. Esta señora habia caido de la novela en el misticismo, y ejercia una grande influencia en el ánimo del emperador de Rusia.

M.^{ma} de Krudener vivia en una casa del barrio de San Honorato, que tenia un jardin que se estendia hasta los Campos Eliseos. Alejandro llegaba de *incógnito* por una puerta del jardin, y aquellas conferencias politico-relijiosas terminaban por fervientes oraciones. M.^{ma} de Krudener me convidó á una de aquellas hechicerías celestes; pero yo, el hombre de todas las quimeras, aborrezco el desvarío, abomino de lo nebuloso, y detesto las puerilidades: nadie puede ser perfecto. La escena, pues, me fastidió; y cuanto mas queria orar, tanto mas sentia la sequedad de mi alma. Nada encontraba que decir á Dios, y el diablo me impulsaba á reir: me agradaba mas M.^{ma} de Krudener cuando, rodeada de flores, y habitante todavía de esta tierra miserable, componia á *Valeria*. Lo único que encontraba era que mi antiguo amigo M. Michaud, mezclado en aquel

idilio de una manera estraña , no tenia mucho de pastor , á pesar de su nombre. M.^{ma} Krudener , convertida en serafin , procuraba rodearse de ánjeles : de ello tenemos una prueba en este encantador billete de Benjamin Constant á M.^{ma} Recamier.

Jueves.

» Voy á cumplir con cierto embarazo una comision que
 » acaba de darme M.^{ma} Krudener. Ésta os suplica que va-
 » yais lo menos hermosa que os sea posible ; pues dice que
 » deslumbráis á todo el mundo , y que por este motivo se
 » hallan turbadas todas las almas, y se hacen imposibles to-
 » das las atenciones. No podeis desprenderos de vuestro en-
 » canto ; pero no trateis de realizarlo. Aunque podria aña-
 » dir muchas cosas acerca de vuestra persona con este mo-
 » tivo , no tengo valor para ello. Puede uno ser ingenioso al
 » hablar del encanto que agrada , pero no del que mata.
 » Os veré dentro de poco : me habeis señalado la hora de
 » las cinco ; pero no volveréis hasta las seis, y no podré de-
 » cir os una palabra. Procuraré no obstante ser tambien ama-
 » ble esta vez.”

¿No aspiraba tambien el duque de Wellington al honor de atraerse una mirada de Julieta? Uno de sus billetes, que voy á copiar á continuacion, solo es curioso por su firma.

París 13 de Enero.

» Confieso , señora , que no siento mucho que los ne-
 » gocios me impidan ir á vuestra casa despues de comer,
 » porque cada vez que os veo, me separo de vos mas pene-
 » trado de vuestras bellas prendas, y menos dispuesto á de-

»dicarme á la política. Me pasaré por vuestra casa mañana,
 »al volver de la del abate Sicard, en caso de que os halleis
 »en ella, y á pesar del efecto que estás peligrosas visitas
 »producen en mí.

»Vuestro muy fiel servidor,

»WELLINGTON."

Al entrar el duque de Wellington en casa de M.^{ma} Recamier despues de la batalla de Waterloo, exclamó: —
 »¡Bien le he batido!" Su triunfo le habria hecho perder la
 victoria en un corazón frances, aun cuando jamás pudiese
 aspirar á ella.

Vuelvo á hallar á Madama Recamier. — Muerte de Madama de Staël.

En una época dolorosa para el renombre literario de la Francia fue cuando volví á hablar á M.^{ma} Recamier, en la época de la muerte de M.^{ma} de Staël. Al regresar á París la autora de *Delfina* despues de los Cien-Días, habia vuelto con la salud quebrantada. Yo la habia visto en su casa, y en casa de la duquesa de Duras; pero empeorando poco á poco su estado, se vió precisada á guardar cama. Habia ido una mañana á su casa, calle de Royal, y vi que las ventanas estaban casi cerradas; el lecho, próximo á la pared del fondo del cuarto, no dejaba mas que un callejoncito á la izquierda; y las cortinas recogidas sobre las varillas formaban dos columnas á la cabecera de la cama: M.^{ma} de Staël, medio sentada, estaba sostenida por almohadas. Acerqueme, y luego que mi vista se fue acostumbrando á la oscuridad, distinguí á la enferma. Una ardiente calentura animaba sus mejillas; su hermosa mirada tropezó conmigo en las tinieblas, y me dijo:

— » Buenos dias, *my dear Francis*: sufro, pero eso no » me impide amaros:” y al pronunciar estas palabras, me alargó su mano, que yo estreché y besé. Al levantar la cabeza, descubrí al lado opuesto de la cama, en el espacio entre ésta y la pared, cierta cosa que se levantaba blanca y delgada: era M. de Rocca, con el rostro desencajado, las mejillas hundidas, los ojos llorosos, la tez indefinible: se estaba muriendo; yo no le habia visto, ni le he vuelto á ver mas. No abrió la boca, y se inclinó al pasar por delante de mí; no se oia el ruido de sus pasos, y se alejó como una sombra. Luego que llegó á la puerta se volvió hácia el lecho para contemplar á M.^{ma} de Staël; y aquellos dos espectros que se miraban en silencio, pálido el uno y en pie, y el otro sentado y teñido con el color de una sangre próxima á bajar y helarse en el corazon, hacian estremecer.

Pocos dias despues M.^{ma} de Staël mudó de habitacion, y me convidó á comer en su casa, calle Nueva de Mathurins. Fui allá; pero ella no estaba en el salon, ni pudo siquiera asistir á la comida; aunque ignoraba que la hora fatal estuviese tan próxima. Pusimonos á la mesa, y yo me hallé sentado al lado de M.^{ma} Recamier. Hacia doce años que no la habia visto, y aun entonces no la vi mas que por un momento. Yo no la miraba, ni ella me miró, y no nos dirijimos ni una sola palabra, hasta que hácia el fin de la comida, habiéndome ella hablado con alguna timidez sobre la enfermedad de M.^{ma} de Staël, volví un poco la cabeza, y levanté los ojos. Temeria profanar hoy por la boca de mis años un sentimiento que conserva en mi memoria toda su juventud, y cuyo encanto se aumenta á medida que mi vida se retira. Aparto mis ancianos dias para descubrir detras de ellos apariciones celestes, para oir desde lo profundo del abismo las armonias de una rejion mas feliz.

M.^{ma} de Staël murió. El último billete que escribió á M.^{ma} de Duras estaba trazado en gruesas letras, mal colocadas, como las de un niño. Había en él una palabra afectuosa para *Francis*. El talento que espira abarca mas que el individuo que muere: es un desconsuelo jeneral de que se halla herida la sociedad: todos en el mismo instante sufren la misma pérdida.

Con M.^{ma} de Staël se hundió una parte considerable del tiempo en que yo he vivido: esas brechas que una inteligencia superior forma en un siglo al caer, no vuelven á cerrarse jamás. Su muerte me causó una impresion particular, á la que se mezclaba una especie de sorpresa misteriosa: en casa de aquella mujer ilustre había conocido yo á M.^{ma} Recamier, y despues de largos dias de separacion, M.^{ma} de Staël reunia dos personas viajeras, que habian llegado é ser casi estrañas una para otra, y las dejaba en una comida fúnebre su recuerdo y el ejemplo de su cariño inmortal.

Fui á ver á M.^{ma} Recamier á la calle Baja de Rempart, y despues á la calle de Anjou. Cuando uno llega á reunirse con su destino, cree no haberse apartado nunca de él: la vida, segun la opinion de Pitágoras, no es mas que una reminiscencia. ¿Quién no recuerda en el curso de sus dias algunas pequeñas circunstancias indiferentes á todos, menos á él mismo? En la casa de la calle de Anjou habia un jardin, y en este jardin un cenador de tilos, por entre cuyas hojas divisaba yo un rayo de luna cuando esperaba á M.^{ma} Recamier: ¿no me parece que ese rayo es esclusivamente mio, y que si fuese bajo los mismos árboles volveria á hallarle? Entre tanto no me acuerdo absolutamente del sol que he visto brillar sobre muchas frentes.

La Abadía de los Bosques.

Habia llegado al momento de verme obligado á vender el *Valle de los Lobos* que tenia alquilado M.^{ma} Recamier á medias con M. de Montmorency; y perseguida aquella mas y mas con esta nueva prueba de fortuna, se retiró inmediatamente á la *Abadía de los Bosques*.

La duquesa de Abrantes habla así de esta mansion:

»La *Abadía de los Bosques* con todas sus dependencias, »sus hermosos jardines y sus grandes claustros, en donde »jugaban niñas de todas edades, de mirada serena y viva »locuacidad; la *Abadía de los Bosques* no era conocida sino »como una santa morada, á la que una familia podia con- »fiar su esperanza; y aun así no lo era sino de las madres »que tenían un interés mas allá de sus elevados muros. »Cuando la hermana María cerraba la puertecita coronada »de un ático, límite del santo dominio, se atravesaba el »gran patio que separa el convento de la calle, no solo como un terreno neutral, sino extranjero.

»Hoy no sucede lo mismo; el nombre de la *Abadía de los Bosques* se ha hecho popular, y su celebridad es »jeneral y familiar á todas las clases. La mujer que va á »ella por primera vez, con decir á sus criados: — »A la »*Abadía de los Bosques*,” puede estar segura de que no le »preguntarán qué camino han de seguir.....

»¿De donde ha adquirido en tan corto tiempo una fama tan positiva, un renombre tan conocido? ¿Veis dos »ventanitas allí arriba en lo alto, encima de las ventanas »de la escalera principal? aquella es una de las pequeñas »habitaciones de la casa. Pues bien, de su recinto ha sido »de donde ha tomado origen el renombre de la *Abadía de*

» *los Bosques*; desde allí ha bajado y se ha hecho popular.
 » ¿Y como no lo habia de ser cuando todas las clases de la
 » sociedad sabian que en aquel cuarto habitaba un ser, cu-
 » ya vida estaba desheredada de todos los gozes, y que sin
 » embargo tenia palabras consoladoras para todos los pesa-
 » res, espresiones májicas para suavizar todos los dolores,
 » socorros para todos los infortunios?

» Cuando desde el interior de su calabozo entrevió Cou-
 » der el cadalso (1), ¿de quien invocó la compasion? — » Ve
 » á casa de M.^{ma} Recamier, dijo á su hermano, y dile que
 » soy inocente ante Dios...: ella comprenderá este testimo-
 » nio...” Y Couder se salvó. M.^{ma} Recamier se asoció pa-
 » ra esta accion jenerosa con ese hombre que posee al mis-
 » mo tiempo el talento y la bondad: M. Ballanche secundó
 » sus pasos, y el cadalso devoró una víctima menos.

» Era casi una maravilla ofrecida al estudio del espíri-
 » tu humano aquella pequeña celda, en la que una mujer,
 » cuya reputacion es mas que europea, habia ido á buscar
 » descanso y un asilo conveniente. El mundo se olvida or-
 » dinariamente de los que no participan ya de sus festines;
 » y sin embargo no se olvidó nunca de la que en otro tiem-
 » po, en medio de sus mismos placeres, escuchaba mas bien
 » un lamento que el acento del regocijo. Asi es que el pe-
 » queño cuarto del tercer piso de la *Abadía de los Bosques*
 » no solo fue siempre el objeto de las escursiones de los
 » amigos de M.^{ma} Recamier, sino que como si el prestigio
 » de una hada hubiese suavizado la aspereza de la subida,
 » hasta aquellos mismos extranjeros que reclamaban como
 » un favor ser admitidos en el elegante palacio de la Cal-
 » zada de d'Antin, solicitaban tambien la misma gracia. Era

(1) Estaba comprometido en el asunto de Borics.

»para ellos un espectáculo tan notable como cualquiera
»otra novedad de París, el ver en un espacio de veinte pies
»de largo y diez de ancho todas las opiniones reunidas ba-
»jo una misma bandera, marchando en paz y dándose casi
»la mano. El vizeconde de Chateaubriand contaba á Benja-
»min Constant las maravillas desconocidas de la América:
»Mateo de Montmorency, con aquella urbanidad que le
»era peculiar, y aquella finura caballeresca propia de todo
»el que lleva su nombre, era tan respetuosamente atento
»con M.^{ma} Bernadotte, que iba á reinar en Suecia, como
»lo hubiera sido con la hermana de Adelaida de Saboya,
»hija de Humbert de las Blancas manos, aquella viuda de
»Luis el Gordo, que se habia casado con uno de sus ante-
»pasados: el hombre, en fin, de los tiempos feudales no
»tenia ninguna palabra amarga para el hombre de los dias
»libres.

»Sentadas al lado una de otra en un mismo divan, la
»duquesa del barrio de Saint-Germain trataba con la ma-
»yor cortesanía á la duquesa imperial: nada habia en pug-
»na en aquella celda sin igual. Cuando volví á ver á Ma-
»dama Recamier en aquel cuarto, acababa de llegar yo á
»París, de donde habia estado ausente mucho tiempo. Iba
»á pedirle un favor, y me acercaba á ella con confianza.
»Sabia ya por nuestros amigos el grado de fuerza á que
»habia llegado su valor; pero me faltó el mio al verla allí
»tan serena y tranquila debajo de un techo de vigas, co-
»mo en los salones dorados de la calle de Mont-Blanc.

»¿Como? dije entre mí; ¡siempre padeciendo! y mis ojos
»humedecidos se fijaban en ella con una espresion que de-
»bió comprender. ¡Ay de mí! mis recuerdos salvaban los
»años y abarcaban lo pasado. Aquella mujer, azotada siem-
»pre por la tempestad, á quien la fama habia colocado so-

»bre la corona de flores del siglo, hacia diez años que veía
»su vida cercada de dolores, cuyo choque heria su corazón
»á golpes redoblados, y le daba la muerte.....

»Cuando guiada por antiguos recuerdos y un constante atractivo escojí por asilo la *Abadía de los Bosques*, la
»pequeña habitacion del tercer piso no estaba ya habitada
»por aquella á quien antes habia ido á buscar allí: Madame Recamier ocupaba entonces un cuarto mas espacioso,
»en donde la vi de nuevo. La muerte habia aclarado las
»filas de los que combatian á su alrededor, y de todos aquellos campeones políticos, M. de Chateaubriand era casi el
»único de sus amigos que habia sobrevivido. Pero tambien
»llegó á sonar para él la hora de los desengaños y de la ingratitude real; y obrando como prudente, se despidió de
»aquellas falsas apariencias de felicidad, y abandonó el incierto poder tribunicio por otro mas positivo.

»Es ya sabido que en aquella habitacion de la *Abadía de los Bosques* no se trataba solo de intereses literarios, y
»que los que sufrían podían volver á ella una mirada de esperanza. En la investigacion constante en que me hallo
»hace algunos meses de todo lo que tiene relacion con la familia del emperador, he encontrado algunos documentos, que no me parecen fuera del caso en este momento.

»La reina de España se hallaba en la precision absoluta de volver á Francia, y escribió á M.^{ma} Recamier suplicándole se interesase en la peticion que hacia de ir á
»París. M. de Chateaubriand se hallaba á la sazón en el ministerio; y la reina de España, conociendo la lealtad de su
»carácter, tenia la mayor confianza en el buen éxito de su pretension. Sin embargo, la cosa no era fácil, porque
»existia una ley que condenaba á toda aquella familia desgraciada, hasta en sus individuos mas virtuosos. Pero

»M. de Chateaubriand abrigaba ese sentimiento de noble
 »compasion hácia la desgracia, que le hizo escribir mas
 »adelante estos tiernos conceptos:

No el esplendor del grande me fascina;
 Tan solo sus desgracias yo respeto.
 Si odio á Faraon cuando en su brillo
 Deslumbrarnos pretende, honor le rindo
 Si abatido le miro por la suerte.
 Adversa la fortuna le devuelve
 La corona á mis ojos, y en su llanto
 Su autoridad augusta reconozco.
 Del dolor cortesano, &c., &c.

»M. de Chateaubriand, pues, escuchó los intereses de
 »una persona desgraciada: consultó su deber, que no le
 »impuso el recelo de temer á una débil mujer; y dos días
 »despues de la peticion que le fue dirigida, escribió á Ma-
 »dama Recamier que la esposa de José Bonaparte podia re-
 »gresar á Francia, y la preguntó dónde estaba, para diri-
 »jirle, por medio de M. Durand de Mereuil, nuestro em-
 »bajador á la sazón en Bruselas, el permiso para ir á París
 »bajo el nombre de condesa de Villeneuve. Al mismo tiem-
 »po escribió á M. de Fagel.

»He referido el hecho anterior con tanto mas gusto,
 »cuanto que honra á la vez á la que pedia y al ministro á
 »quien se pedia: á la una por su noble confianza, y al otro
 »por su noble humanidad.”

M.^{ma} de Abrantes elojia demasiado mi conducta, que
 ni siquiera merecia la pena de hacer mérito de ella; pero
 como no refiere todo lo relativo á la Abadía de los Bosques,
 voy á suplir lo que ha omitido.

El capitán Roger, otro Couder, habia sido sentenciado

á muerte; y M.^{ma} Recamier me asoció á su obra piadosa para salvarle. Benjamin Constant habia intercedido asimismo en favor de aquel compañero de Caron, y entregado al hermano del sentenciado la carta siguiente para M.^{ma} Recamier:

»Nunca me perdonaria, señora, el estaros molestando
»continuamente; pero no es culpa mia si hay sin cesar sen-
»tenciados á muerte. Esta carta os será entregada por el
»hermano del desgraciado Roger, condenado con Caron,
»cuya historia es mas odiosa y la mas conocida. El nom-
»bre solo pondrá al corriente á M. de Chateaubriand, que
»es bastante dichoso en ser á la vez el primer talento del
»ministerio, y el único ministro durante cuya permanencia
»en el poder no haya corrido sangre. Nada tengo que aña-
»dir, y me remito enteramente á vuestro corazon. Es muy
»triste no haber de escribiros sino para asuntos dolorosos;
»pero sé que me perdonais, y estoy seguro de que añadi-
»reis un desgraciado mas á la numerosa lista de los que
»habeis salvado.

»Recibid el mas tierno respeto de

»B. CONSTANT.»

París 1.^o de Marzo de 1823.

Cuando el capitán Roger fue puesto en libertad, se apresuró á manifestar su reconocimiento á sus bienhechores. Una tarde me hallaba yo en casa de M.^{ma} Recamier, como de costumbre, cuando se presentó de repente aquel oficial, el cual nos dijo con el acento del Mediodía: »A no
»ser por vuestra intercesion, mi cabeza habria roda-
»do sobre el cadalso.» Nos quedamos estupefactos, por-
que habíamos olvidado nuestros merecimientos; pero él

esclamaba colorado como un gallo: »¿No os acordais? ¿no os acordais....?» En vano dábamos mil excusas por nuestra falta de memoria: él se marchó, chocando una con otra las espuelas de sus botas, furioso de que no recordásemos nuestra buena accion, como si hubiera tenido que echarnos en cara su muerte.

Por aquella época pidió Talma á M.^{ma} Recamier verme en casa de ésta, para ponerse conmigo de acuerdo sobre ciertos versos del *Otelo* de Ducis, que no le permitian decir tal como estaban. Dejé los negocios, me fui corriendo á la cita, y pasé la tarde en recomponer con el moderno Roscio los versos malaventurados: él me proponia una variante, yo le proponia otra: ambos rimábamos á porfia, y nos retirábamos, ya á la ventana, ó ya á un rincon del cuarto, para hacer y deshacer un hemistiquio, costándonos mucho trabajo ponernos de acuerdo, ya en cuanto al sentido, ya en cuanto á la armonia. Hubiera sido cosa curiosa haberme visto á mí, ministro de Luis XVIII, y á Talma, rey de la escena, olvidando lo que podíamos ser, para apostárnoslas á hablar, dando al diablo la censura y todas las grandezas del mundo. Pero si Richelieu hacia representar sus dramas soltando á Gustavo Adolfo en Alemania, ¿no podia yo, humilde secretario de estado, ocuparme en las tragedias de otros, yendo á buscar en Madrid la independencia de Francia?

La duquesa de Abrantes, cuyo sepulcro he saludado en la iglesia de Chaillot, no ha descrito mas que la morada que *habitaba* M.^{ma} Recamier: yo voy á pintar el asilo *solitario*. Un corredor oscuro separaba dos piezas pequeñas, y me parecia que este vestibulo estaba iluminado por una claridad suave. Adornaban la alcoba una biblioteca, un arpa, un piano, el retrato de M.^{ma} de Staël, y una vista

de Coppet á la luz de la luna: sobre las ventanas habia algunos tiestos de flores. Cuando cansado de haber subido tres pisos entraba yo en aquella celda á la caida de la tarde, me quedaba estasiado; las ventanas daban al jardin de la Abadía, en cuya verde alfombra paseaban las religiosas y corrian las pensionistas. A la altura de la vista llegaba la cima de una acacia: agudos campanarios cortaban el cielo; en el horizonte se divisaban las colinas de Sévres; y el sol al ponerse doraba el panorama, y penetraba por las ventanas abiertas. M.^{ma} Recamier estaba sentada al piano; oíase el toque de las oraciones; y los sonidos de la campana, »que »parecia llorar la muerte del dia," *il giorno piager che si muore*, se mezclaban con los últimos acentos de la invocación á la noche de *Romeo y Julieta* de Steibelt. Algunos pájaros venian á recojerse en las celosias levantadas, y yo iba á buscar el silencio y la soledad por encima del tumulto y ruido de una gran poblacion.

Al darme Dios aquellas horas de paz, me indemnizaba de mis horas de agitacion, y me dejaba entrever el próximo reposo que cree mi fe y llama mi esperanza. Molestado por fuera con mis ocupaciones politicas, ó disgustado por la ingratitude de la corte, me aguardaba en el interior de aquel retiro la calma del corazon, como el fresco de los bosques al salir de una llanura abrasadora: alli encontraba la serenidad al lado de una mujer, cuya tranquilidad se estendia en rededor suyo, sin que tuviese por eso nada de monótono, porque pasaba á través de sentimientos profundos. ¡Ay! los hombres que yo encontraba en casa de M.^{ma} Recamier, Mateo de Montmorency, Camilo Jordan, Benjamin Constant, el duque de Laval, han ido á reunirse á Hingant, Joubert, Fontanes, otros ausentes, é individuos de otra sociedad tambien ausente. Entre esas amistades sucesivas han apare-

cido jóvenes amigos, vástagos primaverales de una añosa selva en donde la poda es eterna. Yo les ruego, ruego á M. Ampère, que leerá esto cuando haya yo desaparecido, á todos les pido que me conserven un recuerdo: les entrego el hilo de la vida, cuyo cabo deja escapar Laquesis de mi huso. Mi inseparable compañero de marcha, M. Ballanche, se ha hallado solo al principio y al fin de mi carrera, y ha sido testigo de mis relaciones rotas por el tiempo, como yo lo he sido de las suyas arrastradas por el Ródano: los ríos minan siempre sus riberas.

La desgracia de mis amigos ha venido á pesar con frecuencia sobre mí, sin que haya esquivado nunca esa sagrada carga: el momento de la remuneracion ha llegado ya: dignese, pues, un cariño formal ayudarme á soportar lo que la multitud de dias malos añade al peso natural de los mismos. Al acercarme á mi fin me parece que todo lo que me ha sido querido lo ha sido en M.^{ma} Recamier, y que ésta era el manantial secreto de mis afecciones. Mis recuerdos de diferentes edades, asi los de mis sueños como los de mis realidades, se han petrificado, mezclado y confundido para formar un compuesto de encantos y de dulces padecimientos, de que ella ha venido á ser la forma visible. Ella arregla mis sentimientos, asi como la autoridad del cielo ha puesto la felicidad, el orden y la paz en mis deberes.

He seguido á la viajera por el sendero que apenas han hollado sus plantas: pronto la precederé en una otra patria. Al pasearse en medio de estas *Memorias*, en las revueltas de la basilica que me apresuro á concluir, podrá encontrar la capilla que aqui le dedico; quizá le agrade descansar en ella donde he colocado su imájen.

REVISADO EN 22 DE FEBRERO DE 1845.

Embajada de Roma. — Tres especies de materiales. — Diario de viaje.

Lo que acabo de escribir en 1839 se une con lo que escribí diez años atras, en 1828 y 29 sobre mi embajada de Roma. Mis *Memorias*, como *Memorias*, han ganado con la historia de la vida de M.^{ma} Recamier: han sido traídos á la escena otros personajes; se ha visto á Nápoles bajo Murat, á Roma bajo Bonaparte, al papa vuelto en libertad á San Pedro; se han conservado cartas inéditas de M.^{ma} de Staël, de Benjamin Constant, de Cánova, de Laharpe, de M.^{ma} de Genlis, de Luciano Bonaparte, de Moreau, de Bernadotte, de Murat; hay escritos de Benjamin Constant que le presentan bajo un nuevo aspecto; y despues de haber introducido al lector en un pequeño *canton separado* del imperio, mientras que este imperio cumplia su movimiento universal, me veo conducido á mi embajada de Roma. La distraccion de un asunto estraño le habrá hecho descansar, y siempre habrá sido un beneficio para él.

Para este asunto tengo abundantes materiales, y son de tres clases.

Los primeros contienen la historia de mis sentimientos íntimos y de mi vida privada, referida en las cartas escritas á M.^{ma} Recamier.

Los segundos esponen mi vida pública, y son mis despachos oficiales.

Los terceros son una mezcla de pormenores históricos sobre los papas, y sobre la antigua sociedad de Roma, y sobre los cambios ocurridos en esa sociedad de siglo en siglo.

Entre estas investigaciones se encuentran pensamientos

y descripciones, fruto de mis paseos; y todo ello ha sido escrito en el espacio de siete meses, tiempo de la duracion de mi embajada, en medio de las fiestas ó de ocupaciones graves (1). Mi salud, sin embargo, estaba quebrantada: no podia levantar los ojos sin experimentar desvanecimientos; y para admirar el cielo me veia obligado á colocarlo á mi alrededor, subiendo á lo alto de algun palacio ó de alguna colina. Pero yo curé el cansancio del cuerpo con la aplicacion del espíritu; el ejercicio de mi pensamiento remueve mis fuerzas físicas; y lo que mataria á otro, á mí me hace vivir.

Al revisar todo esto, me ha llamado una cosa la atencion: al llegar á la ciudad eterna siento cierto disgusto, y creo por un momento que todo ha cambiado; poco á poco se apodera de mí la fiebre de las ruinas, y acabo, como mil otros viajeros, por adorar lo que en un principio me habia dejado frio. La nostalgia es el sentimiento de haber dejado el pais natal: en las orillas del Tiber se padece tambien el *mal del pais*; pero produce un efecto opuesto á su efecto acostumbrado, pues se encuentra un acometido del amor de la soledad y del disgusto de la patria. Yo habia experimentado ya ese *mal* en mi primer permanencia, y he podido decir:

Agnosco veteris vestigia flammæ.

Sabido es que en la formacion del ministerio Martignac el solo nombre de la Italia habia hecho desaparecer el resto de mis repugnancias, sin embargo de que nunca estoy

(1) Al volver á leer estos manuscritos no he hecho mas que añadir algunos pasajes de obras publicadas con posterioridad á la fecha de mi embajada de Roma.

seguro de mis disposiciones en materia de alegrías: así es que no bien hube partido con M.^{ma} de Chateaubriand, cuando en el camino me acometió mi tristeza natural. Mi diario de viaje os convencerá de ello.

Lausana 22 de Setiembre de 1828.

»Sali de París el 16 del mes actual, y el 17 pasé á
»Villeneuve sobre el Ionne: ¡cuantos recuerdos! Joubert
»ha desaparecido; el palacio abandonado de Passy ha mu-
»dado de dueño: estaba dicho de mí: — »Sed la cigarra
»de la noche." *Esto cicada noctium.*"

Arona 23 de Setiembre.

»El día 22 llegué á Lausana, y seguí el camino por
»donde han desaparecido otras dos mujeres que me habían
»querido bien, y que, según el orden natural, me debían
»sobrevivir: la una, la marquesa de Custines, fue á morir
»á Bex; y la otra, la duquesa de Duras, no hace todavía
»un año corria al Simplon, huyendo ante la muerte que la
»asaltó en Niza.

Tu recuerdo, noble Clara,
Mi digna y constante amiga,
Ya no habita estos lugares;
De ese sepulcro la vista
Apartan todos, y el mundo
Tu nombre borrado olvida.

»El último billete que recibí de M.^{ma} de Duras reve-
»la la amargura de esa última gota de la vida que tene-
»mos todos que apurar."

Niza 14 de Noviembre de 1828.

»Os he enviado un *asclepias carnata*; es una especie de laurel en quien el frio no hace mella, y tiene una flor encarnada como la camelia, que huele muy bien; colocadlo debajo de las ventanas de la biblioteca del Benedictino.

»Os diré una palabra acerca de mí: siempre lo mismo: me voy aniquilando poco á poco en mi canapé, donde paso todo el dia; es decir, todo el tiempo que no voy en carruaje ó de paseo, lo que no puede pasar de media hora. Medito sobre lo pasado: ha sido mi vida tan ajitada y variada, que no puedo decir que me fastidio mucho en ello: con tal que pudiera coser ó bordar, no me tendria por desgraciada. Mi vida presente está tan distante de mi vida pasada, que me parece que estoy leyendo memorias ó viendo un espectáculo.

»He vuelto, pues, á Italia privado de mis apoyos, como salí de ella veinticinco años atras. Pero en aquella primera época podia reparar mis pérdidas: hoy ¿quien habia de querer asociarse á algunos dias ancianos? Nadie se cura de vivir en una ruina.

»En la aldea misma de Simplon vi la primer sonrisa de una aurora feliz. Las rocas, cuya base se estendia ennegrecida á mis pies, resplandecian sonrosadas en lo alto de la montaña, heridas por los rayos del sol. Para salir de las tinieblas basta elevarse hácia el cielo.

»Si la Italia habia perdido algo de su brillo cuando hice mi viaje á Verona en 1822, en este año de 1828 me ha parecido mas descolorida aun: he medido los progresos del tiempo. Recostado en el balcon de la posada

»en Arona, contemplaba las riberas del lago Mayor, teñidas con el oro del sol poniente, y ribeteadas con el azul de las olas. No puede darse cosa mas dulce que aquel paisaje que coronaba el castillo con sus almenas. Pero este espectáculo no me causaba placer ni sentimiento: los años de la primavera se asocian á todo lo que le hace ver sus esperanzas: un jóven camina errante con sus amores ó con los recuerdos de la dicha ausente. Si no tiene vinculo ninguno, lo busca, y se lisonjea de encontrar á cada paso alguna cosa: acompañanle pensamientos de felicidad, y esa predisposicion de su alma se refleja sobre los objetos.

»Ademas, veo menos la pequeñez de la sociedad actual cuando me encuentro solo. Entregado á la soledad en que Bonaparte ha dejado el mundo, oigo apenas las generaciones débiles que pasan y suspiran á orillas del desierto."

Bolonia 28 de Setiembre de 1828.

»En Milan he contado en menos de un cuarto de hora diecisiete jorobados que han pasado por delante de la ventana de mi posada. La peste alemana ha hecho deforme á la jóven Italia.

»He visto en su sepulcro á San-Cárlos Borromeo, cuya cuna habia tocado en Arona. Hacia doscientos cuarenta y cuatro años que estaba muerto, y nada tenia de hermoso.

»En Borgo San Donino vino corriendo mi esposa á mi cuarto á altas horas de la noche: habia visto caer sus vestidos y su sombrero de paja de las sillas en que estaban colgados, y habia deducido que nos hallábamos en

»una posada visitada por los espíritus ó habitada por ladrones. Yo no habia experimentado conmocion ninguna en mi cama, però se habia hecho sentir un temblor de tierra en el Apenino: lo que derroca las ciudades bien puede hacer caer los vestidos de una mujer. Asi se lo dije á la mia, y le añadí tambien que viajando por España habia atravesado en la vega del Jenil, sin accidente alguno, por una aldea que la vispera habia sufrido un temblor subterráneo. Estos consuelos no produjeron ningun efecto, y nos apresuramos á abandonar aquella caverna de asesinos.

»La continuacion de mi viaje me ha ido mostrando por todas partes la fuga de los hombres y la inconstancia de las fortunas. He encontrado en Parma el retrato de la viuda de Napoleon: esta hija de los Césares es ahora la mujer del conde de Nieperg; madre del hijo del conquistador ha dado hermanos á aquel hijo, y hace garantizar las deudas que contrae por un pequeño Borbon que vive en Luca, y que debe, en su caso, heredar el ducado de Parma.

»Bolonia me parece menos desierta que en la época de mi primer viaje. He sido recibido en ella con todos los honores que se tributan á los embajadores: he visitado un hermoso cementerio, pues yo nunca olvido á los muertos: esta es nuestra familia.

»Nunca habia admirado tanto á los Carraccios como en la nueva galeria de Bolonia. Me ha parecido ver por la primera vez la Santa Cecilia de Rafael; tanto es lo que está allí mas divina que en el Louvre bajo nuestro cielo pintarrajado de hollin.

Rávena 1.º de Octubre de 1828.

»En la Romaña, país que no conocia, hay una multitud de pueblos con sus casas revestidas de una cal de mármol, que parecen estar descansando sobre diferentes montecillos, como si fueran bandadas de pichones blancos. Cada uno de estos pueblos ofrece algunas obras maestras de las artes modernas ó algunos monumentos de la antigüedad. Este canton de la Italia contiene toda la historia romana: seria preciso recorrerlo con Tito Livio, Tácito y Suetonio en la mano.

»He atravesado por Imola, obispado de Pio VII, y por Faenza. En Forli me he separado del camino para visitar el sepulcro de Dante en Rávena. Al acercarme al monumento, se ha apoderado de mí ese estremecimiento de admiracion que causa una gran reputacion, cuando esa reputacion ha sido de desgracia. Alfieri, que tenia sobre la frente *il pallor della morte é la speranza*, se prosternó sobre aquel mármol, y le dirijió este soneto: — ¡Oh, gran padre *Alighier!* Delante del sepulcro me aplicaba este verso del purgatorio:

». Frate.

»Lo mondo é cieco, é tu vien ben da lui.

»Apareciaseme Beatriz, y la veia tal como estaba cuando inspiraba á su poeta el deseo de *suspirar y de morir de llanto*.

»Di sospirare e di morir di pianto.

» ¡Oh, piadoso canto mio! dice el padre de las musas
 » modernas: ve ahora con el llanto en los ojos á buscar á las
 » mujeres y á las jóvenes á quienes tus hermanas habian
 » acostumbrado á llevar la alegría! Y tú, hija de la tristeza,
 » vete desconsolada á vivir con Beatriz.

» Y sin embargo, el creador de un nuevo mundo de
 » poesía olvidó á Beatriz, cuando ésta abandonó la tierra, y
 » no volvió á hallarla para adorarla en su jenio, sino cuando
 » estuvo desengañado. Beatriz le reconviene cuando se pre-
 » para á mostrar el cielo á su amante.— » Yo le he sostenido
 » (á Dante), dice á las potencias del paraíso; le he sostenido
 » algun tiempo con mi rostro y mis ojos de niña; pero cuan-
 » do toqué al umbral de mi segunda edad y cambié de vi-
 » da, me abandonó, y se entregó á otras.

» Dante rehusó volver á su patria al precio de un per-
 » don, y respondió á uno de sus parientes: — » Si para vol-
 » ver á Florencia no hay mas camino que el que se me ha
 » abierto, no volveré jamás: en todas partes puedo con-
 » templar los astros y el sol." Dante negó sus dias á los flo-
 » rentinos, y Rávena negó á estos sus cenizas, á la sazón
 » misma que Miguel Ángel, jenio resucitado del poeta, se
 » prometia decorar en Florencia el monumento fúnebre de
 » aquel que habia enseñado *come l'uom s'eterna*.

» El pintor del *Juicio final*; el escultor de *Moisés*; el
 » arquitecto de la *cúpula de San Pedro*; el ingeniero del
 » antiguo baluarte de Florencia; el poeta de los *sonetos di-*
 » *rrijidos á Dante*, se unió á sus compatriotas, y apoyó con
 » las siguientes palabras la esposicion que presentaron á
 » León X: *Io Michel Alogno, scultore, il medesimo a vos-*
 » *tra santità suplico, offerendomi al divin poeta fare la se-*
 » *poltura sua condecete ed in loco onorevole in questa città.*

» Miguel Ángel, cuyo cincel quedó engañado en su es-

»peranza, recurrió á su lapiz para erijir otro mausoleo á
»aquel igual suyo, y dibujó los principales asuntos de la
»*Divina comedia* en las márgenes de un ejemplar en folio de
»las obras del gran poeta; pero el buque que llevaba es-
»te doble monumento de Liorna á Civitavecchia, naufragó.

»Retirábame todo conmovido, y sintiendo algo de aque-
»lla sensacion mezclada de terror divino que esperimenté
»en Jerusalem, cuando mi *cicerone* me propuso conducirme
»á la casa de lord Byron. Pero ¿que me importaban Childe-
»Harold y la signora Giuccioli en presencia de Dante y de
»Beatriz? A Childe-Harold le faltan todavía la desgracia y
»los siglos: que aguarde el porvenir. Byron fue mal inspi-
»rado en su profecía de Dante.

»En San Vidal y San Apolinario he vuelto á hallar á
»Constantinopla. Horacio y su gallina nada me importaban;
»y me agradan mas Placidia y sus aventuras, cuyo recuerdo
»se me presentaba en la basílica de San Juan Bautista: es-
»to es la novela entre los bárbaros. Teodorico permanece
»grande, á pesar de haber hecho morir á Boecio: aquellos
»godos eran de una raza superior. Amalazonte, desterrada
»á una isla del lago de Bolsena, se esforzó con su ministro
»Casiodoro en conservar todo lo que quedaba de la civiliza-
»cion romana. Los Exarcas llevaron á Rávena la decadencia
»de su imperio. Rávena fue bombardeada en tiempo de
»Astolfo, y los carlovinjios la devolvieron á Roma. Hizose
»súbdita de su arzobispo; luego se cambió de república
»en tiranía; y finalmente, despues de haber sido güelfa ó
»jibelina; despues de haber formado parte de los estados ve-
»necianos, volvió á la iglesia en tiempo del papa Julio II,
»y no vive hoy sino por el nombre de Dante.

»Esta ciudad, que Roma dió á luz en su edad avanza-
»da, tuvo desde su oríjen algo de la vejez de su madre.

»Sin embargo, bien considerado todo, viviria yo bien aqui,
»y me agradaria ir á la columna de los franceses, erijida
»en memoria de la batalla de Rávena, en la que se encon-
»traron el cardenal de Médicis (Leon X) y Ariosto, Bayar-
»do y Lautrec, hermano de la condesa de Chateaubriand,
»y donde murió á la edad de veinticuatro años el gallardo
»Gaston de Foix. A pesar del fuego de toda la artilleria
»de los españoles, los franceses avanzaban siempre, dice
»el *Leal Servidor*; desde que Dios crió el cielo y la tierra
»no ha habido un asalto mas terrible entre franceses y es-
»pañoles. Descansaban unos delante de los otros á fin de
»tomar aliento, y luego, bajando los ojos, volvian á la car-
»ga gritando: ¡*Francia y España!* De tantos caballeros no
»quedaron mas que unos cuantos guerreros que, dejando
»el imperio de la gloria, vistieron el sayal.

»Véase tambien en una cabaña á una jóven que dan-
»do vueltas á su huso enredaba sus delicados dedos en
»el cáñamo: se conocia que no estaba acostumbrada á se-
»mejante vida; era una Trivulcia. Cuando á través de su
»puerta entreabierta veia reunirse dos olas en la estension
»de las aguas, sentia aumentarse su tristeza: aquella mu-
»jer habia sido amada de un gran rey, y continuaba mar-
»chando tristemente por un camino aislado desde su cabaña
»á una iglesia abandonada, y desde ésta á su cabaña.

»La antigua selva que yo atravesaba estaba compuesta
»de pinos desamparados, que parecian mástiles de galeras
»enclavados en la arena. Estaba próximo á su ocaso el sol
»cuando salí de Rávena, y oíase el sonido lejano de una
»campana que llamaba á los fieles á la oracion."

Ancona 3 y 4 de Octubre.

»He vuelto á Forli, y lo he dejado otra vez sin haber visto sobre sus ruinosos baluartes el sitio en que la duquesa Catalina Sforzia declaró á sus enemigos, decididos á degollar á su hijo único, que todavía podia ser madre. Pio VII, natural de Cesena, fue fraile en el admirable convento de la *Madona del Monte*.

»Cerca de Savignano atravesé el lecho de un pequeño torrente; y así que me dijeron que habia dejado el Rubicon, me pareció que se levantaba un velo, y que descubria la tierra del tiempo de César. La vida es para mí mi Rubicon, y hace mucho tiempo que he pasado ya su primera orilla.

»En Rimini no encontré á Francisca ni la otra sombra de su compañero, *que parecian tan ligeras al viento*:

»E pajon si al vento esser leggieri.

»Rimini, Pesaro, Fano y Sinigaglia me han conducido á Ancona sobre puentes y caminos dejados por los Augustos. Hoy se celebran en Ancona los dias del papa, y desde aquí oigo la música que está tocando en el arco triunfal de Trajano: doble soberanía de la ciudad eterna."

Loreto 5 y 6 de Octubre.

»Hemos venido á dormir á Loreto. El territorio presenta un modelo perfectamente conservado de la *colonia romana*. Los aldeanos arrendatarios de *Nuestra Señora*, viven cómodamente y parecen dichosos: las aldeanas, her-

»mosas y alegres , llevan una flor en sus cabellos. El pre-
»lado gobernador nos ha hospedado en su casa. Desde lo
»alto de los campanarios , y desde la cima de algunas emi-
»nencias de la ciudad , se descubren perspectivas risueñas
»sobre las campiñas , sobre Ancona y sobre el mar. Por la
»noche hemos tenido tempestad , y me he divertido en ver
»la *valentia moralis* y la fumaria de las cabras doblarse á
»impulso del viento bajo las antiguas paredes , mientras me
»paseaba bajo las galerías de dos pisos construidas segun los
»dibujos de Bramante. Aquellas piedras se verán azotadas
»por las lluvias de otoño , y aquellas matas de yerba se mo-
»verán al soplo del Adriático mucho tiempo despues que
»yo haya pasado.

» A media noche estaba yo recojido en un lecho de ocho
»pies cuadrados, consagrado por Bonaparte , y una lampa-
»rilla iluminaba apenas la oscuridad de mi cuarto , cuando
»de repente se abre una puerta pequeña , y veo entrar mis-
»teriosamente á un hombre acompañado de una mujer , cu-
»bierta con un velo. Me incorporo sobre el codo , y le mi-
»ro ; él se acerca á mi cama , y se apresura , inclinándose
»hasta el suelo , á pedirme mil perdones por turbar de
»aquel modo el sueño del señor embajador ; pero es viudo ;
»es un pobre intendente , que desea casar á su *ragazza* ,
»alli presente , y desgraciadamente le falta algo para su do-
»te. Diciendo esto , levanta el velo de la huérfana , que
»aunque pálida , era muy linda , y tenia los ojos bajos con
»la modestia que el caso requería ; y aquel padre de familia
»hace ademan de marcharse , y dejar á la novia que me aca-
»base su historia. En aquel peligro inminente no pregunté
»al obsequioso infortunado , como preguntó el buen caba-
»llero á la madre de la muchacha de Grenoble , si era vír-
»jen ; sino que todo asustado cojí algunas monedas de oro

»de la mesa que estaba junto á mi cama, y las entregué,
 »para hacer honor al rey mi amo, á la *zitella*, cuyos ojos
 »no estaban hinchados á fuerza de haber llorado. Ella me
 »besó la mano con infinito reconocimiento; yo no pronun-
 »cié una palabra, y volviéndome á dejar caer sobre el in-
 »menso lecho, como si quisiese dormir, desapareció la vi-
 »sion de San Antonio. Di gracias á mi patrono San Francis-
 »co, cuya fiesta era aquel día, y permanecí en las tinieblas,
 »medio risueño y medio pesaroso, y profundamente admi-
 »rado de mis virtudes.

»Así era, no obstante, como yo sembraba el oro y era
 »embajador, alojado con toda pompa en casa del goberna-
 »dor de Loreto, en aquella misma poblacion en que el Tasso
 »se habia visto hospedado en tan mezquino chiribitil, y en
 »donde, por falta de un poco de dinero no podia continuar
 »su camino. Pagó su deuda á nuestra Señora de Loreto con
 »su *canzone*:

Ecco fra le tempeste y fieri venti.

»Mi mujer hizo una pública manifestacion de lo poco
 »en que tenia mi fortuna pasajera, subiendo de rodillas
 »los escalones de la Santa Chiesa. Despues de mi victo-
 »ria nocturna, habria tenido mas derecho que el rey de
 »Sajonia para depositar mi traje de boda en el tesoro de
 »Loreto; pero nunca me perdonaré á mí, pobre hijo de
 »las musas, haber sido tan poderoso y feliz en donde el
 »cantor de la Jerusalem habia sido tan débil y miserable.
 »Torcuato, no me juzgues en este momento extraordina-
 »rio de mis inconstantes prosperidades; la riqueza no es
 »un hábito en mí: mirame en mi viaje á Namur, en
 »mi granero de Lóndres y en mi enfermería de Paris,

»á fin de hallarme alguna lejana semejanza contigo.

»No dejé, como Montaigne, mi retrato de plata en
»nuestra Señora de Loreto, ni el de mi hija, *Leonora*
»*Montana, filia única*: nunca he deseado sobrevivirme;
»sin embargo, si que hubiera querido una hija, y que lle-
»vase el nombre de Leonor."

Spoletto.

»Después de dejar á Loreto, y pasar por Macerata y
»Tolentino, que marca un paso de Bonaparte y recuerda
»un tratado, he subido las últimas escabrosidades del Ape-
»nido. La meseta del monte está húmeda y cultivada co-
»mo un plantío de lúpulos. A la izquierda estaban los ma-
»res de Grecia, á la derecha los de Iberia, y podía ver-
»me halagado á la vez por el soplo de las brisas que ha-
»bia respirado en Aténas y Granada. Hemos bajado hácia
»la Umbria, dando vueltas por las volutas de las gargantas
»exfoliadas, donde están colgados en bosquecillos los des-
»cendientes de aquellos montañeses que suministraron sol-
»dados á Roma después de la batalla de Trasimeno.

»Foligno poseía una Virgen de Rafael que está hoy en
»el Vaticano. *Vene* está situada en una posición encanta-
»dora, en el nacimiento del Clitumno. El Poussino ha
»reproducido este punto ardiente y suave: Byron lo ha
»cantado con mucha frialdad.

»El papa actual es natural de Spoletto, y según mi
»correo Giorgini, Leon XII había puesto en esta ciudad
»los galeotes para honra de su patria. Spoletto se atrevió
»á resistirse á Aníbal, y muestra muchas obras de Lippi el
»antiguo, que, educado en un claustro, esclavo en Ber-
»beria, especie de Cervantes entre los pintores, murió á

»los sesenta años cumplidos del veneno que le dieron los
»parientes de Lucrecia, seducida por él segun creian.”

Civita-Castellana.

»El conde Potoski se sepultó en encantadoras Lauras
»en Monte-Lupo; pero ¿no le siguieron allí los pensamien-
»tos de Roma? ¿No se creia trasladado en medio de los
»coros de doncellas? Y yo tambien, como San Jerónimo, »he
»pasado en mi tiempo el dia y la noche en exhalar jemi-
»dos, y en herirme el pecho hasta que Dios me enviaba
»la paz.” Siento no ser ya lo que he sido: *plango me non*
»*esse quod fuerim.*

»Despues de pasar las ermitas de Monte-Lupo, he-
»mos principiado á rodear el Somma. En mi primer viaje
»de Florencia á Roma por Perusa, habia seguido ya este
»camino, acompañando á una mujer moribunda.....

»A juzgar por la naturaleza de la luz, y por una es-
»pecie de animacion que se nota en las cercanias, me hu-
»biera creido en una de las faldas de los Alleghanis, á no
»ser que un elevado acueducto, coronado por un estrecho
»puente, me recordaba una obra de Roma, en que ha-
»bian puesto la mano los duques lombardos de Spoleto:
»los americanos no han llegado aun á esos monumentos
»que vienen en pos de la libertad. Subí el Somma á pie
»junto á unos bueyes del Clitumno, que arrastraban en
»triumfo á la señora embajadora. Una jóven cabrera delga-
»da, lijera y graciosa como su chiva, me seguia con un
»hermanito suyo en aquellos opulentos campos pidiéndome
»la *caritá*, la cual le he dado en memoria de M.^{ma} de
»Beaumont, de quien no se acuerdan ya aquellos sitios.

» ¡Alas! regardless of their doom
 The little victims play:
 No sense have they of ills to come
 Nor care beyond to-day.

» ¡Ay de mi! sin cuidado por su suerte, juguetean las
 » pequeñas víctimas. Ni preven males futuros, ni se cuidan
 » del día de mañana.

» He vuelto á ver á Terni con sus cascadas. Una tierra
 » plantada de olivos me ha conducido á Narni; y luego,
 » pasando por Otricoli, hemos ido á parar á la triste Civita-
 » Castellana. Bien quisiera ir á *Santa Maria de Falleri* pa-
 » ra ver una ciudad que no tiene mas que la piel; esto es,
 » la cerca que la rodea: en lo interior está vacía: *la mi-
 » seria humana hace que el hombre vuelva á Dios*. Pero
 » dejemos pasar mis grandezas, y volveré yo á buscar la
 » ciudad de los Taliscos. Entre tanto vamos á llegar muy
 » pronto al sepulcro de Neron, y desde allí enseñaré á mi
 » mujer la cruz de San Pedro, que domina la ciudad de
 » los Césares.”

CARTAS A MADAMA RECAMIER.

Acabais de recorrer mi diario de viaje: ahora leereis
 mis cartas á M.^{ma} Recamier, entremezcladas con algunas
 páginas históricas como lo he indicado ya.

A la par se encontrarán tambien mis despachos; y aqui
 se verán distintamente los dos hombres que existen en mí.

A M.^{ma} Recamier.

Roma 11 de Octubre de 1811.

» He atrevesado este hermoso país, lleno de vuestros
 » recuerdos, que me servian de consuelo, sin quitarme, no

» obstante, la tristeza de los demas recuerdos que á cada
» paso encontraba. He vuelto á ver ese mar Adriático, que
» habia cruzado hace mas de veinte años. ¡Y en que dis-
» posicion de ánimo! en Terni me habia detenido con una
» pobre moribunda. Al fin he entrado en Roma; y como
» ya me lo temia, sus monumentos me han parecido menos
» perfectos despues de haber visto los de Aténas. El re-
» cuerdo que conservaba de los sitios, admirable y cruel á
» la vez, no me habia dejado olvidar una sola piedra.

» A nadie he visto aun, á escepcion del secretario de
» estado; y por tener con quien hablar, fui ayer al ano-
» checer á buscar á Guerin, que pareció encantado al ver-
» me. Abrimos una ventana que daba á Roma, y admira-
» mos el horizonte: es la única cosa que ha quedado para
» mí tal como la vi: ó mis ojos ó los objetos han cambiado;
» tal vez haya sucedido esto con los unos y con los otros.”

Leon XII y los cardenales. — Los embajadores.

Los primeros momentos de mi permanencia en Roma fueron empleados en visitas oficiales. Su Santidad me recibió en audiencia particular: las audiencias públicas no están ya en uso, y cuestan muy caras. Leon XII, príncipe de elevada estatura, y de aire á la vez sereno y triste, va vestido con una simple sotana blanca: no tiene fausto ninguno, y ocupa un gabinete pobre y casi sin muebles. Apenas come, y se mantiene con su gato con un poco de *polenta*. Conoce que está muy enfermo; se ve desmejorar con una resignacion que participa de la alegría cristiana; y de buena gana pondria el ataud debajo de su cama, como Benedicto XIII. Cuando llegué á la puerta de la habita-

ciones del papa; un eclesiástico me condujo por corredores oscuros hasta el asilo ó santuario de su Santidad. Ni siquiera se tomó tiempo para vestirse, por no hacerme esperar; levantóse, y me salió al encuentro, sin permitirme hincar una rodilla en tierra para besarle el extremo de su traje, en vez de su chinela; y me condujo de la mano hasta una silla colocada á la derecha de su pobre sillón, donde una vez sentados nos pusimos á hablar.

El lunes á las siete de la mañana fui á casa del secretario de estado, Bernetti, hombre de negocios y de jenio alegre: está relacionado con la princesa Doria, conoce el siglo, y no ha aceptado el capelo de cardenal sino muy á su pesar. No ha querido entrar en la iglesia; y aunque es subdiácono, lo es tan solo en el título; de modo que mañana podría casarse devolviendo el capelo. Cree que ha de haber grandes revoluciones, y llega hasta pensar que si vive mucho tiempo, hay peligro de que vea la caída temporal del pontificado.

Los cardenales están divididos en tres partidos.

El primero se compone de los que quieren marchar con la época, y entre ellos figura Benvenuti y Opizzoni. Benvenuti se ha hecho célebre por la estirpacion de los bandoleros y por su mision á Rávena, despues del cardenal Rivarola: Opizzoni, arzobispo de Bolonia, se ha conciliado las diferentes opiniones de aquella ciudad industrial y literaria, difícil de gobernar.

El segundo partido se forma de los *Zelanti*, que intentan retrogradar: uno de sus jefes es el cardenal Odescalchi.

Por último, el tercer partido comprende los estacionarios, ancianos que no quieren ó no pueden marchar adelante ni atras; y entre ellos se cuenta el cardenal Vidoni,

especie de jendarme del tratado de Tolentino, grueso y alto, de rostro encendido, y que lleva el solideo atravesado. Cuando le dice alguno que tiene probabilidades de subir al pontificado, responde: — *Lo santo spiritu sarebbe dunque ubriaco*. Planta árboles en Ponte Molle, en donde Constantino hizo el mundo cristiano; árboles que veo muchas veces cuando salgo de Roma por la puerta del Pueblo para volver por la puerta Anjélica. Asi que el cardenal me divisa á lo lejos, me grita: — ¡Ah! ¡ah! ¡signor ambasciadore di Francia! y luego se enoja contra los que plantan sus pinos. No observa la etiqueta cardenalicia, y se hace acompañar por un solo lacayo en un carruaje á su modo; pero todo se lo perdonan con llamarle *Madama Vidoni* (1).

Mis cólegas de embajada son el conde de Loutzow, embajador de Austria, hombre cortés, cuya mujer canta bien, siempre el mismo aire, y habla continuamente de sus niños; el sábio baron Bunsen, embajador de Prusia y amigo del historiador Niebuhr (actualmente estoy en tratos con él para que se resigne á mi favor el arrendamiento de su palacio sobre el Capitolio); el embajador de Rusia, príncipe de Gagarin, desterrado en las grandezas pasadas de Roma por unos amores desvanecidos: si él fue preferido por la hermosa M.^{ma} Narischkin, habitante un momento de mi antigua ermita de Aulnay, seria porque encontraria algun encanto en el mal humor: sucede con frecuencia que ejerce uno mas dominio por sus defectos que por sus buenas prendas.

M. de Labrador, embajador de España, hombre fiel,

(1) Cuando marché de Roma me compró mi carruaje, y me hizo la honra de morirse en él yendo á Ponte Molle. (Nota de Paris. 1836.)

habla poco, se pasea solo, piensa mucho, ó no piensa nada, cosa que no he podido apurar aun.

El anciano conde Fuscaldo representa á Nápoles, como el invierno representa á la primavera. Tiene un gran cartapacio de carton, sobre el cual estudia con anteojos, no los campos de rosas de Poestum, sino los nombres de los extranjeros sospechosos cuyos pasaportes no debe visar. Envidio su palacio (Farnesio), admirable estructura no concluida, que coronó Miguel Ángel, y pintó Anibal Carraccio ayudado de su hermano Agustin, y bajo cuyo pórtico se encuentra el sarcófago de Cecilia Metella, que nada ha perdido en el cambio de mausoleo. Fuscaldo, en arambeles de espíritu y de cuerpo, tiene, segun dicen, una querida.

El conde de Celles, embajador del rey de los Países-Bajos, se habia casado con la señorita de Valence, hoy difunta, de la que tuvo dos hijas, que por consiguiente son nietas de M.^{ma} de Genlis. M. de Celles ha permanecido prefecto, porque lo fue: carácter que participa del de locuaz, tirano, reclutador é intendente, que nunca se pierde. Si encontráis un hombre que en vez de hablar de fanegas, toesas y pies, habla de *hectáreas*, *metros* y *decímetros*, no tengáis duda en que es un prefecto.

M. de Funchal, embajador medio reconocido de Portugal, es rechoncho, vivaracho, siempre haciendo jestos, verde como un mono del Brasil, y amarillo como una naranja de Lisboa: sin embargo, como un nuevo Camoëns canta tambien á su negra; es muy aficionado á la música, y tiene á sueldo una especie de Paganini, mientras aguarda la restauracion de su rey.

Ademas de todos estos he visto por aqui y por allá algunos perillanes representantes de diferentes estados peque-

ños, escandalizados del poco caso que hago yo de mi embajada, mientras su importancia abrochada, estirada y silenciosa, camina con las piernas juntas y á pasos cortos, y parece que va á reventar con el peso de secretos, de que no tiene la menor noticia.

LOS ARTISTAS ANTIGUOS Y LOS MODERNOS.

Estando de embajador en Inglaterra en el año 1822, busqué los sitios y los hombres que habia conocido en otro tiempo en Lóndres en 1793: embajador cerca de la Santa Sede en 1828, me apresuré á recorrer los palacios y las ruinas, y á preguntar por las personas que habia visto en Roma en 1803: de los palacios y de las ruinas encontré muchas; de las personas pocas.

El palacio Lancelotti, alquilado en otro tiempo al cardenal Fesch, está ocupado ahora por sus verdaderos dueños, el príncipe Lancelotti y la princesa, hija del príncipe Massimo. La casa donde vivió M.^{ma} de Beaumont en la plaza de España, ha desaparecido: la que la habitaba se ha trasladado ya á su último asilo, y yo he orado por ella sobre su tumba, en compañía del papa Leon XII.

Cánova se ha despedido tambien del mundo. En el año 1803 le visité dos veces en su taller; me recibió con el mazo en la mano, y me enseñó con el aire mas sencillo y mas dulce su enorme estatua de Bonaparte, y su Hércules arrojando á Lycas en las aguas. Se empeñaba en convenceros de que podia llegar á la enerjía de la forma; pero aun entonces mismo se negaba su cincel á internarse en lo profundo de la anatomía; á pesar suyo se veian las carnes de la ninfa, y se encontraba la Hebé bajo las arrugas de sus ancianos. Durante mi vida he tropezado con el primer escul-

tor de mi tiempo, que cayó de su cadalso como Goujon de su cadalso del Louvre: la muerte está siempre á punto para continuar la eterna jornada de San Bartolomé, y derribarnos con sus flechas.

Pero quien vive aun, con gran placer mio, es mi anciano Boguet, el decano de los pintores franceses en Roma. Por dos veces ha intentado abandonar sus amados campos, y llegado hasta Jénova; pero le ha faltado el corazon, y se ha vuelto á su hogar adoptivo. He mirado por él en la embajada, así como por su hijo, á quien profesa el cariño de una madre. He vuelto á principiar con él nuestras antiguas escursiones, y solo echo de ver su vejez en la lentitud de sus pasos: siento una especie de enternecimiento en recordar al viejo, y en medir mis pasos por los suyos: ni al uno ni al otro nos queda mucho tiempo de ver correr el Tiber.

Los grandes artistas, en su grande época, llevaban una vida muy distinta de la que hacen hoy: clavados en las bóvedas del Vaticano, en las paredes de San Pedro, ó en las de la Farnesina, trabajan en sus obras maestras colgados con ellas en los aires. Rafael caminaba rodeado de sus discípulos, escoltado de los cardenales y de los príncipes, como un senador de la antigua Roma, precedido y seguido de sus clientes. Cárlos V se puso por tres veces delante del Ticiano; recojía su pincel, y le cedia la derecha en el paseo, así como Francisco I asistía á Leonardo de Vinci en su lecho de muerte. Ticiano fue en triunfo á Roma, en donde le recibió el inmenso Buonarotti; y á los noventa años manejaba aun en Venecia con pulso firme su pincel de un siglo, vencedor de los siglos.

El gran duque de Toscana hizo desenterrar secretamente á Miguel Ángel, muerto en Roma despues de haber colocado á los ochenta y ocho años el remate de la cúpula de

San Pedro ; y Florencia expió con magníficas exequias fúnebres sobre las cenizas de su gran pintor , el abandono en que habia dejado las de su gran poeta Dante.

Velazquez visitó dos veces la Italia, y la Italia se levantó dos veces para saludarle: el precursor de Murillo volvió á tomar el camino de las Españas, cargado de los frutos de aquella Hesperia ausoniana, que se habian desprendido bajo su mano, y llevando consigo un cuadro de cada uno de los doce pintores mas célebres de aquella época.

Aquellos famosos artistas pasaban sus dias entre aventuras y fiestas: defendían las ciudades y los castillos; construian iglesias, palacios y fortificaciones; daban y recibian sendas estocadas; seducian mujeres; se refugiaban en los claustros, y eran absueltos por los papas, é indultados por los príncipes. En una orjia de que hace mencion Benvenuto Cellini, se ven figurar los nombres de Miguel Ángel y de Julio Romano.

Pero en el dia ha cambiado enteramente la escena: los artistas viven en Roma pobres y retirados; bien que tal vez haya en esta vida una poesía que equivalga á la primera. Una asociacion de pintores alemanes ha concebido la empresa de hacer remontar la pintura al Perujino para devolverle su inspiracion cristiana; porque estos jóvenes neófitos de San Lucas pretenden que Rafael, en su segundo estilo, se habia vuelto pagano, y que su talento habia dejenerado. Si esto es asi, seamos paganos como las vírjenes de Rafael, y dejenere y debilítense nuestro talento como en el cuadro de la Transfiguracion. Este error, por mas que haga honor á la nueva escuela sagrada, no deja de ser un error: de ahí se inferiria que la rijidez y el mal dibujo de las formas serian la prueba de la vision intuitiva, mientras que esa expresion de fe que se nota en las obras de los pintores que

preceden al renacimiento, no proviene de que los personajes se hallen colocados derechos é inmóviles como esfinjes, sino de que el *pintor* creia como su siglo. La relijion no está en la pintura, sino en el pensamiento del autor; y esto es tan cierto, que la escuela española es eminentemente *piadosa* en sus espresiones, no obstante de haber adquirido desde el renacimiento las gracias y los movimientos de la pintura; y ¿de que procede esto? de que *los españoles son cristianos*.

Voy á ver trabajar separadamente á los artistas: el alumno escultor vive en alguna gruta bajo las verdes encinas de la *villa Médicis*, en donde dá la última mano á su niño de mármol, que hace beber á una serpiente en una concha. El pintor habita una casa ruिनosa en algun punto desierto, y le encuentro solo tomando, á través de su ventana abierta, alguna vista de la campiña romana. La *Saltadora* de M. Schuetz se ha convertido en una madre que pide á la Madona la curacion de su hijo. Leopoldo Robert, de vuelta de Nápoles, ha pasado estos últimos dias por Roma, llevando consigo los paisajes encantados de aquel hermoso clima, que no ha hecho mas que pegar á su lienzo.

Guerin se halla retirado, como una paloma enferma, en lo alto de un pabellon de la *villa Médicis*: con la cabeza debajo del ala escucha el ruido del viento del Tiber; y cuando se despierta, dibuja con la pluma la muerte de Priamo.

Horacio Vernet se esfuerza en cambiar su estilo: ¿lo conseguirá? La serpiente que enrosca á su cuello, el traje que afecta, el cigarro que fuma, las caretas y floretes de que se halla rodeado, recuerdan demasiado el vivac.

¿Quien ha oido hablar nunca de mi amigo M. Quecq, sucesor de Julio III en el casino de Miguel Anjel, de Vig-

nole y de Tadeo Zucari? Y sin embargo ha pintado no muy mal en su ninfea la muerte de Vitelio. Los campos sin cultivo están frecuentados por un animal taimado, que se ocupa en cazar M. Quecq; es un zorro, biznieto de Gourpil-Renart, primero de este nombre, y sobrino de Isengrain-le-Lcup.

Pinelli, entre dos embriagueces, me ha prometido doce escenas de bailes, de juegos y de ladrones. Es una lástima que deje morir de hambre á su gran perro acostado á la puerta. Thorwaldsen y Carnuccini son los dos príncipes de los pobres artistas de Roma.

Algunas veces se reunen estos artistas dispersos, y van juntos á pie á Subiaco, embadurnando por el camino las paredes de la posada de Tivoli con figuras grotescas. Tal vez un dia se reconozca á algun Miguel Ángel en las líneas de carbon que haya trazado sobre una obra de Rafael.

Quisiera haber nacido artista: la soledad, la independencia, el sol en medio de las ruinas y de las obras maestras me convendrian seguramente. No tengo ninguna necesidad, y me bastaria con un pedazo de pan y un cántaro del *acqua felice*. Mi vida ha estado pegada miserablemente á los matorrales de mi camino: ¡feliz yo si hubiese sido el ave libre que canta y hace su nido en esos matorrales!

Nicolás Poussino compró con el dote de su mujer una casa sobre el monte Pincio en frente de otro casino que habia pertenecido á Claudio Gelée, llamado el Lorenés.

Mi otro compatriota, Claudio, murió tambien sobre las rodillas de la reina del mundo. Si Poussino reprodujo la campiña de Roma, aun cuando la escena de sus paisajes se halle en otra parte, el Lorenés reproduce el celaje de Roma, aun cuando pinta buques y un sol ocultándose en el mar.

¡Que no haya sido yo el contemporáneo de ciertas criaturas privilegiadas, que siento me atraen hácia sí en los diferentes siglos! Pero entonces me hubiera sido preciso resucitar con demasiada frecuencia. El Poussino y Claudio el Lorenés han pasado al Capitolio; reyes han ido allí, que no valian lo que ellos. De Brosses encontró allí al pretendiente de Inglaterra; yo encontré en 1803 al rey de Cerdeña que abdicó, y ahora en 1828 veo al hermano de Napoleon, rey de Westfalia. Roma abatida ofrece un refugio á los poderes caidos: sus ruinas son un lugar de asilo para la gloria perseguida y los talentos desgraciados.

ANTIGUA SOCIEDAD ROMANA.

Si hubiese pintado la sociedad de Roma veinticinco años atras, como he pintado la campiña romana, me veria precisado á retocar mi cuadro, porque no seria ya parecido. Cada jeneracion es de treinta y tres años, como la vida de Jesucristo (Jesucristo es el tipo de todo); y cada jeneracion en nuestro mundo occidental varia su forma. El hombre está colocado en un cuadro, cuyo marco no cambia, pero en el que los personajes son movibles. Rabelais estaba en esta ciudad en 1536 con el cardenal Bellay: era maestre-sala de su eminencia, y su oficio era *trinchar y presentar*.

Rabelais, trasformado en hermano *Juan des Entommeures*, no es del parecer de Montaigne, que casi no ha oido campanas en Roma, y desde luego *muchas menos que en cualquiera aldea de Francia*: Rabelais, por el contrario, oyó muchas en la *isla Sonante* (Roma), *dudando si seria Dodona con sus calderos*.

Cuarenta y cuatro años despues de Rabelais encontró Montaigne plantadas las orillas del Tiber, y observa que el

16 de Marzo habia rosas y alcachofas en Roma; que las iglesias estaban desnudas, sin estatuas de santos ni cuadros, y no tan adornadas ni tan bellas como las de Francia. Montaigne se hallaba acostumbrado á la *sombria inmensidad de nuestras catedrales góticas*; y habla muchas veces del Vaticano sin describirlo, como si fuera insensible ó indiferente á las artes. En presencia de tantas obras maestras, ningun nombre se presenta al recuerdo de Montaigne: su memoria no le habla de Rafael ni de Miguel Ángel, muerto no hacia aun dieziseis años.

Por lo demas, las ideas sobre las artes, sobre la influencia filosófica de los jenios que las han engrandecido ó protegido, no habian nacido aun. El tiempo hace para los hombres lo que el espacio para los monumentos: no se juzga bien de unos y de otros sino á cierta distancia, y bajo el punto de la perspectiva: si está uno demasiado cerca no los ve, y si se sitúa demasiado lejos, tampoco los divisa.

El autor de los *Ensayos* no buscaba en Roma mas que la Roma antigua. »Los edificios de esta Roma bastarda, dice, que se ven ahora pegados á aquellas ruinas, aunque »sean objeto de admiracion para nuestros siglos presentes, »me hacen recordar los nidos que los gorriones y cornejas »dejan colgados en Francia de las bóvedas y paredes de las »iglesias que los hugonotes acaban de demoler.»

¿Que idea se formaba, pues, Montaigne de la antigua Roma, cuando consideraba á San Pedro como un nido de gorriones suspendido de las paredes del Coliseo?

El nuevo ciudadano romano, por bula auténtica del año 1581 despues de Jesucristo, habia notado que las romanas no llevaban antifaz ó careta como las francesas, y que se presentaban en público cubiertas de perlas y pedrerías; pero llevaban *la cintura demasiado floja*, y se aseme-

jaban á *mujeres en cinta*. Los hombres iban vestidos de negro, »y aun cuando fuesen duques, condes ó marqueses, »*tenion la apariencia de jente algo baja.*»

¿No es singular que San Jerónimo haya notado el aire de las romanas, que las hacia semejar á mujeres en cinta, *solutis genibus fractus incessus*, »doblando las rodillas y con pasos cortados?»

Casi todos los dias cuando salgo por la puerta Anjélica, veo una pobre casa bastante cerca del Tiber, con una muestra francesa ahumada, representando un oso: alli fue donde Miguel, señor de Montaigne, desembarcó al llegar á Roma, no lejos del hospital que sirvió de asilo á aquel pobre loco, hombre *formado á la antigua y pura poesia*, á quien Montaigne habia visitado en su *jaula* de Ferrara, y que le habia inspirado *mas despecho que compasion*.

Verdaderamente fue un acontecimiento memorable el haber comisionado el siglo XVII á su mejor poeta protestante y á su hombre de mas talento, para visitar en 1638 la gran Roma católica. Apoyada en la cruz, con los dos testamentos en sus manos, teniendo tras sí las jeneraciones culpables salidas de Eden, y delante las jeneraciones rescatadas bajadas del huerto de las Olivas, decia al hereje nacido de ayer: — »¿Que quieres de tu antigua madre?»

Leonor la romana encantó á Milton. ¿Ha llamado nunca la atencion que Leonor se encuentre en las *Memorias* de M.^{ma} de Motteville, en los conciertos del cardenal Mazzarino?

El órden de fechas conduce al abate Arnauld á Roma despues de Milton. Aquel abate, que habia empuñado las armas, refiere una anécdota curiosa por el nombre de uno de los personajes; y que al mismo tiempo dá una idea de las costumbres de las cortesanas. El *héroe de la fábula*, el duque

de Guisa, nieto del Acuchillado, yendo en busca de su aventura de Nápoles, pasó por Roma en 1647, y allí conoció á la Nina Barcarola. Maison-Blanche, secretario de M. Deshayes, embajador en Constantinopla, quiso ser rival del duque de Guisa; pero le salió mal la cuenta, porque en lugar de Nina le pusieron una horrible vieja (era de noche, y en una alcoba sin luz). »Si por una parte fue grande la risa, la confusion fue por otra tanta como se puede imaginar: el Adónis se desembarazó á duras penas de los abrazos de su deidad, y huyó desnudo de aquella casa como si el diablo le fuese á los alcances.»

El cardenal de Retz nada enseña sobre las costumbres romanas. Prefiero el pequeño Coulanges y sus dos viajes en 1656 y 1689, porque celebra aquellas *viñas* y aquellos *jardines*, cuyos nombres solos son un encanto.

En el paseo á *Porta Pia* encuentro á casi todas las personas citadas por Coulanges: ¿á las personas? ¡no! á sus nietos y nietas.

M.^{ma} de Sevigné recibe los versos de Coulanges, y le responde desde el castillo de las Rocas, en mi pobre Bretaña, á diez leguas de Comburgo: »¡Que fecha mas triste al lado de la vuestra, mi amable primo! bien que conviene á una solitaria como yo, asi como la de Roma á aquel cuya estrella es errante. ¡Cuan dulcemente os ha tratado la fortuna, aun cuando os haya hecho alguna mala pasada!»

Entre el primer viaje de Coulanges á Roma, en 1656, y el segundo, en 1689, habian trascurrido treinta y tres años: yo no cuento sino veinticinco perdidos desde mi primer viaje á Roma en 1803 hasta mi segundo en 1828. Si yo hubiese conocido á M.^{ma} de Sevigné, la habria curado de la pena de envejecer.

Spon, Misson y Addison siguen sucesivamente á Cou-

lages. Spon con Wheller, su compañero, me ha servido de guía en las ruinas de Aténas.

Es curioso leer en Dumont cómo se hallaban dispuestas en la época de su viaje en 1690 las obras maestras que admiramos. Véanse en el Belveder los rios del Nilo y del Tiber, el Antinóo, la Cleopatra, el Laocoonte, y el supuesto Torso de Hércules. Dumont coloca en el jardin del Vaticano los *pavos reales de bronce que estaban en el sepulcro de Scipion el Africano*.

Addison viaja á *lo estudiante*, y su escursion se reasume en citas clásicas que llevan el sello de recuerdos ingleses: al pasar por París habia ofrecido sus poesías latinas á M. Boileau.

El padre Labat sigue al autor de Caton: ese fraile parisiense del órden de predicadores, es un hombre singular. Misionero en las Antillas, flibustiero, hábil matemático, arquitecto y militar, valiente artillero que tomaba la puntería del cañon como un granadero; y crítico sábio, que puso á los Dieppeses en posesion de su descubrimiento primitivo en Africa, era de un talento algo burlon, y de un carácter inclinado á la libertad. No sé de viajero alguno que dé nociones mas claras y exactas sobre el gobierno pontificio. Labat recorre las calles, va á las procesiones, se mezcla en todo, y se burla casi de todo.

El hermano predicador refiere que en los capuchinos de Cádiz le dieron sábanas nuevas que tenian diez años, y que vió un San José vestido á la española, con la espada al lado, sombrero debajo del brazo, cabellos empolvados y anteojos sobre la nariz. En Roma asiste á una misa: »Jamás, dice, he visto juntos tantos músicos mutilados y una sinfonia tan numerosa. Los inteligentes decian que no habia cosa mejor. Yo decia lo mismo, para hacer creer

»que tambien lo entendia; pero si no hubiese tenido el
»honor de ser del séquito del oficiante, habria dejado la
»ceremonia, que duró por lo menos tres horas largas, que
»me parecieron seis.”

Cuanto mas me acerco á la época en que escribo, mas parecidos son los usos de Roma á los usos de hoy.

En tiempo de Blosses las romanas llevaban pelo postizo: la costumbre venia desde muy atras: Propercio pregunta á su *vida* por qué se complace en adornar sus cabellos:

¡Quid juvat ornato procedere, vita, capillo!

Las Gaulas, nuestras madres, surtian de cabellera á las Severinas, á las Priscas, á las Faustinas y á las Sabinas. Velleda dice á Eudoro, hablando de sus cabellos: — »Esta es mi diadema, y la he guardado para ti.” Una cabellera no era la conquista mayor de los romanos, pero era una de las mas duraderas: se saca con frecuencia de los sepulcros de las mujeres ese adorno entero que ha resistido á las tijeras de las hijas de la noche; y se busca en vano la frente elegante que antes coronaba. Las trenzas perfumadas, objeto de la idolatría de la mas voluble de las pasiones, han sobrevivido á los imperios; la muerte que rompe todas las cadenas, no ha podido romper esta lijera madeja. Las italianas llevan en el dia sus propios cabellos, que las mujeres del pueblo se sujetan con una gracia llena de coquetería.

El majistrado viajero Blosses tiene en sus retratos y en sus escritos un falso aire de Voltaire, con quien tuvo una disputa cómica con motivo de un campo. Blosses habló muchas veces á la orilla de la cama de la princesa Borghe-

se, cuyo palacio ví en 1803 resplandeciente con todo el brillo de la gloria de su hermano: ¡Paulina Bonaparte no existe ya! Si hubiese vivido en los tiempos de Rafael, la habría representado éste bajo la forma de uno de esos amores que se apoyan en el lomo de los leones en la Farnesina; y en el pintor y en el modelo hubiera dominado la misma languidez. ¡Cuántas flores han pasado ya sobre los sitios en que he hecho vagar á Jerónimo, Agustín, Eudoro y Cimodocea!

Brosses representa á los ingleses en la plaza de España, poco mas ó menos como los vemos hoy, viviendo juntos, haciendo mucho ruido, mirando á los pobres mortales de pies á cabeza, y volviéndose á su chiribitil rojizo de Lóndres sin haber echado siquiera una ojeada al Coliseo. Brosses obtuvo el honor de ser presentado á Jacobo III.

»De los dos hijos del pretendiente, dice, el primojé-
 »nito tiene cerca de veinte años, y el otro quince. Se-
 »gun oigo decir á los que los conocen á fondo, el mayor
 »vale mas y es mas querido en la familia; tiene muy buen
 »corazon y mucho valor; siente en extremo su situacion, y
 »si no sale de ella algun dia, no será por falta de intrepí-
 »dez. Me han contado que habiéndole llevado muy jóven
 »aun al sitio de Gaeta, en tiempo de la conquista del reino
 »de Nápoles por los españoles, se le cayó el sombrero en la
 »travesía del mar. Quisieron cojérselo, pero él dijo: —
 »No, no vale la pena: será preciso que algun dia vaya á bus-
 »carlo yo mismo.”

Brosses cree que si el príncipe de Gales intenta alguna cosa, no se saldrá con ella, y dá sus razones. De vuelta á Roma, despues de sus brillantes estrenos, Cárlos Eduardo, que llevaba el nombre de conde de Albany, perdió á su padre; se casó con la princesa de Stolberg-Goedern, y se estableció en Toscana. Es positivo que visitó secreta-

mente á Lóndres en 1753 y 1761, como refiere Hume; que asistió á la coronacion de Jorje III, y dijo á uno que le habia reconocido entre la muchedumbre: — »A ningun hombre envidio menos que al que es objeto de toda esa pompa.”

El pretendiente no fue feliz en su matrimonio; la condesa de Albany se separó de él, y fijó su mansion en Roma, donde la encontró otro viajero, Bonstetten, noble bearnés, que en su ancianidad me dió á entender en Jinebra que poseía cartas de la condesa de Albany en su primera juventud.

Alfieri vió en Florencia á la mujer del pretendiente, y la amó para siempre. »Doce años despues, dice, en el momento en que escribo todas estas miserias; en la edad deplorable en que ya no hay ilusiones, conozco que la amo cada dia mas, á medida que el tiempo destruye el único encanto que ella no debe á sí misma, el brillo de su belleza pasajera. Mi corazon se eleva, se hace mejor, y se dulcifica por ella, y me atreveria á decir lo mismo del suyo, que yo sostengo y fortifico.”

He conocido á M.^{ma} de Albany en Florencia: la edad habia producido al parecer en ella un efecto contrario al que produce ordinariamente; el tiempo ennoblece el rostro, y cuando éste es de raza antigua, imprime algo de su raza en la frente porque ha pasado: la condesa de Albany, de grueso cuerpo y rostro sin espresion, tenia el aire comun. Si las mujeres de los cuadros de Rubens envejeciesen, se asemejarian á M.^{ma} de Albany en la época en que yo la conocí. Mucho siento que ese corazon, *fortificado* y *sostenido* por Alfieri, haya tenido necesidad de otro apoyo. Recordaré aqui un pasaje de mi carta sobre Roma á M. de Fontanes.

»¿Sabeis que no he visto mas que una sola vez en mi
 »vida al conde Alfieri? ¿y podreis adivinar en que ocasion?
 »Pues ha sido cuando le metian en su ataud. Me han di-
 »cho que apenas estaba mudado; su fisonomía me pareció
 »noble y grave: la muerte añadía á ella, sin duda, una
 »nueva severidad: el ataud era un poco corto, é inclina-
 »ron la cabeza del cadáver sobre el pecho, lo cual le
 »obligó á hacer un estremecimiento terrible.»

No hay cosa mas triste que volver á leer hácia el fin de la vida lo que uno ha escrito en su juventud: todo lo que era presente se encuentra ya pasado.

En 1803 vi por un momento en Roma al cardenal de York, Enrique IX, último de los Stuardos, de edad de setenta y nueve años. Habia tenido la debilidad de aceptar una pension de Jorje III; mientras la viuda de Cárlos I habia solicitado otra en vano de Cromwell. Por aqui se ve que la raza de los Stuardos ha empleado ciento diezinueve años en estinguirse despues de haber perdido el trono, que no ha vuelto á recobrar. Tres pretendientes se han trasmittido en el destierro la sombra de una corona: los tres tenian intelijencia y valor: ¿que les ha faltado, pues? La mano de Dios.

Por lo demas, los Stuardos se consolaron con la vista de Roma: no eran sino un lijero accidente mas en esos grandes escombros; una pequeña columna hecha pedazos, erijida en medio de un gran camino de ruinas. Su descendencia, al desaparecer del mundo, tuvo aun otro consuelo viendo caer la vieja Europa: ¡la fatalidad inherente á los Stuardos arrastró con ellos en el polvo á los otros reyes, entre quienes se hallaba Luis XVI, cuyo abuelo habia rehusado un asilo al descendiente de Cárlos I; y Cárlos X ha muerto en el destierro á la edad del cardenal de York!

¡ y su hijo y su nieto andan errantes por el mundo!

El viaje de Lalande á Italia en 1765 y 1766 es todavía lo mejor y mas exacto que hay sobre la Roma de las artes y la Roma antigua. »Me gusta leer á los historiadores y á »los poetas, dice; pero no pueden ser leídos con mayor pla- »cer que pisando uno la tierra que los sostenia, paseándose »sobre las colinas que describen, y viendo correr los rios »que han cantado.» No está esto muy malo para un astrónomo que comia arañas.

Duclos, tan descarnado casi como Lalande, hace esta ingeniosa observacion: »Las piezas de teatro de los diferen- »tes pueblos son una imájen bastante exacta de sus costum- »bres. El arlequin, criado y personaje principal de las co- »medias italianas, es representado siempre con grandes ga- »nas de comer, que provienen de una necesidad habitual. »Nuestros criados de comedia son por lo comun borrachos, »lo que podrá suponer crápula, pero no miseria.»

La admiracion declamatoria de Dupaty no compensa la aridez de Duclos y de Lalande; pero hace sentir la presencia de Roma: conócese por un reflejo, que la elocuencia del estilo descriptivo ha nacido bajo el soplo de Rousseau, *spiráculum vitæ*. Dupaty se acerca á esta nueva escuela, que muy pronto iba á sustituir lo sentimental, lo oscuro y lo amanerado, á la verdad, á la claridad y á la naturalidad de Voltaire. Sin embargo, á través de su afectada jerga, Dupaty hace acertadas observaciones; y esplica la paciencia del pueblo de Roma por la vejez de sus soberanos sucesivos: »Un papa, dice, es siempre para él un rey que se muere.»

En la villa Borghese ve Dupaty acercarse la noche: »No »queda mas que un rayo del dia que muere sobre la frente »de una Vénus.» ¿Los poetas de ahora se espresarían mejor? Se despide de Tívoli, y dice: »Adios, valle; soy un

» extranjero : no habito vuestra hermosa Italia , y no os vol-
 » veré á ver mas ; pero quizá mis hijos , ó alguno de ellos ,
 » vengán á visitaros algun dia : sed para ellos tan encantador
 » como lo habeis sido para su padre.” *Alguno de los hijos* del
 erudito y del poeta han visitado á Roma , y habrán podido
 ver el último rayo del dia morir sobre la frente de la *Vénus*
genitrix de Dupaty.

Apenas habia dejado Dupaty la Italia , cuando vino Gœ-
 the á reemplazarle. ¿El presidente del parlamento de Bur-
 deos oyó nunca hablar de Gœthe? Y sin embargo, el nom-
 bre de Gœthe vive sobre esa tierra en donde se ha desva-
 necido el de Dupaty. No quiero decir con esto que me gus-
 te el poderoso jenio de la Alemania : tengo pocas simpatías
 hácia el poeta de la materia : siento á Schiller , y oigo á Gœ-
 the. Tal vez haya grandes bellezas en el entusiasmo que
 experimenta Gœthe en Roma hácia Júpiter ; asi lo juzgan
 escelentes críticos ; pero yo prefiero el Dios de la cruz al
 Dios del Olimpo. En vano busco al autor de Werther á lo
 largo de las orillas del Tiber : solo le encuentro en esta
 frase : » Mi vida actual es como un sueño de la juventud :
 » veremos si estoy destinado á gustarlo ó á reconocer que es
 » una ilusion como lo han sido tantos otros.”

Cuando el águila de Napoleon dejó escapar á Roma de
 entre sus garras , volvió á caer ésta en el seno de sus pacífi-
 cos pastores : entonces apareció Byron en las murallas der-
 ruidas de los Césares , y arrojó su imaginacion desolada sobre
 aquellas ruinas como si fuera un manto de luto. ¡Roma! tú
 tenias un nombre , y él te dió otro , el cual te quedará : él
 te llamó » la *Niove de las naciones*, privada de sus hijos y de
 » sus coronas , sin voz para decir sus infortunios , llevando en
 » sus manos una urna vacía , cuyas cenizas hace mucho tiem-
 » po han sido esparcidas al viento.”

Byron no tardó tampoco á morir despues de esta última tempestad de poesía. Hubiera podido verle en Jinebra, y no le he visto; hubiera podido ver á Gœthe en Weimar, y tampoco le he visto; pero he visto caer á M.^{ma} de Staël, que desdeñándose de vivir mas allá de su juventud, pasó rápidamente al Capitolio con Corina: ¡nombres imperecederos, ilustres cenizas que se han asociado al nombre y á las cenizas de la ciudad eterna! (1).

COSTUMBRES ACTUALES DE ROMA.

Esta marcha han seguido en Italia los cambios de costumbres y de personajes de siglo en siglo; pero lo que ha verificado especialmente la mayor trasformacion, ha sido nuestra doble ocupacion de Roma.

La república romana, establecida bajo la influencia del directorio, por ridicula que haya sido, con sus dos *cónsules* y sus *lictors* (malos *facchini* tomados del populacho), no dejó de hacer innovaciones acertadas en las leyes civiles: de las prefecturas imaginadas por esa república romana, es de donde Bonaparte ha tomado la institucion de sus prefectos.

Hemos llevado á Roma el jérmen de una administracion que no existia; y convertida en capital del departamento del Tiber, fue reglamentada de un modo superior. El sistema hipotecario lo ha recibido de nosotros: la supresion de los conventos, la venta de los bienes eclesiásticos, sancionada por Pio VII, han debilitado la fe en la permanencia de la consagracion de las cosas religiosas: el famoso

(1) Recomiendo la lectura de dos artículos publicados en la *Revista de los dos mundos* de 1.º y 15 de Julio de 1835 por M. J.-J. Ampere, que tienen por título: *Retratos de Roma en diferentes épocas*. Estos curiosos documentos completarán el cuadro de que no ofrezco aqui mas que un boceto. (Nota de Paris, 1837.)

index, que todavía hace algun ruido á la parte de acá de los Alpes, no hace ninguno en Roma; y por algunos bayocos se obtiene el permiso de leer con seguridad de conciencia las obras prohibidas. El *index* entra en el número de esos usos que quedan como testigos de los tiempos antiguos en medio de los tiempos modernos. En las repúblicas de Roma y de Aténas, ¿no se conservaban respetuosamente los títulos de *rey*, y los nombres de las grandes familias pertenecientes á la monarquía? Solo los franceses son los que se enojan neciamente contra sus sepulcros y sus anales, los que echan abajo las cruces y saquean las iglesias en odio al clero del año de gracia 1000 ó 1100. Nada hay mas pueril ni mas tonto que esos ultrajes de reminiscencia; nada que convenza mas de que somos incapaces de hacer ninguna cosa de importancia, y de que los verdaderos principios de la libertad nos serán por siempre desconocidos. Lejos de despreciar lo pasado, deberíamos, como hacen todos los pueblos, tratarlo como á un anciano venerable que refiere en nuestros hogares lo que ha visto. ¿Que mal puede hacerlos? Nos instruye y nos entretiene con sus relatos, sus ideas, su lenguaje, sus maneras, sus trajes de otra época; pero carece de fuerza, y sus manos están débiles y trémulas. ¿Por que hemos de tener miedo á ese contemporáneo de nuestros antepasados, que estaria ya con ellos en la tumba si pudiese morir, y que no tiene mas autoridad que la de sus cenizas?

Los franceses, al pasar por Roma, han dejado en ella sus principios: esto es lo que sucede siempre cuando se efectúa la conquista por un pueblo mas avanzado en civilizacion que el pueblo subyugado: testigos de ello los griegos en Asia en tiempo de Alejandro, y los franceses en Europa en tiempo de Napoleon. Bonaparte, arrebatando los hijos á sus

madres, y obligando á la nobleza italiana á dejar sus palacios y á tomar las armas, apresuraba la trasformacion del espíritu nacional.

En cuanto á la fisonomía de la sociedad romana, en los dias de concierto y baile pudiera uno creerse en Paris. La Altieri, la Palestrina, la Zagarola, la Del-Drago, Lante, la Lozano, &c., no serian extranjeras en los salones del barrio de San German; y no obstante, algunas de esas mujeres tienen cierto aire de asustadizas que, á mi juicio, es del clima. La encantadora Falconieri, por ejemplo, siempre está de pie junto á una puerta, pronta á escapar al monte Mário, si la miran: la *villa* Mellini es suya, y una novela cuyo argumento estuviese colocado en ese casino abandonado, debajo de unos cipreses y á la vista del mar, no dejaria de tener su mérito.

Pero cualesquiera que sean los cambios de costumbres y de personajes de siglo en siglo en Italia, se nota en ella un hábito de grandeza de que nosotros, mezquinos bárbaros, estamos muy distantes; y todavía quedan en Roma sangre romana y tradiciones de los dueños del mundo. Al ver á los extranjeros apiñados en pequeñas casas nuevas en la puerta del Pueblo, ó encajonados en palacios que han dividido en multitud de habitaciones, y agujereado con un sinnúmero de chimeneas, parecen ratones arañando al pie de los monumentos de Apolodoro y de Miguel Ángel, y haciendo agujeros en las pirámides á fuerza de roer.

En el dia los nobles romanos, arruinados por la revolucion, se encierran en sus palacios, viven con parsimonia, y se constituyen en agentes de negocios de sí mismos. Cuando uno tiene la suerte (lo cual es muy raro) de ser admitido por las noches en sus casas, atraviesa vastos salones sin muebles, apenas alumbrados, á lo largo de los cuales blan-

quean en la densidad de la sombra estátuas antiguas como fantasmas, ó muertos exhumados. Al estremo de estos salones, el lacayo andrajoso que os acompaña os introduce en una especie de gynecceo, donde al rededor de una mesa se hallan sentadas tres ó cuatro viejas ó jóvenes desaliñadas, que trabajan á la luz de una lámpara en labores menudas, dirijiendo algunas palabras á su padre, hermano ó marido medio recostados oscuramente á un lado sobre sillones destrozados. Hay, sin embargo, un no sé qué de bello y de soberano, propio de la alta alcurnia, en aquella asamblea parapetada detras de obras maestras, y que al pronto pudiera tomarse por una reunion de brujos. Los cortejos han desaparecido, si bien hay todavía curas porta-chaes y porta-braserillos, y se suele ver aun alguno que otro cardenal instalado en casa de una mujer como un canapé.

El nepotismo y el escándalo de los pontífices no son ya posibles, como los reyes no pueden ya tener queridas con título y honores de tales. Pero ahora que la política y las aventuras trájicas de amor han cesado de ocupar la vida de las nobles damas romanas, ¿en que pasan el tiempo en el interior de su casa? Seria curioso penetrar en el fondo de esas nuevas costumbres: si me quedo en Roma, me ocuparé en ello.

LOS SITIOS Y EL PAISAJE.

Cuando fui á Tívoli en 10 de Diciembre de 1803, decia yo en una descripcion que se imprimió entonces: »Este sitio es propio para la reflexion y meditacion: recuerdo mi vida pasada; siento el peso de lo presente, y trato de profundizar mi porvenir: ¿en donde estaré, qué haré, y qué seré *de aquí á veinte años?*»

¡Veinte años! Esto me parecía un siglo; y creía habitar mi tumba antes de que ese siglo hubiese trascurrido. Sin embargo, no soy yo el que ha pasado; el dueño del mundo y su imperio son los que han huido.

Casi todos los viajeros antiguos y modernos no han visto en la campiña romana sino lo que llaman *su horror y su desnudez*. El mismo Montaigne, que seguramente no carecía de imaginación, dice: »Teníamos á lo lejos, y á nuestra mano izquierda, al Apenino; la perspectiva del país era desagradable, lleno todo de eminencias y de profundos barrancos...; el terreno desnudo, sin árboles, y una gran parte estéril.»

El protestante Milton echa sobre la campiña de Roma una mirada tan seca y tan árida como su fe. Lalande y el presidente Brosses son tan ciegos como Milton.

Solo en el *Viaje sobre la escena de los diez últimos libros de la Eneida* de M. de Bonstetten, publicado en Jinebra en 1804, un año despues de mi carta á M. de Fontanes (impresa en *El Mercurio* á fines del año 1803), se encuentran algunos sentimientos verdaderos de aquella admirable soledad, y aun esos están mezclados de reconvencciones. »¡Que placer es ver á Virjilio bajo el cielo de Eneas, y por decirlo así, en presencia de los dioses de Homero! dice M. de Bonstetten. ¡Que profunda soledad en aquellos desiertos, en que no se ve mas que mar, bosques llenos de ruinas, campos, grandes praderas y ni un solo habitante! En una vasta estension del país no se divisaba mas que una sola casa, cerca de mí, sobre la cima de la colina. Voy á ella, y la encuentro sin puerta; subo una escalera, y entro en una especie de habitacion: un ave de rapiña tenia en ella su nido.....»

»Estuve asomado un rato á una ventana de aquella

»casa abandonada, viendo á mis pies aquella llanura tan
»rica y magnífica en tiempo de Plinio, ahora sin cultiva-
»dores.»

Desde mi descripcion de la campiña romana se ha pasado de la denigracion al entusiasmo; y los viajeros ingleses y franceses que me han seguido han marcado con éxtasis todos sus pasos de la Storta á Roma. M. de Tournon, en sus estudios estadísticos, entra en el camino de admiracion que he tenido la dicha de abrir. »La campiña romana, dice, descubre mas distintamente á cada paso la »grave belleza de sus inmensas líneas, de sus planos numerosos y su hermoso hacinamiento de montañas. Su monótona grandeza hiere y eleva el pensamiento.»

Es inútil que haga mencion de M. Simon, cuyo viaje parece una apuesta, y que se ha entretenido en mirar á Roma por el revés. Hallábame en Jinebra cuando murió casi de repente. Como buen arrendatario, acababa de segar sus henos y de recojer alegremente sus primeros granos, y fue á reunirse con su yerba y sus mieses segadas.

Tenemos algunas cartas de los grandes pintores de paisajes: Poussino y Claudio Lorenés no hablan una palabra de la campiña romana; pero si su pluma calla, su pincel habla: el *agro romano* era una fuente misteriosa de bellezas, en la que bebían, ocultándola por una especie de avaricia de jenio y como por temor de que el vulgo la profanase. ¡Cosa singular! Ojos franceses son los que mejor han visto la luz de la Italia.

He vuelto á leer mi carta á M. de Fontanes sobre Roma, escrita hace veinticinco años, y confieso que la he hallado con tal exactitud, que me seria imposible quitarle ni añadirle una palabra. Una compañía extranjera ha venido este invierno (1829) á proponer el desmante de la

campiña romana. ¡Ah, señores; gracias por vuestros parques y vuestros jardines ingleses sobre el Janículo! Si debiesen afearse con ellos algun dia los eriales en donde se rompió el arado de Cincinato, y sobre los que se inclinan todas las yerbas al soplo de los siglos, huiria de Roma para no volver á poner en ella los pies en mi vida. Id á arrastrar en otra parte vuestros arados perfeccionados; aqui la tierra no brota ni debe brotar mas que sepulcros. Los cardenales han cerrado los oidos á los cálculos de las cuadrillas negras que acudieron á demoler los restos de Túsculo, que tomaban por castillos de aristócratas: hubieran hecho cal con el mármol de los sarcófagos de Pablo Emilio, como hicieron gárgolas con el plomo de los ataúdes de nuestros padres. El sacro colejio está por lo pasado: ademas está probado, con gran confusion de los economistas, que la campiña romana dá al propietario el cinco por ciento en pastos, y que sembrada de trigo no rendiria mas que el uno y medio. No es, pues, por pereza, sino por un interes positivo, por lo que el cultivador de las llanuras concede la preferencia á la *pastorizzia* sobre el *maggesi*. La renta de una hectárea en el territorio romano es casi igual al producto de la misma medida en uno de los mejores departamentos de Francia: para convencerse de ello, basta leer la obra de monseñor Nicolai.

CARTA A M. DE VILLEMMAIN.

He dicho que me sentí disgustado al principio de mi segundo viaje á Roma, y que concluí por recobrar mi afecto á las ruinas y al sol: hallábame, pues, aun bajo la influencia de mi primera impresion, cuando el 3 de Noviembre de 1828 contesté á M. Villemain lo que sigue:

»Muy señor mio: Vuestra carta ha llegado muy á tiempo
»á mi soledad de Roma, y ha suspendido en mí el mal del
»pais que me habia acometido fuertemente. Este mal no es
»otra cosa que mis años, que me quitan los ojos para ver co-
»mo veia antes: mi ruina no es bastante grande para conso-
»larse con las de Roma. Cuando me paseo solo ahora en me-
»dio de todos estos escombros de los siglos, no me sirven ya
»sino de escala para medir el tiempo: retrocedo á lo pasado;
»veo lo que he perdido, y el término del corto tiempo futuro
»que tengo delante de mí; cuento todas las alegrías que
»podrian quedarme, y no encuentro ninguna; me esfuerzo
»en admirar lo que admiraba, y ya no me admiro; y vuel-
»vo á mi casa para soportar mis honores, abrumado por
»el *seirocco* ó penetrado por la *tramontana*. Esta es to-
»da mi vida, si se exceptúa un sepulcro que no he teni-
»do valor aun para visitar. Todos están muy ocupados en
»los monumentos ruinosos, se les apuntala, y se les quita
»sus flores y sus plantas: las mujeres que yo habia dejado
»jóvenes han envejecido, y las ruinas han rejuvenecido.
»¿Que quereis que se haga aqui?

»Os aseguro, pues, que no deseo mas que volver á
»mi calle del Infierno para no salir de ella mas. He cum-
»plido todos mis compromisos con mi pais y con mis ami-
»gos. Cuando esteis en el consejo de estado con M. Bertin
»de Veaux, nada mas tendré que pedir, porque vuestros
»talentos os llevarán muy pronto á un puesto mas elevado.

»Espero que mi retiro habrá contribuido algun tanto
»á hacer cesar una oposicion temible: la Francia ha con-
»quistado para siempre las libertades públicas. Mi sacrifi-
»cio debe acabar ahora con mi papel: no pido mas que
»volver á mi *Enfermería*. No tengo mas que ojos para
»este pais, en el que he sido magníficamente recibido: he

»encontrado un gobierno lleno de tolerancia y muy ins-
 »truido en lo que pasa fuera de Italia; pero nada me ha-
 »laga mas que la idea de desaparecer enteramente de la
 »escena del mundo: es bueno hacerse preceder en la tum-
 »ba del silencio que ha de encontrar uno en ella.

»Os doy gracias por haber tenido á bien hablarme de
 »vuestros trabajos. Hareis una obra digna de vos, y que
 »aumentará vuestra reputacion. Si tuvierais que hacer aqui
 »algunas investigaciones, tened la bondad de indicárme-
 »las: una escavacion en el Vaticano podria proporcionaros
 »tesoros. ¡Ay! no he visto sino demasiado al pobre M.
 »Thierry, y os aseguro que su recuerdo me persigue por
 »todas partes: ¡tan jóven, tan amante del trabajo y morir-
 »se! y esto cuando, como sucede siempre al verdadero mé-
 »rito, su espíritu se mejoraba, y la razon tomaba en él el
 »lugar del sistema: todavía espero un milagro. He escrito
 »por él, y ni siquiera me han contestado. Mas feliz he si-
 »do por vos: una carta de M. Martignac me hace confiar
 »en que al fin os harán justicia, aunque tardía. Yo no vi-
 »vo ya sino para mis amigos: permitidme contaros en el
 »número de los que me restan. Quedo con tanta sinceri-
 »dad como admiracion vuestro mas afectísimo servidor,

»CHATEAUBRIAND.

»A Dios gracias, M. Thierry ha vuelto á la vida, y con-
 »tinúa con nuevas fuerzas sus hermosas é importantes tareas:
 trabaja de noche; pero como la chrysalida.

Encerrada está la ninfa,
 Muy gozosa y placentera,
 En ese hermoso sepulcro,
 Guarnecido de oro y seda,
 Que la roba á nuestros ojos, &c.



A M.^{ma} Recamier.

Roma, sábado 8 de Noviembre de 1828.

»M. de la Ferronnays me noticia la rendicion de Varna,
»que yo sabia ya. Creo haberos dicho que toda la cues-
»tion me parecia encerrada en la entrega de esta plaza, y
»que el gran turco no pensaria en la paz sino cuando los ru-
»sos hubiesen hecho lo que no hicieron en las guerras ante-
»riores. Nuestros diarios han sido bien miserablemente tur-
»cos en estos últimos tiempos. ¿Como han podido olvidar
»nunca la noble causa de la Grecia, y manifestar admira-
»cion ante unos bárbaros que esparcen sobre la patria de
»los grandes hombres, y sobre la parte mas hermosa de Eu-
»ropa, la esclavitud y la peste? He aqui lo que somos nos-
»otros los franceses: un poco de descontento personal nos
»hace olvidar nuestros principios y los sentimientos mas je-
»nerosos. Los turcos derrotados tal vez me causarian algu-
»na compasion; los turcos vencedores me inspirarian horror.

»¿Con que mi amigo M. de la Ferronnays ha quedado
»en el poder? Me lisonjeo de que mi determinacion de se-
»guirle haya alejado á los aspirantes á su cartera. Pero al
»fin será preciso que salga de aqui: no aspiro mas que á
»volver á mi soledad, y á dejar la carrera política. Tengo
»sed de independenciam para mis últimos años. Las jenera-
»ciones nuevas están educadas, y encontrarán establecidas
»las libertades públicas, por las que tanto he combatido:
»apodérense, pues, de ellas, pero no abusen de mi heren-
»cia, y vaya yo á morir en paz al lado vuestro.

»Antes de ayer fui á pasearme á la villa Panfilí: ¡ que
»hermosa soledad!»

Roma, sábado 13 de Noviembre.

»Se ha dado el primer baile en casa de Torlonia. He
 »encontrado en él á todos los ingleses de la tierra ; de mo-
 »do que me creia todavia embajador en Lóndres. Las in-
 »glesas parecen figurantas comprometidas para bailar el in-
 »vierno en Paris , Milán , Roma y Nápoles , y que vuelven
 »á Lóndres en la primavera , despues de haber espirado su
 »compromiso. Los saltitos sobre las ruinas del Capitolio, las
 »costumbres uniformes que la *alta* sociedad lleva á todas
 »partes , son cosas bien estrañas : ¡al menós me quedase
 »aun el recurso de salvarme en los desiertos de Roma !

»Lo que hay aqui de deplorable verdaderamente , lo
 »que está en oposicion con la naturaleza de los lugares , es
 »esa multitud de insípidas inglesas y de frívolos *dandys* que,
 »encadenados por los brazos como los murciélagos por las
 »alas , pasean su estravagancia , su fastidio y su insolencia
 »por vuestros salones , y se establecen en vuestra casa como
 »en una posada. En las solemnidades públicas , esa Gran-
 »Bretaña vagabunda y derrengada , salta sobre vuestras
 »plazas , y riñe á puñadas con vosotros para arrojaros de
 »ellas. Durante el dia se traga aprésuradamente los cuadros
 »y las ruinas , y viene despues , haciéndoos mucho honor ,
 »á tragarse los pasteles y los helados de vuestras reuniones.
 »No sé como un embajador puede sufrir á esos huéspedes
 »groseros , y no hace que los echen á la calle.»

ESPLICACION SOBRE LA MEMORIA QUE VA A LEERSE.

En el *Congreso de Verona* he hablado de la existencia de mi memoria sobre el Oriente. Cuando la envié de Roma en 1828 al conde de la Ferronays, ministro entonces de



negocios extranjeros , no era el mundo lo que es ahora : en Francia existia la legitimidad ; en Rusia no habia perecido la Polonia ; España era todavía borbónica , y la Inglaterra no tenia aun el honor de protejernos. No es extraño , pues , que se hayan hecho viejas muchas cosas en esta *Memoria*. Mi política exterior no sería hoy la misma por muchos conceptos ; doce años han cambiado las relaciones diplomáticas ; sin embargo , ha quedado el fondo de las verdades. He insertado esta *Memoria* íntegra para vengar una vez mas á la Restauracion de las reconvenções absurdas que se obstinan en dirigirle , á pesar de la evidencia de los hechos ; y para que se vea que si bien eligió sus ministros de entre sus amigos , no dejó de ocuparse en la independencia y en el honor de la Francia ; se pronunció contra los tratados de Viena , y reclamó fronteras protectoras , no por la gloria vana de estenderse hasta las orillas del Rhin , sino para buscar su seguridad. Se burló cuando se le hablaba del equilibrio de Europa ; equilibrio roto con tanta injusticia respecto de ella ; y por eso deseó atrincherarse primero en el Mediodía , ya que habian querido desarmarla en el Norte. En Navarino volvió á hallar una marina y la libertad de la Grecia ; la cuestion de Oriente no le cojió de sorpresa.

He conservado tres opiniones sobre el Oriente desde la época en que escribí dicha *Memoria*.

1.º Si la Turquía de Europa debe ser dividida , debemos tener una parte en ese reparto por un aumento de territorio en nuestras fronteras , y por la posesion de algun punto militar en el Archipiélago. Comparar la herencia de la Turquía con la de la Polonia , es un absurdo.

2.º Considerar la Turquía tal como estaba en el reinado de Francisco I , como una potencia útil á nuestra política , es arrancar tres siglos á la historia.



3.º Pretender civilizar la Turquía, dándole barcos de vapor y caminos de hierro, disciplinando sus ejércitos, enseñándole á dirigir sus escuadras, no es estender la civilizacion en Oriente, sino introducir la barbarie en el Occidente. Quizá vengan Ibrahims futuros que puedan hacer retroceder el porvenir á los tiempos de Cárlos Martel, ó á los del sitio de Viena, cuando fue salvada Europa por esa heroica Polonia sobre quien pesa la ingratitud de los reyes.

Debo hacer notar que he sido el único con Benjamin Constant que ha denunciado la imprevisión de los gobiernos cristianos: un pueblo cuyo orden social está fundado en la esclavitud y la poligamia, es un pueblo que es preciso confinar á los climas de los mongoles.

En último resultado, la Turquía de Europa, convertida en vasalla de la Rusia en virtud del tratado de Unkiar-Skelessi, no existe ya. Si la cuestion debe decidirse inmediatamente, lo cual dudo, seria quizá mejor que un imperio independiente tuviese establecida su capital en Constantinopla, é hiciese un todo de la Grecia. ¿Es esto posible? Lo ignoro. En cuanto á Mehemet-Alí, asentista y aduanero inexorable, el Egipto, en interes de la Francia, está mejor guardado por él que lo estaria por los ingleses.

Pero me estoy cansando en demostrar el honor de la restauracion. ¿Quien piensa en lo que ésta ha hecho? y sobre todo, ¿quien se cuidará de ello dentro de algunos años? Tanto valdria tomar á pecho los intereses de Tiro y de Ecabatana: el mundo pasado ni existe ya ni existirá. Despues de Alejandro principió el poder romano: el cristianismo cambió el mundo despues de César; la noche feudal enjendró una nueva sociedad despues de Carlo-Magno; pero despues de Napoleon nada se ve venir; ni el imperio, ni la religion, ni los bárbaros. La civilizacion ha subido al mas alto gra-

do; pero es una civilizacion material, infecunda, que nada puede producir, porque es imposible dar la vida sino por medio de la moral: no se llega á la creacion de los pueblos sino por los caminos del cielo: los caminos de hierro no harán sino conducirnos con mas rapidez al abismo.

Hé aqui los prolegómenos que me parecian necesarios para la intelijencia de la *Memoria* que sigue, y que se halla tambien en el ministerio de negocios estranjeros.

CARTA AL CONDE DE LA FERRONAYS.

Roma 30 de Noviembre de 1828.

»Mi noble amigo: en vuestra carta particular del 10
»de Noviembre, me deciais: »Os dirijo un breve resúmen
»de nuestra situacion politica, y espero que sereis tan ama-
»ble, que me hareis conocer en cambio vuestras ideas, tan
»dignas siempre de ser conocidas en semejante materia.”

»Vuestra amistad, amigo mio, me juzga con demasia-
»da induljencia: asi pues, al remitiros la *Memoria* adjunta,
»no creo de modo alguno que pueda servir para ilustra-
»ros; yo no hago mas que obedeceros.”

MEMORIA.

PRIMERA PARTE.

»A la distancia en que me hallo del teatro de los su-
»cesos, y en la ignorancia casi completa en que estoy del
»estado de las negociaciones, apenas me es posible discurrir
»de un modo conveniente. Sin embargo, como hace mu-
»cho tiempo tengo adoptado mi sistema sobre la politica

»interior de la Francia ; como yo , por decirlo asi , he sido
»el primero en reclamar la emancipacion de la Grecia, so-
»meto gustoso , noble conde , mis ideas á vuestra ilustra-
»cion.”

»Aun no se habia suscitado la cuestion del tratado de
»6 de Julio cuando publiqué mi *Nota sobre la Grecia* ; nota
»que encerraba el jérmen del tratado , y en la que propo-
»nia á las cinco grandes potencias de Europa que dirijiesen
»un despacho colectivo al divan , exijiéndole imperativa-
»mente la cesacion de toda hostilidad entre la Puerta y los
»griegos. En el caso de una negativa , las cinco potencias
»deberian declarar que reconocian la independendencia del go-
»bierno griego , y que estaban dispuestas á recibir á los
»ajentes diplomáticos de este gobierno.”

»Esta *Nota* fue leida por los diversos gabinetes. El pues-
»to que yo habia ocupado como ministro de negocios estran-
»jeros, daba cierta importancia á mi opinion ; pero lo que
»húbo aqui de singular fue , que el príncipe de Metternich
»se mostró menos opuesto al espíritu de mi *Nota* que M.
»Canning.

»Este último, con el cual habia tenido yo correspon-
»dencias muy íntimas, era mas orador que gran político ;
»mas hombre de talento que hombre de estado : tenia por lo
»jeneral cierta envidia de los triunfos, y sobre todo de los de
»Francia ; y cuando la oposicion parlamentaria heria ó exal-
»taba su amor propio, se precipitaba en el mal camino y
»prorumpia en sarcasmos y palabras jactanciosas. Por eso,
»despues de la guerra de España, desechó la demanda de
»intervencion que yo habia arrancado con tanto trabajo al
»gabinete de Madrid para el arreglo de los negocios de Ul-
»tramar ; sin mas razon secreta de este paso que el no haber
»hecho él esta demanda, y no querer que, aun segun su

»sistema, si es que tenia alguno, la Inglaterra, representa-
»da en un congreso jeneral, estuviese ligada de modo algu-
»no por los actos de este congreso, sino que permaneciese
»siempre en disposicion de obrar con independenciam. Por
»eso tambien el mismo M. Canning hizo pasar las tropas á
»Portugal, no para defender una carta de la cual era el pri-
»mero en burlarse, sino porque la oposicion le echaba en
»rostro la presencia de nuestros soldados en España, y él
»queria poder decir al parlamento, que el ejército ingles
»ocupaba á Lisboa como el ejército frances ocupaba á Cá-
»diz. En una palabra, por esto es por lo que ha firmado el
»tratado de 6 de Julio contra su opinion particular y contra
»la opinion de su propio pais, enemiga de la causa de los
»griegos. Si ha accedido á este tratado, ha sido únicamente
»porque ha tenido miedo de que unidos con la Rusia tomá-
»semos la iniciativa de la cuestion, y recojiésemos solos la
»gloria de una determinacion jenerosa. Este ministro, que
»á pesar de todo dejará un gran renombre, ha creido que
»de este modo y por ese mismo tratado, sujetaba los movi-
»mientos de la Rusia; y sin embargo, era evidente que el
»texto del acta no encadenaba en lo mas mínimo al empe-
»rador Nicolás, ni le obligaba de modo alguno á renunciar
»á una guerra particular con la Turquía.

»El tratado de 6 de Julio es un documento informe,
»redactado apresuradamente, donde nada está previsto, y
»que contiene mil disposiciones contradictorias.

»En mi *nota sobre la Grecia* suponiam la adhesion de las
»cinco grandes potencias; el Austria y la Rusia aliadas entre
»sí, quedaban libres por efecto de su neutralidad, para de-
»clararse segun la marcha de los sucesos en pro ó en con-
»tra de una de las partes beligerantes.

»Pero no se trata ya de deshacer lo pasado; es preciso

»tomar las cosas tal como son. Lo mas á que están obliga-
»dos los gobiernos es á sacar el mejor partido posible de los
»hechos una vez consumados : examinemos , pues , estos
»hechos.”

»Nosotros ocupamos la Morea : las plazas de esta penín-
»sula han caido en nuestras manos. Esto por lo que á nos-
»otros toca.”

»Varna ha sido tomada y queda convertida en un pues-
»to avanzado , situado á setenta horas de Constantinopla.
»Son bloqueados los Dardanelos ; los rusos se apoderan du-
»rante el invierno de Silistria y de algunas otras fortalezas ;
»no tardarán en hacerse numerosas levás : y una campaña
»decisiva lo trastornará todo en los primeros dias de la pri-
»mavera. El jeneral Paskewitz ha invadido en Asia tres baja-
»latos ; domina el nacimiento del Eufrates , y amenaza el ca-
»mino de Erzeroun. He aqui lo que hace relacion á la Rusia.

»¿Hubiera hecho mejor el emperador Nicolás en em-
»prender una campaña de invierno en Europa ? Creo que sí ,
»si tenia posibilidad para ello. Marchando sobre Constanti-
»noplá habria cortado el nudo gordiano , y hubiera puesto
»fin á todas las intrigas diplomáticas ; porque es sabido que
»todos se ponen de parte del que triunfa , y el medio de
»tener aliados es vencer.”

»En cuanto á la Turquía , no me cabe duda de que nos
»habria declarado la guerra si los rusos hubieran sucumbi-
»do delante de Varna. ¿Tendrá hoy la sensatez de entablar
»negociaciones con la Inglaterra y la Francia para desem-
»barazarse al menos de una y otra ? El Austria le aconseja-
»ria de buena gana este partido ; pero es muy difícil pre-
»ver la conducta de una raza de hombres que no tienen
»las ideas europeas. Astutos como esclavos , y orgullosos á
»la vez como tiranos , solo el miedo sirve de temperante á

»su cólera. El sultan Mahmoud II, bajo ciertos conceptos,
»parece un príncipe superior á los últimos sultanes, y reúne
»con especialidad el valor político; pero ¿tiene también el
»personal? Conténtase con pasar revistas en los arrabales de
»su capital, y hace que los grandes le dirijan sus súplicas
»para que no vaya ni aun á Andrinópolis. El populacho de
»Constantinopla estaría mejor contenido por los triunfos que
»por la presencia de su amo.”

»Admitamos, no obstante, que el divan consienta en
»abrir negociaciones sobre las bases del tratado de 6 de Ju-
»lio. La negociacion será muy espinosa, pues aun cuando
»no hubiese que arreglar mas que los límites de la Grecia,
»sería nunca acabar. ¿En donde se fijarán esos límites sobre
»el continente? ¿A cuantas islas será devuelta la libertad?
»La de Samos, que con tanto valor ha defendido su inde-
»pendencia, ¿quedará abandonada? Vamos mas lejos, y su-
»pongamos establecidas las conferencias: ¿harán detener los
»ejércitos del emperador Nicolás? Mientras que los pleni-
»potenciarios turcos y de las tres potencias aliadas estarán
»negociando en el Archipiélago, cada paso de las tropas que
»invadan la Bulgaria cambiará el estado de la cuestion. Si
»los rusos fuesen rechazados, los turcos romperían las con-
»ferencias: si los rusos llegaran á las puertas de Constan-
»tinopla, ¿se trataría entonces de la independencia de la
»Morea? Los helenos no tendrían necesidad de protectores
»ni de negociadores.”

»Resulta, pues, que impulsar al divan á ocuparse en el
»tratado de 6 de Julio, es aplazar la dificultad, no resol-
»verla. A mi modo de ver, para que los gabinetes de Eu-
»ropa salgan del embarazo en que se hallan, es necesario
»que á un tiempo mismo se emancipe la Grecia y se firme
»la paz entre los turcos y los rusos.”

»Pero ¿cuales serán las condiciones que pondrá para esta paz el emperador Nicolás?»

»En su manifiesto declara que renuncia á conquistas; pero habla de indemnizaciones por los gastos de guerra, lo cual es vago, y puede llevar muy lejos.»

»El gabinete de San Petersburgo, pretendiendo regularizar los tratados de Akerman y de Jassy, ¿pedirá acaso; primero, la independendencia completa de los principados; segundo, la libertad de comercio en el mar Negro, tanto para la nacion rusa como para las demas naciones; tercero, el reintegro de las sumas gastadas en la última campaña?»

»Innumerables dificultades se presentan para la conclusion de una paz sobre estas bases.»

»Si la Rusia quiere dar á los principados soberanos elegidos por ella, el Austria mirará la Moldavia y la Valaquia como dos provincias rusas, y se opondrá á esta transaccion política.»

»¿La Moldavia y la Valaquia pasarán al dominio de un príncipe independiente de toda gran potencia, ó de un príncipe instalado bajo el protectorado de muchos soberanos?»

»En este caso preferiria Nicolás hospodares nombrados por Mahmoud, porque no dejando los principados de ser turcos, quedarian siempre en disposicion de ser atacados por las armas de la Rusia.

»La libertad de comercio del mar Negro, la apertura de este mar á todas las escuadras de Europa y América, conmovieran el poder de la Puerta en sus cimientos; porque conceder el paso de buques de guerra por debajo de Constantinopla es, con relacion á la jeografia del imperio otomano, como si se reconociese á ejércitos extranjeros el derecho de cruzar en todo tiempo la Francia á lo largo de las murallas de París.»

»Por último, ¿de donde sacaría la Turquía dinero para
 »pagar los gastos de la campaña? el supuesto tesoro de los
 »sultanes es una antigua fábula. Diráse quizá que las pro-
 »vincias conquistadas del otro lado del Cáucaso podrian ser
 »cedidas como hipoteca de la suma pedida: y en efecto, ob-
 »servados los dos ejércitos rusos, me parece que el de Eu-
 »ropa tiene por objeto sostener el honor de Nicolás, y el de
 »Asia defender sus intereses pecuniarios. Pero si Nicolás no
 »se creyese ligado por las declaraciones de su manifiesto,
 »¿veria la Inglaterra con ojos indiferentes avanzar el ejército
 »moscovita por el camino de la India? ¿No se alarmó ya en
 »1827, cuando dió un paso mas en el imperio persa?"

»Si la doble dificultad que nace de la ejecucion del tra-
 »tado y de la oportunidad de las condiciones de una paz en-
 »tre la Turquía y la Rusia; si esta doble dificultad hiciese
 »inútiles los esfuerzos intentados para vencer tantos obstácu-
 »los; si se abriese una segunda campaña en la primavera, ¿vol-
 »verían las potencias de Europa á tomar parte en la cuestion?
 »¿Que papel deberia representar en ella la Francia? Esto es
 »lo que voy á examinar en la segunda parte de esta *Nota*."

PARTE SEGUNDA.

»El Austria y la Inglaterra tienen intereses comunes, y
 »son naturalmente aliadas por su política exterior, cuales-
 »quiera que sean por otra parte las diferentes formas de sus
 »gobiernos, y las máximas opuestas de su política interior.
 »Ambas son enemigas y celosas de la Rusia; ambas desean
 »contener los progresos de esta potencia; y quizá se unan
 »en un caso estremo; pero conocen que si la Rusia no se
 »deja intimidar, puede desafiar esa union mas formidable
 »en la apariencia que en realidad."

»El Austria nada tiene que pedir á Inglaterra, y ésta á
»su vez no sirve al Austria sino para suministrarle dinero.
»Pero es el caso que abrumada la Inglaterra bajo el peso de
»su deuda, no tiene ya dinero que prestar á nadie; y abandonada el Austria á sus propios recursos, no podria en el
»estado actual de su hacienda poner en movimiento ejércitos numerosos, sobre todo viéndose obligada á vijilar la Italia, y á estar en guardia en las fronteras de la Polonia y de la Prusia. La posicion que tienen en el dia las tropas rusas, les permitiria entrar mas pronto en Viena que en Constantinopla.

»¿Que pueden los ingleses contra la Rúsia? ¿Cerrar el Báltico; no comprar mas cáñamo ni maderas en los mercados del Norte; destruir la escuadra del almirante Heyden en el Mediterráneo; enviar algunos ingenieros y soldados á Constantinopla; llevar á esta capital provisiones de boca y municiones de guerra; penetrar en el mar Negro; bloquear los puertos de la Crimea, y privar á las tropas en campaña del auxilio de sus buques mercantes y de guerra?

»Supongamos que todo esto sucede asi, no obstante de que no puede hacerse sin gastos considerables, que no tendrían indemnizacion ni garantías: siempre quedaria á Nicolás su inmenso ejército de tierra; y un ataque de Austria y de Inglaterra contra la cruz y en favor de la media luna, aumentaria en Rúsia la popularidad de una guerra, ya nacional y religiosa. Guerras de esta naturaleza se hacen sin dinero, y son las que por la fuerza de la opinion precipitan las naciones unas contra otras. Que principien á evangelizar los sacerdotes griegos en San Petersburgo como los ulemas mahometizan en Constantinopla, y no les sobrarán mas que soldados, y tendrán mas probabilidades de éxito que sus adversarios en ese llamamiento á las pasiones y á las creen-

»cias de los hombres. Las invasiones que bajan del Norte al
»Mediodía son mucho mas rápidas é irresistibles que las que
»suben del Mediodía al Norte: la pendiente de las poblacio-
»nes les inclina á correrse hácia los climas hermosos.

»Y la Prusia entre tanto, ¿permanecería espectadora in-
»diferente de esa gran lucha, si el Austria y la Inglaterra
»se declarasen en favor de la Turquía? No hay razon para
»creerlo.

»Es indudable que existe en el gabinete de Berlin un
»partido que odia y teme al gabinete de San Petersburgo;
»pero ese partido, que por otra parte empieza á envejecer,
»tropieza con el obstáculo del partido anti-austriaco, y es-
»pecialmente con el de las afecciones domésticas.

»Los vínculos de familia, débiles por lo regular entre
»los soberanos, son muy fuertes en la familia de Prusia: el
»rey Federico Guillermo ama con ternura á su hija, la ac-
»tual emperatriz de Rusia, y se complace en pensar que su
»nieto llegará á asentarse sobre el trono de Pedro el Grande:
»los príncipes Federico, Guillermo, Cárlos y Enrique Al-
»berto, quieren mucho tambien á su hermana Alejandra; y
»el príncipe real hereditario no ponía dificultad en declarar
»últimamente en Roma que era *turcófago*.

»Descomponiendo asi los intereses, se ve que la Francia
»se halla en una admirable posicion política, y puede lle-
»gar á ser árbitra de este gran debate. Puede, á su arbitrio,
»conservar la neutralidad ó declararse á favor de un partido,
»segun el tiempo y las circunstancias; y si llegase alguna
»vez á verse en este caso extremo; si sus consejos no fuesen
»escuchados; si la nobleza y moderacion de su conducta no
»le proporcionasen la paz que desea para sí y para los demas,
»en la necesidad en que se hallaria de tomar las armas, to-
»dos sus intereses la inclinarían del lado de la Rusia.

» Porque ¿que fruto sacaría la Francia de unirse á una
» alianza entre Austria é Inglaterra, si llegara á formarse es-
» ta alianza?"

» ¿Le prestaría buques la Inglaterra?"

» Despues de ésta, la Francia es todavía la primera po-
» tencia marítima de Europa, y tiene mas velas de las que
» necesitaria para destruir, si fuese posible, las fuerzas na-
» vales de la Rusia."

» ¿Nos suministraría subsidios la Inglaterra?"

» La Inglaterra no tiene dinero: la Francia tiene mas que
» ella, y los franceses no necesitan estar á sueldo del par-
» lamento británico."

» ¿Nos auxiliaria Inglaterra con soldados y armas?"

» La Francia no tiene necesidad de armas, y menos aun
» de soldados."

» ¿Nos aseguraria la Inglaterra un aumento de territo-
» rio insular y continental?"

» ¿Donde tomaremos este aumento si hacemos la guerra
» á la Rusia en provecho del gran turco? ¿Intentaremos des-
» embarcos en las costas del mar Báltico, del mar Negro y
» del estrecho de Behring? O abrigando otras esperanzas,
» pensaremos en atraernos el afecto de Inglaterra para que
» acuda á nuestro auxilio, si nuestros asuntos interiores lle-
» gan á turbarse.

» Dios nos libre de semejante prevision y de una interven-
» cion extranjera en nuestros asuntos domésticos. Por otra
» parte, la Inglaterra ha dado siempre buena cuenta de los
» reyes y de la libertad de los pueblos, y siempre está pronta
» á sacrificar sin remordimiento, asi la monarquía como la
» república, á sus intereses particulares. No hace mucho toda-
» vía que proclamaba la independenciam de las colonias espa-
» ñolas, al mismo tiempo que se negaba á reconocer la de la

»Grecia; enviaba sus escuadras para apoyar á los insurjentes
»de Méjico, y hacia detener en el Támesis algunos misera-
»bles barcos de vapor destinados á los helenos; admitia la
»lejitimidad de los derechos de Mahmoud, y negaba la de
»los derechos de Fernando; entregada en fin sucesivamente
»al despotismo ó á la democracia, segun el viento que traia
»á sus puertos los buques de los comerciantes de Lóndres.”

»Por último, asociándonos á los proyectos guerreros
»de Inglaterra y de Austria contra la Rusia, ¿adonde iríamos
»á buscar á nuestro antiguo adversario de Austerlitz? Ahora
»no está sobre nuestras fronteras. ¿Y haríamos marchar á
»nuestra costa cien mil hombres bien equipados para soste-
»ner á Viena ó á Constantinopla? ¿Tendríamos un ejército
»en Aténas para proteger á los griegos contra los turcos, y
»otro en Andrinópolis para proteger á los turcos contra los
»rusos? ¿Ametrallaríamos á los osmanlis en la Morea, al
»mismo tiempo que los abrazábamos en los Dardanelos? Lo
»que carece de sentido comun en los negocios humanos
»nunca sale bien.”

»Concedamos, sin embargo, á despecho de toda ve-
»rosimilitud, que nuestros esfuerzos fuesen coronados con
»un éxito completo en esa triple alianza anti-natural; su-
»pongamos que la Persia permaneciese neutral durante to-
»da esa contienda, igualmente que los Paises-Bajos, y que,
»dueños de llevar nuestras fuerzas mas allá, no nos viésemos
»obligados á batirnos á sesenta leguas de Paris. ¡Y
»bien! ¿Que provecho sacaríamos de nuestra cruzada para
»librar el sepulcro de Mahoma? Campeones de los turcos,
»volveríamos de Levante con una pelliza de honor; ten-
»dríamos la gloria de haber sacrificado mil millones y dos-
»cientos mil hombres para calmar los terrores de Austria,
»para satisfacer los celos de Inglaterra, y para conservar

»en la parte mas hermosa del mundo la peste y la barba-
»rie unidas al imperio otomano. El Austria habria aumen-
»tado quizá sus estados por el lado de la Valaquia y de la
»Moldavia, y la Inglaterra obtenido tal vez de la Puerta
»algunos privilegios comerciales, privilegios de escaso inte-
»res para nosotros, dado caso que participásemos de ellos,
»puesto que ni tenemos el mismo número de barcos mer-
»cantes que los ingleses, ni los mismos productos industria-
»les que esparcir por Levante. Quedaríamos, pues, com-
»pletamente burlados en esa triple alianza, que podria no
»conseguir su objeto, y que si lo conseguia, no seria mas
»que á nuestra costa.”

»Pero si la Inglaterra no tiene medio ninguno direc-
»to de sernos útil, ¿no podria influir al menos en el ga-
»binete de Viena, y empeñar al Austria para que en com-
»pensacion de los sacrificios que hubiésemos hecho por ella,
»nos dejase recobrar los antiguos departamentos situados
»en la orilla izquierda del Rbin?”

»No: el Austria y la Inglaterra se opondrán siempre á
»semejante concesion: solo la Rusia puede hacérnosla, co-
»mo luego veremos. El Austria nos detesta, y se asusta
»de nosotros, mas todavía de lo que aborrece y teme á la
»Rusia; y mal por mal, preferiria que esta última poten-
»cia se estendiese por el lado de la Bulgaria, antes que la
»Francia por la parte de Baviera.”

»¿Pero la independendencia de Europa se veria amenazada
»si los czares hiciesen de Constantinopla la capital de su
»imperio?”

»Es preciso explicar lo que se entiende por indepen-
»dencia de Europa: ¿quiere decirse que, roto todo el
»equilibrio, la Rusia, despues de haber conquistado la
»Turquía europea, se apoderaria del Austria, someteria

»la Alemania y la Prusia, y concluiría por subyugar la
»Francia?»

»En primer lugar, todo imperio que se estiende de-
»masiado pierde su fuerza, casi siempre se divide, y muy
»pronto se verian dos ó tres Rusias enemigas unas de
»otras.»

»En segundo lugar: ¿existe para Francia el equilibrio
»de Europa despues de los últimos tratados?»

»La Inglaterra ha conservado casi todas las conquis-
»tas que ha hecho en las colonias de tres partes del mun-
»do durante la guerra de la revolucion; en Europa ha
»adquirido á Malta y las islas Jónicas; hasta su electorado
»de Hannover lo ha erijido en reino, y aumentádolo con
»algunos señoríos.»

»El Austria ha aumentado sus posesiones con una ter-
»cera parte de la Polonia, con lo que ha podido sacar de
»la Baviera, y con parte de la Dalmacia y de la Italia.
»Verdad es que no tiene ya los Países-Bajos; pero esta
»provincia no ha sido devuelta á la Francia, y se ha con-
»vertido en una auxiliar de Inglaterra y Prusia temible pa-
»ra nosotros.»

»La Prusia se ha engrandecido con el ducado ó pala-
»tinado de Posen, con un fragmento de la Sajonia y con
»los principales círculos del Rhin; y su puesto avanzado es-
»tá en nuestro propio territorio, á diez jornadas de mar-
»cha de nuestra capital.»

»La Rusia ha recobrado la Finlandia, y se ha esta-
»blecido en las orillas del Vístula.»

»Y nosotros, ¿que hemos ganado en todas estas parti-
»ciones? Hemos sido despojados de nuestras colonias; nues-
»tro antiguo suelo ni siquiera ha sido respetado; Landau
»separada de la Francia y arrasada Huninga, dejan una

»brecha de mas de cincuenta leguas en nuestras fronteras;
»y el pequeño estado de Cerdeña no se ha avergonzado de
»revestirse con algunos jirones robados al imperio de Na-
»poleon y al reino de Luis el Grande.”

»En esta posicion, ¿que interes tenemos en tranquili-
»zar al Austria y á la Inglaterra contra las victorias de la
»Rusia? Aun cuando ésta se estendiese hácia Oriente y
»alarmase al gabinete de Viena, ¿correriamos por ello nin-
»gun peligro? ¿Tanto miramiento se ha tenido con nosotros
»para que seamos tan sensibles á las inquietudes de nues-
»tros enemigos? La Inglaterra y el Austria han sido y se-
»rán siempre los adversarios naturales de la Francia; y ma-
»ñana las veríamos aliarse de todo corazon á la Rusia si se
»tratara de combatirnos y despojarnos.”

»No olvidemos que mientras que tomábamos las ar-
»mas por la pretendida salvacion de Europa, que se cree
»en peligro por la supuesta ambicion de Nicolás, sucede-
»ria probablemente que el Austria, menos noble y mas
»rapaz, escucharia las proposiciones del gabinete de San
»Petersburgo (un cambio brusco en política es cosa que le
»cuesta poco); y de acuerdo con la Rusia se apoderaria
»de la Bosnia y de la Servia, dejándonos la satisfaccion de
»defender á Mahmoud.”

»La Francia está ya en una semi-hostilidad con los
»turcos, pues ella sola ha gastado ya muchos millones y
»espuesto veinte mil soldados en la causa de la Grecia;
»la Inglaterra solo perderia unas cuantas palabras hacien-
»do traicion á los principios del tratado de 6 de Julio; la
»Francia perderia en ello honor, hombres y dinero; y
»nuestra expedicion no seria mas que una verdadera pifia
»política.”

»Pero si no nos unimos al Austria y á la Inglaterra,

»¿irá el emperador Nicolás á Constantinopla? ¿Se romperá
»el equilibrio europeo?"

»Dejemos, vuelvo á decir, á la Inglaterra y al Aus-
»tria esos temores finjidos ó verdaderos. Que la primera
»tema ver á la Rusia apoderarse del comercio de Levan-
»te y convertirse en potencia marítima, es cosa que nos
»importa muy poco. ¿Tan necesario es que la Gran-Bre-
»taña quede en posesion del monopolio de los mares, que
»vayamos á derramar sangre francesa para conservar el
»cetro del Océano á los destructores de nuestras colonias,
»de nuestras escuadras y de nuestro comercio? ¿Es con-
»veniente que la raza lejitima ponga ejércitos en movi-
»miento para proteger la casa que se une á la ilejitimidad,
»y que reserva quizá para épocas de discordia los medios
»que cree tener para turbar la Francia? ¡Bello equilibrio
»es para nosotros el de la Europa, cuando todas las po-
»tencias, como he demostrado ya, han aumentado sus ma-
»sas, y disminuido de comun acuerdo la preponderancia de
»la Francia! Que vuelvan á entrar como nosotros en sus
»antiguos límites, y luego volaremos al socorro de su in-
»dependencia, caso de que se vea amenazada; mas ya que
»no tuvieron el menor escrúpulo en asociarse á la Rusia
»para desmembrarnos y apropiarse el fruto de nuestras
»victorias, sufran ahora que estrechemos los lazos forma-
»dos entre nosotros y esa misma Rusia para recobrar los
»límites convenientes y restablecer la verdadera balanza de
»Europa."

»Ademas, si el emperador Nicolás quisiese y pudiese
»ir á firmar la paz á Constantinopla, ¿sería una consecuen-
»cia rigurosa de este hecho la destruccion del imperio
»otomano? La paz ha sido firmada con las armas en la ma-
»no en Viena, en Berlin y en París: casi todas las capita-

»les de Europa han sido tomadas en estos últimos tiempos;
»y por eso, ¿han perecido el Austria, la Baviera, la Pru-
»sia, la Francia y la España? Por dos veces han venido los
»cosacos y los Panduros á acampar en el patio del Louvre;
»el reino de Enrique IV ha estado ocupado militarmente
»por espacio de tres años; y ¿habríamos de conmovernos
»de ver á los cosacos en el serrallo? ¿y tendríamos en ho-
»nor de la Berbería una susceptibilidad que no hemos te-
»nido en honor de la civilizacion y por nuestra patria mis-
»ma? Véase humillado el orgullo de la Puerta, y tal vez
»se la obligue entonces á reconocer algunos de esos dere-
»chos de la humanidad que está ultrajando.”

»Con lo dicho se ve ya adonde voy á parar, y la con-
»secuencia que me preparo á sacar de todo lo que prece-
»de. La consecuencia es esta:

»Si las potencias belijerantes no pueden llegar á arre-
»glarse durante el invierno; si el resto de la Europa cree
»deber mezclarse en la contienda, venida que sea la prima-
»vera; si se proponen diferentes alianzas, y la Francia se
»ve absolutamente obligada á elegir entre ellas; si los acon-
»tecimientos la obligan á salir de su neutralidad: todos sus
»intereses deben decidirla á unirse con preferencia á la
»Rusia; combinacion tanto mas segura, cuanto que seria
»fácil hacer entrar en ella á la Prusia, ofreciéndole cier-
»tas ventajas.”

»Entre la Rusia y la Francia existen simpatías: la úl-
»tima ha civilizado casi á la primera en la clase elevada
»de la sociedad, y le ha dado su lengua y sus costumbres.
»Colocadas ambas en los dos extremos de Europa, no se to-
»can por sus fronteras, ni tienen campo de batalla donde
»poder encontrarse, ni tampoco rivalidad ninguna de co-
»mercio; y los enemigos naturales de la Rusia (los ingleses

»y los austriacos) son tambien los enemigos naturales de
»la Francia. Si el gabinete de las Tullerías permanece alia-
»do con el de San Petersburgo en tiempo de paz, nadie
»podrá moverse en Europa: la union de los dos gabinetes
»en tiempo de guerra dictará leyes al mundo.”

»He demostrado suficientemente que la alianza de la
»Francia con la Inglaterra y el Austria es una alianza fa-
»laz, en la que no hallaríamos mas que la pérdida de
»nuestra sangre y de nuestros tesoros. La alianza de la
»Rusia, por el contrario, nos pondria en el caso de obte-
»ner establecimientos en el Archipiélago, y llevar nues-
»tras fronteras hasta las orillas del Rhin. Podemos dirijir
»este lenguaje á Nicolás:

»Vuestros enemigos nos solicitan; y nosotros preferi-
»mos la paz á la guerra, y deseamos conservar la neutra-
»lidad. Pero si no podeis orillar vuestras diferencias con la
»Puerta sino por medio de las armas; si quereis ir á Cons-
»tantinopla, entrad con las potencias cristianas en una dis-
»tribucion equitativa de la Turquía europea: las poten-
»cias, cuya posicion no las permita ensancharse por el la-
»do de Oriente, recibirán indemnizacion en otra parte:
»por lo que á nosotros toca, queremos tener la línea del
»Rhin, desde Strasburgo hasta Colonia. Tales son nues-
»tras justas pretensiones. La Rusia tiene un interes (vues-
»tro hermano Alejandro lo ha dicho) en que la Francia sea
»fuerte. Si consentis en este arreglo, y las demas poten-
»cias se niegan á él, no permitiremos que intervengan en
»vuestra contienda con la Turquía; y si os atacan á pesar
»de nuestras observaciones, las combatiremos con vos, bajo
»las mismas condiciones siempre que acabamos de espresar.”

»He aqui lo que podemos decir á Nicolás. El Austria
»ni la Inglaterra no nos darán jamás los límites del Rhin

»por precio de nuestra alianza con ellas; allí sin embargo
»es donde tarde ó temprano debe colocar la Francia sus
»fronteras, tanto por honor suyo como por su seguridad.”

»Una guerra con Austria y con Inglaterra ofrece gran-
»des esperanzas de triunfo, y pocas probabilidades de der-
»rota. Hay, en primer lugar, medios de paralizar á la Pru-
»sia, y aun de determinarla á unirse con nosotros y con la
»Rusia; y llegado este caso, los Países-Bajos no pueden de-
»clararse enemigos. En la disposicion actual de los ánimos,
»cuarenta mil franceses que defendiesen los Alpes, suble-
»varian toda la Italia.”

»En cuanto á las hostilidades con Inglaterra, si alguna
»vez llegasen á principiar, seria preciso, ó desembarcar
»veinticinco mil hombres mas en la Morea, ó llamar de allí
»prontamente nuestras tropas y nuestra escuadra. Renun-
»ciad á las armadas; dispersad vuestros buques uno á uno
»por todos los mares; mandad echar á pique todas las pre-
»sas, despues de sacar de ellas las tripulaciones; multipli-
»cad las comisiones mercantiles en los puertos de las cuatro
»partes del mundo; y muy pronto la Gran-Bretaña, obli-
»gada por las quiebras y los clamores de su comercio, so-
»licitará el restablecimiento de la paz. ¿No la hemos visto
»capitular en 1814 delante de la marina de los Estados-
»Unidos que, sin embargo, solo cuenta hoy dia nueve fra-
»gatas y once buques menores?

»Considerada bajo el doble punto de vista de los inte-
»reses jenerales de la sociedad y de nuestros intereses par-
»ticulares, la guerra de la Rusia con la Puerta no debe cau-
»sarnos el menor recelo. Segun principios de alta civiliza-
»cion, la especie humana no puede sino ganar en la des-
»truccion del imperio otomano; y vale mil veces mas para
»los pueblos la dominacion de la cruz en Constantinopla,

»que la de la media luna. Los elementos todos de la moral
»y de la sociedad política están en el fondo del cristianismo;
»todos los jérmenes de la destruccion social están en la re-
»lijion de Mahoma. Dícese que el sultan actual ha dado
»pasos hácia la civilizacion. ¿Será porque haya intentado,
»con ayuda de algunos renegados franceses y de algunos
»oficiales ingleses y austriacos, sujetar sus hordas fanáticas
»á ejercicios regulares? ¿Y desde cuando consiste la civili-
»zacion en el aprendizaje maquinal del manejo de las armas?
»Es una falta enorme, es casi un crimen el haber iniciado
»á los turcos en la ciencia de nuestra táctica: es preciso
»bautizar á los soldados á quienes se discipline, á menos
»que se quiera formar de intento destructores de la so-
»ciedad.”

»La imprevision es grande: esa misma Austria, que se
»dá el parabien por la organizacion de los ejércitos otoma-
»nos, seria la primera en sufrir el castigo de su alegría: si
»los turcos derrotasen á los rusos, con mayor razon serian
»capaces de medir sus fuerzas con sus vecinos los imperia-
»les; y Viena no escaparia esta vez de manos del gran visir.
»Y ¿estaria mas seguro el resto de la Europa, que cree no
»tener nada que temer de la Puerta? Hombres apasionados
»y de cortos alcances pretenden que la Turquía debe ser
»una potencia militar regular, y entrar en el derecho co-
»mun de paz y de guerra de las naciones civilizadas, para
»mantener no sé qué balanza de que la moda, vacía de
»sentido, no permite á esos hombres formar una idea; pe-
»ro ¿cuales serian las consecuencias de la realizacion de es-
»tos deseos? Cuando con un pretesto cualquiera le acomode
»dase al sultan atacar á un gobierno cristiano, una escua-
»dra mahometana bien dirijida, aumentada con la escuadra
»del bajá de Ejipto y del continente marítimo de las poten-

»cias berberiscas, declararia las costas de España ó de Italia en estado de bloqueo, y desembarcaria cincuenta mil hombres en Cartajena ó en Nápoles. Vosotros, los que no quereis enarbolar la cruz en Santa Sofía, continuad disciplinando las hordas de turcos, albaneses, negros y árabes, y antes de veinte años quizá brillará la media luna en la cúpula de San Pedro. ¿Llamareis entonces á la Europa á una cruzada contra los infieles armados de la peste, de la esclavitud y del Alcorán? Será demasiado tarde."

»Los inteses jenerales de la sociedad ganarian, pues, con el triunfo de las armas del emperador Nicolás."

»En cuanto á los intereses particulares de la Francia, he probado ya suficientemente que quedaban salvados en una alianza con la Rusia, y que podian ser favorecidos singularmente con la guerra misma que esta potencia sostiene hoy dia en Oriente."

RESÚMEN, CONCLUSION Y REFLEXIONES SOBRE ESTA MEMORIA.

»Voy á reasumir mis ideas."

1.^o »Si la Turquía consintiese en negociar sobre las bases del tratado de 6 de Julio, nada se habria decidido aun, no estando firmada la paz entre la Turquía y la Rusia: las vicisitudes de la guerra en los desfiladeros del Balkan, cambiarian á cada momento las instrucciones y la posicion de los plenipotenciarios ocupados en la emancipacion de la Grecia."

2.^o »Las condiciones probables de la paz entre el emperador Nicolás y el sultan Mahmoud están sujetas á las mayores objeciones."

3.^o »La Rusia puede desafiar la union de la Inglaterra
»y del Austria, union mas formidable en la apariencia que
»en la realidad.”

4.^o »Es probable que la Prusia se uniria mas bien
»al emperador Nicolás, yerno de Federico Guillermo III,
»que á los enemigos del emperador.”

5.^o »La Francia podria perderlo todo, y no ganar
»nada aliándose con la Inglaterra y el Austria contra la
»Rusia.”

6.^o »La independenciam de la Europa no se veria ame-
»nazada por las conquistas de los rusos en Oriente. Es una
»cosa verdaderamente absurda, es no tener en cuenta nin-
»guna clase de obstáculos el hacer venir corriendo á los
»rusos desde el Bósforo para imponer su yugo á la Alema-
»nia y á la Francia: todo imperio se debilita estendiéndose.
»En cuanto al equilibrio de fuerzas, hace tiempo que se
»ha roto para la Francia; ella ha perdido sus colonias, y
»se encuentra encerrada en sus antiguos limites, mientras
»que la Inglaterra, la Prusia, la Rusia y el Austria se han
»engrandecido prodijiosamente.

7.^o »Si la Francia se viese obligada á salir de su neu-
»tralidad, y á tomar las armas por un partido ó por otro,
»los intereses jenerales de la civilizacion, asi como los in-
»tereses particulares de nuestra patria, nos deben decidir
»á entrar con preferencia en la alianza rusa. Por ella po-
»dríamos obtener el curso del Rhin por medio de fronteras
»y colonias en el Archipiélago; ventajas que no nos con-
»cederán jamás los gabinetes de San James y de Viena.”

»Tal es el resúmen de esta *Nota*. No he podido dis-
»currir mas que hipotéticamente; ignoro lo que la Ingla-
»terra, el Austria y la Rusia proponen ó han propuesto
»en el momento mismo en que escribo; y tal vez haya un

» informe ó un despacho, que reduzcan á jeneralidades in-
» útiles las verdades aqui espuestas: este es el inconvenien-
» te de las distancias y de la política conjetural. Queda
» cierto sin embargo que la posicion de la Francia es fuer-
» te; que el gobierno se halla en el caso de sacar el mayor
» partido de los sucesos, si medita bien lo que quiere, si
» no se deja intimidar por nadie, y si á la firmeza del len-
» guaje reúne el vigor de la accion. Tenemos un rey vene-
» rado, un heredero del trono, que aumentaria sobre las
» orillas del Rhin, con treientos mil hombres, la gloria
» que ha recojido en España: nuestra expedicion de la Mo-
» rea nos hace representar un papel lleno de honor; nues-
» tras instituciones políticas son escelentes; nuestra hacien-
» da se halla en un estado de prosperidad sin ejemplo en
» Europa; y teniendo todo esto, se puede marchar con la
» cabeza erguida. ¡Que pais puede compararse con aquel
» que posee el jenio, el valor, los brazos y el dinero!”

» Por lo demas, yo no pretendo haberlo dicho todo ni
» haberlo previsto todo: no tengo la presuncion de dar mi
» sistema como el mejor; sé que hay en los asuntos huma-
» nos algo de misterioso é incomprendible. Si es cierto que
» pueden anunciarse con bastante exactitud los resultados
» últimos y jenerales de una revolucion, tambien lo es que
» se engaña uno en los pormenores; que los acontecimientos
» particulares se modifican frecuentemente de un modo
» inesperado, y con la vista fija en el objeto se llega á él
» por caminos cuya existencia no se sospechaba siquiera. Es
» indudable, por ejemplo, que los turcos serán arrojados
» de Europa; pero ¿cuando y como? ¿La guerra actual li-
» brará al mundo civilizado de ese azote? ¿Los obstáculos
» que he presentado para la paz, son insuperables? Lo son,
» si se atiende uno á los racionios análogos: no lo son si se

» hacen entrar en cálculo circunstancias estrañas á las que
» han ocasionado el tomar las armas.”

» Casi nada se parece hoy á lo que ha sido: fuera de
» la religion y de la moral, la mayor parte de las verdades
» han cambiado, si no en su esencia, al menos en sus rela-
» ciones con las cosas y con los hombres. D'Ossat es tenido
» aun como negociador hábil; Grocio como publicista de je-
» nio; Puffendorf como hombre sensato; pero no podrian
» aplicarse á nuestra época las reglas de su diplomacia, ni
» volver por el derecho político de Europa al tratado de
» Westfalia. Los pueblos se mezclan hoy dia en sus asuntos,
» dirigidos antes por los gobiernos solamente. Esos pueblos
» no consideran ya las cosas como las consideraban en otro
» tiempo; no se sienten ya afectados por los mismos suce-
» sos; no ven los objetos bajo el mismo punto de vista; la
» razon ha hecho progresos en ellos á espensas de la imaji-
» nacion; lo positivo triunfa de la exaltacion y de las de-
» terminaciones apasionadas, y por todas partes se ve reinar
» cierta especie de racionalidad. En la mayor parte de los
» tronos y en la mayoría de los gabinetes de Europa hay
» sentados hombres cansados de revoluciones, hartos de
» guerra y antipáticos á todo espíritu aventurero; y he aqui
» otros tantos motivos de esperanza para un arreglo pacifi-
» co, sin perjuicio de que puedan existir tambien en las na-
» ciones complicaciones interiores que las dispongan á me-
» didas conciliadoras.”

» La muerte de la emperatriz viuda de Rusia puede
» desarrollar semillas de revueltas, que no estaban entera-
» mente sofocadas. Aquella princesa se ocupaba poco en la
» política exterior; pero era un lazo entre sus hijos, y ha
» tenido fama de haber ejercido un gran influjo en las tran-
» sacciones que dieron la corona al emperador Nicolás. Sin

» embargo, es preciso confesar que si Nicolás volviese á tener miedo, seria este un motivo mas para él, que le obligaria á empujar á sus soldados fuera del suelo natal, y á buscar su seguridad en la victoria.”

» La Inglaterra, independientemente de su deuda que encadena sus movimientos, se halla embarazada con los asuntos de Irlanda: ora se apruebe ó no en el parlamento la emancipacion de los católicos, esto será siempre un acontecimiento inmenso. La salud del rey Jorje está debilitada, y la de su inmediato sucesor no es mas robusta: si el accidente previsto sucediese pronto, habria de convocarse un nuevo parlamento; quizá habria tambien cambio de ministerio: los hombres de capacidad son hoy dia raros en Inglaterra; y es muy posible que sobreviniese una larga rejenia. En esta posicion precaria y crítica es probable que la Inglaterra desee sinceramente la paz, y tema precipitarse en las eventualidades de una gran guerra, en la que se veria sorprendida por catástrofes interiores.”

» En fin, nosotros mismos, á pesar de nuestras prosperidades reales é indisputables; á pesar de que podemos presentarnos con brillantez en un campo de batalla, si somos llamados á él, ¿estamos dispuestos para verificarlo repentinamente? ¿Están reparadas nuestras plazas fuertes? ¿Tenemos el material necesario para un ejército numeroso? ¿Este ejército tiene completo su contingente aun bajo el pie de paz? Si nos viésemos bruscamente despertados por una declaracion de guerra de la Inglaterra, la Prusia y los Países-Bajos, ¿podríamos oponernos eficazmente á una tercera invasion? Las guerras de Napoleon han divulgado un secreto fatal, y es que con unos cuantos dias de marcha se puede llegar á París despues de una victoria; que París no se defiende, y que ese mismo París está demasiado

»cerca de la frontera. La capital de Francia no se hallará
»á cubierto sino cuando poseamos la orilla izquierda del
»Rhin. Podemos, pues, necesitar cierto tiempo para pre-
»pararnos.”

»Añádase á esto, que los vicios y las virtudes de los
»príncipes, su fuerza y su debilidad moral, su carácter,
»sus pasiones, y hasta sus hábitos, son causas de actos y
»hechos que se resisten á todo cálculo, y no entran en nin-
»guna fórmula política: la influencia mas miserable deter-
»mina á veces el mayor suceso en un sentido contrario á
»la verosimilitud de las cosas: un esclavo puede hacer fir-
»mar en Constantinopla una paz, que toda Europa coaliga-
»da y puesta de rodillas no podría conseguir.”

»Si alguna, pues, de esas razones que están fuera de
»la prevision humana diese lugar á que durante este in-
»vierno se propusiesen algunas negociaciones, ¿habria que
»rechazarlas porque no estuviesen de acuerdo con los prin-
»cipios de esta *Nota*? No por cierto: ganar tiempo es un
»grande arte, cuando no se halla á uno preparado; y sin de-
»jar de saber lo que hay de mejor, puede contentarse con
»lo menos malo: las verdades políticas especialmente son
»relativas; lo absoluto en asuntos de estado tiene graves
»inconvenientes. Seria una fortuna para la especie huma-
»na que los turcos fuesen arrojados al Bósforo; pero nos-
»otros no estamos encargados de la espedicion, y tal vez
»no haya llegado aun la hora del mahometismo: hasta
»cuando obra uno guiado por el odio, debe proceder con
»todo conocimiento si no quiere cometer una torpeza. Na-
»da, pues, debe impedir á la Francia entrar en negocia-
»ciones, con tal de que tenga cuidado de aproximarlas lo
»mas posible al espíritu con que se halla redactada esta
»*Nota*. A los hombres que dirijen el timon de los imperios

»es á quienes toca gobernarlos, segun los vientos, evitan-
»do los escollos.”

»Si el poderoso soberano del Norte consintiese en re-
»ducir las condiciones de la paz á la ejecucion del trata-
»do de Akerman y á la emancipacion de la Grecia, seria
»posible sin duda hacer entrar en razon á la Puerta; pero
»¿que probabilidad hay de que la Rusia se limite á con-
»diciones que hubiera podido obtener sin disparar un solo
»cañonazo? ¿Como ha de abandonar sus pretensiones, es-
»presadas de una manera tan pública? Un solo medio, si
»es que lo hay, pudiera presentarse: proponer un congre-
»so jeneral, en el que el emperador Nicolás cedería ó apa-
»rentaría ceder á los deseos de la Europa cristiana: para
»obtener de los hombres lo que se desea, es muy buen re-
»curso el dejar á salvo su amor propio, proporcionándoles
»una razon para que puedan apartarse del compromiso
»contraido, y salir de un mal paso con honor.”

»El mayor obstáculo para el proyecto de un congreso
»podria nacer del triunfo inesperado de las armas otoma-
»nas durante el invierno. Si por el rigor de la estacion,
»por falta de víveres, por no tener bastantes tropas, ó por
»cualquiera otra causa se ven obligados los rusos á levan-
»tar el sitio de Silistria; si Varna (lo cual sin embargo no
»es ni siquiera probable) vuelve á poder de los turcos; el
»emperador Nicolás se hallará en una posicion que no le
»permitirá ya dar oidos á ninguna proposicion, so pena de
»descender á ser el último de los monarcas; en este caso
»continuará la guerra, y nosotros volveremos á entrar en
»las eventualidades espresadas en esta *Nota*. Pero con que
»la Rusia perdiese su rango como potencia militar y le
»reemplazase en él la Turquía, la Europa no haria mas que
»cambiar de peligro; sin mas diferencia que el peligro ori-
**

»jinado de la cimitarra de Mahmoud seria de una especie
 »mucho mas temible que el que podria veniros de la es-
 »pada de Nicolás. Si por casualidad llega á colocar la suer-
 »te un príncipe notable sobre el trono de los sultanes, no
 »puede vivir bastante tiempo para cambiar las leyes y las
 »costumbres, aunque tuviese intencion de hacerlo. Mah-
 »moud morirá; ¿y á quien dejará el imperio, con sus sol-
 »dados fanáticos disciplinados y con sus ulemas que, inicia-
 »dos en la táctica moderna, tienen en su mano un nuevo
 »medio de conquista para el Alcorán?"

»Asi pues, mientras asustada al fin el Austria de sus
 »falsos cálculos, se veria precisada á estar siempre alerta
 »en las fronteras por el temor de los jenizaros, estallaría
 »quizá en San Petersburgo una nueva insurreccion militar,
 »resultado posible de la humillacion de las armas de Nico-
 »las; y comunicándose de unos á otros, pondria fuego al
 »Norte de Alemania. Eso es lo que no conocen los hom-
 »bres que en materia de política se han dejado llevar de
 »temores vulgares, y recurrido á lugares comunes: despa-
 »chos insignificantes é intrigas miserables; he aqui las úni-
 »cas barreras que el Austria pretende oponer á un movi-
 »miento que todo lo amenaza. Si la Francia y la Ingla-
 »terra tomasen un partido digno de ellas; si notificasen á
 »la Puerta que en el caso de que el sultan cerrase los
 »oidos á toda proposicion de paz, las hallaria en la pri-
 »mavera sobre el campo de batalla; esta resolucion pon-
 »dria pronto fin á las ansiedades de Europa."

Habiéndose traslucido en el mundo diplomático la existencia de esta *Memoria*, me atrajo una consideracion que yo no deseaba, pero que tampoco ambicionaba. No veo bastante bien qué es lo que podia sorprender á los *positivos*; mi guerra de España era una cosa *muy po-*

sitiva. El trabajo incesante de la revolucion jeneral que se opera en la vieja sociedad, ocasionando entre nosotros la caida de la lejitimidad, ha trastornado cálculos subordinados á la permanencia de los hechos, tales como existian en 1828.

¿Quereis convencersos de la enorme diferencia de mérito y de gloria entre un gran escritor y un gran político? Mis trabajos diplomáticos han sido sancionados por lo que se reconoce como la habilidad suprema; es decir, por el buen *éxito*: sin embargo, todos los que lleguen á esta *Memoria*, la pasarán sin duda por alto, y yo haria lo mismo en su lugar. Pues bien: supongamos que en vez de este pequeño monumento de cancillería se hallara en este escrito algun episodio por el estilo de Homero ó de Virjilio, dado caso que el cielo me hubiera concedido su jenio, ¿creeis que á nadie le hubiera ocurrido pasar por alto los amores de Dido en Cartago, ó las lágrimas de Príamo en la tienda de Aquiles?

A M.^{ma} Recamier.

Roma, miércoles 10 de Diciembre de 1828.

»He ido á la Academia tiberina, de la que tengo el honor de ser miembro. He oido discursos muy espirituales y versos bellísimos. ¡Cuanta intelijencia perdida! Esta noche tengo gran *ricevimento*: me siento consternado al escribiros.”

11 de Diciembre.

»El gran *ricevimento* se hizo á las mil maravillas: mi mujer está encantada, porque hemos tenido á todos los

» cardenales de la tierra. Toda la Europa, en Roma, estaba
 » allí con Roma. Ya que me hallo condenado por algunos
 » días á este oficio, quiero desempeñarlo tan bien como cual-
 » quiera otro embajador. Los enemigos no quieren ningun
 » jénero de triunfo, ni aun de los mas miserables, y es casti-
 » garlos salir bien en un jénero en que ellos se creen sin igual.
 » El sábado próximo me trasformo en canónigo de San Juan
 » de Letran, y el domingo convidó á comer á mis cofrades.
 » Hoy concurre á una reunion mas de mi gusto: cómo en
 » casa de M. Guerin con todos los artistas, y vamos á acor-
 » dar *vuestro* monumento para el Poussino. Un jóven disci-
 » pulo lleno de talento, M. Desprez, hará el bajo-relieve,
 » tomado de un cuadro del gran pintor, y M. Lemoyne ha-
 » rá el busto: solo faltan aquí manos francesas.

» Para completar mi historia de Roma, ha llegado Ma-
 » dama de Castries. Esta es otra de las niñas que he hecho
 » saltar sobre mis rodillas, como á Cesarina, M.^{ma} de Ba-
 » rante. Esta pobre mujer está muy cambiada; y sus ojos se
 » han llenado de lágrimas cuando le he recordado su infan-
 » cia en Lormois. Me parece que la viajera ha perdido ya su
 » encanto. ¡Que aislamiento! ¿Y por quien? Lo que encuen-
 » tro mejor es ir á buscaros lo mas pronto posible. Si mi
 » Moisés descendiese de la montaña, le pediria uno de sus
 » rayos, para aparecer á vuestros ojos resplandeciente y re-
 » juvenecido.”

Sábado 13.

» El dia de mi convite en la Academia se ha pasado per-
 » fectamente. Los jóvenes estaban satisfechos: era la prime-
 » ra vez que comia entre ellos un embajador: les he anun-
 » ciado el monumento al Poussino; y lo han considerado
 » como un honor hecho á las cenizas de ellos mismos.”

*A la misma.**Jueves 18 de Diciembre de 1828.*

» En vez de perder mi tiempo y el vuestro en referiros
 » las hazañas de mi vida, prefiero enviáros las consignadas en
 » el diario de Roma. Entre tanto acaban de caer sobre mi
 » cabeza doce meses mas. ¿Cuándo descansaré? ¿cuando
 » dejaré de perder en los caminos reales los dias que se me
 » habian concedido para hacer de ellos mejor uso? Mien-
 » tras he sido rico, he gastado con profusion; me parecia
 » que el tesoro era inagotable: mas ahora, al ver cuanto
 » ha disminuido, y cuan poco tiempo me queda que poner
 » á vuestros pies, siento oprimírseme el corazon. Pero ¿no
 » hay una larga existencia despues de la de la tierra? Pobre
 » y humilde cristiano, tiemblo ante el juicio final de Miguel
 » Ángel: no sé adonde iré; pero en cualquiera parte que me
 » halle seré bien desgraciado si vos no estais. Cien veces os
 » he consagrado mis proyectos y mi porvenir: ruinas, salud,
 » falta de ilusiones, todo me dice: »Anda, retírate, y con-
 » cluye:” al fin de mi jornada no hallo mas que á vos. Ha-
 » beis deseado que señalase mi paso por Roma; ya está he-
 » cho: la tumba de Poussino quedará con esta inscripcion:
 » *F. A. de Ch. á Nicolás Poussino, para gloria de las artes*
 » *y honor de la Francia.* ¿Que me queda ya que hacer aqui?
 » Nada, especialmente despues de haberme suscrito por la
 » suma de cien ducados al monumento del hombre que mas
 » amais (decid *despues de mí*); el Tasso.

Roma, sábado 3 de Enero de 1829.

» Vuelvo á mis felicitaciones de año nuevo: ¡que el cie-
 » lo os conceda salud y larga vida! No me olvideis: asi lo

»espero , pueste que tanto os acordais de M. de Montmo-
 »rency y de M.^{ma} de Staël : teneis la memoria tan buena
 »como el corazon. Decia yo á M.^{ma} Salvage , que no cono-
 »cia en el mundo nada tan bello ni mejor que vos.

»Ayer pasé una hora con el papa. Hemos hablado de
 »todo , y de los asuntos mas elevados y de mayor impor-
 »tancia. Es hombre muy distinguido é ilustrado , y un prin-
 »cipe lleno de dignidad. No faltaba á las aventuras de mi
 »vida política sino estar en relaciones con un soberano pon-
 »tífice : esto completa mi carrera.

»¿Quereis saber exactamente lo que hago? Me levanto
 »á las cinco y media ; me desayuno á las siete ; á las ocho
 »me siento en mi bufete : os escribo , ó despacho algun ne-
 »gocio , si los hay ; bien que los incidentes á que dan lu-
 »gar los establecimientos franceses y los pobres franceses,
 »son de bastante entidad : al medio dia voy á pasear dos ó
 »tres horas entre ruinas , ó á San Pedro , ó al Vaticano. A
 »veces hago alguna visita de cumplido antes ó despues del
 »paseo ; á las cinco me retiro ; me visto para la reunion ;
 »cómo á las seis ; á las siete y media me voy á una tertulia
 »con mi mujer , ó recibo algunas personas en mi casa. A
 »eso de las once me acuesto , ó vuelvo otra vez al campo , á
 »pesar de los ladrones y de la *malaria*. ¿Que hago alli? Na-
 »da : escucho el silencio , y miro como pasa mi sombra de
 »pórtico en pórtico , ó á lo largo de los acueductos , alum-
 »brados por la luna.

»Los romanos están tan acostumbrados á mi vida *me-
 »tódica*, que les sirvo de reloj. Ya pueden darse prisa , pues
 »pronto habré terminado el círculo del cuadrante.”

A M.^{ma} Recamier.

Roma, jueves 8 de Enero de 1829.

»Soy muy desgraciado : del mas hermoso tiempo del mundo hemos pasado á las lluvias; de suerte que no puedo dar ya mis paseos. Ese era , no obstante , mi único momento bueno del dia. Iba pensando en vos por aquellas campiñas desiertas , que enlazaban en mi interior lo futuro y lo pasado ; porque en otro tiempo daba tambien los mismos paseos. Voy una ó dos veces á la semana al sitio en que se ahogó la inglesa : ¿quien se acuerda hoy de aquella pobre jóven, miss Bathurst? Sus compatriotas galopan á lo largo del rio sin pensar en ella; y el Tiber, que ha visto tantas otras cosas , no se inquieta lo mas mínimo por ésta. Ademas, sus aguas se han renovado , y corren tan pálidas y tan tranquilas como cuando pasaron sobre aquella pobre criatura llena de esperanza, de hermosura y de vida.

»Vedme aqui remoñtado bien alto sin haberlo advertido : perdonad á una pobre liebre presa y remojada en su guarida. Es preciso que os cuente una historieta de mi último martes. Habia en la embajada una muchedumbre inmensa , y yo estaba de pie, recostado de espaldas contra una mesa de mármol , saludando á las personas que entraban y salian. Una inglesa , á quien no conocia ni de vista ni de nombre, se acercó á mí , y mirándome al entrecejo , me dijo con ese acento que os es tan conocido: »¡M. de Chateaubriand, sois muy desgraciado!" Sorprendido del apostrofe y de aquel modo de entrar en conversacion, le pregunté qué era lo que queria decir. — »Quiero decir , me respondió , que os compadezco." Y al de-

»cir esto se agarró del brazo de otra inglesa, se perdió
 »entre la multitud, y no la volví á ver en el resto de la no-
 »che. Aquella extranjera no era jóven ni bonita: sin em-
 »bargo, le agradezco sus palabras misteriosas.

»Vuestros periódicos continúan hablando de mí sin pa-
 »rar: no sé qué mosca les pica. Debía yo creerme olvidado
 »tanto como lo deseo.

»Escribo por el correo á M. Thierry, que está en Hyé-
 »res bastante malo. M. de Bouillerie no me ha contestado
 »ni una sola palabra.»

A M. Thierry.

Roma 18 de Enero de 1829.

»Muy señor mio: Me he alegrado en extremo de reci-
 »bir la nueva edicion de vuestras *cartas* con una palabra
 »que prueba que habeis pensado en mí. Si esa palabra fuese
 »de vuestra mano, esperaria en bien de mi pais que vues-
 »tros ojos volverian á abrirse á los estudios de que vuestro
 »talento saca un partido tan maravilloso. Leo, ó mas bien
 »vuelvo á leer con avidéz esa obra demasiado corta, y voy
 »doblando todas las hojas, para recordar mejor los pasajes
 »en que me quiero apoyar, y que citaré muchas veces en
 »los trabajos que preparo hace tantos años sobre las dos
 »primeras razas.

»Cubriré mis ideas y mis investigaciones con el manto
 »de vuestra elevada autoridad; adoptaré con frecuencia
 »vuestra reforma de nombres; y por último, tendré la
 »fortuna de ser casi siempre de vuestra opinion, separán-
 »dome, bien á pesar mio por cierto, del sistema propuesto
 »por M. Guizot; pero yo no puedo trastocar con este inje-
 »nioso escritor los monumentos mas auténticos, y conver-

»tir á todos los francos en *nobles* y *hombres libres*, y á todos los romanos-gaulos en *esclavos de los francos*. La ley sálica y la ley ripuaria tienen una multitud de artículos fundados en la diferencia de condiciones entre los francos: »*Si quis ingenuus ingenuum ripuarium extra solum vendiderit, &c.*

»Ya sabeis que deseaba con ansia veros en Roma. Nos presentaríamos sobre ruinas, y allí me enseñaríais la historia: discípulo ya viejo, habria yo escuchado á mi jóven maestro con el solo pesar de no tener delante de mí bastantes años para aprovecharme de sus lecciones.

»Tal del hombre es la suerte:

»Instrúyele la edad; mas ¿que le sirve

»Ser un sábio, si el fin está tan cerca?

»Estos versos son de una oda inédita compuesta por un hombre que ya no existe, por mi antiguo y buen amigo Fontanes. Asi, pues, todo me anuncia, entre las ruinas de Roma, lo que he perdido, el poco tiempo que me queda, y la brevedad de esas esperanzas que me parecían tan largas en otro tiempo: *spem longam*.

»Estad seguro de que nadie os admira ni os es mas afecto que vuestro apasionado servidor,

»CHATEAUBRIAND."

DESPACHO AL CONDE DE LA FERRONAYS.

Roma 12 de Enero de 1829.

»Señor conde: muy señor mio: El dia 2 de este mes vi al papa, que tuvo la bondad de estar hablando conmi-

»go por espacio de hora y media. Voy á daros cuenta de
»la conversacion que he tenido con su santidad.

»En primer lugar se ha tratado de la Francia. El papa
»ha comenzado haciendo los mas sinceros elogios del rey.—
»En ninguna época, me ha dicho, ha presentado la fami-
»lia real de Francia un conjunto tan completo de prendas y
»virtudes. Se halla restablecida la calma entre el clero, y
»los obispos han hecho su sumision.”

— »Esta sumision, he dicho yo, es debida en parte
»á las luces y á la moderacion de vuestra santidad.”

— »Yo he aconsejado, respondió el papa, lo que me
»parecia razonable. La autoridad espiritual no se hallaba
»comprometida por las ordenanzas; los obispos habrian he-
»cho quizá mejor en no escribir su primera carta; pero des-
»pues de haber dicho *non possumus*, les era dificil retro-
»ceder. En el momento de su adhesion han procurado os-
»tentar la menos contradiccion posible entre sus acciones
»y su lenguaje: por eso es necesario perdonarlos. Son hom-
»bres piadosos, muy adictos al rey y á la monarquia; pero
»tienen sus debilidades como todos los hombres.”

»Todo esto, señor conde, le decia el papa en fran-
»ces muy claro y muy correcto.

»Despues de haber dado gracias al santo padre por la
»confianza que me dispensaba, le he hablado con mucha
»consideracion del cardenal secretario de estado.

— »Le he elejido, me respondió, porque ha viajado
»mucho; porque conoce los negocios jenerales de la Eu-
»ropa, y porque me ha parecido tener la especie de ca-
»pacidad que exige su destino. Respecto á vuestras dos or-
»denanzas, no ha escrito mas que lo que yo pensaba y le
»habia encargado escribir.”

— »¿Podria comunicar á su santidad, he dicho yo,

»mi opinion sobre la situacion relijiosa de la Francia?»

— »Me dareis un gran gusto en ello:» me ha respondido el papa.

»Suprimo algunos cumplimientos que su santidad tuvo á bien dirigirme.

— »Pienso, pues, santísimo padre, que el mal tiene »su orijen en un error del clero: en vez de apoyar las nuevas instituciones, ó al menos guardar silencio acerca de »ellas, ha dejado escapar palabras de vituperio, por no »decir mas, en sus pastorales y en sus discursos. La impiedad, que no sabia de qué acusar á los ministros de la »iglesia, ha hecho presa de estas palabras, y convirtiéndolas en un arma, ha gritado que el catolicismo era incompatible con el establecimiento de las libertades públicas, y »que habia guerra á muerte entre la carta y los sacerdotes. »Con una conducta diferente, nuestros eclesiásticos habrian »obtenido de la nacion todo lo que hubieran querido. En »Francia hay un gran fondo de relijion y una inclinacion visible á olvidar nuestras antiguas desgracias al pie de los altares; pero tambien hay una verdadera adhesion á las instituciones dadas por el hijo de San Luis. Es imposible calcular »el grado de poder á que habria llegado el clero si se hubiese mostrado á la vez amigo del rey y de la carta. Yo »he proclamado constantemente esta politica en mis escritos »y en mis discursos; pero las pasiones del momento no querian darse por entendidas, y me tomaban por un enemigo.»

»El papa me habia escuchado con la mejor intencion.

— »Participo de vuestras ideas, me dijo despues de un momento de silencio. Jesucristo no se ha decidido por ninguna forma de gobierno. *Dad al César lo que es del César*, solo quiere decir: »Obedeced á las autoridades »constituidas.» La relijion católica ha prosperado lo mismo

»en medio de las repúblicas, que en el seno de las monar-
 »quías; en el día está haciendo inmensos progresos en los
 »Estados-Unidos, y reina exclusivamente en las Américas
 »españolas.”

»Estas palabras son muy notables, señor conde, en el
 »momento mismo en que la corte de Roma se inclina mu-
 »cho á preconizar los obispos nombrados por Bolívar.

»El papa continuó:

— »Ya veis cuán grande es la afluencia de extranjeros
 »protestantes en Roma: su presencia es muy útil al país; y
 »al mismo tiempo es tambien provechosa por otro concep-
 »to: los ingleses llegan aqui con las mas estrañas ideas so-
 »bre el papa y el papado, sobre el fanatismo del clero y la
 »esclavitud del pueblo en estos reinos; pero apenas pasan
 »dos meses entre nosotros, mudan de modo de pensar. Ven
 »que no soy mas que un obispo como otro cualquiera; que
 »el clero romano no es ni ignorante ni perseguidor, y que
 »mis vasallos no son bestias de carga.”

»Animado por esta especie de efusion del corazon, y
 »queriendo ensanchar el círculo de la conversacion, dije al
 »soberano pontífice:

— »¿Cree vuestra santidad que ha llegado el momen-
 »to favorable de reconstruir la unidad católica y de recon-
 »ciliar á las sectas disidentes por medio de ligeras concesio-
 »nes en materias de disciplina? Las preocupaciones contra
 »la corte de Roma desaparecen en todas partes, y está
 »muy reciente la época en que fue intentada la obra de la
 »reunion por Leibnitz y por Bossuet.”

— »Cosa es esa del mayor interes, me contestó el pa-
 »pa; pero yo debo esperar el momento fijado por la Provi-
 »dencia. Convengo en que las preocupaciones desapare-
 »cen; la division de las sectas en Alemania ha producido

»en ellas el cansancio. En Sajonia, donde he residido tres años, he sido el primero que ha hecho establecer una casa de espósitos, y que ha conseguido que fuese servida por católicos. Entonces se levantó entre los protestantes un clamor jeneral contra mí; pero hoy esos mismos protestantes son los primeros en aplaudir y dotar el establecimiento. El número de católicos se aumenta en la Gran-Bretaña; es verdad que en él se cuentan muchos extranjeros.»

»El papa guardó por un momento silencio, y yo me aproveché de él para entablar la cuestion de los católicos de Irlanda.

— »Si la emancipacion se verifica, le dije, la religion católica se estenderá aun mas en la Gran-Bretaña.»

— »Eso es cierto por una parte, contestó su santidad; pero por otra tiene tambien sus inconvenientes. Los católicos irlandeses son muy ardientes y muy poco considerados. O'connell, aunque hombre de mérito, ¿no ha llegado hasta decir en uno de sus discursos, que se hallaba pendiente un concordato entre la Santa Sede y el gobierno británico? No hay nada de eso, y semejante asercion, que no puedo contradecir públicamente, me ha causado mucha pena. Asi, pues, para lograr la reunion de los disidentes, es necesario que las cosas hayan llegado á la madurez, y que Dios acabe su obra. Los papas no pueden hacer mas que esperar.»

»No era tal mi opinion, señor conde; pero si me interesaba hacer conocer al rey la del padre santo sobre un asunto tan grave, no me tocaba combatirla.

»En seguida ha continuado el papa con cierta gracia: — »Y ¿que dirán á todo esto vuestros periódicos? ¡Es mucho lo que hablan! y mas aun los de los Países-Bajos.

»Pero, según parece, una hora después de haber leído sus artículos, nadie se acuerda de ellos en vuestro país.”

— »Es la pura verdad, santísimo padre: vuestra santidad ve como me trata la *Gaceta de Francia* (porque el papa lee todos nuestros periódicos, sin exceptuar ni aun *El Correo*); y sin embargo, el soberano pontífice me distingue con una bondad estremada: tengo, pues, motivo para creer que la *Gaceta* no le hace mucho efecto.”

»El papa se ha reído meneando la cabeza.

— »Pues bien, santísimo padre; lo mismo que á vuestra santidad sucede á otros muchos; si el diario dice la verdad, queda en pie lo que haya en él de bueno; de lo contrario, es como si nada hubiese dicho. El papa debe esperar grandes discursos durante las sesiones de las cámaras; la extrema derecha sostendrá que el cardenal Berretti no es un sacerdote, y que sus cartas sobre las ordenanzas no son artículos de fe, mientras que la extrema izquierda declarará que no había necesidad de tomar órdenes de Roma. La mayoría aplaudirá la deferencia del ministerio, y alabará altamente el espíritu de sabiduría y de paz de vuestra santidad.”

»Esta breve esplicacion ha parecido agrandar al padre santo, quien se ha manifestado contento de hallar á alguien instruido del juego de las ruedas de nuestra máquina constitucional.”

»En fin, señor conde, pensando que S. M. y los consejeros de la corona se alegrarían de conocer la opinion del papa sobre la cuestion actual de Oriente, he repetido algunas noticias de los periódicos, por no estar autorizado para comunicar á la Santa Sede lo que me deciais oficialmente en vuestro despacho del 18 de Diciembre sobre el llamamiento de nuestra expedicion de la Morea.”

»El papa no ha vacilado en responderme; y me ha pa-
 »recido alarmado de la disciplina militar que imprudente-
 »mente se ha enseñado á los turcos. Ved aqui sus propias
 »palabras:

— »Si los turcos son ya capaces de resistir á la Rusia,
 »¿cual no será su poder cuando hayan obtenido una paz glo-
 »riosa? ¿Quien les impedirá que se lancen sobre la Italia
 »despues de cuatro ó cinco años de descanso y de haberse
 »perfeccionado en su nueva táctica?"

»Os lo confesaré, señor conde: al hallar estas ideas y
 »estas inquietudes en la cabeza del soberano que mas es-
 »puesto se halla á sentir los efectos funestos del enorme er-
 »ror que se ha cometido, me he felicitado de haberos mani-
 »festado mas detalladamente las mismas ideas y las mismas
 »inquietudes en mi *Nota sobre la cuestion de Oriente*.

— »Solo una firme resolucion de parte de las potencias
 »aliadas, ha añadido el papa, puede poner término á las
 »desgracias con que amenaza el porvenir. La Francia y la
 »Inglaterra están aun en tiempo de tomar esa resolucion;
 »pero si se abre una nueva campaña, puede comunicar el
 »fuego á la Europa, y entonces será demasido tarde para
 »estinguirlo."

— »Esta reflexion es tanto mas justa, he replicado yo,
 »cuanto que si la Europa se dividiese, lo que Dios no quie-
 »ra, bastaria que penetrasen cincuenta mil franceses en Ita-
 »lia para escitar en ella una nueva conflagracion."

»El papa nada ha contestado á esto; solo sí me ha pa-
 »recido que la idea de ver á los franceses en Italia no le ins-
 »piraba ningun temor. En todas partes están cansados de la
 »inquisicion de la córte de Viena, de sus intrigas, de sus
 »usurpaciones continuas, y de sus mezquinos manejos para

» unir á pueblos que detestan el yugo austriaco en una coa-
» licion contra la Francia.

» Tal es, señor conde, el resúmen de mi larga conver-
» sacion con su santidad. Yo no sé si alguna vez se han lle-
» gado á conocer mas á fondo los sentimientos íntimos del
» papa; si en alguna ocasion se ha oido á un príncipe que go-
» bierna el mundo cristiano espresarse con tanta claridad so-
» bre asuntos tan vastos, y que están tan fuera del estrecho
» círculo de los racionios comunes diplomáticos. Entre el
» soberano pontifice y yo no habia persona alguna intermedia,
» y era fácil conocer que el carácter candoroso de Leon XII,
» seducido por el atractivo de una conversacion familiar, no
» disimulaba nada, ni trataba de engañar.

» Las simpatías del papa hácia la Francia son evidentes:
» cuando empuñó las llaves de S. Pedro pertenecia á la fac-
» cion de los *Zelanti*: hoy busca su fuerza en la modera-
» cion: esto es lo que enseña siempre el ejercicio del poder.
» Por esta causa no es amado de la faccion cardenalicia, á la
» que ha abandonado. No habiendo hallado ningun hombre
» de talento en el clero secular, ha elejido sus principales
» consejeros en el regular; y asi sucede que los frailes están
» á su favor, al paso que los prelados y los simples sacerdo-
» tes le hacen una especie de oposicion. Cuando llegué yo
» á Roma estaban estos, quién mas, quién menos, preocupa-
» dos con las mentiras de nuestra congregacion; pero en el
» dia están infinitamente mucho mas razonables, y todos en
» jeneral vituperan la bulla que mete nuestro clero. Es dig-
» no de notarse que los jesuitas tienen aqui tantos enemigos
» como en Francia: sus principales adversarios son los de-
» mas relijiosos y los jefes de las órdenes: habian formado
» un plan para apoderarse esclusivamente de la instruccion

»pública en Roma; pero los dominicos frustraron este plan.
»El papa no es muy popular, por la misma razon de que
»administra bien. Su reducido ejército se compone de an-
»tiguos soldados de Bonaparte, que tienen un aire muy
»militar, y vijilan muy bien las carreteras. Si la Roma ma-
»terial ha perdido bajo el aspecto pintoresco, ha ganado
»en limpieza y en salubridad. Su santidad hace plantar ár-
»boles, y arrestar á los ermitaños postulantes y á los men-
»digos; lo que es un nuevo motivo de queja para el popu-
»lacho. Leon XII es muy trabajador, muy frugal, y duer-
»me poco. De las aficiones de la juventud no conserva mas
»que una, la de la caza, cuyo ejercicio le es ademas ne-
»cesario para su salud, que se debilita visiblemente: en el
»vasto recinto de los jardines del Vaticano, es donde se
»entrega algunas veces á esta inocente distraccion, que los
»Zelanti apenas pueden perdonarle. Por último, se acusa
»al papa de debilidad y de inconstancia en sus afecciones.

»El vicio radical de la constitucion política de este pais
»es fácil de notar: consiste en que son unos ancianos los
»que nombran por soberano á un anciano como ellos, el
»cual, cuando llega al poder, nombra á su vez cardenales
»ancianos; y de aqui resulta que, jirando en este círculo vi-
»cioso, el poder supremo está siempre enervado y al bor-
»de de la tumba. El príncipe no ocupa jamás el trono el
»tiempo suficiente para ejecutar los planes de mejora que
»puede haber concebido. Seria necesario que un papa tu-
»viese bastante resolucion para hacer de una vez una gran
»promocion de cardenales jóvenes, suficiente para asegu-
»rar la mayoría en la eleccion de un pontífice jóven. Pero
»los reglamentos de Sixto V, que solo confieren el capelo
»á los que han desempeñado cargos en palacio, la fuerza
»de la costumbre, los intereses del pueblo, que recibe cier-

»tos donativos á cada traslacion de la tiara , la ambicion
 »individual de los cardenales que quiere reinados cortos,
 »á fin de aumentar las probabilidades de obtener el papado,
 »y otros mil obstáculos largos de referir , se oponen al re-
 »juvencimiento del sacro colejio.

»La conclusion de este despacho , señor conde , es que
 »en el actual estado de cosas , el rey puede contar ente-
 »ramente con la córte de Roma.

»Prevenido contra mi modo de ver y de sentir , si algo
 »encuentro que echarme en cara en la relacion que tengo
 »el honor de trasmitiros , es haber debilitado mas bien que
 »exajerado la espresion de las palabras de su santidad. Mi
 »memoria es muy fiel : al salir del Vaticano he escrito esta
 »conversacion , y mi secretario privado no ha hecho mas
 »que copiarla palabra por palabra de mi borrador que , co-
 »mo escrito rápidamente , apenas podia leerlo yo mismo , y
 »vos de seguro no hubierais podido entenderlo (1).

»Tengo el honor de ser , &c.”

A M.^{ma} Recamar.

Roma , martes 13 de Enero de 1829.

»A las ocho de la noche de ayer os escribí la carta que
 »os entregará M. de Viviers , y al despertar hoy me pongo
 »de nuevo á escribiros por el correo ordinario , que sale al
 »medio dia. Conoceis á las pobres señoras de S. Dionisio ; es-
 »tán muy abandonadas desde la llegada de las grandes seño-
 »ras de la Trinidad-del-Monte ; y sin ser enemigo de éstas ,

(1) Poco tiempo despues de la fecha de esta carta partió para Italia á restablecerse de una enfermedad M. de La Ferronnays , dejando encargado interinamente á M. de Portalis el ministerio de negocios estranjeros.

» me he puesto juntamente con mi mujer de parte del débil.
» Hace un mes que las primeras quisieron dar una fiesta al
» señor *embajador* y á la señora *embajadora*, fiesta que tuvo
» lugar ayer. Figuraos un teatro arreglado en una especie de
» sacristía, que tenia una tribuna sobre la iglesia, y por ac-
» tores á una docena de niñas de once á catorce años, repre-
» sentando los *Macabeos*. Ellas mismas habian hecho sus cascos
» y sus mantos, y declamaban los versos franceses con un to-
» no y un acento italiano lo mas estraño del mundo, golpean-
» do el suelo con el pie en los pasos enérgicos. Entre ellas ha-
» bia una sobrina de Pio VII, una hija de Torwaldsen y otra
» del pintor Chauvin. Las niñas estaban increíblemente lin-
» das con sus adornos de papel. La que representaba al gran
» sacerdote tenia una gran barba negra, que le daba un aire
» encantador; pero que le picaba, y la obligaba á arreglár-
» sela á cada instante con su blanca manecita de trece años.
» Todos los espectadores se reducian á nosotros, algunas ma-
» dres, las religiosas, M.^{ma} Salvage, dos ó tres sacerdotes, y
» unas veinte niñas pensionistas vestidas de blanco, y cubier-
» tas con sus velos. Hicimos traer confites de la embajada.
» En los entreactos se tocaba el piano. Juzgad cuántas espe-
» ranzas y alegrías han debido preceder á esta fiesta en el
» convento, y cuántos recuerdos ha de dejar. El final de la
» funcion fue el *vivat in æternum* cantado por tres religiosas
» en la iglesia.”

A la misma.

Roma 13 de Enero de 1829.

» Os escribo otra vez. Esta noche hemos tenido viento
» y lluvia, como en Francia: me parece que oia como gol-
» peaban vuestra ventana, y me creia trasportado á vuestro

»pequeño gabinete , donde veia vuestra arpa , vuestro piano , vuestros pájaros , tocando todos mi aire favorito ó el »de Shakspeare. ¡Y sin embargo, estaba en Roma lejos de »vos! ¡Separábanos cuatrocientas leguas y los Alpes!

»He recibido una carta de aquella madama espiritual »que iba algunas veces á verme al ministerio. Ya podeis »juzgar como me obsequia esta turca rabiosa. Decidida- »mente Mahmoud es un gran hombre, que ha civilizado su »nacion.

»Esta Roma , en medio de la cual me hallo , deberia »enseñarme á despreciar la política. Aqui han perecido »igualmente la libertad y la tiranía ; y veo confundidas las »ruinas de la república romana y del imperio de Tiberio. »¿Que es hoy todo esto mas que un mismo polvo? El ca- »puchino que al pasar barre con su hábito este polvo , ¿no »parece hacer mas perceptible aun la vanidad de tantas va- »nidades? Sin embargo , medito á mi pesar sobre los desti- »nos de mi pobre patria, á la que queria dar la relijion, la »gloria y la libertad , sin pensar en mi impotencia para ce- »ñirle esta triple corona.”

A la misma.

Roma, jueves 13 de Febrero de 1829.

»*Torre Vergata* es una posesion de monjes , situada á »una legua casi del *sepulcro de Neron* , sobre la izquierda, »viniendo de Roma , en el sitio mas bello y mas solitario de »las cercanías: en este sitio hay una gran porcion de ruinas »á la flor de tierra , cubiertas de yerbas y de cardos. Al de- »jar de escribiros el martes, comencé allí una escavacion en »compañía de Jacinto y de Visconti que la dirige. Hacia el »tiempo mas hermoso del mundo. Una docena de hombres

»armados de palas y de azadones, desenterrando sepulcros
»y escombros de casas y de palacios en medio de la mas pro-
»funda soledad, ofrecian un espectáculo digno de vos. Mi
»único voto era de que os hallaseis allí; hubiera consenti-
»do de buena gana en vivir con vos bajo una tienda de
»campaña, en medio de aquellas ruinas.

»Yo mismo he puesto manos á la obra, y descubierto
»fragmentos de mármol: los indicios son escelentes, y es-
»pero hallar algun objeto que me indemnice del dinero que
»he perdido en esta lotería de los muertos. Ya tengo un
»trozo de mármol griego bastante grande para hacer el bus-
»to del Poussino. Esta escavacion va á ser el término de mis
»paseos; todos los dias voy á sentarme en medio de estas
»ruinas. ¿A qué siglo y á qué hombres pertenecen? Quizá
»removemos el polvo mas illustre sin saberlo. Una inscrip-
»cion vendrá tal vez á ilustrar algun hecho histórico, á des-
»truir algun error, á establecer alguna verdad. Y despues,
»cuando yo parta con mis doce aldeanos medio desnudos,
»todo volverá á caer en el olvido y el silencio. ¿No se pre-
»sentan á vuestra imaginacion todas las pasiones, todos los
»intereses que se agitaban en otros tiempos en estos lugares
»abandonados? Allí habia amos y esclavos, felices y desgra-
»ciados, hermosas adoradas, y ambiciosos que querian ser
»ministros: hoy no quedan mas que algunos pájaros y yo;
»pero por muy poco tiempo, porque bien pronto empre-
»nderemos nuestro vuelo. Y ¿creeis que esto valga la pena
»de ser uno de los miembros del consejo de un reyzeuelo
»de las Gálias, yo, bárbaro de la Armórica, viajero entre
»los salvajes de un mundo desconocido de los romanos, y
»embajador cerca de los sacerdotes que eran arrojados á los
»leones? Cuando llamé á Leonidas en la Lacedemonia, no
»me respondió: el ruido de mis pasos en *Torre Vergata* no

»habrá tampoco despertado á nadie; y cuando á mi vez me
»halle yo en el sepulcro, no oiré siquiera el sonido de vues-
»tra voz. Es necesario, pues, que me apresure á acercar-
»me á vos, y á poner término á todas estas quimeras de la
»vida de los hombres. No hay en ella de bueno más que el
»retiro, ni de verdad mas que un afecto como el vuestro.»

A M.^{ma} Recamier.

Roma 7 de Febrero de 1829.

»He recibido una larga carta del general Guillemillot,
»en la que me hace una lamentable relacion de lo que ha
»sufrido en sus correrías sobre las costas de la Grecia; y
»sin embargo, Guillemillot era embajador, y tenia grandes
»buques y un ejército á sus órdenes. Ir, despues de la par-
»tida de nuestros soldados, á un pais donde no queda ni
»una casa ni un campo sembrado, entre algunos hombres
»errantes y forzados por la miseria á hacerse salteadores,
»solo es un proyecto posible para una mujer, para Mada-
»ma Lenormant.

»Esta mañana iré á mi escavacion: ayer hallamos en
»ella el esqueleto de un soldado godo y el brazo de una
»estátua de mujer. Esto era encontrar al destructor junta-
»mente con la ruina que habia causado: hoy tenemos una
»gran esperanza de hallar el cuerpo de la estátua. Si los res-
»tos de arquitectura que descubro tienen algun mérito, no
»los haré pedazos para venderlos, como se hace comun-
»mente, sino que los dejaré en pie, y llevarán mi nombre:
»son del tiempo de Domiciano. Hemos hallado una inscrip-
»cion que nos lo indica. Es la mejor época de las artes ro-
»manas.

(DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.)

*Roma, lunes 9 de Febrero de 1829.**Muerte de Leon XII.*

» Señor conde: Su santidad ha sido atacado súbitamente de la enfermedad que padece, y su vida se halla en el mayor peligro. Se acaba de dar orden de cerrar todos los teatros. Vengo de casa del cardenal secretario de estado, que tambien se halla enfermo, y que desespera de la vida del papa. La pérdida de este soberano pontifice, tan sábio y tan moderado, seria en tales momentos una verdadera calamidad para la cristiandad, y particularmente para la Francia. He creido, señor conde, que interesaria mucho al gobierno del rey estar advertido de este acontecimiento probable, á fin de que pueda tomar con anticipacion las medidas que juzgue necesarias. En su consecuencia he despachado para Lion un correo montado, el cual lleva una carta para el prefecto del Ródano, con un despacho telegráfico que os trasmitirá, y otra carta que le ruego os envíe por la estafeta. Si tenemos la desgracia de perder á su santidad, un nuevo correo os llevará hasta París todos los detalles de este acontecimiento.

» Tengo el honor, &c."

A las ocho de la noche.

» La congregacion de cardenales, ya reunida, ha prohibido al cardenal secretario de estado dar licencias para correr la posta. Mi correo, pues, no podrá salir hasta despues que parta el del sacro colejio, en el caso de que

»se verifique la muerte del papa. He intentado enviar un
 »hombre con mis despachos á la frontera de Toscana; pe-
 »ro el mal estado de los caminos y la falta de caballos de
 »alquiler, han hecho impracticable este medio. Forzado á
 »esperar en Roma, que se ha convertido en una especie de
 »prision murada, confio en que, por medio del telégrafo,
 »os llegará al menos la noticia algunas horas antes que sea
 »conocida de los demas gobiernos del otro lado de los Al-
 »pes. Tambien podria suceder que el correo enviado al
 »nuncio, y que probablemente habrá partido antes que el
 »mio, os diese él mismo la noticia por el telégrafo, á su
 »paso por Lion."

Martes 10 de Febrero, á las nueve de la mañana.

»*El papa acaba de espirar.* En este momento despacho
 »el correo. Dentro de algunas horas le seguirá el conde de
 »Montebello, agregado á la embajada."

(DESPACHO AL CONDE DE FORTALIS.)

Roma 10 de Febrero de 1829.

»Señor conde: Hace cerca de dos horas que he despa-
 »chado á Lion un correo extraordinario montado, que os
 »trasmitirá la imprevista y funesta noticia de la muerte de
 »su santidad. Ahora hago partir al conde Montebello, agre-
 »gado á la embajada, para llevaros algunos detalles nece-
 »sarios.

»El papa ha muerto de resultas de la afeccion hemor-
 »roidal que padecia. La sangre, agolpada á la vejiga, oca-
 »sionó una retencion, que se intentó aliviar por medio de
 »la sonda; y se cree que su santidad ha sido herido en es-

»ta operacion. Como quiera que sea, despues de cuatro
»dias de sufrimientos, Leon XII ha espirado esta mañana á
»las nueve, al llegar yo al Vaticano, donde un agente de
»la embajada habia pasado la noche. La carta que os he
»dirijido por mi primer correo, os informará, señor conde,
»de la inutilidad de mis esfuerzos para obtener licencias
»de posta antes de la muerte del papa.

»Ayer volví á casa del cardenal secretario de estado,
»que sufre aun mucho de un violento ataque de gota, y
»tuve con él una conferencia bastante larga sobre las con-
»secuencias de la desgracia de que nos hallábamos ame-
»nazados. Yo deploré la pérdida de un príncipe, cuyos
»sentimientos moderados, y cuyo conocimiento de los ne-
»gocios de Europa eran tan útiles al reposo de la cristian-
»dad. — »Esta pérdida, me respondió el secretario de es-
»tado, no solo será una gran desgracia para la Francia,
»sino tambien una desgracia para los estados romanos, ma-
»yor de lo que os figurais. El descontento y la miseria son
»grandes en nuestras provincias; y por poco que los car-
»denales crean de su deber separarse del sistema de Leon
»XII, dificilmente saldrán adelante. Por lo que á mí hace,
»mis funciones cesan con la muerte del papa, y no tengo
»nada de que arrepentirme.”

»Esta mañana he vuelto á ver al cardenal Bernetti,
»quien en efecto ha cesado en sus funciones de secretario
»de estado, y ha tenido conmigo el mismo lenguaje que el
»dia antes. Hemos convenido en hablar sobre la eleccion
»de un soberano pontifice que pudiese continuar el siste-
»ma de moderacion de Leon XII. Tendré el honor de tras-
»mitiros todos los informes que reciba.

»Es probable que la muerte del papa y la caida del
»cardenal Bernetti reanimen á los enemigos de las orde-

»nanzas, que proclamarán este desgraciado acontecimien-
»to como un castigo del cielo. Ya es fácil en Roma leer
»este pensamiento en algunos rostros franceses.

»Yo siento doblemente la muerte del papa. Habia te-
»nido la suerte de merecer su confianza: las prevenciones
»que con estudio se le habian hecho concebir contra mí
»antes de mi llegada, se habian desvanecido completamente,
»y me dispensaba el honor de manifestarme públicamente
»en todas ocasiones la estimacion con que me distinguia.

»Ahora, señor conde, permitidme entrar en la espli-
»cacion de algunos hechos.

»Yo era ministro de negocios extranjeros cuando murió
»Pio VII. En los legajos del ministerio hallareis mi corres-
»pondencia con el duque de Laval, si juzgáis conveniente
»enteraros de ella. A la muerte de un papa es costumbre
»enviar un embajador extraordinario, ó acreditar al resi-
»dente con nuevas credenciales cerca del sagrado colegio.
»Este último partido fue el que yo propuse seguir á S. M.
»el difunto Luis XVIII. El rey, sin embargo, dispondrá lo
»que crea mas conveniente á su servicio. Para la eleccion
»de Leon XII vinieron á Roma cuatro cardenales franceses.
»La Francia tiene hoy cinco cardenales, número de votos
»que no es de desdeñar ciertamente en el cónclave. Espe-
»ro, señor conde, las órdenes del rey. M. de Montebello,
»encargado de entregaros este despacho, quedará á vues-
»tra disposicion.

»Tengo el honor, &c.”

A M.^{ma} Recamier.

Roma 10 de Febrero de 1829, á las once de la noche.

»Quería escribiros una larga carta; pero el despacho que me he visto obligado á escribir de mi puño y la fatiga de estos días me tienen rendido.

»Siento mucho la muerte del papa. Yo habia logrado obtener su confianza. Vedme aqui cargado de una gran mision. Me es imposible saber cuál será su resultado, y la influencia que ejercerá en mi suerte.

»Los cónclaves duran por lo regular dos meses, de modo que hasta Pascua no me dejarán libre. Muy pronto os hablaré estensamente de todo esto.

»Imajinaos que el jueves último, antes de caer enfermo, fue hallado el pobre papa escribiendo su epitafio; y habiendo intentado apartarle de tan tristes ideas: — »Es en vano, contestó, dentro de pocos dias todo habrá acabado para mí.”

A M.^{ma} Recamier.

Roma, jueves 12 de Febrero de 1829.

»Leo vuestros periódicos, que con frecuencia me causan mucha pena. Veo en *El Globo* que el conde de Portalis es, segun este diario, mi enemigo declarado. ¿Por que? ¿Piensa acaso que aspiro á su plaza? Se toma una pena inútil, porque ni siquiera pienso en él. Le deseo toda la prosperidad posible; pero, no obstante, si es verdad que desea la guerra, me hallará dispuesto á ella. Me parece que no hace mas que disparates, asi respecto al *inmortal Mahmoud*, como en la evacuacion de la Morea.

» Todas las probabilidades son de que esta evacuacion
 » constituirá de nuevo á la Grecia bajo el yugo de los tur-
 » cos, con pérdida por nuestra parte del honor y de cin-
 » cuenta millones. Hay mucha imaginacion en Francia, pe-
 » ro falta cabeza y buen sentido: unas cuantas frases nos se-
 » ducen, nos dejamos engañar con buenas palabras, y lo
 » que es peor, estamos siempre dispuestos á denigrar á nues-
 » tros amigos, y á ensalzar á nuestros contrarios. Por lo
 » demas, ¿no es curioso que se haga hablar al rey en un
 » discurso mi propio lenguaje sobre *la conciliacion de las li-*
 » *bertades públicas con los derechos del trono*, y se me haya
 » criticado tanto por haber usado ese lenguaje? ¡Y los hom-
 » bres que hacen hablar á la corona de esta suerte eran los
 » mas ardientes partidarios de la censura! Entre tanto, voy
 » á presenciar la eleccion del jefe de la cristiandad. Este es-
 » pectáculo será el último de los grandes espectáculos á que
 » habré asistido durante mi vida (1): él terminará mi car-
 » rera.

» Ahora que han acabado los placeres de Roma, co-
 » mienzan los negocios. Voy á verme obligado, por un lado
 » á escribir al gobierno todo lo que pase, y por otro á lle-
 » nar los deberes de mi nueva posicion. Tengo que cumpli-
 » mentar al sacro colegio, y que asistir á los funerales del
 » padre santo, á quien yo profesaba un grande afecto, por-
 » que era poco amado; un afecto tanto mas grande, quan-
 » to que habiendo temido hallar en él un enemigo, he ha-
 » llado un amigo que, desde lo alto de la cátedra de San
 » Pedro, ha dado un mentís formal á mis calumniadores
 » *cristianos*. Despues de esto habré de cargar con los car-
 » denales de Francia: ya he escrito haciendo algunas re-

(1) Me engañaba. — Nota de 1837.

»clamaciones, al menos sobre el arzobispo de Tolosa.

»En medio de todo este trastorno continúa ejecutándose el monumento del Poussino y adelanto la escavacion: »he hallado en ella tres hermosas cabezas, el tronco de una »mujer vestida, y una inscripcion fúnebre de un hermano »á una hermana, que me ha enternecido.

»A propósito de inscripcion: os he dicho que el pobre »papa habia hecho la suya la vispera del dia en que cayó »enfermo, presintiendo que iba á morir muy pronto. Ha »dejado un escrito, en que recomienda su pobre familia al »gobierno romano. Solo los que han amado mucho tienen »semejantes virtudes.»

CONTINUACION DE LA EMBAJADA EN ROMA.

Roma 17 de Febrero de 1829.

Antes de pasar á las cosas importantes recordaré algunos hechos.

A la muerte del soberano pontífice, el gobierno de los estados romanos recae en manos de los tres cardenales, jefes de las tres órdenes de diácono, sacerdote y obispo, y en las del cardenal camarlengo. Es costumbre que los embajadores vayan á cumplimentar por medio de un discurso á la congregacion de cardenales, reunidos antes de la apertura del cónclave en San Pedro.

El cuerpo de su santidad, espuesto desde luego en la capilla Sistina, fue llevado el viernes último, 13 de Febrero, á la capilla del Santísimo Sacramento en San Pedro, donde ha permanecido hasta el domingo 15; y despues ha sido colocado en el monumento que ocupaban las cenizas de Pio VII, las cuales se han bajado á la bóveda subterránea.

A M.^{ma} Recamier.

Roma 17 de Febrero de 1829.

»He visto espuesto el cadáver de Leon XII con el rostro descubierto, sobre un pobre túmulo, en medio de las obras maestras de Miguel Anjel; y he asistido á la primera ceremonia fúnebre en la iglesia de San Pedro. Algunos cardenales ancianos, que estaban comisionados para este acto, se aseguraron con sus dedos trémulos, á falta de la vista, de que el féretro del papa se hallaba bien clavado. Por último, entre la luz de cirios y la luz de la luna, han levantado el féretro con una polea, y suspendidolo en las sombras para depositarlo en el sarcófago de Pio VII.

»Acaban de traerme el gatito del pobre papa; es enteramente gris y muy cariñoso, como su antiguo amo.”

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

Roma 17 de Febrero de 1829.

»Señor conde: He tenido el honor de participaros en mi primera carta, dirigida á Lion con un despacho telegráfico, y en mi comunicacion núm. 15, las dificultades que he hallado para la expedicion de mis dos correos del 10 de este mes. Estas jentes se creen aun en los tiempos de los güelfos y de los jibelinos, como si el divulgarse la noticia de la muerte de un papa una hora antes ó despues, pudiese hacer entrar un ejército imperial en Italia.

»Las exequias del padre santo se concluirán el domingo 22, y el lunes 23 por la noche se abrirá el cónclave, despues de haber asistido por la mañana á la misa del Espíri-

»tu Santo. Ya se están amueblando las celdas del palacio
»Quirinal.

»No os hablaré, señor conde, de las miras de la corte
»de Austria, ni de los deseos de los gabinetes de Nápoles,
»de Madrid y de Turin. El duque de Laval, en la corres-
»pondencia que sostuvo conmigo en 1823, retrató el per-
»sonal de los cardenales, que son en parte los mismos de
»hoy dia. Puede verse su despacho núm. 5 y el que le es
»adjunto, asi como los números 34, 55, 70 y 82. Hay
»tambien en el archivo del ministerio algunas notas recibi-
»das por otro conducto. Estos retratos bastante capricho-
»sos muchas veces, entretienen, pero no prueban nada.
»En el dia no se nombran ya los papas por las intrigas de
»las mujeres, los manejos de los embajadores y el poder de
»las cortes. Tampoco influye hoy en este nombramiento el
»interes jeneral de la sociedad, sino el interes particular
»de los individuos y de las familias que buscan en la elec-
»cion del jefe de la iglesia destinos y dinero.

»La Santa Sede tendria que hacer cosas inmensas en
»estos tiempos; la reunion de las sectas disidentes, el afian-
»zamiento de la sociedad europea, &c.; y un papa que en-
»trase en el espíritu del siglo, y se colócase á la cabeza de
»las jeneraciones ilustradas, podria rejuvenecer el papado;
»pero estas ideas no pueden penetrar en las viejas cabezas
»del sacro colejio. Los cardenales, próximos al término de
»la vida, se trasmiten un reinado electivo, que espira muy
»pronto con ellos; y sentados los papas sobre las dobles rui-
»nas de Roma, parece que solo puede herirles el poder de
»la muerte.

»Estos cardenales habian elejido al cardenal Della Gen-
»ga (Leon XII) despues de la exclusion del cardenal Seve-
»roli, porque creian que iba á morir muy pronto; pero ha-

»biendo pensado Della Genga en vivir , bastó esta equivo-
»cacion para que le detestasen cordialmente. Ademas, Leon
»XII elejía en los conventos administradores de capacidad;
»y esto era un segundo motivo de murmuracion para los
»cardenales. Pero , por otra parte , el papa difunto , mos-
»trándose favorable á los frailes , queria regularidad en los
»monasterios , y esta es la causa de que no se le agradece-
»sen sus beneficios. Los ermitaños vagabundos á quienes se
»arrestaba ; los hombres del pueblo á quienes solo se per-
»mitia beber de pie en las calles , á fin de evitar las riñas
»de las tabernas ; las alteraciones poco acertadas hechas en
»la recaudacion de los impuestos ; los abusos cometidos por
»algunos familiares del padre santo ; su muerte misma , ocur-
»rida en una época en que hace perder á los teatros y á los
»mercaderes de Roma las utilidades de las locuras del Car-
»naval , han atraido el anatema sobre la memoria de un
»príncipe digno del mas profundo sentimiento ; en térmi-
»nos de que en Civita-Vecchia se ha intentado quemar las
»casas de dos hombres que se creia habian merecido el favor
»del papa.

»Entre los muchos aspirantes se designan particular-
»mente cuatro : el cardenal Capellari , jefe de la propagan-
»da ; el cardenal Pacca , el cardenal De Gregorio y el car-
»denal Giustiniani.

»El cardenal Capellari es un hombre docto y capaz. Dí-
»cese que será rechazado por los cardenales , por ser dema-
»siado jóven , monje , y estraño á los negocios del mundo.
»Capellari es austriaco , y pasa por obstinado y ardiente en
»sus opiniones relijiosas. Sin embargo , él fue quien , con-
»sultado por Leon XII , no vió nada en las ordenanzas del
»rey que pudiera autorizar la reclamacion de nuestros obis-
»pos ; él fue tambien quien redactó el concordato de la

»córte de Roma con los Países-Bajos, y el que opinó por-
 »que se diese la institucion canónica á los obispos de las
 »repúblicas españolas. Todo esto demuestra en él un espí-
 »ritu razonable, conciliador y moderado. Sé estos detalles
 »por el cardenal Bernetti, con quien tuve el viernes 13 una
 »de las conferencias que os habia anunciado en mi despa-
 »cho núm. 15.

»Conviene mucho al cuerpo diplomático, y particular-
 »mente al embajador de Francia, que el secretario de es-
 »tado en Roma sea un hombre de relaciones fáciles, y ha-
 »bituado á tratar los negocios de la Europa. El cardenal
 »Bernetti es el ministro que nos conviene bajo todos aspec-
 »tos; se ha comprometido por nosotros con los *Zelanti* y los
 »congregacionistas, y debemos desear que sea reelejido por
 »el papa futuro. Le he preguntado con cuál de los cuatro
 »cardenales tendria mas probabilidades de volver al poder,
 »y me ha respondido: — »Con Capellari.”

»Los cardenales Pacca y De Gregorio están retratados
 »de una manera fiel en la adición al despacho núm. 5.º
 »de la correspondencia ya citada; pero el cardenal Pacca
 »se halla hoy muy debilitado por la edad, y empieza á fal-
 »tarle la memoria, lo mismo que sucede á La Somaglia,
 »que es el cardenal mas antiguo.

»El cardenal De Gregorio seria tambien un papa á pro-
 »pósito, pues si bien pertenece á los *Zelanti*, no carece de
 »moderacion, y no quiere á los jesuitas, que aqui, como
 »en Francia, tienen adversarios y enemigos. Aunque súb-
 »dito napolitano, el cardenal De Gregorio es rechazado por
 »la córte de Nápoles, y aun mas por el cardenal Albani,
 »que es el ejecutor en el cónclave de los manejos é insi-
 »nuaciones del Austria. Este cardenal es legado en Bolo-
 »nia: tiene mas de ochenta años, y está enfermo; hay,

»pues, algunas probabilidades de que no venga á Roma.

»En fin, el cardenal Giustiniani es el cardenal de la nobleza romana; es tío del cardenal Odescalchi, y obtendrá probablemente un número considerable de votos. Pero, por otro lado, es pobre, y tiene parientes pobres, y Roma temerá las consecuencias de esta pobreza.

»Sabeis, señor conde, todo el mal que el nuncio Giustiniani ha hecho en España, y yo lo sé mejor que nadie por las dificultades que me ha suscitado despues de la libertad del rey Fernando. En el obispado de Imola, que en la actualidad está bajo su direccion, no ha manifestado sentimientos más moderados; y ha resucitado en él los reglamentos de San Luis contra los blasfemos. No es el papa que conviene á nuestra época. Por lo demas es un hombre bastante sábio, muy versado en las lenguas hebrea y griega, y en las matemáticas; pero mas propio para los trabajos de gabinete, que para la direccion de los negocios. No le creo supeditado por el Austria.

»No obstante todo esto, la prevision humana se engaña muchas veces. Los hombres cambian con frecuencia al llegar al poder; y el cardenal *Zelanti Della Genga* ha sido el papa conciliador Leon XII. Quizá en medio de estos cuatro competidores se levante un papa en quien nadie piensa en este momento. Los cardenales Castiglioni, Benvenuti, Galeffi, Arezzo, Gamberini, y hasta el anciano y venerable decano del sacro colegio, La Samaglia, á pesar de su decrepitud, ó mas bien á causa de ella, se colocan entre los pretendientes; y el último no deja de tener alguna esperanza; porque como es obispo y príncipe de Ostia, su elevacion produciria un movimiento, que dejaría cinco altos puestos vacantes.

»Se supone que el cónclave será muy largo ó muy cor-

»to. No habrá combate de sistema como en la muerte de
 »Pio VII: los *conclavistas* y los *anti-conclavistas* han desapa-
 »recido enteramente, y esto puede facilitar mucho la elec-
 »cion. Pero habrá, por otra parte, luchas personales entre
 »los pretendientes que reunan un cierto número de votos;
 »y como solo se necesita una tercera parte mas uno de los
 »del cónclave para dar la *esclusiva*, que no debe confun-
 »dirse con el derecho de exclusion, podrá prolongarse el
 »escrutinio entre los candidatos.

»¿Quiere la Francia ejercer el derecho *de exclusion*
 »que comparte con el Austria y España? El Austria lo ha
 »ejercido en el cónclave anterior contra Severoli, por me-
 »dio del cardenal Albani. ¿Contra quien querria la corona
 »de Francia ejercer este derecho? ¿Contra el cardenal
 »Fesch, si por acaso se pensase en él, ó contra el cardenal
 »Giustiniani? ¿Mereceria éste la pena de dirigir contra él
 »este *veto*, un poco odioso siempre, por cuanto dificulta
 »la independencia de la eleccion?

»¿A que cardenal quiere el gobierno del rey confiar
 »el ejercicio de su derecho de exclusion? ¿Quiere que el
 »embajador de Francia aparezca armado con el secreto de
 »su gobierno, y dispuesto á atacar la eleccion del cóncla-
 »ve si desagradase á Carlos X? En fin, ¿tiene el gobierno
 »alguna eleccion predilecta? ¿Quiere prestar su apoyo á
 »éste ó á aquel cardenal? Ciertamente que si todos los car-
 »denales de familia, es decir, los cardenales españoles, na-
 »politanos y aun piemonteses, quisiesen unir sus votos á los
 »de los cardenales franceses, y formar un partido de coro-
 »nas, obtendríamos nosotros el triunfo en el cónclave; pero
 »estas reuniones son quimeras, y ademas tenemos mas ene-
 »migos que amigos entre los cardenales de las otras naciones.

»Se asegura que el primado de Hungría y el arzobispo

»de Milán vendrán al cónclave. El embajador de Austria
»en Roma, el conde Lulzow, se manifiesta muy inclinado
»á que el futuro papa sea de un carácter conciliador. Es-
»peramos sin embargo las instrucciones de Viena.

»Por lo demas, yo estoy persuadido de que todos los
»embajadores de la tierra no influyen hoy nada en la elec-
»cion del soberano pontifice, y de que todos somos ente-
»ramente inútiles en Roma. Yo no veo tampoco ningun
»grande interes en acelerar ó retardar (lo que por otra par-
»te no está en el poder de nadie) las operaciones del cón-
»clave. Que los cardenales estraños á la Italia asistan ó no
»asistan á este cónclave, puede convenir mas ó menos á la
»dignidad de sus córtes; pero es de un influjo muy secun-
»dario en el resultado de la eleccion. Si hubiese algunos
»millones que distribuir, aun se podria disponer de ésta:
»yo no veo aqui mas que este medio; pero la Francia no
»puede hacer uso de él.

»En mis instrucciones confidenciales á M. el duque de
»Laval (13 de Setiembre de 1823), le decia: »No pedimos
»sino que sea elevado al trono pontificio un prelado distin-
»guido por su piedad y sus virtudes. Solo deseamos que
»sea bastante ilustrado y de un espíritu bastante concilia-
»dor para que pueda juzgar de la posicion politica de los
»gobiernos, y no los envuelva en dificultades insuperables,
»tan funestas para la iglesia como para el trono. Queremos
»un miembro del partido de los *Zelanti* moderado, capaz
»de ser bien recibido por todos los partidos. Lo único que
»exijimos en obsequio nuestro, es que no se trate de apro-
»vechase de las divisiones que pueden nacer en nuestro
»clero para perturbar nuestros negocios eclesiásticos.”

»En otra carta confidencial, escrita con motivo de la
»enfermedad del nuevo papa Della Genga en 28 de Enero

»de 1824, decia yo tambien al duque de Laval: »Lo que
 »nos importa conseguir (suponiendo un nuevo cónclave) es
 »que el papa sea por su propia inclinacion independiente
 »de las demas potencias, que sea prudente y moderado
 »por principios, y amigo de la Francia.”

»¿Debo seguir ahora como embajador el espiritu de
 »estas instrucciones que daba yo como ministro?

»Este despacho lo encierra todo. De hoy en adelante
 »no tendré mas que instruir sucintamente á S. M. de las
 »operaciones del cónclave y de los incidentes que puedan
 »sobrevvenir; ya no se tratará mas que del cómputo de los
 »votos y de la variacion de los sufragios.

»Los cardenales favorables á los jesuitas, son: Giusti-
 »niani, Odescalchi, Pedicini y Bertazzoli.

»Los cardenales opuestos á los jesuitas por diversas cau-
 »sas y diferentes circunstancias, son: Zurla, De Gregorio,
 »Bernetti, Capellari y Micara.

»Se cree que de cinquenta y ocho cardenales solo asis-
 »tirán al cónclave cuarenta y ocho ó cuarenta y nueve. En
 »este caso, treinta y tres ó treinta y cuatro votos harian la
 »eleccion.

»El embajador de España, M. de Labrador, hombre
 »abstraído y reservado, á quien yo creo ligero bajo un es-
 »terior de gravedad, se halla muy embarazado en su po-
 »sicion. Las instrucciones de su córte no han previsto na-
 »da; y en este sentido ha escrito al encargado de negocios
 »de S. M. en Luca.

»Tengo el honor, &c.

»P. D. El cardenal Benvenuti tiene asegurados doce
 »votos, segun se dice. Esta eleccion, si llegara á obtener-
 »se, seria muy buena. Benvenuti conoce la Europa, y ha
 »demostrado capacidad y moderacion en diversos empleos.”

CÓNCLAVES.

Supuesto que va á abrirse el cónclave, quiero trazar rápidamente la historia de esta gran ley electoral, que cuenta ya mas de mil ochocientos años de duracion. ¿De donde provienen los papas? ¿Como han sido elejidos de siglo en siglo?

Hácia el tiempo de Augusto, en el momento en que la libertad, la igualdad y la república acababan de espirar, nacia en Belen el tribuno universal de los pueblos, el gran representante sobre la tierra de la igualdad, de la libertad y de la república, el Cristo, que despues de haber plantado la cruz para servir de límite á dos mundos, despues de haberse hecho enclavar en esta cruz, y de morir en ella, símbolo, víctima y redentor de los sufrimientos humanos, trasmitió su poder á su primer apóstol. La sociedad desde Adan hasta Jesucristo es la sociedad con esclavos, con la desigualdad de los hombres entre sí; la sociedad, desde Jesucristo hasta nuestros dias, es la sociedad de los hombres iguales, la igualdad social del hombre y de la mujer, la sociedad sin esclavos, ó al menos sin el principio de esclavitud. La historia de la sociedad moderna comienza al pie y á la parte de acá de la cruz.

Pedro, obispo de Roma, inició el papado. Tribunos-dictadores, sucesivamente elejidos por el pueblo, y escogidos la mayor parte de las veces entre las clases mas oscuras de ese mismo pueblo, recibieron los papas su poder temporal del réjimen democrático, de la nueva sociedad de hermanos que habia venido á fundar Jesus de Nazareth, obrero, fabricante de yugos y arados, y sin embargo, Dios, é hijo de Dios, como lo testifican sus obras.

Los papas recibieron la mision de vindicar y mantener los derechos del hombre: jefes de la opinion humana, obtuvieron, á pesar de su debilidad, el poder de destornar á los reyes con una palabra y con una idea, y sin otros soldados que un plebeyo, cubierta la cabeza con una capucha, y armada la mano de una cruz. El papado, marchando á la cabeza de la civilizacion, se adelantó hácia el término de la sociedad; y los cristianos de todas las regiones del globo obedecieron á un sacerdote cuyo nombre apenas conocian, porque este sacerdote era la personificacion de una verdad fundamental. Él representaba en Europa la independendencia política destruida casi en todas partes; él fue en el mundo gótico el defensor de las libertades populares, asi como llegó á ser, en el mundo moderno, el restaurador de las ciencias, de las letras y de las artes; y el pueblo se alistó en sus milicias bajo el hábito de un fraile mendicante.

Las contiendas del imperio y del sacerdocio en la edad media son la lucha de los dos principios sociales, el poder y la libertad. Los papas, favoreciendo á los güelfos, se declaraban por los gobiernos de los pueblos; los emperadores, adoptando á los jibelinos, tendian al gobierno de los nobles: este era precisamente el papel que habian representado en la Grecia los atenienses y los espartanos. Asi fue, que cuando los papas se declararon en favor de los reyes, cuando se hicieron jibelinos, perdieron su poder, porque se apartaron de su principio natural; del mismo modo que por una razon opuesta, y sin embargo análoga, los frailes han visto disminuirse su autoridad cuando se ha restituido directamente su libertad política á los pueblos; porque estos no han tenido ya necesidad de ser reemplazados por los frailes, sus representantes.

Aquellos tronos declarados vacantes, y entregados al primero que los ocupaba en la edad media; aquellos emperadores que venian de rodillas á implorar el perdon de un pontifice; aquellos reinos puestos en entredicho; una nacion entera privada del culto por una palabra májica; aquellos soberanos heridos con el anatema, y abandonados no solo de sus vasallos, sino tambien de sus servidores y de sus parientes; aquellos principes, de quienes se huia como se huye de un leproso, separados de la raza mortal y esperando su separacion de la raza eterna; los alimentos que habian gustado, los objetos que habian tocado, purificados al través de las llamas como cosas contagiosas; todo aquello no era mas que los esfuerzos de la soberania popular delegada á la relijion y ejercida por ella.

La ley electoral mas antigua del mundo es la ley en virtud de la cual el poder pontificio ha sido trasmitido desde San Pedro al sacerdote que lleva hoy la tiara; subid de este sacerdote de papa en papa hasta los santos inmediatos á Cristo, y hallareis un Dios en el primer anillo de la cadena pontificia. Los obispos eran elejidos por la asamblea jeneral de los fieles; y desde los tiempos de Tertuliano el obispo de Roma es llamado el obispo de los obispos. El clero, que formaba parte del pueblo, concurría á la eleccion. Como en todas partes dominan las pasiones; como ellas deterioran las mas bellas instituciones y los mas virtuosos caractéres; á medida que se aumentó el poder papal, trató de estenderse mas, y de las rivalidades humanas nacieron grandes desórdenes. En Roma pagana habian estallado semejantes turbulencias en la eleccion de los tribunos: de los dos Gracos, el uno fue arrojado al Tiber, el otro muerto á puñaladas por un esclavo en un bosque consagrado á las Furias. El nombramiento del papa Dá-

maso en 336 produjo una riña sangrienta, de resultas de la cual perecieron ciento treinta y siete personas en la Basílica Siciniana, hoy Santa María la Mayor.

Vemos á San Gregorio elegido papa por el *clero*, *el senado y el pueblo romano*. Todo cristiano podia llegar á la tiara. Leon IV fue promovido al soberano pontificado en 12 de Abril de 847 para que defendiese á Roma contra los sarracenos; y su ordenacion fue diferida hasta que hubiese dado pruebas de su valor. Otro tanto sucedia á los demas obispos: Simplicio subió á la silla de Bourges siendo lego; y aun hoy mismo (cosa que jeneralmente se ignora), la eleccion del cónclave podria recaer en un lego, aunque fuese casado: en tal caso su mujer entraria en un convento, y él recibiria todas las órdenes con el papado.

Los emperadores griegos y latinos quisieron oprimir la libertad de la eleccion papal popular, la usurparon algunas veces, y exijieron otras muchas que esta eleccion fuese al menos confirmada por ellos. Un decreto de Luis el Bondadoso restituye su libertad primitiva á la eleccion de los obispos, que se verifica, segun un tratado del mismo tiempo, por el *consentimiento unánime del clero y del pueblo*.

Los inconvenientes de una eleccion proclamada por las masas populares ó dictada por los emperadores, obligaron á hacer alteraciones en la ley. Habia en Roma sacerdotes y diáconos llamados *cardenales*, sea porque servian á los lados del altar, *ad cornua altaris*, sea que se derivase esta palabra de la latina *cardo*, quicial; y el papa Nicolás II, en un concilio celebrado en Roma en 1059, hizo decretar que los cardenales solos elejirian al papa, y que el pueblo y el clero ratificarian su eleccion. Ciento veinte años despues, el concilio de Letrán suprimió la ratificacion del clero y del pueblo, y declaró válida la eleccion hecha por una

mayoría de las dos terceras partes de los votos de la asamblea de cardenales.

Pero como el cánón del concilio no fijaba ni la duración ni la forma de este colegio electoral, sucedió que se introdujo la discordia entre los electores, sin que en la nueva modificación de la ley hubiese medio alguno de hacerla cesar. En 1258, después de la muerte de Clemente IV, los cardenales reunidos en Viterbo no pudieron entenderse, y la Santa Sede estuvo vacante por espacio de dos años; hasta que el podestá y el pueblo se vieron obligados á encerrar á los cardenales en su palacio, y aun, se dice, á quitar el techo á este palacio, para obligar á los electores á convenir en una elección. Esta recayó por último en Gregorio X, el cual, para precaver en adelante semejantes abusos, estableció el cónclave, *cum clave, bajo llave, ó con una llave*, y arregló las disposiciones interiores de este cónclave, tales como existen hoy, con corta diferencia, á saber: celdas separadas, cámara comun para el escrutinio, cerradas las ventanas exteriores, desde una de las cuales se proclama la elección, demoliendo la tapia que la cubre, &c. El concilio celebrado en Lion en 1270 confirma y mejora estas disposiciones. Ha caído sin embargo en desuso un artículo de este reglamento; y es el que disponia que si después de tres dias de encierro no se hubiese hecho la elección del papa, durante los cinco dias siguientes no se daría por comida á los cardenales mas que un solo plato, y pasados estos, solo pan, vino y agua, hasta la elección del soberano pontifice.

En el dia no está limitada la duración del cónclave, ni se castiga con la dieta á los cardenales como á niños penitenciados; sino que les traen de fuera la comida en unas cestas llevadas en parihuelas por lacayos con librea, cerrando la comitiva un dapifero con la espada al lado, y arras-

trado por caballos cubiertos con caparazon, en una carroza adornada con los escudos de armas del cardenal recluso. Cuando la comida llega al cónclave, se registra el interior de las aves, se escudriñan los pasteles, se parten las naranjas, y se destapan las botellas, por temor de que se oculte alli dentro algun papa. Estas antiguas costumbres, pueriles las unas, ridículas las otras, tienen tambien sus inconvenientes: si la comida es suntuosa, el pobre hambriento que la ve pasar, la compara y murmura; si es miserable, por otra debilidad de la naturaleza, el indijente se burla de ella, y desprecia la púrpura romana. Seria, pues, muy oportuno abolir este uso, que no está ya en armonía con las costumbres actuales: el cristianismo se ha remontado á su orijen, ha vuelto al tiempo de la Cena y de los Agapes, y solo Cristo debe presidir hoy estos festines.

Las intrigas de los cónclaves son célebres; y algunas tuvieron consecuencias funestas. Durante el cisma de Occidente, se vió á diferentes papas y anti-papas maldecirse y escomulgarse desde lo alto de los muros arruinados de Roma. Este cisma parecia próximo á cesar, cuando Pedro de Luna lo reanimó en 1304 por una intriga del cónclave reunido en Aviñon. Alejandro VI compró en 1492 los sufragios de veintidos cardenales que le prostituyeron la tiara, dejando en pos de él los recuerdos de Lucrecia. Sixto V no tuvo mas intrigas en el cónclave que sus muletas; pero así que fue papa, su jenio no necesitó ya de aquel apoyo. He visto en una casa de campo de Roma un retrato de la hermana de Sixto V, mujer del pueblo, á quien el terrible pontífice, en su orgullo plebeyo, se complació en hacer pintar.— »Las primeras armas de nuestra casa, decia éste á su hermana, son los andrajos (*lambels*).»

En aquel tiempo, algunos soberanos dictaban aun sus

órdenes al sacro colegio : Felipe II hacia entrar al cónclave billetes que decian : *S. M. no quiere que N. sea papa; S. M. quiere que lo sea N.*; pero de entonces acá las intrigas de los cónclaves apenas son otra cosa que agitaciones sin resultados generales. Perron y de Ossat obtuvieron sin embargo la reconciliacion de Enrique IV con la Santa Sede, que fue un gran acontecimiento. Las *embajadas* de Perron son muy inferiores á las *cartas* de Ossat. Antes que ellos, Bellay habia estado á punto de impedir el cisma de Enrique VIII. Habiendo obtenido de este tirano, antes de su separacion de la iglesia, que se someteria al juicio de la Santa Sede, llegó á Roma en el momento en que iba á pronunciarse la condenacion de Enrique VIII: obtuvo un plazo para enviar un hombre de confianza á Inglaterra; pero el mal estado de los caminos retardó la respuesta. Los partidarios de Carlos V hicieron pronunciar la sentencia; y el portador de los poderes de Enrique VIII llegó dos dias despues. El retardo de un correo ha hecho á la Inglaterra protestante, y cambiado la faz politica de Europa: los destinos del mundo no dependen de causas mas poderosas: una copa demasiado grande vaciada en Babilonia hizo desaparecer á Alejandro.

Viene en seguida á Roma en tiempo de Olimpia el cardenal de Retz, el cual, en el cónclave despues de la muerte de Inocente X, se alistó en el *escuadron volante*, nombre que se daba á diez cardenales independientes, los cuales llevaban consigo á Sachetti, que no era bueno *mas que para pintar*, para hacer pasar á Alejandro VII, *savio col silenzio*, y que una vez nombrado papa, se halló no ser gran cosa.

El presidente De-Brosses cuenta la muerte de Clemente XII, de que fue testigo, y vió la eleccion de Benedicto XIV, como yo he visto al pontífice Leon XII, muerto so-

bre su lecho abandonado. El cardenal camarlengo habia dado dos ó tres golpes en la frente con un pequeño martillo á Clemente XII, segun costumbre, llamándole por su nombre de *Lorenzo Corsini*: »No respondió nada:” dice De-Brosses, y añade:

»Ved aqui, mi señor, en qué consiste

»El que muda encontréis á vuestra hija.”

Y ved aqui tambien cómo se trataban en aquellos tiempos las cosas mas graves: un papa muerto, en cuya cabeza se dan golpes como en la puerta del entendimiento, llamando por su nombre al hombre exánime y mudo, podia, á mi parecer, inspirar á cualquiera que presenciase este acto otra cosa que una burla, aunque esta burla fuese tomada de *Moliere*. ¿Qué habria dicho el lijero majistrado de Dijon si Clemente XII le hubiese respondido desde las profundidades de la eternidad: — »Qué me quieres?”

El presidente De-Brosses envia á su amigo el abate Courtois una lista de los cardenales del cónclave, con algunas palabras sobre cada uno, que les hacen mucho honor.

»Guadagni, santurron, hipócrita, sin talento y sin gusto; un pobre fraile.”

»Aguaviva de Aragon, figura noble y un poco crasa; el talento como la figura.”

»Ottoboni, sin costumbres, sin crédito, disipador, arruinado, aficionado á las artes.”

»Alberoni, fogoso, inquieto, bullicioso, despreciado, sin costumbres, sin decencia, sin consideracion y sin juicio: segun él, un cardenal es un..... vestido de encarnado.”

El resto de la lista es por el estilo; todo su ingenio consiste en el cinismo.

Refiere tambien De-Brosses una bufonada singular. Habiendo ido á comer con unos ingleses á la puerta de San Pancracio, simularon alli la eleccion de un papa; sir Asehwd se quitó su peluca, y representó al cardenal decano; se cantó el *Oremus*, y el cardenal Alberoni fue elegido en el escrutinio de aquella orjia. Los soldados protestantes del ejército del condestable de Borbon nombraron papa en la iglesia de San Pedro á Martin Lutero: en la actualidad los ingleses, que son á la vez la llaga y la providencia de Roma, respetan el culto católico que les ha permitido levantar un púlpito fuera de la puerta del Pópulo. El gobierno y las costumbres no sufririan hoy semejante escándalo.

En el momento en que un cardenal queda prisionero en el cónclave, lo primero que hace es ponerse él y sus criados á escarbar durante la oscuridad las paredes de su celda, recién construidas, hasta que hacen un agujerito, para descolgar por alli entre la noche un hilo bramante, por medio del cual se comunican mútuamente con la parte exterior. Por último, el cardenal de Retz, cuya opinion no es sospechosa, despues de haber hablado de las miserias del cónclave de que formó parte, termina su relacion con estas bellas palabras:

» Vivíamos alli (en el cónclave) siempre juntos, con el mismo respeto y la misma cortesía que se guarda en los gabinetes de los reyes, con la misma urbanidad que se usaba en la córte de Eurique III, con la misma familiaridad que se ve en los colejos, con la misma modestia que se nota en los noviciados, y con la misma caridad, en la apariencia al menos, que podria haber entre hermanos perfectamente unidos."

Al acabar el epitome de una inmensa historia, me sorprende la manera grave con que comienza, y la manera casi

burlesca con que termina; la grandeza del hijo de Dios abre la escena, y achicándose por grados á medida que la religion católica se aleja de su origen, termina en la pequeñez del hijo de Adan. La elevacion primitiva de la cruz apenas se halla mas que en la muerte del soberano pontífice: ese papa, sin familia, sin amigos, y cuyo cadáver se deja abandonado sobre su cama, demuestra que el hombre no era tenido en nada en la capital del mundo evangélico. Como príncipe temporal, se tributan honores al papa difunto; como hombre, se abandona su cuerpo, y es arrojado á la puerta de la iglesia en que en otro tiempo hacia penitencia el pecador.

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

Roma 17 de Febrero de 1829.

» Señor conde: Ignoro si el rey tendrá á bien enviar
 » un embajador estraordinario á Roma, ó si tendrá por con-
 » veniente acreditarme cerca del sacro colejio. En este úl-
 » timo caso, tendré el honor de haceros observar que yo
 » aboné en cuenta al duque de Laval, en 1823, para los
 » gastos estraordinarios del servicio en semejante circuns-
 » tancia, una suma, si mal no recuerdo, que ascendia de
 » cuarenta á cincuenta mil francos. El conde de Apponi,
 » embajador de Austria, recibió desde luego de su córte la
 » cantidad de treinta y seis mil francos para las primeras
 » atenciones, un aumento de siete mil doscientos francos
 » por mes sobre su sueldo ordinario durante la permanen-
 » cia del cónclave, y diez mil francos para gastos de rega-
 » los, cancillería, &c. No tengo, señor conde, la preten-
 » sion de luchar en magnificencia con el embajador de Aus-
 » tria, como lo hizo el duque de Laval; no alquilaré ni ca-

»ballos, ni carruajes, ni libreas para deslumbrar al popu-
 »lacho de Roma: el rey de Francia es bastante poderoso
 »para pagar la pompa de sus embajadores, si quiere que la
 »haya; pero la magnificencia prestada es una miseria. Iré,
 »pues, modestamente al cónclave con mis dependientes y
 »carruajes ordinarios; solo me falta saber si S. M. creerá
 »que, interin dure el cónclave, deberé presentarme con
 »una mayor ostentacion, á que no baste tal vez mi sueldo
 »ordinario. Yo no pido nada; no hago mas que someter una
 »cuestion á vuestro juicio y á la decision real.

»Tengo el honor, &c.

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

Roma 19 de Febrero de 1829.

»Señor conde: Ayer tuve el honor de ser presentado al
 »sacro colejio, y de pronunciar el pequeño discurso de que
 »os envié copia anticipadamente en mi despacho núm. 17;
 »espedido el martes 17 del corriente por un correo extraor-
 »dinario. Fui escuchado con muestras de satisfaccion del
 »mejor agüero, y el cardenal decano, el venerable Della
 »Somaglia, me contestó en los términos mas afectuosos pa-
 »ra el rey y para la Francia.

»Habiéndoslo noticiado todo en mi último despacho,
 »nada absolutamente tengo que deciros hoy de nuevo, sino
 »que el cardenal Bussi llegó ayer de Benevento, y hoy se
 »aguarda á los cardenales Albani, Macchi y Opizzoni.

»Los miembros del sacro colejio se encerrarán en el
 »palacio Quirinal en la tarde del lunes 23 del corriente.
 »En seguida trascurrirán diez dias para aguardar á los car-
 »denales extranjeros, despues de lo cual principiarán las
 »operaciones formales del cónclave; y si llegaran á ponerse

»de acuerdo desde luego, podria estar elegido el papa en
»la primera semana de cuaresma.

»Aguardo, señor conde, las órdenes del rey. Supon-
»go que me habeis enviado un correo despues de la llega-
»da de M. de Montebello á Paris. Urje que yo reciba, ó
»el anuncio de un embajador extraordinario, ó mis nuevas
»credenciales, con las instrucciones del gobierno.

»¿Vendrán los cinco cardenales franceses? Políticamen-
»te hablando, su presencia es aqui muy poco necesaria.
»He escrito á monseñor el cardenal de Latil ofreciéndole
»mis servicios en el caso de que se decidiese á venir.

»Tengo el honor, &c.

»P. D. Adjunta remito copia de una carta que me ha
»escrito el conde de Funchal. No he contestado por escrito
»á este embajador, y me he contentado con ir á conferen-
»ciar con él.”

A M.^{ma} Recamier.

Roma, lunes 23 de Febrero de 1829.

»Ayer terminaron las exequias del papa. La pirámide
»de *papel* y los cuatro candelabros eran bastante bellos,
»porque eran de inmensas proporciones, y llegaban á la cor-
»nisa de la iglesia. El último *Dies iræ* fue admirable. Es
»composicion de un hombre desconocido que pertenece á
»la capilla del papa, y que me parece tener un jenio de es-
»pecie diferente al de Rossini. Hoy pasamos de la tristeza
»á la alegría, cantando el *Veni creator* para la apertura
»del cónclave; despues iremos á ver todas las tardes si se
»han quemado los escrutinios y si sale humo de cierta es-
»tufa: el dia en que no salga humo será nombrado el papa,
»é iré á reunirme otra vez con vos: he aqui todo lo que

»tengo que hacer. El discurso del rey de Inglaterra es
 »muy insolente para la Francia. ¡Que deplorable espedi-
 »cion ha sido la de Morea! ¿Se principia ya á conocerlo?
 »El jeneral Guillemot me ha escrito una carta sobre
 »el particular que me hace reir: no ha podido escribirme
 »de esta manera sino en la persuasion de que voy á ser
 »ministro."

28 de Febrero.

»La muerte reina aqui: Torlonia espiró ayer tarde,
 »despues de dos dias de enfermedad: le he visto muy bar-
 »nizado y con la espada al lado sobre su lecho mortuario.
 »Prestaba sobre prendas, ¡pero que prendas! sobre anti-
 »güedades, sobre cuadros encerrados unos encima de otros
 »en un viejo palacio lleno de polvo. No es ese el almacen
 »donde el Avaro guardaba *un laud de Bolonia provisto de*
 »*todas sus cuerdas ó poco menos, la piel de un lagarto de*
 »*tres pies, y su cama de cuatro pies con encajes de Hungría.*

»No se ven mas que difuntos á quienes pasean vesti-
 »dos por las calles: regularmente pasa uno por bajo de
 »mis ventanas cuando nos ponemos á comer. Además, to-
 »do anuncia la ausencia de la primavera: la jente princi-
 »pia á dispersarse, y se va á Nápoles, de donde volverá por
 »un momento para Semana Santa, separándose despues pa-
 »ra siempre. El año próximo habrá otros viajeros, otros
 »semblantes, otra sociedad. Hay algo de triste en este
 »tránsito sobre ruinas: los romanos son como los es-
 »combros de su ciudad: el mundo pasa á sus pies. Me pa-
 »rece ver á estas personas volviendo al seno de sus fami-
 »lias, en los diferentes paises de Europa, y á esas jóvenes
 »misses regresando al interior de sus nieblas. Si por ca-

»sualidad vuelve alguna de ellas á Italia dentro de treinta
»años, ¿quien se acordará de haberla visto en los palacios,
»cuyos dueños ya no existirán? San Pedro y el Coliseo; esto
»es cuanto ella misma podría reconocer.”

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

Roma 3 de Marzo de 1829.

»Señor conde: Habiendo llegado mi primer correo á
»Lyon el 14 de Febrero á las nueve de la noche, pudisteis
»saber por el telégrafo la muerte del papa en la mañana
»del 15: estamos sin embargo á 3 de Marzo, y me en-
»cuentro aun sin instrucciones y sin respuesta oficial. Los
»diarios han anunciado la marcha de dos ó tres cardenales.
»Habia escrito á Paris al cardenal de Latil, poniendo á su
»disposicion el palacio de la embajada, y acabo de escri-
»birle otra vez á diferentes puntos de su camino para re-
»novarle mis ofrecimientos.

»Siento verme obligado á deciros, señor conde, que
»noto aqui algunas miserables intrigas para alejar á nues-
»tros cardenales de la embajada, y alojarlos en donde pue-
»dan estar mas al alcance de las influencias que se espera
»ejercer sobre ellos.

»Esto, por lo que á mí toca, me es muy indiferente:
»los cardenales pueden contar conmigo para todo lo que
»esté en mi mano. Si me preguntan sobre cosas de que
»conviene tengan conocimiento, les diré lo que sé; si me
»trasmítis alguna orden del rey para ellos, se la comuni-
»caré; pero si llega aqui con un espíritu hostil á las miras
»del gobierno de S. M.; si se traslúce que no caminan de
»acuerdo con el embajador del rey; si tienen un lenguaje
»contrario al mio; si llegan á dar sus votos en el cónclave

»á algun hombre exajerado; si están por fin divididos entre sí, no habrá cosa mas funesta. Seria mejor para el servicio del rey que yo diese mi dimision inmediatamente, que ofrecer ese espectáculo público de nuestras discordias. El Austria y la España tienen, con respecto á su clero, una conducta que no deja campo á la intriga. Ningun eclesiástico, cardenal ú obispo austriaco ó español, puede tener otro ajente ni corresponsal en Roma que el embajador mismo de su córte: éste tiene el derecho de hacer salir inmediatamente de Roma á todo eclesiástico de su nacion que le suscite algun obstáculo.

»Espero, señor conde, que no habrá division ninguna; que los cardenales tendrán la orden formal de someterse á las instrucciones que no tardaré en recibir de vos; que sabré cuál de ellos será el encargado de ejercer la exclusion, en caso necesario, y quiénes pueden ser objeto de esta exclusion.

»Es muy necesario estar sobre aviso: los últimos escrutinios han anunciado el renacimiento de un partido; y este partido, que ha dado de veinte á veintiun votos á los cardenales de la Marmora y Pedicini, forma lo que se llama aqui la fraccion de Cerdeña. Los otros cardenales asustados quieren dar todos sus sufragios á Opizzoni, hombre enérgico y moderado á la vez; y que aunque austriaco, es decir, milanés, se ha resistido á las pretensiones del Austria en Bolonia. Esta seria una eleccion escelente. Los votos de los cardenales franceses podrian decidir la eleccion fijándose en uno ú otro candidato. Con razon ó sin ella se cree á estos cardenales enemigos del sistema actual del gobierno del rey; y la fraccion de Cerdeña cuenta con ellos.

»Tengo el honor, &c."

A M.^{ma} Recamier.

Roma 3 de Marzo de 1829.

»Me ha sorprendido la historia que me haceis de
»mi escavacion: no recordaba haberos escrito nada tan
»bueno sobre el particular. Estoy, como lo presumís, su-
»mamente ocupado; pues falto de direccion y de instruc-
»ciones, me veo obligado á hacerlo todo de mi cuenta y
»riesgo. Creo, no obstante, que puedo prometeros un pa-
»pa moderado é ilustrado. Quiera Dios tan solo que sea
»nombrado al espirar la interinidad del ministerio de M.
»de Portalis.”

4 de Marzo.

»Ayer, miércoles de Ceniza, me hallaba solo de rodi-
»llas en la iglesia de *Santa-Croce*, que está pegada á las
»murallas de Roma cerca de la puerta de Nápoles. Oia
»el cántico monótono y lúgubre de los religiosos en el in-
»terior de aquella soledad, y hubiera querido tambien es-
»tar cubierto con una capucha y cantar entre aquellas
»ruinas. ¡Que sitio para sofocar la ambicion y contemplar
»las vanidades de la tierra! No os hablo de mi salud, por-
»que esto es altamente fastidioso. Mientras que yo padez-
»co, me dicen que M. de la Ferronays se cura, hace es-
»cursiones á caballo, y su convalecencia pasa en el pais
»por un milagro: quiera Dios que asi sea, y vuelva á to-
»mar la cartera acabando la interinidad. ¡Cuantas cuestio-
»nes cortaria esto para mí!”

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

13 de Marzo de 1829.

» Señor conde: he tenido el honor de avisaros la llegada sucesiva de los cardenales franceses. Tres de ellos, » MM. de Latil, de Lafare y de Croi me han hecho el honor de apearse en mi casa. El primero entró en el cónclave en la tarde del jueves 12 con el cardenal Isoard; » los otros dos se encerraron en la tarde del viernes 13.

» Les he participado todo cuanto sabia, y comunicado » notas importantes sobre la minoría y la mayoría del cónclave, y sobre los sentimientos de que se hallan animados » los diferentes partidos. Hemos convenido en que apoyarian » á los candidatos de que os he hablado ya; á saber: los cardenales Cappellari, Opizzoni, Benvenuti, Zurla, Castiglione, y en último lugar Pacca y De-Gregorio; y que rechazarian á los cardenales de la faccion sarda, Pedicini; » Giustiniani, Galeffi y Cristaldi.

» Espero que esta buena intelijencia entre los embajadores y cardenales producirá el mejor efecto: á lo menos » nada tendré que echarme en cara, si pasiones ó intereses » mezquinós viniesen á frustrar mis esperanzas.

» He descubierto, señor conde, despreziables y peligrosas intrigas manejadas de París á Roma por conducto del » nuncio Lambruschini. Se trataba nada menos que de hacer leer en pleno cónclave la copia de supuestas instrucciones secretas, divididas en muchos artículos, y dadas, á » lo que se aseguraba con la mayor impudencia, al cardenal Latil. La mayoría del cónclave se ha pronunciado fuertemente contra semejantes maquinaciones, y hubiera querido que se escribiese al nuncio, para que rompiera toda

» clase de relaciones con esos hombres de discordia que,
» perturbando la Francia, concluirían por hacer odiosa á
» todos la religión católica. Estoy formando una colección
» de estas revelaciones auténticas, y os la enviaré después
» del nombramiento del papa: esto valdrá más que todos los
» despachos del mundo. El rey aprenderá á conocer sus
» amigos y sus enemigos, y el gobierno podrá apoyarse en
» hechos propios para dirigirle en su marcha.

» Vuestro despacho núm. 14 me ha dado conocimiento
» de las usurpaciones que el nuncio de su santidad ha queri-
» do renovar en Francia con motivo de la muerte de Leon
» XII. Lo mismo sucedió ya siendo yo ministro de negocios
» extranjeros, á la muerte de Pio VII; pero afortunadamen-
» te hay siempre medios de defenderse de esos ataques pú-
» blicos: más difícil es librarse de las tramas urdidas en las
» tinieblas.

» Los conclavistas que acompañan á nuestros cardenales
» me han parecido hombres sensatos; únicamente el abate
» Coudrin, de quien me habeis hablado, es uno de esos es-
» píritus compactos y reducidos, en los que nada puede en-
» trar; uno de esos hombres que han equivocado su carrera.
» No ignorais que es fraile, jefe de la orden, y que hasta
» tiene bulas de institución; y esto no se aviene bien con
» nuestras leyes civiles y nuestras instituciones políticas.

» Podría conseguirse que el papa fuese elegido á fin de
» esta semana; pero si los cardenales franceses dejan frustra-
» do el primer efecto de su presencia, será imposible seña-
» lar un término al cónclave. Nuevas combinaciones produ-
» cirían quizá un nombramiento inesperado; y tal vez para
» concluir se convendrían en elegir á cualquier cardenal in-
» significante, tal como Dandini.

» Me he encontrado, señor conde, en otro tiempo en

» circunstancias difíciles, ya como embajador en Londres,
» ya como ministro durante la guerra de España, ya como
» miembro de la cámara de los pares, ya como jefe de la
» oposicion; pero nada me ha dado tanta inquietud y cui-
» dado como mi posicion actual en medio de todo jénero de
» intrigas. Me veo obligado á obrar sobre un cuerpo invis-
» ble, encerrado en una prision, cuyas avenidas se hallan
» estrictamente guardadas. No tengo ni dinero que dar, ni
» destinos que prometer; y las pasiones caducas de una cin-
» cuentena de viejos, no me ofrecen punto alguno por don-
» de atacarlos. Tengo que combatir la necesidad en unos,
» la ignorancia del siglo en otros, el fanatismo en estos, la
» astucia y el doblez en aquellos; en casi todos la ambicion,
» los intereses y los odios políticos; y estoy separado por pa-
» redes y por misterios de la asamblea en que fermentan
» tantos elementos de division. A cada momento varía la
» escena; cada cuarto de hora vienen noticias contradicto-
» rias á sumerjirme en nuevas perplejidades. No es por dár-
» me importancia, señor conde, por lo que os hablo de es-
» tas dificultades, sino para que me sirva de excusa en el
» caso de que la eleccion dé por resultado un papa con-
» trario á lo que parece prometer, y á la naturaleza de
» nuestros deseos. A la muerte de Pio VII no se habian sus-
» citado aun las cuestiones relijiosas; estas cuestiones han
» venido á mezclarse hoy con la política, y nunca ha podido
» llegar en peor ocasion la eleccion del jefe de la iglesia.

»Tengo el honor, &c.»

A M.^{ma} Recamier.

Roma 17 de Marzo de 1829.

»El rey de Baviera ha venido á verme vestido de frac.
»Hemos hablado de vos. Este soberano *griego*, al llevar una
»corona, parece saber lo que tiene sobre su cabeza, y com-
»prender que el tiempo no se estaciona en lo pasado. Come
»en mi casa, y no quiere á nadie.

»Por lo demas, nos hallamos en medio de grandes
»acontecimientos: hay que hacer un papa. ¿Que es lo que
»sucederá? ¿Tendrá lugar la emancipacion de los católicos?
»La nueva campaña de Oriente, ¿á que parte dará la vic-
»toria? ¿Nos aprovecharemos de esta posicion? ¿Quien di-
»rijirá nuestros asuntos? ¿Hay alguna cabeza capaz de com-
»prender todo lo que se encierra aqui dentro para la Fran-
»cia, y sacar partido de ello segun los acontecimientos?
»Estoy persuadido de que, ni siquiera se piensa en ello en
»París, y que entre los salones y las cámaras, los placeres
»y las leyes, los goces del mundo y las inquietudes ministe-
»riales, nadie pasa el menor cuidado de Europa. Solo yo
»tengo tiempo en mi destierro para pensar profundamente
»y mirar á mi alrededor. Ayer fui á pasearme en medio de
»una especie de tempestad por el antiguo camino de Tívoli,
»y llegué al antiguo pavimento romano, tan bien conser-
»vado, que no parece sino que se ha hecho de nuevo. Sin
»embargo, Horacio habia pisado las piedras que yo pisaba;
»y ¿donde está Horacio?»

EL MARQUES CAPPONI.

El marques Capponi, que llegaba de Florencia, me trajo cartas de recomendacion de sus amigos de París. Res-

pondí á una de aquellas cartas el 21 de Marzo de 1829:

»He recibido vuestras dos cartas: los servicios que pue-
 »do prestar son ningunos; pero estoy enteramente á vues-
 »tras órdenes. No sé lo que habrá sido el marques Cap-
 »poni; pero os anuncio que está gallardo, y se ha sostenido
 »bien contra los años. No he contestado á vuestra prime-
 »ra carta llena de entusiasmo por el sublime Mahmoud y
 »por la barbarie *disciplinada*; por esos esclavos *apaleados*
 »convertidos en soldados. Concibo que las mujeres se en-
 »tusiasmen por hombres que se casan á la vez con cente-
 »nares de ellas, y que lo tomen por un progreso de las lu-
 »ces y de la civilizacion; pero estoy siempre por mis po-
 »bres griegos; quiero su libertad como la de la Francia;
 »quiero tambien fronteras que protejan á París, y aseguren
 »nuestra independenciam; y no es con la triple alianza del
 »palo de Constantinopla, el cuchillo de Viena y las puñadas
 »de Lóndres, con lo que tendreis la orilla del Rhin. Graciás
 »por la pelliza de honor que nuestra gloria podria obtener
 »del invencible jefe de los creyentes, que no ha salido aun
 »de los arrabales del serrallo. Mas quiero esa gloria ente-
 »ramente desnuda: es mujer y hermosa: Fidiás se hubiera
 »guardado bien de ponerle una bata turca.”

A M.^{ma} Recamier.

Roma 21 de Marzo de 1829.

»Os he ganado. En el intermedio de dos escrutinios, y
 »esperando que haya papa, fui ayer á San Onofre; son
 »dos *naranjos* los que hay en el *claustro*, y no una encina
 »*verde*. Estoy lleno de orgullo con esta fidelidad de mi
 »memoria. He corrido casi con los ojos cerrados á la peque-
 »ña piedra que cubre á vuestro amigo: la prefiero al gran

»sepulcro que se le va á erijir. ¡Que encantadora soledad!
»¡Que vista tan admirable! ¡Que felicidad la de reposar
»allí entre los frescos del Dominicano y los de Leonardo
»de Vinci! Quisiera yo estar allí: nunca me he sentido con
»mayores tentaciones. ¿Os dejaron entrar en el interior
»del convento? ¿Visteis en un largo corredor aquella ca-
»beza hechicera, aunque medio borrada, de una madona
»de Leonardo de Vinci? ¿Visteis en la biblioteca la careta
»del Tasso, su corona de laurel marchita, el espejo de
»que se servia, su escribanía, su pluma y su carta escrita
»de su puño, pegada á una tabla colgada debajo de su
»busto? En esa carta, de una letra menuda y llena de bor-
»rones, pero fácil de leer, habla de *amistad* y del *viento*
»*de la fortuna*: este viento no habia soplado para él, y la
»amistad le habia faltado con frecuencia.

»Nada hay aun de papa, si bien lo aguardamos de
»hora en hora; pero si la eleccion se ha retrasado; si de
»todas partes han surjido obstáculos, no es mia la culpa:
»hubiera convenido que me hubiesen escuchado algo mas,
»y no hubiesen obrado precisamente en sentido contrario
»de lo que parecia desearse. Por lo demas, ahora se me
»figura que todo el mundo quiere estar en paz conmigo.
»El mismo cardenal Clermont-Tonnerre acaba de escribir-
»me reclamando mis antiguas bondades para con él, y
»despues de todo esto, baja de mi casa resuelto á votar
»por el papa mas moderado.

»Habeis leido mi segundo discurso. Dad las gracias á
»M. Keratri, que ha hablado con tanto elojio del prime-
»ro: espero que aun quedará mas contento del último.
»Procuraremos ambos hacer *cristiana* la libertad, y lo con-
»seguiremos. ¿Que decís de la respuesta que me dió el
»cardenal Castiglione? ¿He sido bastante ensalzado en *ple-*

»no *cónclave*? No habriais hablado vos mejor en vuestros
»días de mimo.”

24 de Marzo de 1829.

»Si hubiese de dar crédito á los rumores de Roma,
»tendríamos papa mañana; pero estoy en un momento de
»desaliento, y no quiero creer en semejante dicha. Ya
»comprendereis que esta felicidad no es la felicidad políti-
»ca, la alegría de un triunfo, sino la felicidad de quedar
»libre y de volver á vuestro lado. Cuando os hablo tanto
»del *cónclave*, estoy como aquellos que no tienen una idea
»fija, y creen que el mundo no se ocupa mas que en esta
»idea; y sin embargo en París, ¿quien piensa en el *cón-*
»clave, quien se ocupa en papa ni en mis tribulaciones?
»La lijereza francesa, los intereses del momento, las dis-
»cusiones de las cámaras, las ambiciones conmovidas, tie-
»nen otras muchas cosas en que ocuparse. Cuando el du-
»que de Laval me escribía tambien sus cuidados acerca
»de su *cónclave*, preocupado como estaba yo con la guer-
»ra de España, exclamaba al recibir sus despachos: — ¡Ay,
»Dios mio! ¡para tratar de eso estamos! M. de Portalis de-
»be hoy hacerme sufrir la pena del talion. Hay que confe-
»sar, no obstante, que las cosas en aquella época no es-
»taban como hoy dia: las ideas religiosas no se hallaban
»mezcladas con las ideas políticas, como están ahora en
»toda Europa: la cuestion no estaba allí; y el nombra-
»miento de un papa no podia turbar ó calmar los estados,
»como sucede en la actualidad.

»Desde la carta que me anunciaba la próroga de la
»licencia de M. de La Ferronnays y su partida á Roma, na-
»da he sabido, y sin embargo creo cierta la noticia.

»M. Thierry me ha escrito desde Hyeres una carta interesante: dice que se muere, y quiere no obstante una plaza en la academia de las inscripciones, para lo cual me pide que escriba á su favor: voy pues á hacerlo. Mi escavacion continúa dándome sarcófagos: la muerte no puede dar mas que lo que tiene. El monumento del Poussino adelanta: será noble y elegante. No podeis figuraros lo bien que se acomoda á un bajo relieve el cuadro de los pastores de Arcadia, y lo adecuado que es á la escultura.”

28 de Marzo.

»El cardenal de Clermont-Tonnerre, que se apeó en mi casa, entra hoy en el cónclave; este es el siglo de las maravillas. Tengo á mi lado al hijo del mariscal Lannes y al nieto del canciller; los señores de *El Constitucional* toman á mi mesa al lado de los de *La Cotidiana*. Esa es la ventaja de ser uno sincero; dejo á cada cual que piense como quiera, con tal de que me concedan la misma libertad; únicamente procuro que mi opinion tenga la mayoría, porque la encuentro, como es natural, mejor que las demas. A esta sinceridad es á lo que atribuyo la inclinacion á acercarse á mí que tienen las opiniones mas diverjentes, ejerzo con ellas el derecho de asilo, y no se las puede prender bajo mi techo.”

Al duque de Blacas.

Roma 24 de Marzo de 1829.

»Siento mucho, señor duque, que una frase de mi carta haya podido causaros alguna inquietud. No tengo

»absolutamente nada por qué quejarme de un hombre de
 »juicio y de talento (M. Fuscaldo), que no me ha dicho
 »mas que lugares comunes de diplomacia. ¿Decimos acaso
 »otra cosa nosotros los embajadores? En cuanto al carde-
 »nal de quien me haceis el honor de hablarme, el gobier-
 »no frances no ha designado particularmente á nadie, re-
 »mitiéndose enteramente á lo que yo le he dicho. Siete ú
 »ocho cardenales moderados ó pacíficos que parecen reunir
 »igualmente las simpatías de todas las córtes, son los can-
 »didatos entre quienes deseamos ver fijarse los sufragios.
 »Pero si no tenemos la pretension de imponer una elec-
 »cion á la mayoría del cónclave, rechazamos con todas
 »nuestras fuerzas y por todos los medios tres ó cuatro car-
 »denales fanáticos, intrigantes ó incapaces, á quienes apoya
 »la minoría.

»No tengo, señor duque, ningun medio posible para
 »hacer llegar á vos esta carta: de consiguiente me con-
 »tento con enviarla por el correo, porque nada contiehe
 »que vos y yo no podamos reconocer públicamente.

»Tengo el honor, &c.”

A M.^{ma} Recamier.

Roma 31 de Marzo.

»Ha llegado M. de Montebello, y me ha traído vues-
 »tra carta, con otras de M. Bertin y de M. Villemain.

»Mis escavaciones van bien: hallo una porcion de sar-
 »cófagos vacíos, y podré elejir uno para mí, sin que mis
 »cenizas se vean obligadas á arrojar las de los antiguos ca-
 »dáveres, que el viento se ha llevado ya. Los sepulcros
 »despoblados ofrecen el espectáculo de una resurreccion,
 »y sin embargo, no atestiguan sino una muerte mas pro-

»funda. No es la vida, sino la nada, la que ha dejado de-
»siertos estos sepulcros.

»Para acabar mi pequeño diario del momento, os diré
»que antes de ayer subí á la bola de San Pedro durante una
»tempestad. No podeis figuraros el efecto del ruido del
»viento en medio del cielo, al rededor de aquella cúpula de
»Miguel Ángel, y encima de ese templo de los cristianos
»que anonada á la antigua Roma.”

A M.^{ma} Recamier.

31 de Marzo por la noche.

»¡Victoria! Tengo uno de los papas que llevaba pues-
»tos en lista : es Castiglione, el mismo cardenal á quien yo
»apoyaba para el pontificado siendo ministro en 1825 ; el
»que me ha contestado últimamente en el cónclave de 1829
»prodigándome *infinitos elogios*. Castiglione es moderado y
»adicto á la Francia : ha sido un triunfo completo. El cón-
»clave, antes de separarse, ha mandado escribir al nuncio
»en París, encargándole que espere al rey la satisfaccion
»que ha merecido al sacro colegio mi conducta. Yo he en-
»viado ya la noticia á la córte por el telégrafo. El prefecto
»del Ródano es el conducto intermedio de esta correspon-
»dencia aérea, y ese prefecto es M. de Brosses, hijo del
»conde de Brosses, el lijero viajero en Roma, citado fre-
»cuentemente en las notas que reuno al escribiros. El cor-
»reo que os lleva esta carta lleva tambien mi despacho á
»M. de Portalis.

»¿Cuando no me ocuparé mas que en terminar las me-
»morias de mi vida, y mi vida tambien, como última pá-
»jina de mis *Memorias*? Tengo gran necesidad de ello : es-
»toy muy cansado ; el peso de los dias aumenta, y se deja

»sentir en mi cabeza; me divierto llamándolo un *reumatis-*
 »*mo*; pero este reumatismo no se cura. Una sola frase me
 »sostiene cuando la repito: *hasta muy pronto.*”

3 de Abril.

»Olvidaba deciros, que habiéndose portado muy bien
 »el cardenal Fesch en el cónclave, y habiendo votado con
 »nuestros cardenales, he dado el primer paso para nuestra
 »reconciliacion, y le he convidado á comer. El cardenal no
 »ha aceptado, y me ha dirijido un billete muy cortés.”

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

Roma 2 de Abril de 1829.

»Señor conde: El cardenal Albani ha sido nombrado
 »secretario de estado, como tuve el honor de manifestaros
 »en mi primera carta, llevada á Lyon por el correo montadò
 »que despaché en la tarde del 31 de Marzo. El nuevo mi-
 »nistro no merece la aprobacion ni de la fraccion sarda, ni
 »de la mayoría del sacro colegio, ni aun del Austria, por-
 »que es violento, anti-jesuita, rudo en su trato, é italiano
 »antes que todo. El cardenal Albani, rico, y escesivamente
 »avaro, se halla mezclado en toda especie de empresas y es-
 »peculaciones. Ayer fui á hacerle mi primera visita: asi que
 »me vió, exclamó: — »Estoy hecho un cochino (estaba en
 »efecto muy sucio): ya vereis que no soy un enemigo.” Os
 »trasmito, señor conde, sus propias palabras. Respondile
 »que estaba muy lejos de mirarle como á enemigo. — »A
 »vosotros, repuso, os falta agua y no fuego. ¿No conozco
 »acaso vuestro pais? ¿No he vivido en Francia? (Habla efec-
 »tivamente nuestro idioma como un frances). ¡Estareis con-

»tento! ¡y vuestro amo tambien! ¿Como está el rey? Buenos dias. Vamos á San Pedro.»

»Eran las ocho de la mañana: yo habia visto ya á su santidad, y toda Roma acudia á la ceremonia de la adoracion.

»El cardenal Albani es hombre de talento, falso por carácter y franco por su jenio: su violencia pone de manifiesto los planes de su astucia, y puede sacarse partido de él lisonjeando su orgullo y satisfaciendo su avaricia.

»Pio VIII es muy sábio, especialmente en materia de teolojia: habla el frances, pero con menos facilidad y gracia que Leon XII: está atacado de una semi-paralisis en el costado derecho, y padece de convulsiones; el supremo poder le curará. Será coronado el domingo próximo de Pasion, 5 de Abril.

»Ahora, pues, señor conde, que se halla terminado el principal asunto que me detenia en Roma, os agradecería infinito que me obtuvieseis de la bondad de S. M. una licencia de algunos meses. No haré uso de ella hasta despues de haber puesto en manos del papa la carta en que el rey conteste á la que Pio VIII le ha escrito, ó va á escribir, anunciándole su elevacion á la cátedra de San Pedro. Permitid que solicite de nuevo en favor de mis dos secretarios de legacion, M. Bellocq y M. de Givré, las gracias que os he pedido para ellos.

»Tengo el honor, &c.»

CARTA AL CARDENAL MONSEÑOR DE CLERMONT-TONNERRE.

A su Eminencia monseñor el cardenal de Clermont-Tonnerre.

Roma 28 de Marzo de 1829.

» Monseñor : En la imposibilidad de entrar en comu-
» nicacion con vuestros cólegas los cardenales franceses en-
» cerrados en el palacio de Monte-Cavallo ; obligado á pre-
» verlo todo en obsequio del servicio del rey y en bien de
» nuestro pais ; y sabiendo cuántos nombramientos inespe-
» rados han tenido lugar en los cónclaves , me hallo con
» sentimiento en la desagradable necesidad de confiar á vues-
» tra eminencia una esclusion eventual.

» Aunque el cardenal Albani no parezca tener ninguna
» probabilidad , no deja de ser por eso un hombre de capa-
» cidad , en quien , si la lucha se prolonga , pudiera poner-
» se los ojos ; pero es el cardenal encargado en el cónclave
» de las instrucciones del Austria ; y el conde de Lutzow ,
» en su discurso , le ha designado ya oficialmente con este
» carácter. Es , pues , imposible permitir que sea elevado á
» la silla pontificia un cardenal que pertenece abiertamente
» á una corona , aunque fuera esta la de Francia.

» En su consecuencia , monseñor , os encargo , en virtud
» de mis plenos poderes , como embajador de S. M. Cris-
» tianísima , y tomando sobre mí solo toda la responsabili-
» dad , que intimeis la esclusion del cardenal Albani , si ora
» por un evento fortuito , ora por una combinacion secreta
» llegase á obtener la mayoría de los sufragios.

» Soy , &c. , &c. »

Esta carta de esclusion confiada á un cardenal por un

embajador que no estaba formalmente autorizado para ello, es una temeridad en diplomacia; y habia con ello para hacer temblar á todos los hombres de estado vulgares, á todos los jefes de seccion, á todos los primeros oficinistas, y á todos los copistas del ministerio de negocios estranjeros; pero ya que el ministro ignoraba sus deberes hasta el punto de no pensar siquiera en el caso eventual de exclusion, forzoso era que yo pensase en ello por él. Supongamos si no que Albani hubiese sido elegido papa por casualidad, ¿que habria sido de mí? Me habria perdido para siempre como hombre político.

Lo digo esto, no por mí, que me cuido poco de la reputacion de hombre político, sino por la jeneracion futura de los escritores, que darian grande importancia á este incidente, y que expiaría mi desgracia á espensas de su carrera, á la manera que se dan azotes al menino cuando el señor delfin comete alguna torpeza. Pero tampoco es cosa digna de demasiada admiracion mi previsora osadía al tomar sobre mi responsabilidad la carta de exclusion: lo que parece una enormidad, calculado por la corta escala de las añejas ideas diplomáticas, no era nada realmente en el órden actual de la sociedad. Aquella osadía tenia su origen por una parte en la indiferencia con que yo miraba toda desgracia personal, y por otra en el conocimiento de las opiniones de mi época: tal como está hoy dia el mundo, se le importa un bledo del nombramiento de un papa, de las rivalidades de las coronas, ni de las intrigas del interior de un cónclave.

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

*Reservado.**Roma 2 de Abril de 1829.*

» Señor conde: Tengo el honor de remitiros hoy los
» documentos importantes que os he anunciado. Es nada
» menos que el diario oficial y secreto del cónclave. Está
» traducido palabra por palabra del orijinal italiano, y úni-
» camente he hecho desaparecer de él lo que podía indicar
» con demasiada precision las fuentes de donde he adquirido
» las noticias. Si se trasluciese la menor cosa de estas reve-
» laciones, de que tal vez no haya ejemplar, costaria la for-
» tuna, la libertad, y quizá la vida á muchas personas; y esto
» seria tanto mas deplorable, quanto que estas revelaciones no
» son debidas al interes ni á la corrupcion, sino á la confianza
» en el honor frances. Este documento debe pues, señor
» conde, permanecer secreto para siempre, despues de leido
» en el consejo del rey; porque, á pesar de las precau-
» nes que he tomado de suprimir los nombres y quitar las
» alusiones directas, todavía dice lo bastante para compro-
» meter á sus autores. He añadido á él un comentario, á fin
» de facilitar su lectura. El gobierno pontificio tiene la cos-
» tumbre de llevar un registro, en donde anota dia por dia,
» y, por decirlo asi, hora por hora, sus decisiones y sus ac-
» tos. ¡Que tesoro histórico si se pudiese hojear en él, re-
» montando hácia los primeros siglos del pontificado! Se me
» ha franqueado un momento en quanto á la época actual.
» El rey verá por los documentos que os trasmito, lo que
» no se ha visto nunca, el interior de un cónclave; conoce-
» rá los sentimientos mas íntimos de la córte de Roma, y los
» ministros de S. M. no caminarán á oscuras.

«Escusándome cualquiera otra reflexion el comentario que de jo indicado, no me queda mas que ofreceros la nueva seguridad de la alta consideracion con que tengo el honor, &c., &c.»

El orijinal italiano del precioso documento anunciado en este despacho reservado, fue quemado en Roma á mi vista; no he conservado copia de la traduccion que envié al ministerio de negocios extranjeros, y solo poseo una del *comentario* ó de las observaciones añadidas por mí á aquella traduccion. Pero la misma discrecion que me hizo recomendar al ministro que conservara secreto para siempre el documento, me obliga á suprimir aqui mis propias observaciones; pues por grande que sea la dificultad de comprenderlas, faltando el testo á que se refieren, todavía podrian tener en Roma demasiada claridad; y como los resentimientos son muy duraderos en la ciudad eterna, podria suceder que de aqui á cincuenta años sintiese aun sus efectos algun bizniêto de los autores de la misteriosa confidencia. Me contentaré, pues, con dar una *reseña jeneral* del contenido del *comentario*, insistiendo en algunos pasajes que tienen relacion directa con los asuntos de Francia.

Vese primeramente cómo la córte de Nápoles engañaba á M. de Blacas, ó se engañaba ella misma; porque mientras me enviaba á decir que los cardenales napolitanos votarian con nosotros, se unian á la minoría ó á la fraccion llamada de Cerdeña.

La minoría de los cardenales se figuraba que el voto de los franceses influiria sobre la *forma de nuestro gobierno*. ¿Y como? Indudablemente por las órdenes secretas de que se les suponía encargados, y por su decision en favor de un papa exaltado.

El nuncio Lambruschini aseguraba al cónclave que el cardenal de Latil tenía el secreto del rey; y todos los esfuerzos de la fracción tendían á hacer creer que Carlos X y su gobierno no estaban acordes.

El 13 de Marzo anunció el cardenal de Latil que tenía que hacer al cónclave una declaración *puramente* de conciencia: al efecto fue enviado á la presencia de cuatro cardenales obispos; y el acta de esta confesión secreta quedó bajo la custodia del penitenciario mayor. Los demás cardenales franceses ignoraban la materia de esta confesión, y el cardenal de Albani trató en vano de descubrirlo; el hecho es importante y curioso.

La minoría se componía de dieziseis votos compactos. Los cardenales de esta minoría se titulaban los *Padres de la Cruz*, y pusieron sobre su puerta una cruz de San Andrés, para anunciar que, decididos en la elección, no querían comunicar con nadie. La mayoría del cónclave mostró sentimientos razonables y la firme resolución de no mezclarse en nada de la política extranjera.

La sumaria estendida por el notario del cónclave es digna de ser notada: »Pio VIII, se dice en la conclusión, »se ha decidido á nombrar al cardenal Albani secretario de »estado, á fin de satisfacer también al gabinete de Viena.»

De este modo el soberano pontífice distribuye la suerte entre las dos coronas: se declara papa de la Francia, y dá al Austria la secretaría de estado.

A M.^{ma} Recamier.

Roma, miércoles 8 de Abril de 1829.

»Hoy he dado un convite á todo el cónclave: mañana »recibo á la gran duquesa Elena; el martes de Pascua doy

»un baile por haberse terminado la eleccion, y en seguida
 »empiezo á hacer preparativos para ir á veros; juzgad de
 »mi ansiedad. En el momento en que os escribo no he
 »recibido aun noticias del correo que despaché anuncian-
 »do la muerte del papa; y sin embargo, el papa está ya
 »coronado y Leon XII olvidado. He reanudado mis asun-
 »tos con el nuevo secretario de estado, Albani: todo mar-
 »cha como si nada hubiese pasado, y hasta ignoro si sa-
 »beis en Paris que hay ya nuevo pontifice. ¡Que hermosa
 »es la ceremonia de la bendicion papal! La Sabina en el
 »Horizonte, luego la campiña desierta de Roma, despues
 »la misma Roma, en seguida la plaza de San Pedro, y por
 »último, todo el pueblo prosternándose de rodillas bajo
 »la mano de un anciano: el papa es el único príncipe que
 »bendice á sus súbditos.”

Miércoles Santo 13 de Abril.

»Vengo de la capilla Sistina, despues de haber asisti-
 »tido á las tinieblas y oido cantar el *Miserere*. Recordaba
 »que me habeis hablado de esta ceremonia, y esa cir-
 »cunstancia realzaba para mí su interes.

»El dia caminaba á su ocaso: las sombras invadian
 »lentamente los frescos de la capilla, y solo se divisaban
 »algunas grandes pinceladas de Miguel Ángel. Los cirios,
 »apagados sucesivamente, dejaban escapar de su mecha un
 »lijero humo blanco, imájen bastante natural de la vida,
 »que la Escritura compara á un *leve vapor*. Los cardena-
 »les estaban de rodillas, el nuevo papa prosternado en el
 »altar mismo en donde algunos dias antes habia yo visto á
 »su predecesor; y la admirable oracion de penitencia y
 »misericordia que habia sucedido á las lamentaciones del

» profeta, se elevaba por intervalos en el silencio de la noche. Todos estaban como anonadados ante el gran misterio de un Dios que moría por borrar los crímenes de los hombres. La católica heredera, sobre sus siete colinas, estaba allí con todos sus recuerdos; pero en vez de aquellos pontífices poderosos, de aquellos cardenales que disputaban la preferencia á los monarcas, un pobre papa anciano, paralítico, sin familia y sin apoyo, y unos príncipes de la iglesia sin esplendor, anunciaban el fin de un poder que civilizó el mundo moderno. Las obras maestras de las artes desaparecían con él, borrándose de las paredes y de las bóvedas del Vaticano, palacio medio abandonado. Estrangeros curiosos, separados de la unidad de la iglesia, asistían de paso á la ceremonia, y reemplazaban á la comunión de los fieles. Una doble tristeza se apoderaba del corazón. La Roma cristiana, al hacer conmemoración de la agonía de Jesucristo, parecía celebrar la suya propia, y repetir para la nueva Jerusalem las palabras que Jeremías dirigía á la antigua. No hay otra cosa como Roma: para olvidarlo todo, despreciarlo todo, y morir."

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

Roma 16 de Abril de 1829.

» Señor conde: Todo se va desenvolviendo aquí del mismo modo que tuve el honor de anunciároslo; las palabras y los actos del nuevo soberano pontífice están en perfecta armonía con el sistema pacificador seguido por Leon XII. Pio VIII va todavía mas lejos que su predecesor; y se espresa con mas franqueza acerca de la carta, cuyo nombre no teme pronunciar, y cuyo espíritu, se-

»gun sus consejos, deben seguir los franceses. Habiendo
»escrito el nuncio nuevamente sobre nuestros asuntos, ha
»recibido secamente la orden de ocuparse en los suyos.
»Todo se arregla para el concordato de los Países-Bajos, y
»el conde de Celles pondrá fin á su mision en el mes pró-
»ximo.

»El cardenal Albani sufre ya la pena de la posicion
»difícil en que se ha colocado; las protestas que me hace
»de su adhesion á la Francia ofenden al embajador de
»Austria, que no puede ocultar su mal humor. Bajo el
»aspecto relijioso nada tenemos que temer del cardenal
»Albani: como él es muy relijioso, no podrán inducirle á
»perturbarnos, ni su propio fanatismo ni las opiniones mo-
»deradas de su soberano.

»En cuanto al aspecto politico, es preciso tener en
»cuenta que la Italia no se escamotea hoy con una intriga
»de policia y una correspondencia en cifras: dejar ocupar
»las legaciones ó poner guarnicion austriaca en Ancona
»bajo un pretexto cualquiera, seria conmover la Europa y
»declarar la guerra á la Francia; y ni estamos ya en 1814,
»1815, 1816 y 1817, ni se satisface impunemente á
»nuestra vista una ambicion ávida é injusta. Asi, pues,
»que el cardenal Albani tenga una pension del principe de
»Metternich; que sea pariente del duque de Módena, á
»quien piensa dejar su enorme fortuna; que trame con es-
»te principe un pequeño complot contra el heredero de la
»corona de Cerdeña; todo esto en verdad hubiera sido pe-
»ligroso en la época en que los gobiernos secretos y abso-
»lutos hacian marchar las tropas escondidas detras de un
»oscuro despacho; pero hoy, con gobiernos públicos, con
»la libertad de la prensa y de la palabra, con el telégrafo
»y la rapidez de todas las comunicaciones, con el conoci-



»miento de los negocios difundido entre las diversas clases
»de la sociedad, se está á cubierto de los juegos de cubi-
»lete y de las sutilezas de la antigua diplomacia. Sin em-
»bargo, no hay que perder de vista que un *encargado de*
»*negocios de Austria*, secretario de estado en Roma, tiene
»inconvenientes; y hasta hay ciertas notas (como, por ejem-
»plo, las que pudieran tener relacion con la dominacion
»imperial en Italia) que no podrian ponerse en manos del
»cardenal Albani.

»Nadie ha podido penetrar aun el secreto de un nom-
»bramiento que desagrada á todo el mundo, y hasta al ga-
»binete de Viena. ¿Dependerá acaso de intereses estraños
»á la politica? Se asegura que el cardenal Albani ofrece en
»este momento al padre santo adelantarle doscientos mil
»duros que necesita el gobierno de Roma: otros dicen que
»esa suma la prestará un banquero austriaco. El cardenal:
»Macchi me decia el sábado último, que no queriendo su
»santidad volver á tomar al cardenal Bernetti, y deseando
»no obstante darle un alto puesto, no habia hallado otro
»medio de arreglar las cosas, que dejar vacante la legacion
»de Bolonia. Miserables dificultades llegan con frecuencia
»á ser motivos de las mas importantes revoluciones. Si la
»version del cardenal Macchi es cierta, todo lo que dice y
»hace Pio VIII para *satisfaccion* de las coronas de Francia
»y Austria, no seria mas que una razon aparente, por cuyo
»medio trataria de encubrir su debilidad á sus propios ojos.
»Por lo demas, nadie cree en la duracion del ministerio
»de Albani. Asi que se ponga en relaciones con los emba-
»jadores, surjirán dificultades por todas partes.

»En cuanto á la posicion de la Italia, señor conde,
»conviene que leais con precaucion lo que os escriban de
»Nápoles ó de otras partes. Es demasiado cierto por des-

»gracia que el gobierno de las Dos-Sicilias ha caído en el
»último grado de desprecio. El modo como vive la corte
»en medio de sus guardias, temblando siempre, siem-
»pre perseguida por los fantasmas del miedo, y sin ofre-
»cer otro espectáculo mas que ruinosas cacerías y supli-
»cios, contribuye mas y mas á envilecer el trono en aquel
»pais. Pero se toman por *conspiraciones* lo que no es mas
»que el malestar de todos, el producto del siglo, la lucha
»de la vieja sociedad con la nueva, el combate de la decre-
»pitud de las antiguas instituciones contra la enerjía de las
»jeneraciones nuevas; en una palabra, la comparacion que
»cada uno hace de lo que es con lo que podria ser. No nos
»hagamos ilusiones: el gran espectáculo de la Francia po-
»derosa, libre y feliz; ese gran espectáculo, que hiera la
»vista de las naciones que han quedado ó vuelto á caer
»bajo el yugo, escita sentimientos ó alimenta esperanzas.
»La mezcla de los gobiernos representativos y de las mo-
»narquías absolutas no puede durar: es preciso que unos
»ú otras perezcan, y que la política recobre un nivel igual,
»como lo tenia en tiempo de la Europa gótica. La aduana
»de una frontera no puede separar ya la libertad de la es-
»clavitud; un hombre no puede ser ya ahorcado de este
»lado de un arroyo por principios que se reputan como
»sagrados al otro lado del mismo arroyo. En este sentido,
»y solo en este sentido, señor conde, es como hay *cons-*
»*piracion* en Italia, y en este sentido tambien es *francesa*
»la Italia. Desde el dia en que entré en el goce de los de-
»rechos que su intelijencia columbra, y que le hace cono-
»cer la marcha progresiva del tiempo, estará tranquila, y
»será puramente italiana. No son, pues, unos cuantos po-
»bres diablos de *carbonarios* escitados por manejos de po-
»licía, y ahorcados sin compasion, los que sublevarán este

»pais. Se dá á los gobiernos las ideas mas falsas del verdadero estado de las cosas; y se les impide hacer lo que deberian por su seguridad, mostrándoles siempre como conspiraciones particulares de un puñado de jacobinos lo que es efecto de una causa permanente y jeneral.

»Tal es, señor condé, la situacion verdadera de la Italia. Cada uno de sus estados, ademas de la agitacion comun de los ánimos, se halla atormentado por alguna enfermedad local: el Piemonte está entregado á una faccion fanática; el Milanésado está devorado por los austriacos; los dominios del santo padre se hallan arruinados por la mala administracion económica; las contribuciones suben á cerca de cincuenta millones, y ni aun dejan al propietario el uno por ciento de sus rentas; las aduanas no producen casi nada; el contrabando es jeneral; y el principe de Módena ha establecido en su ducado (lugar de franquicia para todos los antiguos abusos) almacenes de jéneros prohibidos, que hace entrar de noche en la legacion de Bolonia.

»Ya os he hablado de Nápoles, en donde la debilidad del gobierno solo se salva por la cobardía de las poblaciones.

»Esta falta de valor militar es lo que prolongará la agonia de Italia. Bonaparte no tuvo tiempo para hacer revivir este valor en la patria de Mario y de César. Los hábitos de una vida ociosa, y la dulzura del clima, contribuyen tambien á quitar á los italianos del Mediodía el deseo de agitarse para estar mejor. Las antipatías nacidas de las divisiones territoriales aumentan las dificultades de un movimiento interior; pero si viniese de fuera algun impulso, ó si algun principe de la parte de acá de los Alpes otorgase una carta á sus súbditos, tendria lugar una revo-

»lucion, porque todo está en sazón para ello; y mas felices que nosotros, é instruidos por nuestra experiencia, economizarían los pueblos los crímenes y las desgracias que tanto hemos prodigado.

»No dudo, señor conde, que recibiré muy pronto la licencia que os he pedido; y como probablemente haré uso de ella, que en el momento de dejar la Italia debía someter á vuestra consideracion algunas observaciones generales para fijar las ideas del consejo de S. M., y tenerle prevenido contra los informes de talentos limitados ó de pasiones ciegas.

»Tengo el honor, &c.

Al conde de Portalis.

Roma 16 de Abril de 1829.

• »Señor conde: Los cardenales franceses tienen mucha prisa de saber qué suma se les abonará por sus gastos y su permanencia en Roma; y me han rogado muchas veces que os escriba sobre el particular; os quedaré, pues, sumamente obligado si me instruis lo mas pronto posible de la decision del rey.

»Por lo que á mi hace, señor conde, cuando tuvisteis á bien concederme un subsidio de treinta mil francos, no supusisteis se alojase en mi casa ningun cardenal; pero M. de Clermont-Tonnerre se ha establecido en ella con toda su comitiva, compuesta de dos conclavistas, un secretario eclesiástico, un secretario seglar, un ayuda de cámara, dos criados y un cocinero frances, y posteriormente de un mayordomo romano, un maestro de ceremonias, tres lacayos, un cochero, y todo ese tren italiano que un cardenal se ve obligado á tener aqui. El ar-

»obispo de Tolosa, que no puede andar, no come á mi
»mesa; pero se necesitan dos ó tres comidas á diferentes
»horas, carruajes y caballos para los comensales y amigos.
»Mi respetable huésped no pagará seguramente sus gastos
»aquí; se marchará, y solo me quedarán sus cuentas; y
»tendré que pagar, no solo las del cocinero, lavandera,
»alquilador de carruajes, &c., &c., sino tambien la de los
»dos cirujanos que curan la pierna de monseñor, del za-
»patero que hace sus zapatillas blancas y encarnadas, y del
»sastre que ha *confeccionado* los manteos, las sotanas, los
»cuellos, el traje completo del cardenal y sus eclesiásticos.

»Si unís á esto, señor conde, mis dispendios extraor-
»dinarios por gastos de representacion antes, durante y
»despues del cónclave, dispendios aumentados por la pre-
»sencia de la gran duquesa Elena, del príncipe Pablo de
»Wurtemberg y del rey de Baviera, encontrareis sin duda
»que los treinta mil francos que me habeis concedido, se
»habrán gastado con mucho esceso. El primer año del está-
»blecimiento de un embajador es ruinoso, porque los sub-
»sidios destinados para ello son muy inferiores á las nece-
»sidades; y son menester casi tres años de residencia para
»que un agente diplomático pueda encontrar el medio de
»satisfacer las deudas contraidas al principio, y ponga sus
»gastos al nivel de sus ingresos. Conozco toda la penuria
»del presupuesto del ministerio de negocios extranjeros; y
»si tuviese alguna fortuna propia no os importunaría, pues
»os aseguro que no hay cosa que mas me repugne, que
»estos detalles de dinero, en los que me obliga á entrar,
»bien á pesar mio, una rigurosa necesidad.

»Recibid, señor conde, &c.»

Fiesta de la villa Médicis en obsequio de la gran duquesa Elena.

Habia yo dado bailes y reuniones en Lóndres y en París; y aunque hijo de otro desierto, no habia atravesado del todo mal aquellas nuevas soledades; pero no habia llegado á imaginar lo que podian ser las fiestas en Roma, donde puede decirse que tienen algo de la poesia antigua, que coloca la muerte al lado de los placeres. La *villa Médicis*, cuyos jardines por sí solos son ya un adorno, y en donde recibí á la gran duquesa Elena, tiene una perspectiva magnífica: por un lado la *villa Borghése*, con la casa de Rafael; por otro la *villa* de Monte-Mario y las colinas que costean el Tiber; y á los pies del espectador Roma entera, como un antiguo nido de águilas abandonado. Las hermosas llegadas de Nápoles, Florencia y Milán, se confundian por los bosquecillos con las descendientes de las Paulas y las Cornelias; y en medio de todas ellas descollaba como una reina la princesa Elena. El viento Bóreas, bajando repentinamente de la montaña, desgarró la tienda del festin, y huyó con los pedazos de lienzo y de guirnaldas, como para darnos una idea de todo lo que el tiempo ha barrido sobre aquella orilla. La embajada estaba consternada, y yo experimentaba cierta alegría irónica al ver que un soplo del cielo se llevaba mi oro de un día y mis goces de una hora. El mal fue prontamente reparado: en vez de almorzar en el terrado, almorzamos en el elegante palacio: la armonía de las trompas y de los oboes, dispersada por el viento, tenia algo del murmullo de mis selvas americanas. Los grupos que se regocijaban en medio de aquella borrasca; las mujeres cuyos velos sacudidos azotaban sus rostros y sus cabellos; el *sartarello* que continuaba con el temporal; la improvisadora que

declamaba á las nubes; el globo que subia oblicuamente con la cifra de la hija del Norte: todo esto daba un carácter nuevo á aquellos juegos á que parecian mezclarse las tempestades ordinarias de mi vida.

¡Que prestigio para cualquier hombre que no hubiese contado su porcion de años, y hubiese pedido ilusiones al mundo y á la tempestad! Me cuesta mucho trabajo acordarme de mi otoño cuando en mis reuniones veo pasar delante de mí esas mujeres de la primavera que se pierden de vista entre las flores, los conciertos y las arañas de mis continuadas galerías: parecen cisnes que nadan hácia climas radiantes. ¿Adonde van á desahogar sus penas? Unas buscan lo que ya han amado; otras lo que no aman todavía; y al fin del camino caerán en esos sepulcros abiertos siempre aqui, en esos antiguos sarcófagos que sirven de taza á fuentes suspendidas en pórticos, é irán á aumentar tantas cenizas leves y encantadoras. Aquellas olas de bellezas, de diamantes, de flores y de plumas se ajitan al sonido de la música de Rossini, que se repite y debilita de orquesta en orquesta. ¿Es esa melodía el suspiro de la brisa que yo oia en las sábanas de las Floridas, el jemido que me sorprendió en el templo de Erecteo en Aténas? ¿Es la queja lejana de los aquilones que me mecian en el Océano? ¿Estaria oculta mi sílfide bajo la forma de alguna de aquellas brillantes italianas? No: mi driada ha permanecido unida al sauce de las praderas, en donde yo hablaba con ella al otro lado del bosque de Comburgo. Soy bien extraño á esos regocijos de la sociedad que sigue mis pasos hácia el término de mi carrera; y sin embargo, hay en esta vision una especie de embriaguez que me sube á la cabeza, y de la que solo puedo librarme yendo á refrescar mi frente á la plaza solitaria de San Pedro ó al Coliseo

desierto. Allí se abisman los pequeños espectáculos de la tierra, y nada encuentro igual al brusco cambio de la escena, mas que las antiguas tristezas de mis primeros dias.

Mis relaciones con la familia Bonaparte.

Voy á consignar ahora aqui mis relaciones como embajador con la familia de Bonaparte, á fin de vindicar á la Restauracion de una de esas calumnias que se le echan en cara sin cesar.

La Francia no ha obrado sola en el destierro de los miembros de la familia imperial; no ha hecho mas que obedecer á la dura necesidad impuesta por la ley de las armas: los aliados fueron los que provocaron ese destierro; convenios diplomáticos, tratados formales pronunciaron el destierro de los Bonapartes, les prescribieron hasta los sitios en donde debian habitar, y no permitieron á un ministro ó á un embajador de las cinco potencias dar *por sí solo* un pasaporte á los parientes de Napoleon, sin que pusiesen su visto bueno los *cuatro* ministros ó embajadores. ¡Tal era el miedo que daba á los aliados aquella sangre de Napoleon, aun cuando no corriese por sus propias venas!

A Dios gracias, jamás me he sometido á esas medidas. En 1823, sin consultar á nadie, á despecho de los tratados, y bajo mi propia responsabilidad, como ministro de negocios estranjeros, di un pasaporte á la condesa de Survilliers, á la sazón en Bruselas, para que viniese á París á cuidar á uno de sus parientes que estaba enfermo. Mil veces he pedido que se revocasen esas leyes de persecucion; otras tantas he dicho á Luis XVIII que queria ver al duque de Reichstadt capitan de sus guardias, y la estatua

de Napoleon colocada otra vez en lo alto de la columna de la plaza de Vendome; y como ministro y como embajador he prestado todos los servicios que he podido á la familia Bonaparte. Asi es como yo he comprendido ampliamente la monarquía legitima: la libertad puede mirar la gloria de frente. Embajador en Roma, autoricé á mis secretarios y agregados para presentarse en el palacio de la duquesa de Saint-Leu, é hice desaparecer la division establecida entre franceses que conocieron igualmente la adversidad. Escribí al cardenal Fesch invitándole á unirse á los cardenales que debian reunirse en mi casa; le manifesté mi pesar por las medidas politicas que se habia creido deber tomar; le recordé la época en que yo habia formado parte en su mision cerca de la Santa Sede; rogué á mi antiguo embajador que honrase con su presencia el banquete de su antiguo secretario de embajada, y recibí de él esta respuesta, llena de dignidad, de discrecion y de prevision:

Palacio Falconieri 4 de Mayo de 1829.

» El cardenal Fesch está muy reconocido á la obsequiosa invitacion de M. de Chateaubriand; pero la posicion en que se encontró á su regreso á Roma, le aconsejó abandonar el mundo, y hacer una vida separada de cualquiera otra sociedad estraña á su familia. Las circunstancias que se siguieron le demostraron que semejante partido era indispensable para su tranquilidad; y como las dulzuras del momento no pueden garantírle los sinsabores del porvenir, se ve obligado á no mudar este sistema de vida. » El cardenal Fesch ruega á M. de Chateaubriand que esté convencido de que nada iguala á su reconocimiento, y de

»que con harto sentimiento no irá á casa de S. E. con la frecuencia que desearia.

»Su afectísimo, &c.

»CARDENAL FESCH.»

La frase del anterior billete *como las dulzuras del momento no pueden garantizarle los sinsabores del porvenir*, hace alusion á la amenaza de M. de Blacas, que habia dado orden de arrojar al cardenal Fesch por la escalera abajo si se presentaba en la embajada de Francia. M. de Blacas olvidaba demasiado que no siempre habia sido tan gran señor. Yo, que para ser no lo que puedo, sino lo que debo ser en la actualidad, recuerdo sin cesar mi pasado, he procedido de distinta manera con el arzobispo de Lion; y las pequeñas diferencias que existieron en otro tiempo entre él y yo en Roma, me obligan á miramientos tanto mas respetuosos, cuanto que me hallo á mi vez en el partido triunfante y él en el partido caido.

El príncipe Jerónimo, por su parte, me hizo el honor de reclamar mi intervencion, enviándome copia de una esposicion que dirigió al cardenal secretario de estado: su carta dice así:

»El destierro es bastante horrible en su principio como en sus consecuencias para que esa jenerosa Francia, que lo ha visto nacer (al príncipe Jerónimo); esa Francia, que posee todas sus afecciones, y á quien ha servido por espacio de veinte años, quiera agravar su situacion permitiendo á cada gobierno abusar de lo delicado de ella.

»El príncipe Jerónimo de Montfort, confiando en la lealtad del gobierno frances y en el carácter de su noble

»representante, no vacila en creer que se le hará justicia.

»Aprovecho esta ocasion, &c.

»JERÓNIMO.”

Con motivo de esta esposicion envié una nota confidencial al secretario de estado, el cardenal Bernetti, que termina con estas palabras:

»Habiéndole parecido al infrascrito fundadas en derecho las razones espuestas por el príncipe Jerónimo de Montfort, no ha podido rehusar al recurrente la intervencion de sus buenos oficios, persuadido de que el gobierno frances verá siempre con sentimiento, que el rigor de las leyes políticas se agrava todavía con medidas suspicaces.

»El que suscribe miraria como un favor especialísimo que S. E. el cardenal secretario de estado le prestase su poderoso influjo.

»CHATEAUBRIAND.”

Al mismo tiempo contesté al príncipe Jerónimo lo siguiente:

Roma 9 de Mayo de 1829.

»El embajador de Francia cerca de la Santa Sede ha recibido copia de la nota que el príncipe Jerónimo de Montfort le ha hecho el honor de enviar; y apresurándose á darle gracias por la confianza que se ha dignado manifestarle, considerará como un deber el transmitir con apoyo al secretario de estado de su santidad las justas reclamaciones de su alteza.

»El vizconde de Chateaubriand , que ha estado tam-
 »bien desterrado de su patria, se tendria por muy dichoso
 »en poder suavizar la suerte de los franceses que se hallan
 »bajo la severidad de una ley política. El hermano des-
 »terrado de Napoleon, dirijiéndose á un emigrado borra-
 »do en otro tiempo de la lista de los proscriptos por el
 »mismo Napoleon, es uno de esos juegos de la fortuna, que
 »debía tener por testigo las ruinas de Roma.

»El vizconde de Chateaubriand tiene el honor, &c.”

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

Roma 4 de Mayo de 1829.

»Al acusaros en mi carta de 30 de Abril el recibo de
 »vuestro despacho número 25, he tenido el honor de de-
 »cir os que el papa me habia recibido en audiencia particu-
 »lar el 29 á las doce del dia. Me ha parecido que su santi-
 »dad goza de completa salud; me hizo sentar á su presen-
 »cia, y me retuvo sobre unos cinco cuartos de hora. El
 »embajador de Austria habia tenido antes que yo una au-
 »diencia pública para entregar sus nuevas credenciales.

»Al salir del despacho de su santidad en el Vaticano,
 »pasé á casa del secretario de estado, y abordando franca-
 »mente la cuestion, le dije: — »Vamos, ya veis cómo os
 »tratan nuestros periódicos: *sois austriaco; detestais á la*
 »*Francia*; quereis jugarle malas pasadas.....: ¿que debo
 »pensar de todo eso?”

»Encojióse de hombros, y me respondió: — »Vuestros
 »periódicos me hacen reir; no puedo convencer os con mis
 »palabras, si no estais convencido; pero ponedme á prueba,
 »y vereis si no amo á Francia, y si no hago lo que me pidais
 »en nombre de vuestro rey.” Creo sincero al cardenal Al-

»bani, señor conde; tiene una profunda indiferencia en ma-
 »terias religiosas; no es sacerdote, y hasta ha pensado en
 »dejar la púrpura, y casarse: no quiere á los jesuitas, por-
 »que le incomoda el ruido que mueven; es perezoso, glo-
 »ton, y muy aficionado á toda clase de placeres; y el fas-
 »tidio que le causan los despachos y las cartas pastorales,
 »hace que mire con poco agrado á los autores de aquellas
 »cartas y de aquellos despachos: este anciano de ochenta
 »años quiere morir en paz y en alegría.

»Tengo el honor, &c.”

PIO VII.

10 de Mayo de 1829.

Visito con frecuencia el Monte-Cavallo: la soledad de los jardines se aumenta allí con la soledad de la campiña romana, que la vista va á buscar por encima de Roma, subiéndola orilla derecha del Tiber. Los jardineros son amigos míos; varias arboledas conducen á la Panetería; pobre lechería, cuyos habitantes son indijentes y pacíficos como los papas actuales. Mirando abajo desde lo alto de los terrados del recinto Quirinal, se divisan en una calle estrecha mujeres que trabajan en las ventanas de los diferentes pisos; las unas bordan, y las otras cardan en el silencio de aquel barrio retirado. Las celdas de los cardenales del último cónclave no me escitan el menor interes. Cuando estaba edificándose San Pedro; cuando se encargaban obras maestras á Rafael, y los reyes venían al mismo tiempo á besar la sandalia del pontífice, habia algo digno de atencion en el pontificado temporal. Veria con gusto el aposento de un Gregorio VII y de un Sixto V; como buscaria la cueva de los leones en Babilonia; pero aquellos negros agujeros abando-

nados de una oscura compañía de septuagenarios, solo me representan los *colombarii* de la antigua Roma, vacíos hoy de sus cenizas, y de donde ha volado una familia de muertos.

Paso, pues, rápidamente de las celdas ya medio derruidas para pasearme en los salones del palacio: allí todo me habla de un suceso, de que no se halla vestigio sino remontando hasta Sciarra Colonna, Nogaret y Bonifacio VIII.

Mi primero y mi último viaje á Roma están enlazados con recuerdos de Pio VII, cuyo historia he referido al hablar de M.^{ma} de Beaumont y de Bonaparte: mis dos viajes son dos pechinas diseñadas bajo la bóveda de mi monumento. Mi fidelidad á la memoria de mis antiguos amigos debe inspirar confianza á los amigos que me quedan: para mí nada descende á la tumba: todo lo que he conocido vive á mi alrededor: segun la doctrina india, la muerte, al herirnos, no nos destruye; nos hace tan solo invisibles.

Al conde de Portalis.

Roma 7 de Mayo de 1829.

» Señor conde: Recibo al fin por MM. Desgranges y
 » Franqueville vuestro despacho número 25. Este despacho
 » duro y redactado por algun escribiente de poca educacion
 » del ministerio de negocios extranjeros, no era el que de-
 » bia aguardar despues de los servicios que habia tenido la
 » dicha de prestar al rey durante el cónclave; y sobre todo,
 » hubiera debido tenerse un tanto en cuenta la persona á
 » quien iba dirigido. Ni una palabra atenta para M. Bellocq,
 » que es el que ha obtenido tan raros documentos; nada so-
 » bre la peticion que hacia yo en su favor, é inútiles comen-
 » tarios sobre el nombramiento del cardenal Albani; nom-
 » bramiento hecho en el cónclave, que nadie por consiguieren-

»te pudo prever ni evitar, y sobre el cual no he cesado de
 »enviar aclaraciones. En mi despacho número 34, que sin
 »duda habreis recibido ya, os ofrezco todavía un medio
 »muy sencillo de desembarazaros de ese cardenal, si tanto
 »es el miedo que infunde á la Francia; y ese medio estará
 »ya gran parte ejecutado cuando recibais esta carta: maña-
 »na me despido de su santidad, entrego mi embajada á M.
 »Bellocq, como encargado de negocios, con arreglo á las
 »instrucciones de vuestro despacho número 24 y marchó á
 »París.

»Tengo el honor, &c.”

Este último billete es agrio, y termina bruscamente mi correspondencia con M. de Portalis.

A M.^{ma} Recamier.

14 de Mayo de 1829.

»Mi marcha está fijada para el 16. Cartas de Viena re-
 »cibidas esta mañana anuncian que M. de Laval ha rehu-
 »sado el ministerio de negocios extranjeros: ¿será esto cier-
 »to? Si insiste en su renuncia, ¿que sucederá? Dios lo sa-
 »be. Espero que todo quede resuelto antes de mi llegada
 »á París: se me figura que estamos atacados de parálisis, y
 »que solo tenemos libre la lengua.

»¿Creeis que yo llegaría á entenderme con M. de La-
 »val? Lo dudo. Estoy dispuesto á no entenderme con na-
 »die: hacia ánimo de llegar con las disposiciones mas paci-
 »ficas, y esa jente se empeña en suscitarme rencillas. Mien-
 »tras tuve probabilidades de ser ministro, no habia bas-
 »tantes elojios ni lisonjas para mí en los despachos: el dia
 »en que la plaza fue ocupada, ó se ha creído ocupada al

» menos, me anuncian secamente el nombramiento de M. de Laval en un despacho mas impolítico y necio á la vez. Pero para ser tan chavacano é insolente de un correo á otro, era preciso tener un tanto en cuenta la persona á quien se escribía, y M. de Portalis habrá caído en ello por unas cuantas palabras que le envié en respuesta estos últimos dias. Es muy posible que no haya hecho mas que firmar sin leer, como firmaba Carnot á centenares y sin mirarlas las ejecuciones de muerte."

PRESUNCION.

El amigo del gran L'hopital, el canciller Olivier, en su lengua del siglo xvi, tan impropia de la decencia, compara á los franceses á las monas que trepan á la cima de los árboles, y no cesan de subir hasta que han llegado á la rama mas alta, para enseñar allí lo que deben ocultar. Lo que ha pasado en Francia desde 1789 hasta nuestros dias, prueba la exactitud de esta comparacion: cada hombre, al subir la pendiente de su vida, es tambien el mono del canciller, y acaba por esponer sin reparo sus debilidades á los transeuntes. Heme aqui, pues, que al final de mis despachos me siento acometido del deseo de alabarme: los grandes hombres que polulan en el dia, tienen demostrado que es una hipocresia el no proclamar uno mismo su inmortalidad.

¿Habeis leído en los archivos del ministerio de negocios extranjeros las correspondencias diplomáticas relativas á los sucesos mas importantes en la época en aquellas correspondencias? — No.

¿Habeis leído, al menos, las correspondencias impresas? ¿Conoceis las negociaciones de Du Bellay, de D'Ossat,

de Du Perron, del presidente Jeannin, las memorias de estado de Villeroy, las economías reales de Sully? ¿Habeis leído las memorias del cardenal de Richelieu, una porcion de cartas de Mazarino, los documentos relativos al tratado de Westfalia y á la paz de Munster? ¿Conoceis los despachos de Barillon sobre los asuntos de Inglaterra? ¿No os son estrañas las negociaciones para la sucesion de España, ni desconocido el nombre de la princesa de los Ursinos? ¿Habeis pasado la vista por el pacto de M. de Choiseul, y conoceis á Jimenez, Olivares y Pombal, á Hugo Grocio sobre la libertad de los mares, sus cartas á los dos Oxenstiern, las negociaciones del gran pensionario de Witt con Pedro Grocio, hijo segundo de Hugo? Por último, ¿ha llamado vuestra atencion la coleccion de los tratados diplomáticos? — No.

Es decir segun esto, ¿que nada habeis leído de esas sempiternas elucubraciones? Pues bien, leedlas, y cuando lo hayais hecho, recorred mi guerra de España, cuyo éxito os incomoda, no obstante de que es el primer título para clasificarme entre los hombres de estado; tomad mis despachos de Prusia, de Inglaterra y de Roma, y ponedlos al lado de los otros despachos que os indico; y entonces, con la mano sobre el corazon, decid cuáles son los que os incomodan mas; si mis trabajos y los de mis antecesores no son en un todo semejantes; y si el conocimiento de las cosas pequeñas y de lo *positivo* no se halla tan manifiesto por mi parte como por la de los ministros pasados y de los difuntos embajadores.

En primer lugar notareis que en todo tengo fija la vista; que me ocupo de Reschid-bajá y de M. de Blacas; que defiendo contra todo el mundo mis privilejios y mis derechos de embajador de Roma; que soy cauteloso, falso (cualidad eminente), fino, hasta el punto de que habiéndome escrito M. de Funchal en una posicion equívoca, no

le respondi, pero fui á verle con una política astuta, para que no pudiese enseñar una línea mia, y quedase, sin embargo, satisfecho. Ni una palabra imprudente puede reprendérseme en mis conversaciones con los cardenales Bernetti y Albani, los dos secretarios de estado; nada se me escapa; desciendo hasta las mas pequeñas minuciosidades, y restablezco la obligacion de dar cuentas en la embajada de Roma de un modo tal, que todavía subsiste sobre las mismas bases. Con una mirada de águila noto que el tratado de la Trinidad del Monte entre la Santa Sede y los embajadores Laval y Blacas es abusivo, y que ninguna de las dos partes habia tenido derecho para hacerlo. Subiendo desde allí mas arriba, y llegando á la alta diplomacia, tomo sobre mi responsabilidad dar la exclusion á un cardenal, porque un ministro de negocios estrangeros me dejaba sin instrucciones, y me esponia á ver nombrar papa á una hechura del Austria. Me procuro el diario secreto del cónclave, cosa que ningun embajador habia podido obtener jamás, y envío dia por dia la lista nominal de los escrutinios. No descuido la familia de Bonaparte, y no desespero de inducir con ciertas atenciones al cardenal Fesch á hacer dimision del arzobispado de Lion. Si se mueve algun *carbonario*, al punto lo sé, y juzgo de la mayor ó menor verdad de la conspiracion: si algun eclesiástico intriga, lo sé tambien, y frustro los planes que se habian fraguado para alejar á los cardenales del embajador de Francia. Por último, descubro que el cardenal Latil deposita un secreto importante en el seno del penitenciario mayor. ¿Estais satisfecho? ¿Es hombre este que sabe su oficio? Pues miradlo bien; yo hacia todo este trabajo diplomático como cualquier embajador que viniera, sin que me costase una sola idea, lo mismo que un aldeano de la baja Normandia hace zapatos

mientras guarda su rebaño: mi rebaño eran mis sueños.

Considérese ahora la cuestion bajo otro punto de vista; compárense mis cartas oficiales con las cartas oficiales de mis predecesores, y se verá que en las mías se tratan tanto los asuntos jenerales como los particulares; y que me veo arrastrado por el carácter de las ideas de mi siglo á una rejion mas elevada del espíritu humano. Esto puede notarse especialmente en el despacho en que hablo á M. de Portalis del estado de la Italia, en donde muestro el desprecio que se merecen los gabinetes que miran como conspiraciones particulares lo que no es mas que el desarrollo de la civilizacion. La *Memoria sobre la guerra de Oriente*, espone tambien verdades de un órden político que salen de las vías comunes. He hablado con dos papas de otras cosas que de intrigas de gabinete, y les he obligado á hablar conmigo de religion, de libertad, y de los destinos futuros del mundo. Mi discurso pronunciado al postigo del cónclave tiene el mismo carácter: en él me atreví á decir a ~~hombres~~ ancianos, que avanzasen y pusieran la religion al frente de la marcha de la sociedad.

Lectores, aguardad á que haya acabado mis elojios para llegar al término de ellos, á la manera del filósofo Platon, que daba vueltas al rededor de su idea: he venido á ser el anciano Sidrac; la edad me alarga el camino. Continúo pues, y será bastante largo todavía. Muchos escritores de nuestros dias tienen la manía de desdeñar su talento literario por seguir su talento político, estimándole en mucho mas que el primero. A Dios gracias, me domina el instinto contrario, y hago poco caso de la política, por la misma razon de haber sido afortunado en este juego. Para ser hombre superior en negocios no hay que tratar de adquirir cualidades, sino de perderlas. Yo reconozco en mí

descaradamente la aptitud para las cosas positivas, sin hacerme la menor ilusion sobre el obstáculo que en mí se opone á un éxito completo. Pero este obstáculo no proviene de la musa, sino de mi indiferencia por todo; defecto con el cual es imposible hacer nada completo en la vida práctica.

Convengo en que la indiferencia es una cualidad de hombres de estado; pero de hombres de estado sin conciencia. Hay que saber mirar cualquier suceso con ojos enjutos; tragar culebras como si fuesen malvasía; y no hacer caso de la moral, de la justicia ni de los padecimientos de los demas, con tal de que en medio de las revoluciones sepa uno hallar su fortuna particular. La casualidad, buena ó mala, ha de reportar algun beneficio á esos espíritus trascendentales, especulando con un trono, con un ataúd, con un juramento ó con un ultraje, segun la tarifa marcada por los Mionnet de las catástrofes y de las afrentas. Pero yo no soy inteligente en esta numismática: desgraciadamente es doble mi indolencia, y no tomo mas calor por mi persona que por el hecho. Su fe relijiosa inspiraba á San Pablo ermitaño el desprecio del mundo; el desden de la sociedad procede en mí de mi encredulidad politica; incredulidad que me encumbraria á una esfera muy elevada, si, mas cuidadoso de mi necio individuo, supiese al mismo tiempo humillarle y vestirle. Pero es el caso que por mas que hago, nunca paso de ser un pobre hombre de bien sencillamente obtuso y enteramente desnudo, sin saber arrastrarme ni cojer.

D'Andilly, al hablar de sí propio, parece haber pintado un lado de mi carácter. »Nunca he tenido, dice, ninguna ambicion, por tener demasiada, no pudiendo sufrir esa dependencia que encierra en límites tan estrechos los

»efectos de la inclinacion que Dios me ha dado hácia cosas
 »grandes, gloriosas para el estado, y que pueden procurar
 »la felicidad de los pueblos, sin que me haya sido posible
 »mirar en todo esto mis intereses particulares. Yo no era
 »propio sino para un rey que hubiese reinado por sí mis-
 »mo, y no hubiese tenido otro deseo que el de hacer su
 »gloria inmortal." En este caso, no sirvo yo para los reyes
 del dia.

Ahora que os he conducido de la mano por los mas re-
 cónditos senderos de mis méritos, y os he hecho ver todo
 lo que hay de singular en mis despachos, como uno de mis
 cólegas del instituto, que canta sin cesar su fama y enseña
 á los hombres á admirarle, os diré adonde voy á parar con
 mis alabanzas: demostrando lo que pueden hacer los lite-
 ratos en los empleos, quiero defenderlos contra los diplo-
 máticos y oficinistas.

Es preciso que estos no se crean superiores á hombres
 de los que el mas inferior les sobrepaja extraordinariamen-
 te; y ya que saben tanto esos señores positivos, conven-
 dria al menos que no dijesen necesidades. Supuesto que ha-
 blais de *hechos*, reconoced los *hechos*: la mayor parte de los
 grandes escritores de la antigüedad, de la edad media, de
 la Inglaterra moderna, han sido grandes hombres de estado,
 cuando se han dignado descender al manejo de los nego-
 cios. »Al rehusar una embajada, dice Alfieri, no quise dar-
 »les á entender, que su diplomacia y sus despachos me pa-
 »recian y eran realmente para mí menos importantes que
 »mis tragedias, y menos aun que las de los demas; pero es
 »imposible traer á la razon á esa clase de jentes; ni pue-
 »den ni deben convertirse."

¿Quien ha sido mas literato en Francia que L'hospital,
 sucesor de Horacio; que D'Ossat, hábil embajador; que

Richelieu, esa robusta cabeza que, no contenta con dictar *tratados de controversia* y redactar *memorias é historias*, inventaba sin cesar asuntos dramáticos, rimaba con Malleville y Boisrobert, y daba á luz con el sudor de su frente la Academia y la *gran pastoral*? ¿Fue acaso buen ministro por haber sido mal escritor? Pero no se trata del mayor ó menor talento, sino de la pasión por la tinta y el papel; pues bien, jamás M. de l'Empirée mostró mas ardor ni hizo mas gastos que el cardenal por arrebatár la palma del Parnaso, hasta el punto de costarle la representación de su *tragi-comedia* de *Miramo* doscientos mil escudos. Si en un personaje político y literato á la vez, la medianía del poeta constituyese la superioridad del hombre de estado, seria preciso inferir que la debilidad del hombre de estado seria resultado de la energía del poeta: sin embargo, ¿el genio de las letras destruyó el genio político de Solon, elejaco igual á ~~Simonidas; de Pericles~~, que robaba á las musas la elocuencia con que subyugaba á los atenienses; de Tucídides y Demóstenes, que tanto encumbraron la gloria del escritor y del orador, al paso que consagraban sus dias á la guerra en la plaza pública? ¿Destruyó el genio de Jenofonte, que efectuaba la retirada de los diez mil, pensando en la *Ciropeia*; de los dos Escipiones, amigo el uno de Lelio y asociado el otro á la fama de Terencio; de Ciceron, el rey de las letras, como era padre de la patria; de César, en fin, autor de obras de gramática, astronomía, relijion y literatura; de César, rival de Arquiloco en la sátira, de Sófocles en la tragedia y de Demóstenes en la elocuencia, y cuyos comentarios son la desesperacion de los historiadores?

A pesar de estos ejemplos y otros infinitos, el talento literario, evidentemente el primero de todos, porque no

escluye ninguna otra facultad, será siempre en este país un obstáculo al adelanto político: ¿para que sirve, en efecto, una elevada inteligencia? Absolutamente para nada. Los necios de Francia, casta particular y enteramente nacional, no conceden nada á los Grocios, á los Federicos, á los Bacon, á los Tomás Moros, á los Spencer, á los Falkland, á los Clarendon, á los Bolingbroke, á los Burke y á los Canning de Francia.

Nunca nuestra vanidad reconocerá en un hombre, ni aun de jenio, dos aptitudes y la facultad de hacer cosas comunes del mismo modo que un talento vulgar. Si sobrepujais en una sola linea las concepciones vulgares, mil imbéciles, encantados de vivir acá abajo, en donde se obstinan en pensar, esclamarán al momento: »¡Os perdeis en las nubes!» La secreta miseria de esos pobres envidiosos, hace que se rebelen contra el mérito, y que movidos de compasion envíen á hacer versos á Virjilio, Racine ó Lamartine. Pero ¿adonde se os puede enviar á vosotros, soberbios señores? Al olvido, que os aguarda á veinte pasos de vuestra habitacion, mientras que veinte versos de aquellos poetas los llevarán á la mas remota posteridad.

Los franceses en Roma.

La primera invasion de los franceses en Roma, en tiempo del Directorio, fue una infamia y un saqueo: la segunda, en tiempo del Imperio, fue infamia; pero una vez consumada, introdujo el orden en el país.

La república pidió á Roma, por un armisticio, veintidos millones, la ocupacion de la ciudadela de Ancona, cien cuadros y estatuas, y cien manuscritos, á eleccion de los comisionados franceses. Queríase especialmente adquirir el

busto de *Bruto* y el de *Marco Aurelio*: cuando tantos se llamaban *Brutos* en Francia, era muy natural que desearan poseer la piadosa imájen de su padre putativo; pero *Marco Aurelio*, ¿de quien era pariente? *Atila*, para alejarse de Roma, solo pidió cierto número de libras de pimienta y de seda: en nuestro tiempo fue rescatada con cuadros por un momento. Grandes artistas, descuidados muchas veces y desgraciados, han dejado sus obras maestras para servir de rescate á las ciudades ingratas que no habian sabido apreciarlos.

Los franceses del Imperio tuvieron que reparar los estragos que habian hecho en Roma los franceses de la república: tambien debian una expiacion á aquel saqueo de Roma, efectuado por un ejército que conducia un príncipe frances: tocaba á *Bonaparte* poner orden en ruinas que otro *Bonaparte* habia visto aumentar, y cuyo hundimiento habia él descrito. El plan que siguió la administracion francesa para desembarazar la plaza del Foro fue el que *Rafael* habia propuesto á *Leon X*: hizo salir de la tierra las tres columnas del templo de *Júpiter Tonante*; puso de manifiesto el pórtico del templo de la *Concordia*; descubrió el suelo de la *Via-Sacra*; hizo desaparecer las nuevas construcciones de que estaba lleno el Templo de la *Paz*; quitó las tierras que cubrian la gradería del *Coliseo*, vació la arena del interior, é hizo reaparecer siete ú ocho salas de los baños de *Tito*.

El foro de *Trajano* fue explorado por otra parte; se reparó el Panteon, las *Termas de Diocleciano*, y el templo de la *Pudicidad patricia*; y se asignaron fondos para conservar fuera de Roma las murallas de *Faleria* y el sepulcro de *Cecilia Metella*.

Continuáronse tambien las obras para la restauracion de los edificios modernos: *San Pablo el del campo*, que ya no

existe, vió reparar su techumbre; Santa Ines y San Martino al Monti, fueron protegidos contra el tiempo; se rehizo parte de los techos y pavimentos de San Pedro; establecieronse para-rayos para proteger la cúpula de Miguel Ángel; marcose el sitio para dos cementerios, al Este y al Oeste de la ciudad; y quedó terminado el primero junto al convento de San Lorenzo.

El Quirinal sustituyó á su pobreza interior el lujo de los pórfidos y de los mármoles romanos: designado para palacio imperial, Bonaparte, antes de habitarlo, quiso hacer desaparecer de él los vestijios del raptó del pontífice, cautivo en Fontainebleau. Teníase proyectado echar abajo la parte de la ciudad situada entre el Capitolio y Monte-Cavallo, á fin de que el triunfador subiese por una inmensa avenida á su morada cesárea; pero los sucesos hicieron desaparecer esos sueños jigantescos, destruyendo enormes realidades.

Entre los proyectos formados se contaba tambien el de construir desde Ripetta hasta Ripa-Grande una série de malecones, que habian de estar cubiertos de árboles; y al efecto estaban comprados en parte, y debian ser demolidos los cuatro islotes de casas entre el castillo de San Ángel y la plaza Rusticucci. De este modo habria quedado abierta una ancha calle arbolada en la plaza de San Pedro, que hubiera podido verse desde el pie del castillo de San Ángel.

Los franceses hacen paseos en todas partes: en el Cairo he visto una gran plaza que habian plantado de palmeras y rodeado de cafés, á los que dieron nombres tomados de los de Paris: en Roma mis compatriotas crearon el Pincio, al que se sube por una rampa. Al bajar dicha rampa vi el otro dia pasar un carruaje, en que iba una mujer, jóven todavía, que por sus cabellos rubios, su poco garbo, y la

poca elegancia de su belleza, me pareció una gruesa y blanca extranjera de la Westfalia; era M.^{ma} Guiccioli: nada podia estar menos en armonía con el recuerdo de lord Byron. ¿Que importa? La hija de Rávena (de quien por lo demas estaba cansado el poeta cuando tomó el partido de morir) no dejará de ir á colocarse en el Eliseo conducida por la musa, y á aumentar las divinidades de la tumba.

La parte occidental de la plaza del Pópulo debía ser plantada en el espacio que ocupan los talleres y almacenes; y desde el extremo del Corso habian de verse el Capitolio, el Vaticano y San Pedro á la otra parte de los molecones del Tiber; es decir, la Roma antigua y la Roma moderna.

Por último, al oriente del Coliseo se eleva hoy un bosque, creacion de los franceses: nunca se encuentra á nadie en él, y aunque se ha hecho grande, parece una maleza que crece al pie de una gran ruina.

Plinio el jóven escribia á Máximo:

»Os envian á Grecia, en donde han tenido orijen la
»urbanidad, las letras, y hasta la agricultura misma. Res-
»petad á los dioses, sus fundadores, y la presencia de esos
»dioses; respetad la antigua gloria de aquella nacion y la
»vejez sagrada en las ciudades, como es venerable en los
»hombres: tributad homenaje á sus antigüedades, á sus
»célebres hazañas, hasta á sus mismas fábulas. No empren-
»dais nada contra la dignidad, la libertad, ni aun la vani-
»dad de nadie. No olvideis nunca que hemos tomado nues-
»tro derecho de ese pais; y que lejos de haber impuesto
»leyes á esos pueblos despues de haberlos vencido, nos han
»dado ellos las suyas despues de habérselo suplicado. En
»Aténas, en Lacedemonia, es donde debeis mandar: seria
»una inhumanidad, una crueldad y una barbarie quitarles
»la sombra y el nombre de libertad que les quedan.”

Cuando Plinio escribía estas nobles y tiernas palabras á Máximo, ¿sabía que estaba redactando instrucciones para pueblos bárbaros entonces, que llegarían un día á dominar sobre las ruinas de Roma?

Paseos. — Mi sobrino Cristian de Chateaubriand.

Voy á dejar muy pronto á Roma, y espero volver á ella. Amo de nuevo con pasión á esta Roma tan triste y tan hermosa; y tendré un panorama en el Capitolio, en donde el ministro de Prusia me cederá el pequeño palacio Cafarelli, mientras me he arreglado otro retiro en San Onofre. Esperando mi marcha y mi regreso, voy vagando continuamente por el campo; y no hay camino entre dos vallados que no conozca mejor que los senderos de Comburgo. Desde lo alto del monte Mario y de las colinas inmediatas descubro el horizonte del mar hácia Ostia: descanso bajo los lijeros y ruinosos pórticos de la *villa* Madama; y en aquellas arquitecturas trasformadas en alquerías, no encuentro las mas veces mas que alguna muchacha agreste, huraña y triscadora como sus cabras. Cuando salgo por la puerta Pia voy al puente Lamentano sobre el Teverone, y admiro de paso en Santa Ines una cabeza de Jesucristo por Miguel Anjel, que guarda el convento casi abandonado. Las grandes obras de los grandes maestros, diseminadas así por el desierto, llenan el alma de una profunda melancolia. Me desconsuella que hayan reunido los cuadros de Roma en un museo: hubiera tenido mas placer en buscar la *Trasfiguracion* en el monasterio de Recoletos de San Pedro *in Montorio*, pasando por las pendientes del Janículo, bajo la cascada de *l'Aqua Paola*, y á través de la solitaria calle *delle Fornaci*. Cuando

mira uno el sitio que ocupaba en el altar mayor de la iglesia el ornamento de los funerales de Rafael, siente su corazón sobrecojido y lleno de tristeza.

Mas allá del puente Lamentano se estienden á la izquierda hasta el Tíber praderas amarillentas: el rio que bañaba los jardines de Horacio pasa por allí desconocido, y siguiendo el camino real, se encuentra el suelo de la antigua via Tiburtina. Este año he visto llegar á ella la primer gondrina.

Voy á herborizar al sepulcro de Cecilia Metella: el reseda hondeado y la anémona apenina, causan un dulce efecto sobre la blancura de la ruina y del suelo. Por el camino de Ostia me dirijo á San Pablo, presa últimamente de un incendio; descanso sobre algun pórfido calcinado, y contemplo á los trabajadores que reconstruyen en silencio una nueva iglesia: ya me habian enseñado algunas columnas bosquejadas en la bajada del Simplon: toda la historia del cristianismo en Occidente principia en *San Pablo estramuros*.

Cuando construimos alguna bicoca en Francia hacemos un ruido espantoso; no se ven mas que máquinas y hombres que llenan el aire de gritos: en Italia se emprenden cosas inmensas casi sin moverse nadie. El papa está reponiendo ahora mismo la parte derruida del Coliseo; media docena de mozos sin andamiadas levantan el coloso sobre cuyos hombros murió una nacion cambiada en obreros esclavos. Cerca de Verona me he detenido muchas veces á contemplar á un cura que estaba construyendo por sí solo un enorme campanario: bajo su direccion trabajaba de albañil el arrendador de las fincas del curato.

Por lo regular acabo de dar la vuelta á las murallas de Roma á pie: al recorrer aquel recinto, leo la historia de

la reina del universo pagano y cristiano, escrita en las construcciones, las arquitecturas y las diferentes edades de aquellos muros.

Voy tambien á ver si descubro alguna antigua casa de campo desmantelada dentro de Roma: visito á Santa María la Mayor, á San Juan de Letran con su obelisco, y á Santa Cruz de Jerusalem con sus flores: alli oigo cantar, y hago oracion: me gusta orar de rodillas, porque mi corazon se halla asi mas cerca del polvo y del reposo sin fin, y me aproximo mas á mi tumba.

Mis escavaciones no son mas que una variedad de los mismos placeres. Desde la cima de cualquier colina se descubre la cúpula de San Pedro. ¿Que se paga al propietario del sitio en donde hay enterrados tesoros? el valor de la yerba destruida por la escavacion. Quizá daré yo mi barro á la tierra en cambio de la estatua que ella me dé: no haremos mas que cambiar una imájen de hombre por otra imájen de hombre.

El que no ha recorrido las calles de sus barrios, mezcladas de espacios vacíos, de jardines llenos de ruinas, de recintos plantados de árboles y viñas, de claustros, en donde se elevan palmeras y cipreses, parecidas las unas á mujeres del Oriente, y los otros á religiosas vestidas de luto, no puede decir que ha visto á Roma. Vense salir de aquellos escombros robustas romanas pobres y bellas, que van á comprar frutas ó á sacar agua en las cascadas que vierten los acueductos de los emperadores y los papas. Para estudiar las costumbres en toda su sencillez finjo buscar un cuarto que alquilar; llamo á la puerta de una casa retirada, y me responden: *favorisca*. Entro, y encuentro en cuartos desamueblados ó un artesano trabajando en su oficio, ó una *zitella* ativa haciendo medias de lana, con un

gato sobre las rodillas y mirándome sin levantarse, como voy errando á la aventura.

Cuando hace mal tiempo me retiro á San Pedro, ó me estravio en los museos de este Vaticano con sus once mil piezas y dieziocho mil ventanas (Justo Lipsio). ¡Que soledades de obras maestras! Llégase allí por una galería, en cuyas paredes están incrustados epitafios y antiguas inscripciones: la muerte parece haber nacido en Roma.

Hay en esta ciudad mas sepuleros que muertos. Me figuro que los difuntos, cuando se sienten ya demasiado calientes en sus lechos de mármol, se deslizan á otro que quedó vacío, como se traslada á un enfermo de una cama á otra. Hasta parece que se oyen pasar los esqueletos durante la noche de ataud en ataud.

La primera vez que vi á Roma era á fines de Junio. La estacion de los calores aumenta el abandono de la ciudad: ~~el extranjero huye~~; los habitantes del pais se encierran en sus casas, y durante el dia no se encuentra á nadie por las calles. El sol arroja sus rayos contra el Coliseo, del que cuelgan yerbas inmóviles, y en donde no hay mas movimiento que el de los lagartos. La tierra está desnuda; y el cielo sin nubes parece mas desierto aun que la tierra. Pero llega la noche, que hace salir á los habitantes de sus palacios y á las estrellas del firmamento: la tierra y el cielo vuelven á poblarse: Roma resucita, y esa vida comenzada de nuevo en el silencio de las tinieblas alrededor de las tumbas, se asemeja á la vida y al paseo de las sombras que vuelven á bajar al Erevo al aproximarse el dia.

Ayer anduve errante por la campiña á la claridad de la luna, entre la Puerta Anjélica y el monte Mario. Oíase el canto de un ruiseñor en un estrecho valle cercado de cañas; y solo allí encontré esa tristeza melodiosa de que

hablan los antiguos poetas con respecto al ave de la primavera. Aquel largo silbido que todos conocen, y que precede á los brillantes trinos del cantor alado, no era penetrante, como el de nuestros ruiseñores; sino que tenia algo de opaco, como el silbido de los jilgueros de nuestros bosques. Todas sus notas eran medio tono mas bajas: su estrivillo estaba trasportado de mayor á menor; cantaba á media voz, y parecia querer encantar el sueño de los muertos y no despertarlos. En aquellos terrenos incultos habian pasado la Lydia de Horacio, la Delia de Tibulo, la Corina de Ovidio, y solo habia quedado la Filomela de Virjilio. Aquel himno de amor era poderoso en semejante sitio y á aquellas horas, é inspiraba cierta pasion por una segunda vida: el amor, segun Sócrates, es el deseo de renacer por mediacion de la belleza, y ese deseo era el que hacia sentir á un jóven una muchacha griega al decirle: — «Si no me quedara mas que el hilo de mi collar de perlas, lo partiria contigo.»

Por si tengo la dicha de acabar aqui mis dias, me he proporcionado en San Onofre un pequeño aposento contiguo al cuarto en donde espiró el Tasso; y alli, en los ratos perdidos de mi embajada, continuaré mis *Memorias* á la ventana de mi celda. En uno de los mas hermosos sitios de la tierra, entre los naranjos y las encinas verdes, y con Roma entera ante mis ojos, al ponerme á trabajar todas las mañanas, entre el lecho de muerte y la tumba del poeta, invocaré el genio de la gloria y de la desgracia.

En los primeros dias de mi llegada á Roma, cuando andaba errante á la aventura, encontré entre los baños de Tito y el Coliseo un colejio de niños acompañados por un maestro, con el sombrero alicaído y la sotana arrastrando y hecha pedazos, semejante á un pobre hermano de la

doctrina cristiana. Al pasar por su lado le miré, y se me figuró advertir en él cierto aire parecido al de mi sobrino Cristian de Chateaubriand; pero no me atreví á dar crédito á mis ojos. Miróme él á su vez, y sin mostrar ninguna sorpresa, exclamó: — »¡Tio mio!" Precipitéme todo conmovido, y le estreché en mis brazos, mientras con un ademán detuvo él detras de sí á su rebaño obediente y silencioso. Cristian estaba á la vez pálido y moreno, minado por la calentura y quemado por el sol. Dijome que estaba encargado de la prefectura de los estudios en el colegio de los jesuitas, á la sazón en vacaciones en Tívoli: había olvidado casi su lengua, y se espresaba difícilmente en frances, no hablando ni enseñando mas que en italiano. Contemplé con los ojos bañados en lágrimas aquel hijo de mi hermano, convertido en extranjero, vestido con un casacon negro y empolvado, maestro de escuela en Roma, ~~y cubriendo con un fieltro de cenobita su noble frente que tan bien ceñía el casco.~~

Habia yo visto nacer á Cristian: algunos dias antes de mi emigracion asistí á su bautismo, al que estuvieron presentes su padre, su abuelo, el presidente Rosambo y su bisabuelo M. de Malesherbes, que le tuvo en la pila y le dió su nombre de Cristian. La iglesia de San Lorenzo estaba desierta y medio destruida ya: la nodriza y yo tomamos al niño de manos del cura:

*Io piangendo ti presi é in breve cesta
Fuor ti portai.*

(TASSO.)

El recién nacido fue llevado á su madre y colocado sobre su lecho, en donde aquella madre y su abuela, Madama de Rosambo, le recibieron con lágrimas de alegría.

Dos años despues, el padre, el abuelo, el bisabuelo, la madre y la abuela habian perecido sobre el cadalso; y yo, testigo del bautismo, vagaba desterrado. Tales eran los recuerdos que la aparicion súbita de mi sobrino hicieron revivir en mi memoria en medio de las ruinas de Roma. Cristian ha pasado ya huérfano la mitad de su vida, y ha consagrado la otra mitad á los altares, hogar siempre abierto del padre comun de los hombres.

Cristian profesaba á su digno hermano Luis un cariño ardiente y celoso; y cuando Luis se casó, partió á Italia, en donde conoció al duque de Rohan-Chabot, y encontró á M.^{ma} Recamier: despues se fue á vivir á Roma lo mismo que su tio, él en un claustro, y yo en un palacio; y se hizo religioso para devolver á su hermano una fortuna que no creia poseer lejitimamente segun las nuevas leyes. De este modo Malesherbes pertenece á Luis, juntamente con Comburgo.

Despues de nuestro encuentro inesperado al pie del Coliseo, vino á verme Cristian á la embajada, acompañado de un hermano jesuita: tenia el continente triste y el aire sério, cuando en otro tiempo siempre se estaba riendo. Preguntéle si era feliz, y me respondió: — »He sufrido »por espacio de muchos años; pero mi sacrificio está ya »hecho, y me encuentro bien.»

Cristian ha heredado el carácter de hierro de su abuelo paterno M. de Chateaubriand, mi padre, y las virtudes morales de su bisabuelo materno, M. de Malesherbes. Sus sentimientos los tiene encerrados, no obstante que los muestra, sin tener en cuenta las prevenciones del vulgo, cuando se trata de sus deberes: siendo dragon en la guardia, al apearse del caballo iba á recibir la comunion, y nadie se burlaba de él, porque su valor y beneficencia eran la ad-

miracion de sus camaradas. Despues que renunció al servicio, se ha descubierto que socorria secretamente á una porcion de oficiales y soldados: todavía tiene algunos pensionados en los graneros de París, y Luis satisface las deudas fraternales. Estando en Francia, preguntaba yo un dia á Cristian si se casaria: — »Si llegara á casarme, me respondió, lo haria con alguna de mis parientes, la mas pobre.»

Cristian pasa las noches orando; se entrega á austeridades que horrorizan á sus superiores, y tenia una llaga en una pierna, que se le habia formado por estar continuamente de rodillas horas enteras: jamás la inocencia se ha entregado á un arrepentimiento tan grande.

Cristian no es hombre de este siglo, y me recuerda aquellos duques y condes de la córte de Carlo-Magno, que despues de haber hecho la campaña contra los sarracenos, fundaban conventos en los sitios desiertos de Gellone ó de Mallavalle, y tomaban el hábito en ellos. Le tengo por un santo, y le invocaria de buen grado; pues estoy persuadido de que sus buenas obras, unidas á las de mi madre y de mi hermana Julia, me alcanzarian la gracia del soberano juez. Tambien tengo yo inclinacion al claustro; pero llegada mi hora, iria á pedir una soledad á la Porciúncula, bajo la proteccion de mi patrono, llamado *Francisco*, porque hablaba frances.

Quiero arrastrar solo mis sandalias, y por nada de este mundo consentiria que hubiese dos cabezas en mi capucha.

»Jóven todavía, dice el Dante, el sol de Asis se casó con una mujer á quien, como á la muerte, nadie abre la puerta del placer: esta mujer, viuda de su primer marido, hacia ya mas de mil y cien años habia languidecido oscura y despreciada: en vano habia subido con Jesucristo á la cruz. ¿Cuales son los amantes que te designan aqui

» mis palabras misteriosas? FRANCISCO y la POBREZA: *Francisco é Pobertá.* (Paradiso, canto XI.)

A M.^{ma} Recamier.

Roma 16 de Mayo de 1829.

» Esta carta saldrá de Roma algunas horas despues que
 » yo, y llegará á Paris algunas horas antes que yo. Con ella
 » va á terminar esta correspondencia, que no há faltado un
 » solo correo, y que debe formar un volúmen entre vues-
 » tras manos. Siento una mezcla de alegría y de tristeza,
 » que no puedo esplicaros: por espacio de tres ó cuatro me-
 » ses he estado bastante disgustado en Roma; ahora he
 » vuelto á cobrar cariño á estas nobles ruinas, á esta soledad
 » tan profunda, tan apacible, y tan llena no obstante de in-
 » teres y de recuerdos. Quizá haya contribuido tambien á
 » este afecto el triunfo inesperado que he conseguido; pues
 » habiendo llegado en medio de todas las prevenciones sus-
 » citadas contra mí, todo lo he vencido: parece que me
 » echan de menos. ¿Que voy á hallar en Francia? Ruido en
 » vez de silencio, agitacion en lugar de descanso, desvarios,
 » ambiciones, luchas de empleo y de vanidad. El sistema
 » político que he adoptado es tal, que nadie lo querria qui-
 » zá, y por otra parte no me dejarian lugar para ponerlo en
 » planta. Todavía me encargaria de dar gran gloria á la
 » Francia, como he contribuido á procurarle una gran li-
 » bertad; pero ¿me dejarian al campo libre? Me dirian: —
 » Sed el amo; disponed de todo á riesgo de vuestra cabeza.”
 » No: tan lejos están de decirme esto, que echarian mano
 » de todo el mundo antes que de mí; no me admitirian sino
 » despues de haber sufrido la repulsa de todas las medianías
 » de Francia, y se creeria hacerme un gran favor relegán-

»dome á un rincón oscuro. Voy á buscaros: embajador ó
 »no, en Roma es donde querria morir. En cambio de una
 »pequeña vida, tendria al menos una gran sepultura hasta
 »el día en que vaya á llenar mi cenotafio en las arenas que
 »me han visto nacer. Adios: ya he caminado muchas le-
 »guas hácia vos.”

*Paris, Agosto y Setiembre de 1830,
 calle del Infierno.*

Vuelvo á Paris. — Mis proyectos. — El rey y sus disposiciones. — M. de
 Portalis, M. de Martignac. — Parto otra vez á Roma. — Los Piri-
 neos. — Aventura.

Tuve el mayor placer en volver á ver á mis amigos; y
 no pensando mas que en la dicha de llevarlos conmigo y
 terminar mis dias en Roma, escribí para asegurarme mas
 todavía del pequeño palacio Cafarelli, que tenia proyecta-
 do alquilar en el Capitolio, y de la celda que habia pedido
 en San Onofre. Compré caballos ingleses, y los hice mar-
 char á las praderas de Evandro; y me disponia ya en mi
 interior á dar el último adios á mi patria con una alegría
 digna de castigo. Cuando uno ha viajado en su juventud, y
 pasado muchos años fuera de su pais, se acostumbra á fijar
 en todas partes su muerte: al atravesar los mares de Grecia
 se me figuraba que todos aquellos monumentos que divisa-
 ba sobre los promontorios, eran otras tantas posadas en
 donde tenia preparado mi lecho.

Fui á presentarme al rey en Saint-Cloud; y me pregun-
 tó cuándo volvía á Roma: estaba persuadido de que yo te-
 nia buen corazón y mala cabeza; pero el hecho es que yo
 era precisamenté todo lo contrario de lo que pensaba Car-
 los X: tenia una cabeza muy fria y muy buena, y un cora-

zon que no podía tragar las tres cuartas partes y media del jénero humano.

Encontré al rey en unas disposiciones muy poco favorables respecto de su ministerio: hacíalo atacar por ciertos diarios realistas; ó mas bien cuando los redactores de estos iban á preguntarle si los encontraba demasiado hostiles, exclamaba el rey: — »No, no: continuad.” Cuando habia hablado M. de Martignac: — »¡Que tal! decia Cárlos X: »¿habeis oido á la Pasta?” Las opiniones liberales de M. Hyde de Neuville le eran antipáticas, y hallaba mas complacencia en M. de Portalis, el federado, que llevaba impresa en su rostro la codicia, y á quien debe la Francia sus desgracias. Cuando le vi en Passy, conocí lo que en parte habia adivinado: el guarda-sellos, al aparentar que solo tenia interinamente la cartera de negocios extranjeros, ardía en deseos de conservarla, no obstante de que, para todo evento, se habia provisto de la plaza de presidente del tribunal de casacion. Cuando se trató de disponer del ministerio de negocios extranjeros, habia dicho el rey: — »No »digo que Chateaubriand no sea mi ministro, pero ahora »no.” El príncipe de Laval habia rehusado, M. de la Feronays no podia entregarse ya á un trabajo continuado; y M. de Portalis, en la esperanza de que por cansancio al fin se quedaria con la cartera, no hacia nada para determinar al rey.

Lleno de mis delicias futuras de Roma, me dejé arrastrar, sin pararme á sondear demasiado el porvenir: me convenia mucho que M. de Portalis conservase la cartera interina, porque al abrigo de esta interinidad conservaba yo la misma posicion política. No me ocurrió ni por un momento la idea de que M. de Polignac pudiese ser investido del poder: su talento limitado, fijo y ardiente; su nombre fatal

é impopular; el apego obstinado que tenia á ciertos principios; sus opiniones religiosas, exaltadas hasta el fanatismo, me parecian otras tantas causas para ser escluido eternamente. Es verdad que habia sufrido por el rey; pero habia sido largamente recompensado con la amistad de su amo, y con la importante embajada de Lóndres, que le di en tiempo de mi ministerio, á pesar de la oposicion de M. de Villéle.

De todos los ministros en ejercicio que hallé en París, ninguno me agradaba, á escepcion del escelente M. Hyde de Neuville: veia en ellos una incapacidad implacable que me hacia concebir inquietudes sobre la duracion de su mando. M. de Martignac, con agradable talento para producirse, tenia una voz dulce y estenuada como la de un hombre á quien las mujeres hubiesen dado algo de su seduccion y de su debilidad. Pitágoras se acordaba de haber sido una cortesana encantadora llamada Alcea. El antiguo secretario de embajada del abate Sieyes tenia tambien una suficiencia contenida, un jenio pacifico y algo celoso. En 1823 lo habia enviado yo á España en una posicion elevada é independiente; pero él hubiera querido ser embajador, y estrañaba no haber recibido un cargo que creia debido á su mérito.

Pero mi gusto ó mi desagrado importaban poco. La cámara cometió una falta derribando un ministerio que hubiera debido conservar á toda costa. Aquel ministerio moderado servia de tapadera á un abismo; y aunque era muy fácil echarlo abajo, porque no estaba sostenido por nadie, y el rey mismo le hacia la guerra, esto sin embargo debió haber sido una razon mas para no fraguar intriga alguna contra aquellos hombres, y darles una mayoría con cuyo auxilio se hubiesen sostenido en el poder, y hubiesen cedi-

do el sitio algun dia á un ministerio fuerte sin ningun incidente peligroso. Pero en Francia no se sabe esperar nada, y se mira con horror todo lo que tiene apariencias de poder, mientras no se posee. Por lo demas, M. de Martignac ha desmentido noblemente sus debilidades empleando con valor el resto de su vida en la defensa de M. de Polignac. Ardíamé los pies en París, y no podia acostumbrarme al cielo pardo y triste de la Francia, mi patria. ¿Que habria pensado, pues, del cielo de la Bretaña mi patria, para hablar en griego? Pero alli, al menos, hay vientos de mar ó calmas: *Tumidis albens fluctibus, ó venti posuere*. Tenia dadas mis órdenes para ejecutar en mi jardin y en mi casa, calle del Infierno, los cambios y aumentos necesarios, á fin de que al tiempo de mi muerte fuese mas provechoso el legado que queria hacer de esta casa á la enfermeria de M.^{ma} de Chateaubriand: la tenia destinada para recoger en ella algunos artistas y literatos enfermos. Miraba yo al sol pálido, y le decia: — »Pronto voy á »hallarte con mejor semblante, y no nos separaremos mas.»

Me despedí, pues, del rey, y con la esperanza de desembarazarle de mí para siempre, subí al carruaje. Fui primero á los Pirineos, á tomar los baños de Cauterets, y desde alli, atravesando el Languedoc y la Provenza, debia pasar á Niza, en donde me reuniria con M.^{ma} de Chateaubriand. Pasariamos juntos la Cornisa: llegaríamos á la ciudad eterna, que cruzariamos sin detenernos en ella, y despues de estar dos meses en Nápoles, en la cuna del Tasso, volveríamos á su tumba á Roma. Aquel momento es el único de mi vida en que haya sido completamente feliz; en que no haya deseado mas; en que mi existencia se haya encontrado satisfecha, y en que no haya visto hasta mi última hora mas que una série de dias de reposo.

Tocaba al puerto, y entraba en él á velá llena, como Palinuro: *inopina quies*.

Todo mi viaje hasta los Pirineos fue una série de sueños: deteníame cuando queria, seguia por el camino las crónicas de la edad media que encontraba por todas partes: en el Berry veia aquellas sendas cubiertas de matas, que el autor de *Valentina* llama rastros, y que me recordaban mi Bretaña. Ricardo Corazon de Leon habia sido muerto en Chalus, al pie de aquella torre: *¡Silencio, musulmanes! ¡Ved aquí al rey Ricardo!* En Limoges me quité el sombrero por respeto á Moliere: en sus sepulcros de loza no cantaban ya las perdices en Pirigueux con diferentes voces, como en los tiempos de Aristóteles. Allí encontré á mi antiguo amigo Clausel de Coussergues, que llevaba consigo algunas pájinas de mi vida. En Bergerac hubiera podido mirar la nariz de Cyrano, sin verme obligado á batirme con aquel cadete de guardias; però la dejé en su polvo con *esos dioses que el hombre ha hecho y que no han hecho al hombre*.

En Auch admiré la sillería esculpida en cartones traídos de Roma en la buena época de las artes. D'Ossat, mi antecesor en la córte del padre santo, habia nacido cerca de Auch. El sol se asemejaba ya al de Italia. En Tarbes hubiera deseado hospedarme en la posada de la *Estrella*, en donde se apeó Froissart con Espaing de Lyon, «hombre» valeroso, prudente y gallardo caballero,» y en donde encontré «buen heno, buenas avenas y hermosas llanuras.»

Al despuntar los Pirineos por el horizonte me latía el corazón: de lo íntimo de veintitres años salieron recuerdos embellecidos en la lontananza del tiempo: volvía de la Palestina y de España, cuando de la otra parte de su cadena descubri la cima de aquellos mismos montes. Soy

del parecer de M.^{ma} de Motteville, y creo que en uno de aquellos castillos de los Pirineos fue donde habitó Urganda la Desconocida. Lo pasado se asemeja á un museo de antigüedades: visitanse en él las horas trascurridas, y cada cual puede reconocer en él las suyas. Paseándome un dia en una iglesia desierta, sentí unos pasos que se arrastraban sobre las losas, como los de un anciano que buscase su tumba. Miré, y no vi á nadie: era yo que me habia revelado á mí mismo.

Cuanto mas dichoso era en Caunterets, mas me agradaba la melancolía de lo que habia concluido. El valle estrecho y circunscrito está muy animado, y á la otra parte de la ciudad y de las fuentes minerales se divide en dos desfiladeros, de los que el uno, célebre por sus puntos de vista, termina en el puente de España y en las neveras. Los baños me probaron bien; é hice solo largas escursiones, creyéndome en los terrenos escarpados de la Sabina. Hacia los mayores esfuerzos para estar triste, y no podia, y compuse algunas estrofas sobre los Pirineos, en que decia:

Yo vide huir los mares de Solima,
De Aténas, de Ascalon, tambien del Nilo
La movediza arena, y de Cartago
El espumoso puerto abandonado.

Lijera ventolina hinché mis velas,
Y de Vénus la estrella
A su dorada perla mezcla el oro
Encendido de ocaso.

Sentado al pie del árbol de mi buque
Mis dos ojos buscaban á lo lejos
Las columnas de Alcides,
Donde luchan y esgrimen sus tridentes
Dos Neptunos furiosos;
Y abordando de Esperia las riberas

El noble abencerraje,
Lindos palacios me enseñó encantados.

Como abeja de aromas mil cargada,
Volvió mi musa de recuerdos llena:

Los montes que Rolando
Rompió con gran valor, danme su lanza,
A la que ansioso cuento
Mis cuitas y placeres.

Mas ¡ay! que pronto de la edad el peso
Y el cansancio cruel de la desgracia

Huir nos hacen; y al tender la vista

Al límite que cerca nuestros pasos,

Esclamar con dolor: »¡Entonce al menos

»Una madre, un hermano, alguna amiga

»A mi lado quedaban!

»¡Felicidad perdida!

»¿Que parientes me restan á esta hora?

»¡Cuantos serán los años de mi vida!»

No pude acabar mi oda: habia yo cubierto lúgubremente mi tambor para tocar llamada á los sueños de mis noches pasadas; pero se mezclaban siempre entre estos recuerdos algunos sueños del momento, cuya fisonomía feliz desarrugaba el ceño consternado de sus antiguos compañeros.

Sucedió que mientras iba poetizando, tropecé con una jóven sentada á orillas del arroyo; la cual se levantó, y vino directamente á mí. Sabia por los rumores de la aldea que yo estaba en Cauterets; y vine á averiguar que la desconocida era una occitaniana que me estaba escribiendo hacia dos años, sin haberla yo visto jamás, hasta aquel momento en que se descubrió la misteriosa anónima: *patuit dea*.

Desde entonces, pues, iba á hacer mis visitas respetuosas á la náyade del torrente; y una noche que me acom-

pañaba al retirarme, quiso seguirme, y me vi precisado á conducirla á su casa en mis brazos. Jamás me he sentido tan avergonzado: inspirar á mi edad aquella especie de cariño, me parecia una verdadera irrisión: cuanto mas lisonjeadó podia estar de aquella rareza, tanto mas humillado me sentia, tomándola, con razon, por una burla; y era tal mi vergüenza, que me hubiera escondido de buena gana entre los osos, nuestros vecinos. Estaba muy lejos de decirme lo que se decia Montaigne: »El amor me devuelve»ria la vijilancia, la sobriedad, la gracia, el cuidado de»mi persona....» Mi pobre Miguel, muy buenas cosas dices; pero ya ves, á nuestra edad no nos devuelve el amor lo que tú supones. No nos queda mas que una cosa que hacer, y es echarnos francamente á un lado. En vez, pues, de entregarme á los *estudios sanos y prudentes*, por cuyo medio *podiera hacerme mas amado*, dejé que se borrara la impresion fujitiva de mi Clemencia Isaura: la brisa de la montaña se llevó muy pronto aquel capricho de una flor; y la espiritual, la resuelta y encantadora extranjera de dieziseis años me ha agradecido el que me hiciese justicia: en el dia está casada.

Ministerio Polignac. — MI consternacion. — Vuelvo á París.

Habian llegado á nuestro rincon rumores de cambio ministerial. Las personas mejor informadas llegaban hasta á hablar del príncipe de Polignac; pero absolutamente no podia dar crédito á aquellas voces. Llegan por fin los periódicos; los abro, y lo primero con que tropiezan mis ojos asombrados es con el decreto oficial que confirma los rumores difundidos. Muchos cambios de fortuna habia yo experimentado desde que estaba en el mundo; pero jamás

habia caido de tamaña altura. Mi destino habia soplado otra vez en mis quimeras; pero aquel soplo de la suerte, no solo borraba mis ilusiones, sino que hacia desaparecer la monarquía. Fue este un golpe que me causó un daño terrible; y tuve un momento de desesperacion, pues al instante tomé mi partido: conocí que debia retirarme. El correo me trajo una multitud de cartas, todas las cuales me aconsejaban enviar mi dimision; y hasta personas que yo apenas conocia se creyeron obligadas á prescribirme la retirada.

Mucho me estrañó aquel oficioso interes por mi buena reputacion. A Dios gracias nunca he necesitado que nadie me diese consejos de honra: mi vida ha sido una série de sacrificios que jamás me han sido impuestos por nadie; y en punto á deberes, siempre es mi espíritu el primero que salta. Las caídas son ruinas para mí, porque no poseo mas que deudas, deudas que contraigo en destinos en que no permanezco el tiempo suficiente para pagarlas; de suerte que siempre que me retiro me veo reducido á trabajar á merced de un impresor. Algunos de aquellos altivos oficiosos que me predicaban el honor y la libertad por el correo, y me los predicaron todavía mas alto cuando llegué á París, dieron su dimision de consejeros de estado; pero unos eran ricos, y otros se quedaron con algun destino secundario que disfrutaban, y que les dejaba medios de subsistir. Hicieron como los protestantes, que desechan algunos dogmas de los católicos, y conservan otros tan difíciles de creer como aquellos. Nada hay completo en esas oblaciones; nada plenamente sincero: verdad es que se abandonaban doce ó quince mil libras de renta; pero los que esto hacian volvian á sus casas ricos con su patrimonio, ó provistos al menos de ese pan de cada dia que habian

guardado prudentemente. Conmigo no se gastaban tantos cumplimientos: todo el mundo tenia por mí la mayor abnegacion, y nadie podia despojarse lo bastante por mí de todo cuanto yo poseia. »Vamos, Jorje Dandin, tened valor; ¡pardiez! yerno mio, no dejeneis de vuestra sangre: ¡fuera casaca! Arrojad por la ventana doscientas mil libras de renta, un puesto de vuestro gusto, un alto y magnífico puesto, el imperio de las artes en Roma, la dicha de haber recibido al fin la recompensa de vuestras luchas largas y penosas. Tal es nuestra voluntad. A ese precio tendreis nuestra estimacion. Asi como nosotros nos hemos despojado de una casaca bajo la cual tenemos un buen chaleco de franela, asi os desprendereis vos de vuestro manto de terciopelo para quedar desnudo. Hay perfecta igualdad; paridad de altar y de holocausto.”

Y ¡cosa estraña! los hombres que me significaban su voluntad y su jeneroso ardor de que me retirase, no eran ni mis amigos verdaderos ni los partícipes de mis opiniones politicas. Yo debia inmolarme inmediatamente al liberalismo, á la doctrina que me habia atacado continuamente; y debia correr el riesgo de conmovier el trono lejítimo para merecer los elojios de algunos enemigos cobardes que no tenian el valor entero de morir de hambre.

Yo entre tanto iba á verme anegado en una larga embajada: las fiestas que habia dado me habian arruinado, y no habia pagado aun los gastos de mi primera instalacion. Pero lo que me desgarraba el corazon era la pérdida de la felicidad que me habia prometido para el resto de mi vida.

No tengo que echarme en cara haber dado á nadie esos consejos catonianos que empobrecen al que los recibe, pero no al que los dá; bien persuadido de que esos consejos son

inútiles al que no tiene en su interior la convicción de los principios que ellos encierran. Yo he dicho que desde el primer instante adopté mi resolución, que no fue muy costosa de tomar, pero sí difícil de ejecutar. Cuando en Lourdes, en vez de volver al Mediodía y dirigirme hácia Italia, tomé el camino de Pau, mis ojos se llenaron de lágrimas: confieso mi debilidad. ¿Que importa, si no por eso he aceptado y sostenido menos el cartel que me enviaba la fortuna? No volví con celeridad, á fin de dejar pasar los dias, y fui desliando lentamente el hilo de aquel camino que habia traído con tanta alegría hacia apenas algunas semanas.

El principe de Polignac temía mi dimision: conocia que mi retirada le quitaria en las cámaras algunos votos realistas, y pondria en peligro su ministerio; asi es que le sugirieron la idea de enviarme un correo á los Pirineos con órden del rey de marchar inmediatamente á Roma, para recibir allí al rey y á la reina de Nápoles, que venian á casar á su hija á España. Muy apurado me habria visto si hubiese recibido aquella órden. Quizá me hubiera creído obligado á obedecerla, dispuesto como estaba á dar mi dimision despues de haberla cumplido. Pero una vez en Roma, ¿que hubiera sucedido? Me habria quizá retrasado, y las fatales jornadas me hubieran podido sorprender en el Capitolio. Quizá tambien la indecision que hubiera podido atribuirseme habria dado á M. de Polignac la mayoría del parlamento, que solo le faltó por muy pocos votos. El mensaje no hubiera pasado entonces, y las ordenanzas, resultado de ese mensaje, no habrian quizá parecido necesarias á sus funestos autores: *Dis aliter visum*.

Entrevista con M. de Polignac. — Hago dimision de mi embajada de Roma.

Hallé en Paris á M.^{ma} de Chateaubriand enteramente resignada. Tenia trastornada la cabeza de verse embajadora en Roma, y ciertamente que no necesitaba tanto una mujer; pero la mía, en las grandes ocasiones, no ha vacilado nunca en aprobar lo que juzgaba propio para dar consistencia á mi vida, y realzar mi nombre en la estimacion pública; en lo cual tiene mas mérito que otra cualquiera, porque le gustan la representacion, los títulos y la fortuna, y detesta la pobreza y la escasez; desprecia esas susceptibilidades, esos excesos de fidelidad y de sacrificio que mira como verdaderos engaños que nadie agradece; nunca habria gritado ¡viva el rey! Sin embargo, en tratándose de mí, todo cambia, hasta el punto de aceptar con firmeza de ánimo mis desgracias, sin dejar de maldecirlas.

Siempre me ha tocado ayunar, velar y orar por la salud de aquellos que se guardaban bien de vestirse el cilicio con que se apresuraban á adornarme. Yo era el asno santo, el asno cargado con las áridas reliquias de la libertad, reliquias que ellos adoraban con gran devocion, con tal de que no tuviesen el trabajo de llevarlas.

Al dia siguiente de mi arribo á Paris fui á ver á M. de Polignac. Al llegar le habia escrito ya la carta siguiente:

Paris 28 de Agosto de 1829.

»Príncipe: He creido que era mas digno de nuestra
»antigua amistad, mas propio de la alta mision con que
»me hallaba honrado, y ante todo mas respetuoso para el

»rey, venir á poner yo mismo mi dimision á sus pies, que
 »transmitiros la precipitadamente por el correo. Os pido un
 »último favor, y es que supliqueis á S. M. se digne conce-
 »derme una audiencia, y escuchar las razones que me obli-
 »gan á renunciar á la embajada de Roma. Creed, príncipe,
 »que me es penoso, en el momento en que subis al poder,
 »abandonar esta carrera diplomática que he tenido la dicha
 »de abriros.

»Recibid la seguridad del afecto que os profeso, y la
 »alta consideracion con que tengo el honor de ser,

»Vuestro muy humilde y obediente servidor,

CHATEAUBRIAND."

En contestacion á esta carta me dirijieron el siguiente
 billete del ministerio de negocios estranjeros:

»El príncipe de Polignac tiene el honor de ofrecer sus
 »respetos al Vizconde de Chateaubriand, y le ruega que
 »pase al ministerio mañana domingo á las nueve en punto,
 »si le es posible.

»Sábado, á las cuatro."

Inmediatamente repliqué con este otro billete:

»Príncipe, he recibido una carta de vuestras oficinas,
 »que me invita á pasar mañana 30, á las nueve en punto,
 »al ministerio, si me es posible. Como esta carta no me
 »anuncia la audiencia del rey que os habia rogado pedir pa-
 »ra mí, aguardaré á que tengais algo oficial que anunciar-
 »me sobre la dimision que deseo poner á los pies de S. M.

»Recibid, &c."

»CHATEAUBRIAND.

Entonces M. de Polignac me escribió estas palabras de su propio puño :

»He recibido vuestra esquila, mi querido vizconde: me alegraría infinito de veros mañana á las diez, si no teneis »dificultad en la hora.

»Os renuevo la seguridad de mi antiguo y sincero »afecto.

»EL PRÍNCIPE DE POLIGNAC.»

Este billete me pareció de mal agüero; su reserva diplomática me hizo temer una negativa del rey. Hallé al príncipe de Polignac en el gran despacho que yo tan bien conocia. Saliome al encuentro; me estrechó la mano con una efusion de corazon, que yo hubiera querido creer sincera, y echándome despues un brazo sobre el hombro, principiamos á pasearnos lentamente de uno á otro extremo del salon. Dijomè que no aceptaba mi dimision; que el rey no la aceptaba tampoco, y que era preciso que yo volviese á Roma. Cada vez que repetia esta última frase me desgarraba el corazon. — »¿Por que, me decia, no queris permanecer en los negocios conmigo como con La Ferronnays y con Portalis? ¿No soy amigo vuestro? Os daré en »Roma todo cuanto querais: en Francia sereis mas ministro que yo; escucharé vuestros consejos. Vuestra retirada »puede hacer surjir nuevas divisiones. Sin duda no querreis »dañar al gobierno. El rey se irritará en extremo si persistís en querer retiraros. Os suplico, querido vizconde, »que no cometais semejante torpeza.»

Respondí que no cometia torpeza ninguna; que obraba en la plena conviccion de mi razon; que su ministerio era muy impopular; que estas prevenciones podrian ser injus-

tas, pero al fin existian ; que la Francia entera estaba persuadida de que el ministerio iba á atacar las libertades públicas ; y que yo , defensor de estas libertades , no podia embarcarme con los que pasaban por enemigos suyos. Veíame bastante apurado en esta réplica , porque en realidad nada tenia que oponer por el pronto á los nuevos ministros, y solo podia atacarlos en un porvenir que ellos tenian derecho á negar. M. de Polignac me juraba que amaba la carta tanto como yo ; pero él la amaba á su manera : la amaba muy de cerca. Desgraciadamente el cariño que uno muestra á una jóven á quien ha deshonrado , le sirve de poco.

Prolongóse la conversacion sobre el mismo tema cerca de una hora. M. de Polignac concluyó por decirme , que si consentia en retirar mi dimision , me veria el rey con placer , y escucharia lo que yo quisiera decirle contra su ministerio ; pero que si persistia en darla , creia S. M. que era inútil verme , y que una conversacion entre él y yo no podia menos de ser una cosa desagradable.

Entonces le repliqué : »Pues mirad como dada mi dimision , príncipe. En mi vida me he retractado, y puesto que el rey no quiere ver á su fiel súbdito, no insisto mas.» Despues de estas palabras me retiré. Rogué al príncipe que diese al duque de Laval la embajada de Roma , si todavia la deseaba , y le recomendé á los dependientes de mi legacion. En seguida tomé á pie por el bulevard de los Inválidos el camino de mi enfermería, como pobre y herido que estaba realmente. Al separarme de M. de Polignac me pareció poseido de aquella confianza imperturbable que hacia de él un mudo el mas á propósito para estrangular un imperio.

Dada mi dimision de la embajada de Roma, escribí al soberano pontífice:

» Beatísimo padre : Ministro de negocios extranjeros en
 » Francia en 1823 , tuve la dicha de ser el intérprete
 » de los sentimientos del difunto rey Luis XVIII por la exal-
 » tacion deseada de vuestra santidad á la cátedra de San
 » Pedro. Embajador de S. M. Carlos X cerca de la córte
 » de Roma , he tenido la suerte mayor de ver á vuestra san-
 » tidad elevado al soberano pontificado , y oírle dirijirme
 » palabras que serán la gloria de mi vida. Al terminar la
 » alta mision que tenia el honor de ejercer cerca de vues-
 » tra santidad , vengo á espresarle el profundo sentimiento
 » de que estaré eternamente penetrado. Solo me queda,
 » santísimo padre , poner á vuestros sagrados pies mi sincero
 » reconocimiento por vuestras bondades , y pidiros vuestra
 » bendicion apostólica.

» Soy con la mayor veneracion y el mas profundo respeto
 » de vuestra santidad , muy humilde y obediente servidor ,

» CHATEAUBRIAND. »

Acabé por espacio de muchos dias de desgarrarme las entrañas en mi Utica , y escribí cartas para derribar el edificio que habia construido con tanto amor. A la manera que en la muerte de un hombre lo que mas interesa son las minuciosidades , y las acciones domésticas y familiares ; asi en la muerte de un sueño nada hay mas atormentador que las pequeñas realidades que lo destruyen. Un destierro eterno sobre las ruinas de Roma habia sido mi quimera ; y lo mismo que Dante , me habia preparado para no volver mas á mi patria. Pero estas esplicaciones testamentarias no tendrán para los lectores de estas *Memorias* el interes que tienen para mí. El pájaro viejo cae de la rama en donde se refugia , y deja la vida por la muerte : arrastrado por la corriente , no ha hecho mas que cambiar de rio.

Adulaciones de los periódicos.

Cuando se acerca el momento de marcharse las golondrinas, hay una que vuela la primera para anunciar la próxima partida de las demas; del mismo modo era yo la primer ala que precedia al último vuelo de la Lejitimidad. ¿Me lisonjaban los elojios que me prodigaban los periódicos? No por cierto. Algunos amigos míos creian consolarme asegurándome que me hallaba á punto de ser primer ministro; que aquel lance jugado con tanta franqueza decidia mi porvenir: suponianme una ambicion, de la que ni siquiera habia en mí semilla. No comprendo que un hombre que haya vivido conmigo siquiera ocho dias, no advierta que carezco totalmente de esa pasion, que tengo por otra parte por muy lejitima, y que es la que hace que no se abandone hasta el fin la carrera política. Yo estaba acechando siempre el momento de retirarme, y si tanto me gustaba la embajada de Roma, era precisamente porque á nada conducia, y podia considerarse como un retiro en un callejon sin salida.

Ademas, abrigaba en el fondo de mi conciencia cierto temor de haber llevado ya demasiado lejos la oposicion, de la que iba á ser forzosamente el lazo, el centro y la punteria; y esta idea que me asustaba, aumentaba el sentimiento de haber perdido mi apacible abrigo.

Como quiera que sea, quemábase abundante incienso ante el ídolo de madera caído de su altar. M. de Lamartine, nueva y brillante lumbrera de la Francia, me escribia con motivo de su candidatura para entrar en la Academia, y terminaba así su carta:

»M. de la Noue, que acaba de pasar algunos mo-

»mentos en mi casa, me ha dicho que os habia dejado
 »ocupando vuestros nobles ocios en erijir un monumento
 »á la Francia. De este modo cada una de vuestras des-
 »gracias voluntarias y valerosas llevará un tributo de esti-
 »macion á vuestro nombre, y de gloria á vuestro pais.”

Esta noble carta del autor de las *Meditaciones poéti-
 cas* fue seguida de la de M. de Lacretelle, quien me es-
 cribia á su vez:

»¡Que momento elijen para ultrajaros, á vos, el hom-
 »bre de los sacrificios; á vos, á quien una bella accion
 »cuesta tanto como un bello escrito! Vuestra dimision y
 »la formacion del nuevo ministerio me habian parecido de
 »antemano dos sucesos ligados entre si: vos nos habeis
 »familiarizado con los actos de abnegacion, como Bona-
 »parte nos familiarizaba con la victoria; pero él tenia mu-
 »chos compañeros, y vos contais pocos imitadores.”

Dos hombres muy instruidos y escritores de gran mé-
 rito, M. Abel Remusat y M. Saint-Martin, tenian solo
 entonces la debilidad de declararse en contra mia: ambos
 dependian del baron de Damas. Concibo que se muestre
 alguna irritacion contra hombres que desprecian los des-
 tinos: estas insolencias son de aquellas que no se deben
 tolerar.

El mismo M. Guizot se dignó visitar mi morada: creyó
 poder salvar la inmensa distancia que la naturaleza ha
 puesto entre ambos; y al verme me dijo estas palabras, lle-
 nas de todo lo que se debia á sí propio: — ¡*Caballero,
 hoy es muy diferente!* En el mismo año 1829 tuvo M. Gui-
 zot necesidad de mí para su eleccion; escribí á los electo-
 res de Lisieux, y fue elegido. M. de Broglie me dió las
 gracias en el siguiente billete:

»Muy señor mio; permitidme daros las gracias por la

» carta que habeis tenido á bien dirigirme. He hecho de ella
 » el uso que debia, y estoy convencido de que, como todo
 » lo que viene de vos, producirá sus frutos, y frutos sa-
 » ludables. Por mi parte me siento tan reconocido como si
 » se tratase de mí propio, porque no hay acontecimiento
 » con el que me halle mas identificado ni que me inspire
 » mas vivo interes."

Asi sucedió que las jornadas de Julio encontraron diputado á M. Guizot, y de aqui él poder decirse que yo fui en parte la causa de su elevacion política: la súplica del humilde es á veces escuchada del cielo.

Primeros cólegas de M. de Polignac.

Los primeros cólegas de M. de Polignac fueron MM. de Bourmont, de la Bourdonnaie, de Chabrol, Courvoisier y Montbel.

El 17 de Junio de 1815, hallándome en Gante, y bajando de ver al rey, encontré al pie de la escalera á un hombre con levita y botas llenas de barro, que subia al cuarto de S. M. En su fisonomía espresiva, su nariz delgada y sus hermosos ojos dulces de culebra reconocí al general Bourmont, que habia desertado del ejército de Bonaparte en el año 14. El conde de Bourmont es un oficial de mérito, hábil en procurarse salida de los pasos difíciles; pero uno de esos hombres que, colocados en primera linea, ven los obstáculos y no pueden vencerlos, como que han nacido para ser dirigidos y no para dirigir. Feliz con sus hijos, Arjel le dejará un nombre.

El conde de la Bourdonnaie, amigo mio en otro tiempo, es el peor compañero que hubo jamás: dá coces á cualquiera que se le acerca: ataca á los oradores en la cá-

mara, como á sus vecinos en el campo; y arma un caramillo sobre una palabra, como forma un proceso por una zanja. En la misma mañana del dia en que fui nombrado ministro de negocios extranjeros vino á declararme que rompía conmigo. Me eché á reir, y dejé marchar á mi furia masculina, que, riéndose tambien por su parte, parecia un murciélago contrariado.

M. de Montbel, ministro de instruccion pública, reemplazó á M. de la Bourdonnaie en el del interior cuando éste se retiró, y M. Guernon-Ranville suplió á M. de Montbel en la cartera de instruccion pública.

Por ambos lados se aprestaban á la guerra: el partido del ministerio hacia publicar folletos contra el *Representativo*: la oposicion se organizaba y hablaba de no votar las contribuciones en el caso de que fuese violada la carta. Formose una asociacion pública para resistir al poder, llamada *Asociacion bretona*: mis compatriotas han tomado con frecuencia la iniciativa en nuestras últimas revoluciones: hay en las cabezas bretonas algo de los vientos que azotan las riberas de nuestra península.

Un periódico creado con el objeto declarado de derribar la antigua dinastía vino á enardecer los ánimos. El jóven y gallardo impresor Sautelet, perseguido por la manía del suicidio, habia tenido muchas veces el deseo de hacer su muerte útil á su partido con algun golpe ruidoso, y estaba encargado de la parte material del periódico republicano, del que eran redactores MM. Thiers, Mignet y Carrel. El patrono de *El Nacional*, el principe de Talleyrand, no contribuia con un sueldo á la caja: no hacia mas que manchar el espíritu del periódico derramando en el fondo comun su contingente de traicion y podredumbre. Con esta ocasion recibí el siguiente billete de M. Thiers:

»Muy señor mio: sin saber si se habrá cumplido con exactitud la mision de un periódico que principia, os envío el primer número de *El Nacional*. Todos mis colaboradores se unen á mi para rogaros que tengais á bien consideraros, no como suscriptor, sino como lector benévolo. Si en este primer artículo, objeto de gran cuidado para mí, he logrado espresar opiniones que vos aproveis, estaré seguro y cierto de hallarme en buen camino.

»Recibid, caballero, mis homenajes.

»A. THIERS."

Ya volveré á ocuparme de los redactores de *El Nacional*, y diré cómo los conocí; pero desde ahora debo dejar á un lado á M. Carrel: superior á M. Thiers y á M. Mignet, tenia la sencillez de considerarse en la época en que me relacioné con él como en segundo lugar despues de los escritores á quienes superaba; y se contentaba en sostener con su espada las opiniones que aquellos hombres de pluma difundian.

Espedicion de Arjel.

Mientras que todos se aprestaban al combate, terminaban los preparativos de la expedicion de Arjel. El jeneral Bourmont, ministro de la guerra, se habia hecho nombrar jefe de aquella expedicion: ¿será que quiso sustraerse á la responsabilidad del golpe de estado que sentia venirse encima? Esto podrá ser bastante probable, atendiendo á sus antecedentes y á su carácter astuto; pero fue una desgracia para Carlos X. Si el jeneral se hubiese hallado en París cuando la catástrofe, la cartera vacante del ministe-

rio de la guerra no hubiera caído en manos de M. de Polognac. M. de Bourmont, antes de dar el golpe, caso de haber consentido en él, habría reunido indudablemente en París toda la guardia real, y habría preparado el dinero y los víveres necesarios para que el soldado no careciera de nada.

Nuestra marina, resucitada en el combate de Navarino, salió de los puertos de Francia, tan abandonados poco antes. La rada estaba cubierta de buques que saludaban la tierra al alejarse. Barcos de vapor, nuevo descubrimiento del genio del hombre, iban y venían llevando órdenes de una división á otra como sirenas ó como los ayudantes de campo del almirante. El delfín se mantenía sobre la ribera, adonde habían bajado todas las poblaciones de la ciudad y de las montañas. El que después de haber arrancado á su pariente el rey de España de las manos de las revoluciones, veía despuntar el día en que la cristiandad debía ser libertada, ¿hubiera podido creerse tan cerca de la noche?

No eran ya aquellos tiempos en que Catalina de Médicis solicitaba del turco la investidura del principado de Arjel para Enrique III, que no era todavía rey de Polonia. Arjel iba á ser nuestra hija y nuestra conquista sin permiso de nadie, sin que la Inglaterra se atreviese á impedirnos tomar aquel *castillo del emperador*, que recordaba á Carlos V y el cambio de su fortuna. Gran júbilo y gran dicha era para los espectadores franceses reunidos saludar con el saludo de Bossuet á los jenerosos buques, dispuestos á romper con sus proas la cadena de los esclavos: victoria engrandecida por el grito del águila de Meaux cuando anunciaba al gran rey el triunfo del porvenir, como para consolarle un día en su tumba de la dispersion de su raza.

«Arjel, tú cederás, ó caerás bajo ese vencedor, enriquecido con los despojos de la cristiandad. Tú decias en tu corazón avaro: — «Tengo los mares bajo mis leyes, y las naciones son mi presa.» La lijereza de tus barcos te daba confianza; pero tú te verás atacado en tus murallas, como un ave de rapiña á quien se va á buscar entre sus rocas y en su nido, en donde comparte su botin con sus hijuelos. Ya devuelves tus esclavos. Luis ha roto las cadenas con que abrumabas á sus súbditos, que han nacido para ser libres bajo su glorioso imperio. Los pilotos asombrados esclamaban de antemano: — *¿Quién es semejante á Tiro? Y sin embargo, ha desaparecido de en medio de los mares.*»

Palabras magníficas: ¿no habeis podido retardar el hundimiento del trono? Las naciones caminan á sus destinos: á semejanza de ciertas sombras del Dante, les es imposible detenerse ni aun en su felicidad.

Aquellos buques, que llevaban la libertad á los mares de la Numidia, arrastraban consigo la Lejitimidad: aquella escuadra, con pabellon blanco, era la monarquía que aparejaba, alejándose de los puertos en donde se embarcó San Luis, cuando la muerte le llamaba á Cartago. Esclavos libertados de los baños de Arjel, los que os han devuelto á vuestro pais, han perdido su patria; los que os han arrancado al destierro eterno, están desterrados. El dueño de esa grande escuadra ha atravesado el mar en un barco como fujitivo, y la Francia podrá decirle lo que Cornelia á Pompeyo: — «Es obra de mi fortuna, no de la tuya, el verte ahora reducido á una sola navecilla, en el mismo punto donde querias tomar rumbo con quinientas velas.»

Entre aquella muchedumbre que en las riberas de Tolon seguia con la vista la escuadra que marchaba á África, ¿no tenia yo amigos? M. Du Plessis, hermano de mi cuña-

do, ¿no recibia abordo á una mujer encantadora, Madama Lenormant, que aguardaba el regreso del amigo de Champollion? ¿Que resultó de aquel vuelo ejecutado con direccion á África y á alas desplegadas? Escuchemos á mi compatriota M. de Penhoen: »No habian trascurrido dos
»meses desde que habíamos visto ese mismo pabellon ondear en frente de esas mismas costas, por encima de quinientos buques. Sesenta mil hombres estaban entonces impacientes por ir á desplegarlo sobre el campo de batalla de
»África. Hoy algunos enfermos, algunos heridos que se arrastran penosamente sobre el puente de nuestra fragata, forman su única comitiva..... En el momento en que la guardia tomó las armas para saludar, como de costumbre, al pabellon, al subirlo ó al bajarlo, cesó en el puente toda conversacion; descubríme con tanto respeto como pudiera haberlo hecho ante el mismo anciano rey, y me arrodillé en lo íntimo del corazon ante la majestad de los grandes infortunios, cuyo símbolo contemplaba tristemente (1).”

Abrese la legislatura de 1830. — Contestacion al discurso de la corona. — Disolucion de la cámara.

La legislatura de 1830 se abrió el 2 de Marzo. En el discurso de la corona se hacia decir al rey: »Si manejos culpables suscitan á mi gobierno obstáculos que ni puedo, ni quiero prever, tendré la enerjia necesaria para superarlos.” Carlos X pronunció estas palabras con el tono de un hombre que, tímido y amable por carácter, se halla colérico por casualidad, y se anima al sonido de su voz; pero cuanto mas fuertes eran las espresiones, mas se traslucía la debilidad para el caso de la ejecucion.

(1) *Memorias de un jefe de estado mayor*, por el baron Barchou de Penhoen, paj. 427.

El discurso de contestacion fue redactado por MM. Etienne y Guizot. Uno de sus párrafos decia :

» Señor, la carta consagra como un derecho la inter-
» vencion del pais en las medidas de interes público ; y esta
» intervencion es la que constitúye el concurso permanente
» de las miras de vuestro gobierno con los deseos del pueblo,
» como una condicion indispensable de la marcha regular de
» los negocios públicos. Nuestra lealtad, nuestra adhesion,
» nos obligan á deciros, señor, que *este concurso no existe.*”

La contestacion fue votada por una mayoría de doscientos veintiun votos contra ciento ochenta y uno. Por una enmienda de M. de Lörgerit se pretendió hacer desaparecer la frase sobre la *negativa del concurso* ; pero esta enmienda no fue apoyada mas que por veintiocho votos. Si los doscientos veintiuno hubiesen podido prever el resultado de su voto, el mensaje habria sido desechado por una inmensa mayoría. ¿ Por que la Providencia no levanta algunas veces una punta del velo que cubre el porvenir ? Es verdad que inspira á ciertos hombres un presentimiento de lo que ha de suceder ; pero este presentimiento no les hace ver bastante claro para asegurarse bien del camino ; temen equivocarse, y si se aventuran alguna vez á hacer predicciones que deben realizarse, no son creidos. Dios no desvanece la nube detras de la cual obra, y cuando permite grandes males, es porque tiene grandes designios ; designios que forman parte de un plan jeneral, que se desarrollan en un estenso horizonte fuera del alcance de nuestra vista, y de la comprension de nuestras rápidas jeneraciones.

En respuesta al mensaje de la cámara, el rey declaró que su resolucion era inmutable ; es decir, que no quitaria á M. de Polignac, y en su consecuencia acordó la disolucion de aquella. MM. de Peyronnet y de Chantelauze reempla-

zaron á MM. de Chabrol y de Courvoisier, que se retiraron; M. de Cappelle fue tambien nombrado ministro de comercio. Habia al rededor del rey veinte hombres capaces de ser ministros: se podia hacer volver á los negocios á M. de Villéle, ó nombrar á Casimiro Perier y al jeneral Sebastiani, los mismos que habian sido propuestos por mí á S. M., cuando despues de la caída de M. de Villéle fue encargado el abate Trayssinous de ofrecermé el ministerio de instruccion pública. Pero no se queria esto; las personas capaces inspiraban horror. En el ardor de la aficion que se tenia por la nulidad, se buscó, como para humillar á la Francia, lo que habria en ella de mas pequeño, á fin de colocarlo á su cabeza. Se desenterró á M. Guernon de Ranville, quien, sin embargo, se halló ser el mas animoso de la banda ignorada; y el delfin suplicó á M. de Chantélauze que salvase la monarquía.

El decreto de disolucion convocaba á los colejios de distrito para el 23 de Junio de 1830, y los colejios departamentales para el 3 de Julio; veintisiete dias tan solo antes de que se pronunciase la sentencia de muerte de la rama primojénita.

Los partidos muy animados lo llevaban todo al estremo: los ultra-realistas hablaban de dar la dictadura á la corona; los republicanos pensaban en una república con un directorio ó una convencion. *La Tribuna*, órgano de este partido, apareció en la escena política, y dejó atras á *El Nacional*. Lo gran mayoría del pais queria aun el trono lejítimo, pero con concesiones, y con la independenciam de las influencias de la córte. Todas las ambiciones se habian despertado, y cada cual esperaba llegar á ser ministro. Las tempestades hacen salir á los insectos.

Los que querian obligar á Cárlos X á ser monarca cons-

lituciocal, pensaban tener razon; creian que la Lejitimidad tenia profundas raices; habian olvidado la debilidad del *hom-bre*; el *trono* podia ser estrechado; el rey no podia serlo; el individuo, no la institucion, es quien nos ha perdido.

Nueva cámara. — Parto para Dieppe. — Ordenanzas del 25 de Julio. — MI vuelta á Paris. — Reflexiones durante el camino. — Carta á Ma-dama Recamier.

Los diputados de la nueva cámara habian llegado á Pa-ris. De los doscientos veintiuno habian sido reelejidos dos-cientos dos: la oposicion contaba doscientos setenta votos, el ministerio ciento cuarenta y cinco; la corona habia, pues, perdido la partida. El resultado natural era la retirada del ministerio; pero Carlos X se obstinó en desafiario todo, y fue decretado el golpe de estado.

Yo partí para Dieppe el 26 de Julio á las cuatro de la mañana, el mismo dia en que aparecieron las ordenanzas: iba bastante alegre, considerándome dichoso en volver á ver el mar; y sin embargo, á algunas horas de distancia era se-guido por una terrible tempestad. Cené y dormí en Rouen sin saber nada, sintiendo solo no poder ir á visitar á Saint-Ouen y arrodillarme ante la bella imájen del Musco, en me-moria de Rafael y de Roma. El 27 á medio dia llegué á Dieppe, y me apeé en la fonda en que el conde de Boissy, mi antiguo secretario de legacion, me habia alquilado un cuarto. Me vestí, y me fui en busca de M.^{ma} Recamier, la cual ocupaba un aposento, cuyas ventanas daban á la playa. Pasé alli algunas horas hablando y contemplando la mar, cuando de repente veo venir á Jacinto, el cual me traia una carta que M. de Boissy habia recibido, y en la que se le da-ba noticia de la publicacion de las ordenanzas con grandes elojios. Un momento despues entra mi antiguo amigo Ba-

llanche; acababa de apearse de la diligencia, y tenía en la mano los periódicos. Abrí *El Monitor*, y sin creer lo que ven mis ojos, leo los documentos oficiales: ¡otro gobierno mas que de intento se precipita desde las torres de Nuestra Señora! Encargo á Jaciato que haga traer caballos de posta para volver á París; y á eso de las siete de la tarde subo al carruaje, dejando á mis amigos en la mayor ansiedad. Hacía ya un mes que corrian rumores de un golpe de estado; pero nadie habia hecho caso de ellos, por parecer absurdos. Carlos X habia vivido entre las ilusiones del trono: al rededor de los príncipes se forma una especie de prisma que los engaña, sacándoles los objetos de su sitio, y haciéndoles ver en el cielo paisajes quiméricos.

Me habia llevado conmigo *El Monitor*, y el 28, así que amaneció, leí, releí, y comenté las ordenanzas. La esposicion al rey que le servia de prólogo me sorprendia por dos conceptos: las observaciones sobre los inconvenientes de la prensa eran exactas; pero al mismo tiempo el autor de estas observaciones demostraba una completa ignorancia del estado de la sociedad actual. Indudablemente desde 1814 los ministros de todas opiniones han sido provocados por los diarios; indudablemente la prensa tiende á subyugar la soberanía, á forzar al rey y á las cámaras á obedecerla; é indudablemente tambien en los últimos dias de la Restauracion, la prensa, no escuchando mas que su pasion, sin respeto á los intereses y al honor de la Francia, ha atacado la espedicion de Arjel, publicado las causas, los medios de llevarla á cabo, los preparativos y las probabilidades de un revés; ha divulgado los secretos del armamento, instruido al enemigo del estado de nuestras fuerzas, contado nuestras tropas y nuestros buques, y hasta indicado el punto de desembarco. El cardenal de Richelieu y Bona-

parte, ¿habrían puesto la Europa á los pies de la Francia si de antemano se hubiera revelado así el misterio de sus negociaciones, y anunciado las etapas de sus ejércitos?

Todo esto es verdadero y odioso; pero ¿cual era el remedio? La prensa es un elemento en otro tiempo ignorado, una fuerza antes desconocida; introducida ahora en el mundo, es la palabra en el estado de rayo; es la electricidad social. ¿Podeis hacer que no exista? Cúanto mas pretendais comprimirla, tanto mas violenta será la esplosion. Preciso es, pues, que os resolvais á vivir con ella como vivís entre las máquinas de vapor: es preciso que aprendais á servir de ella, despojándola de sus peligros, ya sea que se debilite poco á poco por medio de un uso comun y doméstico, ya que gradualmente asimileis vuestras costumbres y vuestras leyes á los principios que en lo sucesivo han de rejir al linaje humano. Una prueba de la impotencia de la prensa en ciertos casos, nos la suministra la misma reconvenccion que le haceis respecto á la espedicion de Arjel. Esta plaza ha sido tomada, á pesar de la libertad de la imprenta: del mismo modo dispuse yo hacer la guerra de España en 1823, bajo el mas nutrido fuego de esta libertad.

Pero lo que no es tolerable en la espesion de los ministros es la insolente pretension de que el REY TIENE UN PODER ANTERIOR A LAS LEYES. ¿Que significan entonces las constituciones? ¿Por que engañan á los pueblos con simulacros de garantías, si el monarca puede cambiar á su albedrío el sistema de gobierno establecido? Y sin embargo, los que firman la espesion parecen tan persuadidos de lo que dicen, que apenas citan el artículo 14, en beneficio del cual habia anunciado yo mucho tiempo antes que se *confiscaria la carta*; le recuerdan, sí, pero de me-

moria , como una superfetacion de derecho de que no tenia necesidad.

La primera ordenanza establece la supresion de la libertad de imprenta en sus diversas partes ; y es la quinta esencia de lo que durante quince años se habia elaborado en el negro gabinete de la policia.

La segunda ordenanza reforma la ley electoral. Asi se destruian las dos primeras libertades : la libertad de imprenta y la libertad electoral , y se destruian , no por un acto inicuo , pero legal , emanado de un poder legislativo corrompido , sino por simples decretos , como en los tiempos de la arbitrariedad ; verificándose de este modo que cinco hombres á quienes no faltaba buen sentido , se precipitaban con una lijereza sin ejemplo , y precipitaban consigo en un abismo á su señor , á la monarquia , á la Francia y á la Europa. Yo ignoraba lo que pasaba en París ; únicamente deseaba que se manifestase una resistencia que , sin derribar el trono , obligase á la corona á despedir á sus ministros y á retirar las ordenanzas ; y en el caso de que estas triunfasen , estaba resuelto á no someterme á ellas , y á escribir y á hablar contra estas medidas inconstitucionales.

Si los miembros del cuerpo diplomático no influyeron directamente en la formacion de las ordenanzas , les prestaron su conformidad , porque la Europa absoluta tenia horror á la carta francesa. Cuando llegó la noticia á Berlin y á Viena , y se creyó en el triunfo por espacio de veinticuatro horas , M. Ancillon exclamó que la Europa se habia salvado , y M. de Metternich manifestó una alegría indecible. Pero muy pronto , al saber este último la verdad , quedó tan consternado , como alegre se habia puesto en un principio ; declaró que se habia engañado , y

que la opinion era decididamente liberal, y empezó á familiarizarse con la idea de una constitucion austriaca.

Los nombramientos de consejeros de estado, que siguen á las ordenanzas de Julio, arrojan alguna luz sobre los sugetos que han podido prestarles algun apoyo en las antecámaras, bien con su parecer, bien ocupados en su redaccion. Entre ellos se cuentan los nombres mas opuestos al sistema representativo. ¿Ha sido en el gabinete mismo del rey, á la vista del monarca, donde se han fraguado estos documentos funestos? ¿Ha sido en el gabinete de M. de Polignac, ó bien en un consejo de ministros solos ó reunidos á algunas buenas cabezas inconstitucionales? ¿Ha sido *bajo los plomos*, en alguna sesion secreta de *los diez*, donde se han estendido las minutas de los decretos de Julio, en virtud de los cuales se ha condenado á la monarquía lejitima á ser estrangulada sobre el *Puente de los suspiros*? ¿La idea era solamente de M. de Polignac? Esto es lo que quizás no nos revelará jamás la historia.

Al llegar á Sisors supe la sublevacion de París, y of conversaciones alarmantes, que demostraban hasta qué punto se queria la conservacion de la carta por los pueblos. En Pontoise se tenian noticias mas recientes, pero confusas y contradictorias. En Herblay no encontré caballos de posta, y tuve que esperar cerca de una hora. Allí me aconsejaron que no pasase por San Dionisio, porque habia barricadas. En Courbevoie el postillon se habia despojado ya de su vestido con botones de flores de lis. Aquella misma mañana le habian hecho fuego á un carruaje que conducia á París por la avenida de los Campos-Eliseos; por cuya razon me dijo que no me llevaria por este sitio, y que iria á buscar, á la derecha de la Estrella, la barrera del Trocadero, desde donde se descubre á París. Allí divisé ya como

hondeaba la bandera tricolor, y juzgué que no se trataba de un motin, sino de una revolucion. Entonces tuve el presentimiento de que mi papel iba á cambiar, y que, habiendo corrido á Paris para defender las libertades públicas, me iba á ver obligado á defender el trono. Entre los grupos de casas se levantaban aqui y alli nubes de blanquecino humo, y oí algunos cañonazos y tiros de fusil mezclados al confuso estrépito de las campanas que tocaban á rebato. Me pareció que veia hundirse el viejo Louvre desde lo alto del desierto terraplen destinado por Napoleon para la construccion del palacio del rey de Roma. El punto de observacion me ofrecia uno de esos consuelos filosóficos, que proporciona una ruina cuando se piensa en otra ruina.

Mi carruaje bajó la cuesta. Atravesé el puente de Jena, y subí la avenida enlosada junto al Campo de Marte. Todo estaba solitario. Delante de la verja de la Escuela militar hallé un piquete de caballería; los soldados tenian el aire triste, y parecia como que estaban olvidados alli. Seguimos por el boulevard de los Inválidos y por el del Monte-Parnaso. En la travesia encontré á algunos pasajeros que miraban con sorpresa una silla de posta como en tiempos normales. El boulevard del Infierno se hallaba casi intransitable á causa de los árboles que se habian cortado y dejado en tierra.

Los vecinos de mi calle me vieron llegar con placer, pareciéndoles que podia dispensar proteccion al barrio: mi mujer estaba á un tiempo muy contenta y muy alarmada por mi vuelta.

El jueves por la mañana, 29 de Julio, escribí á M.^{ma} Recamier, á Dieppe, la siguiente carta, prolongada con algunas posdatas.

Jueves por la mañana, 29 de Julio de 1830.

»Os escribo sin saber si mi carta podrá llegar á vuestras manos, porque no salen ya los correos.

»He entrado en Paris en medio de los cañonazos, de las descargas de fusilería y del toque de rebato: éste continúa aun hoy por la mañana; pero no oigo tiros de fusil; parece que la resistencia se organiza, y que continuará hasta que se retiren las ordenanzas. Ved aquí el resultado inmediato (sin hablar del resultado definitivo) del perjurio de que los ministros aparentemente al menos echan la culpa á la corona.

»La guardia nacional y la escuela politécnica se han unido á la insurreccion. No he visto aun á nadie. Juzgad en qué estado habré hallado á mi esposa. Las personas que, como ella, han visto el 10 de Agosto y el 2 de Septiembre, están siempre dominadas por la impresion del terror. Un rejimiento, el 5.^o de línea, se ha declarado ya en favor de la carta. M. de Polignac es ciertamente muy culpable; su incapacidad no puede servirle de excusa; la ambicion del que no tiene talentos es un crimen. Se dice que la córte se halla en Saint-Cloud dispuesta á partir.

»No os hablo de mí; mi posicion es penosa, pero clara. No haré traicion al rey ni á la carta, al poder lejítimo ni á la libertad. No tengo, pues, nada que decir ni que hacer, sino esperar y llorar la suerte de mi pais. Solo Dios sabe lo que va á suceder ahora en las provincias. Háblase ya de la insurreccion de Rouen. Por otra parte, la congregacion armará los *chuanes* y sublevará la Vendée. ¡En cuan débiles bases estriba la suerte de los reinos! Un decreto y seis ministros sin jenio ó sin virtud bas-

»tan para hacer del pais mas tranquilo y mas floreciente
»el pais mas revuelto y desgraciado.”

A las doce.

»El fuego comienza de nuevo. Parece que se ataca el
»Louvre, donde se han atrincherado las tropas del rey. El
»arrabal en que habito comienza á insurreccionarse. Se ha-
»bla de un gobierno provisional, cuyos jefes serian el je-
»neral Gerard, el duque de Choiseul y M. de Lafayette.

»Es probable que esta carta no llegue á partir, por es-
»tar declarado Paris en estado de sitio. El mariscal Mar-
»mont manda en nombre del rey. Dicese que ha sido muer-
»to; pero no lo creo. Procurad no inquietaros demasiado.
»Dios os proteja. Pronto nos volveremos á ver.”

Viernes.

»Esta carta está escrita desde ayer; pero no la he po-
»dido enviar al correo. Todo está acabado. La victoria del
»pueblo es completa. El rey cede en todo; pero ahora te-
»mo que se quiera mas de lo que la corona pueda conceder.
»Esta mañana he escrito á S. M. Por lo demas, tengo para
»el porvenir un plan completo de sacrificios que me agra-
»da: hablaremos de él cuando llegueis.

»Yo mismo voy á llevar esta carta al correo, y á re-
»correr á Paris.”

Revolucion de Julio. — Jornada del 26.

Las ordenanzas, fechadas el 25 de Julio, fueron pú-
blicas en *El Monitor* del 26. El secreto de estas medidas

se habia guardado tan profundamente, que no tenian conocimiento de ellas ni el mariscal duque de Ragusa, mayor jeneral de la guardia de servicio, ni M. Maugin, prefecto de policia. El prefecto del Sena tampoco tuvo noticia de ellas, hasta que las vió en *El Monitor*, y le mismo sucedió al subsecretario del ministerio de la guerra, sin embargo de que estos jefes disponian de diferentes fuerzas armadas. El principe de Polignac, encargado interinamente de la cartera de M. Bourmont, estaba tan distante de ocuparse de las ordenanzas, que pasó el dia 26 presidiendo una subasta en el ministerio de la guerra.

Salió el rey para una partida de caza el mismo dia antes de que *El Monitor* hubiese llegado á Saint-Cloud, y no volvió de Rambouillet hasta despues de media noche.

Por último, el duque de Ragusa recibió este billete de M. de Polignac:

»V. E. tiene ya conocimiento de las medidas estraordinarias que el rey, en su sabiduría y en sus sentimientos de amor á sus pueblos, ha juzgado necesario adoptar para la conservacion de los derechos de su corona y del órden público. En tan importantes circunstancias, S. M. cuenta con vuestro celo para asegurar el órden y la tranquilidad en todo el distrito de vuestro mando.»

Esta audacia de los hombres mas débiles que existieron jamás contra la fuerza que iba á desafiar un imperio, no se explica sino por una especie de alucinacion, resultado de los consejos de una miserable camarilla que desapareció en los momentos de peligro. Los redactores de los periódicos, despues de haber consultado á MM. Dupin, Odilon Barrot, Barthe y Merilhou, se resolvieron á publicar sus números sin autorizacion, á fin de dejar que los recojiesen, y sostener despues en la defensa la ilegalidad de las ordenanzas.

Al efecto se reunieron en la redaccion de *El Nacional*, donde M. Thiers redactó una protesta, que fue firmada por cuarenta y cuatro redactores, y que apareció en *El Nacional* y *El Tiempo* el 27 por la mañana.

Al anochecer se reunieron algunos diputados en casa de M. Laborde, y convinieron en volverse á reunir al dia siguiente en casa de M. Casimiro Perier. En esta reunion compareció por primera vez uno de los tres poderes que debian ocupar la escena: la monarquía estaba en la cámara de los diputados, la usurpacion en el Palais-Royal, la república en el Hôtel-de-Ville. Por la tarde se formaron grupos en el Palais-Royal, y se tiraron piedras al carruaje de M. de Polignac. El rey, á quien el duque de Ragusa vió en Saint-Cloud despues de su vuelta de Rambouillet, preguntó á éste noticias de Paris. — «Ha bajado el papel.» — «¿Cuanto?» preguntó el delfin. — «Tres francos:» respondió el mariscal. — «Ya subirá:» replicó el delfin; y cada uno se fue por su lado.

Jornada del 27 de Julio.

La jornada del 27 comienza mal. El rey confia el mando de Paris al duque de Ragusa; lo cual equivalia á la mala suerte. A la una vino el mariscal á instalarse en el estado mayor de la guardia, plaza del Carroussel. M. Maugin envió fuerza que se apoderase de la imprenta de *El Nacional*; M. Carrel se resistió, y MM. Mignet y Thiers, creyendo perdida la partida, desaparecieron por espacio de dos dias. M. Thiers fue á ocultarse en el valle de Montmorency, en casa de una señora llamada Courchamp, pariente de los hermanos Becquet, uno de los cuales ha escrito en *El Nacional*, y el otro en el *Diario de los Debates*.

En *El Tiempo*, la cosa tomó un aspecto mas sério : el verdadero héroe de los periodistas es incontestablemente M. Coste.

Este dirijia en 1823 *Las Tablillas históricas* ; y acusado por sus colaboradores de haber vendido el diario , se batió , y recibió una estocada. M. Coste me fue presentado en el ministerio de negocios extranjeros ; y hablando con él de la libertad de imprenta , le dije : — » Ya sabeis cuánto amo » y respeto esta libertad ; pero ¿ como quereis que la de- » fienda al lado de Luis XVIII , cuando todos los días ata- » cais el trono y la relijion ? En vuestro interes , y á fin de » que yo pueda conservar toda mi fuerza de razon , os su- » plico que no acabeis de zapar unas murallas que , en su » mayor parte , se hallan ya destruidas , y que , en verdad , » un hombre de valor no debiera atacar. Hagamos un trato. » No la emprendais con algunos débiles viejos , á quienes el » trono y el santuario protejen apenas ; en cambio entrego » mi persona á vuestra censura. Atacadme por la mañana » y por la tarde ; decid de mí cuanto gusteis ; nunca me » quejaré , y os agradeceré vuestro ataque lejítimo y cons- » titucional contra el ministro , con tal que dejeis á un lado » la persona del rey . »

Desde esta entrevista M. Coste ha conservado hácia mí un recuerdo de estimacion.

En la redaccion de *El Tiempo* tuvo lugar una discusion constitucional entre M. Baude y un comisario de policia.

El fiscal del rey en París espidió cuarenta y cuatro mandatos de citacion contra los firmantes de la protesta de los periodistas.

La fraccion monárquica de la revolucion se reunió á las dos de la tarde en casa de M. Perier , conforme á lo convenido la vispera ; pero no se adoptó resolucion alguna

definitiva: los diputados se citaron de nuevo para el día siguiente 28, en casa de Audry de Puyraveau. M. Casimiro Perier, hombre de orden y opulento, que no quería caer entre las manos del pueblo, y que no dejaba de alimentar aun las esperanzas de un arreglo con la Lejitimidad, dijo vivamente á M. de Schonen: — »Saliéndoos de la legalidad, nos perdeis, nos haceis dejar una posicion magnífica." Este espíritu de legalidad dominaba en todas partes, y se dejó ver en dos reuniones opuestas, una en casa de M. Cadet Gassicourt, y otra en la del jeneral Gourgaud. M. Perier pertenecia á esa clase media que ha llegado á ser heredera del pueblo y del soldado: tenia valor y fijeza en las ideas; y se lanzó audazmente en medio del torrente revolucionario para contenerlo; pero su salud le tenia muy preocupado, y pensaba demasiado en los bienes de fortuna. — »¿Que quereis hacer de un hombre, me decia M. Decazes, que se está mirando siempre »la lengua en un espejo?"

Los grupos se aumentaban, y empezaban á dejarse ver armados: el oficial de la jendarmeria vino á advertir al mariscal de Ragusa que no tenia bastante fuerza para resistir, y que temia ser atacado; el mariscal entonces tomó sus disposiciones militares.

Eran ya las cuatro y media de la tarde del 27 cuando se recibió en los cuarteles la órden de tomar las armas. La jendarmeria de Paris, apoyada por algunos destacamentos de la guardia, intentó restablecer la circulacion en las calles de Richelieu y San Honorato. Uno de estos destacamentos fue asaltado en la calle del *Duque de Burdeos* por una nube de piedras; el jefe sin embargo evitaba disparar, cuando un tiro salido del *Hôtel Real*, calle de las Pirámides, decidió la cuestion. Un tal M. Fox, habitante de es-

te edificio, se habia armado con una escopeta y hecho fuego sobre la guardia desde su ventana. Los soldados contestaron con una descarga contra la casa, y M. Fox y dos de sus criados cayeron muertos.

Asi es como esos ingleses que viven seguros en su isla van á llevar las revoluciones á casa de los demas: en las cuatro partes del mundo los hallareis mezclados en querellas que nada les importan; con tal de que vendan una pieza de sus telas de algodón, se les dá muy poco el suministrar á una nacion en toda especie de calamidades. ¿Que derecho tenia M. Fox para hacer fuego á los soldados franceses? ¿Era la constitucion de la Gran-Bretaña la que habia infringido Cárlos X? Si alguna cosa pudiera deshonestar los combates de Julio, seria el haber sido empeñados por la bala de un ingles.

Estos primeros combates, que apenas habian empezado á las cinco de la tarde del 27, cesaron con el dia. Los armeros dejaron sus tiendas á disposicion de la multitud; los reverberos fueron rotos, ó quedaron sin encender; y la bandera tricolor se enarboló durante la noche en lo alto de la torre de Nuestra-Señora. La invasion de los cuerpos de guardia, la toma del arsenal y de los depósitos de pólvora, el desarme de los fusileros sedentarios, todo esto se ejecutó sin oposicion en la madrugada del 28; de modo que á las ocho todo habia acabado.

El partido democrático y proletario de la revolucion, en blusa ó medio desnudo, se hallaba sobre las armas, y no reparaba en su miseria ni en sus harapos; y el pueblo, representado por los electores que él mismo habia elegido en los diferentes grupos, habia llegado á hacer convocar una asamblea en casa de M. Cadet-Gassicourt.

El partido de la usurpacion no se dejaba ver aun: su

jefe, oculto fuera de Paris, no sabia aun si iria á Saint-Cloud ó al palacio real. El partido de la clase media ó de la monarquía, al que pertenecian los diputados, pasaba el tiempo deliberando, y manifestaba repugnancia á dejarse arrastrar por el movimiento.

M. de Polignac se dirigió á Saint-Cloud, é hizo firmar al rey á las cinco de la mañana del 28 un decreto que declaraba á Paris en estado de sitio.

Jornada militar del 28 de Julio.

El dia 28 se volvieron á formar grupos mas numerosos, y al grito de *viva la carta!* que se dejaba oír aun, empezaron á mezclarse los de *viva la libertad!* *abajo los Borbones!* y algunos tambien de *viva el emperador!* *viva el príncipe negro!* misterioso príncipe de las tinieblas, que se aparece á la imaginacion popular en todas las revoluciones. Los recuerdos y las pasiones ejercian su imperio; se derribaban y se quemaban las armas de Francia, ó se las colgaba de los hierros de los reverberos rotos; se arrancaban las placas flordelisadas de los conductores de diligencias y de los carteros; los notarios y los ujieres retiraban sus muestras, los carruajeros sus estampillas, los proveedores de la córte sus escudos. Los que en otro tiempo habian cubierto las águilas napoleónicas, pintadas al óleo, con las lises borbónicas pintadas á la cola, no tuvieron necesidad mas que de pasar una esponja para limpiar su lealtad: con un poco de agua se borran hoy el reconocimiento y los imperios.

El mariscal de Ragusa escribió al rey que era urgente tomar medidas de pacificacion, y que al dia siguiente 29, seria demasiado tarde. Un emisario del prefecto de

policía habia venido á preguntar al mariscal si era verdad que París se hallaba declarado en estado de sitio: el mariscal, que no sabia nada de esto, se quedó admirado, y se dirigió apresuradamente á casa del presidente del consejo, donde halló á los ministros reunidos, y á M. de Polignac que le entregó el decreto del rey. Porque Carlos X creyó poder imitar al hombre que despues de haber abatido el mundo á sus pies, puso á ciudades y provincias enteras en estado de sitio. Los ministros declararon al mariscal que iban á establecerse en el estado mayor de la guardia.

No habiendo llegado ninguna órden de Saint-Cloud, á las nueve de la mañana del dia 28, cuando ya no era tiempo de conservar, sino de recobrarlo todo, el mariscal hizo salir de los cuarteles las tropas, que en parte se habian dejado ya ver el dia antes. No se habia tomado ninguna precaucion para hacer llegar víveres al cuartel jeneral del Carrousel; y no solo esto, sino que habiéndose descuidado en guardar debidamente los que existian de ordinario, fueron robados por la multitud. El duque de Ragusa, hombre de talento y de mérito, soldado valiente, sábio, pero desgraciado jeneral, probó por la milésima vez que un jenio militar de nada aprovecha en las revueltas civiles. Cualquiera dependiente de policía hubiera sabido mejor lo que debia hacerse. Quizá tambien sus recuerdos paralizaron su intelijencia, y quedó como ahogado bajo el peso de la fatalidad de su nombre.

El mariscal, que no podia disponer mas que de un puñado de hombres, concibió un plan, para cuya ejecucion habria necesitado treinta mil soldados. Mandó establecer columnas muy distantes entre sí, mientras que otra se apoderaba del Hôtel de Ville adonde debian derijirse

aquellas, despues de haber terminado su movimiento, y hecho restablecer el órden en todas partes. El Carrousel continuaba siendo el cuartel jeneral, de donde salian las órdenes, y adonde debian dirigirse todos los partes; y un batallón de suizos, situado en el mercado de los Inocentes, estaba encargado de mantener la comunicacion entre las fuerzas del centro y las que circulaban en la circunferencia. Los soldados del cuartel Popincourt estaban dispuestos en diferentes destacamentos para acudir á los puntos en que fuesen necesarios. El jeneral Latour-Maubourg estaba situado en los Inválidos. Cuando vió el negocio comprometido, propuso recibir los rejimientos en el edificio de Luis XIV, donde aseguraba que podia mantenerlos, y desafiar á los parisienses á que penetrasen en él: no habia dejado impunemente sus miembros sobre los campos de batalla del imperio; y los reductos de Borodino sabian que era hombre que cumplia sus palabras. Pero ¿que importaba la experiencia y el valor de un veterano mutilado? Sus consejos no fueron escuchados.

La primera columna de la guardia partió de la Magdalena á las órdenes del conde de Saint-Chamans, para recorrer los bulevards hasta la Bastilla. A los primeros pasos fue atacado un peloton que mandaba M. Sala: el oficial rechazó pronto y fuertemente el ataque. A medida que se avanzaba, los puestos de comunicacion establecidos en el tránsito, muy débiles y distantes entre sí, eran cortados por el pueblo y separados los unos de los otros por árboles echados á tierra, y por barricadas. En las puertas de San Dionisio y de San Martin hubo un encuentro sangriento. Al pasar M. de Saint-Chamans por el teatro de las hazañas futuras de Fieschi, encontró en la plaza de la Bastilla grupos numerosos de mujeres y hombres. Les in-

vió á dispersarse, distribuyéndoles algun dinero; pero no cesaron de disparar sobre la columna de las casas circunvecinas. Se vió, pues, obligado á renunciar á volver al Hôtel-de-Ville por la calle de San Antonio, y despues de haber atravesado el puente de Austerlitz, ganó el Carrousel por los boulevards del Sud. Turena ante la Bastilla, no demolida aun, fue mas feliz en favor de la madre del niño Luis XIV.

La columna encargada de ocupar el Hôtel-de-Ville siguió los malecones de las Tullerías, del Louvre y de la Escuela; atravesó la mitad del puente Nuevo; tomó el muelle del Reloj, el Mercado de las Flores, y se dirigió á la plaza de Greve por el puente de Nuestra-Señora. Dos pelotones de la guardia hicieron una maniobra desfilando hasta el nuevo puente colgante. Un batallón del 15 ligero apoyaba á la guardia, y debia dejar dos pelotones sobre el Mercado de las Flores.

Al paso del Sena, en el puente de Nuestra-Señora, se llegó á las manos con la fuerza insurrecta. El pueblo, con un tambor á la cabeza, se acercó audazmente á la guardia. El oficial que mandaba la artillería real hizo observar á las masas que se esponian inútilmente, pues no teniendo cañones, serian metralladas sin ninguna probabilidad de triunfo. La plebe se obstinó, y la artillería hizo fuego. Los soldados inundaron los muelles y la plaza de Greve, donde desembocaron por el puente de Arcola otros dos pelotones de la guardia, que se habian visto obligados á forzar á algunos grupos de estudiantes del arrabal Saint-Jacques. El Hôtel-de-Ville fue ocupado por las tropas.

A la entrada de la calle del Mouton se habia levantado una barricada; una brigada de suizos la tomó, y agolpándose el pueblo por las calles adyacentes, la recobró

con grandes gritos. La barricada quedó finalmente por la guardia.

En todos estos cuarteles pobres y numerosos se combatió de repente y sin preparativo alguno: el aturdimiento frances, burlon, indiferente, intrépido, se habia apoderado de todo: la gloria tiene para nuestra nacion la lijerza del vino de Champagne. Las mujeres, desde las ventanas, animaban á los hombres en las calles; algunos billetes prometian el baston de mariscal al primer coronel que se pasase al pueblo, y habia grupos que marchaban al son de violines. Habia escenas trájicas y bufas, espectáculos de titiriteros y de triunfo; se oian carcajadas y juramentos en medio de los tiros, del sordo rumor de la multitud, y al través de nubes de humo. Carreteros improvisados, con los pies descalzos, con gorras de policia en la cabeza, y con un salvo-conducto de jefes desconocidos, conducian convoyes de heridos por entre los combatientes, que se separaban para dejarles paso.

En los cuarteles ricos reinaba otro espiritu. Los guardias nacionales, despues de haber recobrado los uniformes de que se les habia despojado, se reunian en gran número en la alcaldía del primer distrito para conservar el órden. La guardia súfre siempre en los combates mas que el pueblo, porque se halla espuesta al fuego de enemigos invisibles, encerrados en las casas. No seré yo quien nombre á los valientes de salon que, reconociendo á los oficiales de la guardia, se entretenian en tirarles, seguros detras de una ventana ó de una chimenea. En la calle, la animosidad entre los soldados y los hombres del pueblo no iba mas allá de la lucha; una vez heridos se socorrian unos á otros sin distincion. El pueblo salvó muchas víctimas. Dos oficiales, M. de Goyon y M. de Rivaux, despues de una defensa

heroica, debieron la vida á la jenerosidad de los vencedores. Un capitán de la guardia, Kaumann, recibió en la cabeza un golpe con una barra de hierro; y aunque aturcido y con ojos sangrientos, levantó con su espada la punta de los fusiles de sus soldados, que apuntaban al obrero.

En la guardia habia muchos granaderos de Bonaparte. Muchos oficiales perdieron la vida en la refriega; entre otros el teniente Noirot, de un valor extraordinario, que en 1814 habia recibido de manos del príncipe Eujenio la cruz de la Lejion de Honor, por un hecho de armas ejecutado en uno de los reductos de Caldiera. El coronel Pleinselve, herido mortalmente en la puerta de San Martin; se habia hallado durante las guerras del imperio en Holanda, en España, en el gran ejército, y en la guardia imperial: en la batalla de Leipsick hizo prisionero por su propia mano al jeneral austriaco Merfeld. Llevado por sus soldados al hospital de Gros-Caillou, no quiso que se le curase hasta despues del último de los heridos de Julio. El doctor Larrey, que le habia encontrado en otros campos de batalla, le cortó la pierna; pero era demasiado tarde para salvarle. ¡Dichosos los nobles adversarios que habian visto pasar tantas balas sobre su cabeza, que no sucumbieron por la de algunos de los presidiarios puestos en libertad, y que la justicia halló despues de la victoria en las filas de los vencedores! Estos presidiarios no han podido denigrar el triunfo nacional republicano; no han perjudicado á nadie mas que al trono de Luis Felipe. Asi perecieron oscuramente en las calles de París los restos de aquellos soldados famosos que respetó el cañon de la Moskowa, de Lutzen y de Leipsick. Reinando Cárlos X matamos en una refriega civil á los valientes que tanto habiamos admirado en tiempo de

Napoleon. No les faltaba mas que un hombre: este hombre habia desaparecido en Santa Elena.

Al anochecer, un sarjento disfrazado trajo á las tropas del Hôtel-de-Ville la órden de replegarse sobre las Tullerías. La retirada era peligrosa por causa de los heridos, que no se queria abandonar, y de la artillería, que difícilmente podria atravesar las barricadas. Sin embargo, se ejecutó sin accidente alguno. Cuando las tropas de los diferentes cuarteles de París llegaron al palacio, creian que el rey y el delfin habrian llegado tambien á él por su parte; pero al ver que no ondeaba la bandera blanca sobre el pabellon del Reloj, dejaron oír el lenguaje enérgico de los campos.

No es cierto, como se ha dicho, que el Hôtel-de-Ville fuera tomado por la guardia contra el pueblo, ni recobrado por el pueblo contra la guardia. Cuando la guardia penetró en él, no halló resistencia alguna, porque no habia allí nadie, y hasta el prefecto mismo habia partido. Estas jactancias debilitan, y hacen poner en duda la verdad de los peligros reales. Se hizo muy mal en comprometer á la guardia en calles tortuosas; y la tropa de línea, por su defeccion primero, y en seguida por su casi neutralidad, acabó de completar el mal que, disposiciones muy bellas en teoría, pero inejecutables en la práctica, habian comenzado. El 50 de línea habia llegado al Hôtel-de-Ville durante el combate; rendido de fatiga, se le hizo retirar al interior del Hôtel, y prestó á sus camaradas, que habian agotado las municiones, los paquetes enteros é inútiles de sus cartuchos.

El batallon suizo que habia quedado en el mercado de los Inocentes, fue sacado del apuro por otro batallon suizo; y ambos vinieron á desembocar al muelle de la Escuela, y á estacionarse en el Louvre.

Por lo demas, las barricadas son atrincheramientos peculiares y propias del jenio parisien, y se encuentran en todas nuestras revueltas civiles, desde Cárlos V hasta nuestros dias.

»Viendo el pueblo dispuestas estas fuerzas por las calles, dice l'Estoile, empezó á comoverse, y se formaron »barricadas de la manera que todos saben: muchos suizos »fueron muertos y enterrados en una hoya abierta en el »atrio de la iglesia de Nuestra-Señora. Al pasar por las calles el duque de Guisa, gritaban todos á porfia: ¡Viva »Guisa! y él, bajando su sombrero, les dijo: — *Basta, »amigos míos; esto es demasiado, señores; gritad ¡viva el »rey!*”

¿Por que nuestras últimas barricadas, cuyo resultado ha sido tan poderoso, ganan tan poco en ser contadas, mientras que es tan interesante la lectura de las barricadas de 1588, que tan poco éxito tuvieron? Esto consiste en la diferencia de los siglos y de los personajes. El siglo XVI lo llevaba todo delante de sí; el siglo XIX lo ha dejado todo detras. M. de Puyraveau no es aun el *Acuchillado*.

Jornada civil del 28 de Julio.

Mientras se daban estos combates, la revolucion civil y política seguia paralelamente á la revolucion militar. Los soldados detenidos en la Abadía fueron puestos en libertad; los presos por deudas en Santa Pelagia se escaparon, y se echó á la calle á los condenados por faltas políticas. Una revolucion es un jubileo: absuelve todos los crímenes, permitiendo otros mayores.

Los ministros celebraron consejo en el estado mayor, y resolvieron hacer arrestar, como jefes del movimiento, á

MM. Laffitte, Lafayette, Gerard, Marchais, Salvete y Audry de Puyraveau. El mariscal dió las órdenes para ello; pero cuando mas tarde se le presentaron en representacion del pueblo, no creyó que le permitia su honor ejecutar dicha órden.

En casa de M. Guizot se habia celebrado una reunion del partido monárquico, compuesta de pares y de diputados, á la que concurrió el duque de Broglie, asi como MM. Thiers y Mignet, que habian parecido, y tambien M. Carret, aunque estos últimos eran de otras ideas. Allí fue donde el partido de la usurpacion pronunció por primera vez el nombre del duque de Orleans. MM. Thiers y Mignet fueron á casa del jeneral Sebastiani á hablarle del principe. El jeneral respondió de una manera evasiva, asegurando que el duque de Orleans no le habia hablado jamás de semejantes designios, ni autorizádole para nada.

Hácia el medio dia del mismo 28 se celebró en casa de M. Audry de Puyraveau la reunion jeneral de diputados. M. de Lafayette, jefe del partido republicano, habia vuelto á Paris el dia 27: M. Laffitte, jefe del partido orleanista, no llegó hasta la noche del 27 al 28; se dirijió al Palais-Royal, donde no halló á nadie; envió un recado á Neuilly, y tampoco estaba allí el futuro rey.

En casa de M. Puyraveau se discutió el proyecto de una protesta contra las ordenanzas. Esta protesta, mas que moderada, dejaba intactas las grandes cuestiones.

M. Casimiro Perier opinó porque se enviase una comision al duque de Ragusa; y mientras que los cinco diputados nombrados para desempeñarla se disponian á partir, M. Arago se hallaba en casa del mariscal, pues en vista de un billete de M.^{ma} de Boigues, se habia decidido á adelantarse á los comisionados. Arago hizo presente al mariscal la

necesidad de poner un término á las desgracias de la capital. M. de Ragusa fue á tomar instrucciones á casa de M. de Polignac, quien, sabedor de la vacilacion de las tropas, declaró que si se pasaban al pueblo, se les haria fuego como á los insurrectos. El jeneral Tromelin, testigo de estas conferencias, se manifestó furioso contra el jeneral Ambrugeac. En esto llegó la diputacion. M. Laffitte tomó la palabra: — «Venimos á pedirlos, dijo, que hagais cesar la efusion de sangre. Si el combate se prolongase, no solo produciria las mas crueles calamidades, sino una verdadera revolucion.» El mariscal se encerró en una cuestion de honor militar, pretendiendo que el pueblo debia ser el primero que dejase de hacer fuego; sin embargo, añadió la siguiente postdata á una carta que escribió al rey. «Creo que es urgente que V. M. se aproveche sin vacilar de las posiciones que se le hacen.»

Esta carta fue entregada al rey en su gabinete de Saint-Cloud por el coronel Konierowski, ayudante de campo del duque de Ragusa, y el rey le dijo: — «Ya la leeré.» El coronel se retiró, y esperó las órdenes del rey; mas viendo que tardaban, rogó al duque de Duras que fuese á pedirselas á S. M. El duque respondió, que segun las leyes de la etiqueta le era imposible entrar en el gabinete. Llamado al fin por el rey M. Konierowski, recibió encargo de prevenir al jeneral se *mantuviese firme*.

El jeneral Vincent corrió por su parte á Saint-Cloud, y habiendo forzado la puerta que se negaban á abrirle, dijo al rey que todo estaba perdido: — «Querido jeneral, respondió Cárlos X, sois un buen militar; pero no entendeis nada de esta clase de asuntos.»

Jornada militar del 29 de Julio.

El dia 29 se vieron aparecer nuevos combatientes: los alumnos de la escuela politécnica, en correspondencia con uno de sus antiguos camaradas, M. Charras, forzaron la consigna, y enviaron á cuatro de ellos, MM. Lothon, Berthelin, Pinsonnière y Tourneur, á ofrecer sus servicios á MM. Laffitte, Perier y Lafayette. Aquellos jóvenes, distinguidos por sus estudios, se habian dado ya á conocer á los aliados cuando en 1814 se presentaron delante de París; y durante los tres dias vinieron á ser los jefes del pueblo, quien los puso á su cabeza lo mas naturalmente del mundo. Los unos se dirigieron entonces á la plaza del Odeon, los otros al Palais-Royal y á las Tullerías.

La órden del dia publicada el 29 por la mañana ofendió á la guardia; en ella se anunciaba que el rey, queriendo manifestar su satisfaccion á sus valientes servidores, les concedia mes y medio de paga; despropósito que hirió el honor del soldado frances, porque equivalia á equipararlos con los ingleses, que no marchan al combate, ó se insurreccionan si no han percibido su paga.

En la noche del 28 al 29 el pueblo desempedró las calles, y al amanecer habia en París cuatro mil barricadas levantadas de veinte en veinte pasos.

El palacio Borbon estaba guardado por tropa de línea; el Louvre por dos batallones suizos; la calle de la Paz, la plaza Vendome y la calle Castiglioni por el 5.^o y el 53 de línea. De San Dionisio, de Versalles y de Rueil habian llegado unos mil doscientos infantes, poco mas ó menos.

La posicion militar era mejor que el dia antes: las tropas se hallaban mas concentradas, y era necesario atravesar

grandes espacios descubiertos para llegar hasta ellas. El jeneral Excelmans, que encontró bien estas disposiciones, vino á las once á poner su valor y su experiencia á las órdenes del mariscal de Ragusa, mientras que el jeneral Pajol, por su parte, se presentaba á los diputados para tomar el mando de la guardia nacional.

Los ministros tuvieron la idea de hacer reunir la audiencia en las Tullerías: ¡tan mal comprendian las circunstancias! El mariscal instaba al presidente del consejo para que retirase las ordenanzas; pero durante esta conferencia preguntan por M. Polignac; el cual sale de la habitacion, y vuelve á entrar en ella con M. Berthier, hijo de la primera víctima sacrificada en 1789, quien habia recorrido á París, y afirmó que todo iba muy bien para la causa real. No hay cosa tan fatal como estas razas, que tienen derecho á la venganza, arrojadas al sepulcro en nuestras primeras turbulencias, y evocadas por nuestras últimas desgracias! Pero estas desgracias no eran ninguna novedad; París estaba acostumbrado desde 1793 á ver pasar los sucesos y los reyes.

Mientras que, segun los informes de los realistas, todo marchaba tan bien, llegó la noticia de la defeccion del 5.^o y del 53 de línea, que fraternizaban con el pueblo.

El duque de Ragusa hizo proponer una suspension de hostilidades; en algunos puntos tuvo lugar en efecto; pero en otros no fue ejecutada. El mariscal habia mandado llamar á uno de los dos batallones suizos estacionados en el Louvre, y se le envió el que guardaba la columnata. Viendo ésta abandonada, los parisienses se aproximaron á las paredes, y entrando por las puertas falsas que conducen del jardin de la Infanta al interior, se apoderaron de las ventanas, é hicieron fuego sobre el otro batallon situa-

do en el patio. Bajo la impresion del terror del recuerdo del 10 de Agosto, se lanzaron los suizos fuera del palacio, y fueron á reunirse con su tercer batallon, que se hallaba frente á los puestos del pueblo en que se observaba la suspension de hostilidades. El pueblo que, desde el Louvre, se habia hecho dueño de la galería del Museo, comenzó á hacer fuego por entre las obras maestras, contra los lanceros alineados en el Carrousel; y escitados por este ejemplo los puestos de los insurrectos, rompieron el armisticio. Precipitándose bajo el Arco de Triunfo, los suizos impelen á los lanceros hácia el pórtico del pabellon del Reloj, y desembocan en tropel en el jardin de las Tullerías. El jóven Farci fue herido mortalmente en esta refriega; su nombre se halla inscrito en la esquina del café donde cayó exánime: en el dia existe una fábrica de azúcar de remolacha en las Termópilas. Los suizos tuvieron tres ó cuatro heridos y muertos, y este corto número se ha convertido en una horrorosa carnicería.

El pueblo entró en las Tullerías con MM. Thomas, Bastide y Guinard por el postigo del Puente Real. Sobre el pabellon del Reloj se enarboló una bandera tricolor, como en tiempo de Bonaparte, aparentemente en memoria de la libertad. Los muebles fueron destrozados; los cuadros rotos á sablazos; en los armarios se halló el diario de las cazas del rey y de los buenos tiros disparados contra las perdices: antigua costumbre de los monteros de las monarquías. En el salon del trono se colocó un cadáver sobre el sillón vacío: esto seria terrible si los franceses no representasen hoy continuamente el drama. El museo de artillería en Santo Tomas de Aquino fue saqueado, y las corrientes del rio arrastraron los siglos con el casco de Godofredo de Bouillon y la lanza de Francisco I.

El duque de Ragusa abandonó entonces el cuartel jeneral, dejando en él ciento veinte mil francos en talegas. Salió por la calle de Rivoli; volvió á entrar en el jardin de las Tullerías, y dió orden á las tropas para que se retirasen, primero á los Campos Eliseos, y despues hasta la Estrella. Se creyó jeneralmente que la paz estaba ajustada, y que llegaba el delfin: viéronse en efecto algunos carruajes y furgones de las caballerizas reales atravesar la plaza de Luis XV: pero eran los ministros que se marchaban despues de sus buenas obras.

Al llegar á la Estrella, recibió Marmont una carta en que se le anunciaba que el rey habia confiado al delfin el mando en jefe de las tropas, y que él, mariscal de los ejércitos franceses, serviria bajo sus órdenes.

Una compañía del 3.^o de la guardia habia quedado olvidada en la casa de un sombrerero de la calle de Rohan; cuya casa fue tomada despues de una larga y tenaz resistencia. El capitán Meunier, herido de tres tiros, saltó desde la ventana de un tercer piso, cayó sobre un techo bajo, y fue trasladado al hospital del Gros-Caillon: ha sobrevivido á esta catástrofe. El cuartel de Babilonia, asaltado entre doce y una por tres alumnos de la escuela politécnica, Vanneau, Lacroix y d'Ouvrier, solo se hallaba guardado por un depósito de reclutas suizos, que se compondria como de unos cien hombres, mandados por el mayor Dufay, de origen frances; valiente militar: hacia treinta años que servia en Francia, y habia sido actor en los altos hechos de la república y del imperio. Intimidado á que se rindiese, rehusó toda condicion, y se encerró en el cuartel. El joven Vanneau pereció en su ataque. Los zapadores-bomberos prenden fuego á la puerta del cuartel; ésta se hunde, y en el mismo instante sale por aquella boca inflamada el

mayor Dufay, seguido de sus montañeses, con la bayoneta calada. Herido de un tiro por un tabernero vecino, cae al suelo, y su muerte protege á sus reclutas, que logran reunirse á los diferentes cuerpos á que pertenecian.

Jornada civil del 29 de Julio. — M. Baude. — M. de Choiseul, M. de Semonville, M. de Vitrolles, M. de Lafite y M. Thiers.

El duque de Mortemart habia llegado á Saint-Cloud el miércoles 28, á las diez de la noche, para desempeñar su servicio como capitán de los cien suizos; pero hasta el dia siguiente no pudo hablar al rey. A las once de la mañana del 29 hizo algunas tentativas para que el rey retirase las ordenanzas, pero le respondió: — »Yo no quiero »subir en carreta como mi hermano; no quiero retroceder »ni un paso." Algunos minutos despues iba á retroceder toda la estension de un reino.

Entre tanto habian llegado los ministros, y se hallaban alli tambien MM. de Semonville, de Argout y Vitrolles. M. de Semonville cuenta que tuvo una larga conferencia con el rey, y que no consiguió *alterar su resolucion sino despues de haber tocado su corazon, hablándole de los peligros de la delfina*, diciéndole: — »Mañana á medio dia no »habrá ya ni rey, ni delfin, ni duque de Burdeos." Y el rey le respondió: — »Dadme una hora de término para »pensarlo." Yo no creo ni una palabra de todo esto. La charlataneria es nuestro principal defecto: interrogad á un frances, y fiais de sus palabras; no habrá nada que no haya hecho. Los ministros entraron en el cuarto del rey despues de M. de Semonville; las ordenanzas fueron retiradas, el ministerio disuelto, y M. de Mortemart nombrado presidente del nuevo gabinete.

En la capital, el partido republicano acababa de des-

cubrir un asilo. M. Baude (el de la querella en la redaccion de *El Tiempo*) habia corrido las calles, y hallado el Hôtel-de-Ville ocupado solo por dos hombres, M. Dubourg y M. Zimmer. Inmediatamente se tituló comisionado de un *gobierno provisional* que iba á instalarse alli; y haciendo llamar á los empleados de la prefectura, les mandó que se pusieran á trabajar, como si estuviese presente M. Chabrol. En los gobiernos convertidos en máquinas, las pêsas se suben muy pronto: todos corren á ocupar los puestos abandonados; quién se hace secretario jeneral, quién jefe de seccion, quién se confiere á sí mismo la contabilidad, quién se encarga del personal y lo distribuye entre sus amigos; y hasta hubo quien se hizo traer la cama al Hôtel-de-Ville, á fin de no desamparar su puesto, y de estar en aptitud de saltar al que quedase vacante. M. Dubourg, apodado el jeneral, y M. Zimmer, eran considerados como los jefes de la parte *militar* del *gobierno provisional*. M. Baude, representante *civil* de este gobierno desconocido, adoptó algunas disposiciones, y publicó proclamas. Entre tanto se habian publicado y fijado otras disposiciones del mismo partido republicano, y dimanadas de otro gobierno, compuesto de MM. de Lafayette, Gerard y Choiseul. No se concibe la asociacion de este último nombre con los otros; el mismo M. de Choiseul ha protestado contra ella. Este viejo liberal que, por parecer vivo, se mantenia tieso como un muerto, emigrado y náufrago en Calais, al volver á Francia no halló otro hogar que un palco en el teatro de la Opera.

A las tres de la tarde se reprodujo la confusion. Una orden del dia convocó al Hôtel-de-Ville á los diptados reunidos en Paris, para acordar las medidas que debian tomarse. Los alcaldes debian permanecer en sus distritos;

pero enviando uno de sus tenientes al Hôtel-de-Ville, á fin de formar parte de una *comision consultiva*. Esta órden del dia se hallaba firmada asi: *J. Baude, por el gobierno provisional, y el coronel Zimmer, por órden del general Dubourg*. Semejante audacia de tres personas que hablan en nombre de un gobierno que no existe mas que fijado por ellos en las esquinas, prueba la rara intelijencia de los franceses cuando se hallan en revolucion: tales hombres han nacido evidentemente para dirigir á los demas pueblos. ¡Que desgracia que al librarnos Bonaparte de la anarquía nos arrebatase tambien la libertad!

Los diputados se habian reunido en casa de M. de Laffitte. Lafayette, creyéndose vuelto al año de 1789, declaró que volvia á tomar tambien el mando de la guardia nacional. Se le aplaudió, y en seguida se dirijió al Hôtel-de-Ville. Los diputados nombraron una *comision municipal*, compuesta de cinco miembros: MM. Casimiro Perier, Laffitte, de Lobau, de Schonen y Audry de Puyraveau. M. Odilon Barrot fue elegido secretario de esta *comision*, que se instaló en el Hôtel-de-Ville, como lo habia hecho ya M. de Lafayette, al lado de las sillas que ocupaba el gobierno provisional de M. Dubourg. M. Mauguin, enviado cerca de la *comision*, permanecié con ella. El amigo de Washington hizo quitar la bandera negra enarbolada sobre el Hôtel-de-Ville por capricho de M. Dubourg.

A las ocho y media de la noche llegaron de Saint-Cloud M. de Semonville, M. de Argout y M. de Vitrolles. Al instante que supieron en Saint-Cloud la retirada de los antiguos ministros y el nombramiento de M. de Mortemart para la presidencia del consejo, se habian puesto en camino para Paris, y se presentaron á la *comision municipal* en calidad de mandatarios del rey. M. Mauguin preguntó al

guarda-sellos si tenia poderes escritos, y habiendo contestado *que no habia pensado en ello*, terminó aqui la negociacion de los oficiosos comisionados.

Sabedora la reunion Laffitte de lo ocurrido en Saint-Cloud, M. Laffitte firmó un salvo-conducto para M. Mortemart, añadiéndole que los diputados reunidos en su casa le esperarían hasta la una. Pero no habiendo llegado á esta hora el noble duque, los diputados se retiraron.

M. Laffitte se quedó solo con M. Thiers, y ambos se ocuparon entonces en el duque de Orleans y en las proclamas que debían publicar. Cincuenta años de revolucion en Francia, habían dado á los hombres prácticos una gran facilidad para reorganizar toda clase de gobiernos, y á los teóricos el hábito de separar las cartas y de preparar las máquinas y las palancas con que se levanta y se derriba á esos mismos gobiernos.

Escribo al rey á Saint-Cloud. — Su respuesta verbal. — Corporaciones aristocráticas. — Saqueo de la casa de misioneros, calle del Infierno.

La jornada del 29, dia siguiente al de mi vuelta á París, no estuvo para mí exenta de ocupaciones. Mi plan estaba fijado. Yo deseaba obrar; pero no queria hacerlo sino en virtud de una órden autógrafa del rey, en que me confiriese los poderes necesarios para hablar á las autoridades del momento; porque mezclarme en todo; y no hacer nada, no me convenia de ninguna manera. Y en esta parte discurría con mucho acierto; prueba sino de ello la afrenta sufrida por MM. de Argout, Semonville y Vitrolles.

Escribí, pues, á Carlos X á Saint-Cloud, y M. de Givré se encargó de llevar mi carta. En ella rogaba al rey que me manifestase cuál era su voluntad; pero M. de Givré

volvió con las manos vacías. Había entregado mi carta al conde de Duras, quien la había pasado al rey. S. M. me respondía verbalmente, que había nombrado á M. de Mortemart su primer ministro, y me invitaba á entenderme con él. Pero ¿donde hallar al noble duque? En vano le busqué el 29 por la noche.

Rechazado por Carlos X, mi pensamiento se dirigió hácia la cámara de los pares, la cual podia, en su calidad de tribunal supremo, avocar el proceso y dirimir la contienda. Si no se creia segura en París, podia trasladarse á otro punto, á la córte misma del rey, y pronunciar allí una gran sentencia arbitral, en la que tenia probabilidades de triunfo, porque siempre las tiene el valor. Y sobre todo, aun sucumbiendo, habria sucumbido en una derrota útil á los principios. Pero ¿habria yo hallado en esta cámara veinte hombres dispuestos á sacrificarse? De estos veinte hombres, ¿habria habido cuatro que se hallasen de acuerdo conmigo sobre las libertades públicas?

Las asambleas aristocráticas reinan gloriosamente cuando son soberanas y se hallan investidas exclusivamente del poder de hecho y de derecho. Entonces ofrecen las mayores garantías. Pero en los gobiernos mistos pierden su valor, y aparecen miserables en las grandes crisis. Débiles contra el rey, no impiden el despotismo; débiles contra el pueblo, no evitan la anarquía; y en las conmociones populares no rescatan su existencia sino al precio de su perjurio ó de su esclavitud. ¿Salvó á Carlos I la cámara de los lores? ¿Salvó á Ricardo Cromwell, á quien habia prestado juramento? ¿Salvó á Jacobo II? ¿Salvará hoy á los príncipes de Hannover? ¿Se salvará á sí misma? Estos pretendidos contrapesos aristocráticos no sirven mas que para estorbar en la balanza, y tarde ó temprano serán arrojados del platillo.

Una aristocracia antigua y opulenta, con el hábito de los negocios, no tiene mas que un medio de retener el poder cuando se le escapa de las manos. Este medio es pasar del Capitolio al Forum, y colocarse á la cabeza del nuevo movimiento, á menos que no se crea bastante fuerte para arriesgar la guerra civil.

Mientras esperaba la vuelta de M. Givré, estuve bastante ocupado en la defensa de mi cuartel. Los habitantes de las afueras de París y los canteros de Montrouge alluian á él por la barrera del Infierno. Los últimos se parecian á los canteros de Monmartre, que tan gran susto causaron á la señorita de Mornay cuando huía de las matanzas de San Bartolomé. Al pasar por delante de la comunidad de misioneros, situada en mi calle, penetraron en ella. Unos veinte sacerdotes que habia alli se vieron obligados á salvarse por medio de la fuga; su comida fue saqueada filosóficamente, y sus camas y sus libros quemados en la calle. No se ha dicho nada de este miserable incidente; y ¿para que gastar el tiempo en lo que pudo perder el clero? Yo di hospitalidad á siete ú ocho fujitivos, los cuales permanecieron ocultos en mi casa durante muchos dias, hasta que obtuve pasaportes para ellos por medio de mi vecino M. Arago, y fueron á otra parte á predicar la palabra de Dios. »La fuga de los santos ha sido muchas veces útil á los pueblos: *ut illis populis fuga sanctorum.*»

Cámara de los diputados. — M. de Mortemart.

La comision municipal del Hôtel-de-Ville nombró al baron Luis comisario provisional de hacienda, á M. Baude del interior, á M. Merilhou de justicia, á M. Chardel de correos, á M. Marchal de telégrafos, á M. Bavoux de po-

licia, y á M. de Laborde para la prefectura del Sena. De este modo, el gobierno provisional *voluntario* se halló destruido en realidad por la promocion de M. de Baude, que se habia creado á si mismo miembro de este gobierno. Las tiendas se volvieron á abrir, y los servicios públicos recobraron su curso.

En la reunion de M. Laffitte se habia decidido que los diputados se reunieran al medio dia en el palacio de la cámara. En efecto, se reunieron alli en número de treinta ó treinta y cinco, presididos por M. de Laffitte. M. Berard anunció que habia encontrado á MM. de Argout, de Forbin-Janson y de Mortemart, que se dirijian á casa de M. de Laffitte, creyendo hallar alli á los diputados, y que los habia invitado á acompañarle á la cámara; pero que el duque de Mortemart, rendido de fatiga, se habia retirado para ir á ver á M. de Semonville. Añadió por último, que M. de Mortemart habia dicho que tenia carta blanca, y que el rey consentia en todo.

En efecto, M. de Mortemart llevaba cinco decretos; pero en vez de comunicarlos desde luego á los diputados, su cansancio le obligó á volverse al Luxemburgo. A medio dia los envió á M. Sauve, quien le respondió que no podia publicarlos en *El Monitor* sin autorizacion de la cámara de diputados ó de la comision municipal.

Habiéndose explicado M. Berard en los términos que dejo dichos, se promovió una discusion acerca de si se recibiria ó no á M. de Mortemart. El jeneral Sebastiani estuvo por la afirmativa; M. Mauguin declaró que si M. de Mortemart estuviese presente, él seria el primero en pedir que fuese oido; pero que los sucesos apremiaban, y no se podia aguardar á que M. de Mortemart le diese la gana de presentarse.

Nombráronse cinco comisionados para ir á conferenciar con los pares, á saber: MM. Agustin Perier, Sebastiani, Guizot, Benjamin Delessert é Hyde de Neuville.

Pero muy pronto fue introducido en la cámara electiva el conde de Sussy, encargado por M. de Mortemart de presentar los decretos á los diputados; y dirijiéndose á la asamblea, la dijo: «En ausencia del canciller se habian reunido en mi casa algunos pocos pares, y el duque de Mortemart nos ha enviado la adjunta para M. de Gerard ó M. Casimiro Perier. Permitidme que os comunique su contenido, que es el siguiente:

«Muy señor mio: en vano os he buscado desde mi llegada de Saint-Cloud, de donde salí anoche. Tened la bondad de decirme dónde podré veros. Entre tanto os ruego comuniqueis á los diputados las ordenanzas de que soy portador desde ayer.»

El duque de Mortemart habia partido por la noche de Saint-Cloud, y hacia doce ó quince horas que tenia las ordenanzas en su bolsillo desde el día antes, segun su espresion, y no habia podido encontrar ni al jeneral Gerard ni á M. Casimiro Perier. ¡Cuan desgraciado era M. de Mortemart! M. Berard, al oír la carta citada, hizo la siguiente observacion:

«No puedo menos de hacer notar una falta de franqueza: M. de Mortemart, á quien he encontrado esta mañana cuando se dirijia á casa de M. de Laffitte, me ha dicho formalmente que vendria aqui.»

En seguida se leyeron las cinco ordenanzas. La primera retiraba las del 25 de Julio; la segunda convocaba á las cámaras para el 3 de Agosto; la tercera nombraba á M. de Mortemart ministro de negocios estranjeros y presidente del consejo; la cuarta llamaba al jeneral Gerard al ministerio

de la guerra, y la quinta á M. Casimiro Perier al ministerio de hacienda. Cuando hallé por último á M. de Mortemart en casa del gran canciller, aseguró que se habia visto obligado á permanecer en la de M. de Semonville; porque habiendo vuelto á pie de Saint-Cloud, se habia visto forzado á dar un rodeo, y á penetrar en el bosque de Boloña por un portillo, desollándole un talon el calzado. Es sensible que antes de presentar las actas del trono no hubiese intentado M. de Mortemart ver á los hombres influyentes, é inclinarlos á favor de la causa real: asi fue, que leidas sin ninguna prevencion en medio de los diputados, nadie se atrevió á declararse, y Benjamin Constant dió esta terrible respuesta: — »Ya sabemos lo que nos dirá la cámara de »los pares: aceptará pura y simplemente la revocacion de »las ordenanzas. Por lo que á mí hace, no me pronuncio »decididamente en la cuestion dinástica; solo diré que seria »muy cómodo para un rey hacer ametrallar á su pueblo, y »quedar á cubierto con decir en seguida: *No hay nada de »lo hecho.*»

Benjamin Constant, que no se *pronunciaba decididamente sobre la cuestion dinástica*, ¿habria terminado su frase del mismo modo si de antemano se le hubiesen hecho oír algunas palabras que hiciesen honor á sus talentos y á su justa ambicion? Compadezco sinceramente á un hombre de valor y de honor como M. de Mortemart, cuando pienso que la monarquía lejitima ha sido quizá derribada, porque el ministro encargado de los poderes del rey no pudo encontrar en Paris á dos diputados, y porque, fatigado de andar tres leguas á pie, se desolló un talon. Las ordenanzas de su antiguo señor se han convertido para M. de Mortemart en otro decreto, nombrándole embajador en San Petersburgo. ¡ Ah! Y ¿yo he rehusado ser ministro de ne-

gocios extranjeros de Luis Felipe, ó volver á desempeñar *mi muy amada* embajada de Roma? Pero ¿por que digo *mi muy amada*! ¿Que hubiera yo hecho en las orillas del Tiber? Hubiera creído siempre que sus aguas me miraban con vergüenza.

Correría por París. — El jeneral Dubourg. — Ceremonia fúnebre bajo las columnatas del Louvre. — Algunos jóvenes me llevan á la cámara de los pares.

El 30 por la mañana recibí un billete del gran canciller, invitándome á asistir á la reunion de los pares en el Luxemburgo; pero antes quise saber algunas noticias. Bajé, pues, por la calle del Infierno, la plaza de San Miguel y la calle Delfina. Habia aun alguna emoción en torno de las barricadas desportilladas. Yo comparaba lo que veía al gran movimiento revolucionario de 1789, y lo de hoy me parecia orden y silencio: el cambio de costumbres era visible.

La estatua de Enrique IV, en el Puente-Nuevo, tenia en la mano una bandera tricolor, como si fuera un pendon de la Liga; y algunos hombres del pueblo, mirando al rey de bronce, le decian: — »Viejo mio, tú no hubieras hecho esta necedad.» Sobre el muelle de la Escuela se hallaban reunidos grupos bastante numerosos; y desde lejos distinguí un jeneral, acompañado de dos ayudantes de campo, todos á caballo: dirijime, pues, hácia este lado. Al atravesar la multitud, mis ojos se fijaban en el jeneral: llevaba banda tricolor por encima de su uniforme, y sombrero de picos con una punta hácia atras y la otra hácia adelante. A su vez me distingue el jeneral, y esclama: — »¡Hola, vizconde!» Y con gran sorpresa reconozco al coronel ó capitán Dubourg, mi compañero de Gante, el que á nuestra vuelta á París iba á tomar posesion en nombre del rey

Luis XVIII de las ciudades que nos abrian sus puertas, y nos traia, como he contado ya, la mitad de un carnero para comérnoslo en una aldea, en Arnonville. Los diarios habian presentado á este oficial como un austero soldado republicano con bigotes entre canos, que no habia querido servir bajo la tiranía imperial, y que era tan pobre, que fue preciso comprarle en una roperia un uniforme raído del tiempo de mari-castaña. »¡Como! exclamé: ¡sois vos....!» Y Dubourg me tiende los brazos, me aprieta la mano sobre el cuello de su rocín, y haciéndose círculo: — »Querido mio, me dice en alta voz el jefe militar del gobierno provisional, señalándome el Louvre: habia alli dentro mil y doscientos hombres; les hemos flanqueado las almenas por detras, y han echado á correr y mas correr....» Los ayudantes de campo de M. Dubourg sueltan grandes carcajadas; la turba les hace el acompañamiento, y el jeneral pica á su caballo, que caracoleaba como una bestia derengada, y parte seguido de los otros dos rocinantes, resbalando por el empedrado, y con peligro á cada paso de caer de narices entre las piernas de sus caballeros.

De este modo me dejó trasportado el Diomedes del Hôtel-de-Ville, hombre valiente, y de talento por otra parte. He visto hombres que, tomando por lo sério todas las escenas de 1830, se avergonzaban al oír esta narracion, porque burlaba un poco su heroica credulidad. Yo mismo estaba avergonzado viendo el lado cómico de las revoluciones mas graves, y de qué manera se puede burlar la buena fe del pueblo.

M. Luis Blanc, en el primer volúmen de su excelente *Historia de los diez años*, publicada despues de lo que acabo de escribir, confirma mi narracion. »Un hombre, dice, »de mediana estatura, de rostro enérgico, con uniforme

»de jeneral, y seguido de un gran número de hombres armados, atravesaba el mercado de los Inocentes." En casa de M. Evaristo Dumoulin, redactor de *El Constitucional*, era donde este hombre se habia provisto del uniforme, comprado en una prendería; las charreteras se las habia dado el actor Perlet, procedentes del guarda-ropa de la ópera cómica. — «¿Que jeneral es ese?» preguntaban por todas partes. Y cuando los que le rodeaban respondian: — «Es el jeneral Dubourg." — «¡Viva el jeneral Dubourg!» gritaba el pueblo, que jamás habia oido este nombre (1).

A algunos pasos de allí me esperaba otro espectáculo: se habia abierto una hoya ante la columnata del Louvre, y un sacerdote con sobrepelliz y estola recitaba oraciones á orillas de esta gran tumba, en que se depositaba á los muertos. Yo me descubrí la cabeza, é hice la señal de la cruz. La multitud silenciosa miraba con respeto aquella ceremonia, que no hubiera sido nada si la religion no hubiese asistido á ella. Tantos recuerdos y reflexiones se agolpaban á mi imaginacion, que quedé en una completa inmovilidad. De repente me sentí estrechado, y oí un grito: ¡Viva el

(1) El 9 de Enero de este año 1841 he recibido una carta de M. Dubourg, en que se leen estas frases: «¡Cuanto he deseado veros despues de nuestro encuentro en el muelle del Louvre! ¡Cuántas veces he deseado depositar en vuestro pecho los pesares que desgarraban mi alma! ¡Que desgraciado es el que ama con pasion á su país, su honor y su gloria, cuando vive en tal época.....!

«¿No tenia yo razon en 1830 para no querer someterme á lo que se hacia? Yo veia distintamente el porvenir odioso que se preparaba á la Francia; yo esplicaba cómo no podian resultar mas que males de arreglos políticos tan fraudulentos; pero nadie me comprendia.»

El 5 de Julio de este mismo año 1841, M. Dubourg me escribió de nuevo, enviándome el borrador de una nota que habia dirigido en 1828 á MM. de Martignac y de Caux, escitándolos á hacerme entrar en el consejo. Nada he dicho, pues, acerca de M. Dubourg que no sea la pura verdad. (Paris, nota de 1841.)



defensor de la libertad de imprenta! mis cabellos me habian hecho reconocer. Al instante me rodean los jóvenes, y me dicen: — «¿Donde vais? nosotros os llevaremos.» Yo no sabia qué responderles; daba gracias; procuraba desasirme, y suplicaba que me dejasen seguir mi camino. No era aun la hora señalada para la reunion de la cámara de los pares; y los jóvenes no cesaban de gritar: — «¿Donde vais? ¿Donde vais?» Yo respondí sin saber lo que decia: — «¡Pues bien, al Palais-Royal!» Al instante soy conducido á él á los gritos de *¡viva la carta! ¡viva la libertad de imprenta! ¡viva Chateaubriand!* En el patio de las fuentes, M. Barba el librero sale de su casa, y viene á abrazarme.

Llegamos al Palais-Royal, y me hacen entrar en un café bajo la galeria de madera. Yo me moria de calor. Con las manos cruzadas reitero mi peticion para que se me evite la gloria que quieren darme; pero en vano, porque la juventud se niega á dejarme. Habia entre la multitud un hombre con las mangas arremangadas, las manos negras, el rostro siniestro y ojos ardientes, tales como yo habia visto tantos al principio de la revolucion, el cual intentaba á cada paso aproximarse á mi; pero los jóvenes le rechazaban constantemente. No he podido saber ni su nombre, ni lo que queria de mí.

Fue necesario, en fin, resolverme á decir que iba á la cámara de los pares: salimos del café, y comenzaron de nuevo las aclamaciones. En el patio del Louvre se oyeron diversos gritos; unos decian: *¡A las Tullerías, á las Tullerías!* Otros: — *¡Viva el primer cónsul!* parecian querer hacerme heredero de Bonaparte republicano. Jacinto, que me acompañaba, recibia su correspondiente parte de manotones y de abrazos. Atravesamos el puente de las Artes, y tomamos la calle del Sena. De todas partes corrían



á nuestro encuentro; por todas partes se asomaban á las ventanas. Yo entre tanto sufría con tantos honores, porque casi me arrancaban los brazos, cuando hete aquí que uno de los jóvenes que me empujaban por detras, pasó de pronto su cabeza por entre mis piernas, y me levantó sobre sus hombros. Hubo nuevas aclamaciones, y se gritaba á los espectadores de la calle y de las ventanas: — ¡Abajo los sombreros! ¡viva la carta! Y yo replicaba: — »Si, señores; ¡viva la carta! pero ¡viva tambien el rey!» No se repetía este grito; pero no provocaba ninguna cólera; prueba de que aun no estaba perdida la partida. Todo podia aun arreglarse; pero era necesario no presentar al pueblo mas que hombres populares; en las revoluciones un nombre hace mas que un ejército.

Tanto supliqué á mis jóvenes amigos, que al fin me pusieron en tierra. En la calle del Sena, frente la casa de mi librero, M. Lenormant, un tapicero ofreció un sillón para llevarme: yo lo rehusé, y llegué en triunfo al patio del Luxemburgo, donde me dejó mi jenerosa escolta, despues de haber dado nuevos gritos de ¡viva la carta! ¡viva Chateaubriand! Los sentimientos de aquella noble juventud me habian conmovido: yo habia gritado ante ella ¡viva el rey! con tanta seguridad como si me hubiese hallado solo encerrado en mi casa. Ella conocia mis opiniones; ella misma me llevaba á la cámara de los pares, donde sabia que iba á hablar en favor de mi rey, al que queria permanecer fiel; y esto era el 30 de Julio, y acabábamnos de pasar al lado de la hoya en que se sepultaba á los ciudadanos muertos por las balas de los soldados de Carlos X.

Reunion de los pares.

El ruido que yo dejaba fuera contrastaba con el silencio que reinaba en el vestibulo del palacio del Luxemburgo; silencio que era aun mayor en la oscura galeria que precede á los salones de M. de Semonville. Mi presencia desconcertó á los veinticinco ó treinta pares que se hallaban reunidos, porque les impedia las dulces efusiones del miedo y la tierna consternacion á que se hallaban entregados. Aqui vi al fin á M. de Mortemart, y le dije que, conforme á los deseos del rey, estaba pronto á entenderme con él. Me respondió, como he dicho ya, que en su viaje se habia desollado un talon, y en seguida dirijió la palabra á la asamblea. Nos dió conocimiento de las ordenanzas, y nos dijo cómo las habia hecho comunicar á los diputados por medio de M. de Sussy. M. de Broglie declaró que acababa de recorrer á París; que nos hallábamnos sobre un volcan; que los artesanos no podian ya contener á sus obreros, y que si llegaba á pronunciarse siquiera el nombre de Carlos X, se nos cortaria á todos la cabeza y se demoleria el Luxemburgo, como se habia demolido la Bastilla. — «Es cierto, es cierto,» murmuraban con voz sorda los prudentes, meneando la cabeza. M. de Caraman, á quien habian hecho duque, sin duda porque habia sido criado de M. de Metternich, sostenia con calor que no podian ser reconocidas las ordenanzas. — «¿Por que?» le dije yo; y esta simple pregunta le dejó frio y sin poder contestar.

En esto llegan los cinco comisionados de los diputados. El jeneral Sebastiani empieza con su frase acostumbrada: — «Señores, se trata de un asunto gravisimo.» En segui-

da hace un elogio de la gran moderacion del duque de Mortemart; habla de los peligros de París; pronuncia algunas palabras en alabanza de S. A. R. monseñor el duque de Orleans, y concluye con que es imposible ocuparse en las ordenanzas. M. Hyde de Neuville y yo fuimos los únicos de parecer contrario. Yo obtuve la palabra, y hablé en estos términos: — »El duque de Broglie nos ha dicho, »señores, que ha paseado las calles, y visto por todas partes »disposiciones hostiles: yo vengo tambien de recorrer á París, y tres mil jóvenes me han traído hasta el patio de este »palacio: desde aqui habeis podido oír sus gritos. ¿Tienen »sed de sangre los que aclaman así á uno de vuestros colegas? Ellos han gritado ¡viva la carta! y yo les he respondido »¡viva el rey! No por eso han manifestado ninguna indignación, y han venido á dejarme sano y salvo en medio de »vosotros. ¿Son estos los sintomas tan amenazadores de la »opinión pública? Yo sostengo que no hay nada perdido, y »que podemos aceptar las ordenanzas. No se trata de considerar si hay peligro ó no, sino de guardar los juramentos »que hemos prestado á ese rey á quien debemos nuestras »dignidades, y muchos de entre nosotros su fortuna. S. M., »retirando las ordenanzas y cambiando el ministerio, ha hecho su deber; hagamos ahora el nuestro. ¡Como! ¿en todo el curso de nuestra vida se presenta un solo día en que »nos vemos obligados á salir al campo de batalla, y no aceptaremos el combate? Demos á la Francia un ejemplo de »honor y de lealtad; impidámosla que caiga en combinaciones anárquicas, en que su paz, sus intereses verdaderos »y su libertad irían á perderse: el peligro se desvanece »cuando se osa mirarle de frente.»

No se me respondió nada; pero se dió prisa á levantar la sesión. Habia cierta impaciencia de perjurio en aquella

asamblea dominada por el miedo; y cada uno queria salvar su cansada vida, como si al dia siguiente no hubiera de arrancarnos el tiempo nuestras viejas pieles, por las que un judio intelijente no habria dado un cuarto.

Los republicanos. — Los orleanistas. — M. Thiers es enviado á Neuilly. — Convocacion de los pares en casa del gran canceller. — El aviso me llega demasiado tarde.

Los tres partidos comenzaban á pronunciarse, y á obrar los unos contra los otros: los diputados que querian la monarquía para la rama primojénita eran los mas fuertes legalmente, porque reunian en torno suyo todo lo que tendia al órden; pero moralmente eran los mas débiles, porque vacilaban, y no se pronunciaban: á juzgar por la conducta poco franca de la córte, no cabia duda de que ellos preferirian inclinarse á la usurpacion, antes que dejarse tragar por la república.

Los partidarios de ésta hicieron fijar carteles que decian: »La Francia es libre. Ella no concede al gobierno »provisional mas que el derecho de consultarla, mientras »espresa su voluntad en unas nuevas elecciones. Fuera tro- »nos: el poder ejecutivo confiado á un presidente temporal: »concurso mediato ó inmediato de todos los ciudadanos en »la eleccion de diputados: libertad de cultos.»

Esta alocucion reasumia las únicas cosas justas en la opinion republicana; una nueva asamblea de diputados decidiria si era bueno ó malo ceder á este voto, fuera tro- nos; cada cual habria defendido su causa, y la eleccion de un gobierno cualquiera por un congreso nacional, hubiera tenido el carácter de legalidad.

En otro cartel republicano del mismo dia 30 de Julio, se leia en letras gordas: »No mas Borbones..... Todo está

»compendiado aquí : la grandeza , el reposo , la prosperidad pública , la libertad.»

Se publicó por último una petición á los individuos de la comision municipal que formaban el gobierno provisional, en que se solicitaba , »que no se tratase de proclamar ningun jefe hasta que se hubiese determinado la forma de gobierno ; que el provisional se declarase permanente hasta que pudiese ser conocido el voto de la mayoría de los franceses ; y que toda otra medida seria in tempestiva y culpable.»

Esta petición, nacida de una comision que habian nombrado un gran número de ciudadanos de diversos distritos de París , estaba firmada por MM. Chevalier , presidente, Trelast , Teste , Lepelletier , Guinard , Hingray , Cauchois-Lemaire , &c.

En esta reunion popular se proponia confiar por aclamacion la presidencia de la república á M. de Lafayette, apoyándose en los principios que la cámara de diputados de 1815 habia proclamado al disolverse. Varios impresores se negaron á publicar estas proclamas , diciendo que les estaba prohibido por M. de Broglie ; de modo que la república , que echaba por tierra el trono de Cárlos X , temia las prohibiciones de M. de Broglie , á pesar de no tener ningun poder.

Ya he dicho que en la noche del 29 al 30 M. Lafitte con MM. Thiers y Mignet, lo habian preparado todo para fijar los ojos del público sobre el duque de Orleans. El 30 aparecieron proclamas y peticiones, producto de este conciliábulo. »Evitemos la república,» se decia en ellas. En seguida se recordaban los hechos de armas de Jemmapes y de Valmy , y se aseguraba que el duque de Orleans no era *Capeto*, sino *Valois*.

Entre tanto M. Thiers, enviado por M. Laffitte, cabalgaba hácia Neuilly con M. Scheffer; pero S. A. R. no se hallaba allí; y despues de acaloradas discusiones y grandes coloquios entre la señorita de Orleans y M. Thiers, se convino al fin en escribir al duque, para que se decidiese á adherirse á la revolucion. El mismo M. Thiers escribió algunas palabras al príncipe, y M.^{ma} Adelaida prometió ir á París antes que su familia. El orleanismo habia hecho progresos, y aquella misma tarde se trató entre los diputados de conferir la lugar-tenencia jeneral del reino al duque de Orleans.

M. de Sussy habia sido menos bien recibido aun en el Hôtel-de-Ville con las ordenanzas de Saint-Cloud, que en la cámara de diputados; y provisto de un recibo firmado por M. de Lafayette, volvió á ver á M. de Mortemart, quien exclamó: »Me habeis salvado mas que la vida; me habeis »salvado el honor.»

La comision municipal redactó una proclama, en la que declaraba que *los crímenes de su poder* (de Carlos X) *habian acabado, y que el pueblo tendria un gobierno, que le deberia* (al mismo pueblo) *su orijen*: frase ambigua, que se podia interpretar como se quisiera. MM. Laffitte y Perrier no firmaron esta acta. M. de Lafayette, alarmado demasiado tarde con la idea de un reinado orleanista, envió á M. Odilon Barrot á la cámara de diputados á anunciar que el pueblo, autor de la revolucion de Julio, no entendia que pudiese quedar terminada con un simple cambio de personas, y que la sangre vertida valia bien algunas libertades. Se trató de que los diputados publicasen una proclama, invitando al duque de Orleans á dirigirse á la capital; pero despues de algunas comunicaciones con el Hôtel-de-Ville, fue desechado este proyecto. Entonces se acordó

el nombramiento, por medio de la suerte, de una comision de doce miembros que fuese á ofrecer al castellano de Neuilly la lugar-tenencia jeneral que no habia podido tener cabida en una proclama.

Por la noche el gran canceller reunió en su casa á los pares; pero fuese por descuido, ó con intencion, su carta me llegó demasiado tarde. Me apresuré á correr á la cita; se me abrió la reja de la avenida del Observatorio, atravesé el jardin del Luxemburgo, y cuando llegué al palacio no hallé en él á nadie. Me volvi por el camino de los parterres con los ojos fijos en la luna; pensé entonces en los mares y en las montañas, donde se me habia mostrado otras veces; en los bosques, en cuya cima, ocultándose ella misma en silencio, parecia repelirme la máxima de Epicuro: «Ocultu tu vida.»

Saint-Cloud. — Escena entre el delfín y el mariscal de Ragusa.

He dejado á las tropas que se retiraban hácia Saint-Cloud el 29 por la tarde. Los paisanos de Chaillot y de Passy las atacaron, mataron un capitan de carabineros y dos oficiales, é hirieron á un soldado. La Moltra, capitan de la guardia, fue herido de un tiro disparado por un muchacho, á quien habia querido contemplar. El capitan habia dado su dimision en el momento de publicarse las ordenanzas; pero viendo el 27 que habia combate, volvió á su cuerpo á participar de los peligros de sus camaradas. Para gloria de la Francia no hubo jamás en los diversos partidos una lucha mas bella entre la libertad y el honor.

Los niños, intrépidos, porque ignoran el peligro, han representado un triste papel en los tres dias. Escudados con su debilidad, tiraban á boca de jarro sobre los oficia-

les, que se habrian creído deshonrados hostilizándolos. Las armas modernas ponen la muerte á disposicion de la mano mas débil. Monos feos y desvergonzados, libertinos precoces, crueles y perversos, aquellos pequeños de los tres dias se entregaban á los asesinatos con todo el abandono de la inocencia. Guardémonos de hacer nacer la emulacion del mal con alabanzas imprudentes. Los niños de Esparta iban á la caza de ilotas.

Monseñor el delfin recibió á los soldados en la puerta de la aldea de Boloña, en el bosque, y despues entró en Saint-Cloud.

Este sitio se hallaba guardado por las cuatro compañías de guardias de corps. El batallon de los colejiales de Saint-Cyr habia llegado á él tambien; en rivalidad y en contraste con la escuela politécnica, habia abrazado la causa real. Las tropas estenuadas, y que volvian de un combate de tres dias, en medio de sus heridas y de sus reveses no hablaban mas que de la evasion de los criados nobles, titulados y bien comidos, que se sentaban á la mesa con el rey. No se pensó en interrumpir las líneas telegráficas; por el camino pasaban libremente correos, viajeros, sillas de posta y diligencias con la bandera tricolor, cuya vista insurreccionaba á las poblaciones del tránsito. Entonces comenzó la seduccion por medio del dinero y de las mujeres. Las proclamas de París se estendieron por todo el sitio real y por todas las manos. El rey y la córte no querian persuadirse aun de que se hallaban en peligro; y para probar que despreciaban los gestos de algunos paisanos amotinados, y que no habia nada de revolucion, dejaban correr los sucesos. En todo esto se ve el dedo de Dios.

A la caida de la noche del 30 de Julio, á la misma hora con corta diferencia en que partia para Neuilly la comi-

sion de diputados, un ayudante hizo anunciar á las tropas que habian sido retiradas las ordenanzas. Los soldados gritaron *¡viva el rey!* y recobraron su alegría en el vivac; pero aquel anuncio del ayudante enviado por el duque de Ragusa, no habia sido comunicado al delfin, quien, como muy amante de la disciplina, se habia enfurecido. El rey dijo al mariscal: — »El delfin está descontento; id á darle esplicaciones.»

El mariscal no halló al delfin en su habitacion, y le aguardó en la sala de villar con el duque de Guisa y el duque de Ventadour, ayudantes de campo del príncipe. Entra el delfin, y á la vista del mariscal se enciende su cara en términos, que parecia salirle fuego por los ojos; atraviesa la antesala con sus largos pasos tan singulares; llega á su salon, y dice al mariscal: — »Entrad." Ciérrase la puerta; óyese un gran ruido, y las voces son cada vez mas fuertes. Inquieto el duque de Ventadour, abre la puerta, y sale el mariscal, perseguido por el delfin, quien le llama dos veces traidor. — »¡Rendid vuestra espada! ¡Rendid vuestra espada!" Y arrojándose sobre él, se la arranca. El ayudante de campo del mariscal, M. Delarue, quiere precipitarse entre él y el delfin; pero lo detiene M. de Montgascon; el príncipe se esfuerza por romper la espada del mariscal, y se corta las manos. Entonces grita: — »¡Guardias de corps, á mí! ¡Que se le prenda!" Los guardias de corps acuden corriendo, y sin un movimiento de cabeza del mariscal, sus bayonetas le habrian alcanzado el rostro. El duque de Ragusa es arrestado en su aposento.

El rey arregló como pudo este negocio, tanto mas deplorable, cuanto que los actores no inspiraban un gran interés. Cuando el hijo del Acuchillado mató á Saint-Pol, mariscal de la Liga, se reconocieron en aquella estocada la

sangre y el orgullo de los Guisas; pero aun cuando el delfin, mas poderoso señor que un príncipe de Lorena, hubiese hendido de una cuchillada al mariscal Marmont, ¿que mérito habria habido en esto? Si el mariscal hubiese muerto á monseñor el delfin, esto en todo caso hubiera sido algo mas singular. Hoy se veria pasar por la calle á César, descendiente de Vénus, y á Bruto, sobrino segundo de Junio, y no se les miraria: nada es grande en el dia, porque no hay nada elevado.

Ved aqui en lo que se invertia en Saint-Cloud la última hora de la monarquía: esa pálida monarquía, desfigurada y sangrienta, se asemejaba al retrato que nos hace Urfé de un gran personaje espirando: »Tenia los ojos apagados y hundidos; la quijada inferior, cubierta solo por un poco de piel, parecia haberse retirado de su sitio; la barba erizada, la tez amarilla, las miradas lentas, y la respiracion cansada. De su boca no salian ya palabras humanas, sino oráculos.»

Neully. — M. el duque de Orleans. — Raincy. — El príncipe viene a París.

El duque de Orleans habia tenido por el trono toda su vida esa inclinacion que toda alma bien nacida siente hácia el poder. Esta inclinacion se modifica segun que el carácter es impetuoso y anhelante, ó débil y rastrero: imprudente, franca, declarada en estos; circumspecta, reservada, vergonzosa y baja en aquellos: el uno, por elevarse, puede llegar á todos los crímenes; el otro, por subir, puede descender á todas las bajezas. El duque de Orleans pertenecia á esta última clase de ambiciosos. Seguidle en su vida, y vereis que no dice ni hace jamás nada completo, dejando siempre una puerta abierta por donde eva-

dirse. Durante la restauracion adula á la córte y anima á los liberales: Neuilly es el punto de reunion de las quejas y de los descontentos; allí se suspira, se aprieta la mano levantando los ojos al cielo; pero no se pronuncia una palabra bastante significativa que pueda ser contada en altos lugares. Muere un miembro de la oposicion, y se envia á su entierro un carruaje; pero este carruaje está vacío, y la librea es admitida en todas las puertas y en todos los entierros. Si en el tiempo de mi desgracia con la córte me encuentra en las Tullerías á su paso el duque de Orleans, tiene buen cuidado de saludar á la derecha; de manera que estando yo á la izquierda, me vuelve la espalda. Esto será notado, y hará buen efecto.

¿Conoció el duque de Orleans las ordenanzas de Julio antes de su publicacion? ¿Fue instruido de ellas por una persona que conocia el secreto de M. Ouvrard? ¿Que pensó acerca de ellas? ¿Cuales fueron sus temores y sus esperanzas? ¿Concibió algun plan? ¿Impulsó á M. de Laffitte á hacer lo que hizo, ó le dejó hacer? El carácter de Luis Felipe hace presumir que no tomó resolusion alguna, y que su timidez política, encerrándose en su falsedad, esperó el acontecimiento como la araña espera la mosca que ha de cojer en su tela. Ha dejado á la oportunidad que conspirase, y no ha conspirado él mismo mas que en sus deseos, de los que es probable que tuviese miedo.

Dos partidos podia haber adoptado el duque de Orleans: el primero, y el mas honroso, era correr á Saint-Cloud, é interponerse entre Carlos X y el pueblo, á fin de salvar la corona del uno y la libertad del otro: el segundo consistia en lanzarse á las barricadas con la bandera tricolor en la mano, y ponerse á la cabeza del movimiento del mundo. Luis Felipe debia escojer entre el papel del hombre

honrado y el de grande hombre: ha preferido escamotear la corona del rey y la libertad del pueblo. Durante la turbacion y las desgracias de un incendio, va robando sutilmente un ratero los objetos mas preciosos del palacio incendiado, sin oir los gritos de un niño sorprendido en su cuna por las llamas.

Una vez cojida la rica presa, se han encontrado multitud de perros para guardarla, y han acudido todas esas viejas corrupciones de los gobiernos anteriores, esos ocultadores de efectos robados, sapos inmundos medio aplastados, sobre los cuales ha pasado uno mil veces, y que, aunque aplastados, viven aun. Sin embargo, estos son los hombre á quienes se elojia, y cuya habilidad se ensalza. De otra manera pensaba Milton cuando escribia este pasaje de una carta sublime: »Si alguna vez ha derramado Dios en el corazon de un hombre un amor indestructible á la belleza moral, lo ha sido sin duda en el mio. En cualquiera parte que encuentro á un hombre que desprecia la falsa estimacion del vulgo, y osa aspirar, por sus sentimientos, su lenguaje y su conducta, á lo que nos ha enseñado de mas excelente la alta sabiduría de las edades, me uno á este hombre por una especie de adhesion, de que no puedo prescindir. No hay poder en el cielo ni en la tierra que pueda impedirme contemplar con respeto y con ternura á los que han llegado á la cúspide de la dignidad y de la virtud.»

La ciega córte de Carlos X no supo jamás dónde se hallaba ni con quién tenia que habérselas. Se podia haber mandado llamar al duque de Orleans á Saint-Cloud, y es probable que en el primer momento hubiera obedecido; tambien se podia haberle hecho prender en Neuilly el mismo dia de la publicacion de las ordenanzas; pero no se pensó en tomar ninguno de estos partidos.

A consecuencia de ciertas noticias que le llevó á Neuilly M.^{ma} de Bondy en la noche del martes 26, Luis Felipe se levantó á las tres de la mañana, y se retiró á un lugar conocido únicamente de su familia. Sentia el doble temor de que le alcánzase la insurreccion de París, ó de verse arrestado por un capitan de guardias. Fue, pues, á escuchar en la soledad del Raincy los cañonazos lejanos del Louvre, como escuchaba yo bajo un árbol los de la batalla de Waterlloo. Los sentimientos que sin duda agitaban al príncipe no debian parecerse en nada á los que me oprimian el corazon en los campos de Gante.

He dicho ya que en la mañana del 30 de Julio no halló M. Thiers al duque de Orleans en Neuilly; pero que la duquesa de Orleans envió á buscar á S. A. R. El conde Anatolio de Montesquieu fue el encargado de este mensaje; y una vez en Raincy, tuvo que vencer todas las dificultades del mundo para determinar á Luis Felipe á volver á Neuilly para esperar allí la diputacion de la cámara de diputados.

En fin, persuadido por el jentil-hombre de la duquesa de Orleans, Luis Felipe subió en un carruaje. M. de Montesquieu partió delante muy de prisa; pero mirando hácia atras á poco rato, vió que se detenía el carruaje de S. A. R., y que retrocedia de nuevo hácia Raincy: entonces vuelve apresuradamente, y agobia con sus súplicas á la futura majestad, que corria á ocultarse en el desierto, como los ilustres cristianos que huian en otro tiempo la pesada dignidad del episcopado: el fiel servidor pudo al fin conseguir una segunda aunque desgraciada victoria.

La comision de los doce miembros de la cámara de diputados que debia ofrecer al príncipe la lugar-tenencia jeneral del reino, le envió el 30 por la tarde un mensaje á Neuilly. Luis Felipe recibió este mensaje en la verja del

parque, lo leyó á la luz de una antorcha, y se puso al instante en camino para Paris, acompañado de MM. de Berthois, Haymés y Oudart. Llevaba en el ojal una cinta tricolor, é iba á recoger una vieja corona en el guardarropa real.

Una diputacion de la cámara electiva ofrece al duque de Orleans la lugar-tenencia jeneral del reino. — La acepta. — Esfuerzos de los republicanos.

Asi que llegó al Palais-Royal el duque de Orleans, envió á cumplimentar á M. de Lafayette.

La comision de los doce diputados se presentó en el palacio, y preguntó al príncipe si aceptaba la lugar-tenencia jeneral del reino. Éste respondió con visible embarazo: — «Yo he venido en medio de vosotros á participar »de vuestros peligros.... Necesito reflexionar, y consultar »á varias personas. Las disposiciones de Saint-Cloud no son »hostiles, y la presencia del rey me impone ciertos deberes.» Tal fue la respuesta de Luis Felipe. Se desvanecieron sus objeciones y sus dudas, como él esperaba, y despues de haberse retirado por espacio de media hora, volvió con una proclama, en que aceptaba las funciones de lugar-teniente jeneral del reino, y la cual acababa con esta declaracion: «La carta será en adelante una verdad.»

Llevada esta proclama á la cámara electiva, fue recibida con aquel entusiasmo revolucionario que contaba cincuenta años de edad; y se respondió á ella con otra redactada por M. Guizot. Los diputados volvieron al Palais-Royal; el príncipe se enterneció, ratificó la aceptacion, y no pudo menos de condolerse de las deplorables circunstancias que le obligaban á ser lugar-teniente jeneral del reino.

La república, aturdida por los golpes que la habían dado, trataba de defenderse; pero su verdadero jefe, el general Lafayette, la había casi abandonado. Este se complacía en el concierto de adoraciones que le dirigian de todas partes, aspiraba el perfume de las revoluciones, encantábale la idea de que era el árbitro de la suerte de la Francia, y que con una patada en el suelo, podía hacer salir, á su arbitrio, una república ó una monarquía, y se adormecía en esa incertidumbre que tanto agrada á los espíritus que temen las conclusiones, porque el instinto les advierte que ellos no son ya nada cuando los hechos se han consumado.

Los demas jefes republicanos se habían perdido de antemano por diferentes causas: el elojio del terror, recordando á los franceses el año de 1793, los había hecho retroceder. El restablecimiento de la guardia nacional mataba al mismo tiempo el principio ó el poder de la insurrección en los combatientes de Julio. M. de Lafayette no se apercibió de que dejando atras á la república había armado contra ella tres millones de jendarmes.

Como quiera que sea, avergonzados de haber sido burlados tan pronto, los jóvenes intentaron hacer alguna resistencia. Contestaron, pues, con proclamas y carteles á las proclamas y carteles del duque de Orleans, diciéndole que si los diputados se habían humillado á suplicarle que aceptase la lugar-tenencia jeneral del reino, la cámara de los diputados nombrada por una ley aristocrática, no tenía derecho para constituirse en órgano de la voluntad popular. Se probaba á Luis Felipe que era hijo de Luis Felipe José; éste, hijo de Luis Felipe; Luis Felipe, hijo de Luis, el cual era hijo de Felipe II, rejente; que Felipe II era hijo de Felipe I, hermano de Luis XIV: infiriéndose

de aqui que Luis Felipe de Orleans era *Borbon* y *Capeto*, y no *Valois*. M. de Laffitte continuaba sin embargo mirándole como de la estirpe de Carlos IX y de Enrique III, y decia: «Thiers es el que sabe todo esto.»

Un poco despues, la reunion Lointier declaró que la nacion estaba armada para sostener sus derechos por la fuerza. El comité central del duodécimo distrito declaró que el pueblo no habia sido consultado sobre la forma de su constitucion; que la cámara de los diputados y la cámara de los pares, habian recibido sus poderes de Carlos X, por consiguiente habian cesado con él; que en su consecuencia no podian representar á la nacion; que el duodécimo distrito no reconocia la lugar-tenencia jeneral, y que el gobierno provisional debia permanecer bajo la presidencia de Lafayette, hasta que se discutiese y fijase otra constitucion como base fundamental del nuevo gobierno.

El 30 por la mañana se trataba de proclamar la república; y algunos hombres resueltos amenazaban con asesinar á la comision municipal si no conservaba el poder. Quejábanse tambien de la cámara de los pares, y estaban furiosos por la audacia que habia manifestado. ¡La audacia de la cámara de los pares! Ciertamente que este era el último ultraje y la última injusticia que podia esperar de la opinion.

Formáronse tambien algunos proyectos: veinte jóvenes de los mas ardientes debian emboscarse en una callejuela que dá al muelle de la Ferraille y hacer fuego sobre Luis Felipe cuando se dirijiese del Palais-Royal al Hôtel-de-Ville. Pero pudo detenerseles, haciéndoles presente que matarian al mismo tiempo á Laffitte, á Pajol y á Benjamin Constant. Por último se trató de robar al duque de

Orleans y embarcarle en Cherburgo. ¡Estraño encuentro el de Cárlos X y Luis Felipe, si se hubiesen vuelto á hallar en el mismo puerto y sobre un mismo navío, despachado el uno á las playas extranjeras por los de la clase media, y el otro por los republicanos!

El duque de Orleans va al Hôtel-de-Ville.

Habiendo adoptado el duque de Orleans el partido de ir á hacer confirmar su título por los tribunales del Hôtel-de-Ville, se apeó en el Palais-Royal, rodeado de ochenta y nueve diputados, con gorras unos, con sombreros redondos otros, de frac estos, de levita aquellos. El candidato real monta en un caballo blanco, seguido de Benjamin Constant en una silla de manos, llevada por dos saboyanos. MM. Mechin y Viennet, cubiertos de sudor y de polvo, marchan entre el caballo blanco del monarca futuro y el carricoche del diputado gotoso, disputando con los dos mozos de cordel para guardar las distancias de ordenanza. Un tambor medio borracho batia la caja á la cabeza del cortejo: cuatro alguaciles servian de lictores; y los diputados mas celosos gritaban: ¡viva el duque de Orleans! En las inmediaciones del Palais-Royal tuvieron tal cual éxito estos gritos; pero á medida que se avanzaba hácia el Hôtel-de-Ville, los espectadores ó se burlaban ó guardaban silencio. Luis Felipe se deshacia en cumplimientos desde su caballo de triunfo, poniéndose bajo el escudo de M. de Laffitte, de quien en el tránsito obtuvo algunas palabras protectoras. Sonreia al jeneral Gerard; hacia señales de intelijencia á M. Viennet y á M. Mechin; y mendigaba la corona, pidiéndola al pueblo con su sombrero adornado con una vara de cinta tricolor, y alargan-

do la mano á cuantos pasaban, como quien pide una limosna. Al llegar la monarquía ambulante á la plaza de Greve, es saludada á los gritos de ¡*viva la república!*

Quando la real materia electoral penetró en el Hôtel-de-Ville, acogieron al postulante murmullos mucho mas amenazadores; y algunos servidores celosos que victoreaban su nombre, fueron muy mal tratados. Entra en la sala del trono, donde se agrupaban los heridos y los combatientes de los tres dias, y una exclamacion jeneral: — ¡*No mas Borbones!* ¡*Viva Lafayette!* conmueve las bóvedas de la sala. El príncipe se mostró turbado; y M. Viennet leyó en alta voz por M. de Laffitte la declaracion de los diputados, que fue escuchada con un profundo silencio. El duque de Orleans pronunció algunas palabras de adhesion. Entonces M. Dubourg dijo bruscamente á Luis Felipe: — «Acabais de contraer grandes compromisos. Si alguna vez llegais á faltar á ellos, somos jentes capaces de recordároslos.» Y el rey futuro responde conmovido: — «Soy hombre honrado, señor.» M. de Lafayette, viendo la incertidumbre de la asamblea, se le pone de pronto en la cabeza el abdicar la presidencia: dá al duque de Orleans una bandera tricolor; se adelanta hácia el balcon del Hôtel-de-Ville, y abraza al príncipe á los ojos de la multitud sorprendida, mientras que este agitaba la bandera nacional. El beso republicano de Lafayette hizo un rey. ¡Singular resultado de toda la vida del *héroe de los dos mundos!*

Y en seguida, á son de tambor, la litera de Benjamin Constant y el caballo blanco de Luis Felipe volvieron, medio silbados y medio bendecidos, de la fábrica política de la Greve al palacio Mercante. »Este mismo dia (31 de Julio), dice tambien Luis Blanc, no lejos del

»Hôtel-de-Ville, una barca, colocada en lo hondo del
»Morgue, recibia los cadáveres que se traian sobre angari-
»llas. Estos cadáveres se amontonaban unos sobre otros,
»cubriéndolos con paja, operacion que contemplaba silen-
»ciosa la multitud reunida á lo largo de los malecones
»del Sena.»

A propósito de los estados de la Liga y de la confec-
cion de un rey, esclama Palma Cayet: — »Os ruego que
»os figureis qué respuesta hubieran podido dar el buen
»maese Mathieu Delaunay, M. Boucher, cura de San Be-
»nito, y algun otro de esta estofa, á quien les hubiesen
»dicho que debian emplearse en instalar en Francia un rey
»á su capricho.... Los verdaderos franceses han despre-
»ciado siempre esta forma de elegir reyes, que los hace
»amos y criados á un tiempo.»

Los republicanos en el Palais-Royal.

Felipe no habia llegado aun á la última de sus prue-
bas; tenia todavía que estrechar muchas manos, que re-
cibir muchos cumplimientos, que enviar muchos besos,
que saludar muy rendidamente á los transeuntes, y que
venir muchas veces á discrecion de las turbas á cantar la
Marsellesa al balcon de las Tullerías.

El 31 por la mañana se reunió un cierto número de
republicanos en la redaccion de *El Nacional*; y así que
supieron que se habia nombrado al duque de Orleans lu-
gar-teniente jeneral del reino, quisieron conocer las opi-
niones del hombre que, á su pesar, estaba destinado á
llegar á ser su rey. Eran MM. Bastide, Thomas, Joubert,
Cavaignac, Marchais, Degousée y Guinard, todos los cua-
les fueron conducidos al Palais-Royal por M. Thiers. El

principe dijo al principio muy bellas cosas sobre la libertad: — «No sois aun rey, replicó Bastide, y podeis es-
»cuchar la verdad; muy pronto no os faltarán aduladores.”
— «Vuestro padre, añadió Cavaignac, es rejicida como
»el mio, y esto os separa un poco de los demas.” Entonces hubo congratulaciones mútuas sobre el rejicidio; pero con la juiciosa observacion de Felipe, de que hay cosas cuyo recuerdo debe conservarse, pero que no se deben imitar.

Algunos republicanos que no eran de la reunion de *El Nacional* penetraron tambien hasta Luis Felipe. M. Tre-lat le dijo: — «El pueblo es el soberano; vuestras funcio-
»nes son provisionales; es necesario que el pueblo espres
»su voluntad: ¿quereis consultarle? ¿Si ó no?”

M. Thiers, poniendo la mano sobre el hombro de M. Thomas, interrumpe este discurso peligroso: — «Mon-
»señor, ¿no es este un bello coronel?” — «Cierto que sí,
»responde Luis Felipe.” — «¡Que es lo que se dice! es-
»claman algunos, ¿se nos toma por un rebaño que viene
»á venderse?” Y por todas partes se oyen estas palabras contradictorias: — «Esta es la torre de Babel. ¿Y se lla-
»ma á esto un rey ciudadano? ¿La república? Gobernad,
»pues, con los republicanos.” Y M. Thiers esclama: —
»¡He salido con una buena embajada!”

Despues bajó M. de Lafayette al Palais-Royal; el ciudadano estuvo á punto de ser ahogado por los abrazos de su rey. Toda la casa estaba trastornada.

Las jentes de chupa y de gorra tenian invadidos los salones y los aposentos de mayor respeto; las blusas se veian confundidas en la mesa con los príncipes y princesas: en el salon del consejo no habia sillones, sino sillas; cada cual hacia uso de la palabra cuando le daba la gana, y el

mismo Luis Felipe , sentado entre M. de Lafayette y M. de Laffitte, con los brazos cruzados por detras de los dos, se hallaba arrobado de igualdad y de felicidad.

Hubiera querido emplear mas gravedad en la descripcion de estas escenas que han producido una gran revolucion, ó por hablar mas exactamente, de estas escenas que han apresurado la trasformacion del mundo; pero yo las he visto; y los diputados que eran actores en ellas no podian menos de manifestar cierta confusion al contarme de qué manera habian forjado un rey el 31 de Julio.

A Enrique IV, no católico, se le hacian objeciones que no le rebajaban, y que se hallaban á la altura del trono: se le recordaba que San Luis no habia sido canonizado en Jinebra, sino en Roma; que si el rey no era católico, no ocuparia el primer lugar entre los reyes de la cristiandad; que no estaba bien que el rey orase de un modo, y su pueblo de otro; y por último, que el rey no podia ser consagrado en Reims, ni enterrado en San Dionisio, si no era católico.

¿Que se objetaba á Felipe antes de hacerle pasar por el último escrutinio? Que no era bastante *patriota*.

Hoy, que la revolucion está consumada, se cree uno ofendido si se osa recordarle lo que pasó en el punto de partida; se teme disminuir la solidez de la posición que ha tomado, y cualquiera que no halla en el oríjen del hecho que principia la gravedad del mismo hecho consumado, es un detractor.

Cuando bajaba una paloma á traer á Clodoveo el óleo santo; cuando los reyes de larga cabellera eran levantados sobre un escudo; cuando San Luis temblaba por su virtud prematura, pronunciando en su consagracion el juramento de no emplear su autoridad mas que en gloria de Dios

y bien de su pueblo; cuando Enrique IV, despues de su entrada en Paris, fue á prosternarse á la iglesia de Nuestra-Señora; cuando se vió, ó se creyó ver á su derecha un hermoso niño que le defendia, y que se tomó por su ángel custodio; cuando sucedia todo esto, concibo que la diadema fuese sagrada; el oriflama estaba entonces enarbola-do sobre los tabernáculos del cielo. Pero despues que un soberano, con los cabellos cortados y las manos atadas detras de la espalda, ha encorvado su cabeza en una plaza pública bajo la cuchilla, al sonido del tambor; despues que otro soberano ha ido, rodeado de la plebe, á mendigar votos para su eleccion, al ruido del mismo tambor, en otra plaza pública, ¿quien conserva la menor ilusion hácia la corona? ¿Quien cree que ese trono, escarnecido y mancillado, puede causar aun algun respeto al mundo? ¿Que hombre, que sienta latir un poco su corazon, querria tragar el poder en el cáliz de afrenta y disgusto que Felipe ha vaciado de un solo sorbo, sin que le diese náuseas? La monarquía europea habria podido continuar su vida si se hubiera conservado en Francia la monarquía madre, hija de un santo y de un grande hombre; pero se han esparcido al aire sus semillas, y no volverá á renacer.

El rey deja á Saint-Cloud. — Llegada de Madama la delina á Trianon. — El cuerpo diplomático.

Acabais de ver al reinado de la Greve avanzar, lleno de polvo y sin aliento, bajo la bandera tricolor, en medio de sus insolentes amigos: ahora vais á ver al reinado de Reims retirarse á pasos mesurados en medio de sus limosneros y de sus guardias, marchando con toda la exactitud de la etiqueta, no oyendo una palabra que no fuese de respeto, y reverenciado hasta de los mismos que lo detesta-

ban. El soldado , que lo estimaba poco , se dejaba matar por él ; y la bandera blanca colocada sobre su féretro , antes de ser replegada para siempre , decía al viento : »Sa-
»ludadme ; yo me hallé en Yory ; yo he visto morir á Tu-
»rena ; los ingleses me conocieron en Fontenoy ; yo he he-
»cho triunfar la libertad con Washington ; yo he libertado
»á la Grecia , y ondeo aun sobre las murallas de Arjel.”

Al amanecer del 31 , á la misma hora precisamente en que el duque de Orleans , recién llegado á París , se preparaba para la aceptación de la lugar-tenencia jeneral , se presentaron en el vivac del puente de Sevres las jentes del servicio de Saint-Cloud , anunciando que habian sido despedidas , y que el rey habia partido á las tres y media de la mañana. Los soldados se conmovieron ; pero se tranquilizaron poco despues á la vista del delfin , que se adelantaba á caballo , como para arrebatárles con una de esas palabras que llevan á los franceses á la victoria ó á la muerte : se detiene en efecto al frente de la línea ; balbucea algunas frases , y volviendo riendas entra de nuevo en el palacio. No fue el valor lo que le faltó , sino la palabra. La miserable educación que desde Luis XIV se daba á nuestros príncipes de la rama primojénita , los hacia incapaces de sufrir una contradicción , de espresarse como todo el mundo , y de mezclarse con los demas hombres.

Entre tanto las alturas de Sevres y los terrados de Bella-
vista se coronaban de hombres del pueblo , que cambiaron algunos tiros con las tropas reales. El capitán que mandaba la avanzada del puente de Sevres se pasó al enemigo , llevándose una pieza de artillería y una parte de sus soldados á los grupos reunidos en el camino del *Alba*. Entonces convinieron los parisienses y la guardia en que no habria hostilidad alguna hasta que se hubiese ejecutado la

evacuación de Saint-Cloud y de Sevres. En seguida comenzó el movimiento de retirada; los suizos, envueltos por los habitantes de Sevres, bajaron á tierra sus armas; pero casi al instante fueron libertados por los lanceros, cuyo teniente coronel salió herido. Las tropas atravesaron á Versailles, donde la guardia nacional daba el servicio desde el día antes con los granaderos de Larochejacquelein, aquella con la escarapela tricolor, estos con la escarapela blanca. M.^{ma} la delfina llegó de Vichy, y se reunió con la familia real en Trianon, mansion favorita en otro tiempo de María Antonieta. Aquí se separó de su amo M. de Polignac.

Se ha dicho que M.^{ma} la delfina se opuso á las ordenanzas: el único medio de juzgar bien las cosas es considerarlas en su esencia; el plebeyo querrá siempre la libertad; el príncipe siempre se inclinará al poder, sin que de esto pueda hacérseles ni un crimen ni un mérito, porque está en su naturaleza. M.^{ma} la delfina hubiera deseado quizá que las ordenanzas hubiesen aparecido en un momento mas oportuno, cuando se hubiesen tomado mejores precauciones para garantizar el éxito; pero en el fondo le agradaban, y no podian menos de agradarle. La duquesa de Berry se hallaba encantada de ellas. Estas dos princesas creyeron que el trono libre por fin, se habia emancipado de las trabas que el gobierno representativo pone á los pies del soberano.

Es admirable no hallar en estos acontecimientos de Julio al cuerpo diplomático, demasiado consultado por la corte, y que se mezclaba demasiado en nuestros asuntos.

Solo se hace mencion dos veces de los embajadores extranjeros en nuestras últimas turbulencias. Un hombre fue detenido en las barreras, y el pliego de que era portador enviado al Hôtel-de-Ville: era un despacho de M. de Læ-

wenhielm al rey de Suecia; y M. Baude hizo entregar este despacho á la legacion sueca sin abrirlo. Habiendo caido tambien en manos de los insurrectos la correspondencia de lord Stuart, le fue enviada igualmente sin haber sido abierta, cosa que causó en Lóndres grande admiracion. Lord Stuart, como todos sus compatriotas, gustaba del desórden en la casa estraña: su diplomacia era *policia*, sus despachos *informes*: me queria mucho cuando yo era ministro, porque le trataba sin cumplimientos, y tenia siempre abierta mi puerta: entraba en mi casa con botas y á todas horas, armado y vestido como un ladron, despues de haber corrido los bulevares y las casas de las mujeres, á quienes pagaba mal, y que le llamaban *Stuart*.

Yo habia concebido la diplomacia de una manera nueva: no teniendo nada que ocultar, hablaba de todo en voz alta, y habria enseñado mis despachos á cualquiera, porque no tenia ningun proyecto para la gloria de la Francia que no estuviese dispuesto á llevar á cabo contra toda oposicion.

Yo he dicho cien veces á sir Cárlos Stuart, riéndose él, y yo muy sério: — «No busqueis camorra; si me arrojais el guante, le recojo. La Francia no os ha hecho jamás la guerra con un verdadero conocimiento de vuestra posicion; por eso nos habeis vencido siempre; pero no os fieis de eso (1).»

Lord Stuart vió, pues, nuestras *turbulencias de Julio* con cierta alegría; mientras los demas miembros del cuerpo diplomático, enemigos de la causa popular, habian impelido mas ó menos á Cárlos X á la publicacion de las ordenan-

(1) Esto es lo mismo, con corta diferencia, que escribia yo á M. Canning en 1823. (Véase el *Congreso de Verona*.)

zas. Sin embargo, cuando esta publicacion se verificó, no hicieron nada por salvar al monarca, pues si M. Pozzo di Borgo mostró alguna inquietud por un golpe de estado, no fue ni por el rey ni por el pueblo.

Lo que hay de positivo son dos cosas:

Primera, que la revolucion de Julio atacaba los tratados de la cuádruple alianza. La Francia de los Borbones formaba parte de esta alianza, y por consiguiente no podian ser despojados violentamente sin que peligrase el nuevo derecho político de la Europa.

Segunda, que en una monarquía las legaciones extranjeras no están acreditadas cerca del *gobierno*, sino cerca del monarca. El estricto deber de estas legaciones era, pues, reunirse á Carlos X, y seguirle mientras se hallase en territorio frances.

¿No es singular que el único embajador á quien ocurrió esta idea fuese al representante de Bernadotte, de un rey que no pertenecia á las antiguas familias de soberanos? M. de Lœwenhielm iba á arrastrar al baron de Werther á su opinion, cuando M. Pozzo di Borgo se opuso á un paso que le imponian como un deber sus credenciales, y que exijia el honor.

Si el cuerpo diplomático se hubiera dirigido á Saint-Cloud, habria cambiado la posicion de Carlos X: los partidarios de la lejitimidad hubieran adquirido en la cámara electiva una fuerza que les faltó desde un principio; el temor de una guerra posible hubiera alarmado á la clase industrial, y la idea de conservar la paz, conservando á Enrique V, habria arrastrado al partido del vástago real un número considerable de poblaciones.

M. Pozzo di Borgo se abstuvo de seguir á Carlos X por no comprometer sus fondos en la bolsa ó en casa de los

banqueros , y sobre todo , por no esponer su destino. Ha jugado al cinco por ciento sobre el cadáver de la lejitimidad Capeto , cadáver que comunicará la muerte á los demas reyes vivos. Dentro de algun tiempo quizá no se dejará de intentar , segun costumbre , el hacer pasar por una combinacion profunda esta falta irreparable , hija tan solo de un interes personal.

Los embajadores que permanecen mucho tiempo en una córte , adquieren las costumbres del pais en que residen : encantados de vivir en medio de los honores , no viendo las cosas como son en sí , temen esponer en sus despachos alguna verdad que pueda comprometer su posicion: porque , en efecto , hay mucha diferencia entre ser Esterhazy , Werther , Pozzo , en Viena , en Berlin y en Petersburgo , y ser SS. EE. los embajadores en la córte de Francia. Se ha dicho que M. Pozzo tenia resentimientos contra Luis XVIII y Carlos X , con motivo del cordon azul y de la dignidad de par : realmente se cometió una injusticia en no satisfacer su ambicion , pues habia hecho á los Borbones grandes servicios en odio á su compatriota Bonaparte. Pero si en Gante decidió la cuestion del trono , provocando la súbita partida de Luis XVIII para París , bien puede vanagloriarse de que , impidiendo al cuerpo diplomático cumplir con su deber en las jornadas de Julio , ha contribuido á hacer caer de la cabeza de Carlos X la corona que habia ayudado á colocar sobre la frente de su hermano.

Creo hace mucho tiempo que los cuerpos diplomáticos , nacidos en siglos sometidos á otro derecho de jentes , no están ya en armonía con la sociedad nueva. La publicidad de los actos de los gobiernos , y la facilidad de las comunicaciones , hacen que los gabinetes puedan tratar di-

rectamente entre sí, sin otra mediacion que la de agentes consulares, cuyo número debería aumentarse, mejorando su suerte; porque en el día la Europa es industrial. Los espías titulados, con pretensiones exorbitantes, que se mezclan en todo para atribuirse una importancia, que de día en día van perdiendo, no sirven mas que para incomodar á los gabinetes cerca de los cuales están acreditados, y para alimentar las ilusiones de sus soberanos. Cárlos X hizo mal, por su parte, en no invitar al cuerpo diplomático á trasladarse á la córte; pero lo que veía le parecia un sueño, y caminaba de sorpresa en sorpresa. Asi es que ni siquiera mandó llamar á su lado al duque de Orleans, porque no creyéndose en peligro mas que por parte de la república, jamás le ocurrió la idea de una usurpacion.

RAMBOUILLET.

Cárlos X partió por la noche para Rambouillet con las princesas y el duque de Burdeos. El nuevo papel del duque de Orleans hizo nacer en la cabeza del rey las primeras ideas de abdicacion. El delfin entre tanto, á retaguardia siempre, pero sin mezclarse con los soldados, les hizo distribuir en Trianon el vino y los comestibles que quedaban.

A las ocho y cuarto se pusieron en marcha los diversos cuerpos de tropa. Allí acabó la fidelidad del 5.º de lijeros que, en vez de seguir el movimiento, se volvió á París. Su bandera se llevó á Cárlos X, quien rehusó recibirla, como habia rehusado la del 50.

En las brigadas reinaba la mayor confusion, y se hallaban mezcladas las diversas armas; la caballería adelantaba á la infantería, y hacia sus altos aparte. A la media

noche del 31 de Julio se hizo parada en Trappes. El delfin durmió en una casa inmediata á esta aldea.

Al dia siguiente, 1.^o de Agosto, partió para Rambouillet, dejando á las tropas acampadas en Trappes. A las once levantaron éstas el campo. Algunos soldados que habian ido á buscar pan á las chozas fueron asesinados.

Una vez en Rambouillet, el ejército fue acantonado al rededor de palacio.

En la noche del 1.^o al 2 de Agosto, tres rejimientos de caballería de línea volvieron á tomar el camino de sus antiguas guarniciones. Se cree que el jeneral Bourdesoulle, comandante de la caballería de la guardia, habia capitulado en Versalles. El segundo de granaderos partió tambien el 2 por la mañana, despues de haber enviado sus guías á la casa real. El delfin encontró á estos granaderos desertores; se formaron en batalla para hacer los honores al príncipe, y continuaron su marcha. ¡Singular mezcla de infidelidad y de atencion! En aquella revolucion de los tres dias nadie tenia pasiones; cada uno obraba segun la idea que se habia formado de su derecho ó de su deber: conquistado el derecho ó llenado el deber, no quedaba ni enemistad ni afecto; el uno temia que el derecho le arrastrase demasiado lejos; el otro que el deber escudiese sus limites. Quizá no ha sucedido mas que una vez, y tal vez no volverá á suceder jamás, que un pueblo se haya detenido ante su victoria, y que soldados que habian defendido al rey mientras pareció que queria batirse, le envasen sus banderas antes de abandonarle. Las ordenanzas habian libertado al pueblo de su juramento: la retirada sobre el campo de batalla libertó al granadero de su bandera.

Apertura de la legislatura el 3 de Agosto. — Carta de Carlos X al duque de Orleans.

Habiéndose retirado Carlos X y retrocedido los republicanos, nada impedía á la monarquía electiva adelantarse hácia el trono. Las provincias, siempre imitadoras ciegas y esclavas de París, á cada movimiento del telégrafo, ó á cada bandera tricolor enarbolada en la vaca de una diligencia, esclamaban ¡viva Felipe! ó ¡viva la revolucion!

Fijada la apertura de la sesion para el 3 de Agosto, los pares se trasladaron á la cámara de los diputados: yo me diriji á ella, porque todo era aun provisional. Allí se representó el segundo acto del melodrama: el trono quedó vacío, y el anti-rey se sentó á su lado. Parecía un canceller abriendo por poderes una sesion del parlamento ingles en ausencia del soberano.

Felipe habló de la funesta necesidad en que se había hallado de aceptar la lugar-tenencia jeneral para salvarnos á todos; de la revision del artículo catorce de la carta, y de la libertad que él, Luis Felipe, llevaba en el corazon, y que iba á hacer desbordar sobre nosotros como la paz sobre la Europa: palabras vanas y estudiadas promesas, repetidas á cada fase de nuestra historia hacia medio siglo. Pero la agitacion llegó á ser muy viva cuando el príncipe hizo esta declaracion:

»Señores pares y señores diputados: En el momento en que las dos cámaras se hallen reunidas, yo haré someter á vuestro conocimiento el acta de abdicacion de S. M. el rey Carlos X. En esta misma acta, Luis Antonio de Francia, delfin, renuncia igualmente á sus derechos. Esta acta ha sido puesta en mis manos ayer 2 de Agosto á las once de la noche. He mandado esta mañana que se de-

»posite en el archivo de la cámara de los pares, y que se
»inserte en la parte oficial de *El Monitor*.”

Por un miserable artificio y una infame reticencia, suprime aquí el duque de Orleans el nombre de Enrique V, á favor del cual habian abdicado los dos reyes. Si en esta época hubiera podido ser consultado cada frances individualmente, es probable que la mayoría se hubiera pronunciado en favor de Enrique V, y hasta una parte de los republicanos le habria aceptado, dándole por ayo á Lafayette. Quedando en Francia el vástago de la legitimidad, y yendo á acabar sus dias en Roma los dos reyes, no habria existido ninguna de las dificultades que rodean á una usurpacion, y que la hacen sospechosa á los diversos partidos. La adopcion de la rama segunda de los Borbones no solo ofrecia peligros, sino que era un contrasentido politico: la nueva Francia es republicana y no quiere rey, ó al menos no quiere un rey de la vieja estirpe. Dejemos pasar algunos años, y veremos lo que es de nuestras libertades y de esa paz de que debe alegrarse el mundo. Si se debe juzgar de la conducta del nuevo personaje elegido por lo que se conoce de su carácter, es de presumir que este príncipe no creerá poder conservar su monarquía sino oprimiendo dentro y arrastrándose fuera.

La verdadera falta de Luis Felipe no es haber aceptado la corona (acto de ambicion de que hay mil ejemplos y que no ataca mas que á una institucion politica); su verdadero delito es haber sido tutor infiel, haber despojado al niño y al huérfano, delito contra el cual no tiene bastantes maldiciones la escritura; pero nunca la *justicia moral* (que se llama fatalidad ó Providencia, y que yo llamo consecuencia inevitable del mal) ha dejado de castigar las infracciones de la *ley moral*.

Felipe y su gobierno, y todo ese orden de cosas imposibles y contradictorias, perecerá mas tarde ó mas temprano por casos fortuitos, por complicaciones de interes interiores y exteriores, por la apatía y la corrupcion de los individuos, por la lijereza de los espíritus, la indiferencia y la alteracion de los caractéres; pero cualquiera que sea la duracion del réjimen actual, no será nunca bastante largo para que la rama de Orleans pueda echar profundas raices.

Al saber Cárlos X los progresos de la revolucion, y no hallando en su edad ni en su carácter medios para detener estos progresos, creyó poder parar el golpe asestado contra su raza abdicando con su hijo, como Felipe lo anunció á los diputados. El 1.º de Agosto habia escrito una carta aprobando la apertura de las cámaras; y contando con la sincera adhesion de su primo el duque de Orleans, le nombraba por su parte lugar-teniente jeneral del reino. El día 2 aun se adelantó mas, pues pidió que le dejasen embarcar, y que se le enviasen comisionados para acompañarle y protegerle hasta Cherburgo; comisionados que al principio fueron desechados por los militares que iban con el rey. Bonaparte tuvo tambien comisarios por guardias: la primera vez á los rusos, la segunda á los franceses; pero no los habia pedido.

La carta de Cárlos X es como sigue:

Rambouillet 2 de Agosto de 1830.

»Primo mio: Estoy muy profundamente apesadumbrado de los males que allijen y que amenazan á mi pueblo por no haber buscado un medio de prevenirlos. He tomado, pues, la resolucion de abdicar la corona en favor de mi nieto el duque de Burdeos. El delfin, que par-

»ticipa de mis sentimientos, renuncia tambien la corona en
»favor de su sobrino.

»En vuestra calidad de lugar-teniente jeneral del rei-
»no tendreis, pues, que hacer proclamar el advenimien-
»to de Enrique V á la corona. Por lo demas, vos toma-
»reis las medidas que os conciernan para arreglar la forma
»de gobierno durante la minoría del nuevo rey. Yo me
»limito á hacer conocer esta disposicion, como un medio
»de evitar nuevos males.

»Comunicareis mis intenciones al cuerpo diplomático,
»y me hareis saber lo mas pronto posible la proclama-
»cion de mi nieto bajo el nombre de Enrique V.

»Os renuevo, primo mio, la seguridad de los senti-
»mientos con que soy vuestro afectísimo primo,

»CÁRLOS."

Si el duque de Orleans hubiera sido capaz de emocion
ó de remordimientos, esta firma, *vuestro afectísimo primo*,
¿no habria debido conmover su corazon? Se dudaba tan
poco en Rambouillet de la eficacia de las abdicaciones, que
se preparaba ya el viaje del jóven príncipe, y la escarape-
la tricolor, que debia servirle de éjida, se hallaba ya
formada por las manos de los mas ardientes partidarios de
las ordenanzas. Suponed que M.^{ma} la duquesa de Berry hu-
biese partido súbitamente con su hijo, y presentádose en la
cámara de diputados en el mismo momento en que el du-
que de Orleans pronunciaba el discurso de apertura: le
quedaban dos probabilidades; probabilidades peligrosas, es
cierto; pero si hubiera sucedido una catástrofe, el niño
hubiera subido al cielo en vez de arrastrar una vida mise-
rable en tierra estraña.

Mis consejos, mis votos, mis gritos fueron impotentes: en vano llamé á María Carolina. »La madre de Bayardo, »pronta á dejar el castillo paterno, *lloraba*, dice el leal »servidor. Aquella buena señora salió por detras de la torre, é hizo venir á su hijo, al que dijo estas palabras: — »Pedro, amigo mio, sé amable y cortés, alejando de »ti todo orgullo; sé humilde y servicial con todos; sé leal »en palabras y obras; sé caritativo con las pobres viudas »y huérfanos, y Dios te lo galardonará.” Entonces la buena señora sacó de su manga una bolsita, en la que solo »habia seis escudos en oro y uno en moneda suelta, y la »dió á su hijo.”

El caballero sin miedo y sin tacha partió con seis escudos de oro en una bolsita, para llegar á ser el mas valiente y el mas famoso de los capitanes. Enrique, que no tiene quizá seis escudos de oro, tendrá otros combates que dar; será necesario que luche con la desgracia, campeón difícil de vencer. ¡Gloria á las madres que dan tan tiernas y tan buenas lecciones á sus hijos! ¡Bendita seais, pues, madre mia, á quien yo debo lo que puede haber honrado y ordenado mi vida!

Perdónenseme estos recuerdos; pero quizá la tiranía de mi memoria, haciendo entrar lo pasado en lo presente, quite á esto una parte de lo que tiene de miserable.

Los tres comisarios enviados á Cárlos X eran MM. de Schouen, Odilon-Barrot y el mariscal Maison. No habiéndoles dejado pasar los puestos militares, volvieron á tomar el camino de París; pero una oleada popular los condujo de nuevo á Rambouillet.

El pueblo se dirige á Rambouillet. — Fuga del rey. — Reflexiones.

En la tarde del 2 se estendió en París la noticia de que Carlos X se negaba á dejar á Rambouillet hasta que hubiese sido reconocido su nieto. El 3 por la mañana se reunió una gran muchedumbre en los Campos Eliseos, gritando: — »¡A Rambouillet! ¡A Rambouillet! ¡Que no se escape un solo Borbon!» Algunos hombres ricos se hallaban mezclados en estos grupos; pero en el momento de la marcha dejaron partir á la *canalla*, á la cabeza de la cual se puso el jeneral Pajol, quien tomó por su jefe de estado mayor al jeneral Jacqueminot. Los comisarios que se volvian á París, habiendo encontrado á los exploradores de esta columna, volvieron atras, y á su llegada fueron introducidos en Rambouillet. El rey les preguntó entonces el número de los insurrectos, y habiéndose retirado en seguida, hizo llamar á Maison, que le debia su fortuna y el baston de mariscal. — »Maison, le dijo: decidme por vuestro honor y á fe de militar, si es verdad lo que los comisarios me han »contado.» El mariscal respondió: — »No os han dicho mas »que la mitad de la verdad.»

El 3 de Agosto habia aun en Rambouillet tres mil y quinientos hombres de infantería de la guardia, y cuatro rejimientos de caballería lijera, con veinte escuadrones y dos mil hombres. Las tropas de palacio, guardias de corps, &c. de caballería y de infantería subian á mil trecientos hombres; total, ocho mil ochocientos hombres, siete baterías enganchadas y compuestas de cuarenta y dos cañones. A las diez de la noche toca el clarin bota-sillas; todo el campo se pone en movimiento para Maintenon, y Carlos X y su familia marchan en medio de la columna fúnebre que iluminaba apenas la velada luna.

¿Y ante quien se retiraba? Ante una turba casi desarmada, que llegaba en ómnibus, en fiacres y en pequeños carruajes de Versailles y de Saint-Cloud. El jeneral Pajol se creyó del todo perdido cuando se vió obligado á ponerse á la cabeza de aquella multitud, que despues de todo no ascendia á mas de quince mil individuos, incluso los roueneses llegados últimamente. La mitad de esta jente se quedaba en medio del camino. Algunos jóvenes exaltados, valientes y jenerosos, mezclados en aquellas masas, se habrian sacrificado; pero el resto se hubiera dispersado probablemente. En los campos de Rambouillet hubiera tenido que sufrir á cuerpo descubierto el fuego de la tropa de línea y de la artillería: segun todas las apariencias se habria ganado la batalla contra el pueblo; y entre la victoria de éste en Paris y la del rey en Rambouillet se habrian entablado negociaciones.

¡Y que! ¿entre tantos oficiales no ha habido uno bastante resuelto para tomar el mando en nombre de Enrique V? Porque, despues de todo, Cárlos X y el delfin no eran ya reyes.

¿No se queria combatir? ¿Pues por que no se verificaba la retirada á Chartres? Allí se hubiera estado fuera de los ataques del populacho de Paris, y aun mejor en Tours, con el apoyo de las provincias legitimistas. Si Cárlos X hubiera permanecido en Francia, la mayor parte del ejército habria continuado fiel. Los campos de Bolonia y de Luneville se habian levantado, y las tropas que los formaban volaban á su socorro. Mi sobrino, el conde Luis, venia con su rejimiento, el 40 de cazadores, que no se desbandó hasta despues de saber la retirada de Rambouillet: M. de Chateaubriand se vió obligado entonces á escoltar al monarca sobre un borrico hasta el lugar de su embarque. Si

Cárlos X hubiera convocado á las dos cámaras á una ciudad á cubierto de un golpe de mano, mas de la mitad de sus individuos habria acudido á la convocacion. Casimiro Perier, el jeneral Sebastiani y otros ciento habian esperado las disposiciones del rey, defendiéndose contra la escarapela tricolor. Temian los peligros de una revolucion popular; pero ¿que digo? el mismo lugar-teniente jeneral llamado por el rey, y no viendo la batalla ganada, habria abandonado á sus partidarios y conformándose con las órdenes reales: el cuerpo diplomático, que no hizo su deber, lo habria hecho entonces, colocándose alrededor del monarca; y la república instalada en París, en medio de todos los desórdenes, no habria durado un mes en frente de un gobierno regular y constitucional establecido en otra parte. Jamás se perdió una partida con tan buen juego; y lo peor es que cuando se pierde de esta suerte, no hay que esperar el desquite. Id, pues, á hablar ahora de libertad á los ciudadanos y de honor á los soldados despues de las ordenanzas de Julio y de la retirada de Saint-Cloud.

Quizá llegará un tiempo, cuando una sociedad nueva haya ocupado el lugar del orden social actual, en que la guerra parezca un monstruoso absurdo, y ni aun se comprenda el principio que la justifica; pero no estamos aun en este tiempo. En las querellas armadas hay filántropos que distinguen las especies, y están dispuestos á horrorizarse al solo nombre de *guerra civil*. »¡Compatriotas que se matan; hermanos, padres é hijos los unos en frente de los otros!» Todo esto es muy triste sin duda; sin embargo, muchas veces se renuevan y rejeneran los pueblos en medio de las discordias intestinas. Jamás ha perecido ninguno en una guerra civil, y muchos han desaparecido en las guerras estrangeras. Ved lo que era la Italia en el tiempo

de sus divisiones, y lo que es hoy. Es deplorable hallarse obligado á asolar la propiedad de un compatriota, y ver ensangrentados sus hogares por éste; pero, francamente, ¿es mucho mas humano matar á una familia de paisanos alemanes, á la que no conocéis, que no ha tenido con vosotros ninguna disputa, á quien robais, á quien matais sin remordimientos, y á cuya mujer y á cuyas hijas deshonrais con tranquilidad de conciencia solo porque *haceis la guerra?*

Digase lo que se quiera, las guerras civiles son menos injustas, menos repugnantes y mas naturales que las guerras extranjeras, cuando estas no se emprenden por salvar la independencia nacional. Las guerras civiles se fundan al menos en ultrajes individuales, en odios declarados y reconocidos; son duelos con padrinos, en que los adversarios saben por qué tienen la espada en la mano. Si las pasiones no justifican el mal, le escusan, le espican, y hacen comprender por qué existe. Pero ¿como justificar la guerra extranjera? Por lo regular las naciones se degüellan porque un rey se fastidia, porque un ambicioso se quiere elevar, ó porque un ministro trata de derribar á un rival. Tiempo es ya de hacer justicia á esos antiguos lugares comunes de *sensibilismo*, mas propios de los poetas que de los historiadores; Thucidides, César, Tito-Livio se contentan con una palabra de dolor, y pasan adelante.

La guerra civil, á pesar de sus calamidades, no tiene mas que un peligro real; y es cuando las facciones recurren al extranjero, ó el extranjero, aprovechándose de las divisiones de un pueblo, ataca á este pueblo: en este caso la conquista podria ser el resultado de tal posicion. La Gran-Bretaña, la Iberia, la Grecia constantinopolitana, la Polonia de nuestros dias, nos ofrecen ejemplos que no se de-

ben olvidar. Sin embargo, durante la Liga, los dos partidos llamando en su auxilio á los españoles y á los ingleses, á los italianos y á los alemanes, igualaron el peso de la balanza, y no alteraron el equilibrio que los franceses armados guardaban entre si.

Cárlos X hizo mal en emplear las bayonetas en apoyo de las ordenanzas; sus ministros no pueden justificarse de haber hecho correr, por obediencia ó espontáneamente, la sangre del pueblo y de los soldados, sin que ningun odio los dividiese; asi como los terroristas teóricos reproducirian voluntariamente el sistema de terror ahora que no hay ya terror. Pero Cárlos X faltó tambien en no aceptar la guerra, cuando, despues de haber cedido en todo, se le provocaba con ella. Despues de haber pasado la diadema á la frente de su nieto, no tenia derecho para decir á este nuevo Joas: »Yo te he hecho subir al trono para arrastrarte al destierro; para que desgraciado y proscrito lleses el peso de mis años, de mi proscripcion y de mi cetro." No habia necesidad de dar á Enrique V una corona y al mismo tiempo quitarle la Francia. Al hacerle rey, se le habia condenado á morir en la tierra en que se halla mezclado el polvo de San Luis y de Enrique IV.

Por lo demas, despues de este acaloramiento de mi sangre, vuelvo en mí, y no veo en todo esto mas que el cumplimiento de los destinos de la humanidad. Si la córte hubiera triunfado por las armas, habria destruido las libertades públicas; no por eso habria dejado de ser hundida algun dia; pero habria retardado el desarrollo de la sociedad durante algunos años. Todo lo que habia comprendido la monarquía de una manera lata, habria sido perseguido por la congregacion restablecida. En último resultado, los sucesos han seguido la pendiente de la civilizacion. Dios, con-

forme á sus designios secretos, hace los hombres poderosos, y les dá defectos que los pierden cuando deben ser perdidos, porque no quiere que cualidades mal aplicadas por una falsa intelijencia, se opongan á los decretos de su Providencia.

Palais-Royal. — Conversaciones. — Última tentacion política. — M. de Saint-Aulaire.

La retirada de la familia real me dejaba completamente aislado; así es que desde entonces no pensé sino en lo que debía decir en la cámara de los pares. Era imposible escribir: si hubiera venido el ataque de los enemigos de la corona; si Carlos X hubiera sido destronado de resultas de una conspiracion, habria tomado yo la pluma; y si se respetaba la independencia del pensamiento, habria podido reunir al rededor de las ruinas del trono un partido inmenso. Pero el ataque venia de la corona; los ministros habian violado las dos principales garantias de la libertad, y hecho perjuro al monarca; por consiguiente me habian quitado toda la fuerza. ¿Que podia aventurar en favor de las ordenanzas? ¿Como hubiera podido ensalzar la sinceridad, el candor y la caballerosidad de la monarquía lejitima? ¿como hubiera podido decir que era la mejor garantía de nuestros intereses, de nuestras leyes y de nuestra independencia? Campeon de la antigua dinastía, me hallaba desarmado por ella misma, y me veia indefenso delante de mis enemigos.

Me sorprendí, pues, extraordinariamente cuando, hallándome reducido á tan débil situacion, vi que me buscaba el nuevo rey: Carlos X habia desdeñado mis servicios, y Felipe se esforzaba en que me uniese á él. Hablóme primero M. Arago en términos espresivos y de consideracion, en nombre de M.^{ma} Adelaida, y despues me encon-

tró un dia en casa de M.^{ma} Recamier el conde Anatolio de Montesquieu, el cual me dijo que la duquesa y el duque de Orleans tendrian una satisfaccion en verme en el Palais-Royal. Se estaba trabajando entonces en la declaracion que habia de trasformar en reinado la lugar-tenencia jeneral del reino; y sin duda S. A. R. creeria oportuno ver como debilitar mi oposicion antes de que yo llegase á pronunciar-me contra ella. Tambien pudo figurarse que la huida de los reyes me habria puesto en el caso de considerarme libre de todo compromiso.

Las indicaciones de M. de Montesquieu me sorprendieron. No las rechacé, sin embargo, porque, aunque no me prometia un éxito feliz, creí que podria esponer algunas verdades muy útiles: fuime, pues, al Palais-Royal con el gentil-hombre de la futura reina. Entré por la puerta que dá á la calle de Valois, y encontré en sus gabinetes á la duquesa de Orleans y á M.^{ma} Adelaida, á quienes habia tenido la honra de ser presentado otra vez. La duquesa me hizo sentar á su lado, y me dijo en seguida: — »¡Ah, »M. de Chateaubriand, que desgraciados somos! Si todos »los partidos quisieran unirse, aun podríamos salvarnos. »¿Lo creéis así?»

— »Señora, la contesté: nada es mas fácil; Carlos X »y el delfin han abdicado: Enrique es por lo tanto el rey: »el duque de Orleans es lugar-teniente del reino: que sea, »pues, rejente durante la minoría, y todo se ha con- »cluido.»

— »Pero, M. de Chateaubriand, el pueblo está muy »ajitado, y caeremos en la anarquía.»

— »Me atreveré, señora, á preguntaros, ¿cuál es la »intencion de monseñor el duque de Orleans? ¿Aceptaria »la corona si se la ofreciesen?»

Las dos princesas titubearon en responder; mas la duquesa, despues de un momento de silencio, contestó:

— »Pensad, M. de Chateaubriand, en las desgracias que pueden sobrevenir. Para salvarnos de la república es preciso que se entiendan todas las personas honradas: vos mismo, M. de Chateaubriand, podeis prestar grandes servicios, bien en Roma, bien aqui, si es que no que-
»reis salir de Francia.”

— »No ignorais, señora, mi afecto al jóven rey y á su madre.”

— »¡Ah! pues á fe que se han portado bien con vos, M. de Chateaubriand.”

— »V. A. R. no querrá ciertamente que yo me ponga en contradiccion con toda mi vida.”

— »No conoceis á mi sobrina. ¡Es tan lijera....! ¡Pobre Carolina....! Pero voy á llamar al duque de Orleans, que os convencerá mejor que yo.”

La princesa dió sus órdenes, y Luis Felipe llegó al cabo de medio cuarto de hera. Estaba mal vestido, y parecia hallarse muy cansado: me levanté, y el lugar-teniente jeneral del reino empezó diciéndome:

— »Ya os habrá indicado la duquesa lo desgraciados que somos.”

Y en seguida me hizo un idilio sobre la felicidad que gozaba en el campo, y sobre la vida tranquila y adecuada á sus inclinaciones que pasaba en medio de sus hijos. Aprovechéme de la pausa que hizo entre dos estrofas para tomar á mi vez respetuosamente la palabra, y repetirle casi lo mismo que habia dicho á las princesas.

— »¡Ah! exclamó, eso es lo que yo desco. ¡Cuan satisfecho estaria con ser el tutor y el apoyo de ese niño!
»Creo, como vos, M. de Chateaubriand, que lo mas acer-

»tado seria buscar al duque de Burdeos; pero temo que
»los acontecimientos puedan mas que nosotros.”

— »¿Mas que nosotros, señor? ¿No estais investido de
»todos los poderes? Vamos á reunirnos con Enrique V: con-
»vocad á vuestro lado y fuera de París las cámaras y el
»ejército. A la sola noticia de vuestra marcha cesará esa
»efervescencia, y todos buscarán seguridad en vuestro go-
»bierno ilustrado y protector.”

Mientras decia esto observaba á Felipe. Mi consejo no
le sentaba bien; y leia en su frente el deseo de ser rey.

— »M. de Chateaubriand, me dijo sin mirarme: la
»cosa es mas difícil de lo que creéis: eso que proponéis no
»es tan fácil. No sabéis en qué peligro nos hallamos. Es muy
»probable que caiga una turba furiosa sobre las cámaras, y
»que se entregue á los mayores excesos; y no contamos con
»nada para defendernos.”

Esta frase que se escapó al duque de Orleans, me vino
muy bien, pues me proporcionó la siguiente réplica:

— »Comprendo, monseñor, todas las dificultades; pe-
»ro hay un medio seguro de superarlas. Si considerais que
»es arriesgado el ir á juntaros desde luego con Enrique V,
»como antes propuse, todavía queda espedito otro camino.
»Las sesiones van á abrirse: sean las que quieran las propo-
»siciones que hagan los diputados, declarad desde luego
»que la actual cámara no tiene los poderes necesarios (co-
»mo así es en realidad) para resolver sobre la forma de go-
»bierno que se ha de dar á la nacion; decid que es pre-
»ciso consultar á la Francia, y elegir un nuevo congreso
»con poderes especiales para decidir cuestion tan importan-
»te. De este modo se colocará V. A. R. en una posicion
»muy popular; y el partido republicano, que os amenaza
»hoy, os elevará á las nubes. En los dos meses que trascur-

»irían hasta que se abriese la nueva legislación, organiza-
»ria la guardia nacional, y todos vuestros amigos y los del
»joven rey, secundarian vuestros esfuerzos en las provincias.
»Dejad entonces que vengan los diputados, y que aboguen
»públicamente en la tribuna por la causa que defendiendo:
»esta causa, favorecida por vos en secreto, obtendrá una
»mayoría inmensa; pasado el momento de la anarquía, na-
»da tendreis ya que temer de la violencia de los republica-
»nos; y no creo tampoco que sea difícil captaros la amis-
»tad del general Lafayette y de M. Laffitte. ¡Que posición
»para vos, señor! Podeis reinar quince años bajo el nombre
»de vuestro pupilo, pasados los cuales habrá llegado para
»todos la edad del descanso; habreis tenido la gloria, única
»en los anales históricos, de haber podido subir al trono y
»haberlo dejado para el heredero lejítimo; mientras que ha-
»breis educado á ese niño con las luces del siglo, y hécholo
»digno de reinar en Francia: una de vuestras hijas podría
»compartir un día el cetro con él.”

Felipe entre tanto miraba vagamente hácia uno y otro lado, y me dijo: — »Perdonad, M. de Chateaubriand, pues
»para hablaros dejé una comision que me espera. Ya os ha-
»brá dicho la duquesa, que me consideraria feliz si pudiera
»realizar lo que deseais; pero, creedme: nadie mas que yo
»puede contener las turbas amenazadoras. A mis esfuerzos
»únicamente debe su existencia el partido realista.”

Al oír esta manifestacion tan inesperada y tan distante del objeto de nuestra entrevista, le respondí: — »Yo, se-
»ñor, he visto muchos asesinatos: los que han pasado por
»las revoluciones están ya aguerridos: los que tienen los
»bigotes grises no se asustan por los hechos que horrorizan
»á los reclutas.”

S. A. R. se retiró, y yo fui en busca de mis amigos.”

- »Y bien, ¿que hay?» me dijeron.
- »Quiere ser rey.”
- »¿Y la duquesa de Orleans?»
- »Quiere ser reina.”
- »¿Os lo han dicho?»
- »El uno me ha hablado de poesías pastoriles, y la otra de los peligros que amenazan á la Francia, y de la lijereza de la pobre Carolina: los dos han tratado de convencerme de que podria serles útil, y ninguno de ellos me ha mirado de frente.”

La duquesa de Orleans quiso verme otra vez; mas el duque no asistió á esta nueva entrevista. M.^{ma} Adelaida se encontró allí como en la primera. La duquesa se esplicó mas claramente sobre las gracias con que se proponia honrarme el duque de Orleans. Tuvo la bondad de recordarme lo que llamaba mi influencia en la opinion pública, los sacrificios que habiã hecho, y la aversion que á pesar de mis servicios me habian manifestado siempre Cárlos X y su familia. Me dijo que si queria volver al ministerio de negocios extranjeros, S. A. R. tendria un placer en restituirme esta cartera; pero que quizá preferiria volver á Roma, y que ella (la duquesa de Orleans) lo celebraria por bien de nuestra santa relijion.

— »Señora, contesté yo en el acto y con algo de viveza: veo que el duque de Orleans ha tomado su partido; que ha calculado sus consecuencias, y que ha visto los años de miserias y de peligros de todos jéneros que tendrá que atravesar: no tengo, pues, nada que decir. No he venido aqui para faltar al respeto á la sangre de los Borbones; por otra parte, estoy altamente reconocido á vuestras bondades. Prescindiendo, pues, de las grandes objeciones y de las razones sacadas de los principios y los

»acontecimientos, suplico á V. A. R. se digne escuchar
 »algunas palabras relativas á mí. Os habeis dignado ha-
 »blarme de lo que llamais mi poder sobre la opinion.
 »Pues bien; si fuese cierta esta influencia, no estaria fun-
 »dada sino en la estimacion pública, la cual perderia en
 »el instante que cambiase de bandera: el duque de Or-
 »leans hubiera creido adquirir conmigo un grande apoyo,
 »y en realidad no tendria á sus órdenes mas que un mise-
 »rable hablador, un perjuró, cuya voz nadie escucharia,
 »un renegado á quien tendrian todos derecho de arrojar
 »lodo y escupir á la cara. A las inciertas palabras que diri-
 »jiera en favor de Luis Felipe, se le contestaria con los
 »volúmenes que he publicado en defensa de la familia caida.
 »¿No soy yo, en efecto, señora, quien ha escrito el folle-
 »to *De Bonaparte y los Borbones*, los artículos *sobre la lle-
 »gada de Luis XVIII á Compiègne*, el *Informe en el con-
 »sejo del rey en Gante*, la *Historia de la vida y muerte del
 »duque de Berry*? No sé si habrá una sola pájina escrita
 »por mí en que no se encuentre para algo el nombre de
 »mis antiguos reyes, y donde no esté rodeado de mis pro-
 »testas de amor y fidelidad; circunstancias que indican cier-
 »to cariño particular, tanto mas notable, señora, quanto
 »que sabeis que yo no tengo fe en los reyes. Solo la idea
 »de una desercion me avergüenza; al dia siguiente iria á
 »arrojarme al Sena. Perdonad, señora, el calor de mis pa-
 »labras: estoy reconocido á vuestros favores, que recor-
 »daré eternamente; pero sé muy bien que no querreis
 »deshonrarme: compadecedme, señora; compadecedme."

Habia permanecido en pie, y haciendo una inclinacion
 iba á retirarme. La señorita de Orleans no habia dicho una
 palabra. Se levantó, y al marcharse me dijo: — »No os
 »compadezco, M. de Chateaubriand; no os compadezco."

Sorprendime de tan breves palabras y del acento con que las pronunció.

Esta fue mi última tentacion política: segun San Hilario, debí creer que yo era uno de los hombres justos, pues dice que cuanto mas santos son, mas espuestos se hallan á las tentaciones del diablo: *Victoria ei est magis exacta de sanctis*. Es mayor su victoria cuando la consigue sobre los santos. Mis negativas eran muy necias; porque ¿donde estaba el público que pudiera apreciarlas? ¿No hubiera podido hacer lo que tantos otros hijos virtuosos de la tierra, que ante todo sirven á la *patria*? Por desgracia no soy hombre que me someto á las exigencias de lo presente, ni quiero tampoco capitular con la fortuna. Nada hay de comun entre Ciceron y yo: sin embargo, su fragilidad no puede disculparse: la posteridad no ha podido perdonar un momento de debilidad á un grande hombre, en obsequio de otro grande hombre. ¿Que habria sido mi pobre vida si hubiese perdido por Luis Felipe de Orleans su integridad, que era su único bien?

La noche del mismo dia que habia tenido esta conversacion en el Palais-Royal, vi en casa de M.^{ma} Recamier á M. de Saint-Aulaire. Aunque yo no le pregunté por sus secretos, él si lo hizo de los míos. Acababa de llegar del campo, y tenia aun la cabeza caliente con los acontecimientos que habia leído. — «¡Ah! me alegro mucho de »veros, exclamó: venis muy á propósito: me prometo que »en Luxemburgo cumpliremos con nuestro deber. ¡Ten- »dria que ver el que los pares dispusiesen de la corona de »Enrique V! Estoy seguro que no me dejareis solo en la »tribuna.»

Como habia tomado ya mi partido, estaba muy tranquilo, y mi contestacion pareció fria al ardor de M. de

Saint-Aulaire. Pero lo cierto es que él se fue, vió á sus amigos, y luego me dejó solo en la tribuna. ¡Vivan los hombres de imaginacion, de lijero corazon y de frívola cabeza!

Ultimo suspiro del partido republicano.

El partido republicano forcejaba inútilmente á los pies de los amigos que le habian hecho traicion. El día 6 de Agosto se presentó en la cámara de los diputados una comision de veinte individuos, designados por el comité central de los doce distritos de París, para presentar un mensaje, que el jeneral Thiars y M. Dury-Dufresne arrebataron á la benévola comision. En él se decia: «Que la nacion no podia reconocer como poder constitucional una
»cámara electiva, nombrada durante y bajo la influencia
»de la monarquía que ella misma habia destruido, ni una
»cámara aristocrática, cuya institucion está en oposicion
»directa con los principios que han precisado á la nacion á
»tomar las armas; que no concediendo el comité central de
»los doce distritos á la cámara de diputados mas que un
»poder de hecho y provisional, y esto como una necesidad
»revolucionaria, para poder proveer á cualquiera medida
»del momento, pedia con todos sus votos la eleccion libre
»y popular de diputados que representen realmente al
»pueblo, cuyo resultado únicamente podia conseguirse con-
»vocando los colejos electorales. Si se procedia de otro
»modo, la nacion miraria como nulo todo cuanto tendiese
»á menoscabarle el ejercicio de sus derechos.»

Esto era muy justo; pero el lugar-teniente jeneral del reino deseaba la corona, y el miedo y las ambiciones tenían prisa de dársela. Los plebeyos de entonces querian

una revolucion completa, y no supieron hacerla; los jacobinos, á quienes tomaron por modelo, habrian hecho desaparecer á los hombres del Palais-Royal y á los charlatanes de las dos cámaras. Lafayette estaba reducido á descos impotentes: feliz con haber resucitado la guardia nacional, se dejó engañar por Luis Felipe, de quien creia ser la nodriza, y se quedó adormecido con tanta felicidad. El viejo jeneral no era mas que la libertad dormida, asi como la república de 1793 no era otra cosa que la cabeza de un muerto.

La verdad es que una cámara sin mandato é incompleta no tenia derecho para disponer de la corona. Una convencion reunida espresamente para ello, formada de la cámara de los lores y de una cámara de los comunes recién elejida, fue la que dispuso del trono de Jacobo II. Es tambien positivo que aquella *cola* de la cámara de los diputados, que aquellos doscientos veintiuno, imbuidos en tiempo de Cárlos X en las tradiciones de la monarquía hereditaria, no eran capaces de concebir disposicion alguna análoga á la monarquía electiva; asi es que deteniendo á ésta en su orijen, la forzaron despues á retrogradar á los principios de la casi-lejitimidad. Los que forjaron la espada de la nueva dinastía dejaron en ella un pelo, que tarde ó temprano hará que salte echa pedazos.

Jornada del 7 de Agosto. — Sesion de la cámara de los pares. — Mi discurso. — Salgo del palacio del Luxemburgo para no entrar mas en él. — Mis dimisiones.

El 7 de Agosto fue un dia memorable para mí: en él tuve la dicha de terminar mi carrera política como la habia comenzado; dicha de que debe uno gozarse, porque es muy rara en estos tiempos. Habíase llevado á la cámara de

los pares la declaracion de la de los diputados, concierne á la vacante del trono. Yo me coloqué en mi asiento, que estaba entre los mas altos y enfrente del del presidente. Parecióme que los pares estaban muy atareados y abatidos: en la frente de algunos se veia el orgullo con que se disponian á ser desleales, y en la de otros notábase la vergüenza de los remordimientos que no tenian valor para escuchar. Al mirar tan triste asamblea, me decia á mí mismo: —

» ¡Será posible que abandonen á Carlos X en su desgracia los
» que recibieron sus beneficios en su prosperidad! ¡Le harán
» traicion los mismos cuyo encargo especial era defender el
» trono hereditario! Esos cortesanos que vivian con él; que
» velaban á su puerta en Saint-Cloud; que le abrazaron en
» Rambouillet, y á quienes estrechó la mano al despedirse,
» ¿se atreverán á levantar contra él esa mano caliente aun
» con el último apretón? ¿Se oirá el perjurio en esta cámara,
» donde por quince años han resonado reiteradas protestas
» de aprecio y lealtad? Ellos, sin embargo, son los que han
» perdido á Carlos X; ellos son los que impulsaron la for-
» macion de las ordenanzas; ellos los que saltaban de alegría
» cuando se publicaron, y cuando se creyeron vencedores en
» ese momento de silencio profundo que precede al rayo.”

Se agitaban en mi imaginacion confusa y dolorosamente estas ideas. La cámara de los pares habia llegado á ser el triple receptáculo de las corrupciones de la antigua monarquía, de la república y del imperio. Por lo que hace á los republicanos de 1793, trasformados en senadores, y á los jenerales de Bonaparte, no esperaba de ellos mas que lo que han hecho siempre: depusieron al hombre extraordinario á quien todo lo debian, é iban ahora á deponer al rey que les confirmó los honores y gracias de que los habia colmado su primer amo. Cuando el tiempo varie depondrán tambien

al usurpador , á quien se preparaban á ofrecer la corona.

Subi á la tribuna , y reinó en el salon un profundo silencio : observóse cierta confusion en los rostros de los pares ; cada uno se recostó de lado sobre su sillón , y fijó la vista en el suelo. Escepto algunos que estaban resueltos á retirarse como yo , ninguno se atrevió á dirigir los ojos á la tribuna. Conservo este discurso , porque reasume mi vida , y es el mejor título que tengo para la estimacion de la posteridad.

»Señores : La declaracion que se ha traido á esta cámara no es tan complicada para mí como lo es para los pares que opinan de distinto modo que yo. En dicha declaracion domina á mi ver un hecho , que subordina , ó mejor dicho , destruye todos los demas. Si estuviésemos en tiempos normales , examinaria detenidamente las reformas que se intentan hacer en la carta : muchas de ellas han sido propuestas por mí. Lo único que me admira es que se haya podido ocupar esta cámara en la medida reaccionaria concerniente á los pares creados por Carlos X. No se me podrá tachar de aficionado á que se hagan numerosos nombramientos de ellos , y ya sabeis que lo he resistido cuando se ha intentado hacerlo ; pero constituirnos en jueces de nuestros cólegas , y escluir de la lista de los pares á los que nos dé la gana , siempre que seamos los mas fuertes , es cosa que se parece mucho á la proscripcion. ¿Se quiere destruir la dignidad de par? Destruyase en buen hora : mas vale perder la vida , que tener que implorarla.

»Pero ya veo que se me puede acriminar , y con razon , por estar gastando el tiempo en estas palabras , aunque pocas , sobre un incidente que , por interesante que sea , desaparece en la magnitud de los acontecimientos. La Francia está sin direccion ; y voy á ocuparme en lo que se debe

»añadir ó quitar á los palos del navío cuyo timon ha sido
»arrancado. Prescindo , pues , en la declaracion de la cá-
»mara de los diputados de todo aquello que es de un inte-
»res secundario ; y fijándome en el solo hecho enunciado
»sobre la vacante verdadera ó supuesta del trono , marchó
»via recta al objeto.

»Antes de todo debe resolverse una cuestion previa ; si
»el trono está vacante somos libres para elegir la forma de
»gobierno.

»Pero antes de ofrecer la corona á un individuo cual-
»quiera , será bueno saber qué especie de orden político
»vamos á constituir en el orden social. ¿Estableceremos la
»república , ó una nueva monarquía ?

»¿ La una ó la otra darán á la Francia las garantías ne-
»cesarias de duracion , de fuerza y de tranquilidad ?

»La república tiene desde luego contra sí los recuerdos
»de sí misma , los cuales aun no se han borrado : nadie ha
»olvidado el tiempo en que la muerte iba siempre acompa-
»ñada de la libertad y de la igualdad. Y cuando hubierais
»caído en una nueva anarquía , ¿podriais despertar en su ro-
»ca al Hércules , único que fue capaz de ahogar al mons-
»truo ? Dentro de algunos miles de años podrá ver la poste-
»ridad otro Napoleon ; pero vosotros no esperéis verlo.

»Ademas , en el estado actual de nuestras costumbres y
»de las relaciones con los gobiernos inmediatos , me parece ,
»salvo error , que la república no es ahora realizable. La
»primera dificultad que se ocurriria sería conseguir de los
»franceses una votacion unánime. ¿Que derecho tendria la
»ciudad de Paris para obligar á la de Marsella ó cualquiera
»otra , á que se constituyera en república ? ¿Habria una
»sola , ó veinte ó treinta repúblicas ? ¿Serian federativas , ó
»independientes ? Pero prescindamos de estas dificultades , y

»supongamos que hay una sola república. ¿Con nuestra natural familiaridad, creéis que por muy grave, muy respetable y muy hábil que fuese un presidente, podría permanecer al frente de los negocios públicos, sin verse precisado á retirarse? Falto del apoyo de las leyes y de las costumbres, contrariado, envilecido, insultado dia y noche por rivales secretos y por agentes de la revolucion, no inspirará bastante confianza á los comerciantes ni á los propietarios: no tendrá la dignidad conveniente para tratar con los gabinetes estranjeros, ni el poder necesario para sostener el órden interior. Si toma medidas revolucionarias, la república se hará odiosa; y recelosa la Europa, se aprovechará de estas divisiones, las fomentará, intervendrá en nuestros asuntos, y nos veremos empeñados de nuevo en horrorosas luchas. La república representativa es sin duda el estado futuro del mundo; pero aun no ha llegado su época.

»Vamos ahora á la monarquía.

»Hágase como se quiera, un rey nombrado por las cámaras ó elegido por el pueblo, será siempre una novedad, por mas que se haga. Supongo que se quiere la libertad, y mas que ninguna otra la de imprenta, por la cual, y para la cual, ha conseguido el pueblo tan brillante victoria. Pues bien; cualquiera nueva monarquía se verá precisada mas tarde ó mas temprano á restringir esta libertad. ¿Napoleon mismo pudo permitirla? Hija de nuestras desgracias, y esclava de nuestras glorias, la libertad de imprenta no vive segura sino con un gobierno cuyas raices son profundas. La nueva monarquía, producto bastardo de una noche sangrienta, ¿no tendria nada que temer de la independencia de las opiniones?

»Si los unos pudiesen predicar la república y los otros

»cualquiera otro sistema de gobierno, ¿no temeríais veros
»obligados muy pronto á recurrir á leyes escepcionales, á
»pesar del anatema contra la censura adicionado al artículo
»8.º de la carta?

»Y entonces vosotros, amigos de una libertad modera-
»da, ¿que habríais ganado con el cambio que se os propo-
»ne? Por fuerza habríais de caer en la república ó en la es-
»clavitud legal. Veríase, pues, á la monarquía desbordada
»y destruida por el torrente revolucionario, ó al monarca
»siendo víctima de las facciones.

»En la primera embriaguez del triunfo se presenta to-
»do muy fácil: esperamos poder satisfacer todas las exigen-
»cias, los intereses y los caprichos; nos halaga la idea de
»que todos depondrán sus miras y ambiciones personales;
»y creemos que la ilustracion y sabiduría del gobierno ven-
»cerá los obstáculos que se presenten; pero despues que
»han pasado algunos meses, la práctica desmiente la
»teoría.

»No hago, señores, mas que presentaros algunos de los
»inconvenientes que seguirian á la creacion de la república
»ó de una nueva dinastía. La una y la otra están llenas de
»peligros; pero queda un tercer partido, partido que me-
»recia la pena de que se hubiesen dicho sobre él algunas
»palabras.

»Ministros infames han mancillado la corona, han sos-
»tenido la violacion de la ley por medio del asesinato, y se
»han burlado de los juramentos hechos al cielo, y de las
»leyes juradas á la tierra.

»¡Estranjeros que por dos veces habeis entrado sin re-
»sistencia en París, sabed la verdadera causa de vuestro
»triunfo; si lo obtuvisteis fue porque os presentabais en
»nombre del poder! Si vinieseis hoy en defensa de la tira-

»nía, ¿creeis que se os abririan tan fácilmente como antes
»las puertas de la capital del mundo civilizado? Despues de
»vuestra partida se ha engrandecido la nacion francesa bajo
»el réjimen de leyes constitucionales; nuestros hijos de ca-
»torce años son jigantes; nuestros reclutas de Arjel, y nues-
»tros estudiantes de París, acaban de revelaros á los hi-
»jos de los vencedores de Austerlitz, de Marengo y de Je-
»na; pero hijos fortalecidos con cuanto la libertad presta á
»la gloria.

»Jamás hubo defensa mas léjitima ni mas heroica que
»la que ha hecho el pueblo de París. No se ha insurreccio-
»nado contra la ley, pues ha vivido tranquilo mientras se
»respetára el pacto social; ha sufrido sin quejarse insultos,
»provocaciones y amenazas, y si debia su dinero y su san-
»gre en cambio de la carta, lo ha prodigado uno y otro.

»Pero cuando despues de haber estado engañándolo
»hasta el último momento ha querido imponérsele la es-
»clavitud; cuando estalló repentinamente la conspiracion
»de la necesidad y de la hipocresia; cuando se intentaba que
»al terror de la república y al yugo de hierro del imperio
»siguiese el despotismo palaciego organizado por eunucos,
»entonces se revistió ese pueblo de intelijencia y valor, y
»ha demostrado que sus *mercachifles* respiraban sin dificul-
»tad el humo de la pólvora, y que para avasallarlo se ne-
»cesitaban mas de *cuatro soldados y un cabo*. En un siglo
»entero no se hubiera asegurado tanto la suerte de cual-
»quiera nacion como en los tres dias que acaban de tras-
»currir. Se habia cometido un gran crimen que ha produ-
»cido la enérjica esplosion de un principio; pero ¿este cri-
»men y el triunfo moral y político que le ha seguido, de-
»ben bastar para cambiar el órden de cosas establecido? Es-
»to es lo que vamos á examinar. La caida ó abdicacion de

»Carlos X y de su hijo, segun querais entenderlo, no han
»dejado vacante el trono; detras de ellos viene un niño;
»¿y debia condenarse su inocencia?

»¿Que sangre clama hoy contra él? ¿Os atrevereis á
»decir que debe seguir la misma suerte que la de su pa-
»dre? Ese huérfano educado en las escuelas de la patria
»con las ideas del siglo, é inspirándole desde luego cariño
»al gobierno representativo, podrá llegar á ser un rey tal
»como lo reclaman las necesidades del porvenir. Su tutor,
»pues, deberia jurar ahora la declaracion sobre que vais á
»votar: el jóven monarca cuando llegase á su mayor edad
»ratificaria este juramento. Entre tanto será rey el duque
»de Orleans, rejente del reino, príncipe que ha vivido
»cerca del pueblo, y que sabe muy bien que la monarquía
»de hoy dia ha de ser una monarquía tolerante é ilustrada.
»Esta combinacion natural me hubiera parecido un medio
»de conciliacion, y hubiera evitado quizá á la Francia esas
»ajitaciones, que son la consecuencia de los cambios vio-
»lentos de un Estado.

»Y no se diga ahora, porque seria una objecion desti-
»tuida de todo viso de razon, que ese niño, separado de
»sus padres, no tendria bastante tiempo para olvidar sus
»nombres, y que seguiria infatuado con las preocupaciones
»de su nacimiento, á pesar de una larga educacion popu-
»lar, y de la terrible leccion que ha precipitado á dos reyes
»en dos noches.

»No es entusiasmo sentimental, ni el cariño de nodri-
»za trasmitido de los pañales de Enrique IV hasta los del
»jóven Enrique, los que me impulsan á defender esta cau-
»sa, que estoy seguro que si venciese habia de perjudicar-
»me. No aspiro al martirio, ni á resucitar los tiempos de
»la caballería, ni á que mi nombre se escriba en novelas

»y romances: no creo en el derecho divino de los reyes, y
»sí en el poder de las revoluciones y de los hechos. Tam-
»poco invoco la carta, sino que subiendo mas arriba, y to-
»mando mis ideas de la esfera filosófica de la época que
»verá muy pronto el término de mi vida, propongo al
»duque de Burdeos como una necesidad de mejor ley que
»la que suponen los argumentos contrarios.

»No ignoro que al alejar á ese niño del trono se quie-
»re establecer el principio de la soberanía popular, sim-
»pleza de la escuela antigua, que prueba que bajo este
»concepto nuestros modernos demócratas no han hecho
»mas progresos que los veteranos de la monarquía. En
»ninguna parte existe la soberanía absoluta. La libertad
»no nace del derecho político, como se suponía en el si-
»glo XVIII, sino que viene del derecho natural; y de aqui
»el que pueda existir en toda clase de gobiernos, y que á
»veces se goza mas de ella en una monarquía que en una
»república.

»Pero no es ahora ni tiempo ni lugar de hacer un cur-
»so de política.

»Me limitaré tan solo á observar que siempre que el
»pueblo ha dispuesto de los tronos, lo ha hecho tambien
»de su libertad; y que el principio hereditario, por muy
»absurdo que parezca á primera vista, es preferible al elec-
»tivo, como lo ha demostrado la experiencia. Las razones
»de ello son tan evidentes, que no me detendré en espo-
»nerlas. Elejireis hoy un rey; pero ¿quien os impedirá que
»mañana elijais otro? La ley, direis; pero ¿acaso esa ley
»no la haceis vosotros mismos?

»Pero todavía hay otro modo mas sencillo de resolver
»la cuestion, y es diciendo: »No queremos la rama pri-
»mojénita de los Borbones.» ¿Y por que no la quereis? por-

»que somos vencedores; hemos triunfado en una causa justa y santa, y usamos del doble derecho de conquista.”

»Muy bien: está visto que proclamais la soberanía de la fuerza, y siendo así, os aconsejo que conserveis cuidadosamente esa fuerza, pues tendreis que sentir en el momento que la perdais. ¡Tal es la naturaleza humana! Los ingenios mas justos é ilustrados no saben sobreponerse á un acontecimiento cualquiera. Esos ingenios eran los primeros en invocar el derecho contra la violencia, y en defenderlo con toda la copia de razones que les proporcionaba la superioridad de su talento: pero en el instante en que el mas abominable abuso de la fuerza ha venido á demostrar la verdad de lo que decian destruyendo esa fuerza misma, se apoderan los vencedores del arma que han hecho pedazos; pedazos peligrosos, que herirán sus manos sin que puedan servirse de ellos.

»He traído la cuestion al terreno de mis adversarios, y no he querido ir á vivaquear al campo de lo pasado, bajo las banderas de los muertos; pues si es verdad que estas banderas están llenas de gloria, eslo tambien que penden á lo largo de sus astas, porque ya no las ajita el viento de la vida. Y ademas, aunque removiese el polvo de treinta y cinco Capetos, no encontraria un argumento que se quisiese oír siquiera. Se ha acabado la idolatría de un nombre: la monarquía no es ya una relijion, no es mas que una forma de gobierno preferible hoy á cualquiera otra, porque es la que mejor puede conciliar el orden con la libertad.

»Como Casandra, he cansado inútilmente al trono y á la patria con mis avisos, que todos han despreciado, y ya no me queda que hacer sino sentarme sobre los des-

»pojos del naufragio que tantas veces he predicho. Conozco que la desgracia tiene un poder inmenso; pero estoy seguro que nunca alcanzará hasta precisarme á faltar á mis juramentos de fidelidad. Debo ser consecuente: despues de cuanto he hecho, dicho y escrito en favor de los Borbones, seria el mas miserable de los hombres si renegase de ellos en el momento en que por tercera vez caminan al destierro.

»Intimidense en buen hora esos jenerosos realistas que jamás sacrificaron á su lealtad ni un maravedí, ni un destino; esos campeones del trono y del altar que no há mucho me trataban de renegado, apóstata y revolucionario. ¡Piadosos libelistas! el renegado os llama ahora. ¡Venid á tartamudear con él una palabra, una siquiera, en favor de vuestro malhadado amo, que os colmó de bienes, y cuya ruina habeis causado! Instigadores de golpes de estado; predicadores del poder constituyente, ¿donde estais? Os escondéis en el lodo, desde donde levantaiis la cabeza para calumniar á los verdaderos servidores del rey: vuestro silencio de hoy es digno de vuestro lenguaje de ayer. Nada mas natural que el que esos valientes, cuyos proyectos han hecho que se arrojen á palos á los descendientes de Enrique IV, se agrupen temblando bajo la escarapela tricolor: los nobles colores con que se adornan, protegerán su persona; pero no ocultarán su cobardía.

»Y no se crea que al espresarme con tanta franqueza en esta tribuna aspiro á dar prueba de mi heroísmo. Pasó el tiempo en que costaba la vida el manifestar sus opiniones; pero si estuviésemos en él, hablaria aun mucho mas alto. El mejor escudo es un pecho que no teme presentarse descubierto al enemigo. No, señores; nosotros

»no tenemos nada que temer de un pueblo cuya cordura
 »es igual á su valor, ni de esa jenerosa juventud que yo
 »admiro, con la que simpatizo con todas las veras de mi
 »alma, y á la cual deseo, asi como á mi patria, honra,
 »gloria y libertad.

»Como está lejos de mí la idea de arrojar á la Fran-
 »cia semillas de discordia, he procurado no hablar á las
 »pasiones. Si estuviese intimamente convencido de que
 »conviene á la tranquilidad de treinta millones de hom-
 »bres el que ese niño viva en modesto y oscuro rango,
 »miraria como un crimen todo lo que tendiese á contra-
 »restar esa necesidad del tiempo; pero no tengo semejante
 »conviccion. Si tuviese derecho para disponer de una co-
 »rona, la pondria con mucho gusto á los pies del duque
 »de Orleans; mas ahora, lo único que veo vacante, no es
 »el trono, sino una tumba en San Dionisio.

»Sea la que quiera la suerte que experimente el lu-
 »gar-teniente jeneral del reino, yo jamás seré su enemigo
 »si hace la felicidad de mi patria. No pido mas sino que
 »se me deje mi libertad de conciencia y el derecho de ir
 »á morir donde encuentre independenciam y tranquilidad.

»Voto, pues, contra el proyecto de declaracion.”

Habia principiado mi discurso con mucha calma; pero poco á poco me fui conmoviendo, y cuando llegué á decir *como otro Casandra, he cansado inútilmente al trono y á la patria con mis avisos, que todos han desdeñado*, se trabó mi lengua, y me ví precisado á llevar el pañuelo á los ojos para detener el llanto de cariño y amargura. La indignacion me volvió la palabra en el párrafo: *Piadosos libelistas, el renegado os llama: venid á tartamudear conmigo una palabra, una siquiera, en favor de vuestro malhadado amo, que os colmó de bienes, y cuya ruina habeis causado*: y al

decir esto dirigia mis miradas á los bancos en que estaban los aludidos con aquellas palabras.

Durante mi discurso algunos pares estaban avergonzados, y se ocultaban en el sillón hasta el punto de que no los veia por detras de sus cólegas que permanecian inmóviles delante de ellos. Este discurso tuvo algun eco; y aunque en él atacé á todos los partidos, todos sin embargo callaron, quizás porque á tan incontestables verdades siguió un grande sacrificio. Bajé de la tribuna; salí del salon, y me despojé en el vestuario de mi uniforme de par, de mi espada y de mi sombrero con plumas, despues de haber quitado la escarapela blanca, que puse en el pequeño bolsillo del lado izquierdo de la levita negra, como una cruz sobre mi corazon. Mi criado se llevó los despojos de la dignidad de par, y sacudiendo el polvo de los pies, abandoné, para no entrar jamás en él, el palacio de las traiciones.

En los dias 10 y 12 de Agosto acabé de despojarme, enviando las siguientes dimisiones.

Paris 10 de Agosto de 1830.

«SEÑOR PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE LOS PARES:

«Siéndome imposible prestar juramento de fidelidad á
«Luis Felipe de Orleans, como rey de los franceses, me
«encuentro incapacitado legalmente de asistir á las sesiones de la cámara hereditaria. A la bondad de Luis XVIII
«y á la munificencia real debo una pension de doce mil
«francos, que se me concedió para sostener, sino con lujo,
«con decoro é independenciam, la alta dignidad que se me
«confiriera. Pero como seria injusto que conservase una
«gracia enlazada con el ejercicio de unas funciones que no

»puedo desempeñar, tengo por consiguiente el honor de
»poner á vuestra disposicion mi pension de par.”

Paris 12 de Agosto de 1830.

»SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA:

»Debo á la bondad de Luis XVIII y á la munificencia
»nacional una pension de par de doce mil francos, conver-
»tida en renta vitalicia, inscrita en el gran libro de la deu-
»da, y trasmisible solo á mi primer heredero en sucesion
»directa. No pudiendo prestar juramento al duque de Or-
»leans como rey de los franceses, seria injusto el que con-
»tinuase disfrutando una pension afecta á una dignidad que
»ya no ejerzo. Póngola por ello en vuestras manos, debien-
»do haber cesado de correr para mí desde el 10 del cor-
»riente, en que escribí al presidente de la cámara de los
»pares, manifestándole serme imposible prestar el juramento
»referido.

»Con la mas alta consideracion, &c.”

Paris 12 de Agosto de 1830.

»SEÑOR CANCELLER MAYOR:

»Tengo el honor de remitiros copia de las dos cartas
»que he dirigido al presidente de la cámara de los pares y al
»ministro de hacienda. Vereis en ellas que he renunciado
»mi pension, y que no me corresponde percibir mas que la
»suma vencida hasta el 10 del actual, en que me negué
»al juramento.

»Tengo el honor &c.”

Paris 12 de Agosto de 1830.

»SEÑOR MINISTRO DE JUSTICIA :

»Tengo el honor de remitiros mi dimision de ministro
»de estado.

»Soy con la mayor consideracion , señor ministro de
»justicia, vuestro afectisimo y segura servidor.”

Encontreme, pues, desnudo como un San Juan Bau-
tista; pero hacia tiempo que estaba acostumbrado á alimen-
tarme de miel silyestre, y no temia que la hija de Herodias
desease mi cabeza gris.

Mis bordados, entorchados, fajas y charreteras, que
vendí á un judío, me produjeron setecientos francos; y este
fue el fruto líquido de toda mi grandeza.

Cárlos X se embarca en Cherburgo.

¿Que habia sido entre tanto de Cárlos X? Caminaba
hácia su destierro, acompañado de sus guardias de corps,
vijilado por tres comisarios, atravesando la Francia, sin es-
citar siquiera la curiosidad de los campesinos que surcaban
la tierra á orillas del camino real. En dos ó tres ciudades
pequeñas hubo movimientos hostiles; en otras los hombres
y las mujeres dieron muestras de compasion. Conviene acor-
darse que no hizo mas ruido Bonaparte al dirigirse de Fon-
tainebleau á Tolon, que no se conmovió mas la Francia
de lo que se conmovia ahora, y que el héroe de tantas ba-
tallas estuvo á punto de ser asesinado en Orgon. En este
pais, cansado de todo, los mayores acontecimientos no son
mas que dramas representados para diversion nuestra; ocu-

pan al espectador mientras está levantado el telon, y cuando ha caido, no dejan mas que un vago recuerdo. Muchas veces Cárlos X y su familia se detenian en malas posadas para tomar algun alimento en el estremo de una sucia mesa en que acababan de comer unos carreteros. Enrique V y su hermana se divertian en el patio con los pollos y los pichones de la posada. Yo lo habia dicho; la monarquía se iba, y todo el mundo se asomaba á la ventana para verla pasar.

En aquellos momentos se complació el cielo en insultar al partido vencedor y al partido vencido. Mientras se sostenia que las ordenanzas habian indignado á la Francia entera, llegaron á manos del rey Felipe esposiciones de algunas provincias dirijidas al rey Cárlos X, felicitándole »por »las saludables medidas que habia adoptado, y que salvaban á la monarquía." El bey de Tittery, por su parte, dirijia al monarca destituido, que caminaba hácia Cherburgo, la sumision siguiente:

»En el nombre de Dios, &c., &c.: Reconozco por señor y soberano absoluto al gran Cárlos X, el victorioso, »y le pagaré el tributo, &c." Es imposible burlarse mas irónicamente de la una como de la otra suerte. Las revoluciones se fabrican hoy en máquina, y se hacen tan pronto, que un monarca, rey aun en la frontera de sus estados, no es ya mas que un proscrito en la capital.

En esta indiferencia del pais hácia Cárlos X hay algo mas que cansancio: es preciso reconocer el progreso de las ideas democráticas, y de la asimilacion de las clases. En una época anterior, la caida de un rey de Francia hubiera sido un acontecimiento enorme: el tiempo ha hecho descender al monarca de la altura á que se hallaba colocado; le ha acercado á nosotros, y ha disminuido el espacio que le separaba de las clases populares. Si sorprendia poco ó

nada el encontrar al hijo de San Luis en el camino real, como se encuentra á cualquiera otro, no era por un espíritu de odio ó de sistema, era simplemente por ese sentimiento de nivelacion social que ha penetrado en los ánimos, y que obra en las masas sin que se aperciban de ello.

¡Maldito sea, Cherburgo, tu siniestro mar! Cerca de Cherburgo fue donde el viento de la cólera arrojó á Eduardo III para asolar nuestro pais: no lejos de Cherburgo el viento de una victoria enemiga destrozó la flota de Tourville; de Cherburgo fue tambien de donde el viento de una prosperidad engañosa echó á Luis XVI al cadalso; y desde Cherburgo por fin es de donde el viento de no sé qué playa se ha llevado á nuestros últimos principes. Las costas de la Gran-Bretaña, que abordó Guillermo el Conquistador, han visto desembarcar á Cárlos X sin pendon y sin lanza: ha ido á hallar de nuevo en Holy-Rood los recuerdos de su juventud colgados en las paredes del palacio de los Estuardos, como viejos grabados descoloridos por el tiempo.

Lo que será la revolucion de Julio.

He pintado los tres dias á medida que han ido pasando á mis ojos; asi es que se estiende sobre el cuadro cierto color de coetaneidad, verdadero en el momento que pasa, falso despues que el momento ha pasado. No hay revolucion, por prodijiosa que sea, que, descrita de momento en momento, no se halle reducida á las mas pequeñas proporciones. Los acontecimientos salen del seno de las cosas, como los hombres del seno de sus madres, acompañados de las debilidades de la naturaleza. Las miserias y las grandezas son hermanas gemelas; nacen juntas: ambas

tienen mucho vigor al nacer; pero las miserias mueren á cierta época, y solo viven las grandezas. Para juzgar imparcialmente de la verdad que debe subsistir, es preciso, pues, colocarse bajo el punto de vista en que la posteridad contemplará el hecho consumado.

Pero separando las miserias de carácter y de acción de que yo habia sido testigo, y no tomando de las jornadas de Julio mas que lo que realmente queda de ellas, he dicho con justicia en la cámara de los pares: — «Armado este pueblo de su inteligencia y de su valor, se ha visto que los *mercachifles* respiraban con bastante facilidad el olor de la pólvora, y que se necesitaban mas de cuatro soldados y un cabo para sujetarlos. Un siglo no hubiera durado tanto los destinos de un pueblo como los tres últimos soles que acaban de brillar sobre la Francia.»

En efecto, el pueblo, propiamente dicho, ha sido valiente y jeneroso en la jornada del 28. La guardia, que habia perdido mas de treientos hombres entre muertos y heridos, hizo completa justicia á las clases pobres, únicas que se batieron en esta jornada, y entre las cuales se mezclaron algunos malvados, pero que no han podido deshonorarlas. Los alumnos de la escuela politécnica, que salieron demasiado tarde el 28 á tomar parte en la querella, fueron puestos por el pueblo á su cabeza el 29 con una sencillez y naturalidad admirables.

Algunos campeones que no se habian hallado en las luchas del pueblo en los primeros dias, vinieron á reunirse á él el 29, cuando habia pasado el mayor peligro; otros, que se han presentado despues como vencedores, no lo hicieron hasta el 30 y 31, despues de ganada la victoria.

Lo mismo, con corta diferencia, sucedió por parte de la tropa, de la cual solo se batieron los soldados y los ofi-

ciales; el estado mayor, que habia abandonado ya á Bonaparte en Fontainebleau, se mantuvo muy tranquilo en las alturas de Saint-Cloud, observando hácia qué lado llevaba el viento el humo de la pólvora. Al levantarse Carlos X habia una multitud á su lado; al acostarse no se encontró ya á nadie.

La moderacion de las clases inferiores igualó á su valor; de la confusion salió repentinamente el órden. Es necesario haber visto á obreros medio desnudos puestos de centinela á la puerta de los jardines públicos, impedir la entrada en ellos, segun su consigna, á otros obreros andrajosos, para comprender el sentimiento del deber que se habia apoderado de los hombres que dominaban á París, y que hubieran podido hacerse pagar el precio de su sangre, y dejarse tentar por su miseria. No se vió, como en el 10 de Agosto de 1792, asesinar á los suizos en la fuga: todas las opiniones fueron respetadas, y fuera de algun hecho aislado, jamás se abusó menos de la victoria. Los vencedores llevaban á los heridos de la guardia por medio de los grupos, gritando: *¡Respeto á los valientes!* y cuando el soldado acababa de espirar, decian: *Paz á los muertos*. Los quince años de la restauracion bajo un gobierno constitucional, habian hecho nacer entre nosotros ese espíritu de humanidad, de legalidad y de justicia, que no habian podido producir veinticinco años de espíritu revolucionario y guerrero. El derecho de la fuerza, introducido en nuestras costumbres, parecia haber llegado á ser el derecho comun.

Las consecuencias de la revolucion de Julio serán memorables. Esta revolucion ha pronunciado una sentencia contra todos los tronos; los reyes no podrán reinar hoy sin el apoyo de las bayonetas, medio seguro por un momento,

pero poco duradero : la época de los jenizaros ha pasado.

Thucidides y Tácito no nos contarían bien los acontecimientos de los tres días ; sería necesario que nos los explicase como un hecho providencial Bossuet , jenio que lo veía todo , pero sin traspasar los límites fijados á su razón y á su esplendor , como el sol que jira entre dos ejes brillantes , y que los orientales llaman el *esclavo* de Dios.

No busquemos tan cerca de nosotros la causa de un movimiento que se halla muy lejos ; la medianía de los hombres , los necios terrores , la confusion inesplicable , los odios , las ambiciones , la presuncion de los unos , la preocupacion de los otros , las conspiraciones secretas , las ventas , las medidas bien ó mal tomadas , el valor ó la pusilanimidad ; todas estas cosas son los accidentes , no las causas del acontecimiento . Cuando se dice que no se quería á los Borbones , que se habian hecho odiosos porque se les suponía impuestos á la Francia por los estranjeros , este activo desden no dá una explicacion satisfactoria .

El movimiento de Julio no pertenece á la política propiamente dicha ; pertenece á la revolucion social que se está obrando . Por el encadenamiento de esta revolucion jeneral , el 28 de Julio de 1830 no es mas que una consecuencia forzosa del 21 de Enero de 1793 : los trabajos de nuestras primeras asambleas deliberantes se habian suspendido , mas no habian terminado . En el curso de veinte años los franceses se habian acostumbrado , lo mismo que los ingleses en tiempo de Cromwell , á ser gobernados por otros amos que no eran sus antiguos soberanos . La caida de Cárlos X es una consecuencia de la decapitacion de Luis XVI , como el destronamiento de Jacobo II es una consecuencia del asesinato de Cárlos I . La revolucion pareció estinguirse en la gloria de Bonaparte y en las liber-

tades de Luis XVIII; pero no se habia destruido su jérmen: depositado en el fondo de nuestras costumbres, se ha desarrollado cuando le han dado calor las faltas de la restauracion, y ha brotado muy pronto.

En el cambio anti-monárquico que se acaba de ejecutar descúbrese la mano de la Providencia. Nada mas natural que el que los espíritus superficiales no vean en la revolucion de los tres dias mas que una refriega entre el pueblo y la tropa: pero los hombres reflexivos saben que se ha dado un paso enorme, el principio de la soberanía del pueblo ha sustituido al principio de la soberanía real; la monarquía hereditaria se ha convertido en monarquía electiva. El 21 de Enero habia enseñado que se podia disponer de la cabeza de un rey; el 29 de Julio ha demostrado que se puede disponer tambien de una corona. Ahora bien: toda verdad que se descubre, buena ó mala, queda fija en el espíritu del pueblo; y un cambio deja de ser inaudito, extraordinario, y no se presenta ya al espíritu y á la conciencia como impío cuando es el resultado de una idea popular. Los franceses ejercitaron primero colectivamente la soberanía, en seguida la delegaron en algunos jefes, despues la confiaron á uno solo, y por último, este jefe la usurpó en provecho de su familia. Ahora se retrocede del reinado hereditario al reinado electivo; de la monarquía electiva se irá á parar á la república. Tal es la historia de la sociedad: estos son los grados por qué sale el gobierno del pueblo y vuelve á entrar en él.

No pensemos, pues, que la obra de Julio es la superfetacion de un dia; no nos figuremos que la lejitimidad va á venir á restablecer *incontinenti* la sucesion por derecho de primojenitura; no vayamos á persuadirnos de que Julio acabará de muerte natural. Es indudable que la rama de

Orleans no echará raíces: no se ha derramado tanta sangre, sufrídose tanta calamidad, malográdose tanto jenio durante medio siglo para obtener este resultado. Pero si Julio no ocasiona la destruccion final de la Francia con el aniquilamiento de todas las libertades, producirá su fruto natural: este fruto es la democracia. Tal vez sea amargo y sangriento; pero la monarquía es enjerto extraño para el árbol republicano.

Así pues, no hay que confundir el rey improvisado con la revolucion de que ha nacido por azar: ésta, obrando de la manera que la vemos obrar, está en contradiccion con sus principios; y si no tiene sintomas de larga vida, es porque se halla conducida por un trono; pero dejad que se arrastre tan solo algunos años, y el pasado y el porvenir cambiarán los dados que quedan por salir. Los hombres hechos mueren ó no ven las cosas como las veian; los adolescentes llegan á la edad de la razon; las jeneraciones nuevas reemplazan á las jeneraciones corrompidas; los lienzos que han cubierto las llagas de un hospital, echados á un gran rio, no ensucian mas que la ola que pasa junto á aquellas corrupciones: en los demas puntos la corriente conserva ó recobra su limpidez.

Julio, libre de su origen, no ha producido mas que una monarquía esclava; pero llegará el tiempo en que, desembarazado de su corona, sufrirá las trasformaciones que son la ley de los seres; entonces vivirá en una atmósfera apropiada á su naturaleza.

El error del partido republicano, la ilusion del partido lejitimista son deplorables, y van mas allá de la democracia y del trono: el primero cree que la violencia es el único medio de triunfo; el segundo que lo pasado es el único puerto de salvacion. Pero hay una ley moral que

dirije la sociedad, una legitimidad jeneral que domina á la legitimidad particular. Esta gran ley y esta gran legitimidad son el goce de los derechos naturales del hombre, limitados por los deberes, porque el deber es el que crea el deber; las pasiones y los vicios os relegan á la clase de los esclavos. La legitimidad jeneral no habria tenido ningun obstáculo que vencer, si hubiese respetado, como nacida del mismo principio, la legitimidad particular.

Por lo demas, bastará una observacion para hacernos comprender el admirable y majestuoso poder de la familia de nuestros antiguos soberanos: lo he dicho ya, y jamás lo repetiré bastante; con el trono frances caerán todos los tronos.

En efecto, la idea monárquica desaparece en el mismo momento en que falta el monarca; no se halla en torno de uno mas que la idea democrática. Mi jóven rey se llevará entre sus brazos la monarquía del mundo: éste por cierto es un gran fin (1).

(1) Cuando yo escribia todo esto sobre lo que podria ser en el porvenir la revolucion de 1830, apenas podia defenderme de un instinto que hablaba á mi razon en sentido contrario. Yo tomaba este instinto por el movimiento de mi desagrado á las turbulencias de Julio; desconfiaba de mi mismo, y mi imparcialidad demasiado leal me hizo exajerar quizá las consecuencias de los tres dias. Pero han pasado diez años desde la caída de Carlos X, y ¿se ha afirmado por ventura la revolucion de Julio? Estamos ahora á principios de Diciembre de 1840: ¡á que grado de abatimiento ha descendido la Francia! Si yo pudiese experimentar algun placer en la humillacion de un gobierno frances, tendria cierto orgullo al volver á leer en el *Congreso de Verona* mi correspondencia con M. Canning: ciertamente que no es como la de que se acaba de dar conocimiento á la camara de diputados. ¿De donde proviene la falta? ¿Del príncipe elegido? ¿De la impericia de sus ministros, ó de la misma nacion, cuyo caracter y jenio parecen gastados? Nuestras ideas son progresivas; pero ¿están apoyadas por las costumbres? No seria extraño que un pueblo de catorce siglos, que ha terminado esta larga carrera por una esplosion de milagros, hubiese llegado al término de su existencia. Si llegais á leer hasta el

Fin de mi carrera política.

Aquí termina mi carrera política. Con ella debia cerrar mis *Memorias*, no quedándome ya otra cosa que hacer, mas que reasumir las esperiencias de mi vida. Tres catástrofes han señalado las tres partes de ella que preceden: he visto morir á Luis XVI durante mi carrera de viajero y de soldado; á la terminacion de mi carrera literaria ha desaparecido Bonaparte; la caida de Cárlos X cierra mi carrera política.

He fijado la época de una revolucion en la literatura, y aun he formulado en política los principios del gobierno representativo; y creo que mi correspondencia diplomática vale tanto como mis composiciones literarias. Es posible que ni las unas ni las otras valgan nada; pero es seguro que ambas corren parejas.

Mis escritos y mis discursos en la cámara de los pares me han hecho ejercer tal influencia en Francia, que primero hice entrar á M. de Villéle en el ministerio, y mi oposicion le obligó á retirarse despues, cuando se hizo mi enemigo. Todo esto se halla probado por lo que dejo escrito.

El gran acontecimiento de mi carrera política es la guerra de España. Ella fue para mí, en esta carrera, lo que habia sido *El Jenio del Cristianismo* en mi carrera literaria. El destino me elijió para encargarme de la poderosa aventura que, bajo la restauracion, habria podido regularizar la marcha del mundo hácia el porvenir. Me arre-

fin estas *Memorias*, vereis que, haciendo justicia á todo lo que me ha parecido bueno en las diversas épocas de nuestra historia, soy de parecer que, en último resultado, perece la vieja sociedad.

(Nota. Paris, 3 de Diciembre de 1840.)

bató á mis sueños, me trasformó en director de grandes hechos; y colocando frente de mí, en la mesa de juego á que me hizo sentar, á los primeros ministros de la época, el príncipe de Metternich y M. Canning, hizo que les ganase la partida. Todos los hombres grandes que habia entonces en los gabinetes de Europa convinieron en que habian hallado en mí un hombre de estado (1). Bonaparte lo habia previsto antes que ellos, á pesar de mis libros. Podria creer, pues, sin vanagloriarme, que he valido tanto en política como en las letras; pero yo no doy ninguna importancia á la fama de los negocios, y por eso me he permitido hablar de ello.

Si cuando se realizó la empresa peninsular no me hubiesen quitado del medio algunos hombres ciegos, el curso de nuestros destinos habria cambiado; la Francia hubiera recobrado sus fronteras; el equilibrio de Europa se hubiera restablecido; la restauracion, llena de gloria, habria podido vivir aun largo tiempo, y la historia dar alguna importancia á mi trabajo diplomático. Entre mis dos vidas, no hay mas diferencia que la del resultado. Mi carrera literaria ha llegado á un completo término; ha dado de sí todo lo que podia dar, porque no dependia de nadie mas que de mí solo. Mi carrera política ha sido cortada súbitamente en medio de sus triunfos, porque ha dependido de los demas.

Sin embargo, lo conozco; mi política no era aplicable mas que á la restauracion. Cuando se verifica una trasformacion en los principios, en las sociedades y los hombres, lo que era bueno ayer, es hoy percedero y caduco. En cuanto á la España, habiendo cesado las relaciones de las

(1) Véanse las cartas y despachos de las diversas cortes en el *Congreso de Verona*; tambien puede consultarse la *Embajada de Roma*.

familias reales por la derogacion de la ley Sállica, no se trata ya de crear al otro lado de los Pirineos fronteras impenetrables; es necesario aceptar el campo de batalla que el Austria y la Inglaterra puedan abrirnos alli algun dia; es menester tomar las cosas en el estado en que se hallan; y abandonar, á nuestro pesar, una conducta firme, pero razonable, cuyos beneficios eran ciertos, aunque distantes. Tengo la conciencia de haber servido á la lejitimidad como debia ser servida. Veia el porvenir tan claro como lo veo ahora; solo que yo queria llegar á él por un camino menos peligroso, á fin de que la lejitimidad, útil para nuestra ensenanza constitucional, no tropezase en una carrera precipitada. Ahora no son realizables mis proyectos: la Rusia va á volverse hácia otra parte; y si yo fuese hoy á la península, cuyo espíritu ha tenido tiempo de cambiar, seria con otras ideas. Sin cuidar ya de las relaciones con los reyes, me ocuparia tan solo en la alianza de los pueblos, por mas que sea sospechosa, celosa, apasionada, incierta y versatil. Me dirigiria á la Francia, y le diria: »Has dejado el camino »trillado por el sendero de los principios: pues bien, es- »plora sus maravillas y sus peligros. Que vengan á nosotros »las inovaciones, las empresas, los descubrimientos; que »vengan, aunque para ello se necesite el auxilio de las ar- »mas. ¿Donde hay algo de nuevo? ¿En Oriente? Marche- »mos á él. ¿Donde son necesarios nuestro valor y nues- »tra intelijencia? Corramos allá. Pongámonos á la ca- »beza del gran levantamiento del jénero humano; no deje- »mos que nos pase nadie, y que el nombre frances adelan- »te á los demas en esta cruzada, como sucedió en otro tiem- »po en la del sepulcro de Cristo." Si; si yo fuese admitido en los consejos de mi patria, yo trataria de serle útil en los peligrosos principios que ha adoptado: conte-

nerla hoy, sería condenarla á una muerte innoble. Yo no me contentaría con discursos: juntando las obras á la fe, prepararía soldados y millones, construiría buques, como Noé en la prevision del diluvio, y si me preguntasen por qué, respondería: »Porque tal es la voluntad de la Francia.» Mis despachos advertirían á los gabinetes de la Europa, que no se habia de tocar á nada en el globo sin nuestra intervencion, y que si se distribuyen los pedazos del mundo, nos toca á nosotros la parte del leon. Dejaríamos de pedir humildemente á nuestros vecinos permiso para existir; el corazon de la Francia latiria libremente sin que ninguna mano fuese osada á tocar este corazon para contar sus latidos; y ya que buscamos nuevos soles, me precipitaria al encuentro de su esplendor, sin esperar la salida natural de la aurora.

¡Haga el cielo que los intereses industriales, en que debemos encontrar un nuevo jénero de prosperidad, no engañen á nadie; que sean tan fecundos y tan civilizadores como los intereses morales de donde salió la antigua sociedad! El tiempo nos enseñará si no son un sueño infundado de las inteligencias ilimitadas, que no tienen la facultad de salir del mundo material.

Aunque mi papel haya acabado con la lejitimidad, mis votos son siempre por la felicidad de la Francia, cualquiera que sean los poderes á que su imprevisor capricho la haga obedecer. Por lo que á mí hace, nada pido; solo querria no sobrevivir mucho á las ruinas que se amontonan á mis pies. Pero los años son como los Alpes; apenas se han atravesado los primeros, se ve levantarse otros. ¡Ay! las postreras y mas elevadas montañas están deshabitadas, áridas y blanquecinas.

*Enfermería de Maria Teresa:
París, Octubre de 1830.*

Al salir del estrépito de las tres jornadas, me admiro yo mismo de ver la profunda calma con que abro la cuarta parte de esta obra: se me figura que he doblado el cabo de las tempestades, y penetrado en una rejion de paz y de silencio. Si hubiese muerto el 7 de Agosto de este año, las últimas palabras de mi discurso en la cámara de los pares habrían sido las últimas líneas de mi historia, y mi catástrofe habría engrandecido mi memoria. Mi drama hubiera terminado magníficamente.

Pero no quedé en el sitio, ni fui arrojado á tierra. Pedro de la Estrella escribía esta página de su diario al día siguiente del asesinato de Enrique IV:

»Y aqui termino, con la vida de mi rey (Enrique IV),
»el segundo registro de mis pasatiempos melancólicos y de
»mis vanas y curiosas investigaciones, tanto públicas como
»privadas, interrumpidas frecuentemente de un mes á esta
»parte por las vijilias de las tristes y penosas noches que he
»sufrido, principalmente la última, por la muerte de mi
»rey.

»Me habia propuesto cerrar mis efemérides con este
»registro; pero tantas ocurrencias nuevas y curiosas han su-
»cedido con esta insigne mutacion, que paso á otro, el cual
»continuará hasta donde quiera Dios, si bien sospecho que
»no será muy largo.”

La Estrella vió morir al primer Borbon: yo acabo de ver caer al último: ¿no deberia cerrar aqui el registro de mis pasatiempos melancólicos y de mis vanas y curiosas investigaciones? Tal vez; pero tantas ocurrencias nuevas y

curiosas han sucedido con esta insigne mutacion, que paso á principiar otro registro.

Lamento, como la Estrella, las adversidades de la descendencia de San Luis; sin embargo, me veo precisado á confesar, que á mi dolor va unido una especie de contento interior que, por mas que me lo echo en cara, no lo puedo apartar de mí: ese contento es el del esclavo libre de sus cadenas. Cuando abandoné la carrera de soldado y de viajero, lo sentí: al verme ahora libre de las galeras del mundo y de la córte, esperimento la mayor alegría. Fiel á mis principios y mis juramentos, no he hecho traicion ni á la libertad ni al rey: no me llevo riquezas ni honores; marchó tan pobre como vine; y feliz con terminar una carrera política que me era odiosa, vuelvo con amor al descanso.

¡Bendita seas, oh nativa y querida independendencia mia, alma de vida! Ven y tráeme mis *Memorias*, ese *alter ego* de que eres la confidente, el ídolo y la musa. Las horas de ocio son propias para las narraciones: náufrago, continuaré refiriendo mi naufragio á los pescadores de la ribera. Vuelto á mis instintos primitivos, me hago libre y viajero, y termino mi carrera del mismo modo que la principié. El círculo de mis días, que se cierra, me conduce al punto de partida; el camino que yo recorrí en otro tiempo como bisono indolente, voy á emprenderlo de nuevo como veterano experimentado, con mi licencia en el chacó, los galones del tiempo de servicio en el brazo, y la mochila llena de años sobre la espalda. ¿Quién sabe? Quizás vuelva á hallar de una á otra jornada las ilusiones de mi juventud. Llamaré muchos ensueños en mi ayuda, para defenderme de esa horda de verdades que se enjendran en los ancianos días, como se ocultan los dragones en las ruinas. De mí

dependerá únicamente el anudar los dos extremos de mi existencia, el confundir épocas lejanas entre sí, y el mezclar ilusiones de diferentes edades, puesto que al príncipe á quien encontré desterrado al salir de mi hogar paterno, le hallo tambien proscrito al volver á mi última morada.

Proceso de los ministros. — Saint-Germain l'Auxerrois. — Saqueo del palacio arzobispal.

Paris, Abril de 1831.

En el mes de Octubre del año pasado tracé rápidamente la corta introduccion de esta parte de mis *Memorias*; pero no pude continuar este trabajo, porque tenia otro entre manos; á saber: el que terminaba la edicion de mis *Obras completas*. Hasta en esta ocupacion fui interrumpido, primero por el proceso de los ministros, y despues por el saqueo de Saint-Germain l'Auxerrois.

El proceso de los ministros y la conmocion de París no me causaron gran sensacion: despues del proceso de Luis XVI y de las insurrecciones revolucionarias todo es pequeño en materia de juicios ó insurrecciones. Los ministros, al venir de Vincennes á su prision del Luxemburgo y al volver á Vincennes, mientras se pronunciaba su sentencia, se encaminaron por la calle del Infierno: desde el interior de mi retiro oí el ruido de su carruaje. ¡Cuantos sucesos han pasado delante de mi puerta! Los defensores de aquellos hombres quedaron muy atrás en su trabajo. Nadie tomó la cosa de bastante arriba, y el abogado dominó demasiado en aquellos alegatos. Si mi amigo el príncipe de Polignac me hubiera elejido por defensor suyo, ¿que miradas habria lanzado yo á aquellos perjuros que se erijan en jueces de un perjuro? »Qué, les hubiera dicho:

»¿sois vosotros los que osais constituïros en jueces de mí
»cliente? ¿Sois vosotros los que, manchados con vuestros
»juramentos, os atreveis á hacerle un crimen por haber
»perdido á su amo creyendo servirle, vosotros, que le
»provocabais y le impulsabais á dar las ordenanzas? Cam-
»biad de sitio con el que pretendéis juzgar; de acusado
»se convertirá en acusador, y os dirá: »Si hemos merecido
»ser castigados, no es ciertamente por vosotros; si somos
»culpables, no es con vosotros, sino con el pueblo; éste
»nos aguarda en el patio de vuestro palacio, y vamos á
»llevarle nuestra cabeza.»

Despues del proceso de los ministros, vino el escándalo de Saint-Germain l'Auxerrois. Los realistas, llenos de excelentes cualidades, pero necios á veces, y tercos las mas, sin calcular nunca las consecuencias de su proceder, y creyendo siempre que restablecerian la legitimidad llevando la corbata de cierto color ó una flor en el pecho, han sido causa de escenas deplorables. Era evidente que el partido revolucionario se aprovecharia de los funerales con ocasion de la muerte del duque de Berry para meter ruido: los legitimistas no eran bastante fuertes para oponerse á ello, y el gobierno no estaba suficientemente establecido para mantener el órden: asi sucedió que la iglesia fue saqueada; y que un boticario volteriano triunfó intrépidamente de un campanario del año 1300 y de una cruz ya derribada por otros bárbaros á fines del siglo ix.

Como consecuencia de las grandes hazañas de aquella farmacia ilustrada, vinieron la devastacion del palacio arzobispal, la profanacion de las cosas sagradas, y la reproduccion de las procesiones de Lyon. Faltaban el verdugo y las víctimas; pero habia multitud de payasos, máscaras y otras locuras de carnaval. La comitiva, burlesca-

mente sacrilega, caminaba por un lado del Sena, mientras que por el otro desfilaba la guardia nacional, que aparentaba acudir para restablecer la tranquilidad: el rio separaba el orden y la anarquía. Asegúrase que un hombre de talento estaba allí como curioso espectador, y que al ver flotar en el Sena las casullas y los libros, decía: — «¡Lástima que no hayan arrojado también al arzobispo!» Frase profunda, porque, en efecto, un arzobispo ahogándose debe ser un espectáculo muy divertido: ¡haría dar tan gran paso á la libertad y á las luces! Nosotros, viejos testigos de hechos viejos también, nos vemos obligados á decirnos que no hay en todo eso mas que copias pálidas y miserables. Teneis todavía el instinto revolucionario, pero no su energía: no podeis ser ya criminales sino en la imaginación: queriais hacer el mal, pero os falta valor en el corazón y fuerza en el brazo: veriais sacrificar, pero no tomariais la cuchilla en vuestra mano. Si quereis que la revolución de Julio sea grande y permanezca grande, haced que M. Cadet de Gassicourt no sea su héroe verdadero y *Mayeux* su personaje ideal.

MI folleto sobre la restauración y la monarquía electiva.

Paris á fines de Marzo de 1831.

Estaba trascordado cuando al salir de las jornadas de Julio creí entrar en una región de paz. La caída de tres soberanos me había obligado á explicarme en la cámara de los pares; y la proscripción de estos reyes no me permitía permanecer mudo. Por otra parte, los periódicos de Felipe me preguntaban por qué me negaba á servir á una revolución que consagraba principios que yo había defendido y propagado. Fuéme, pues, preciso tomar la palabra

en defensa de las verdades jenerales y para esplicar mi conducta personal. Un extracto de mi pequeño folleto, que se perderá (*De la restauracion y de la monarquía electiva*), continuará la cadena de mi narracion y la de la historia de mi tiempo:

»Despojado de lo presente, y no teniendo mas que
»un porvenir incierto mas allá de mi tumba, me importa
»que mi memoria no quede perjudicada con mi silencio.
»No debo callar acerca de una restauracion, en la que he
»tomado tanta parte, á la que ultrajan diariamente, y que
»se quiere proscribir á mis propios ojos. En la edad me-
»dia, cuando ocurría alguna calamidad, se cojia á un reli-
»jioso y se le encerraba en una torre, en donde ayunaba á
»pan y agua por la salud del pueblo. Yo me parezco bas-
»tante á ese fraile del siglo XII: por la ventanilla de mi ca-
»labozo espiatorio he predicado mi último sermon á los
»transeuntes. He aqui el compendio de ese sermon, que
»pronuncié en mi último discurso en la tribuna de la cá-
»mara de los pares. La monarquía de Julio se halla en
»una condicion absoluta de gloria ó de leyes escepcionales;
»vive por la prensa, y la prensa la mata; sin gloria, será
»devorada por la libertad; si ataca esa libertad, perecerá.
»Tendria que ver, despues de haber sido espulsados tres
»reyes con barricadas por la libertad de la prensa, levan-
»tar nuevas barricadas contra esta libertad. ¿Y que se ha-
»brá de hacer, sin embargo? ¿Bastará la accion repetida
»de los tribunales y de las leyes para contener á los escri-
»tores? Un gobierno nuevo es un niño que no puede ca-
»minar sino con andadores. ¿Pondremos de nuevo á la na-
»cion en pañales? Esa terrible criatura, que ha mamado la
»sangre en los brazos de la victoria en tantos campos, ¿no
»desgarrará sus mantillas? No habia mas que una vieja ce-

»pa, profundamente arraigada en lo pasado, que pudiese
 »ser azotada impunemente por los vientos de la libertad
 »de la prensa.
 ».

»Al oír las declamaciones de ahora, parece que los
 »desterrados de Edimburgo son los mas insignificantes com-
 »pañeros del mundo, y no hacen falta en parte alguna.
 »No falta hoy á lo presente mas que lo pasado: ¡poca co-
 »sa! ¡Como si los siglos no se sirviesen de base unos á otros,
 »y el último que llega pudiera tenerse en el aire! Por mas
 »que nuestra vanidad quiera borrar recuerdos, arrancar
 »las flores de lis, proscribir los nombres y las personas,
 »esa familia, heredera de mil años, ha dejado con su reti-
 »rada un vacío inmenso; vacío que se deja sentir por to-
 »das partes. Esos individuos, tan pequeños á nuestros ojos,
 »han conmovido á la Europa en su caída; por poco que los
 »sucesos produzcan sus efectos naturales, y traigan sus ri-
 »gorosas consecuencias, Carlos X, al abdicar, habrá he-
 »cho abdicar consigo á todos esos reyes góticos, grandes
 »vasallos de lo pasado, bajo la soberanía de los Capetos...
 ».

»Caminamos á una revolucion jeneral. Si la transforma-
 »cion que se efectúa sigue su pendiente, y no tropieza
 »con ningun obstáculo; si la razon popular continúa su
 »desarrollo progresivo; si la educacion de las clases inter-
 »medias no sufre interrupcion, las naciones se nivelarán
 »en una libertad igual: si esa trasformacion llega á ser con-
 »temida, las naciones se nivelarán en un despotismo igual.
 »Ese despotismo durará poco, á causa de la edad avan-
 »zada de las luces; pero será duro, y seguirá á él una
 »larga disolucion social.

»Preocupado yo con estas ideas, fácilmente se cono-

»cerá por qué he debido permanecer fiel, como individuo,
 »á lo que me parecia la mejor garantía de las libertades
 »públicas, y el camino menos peligroso para llegar al com-
 »plemento de esas libertades.

»No es que yo pretenda ser un predicador lloron de
 »política sentimental, un repetidor de penacho blanco y
 »de lugares comunes á lo Enrique IV. Al recorrer con
 »la vista el espacio que separa la torre del Temple del
 »castillo de Edimburgo, hallaria sin duda tantas calamida-
 »des hacinadas, como siglos hay acumulados sobre una no-
 »ble raza. Una mujer de dolor, como la mas fuerte, ha
 »tenido que sufrir la carga mas pesada; no hay corazon
 »que no se destroce á su recuerdo: sus sufrimientos han
 »llegado á tal punto, que han venido á ser una de las
 »grandezas de la revolucion. Pero, en fin, nadie está obli-
 »gado á ser rey. La Providencia envia las allicciones pri-
 »vadas á quien quiere: breves siempre, porque la vida es
 »corta; y esas allicciones no entran en el complemento de
 »los destinos jenerales de los pueblos.

»Pero por mas que se quiera sostener que la proposi-
 »cion que destierra para siempre á la familia destronada
 »del territorio frances es un corolario del destronamiento
 »de esa familia, es imposible que yo pueda convencerme.
 »En vano buscaria mi puesto en las diversas categorias de
 »personas que se han afiliado al actual órden de cosas. . .

»Hay hombres que despues de haber prestado jura-
 »mento á la república, una é indivisible, al directorio en
 »cinco personas, al consulado en tres, al imperio en una
 »sola, á la primera restauracion, al acta adicional, á las
 »constituciones del imperio y á la segunda restauracion,

»tienen todavía algo que prestar á Luis Felipe: yo no soy
»tan rico.

»Hay hombres que han arrojado su palabra en la pla-
»za de Greve, en Julio, como aquellos pastores romanos
»que jugaban á *pares* y *nones* entre las ruinas, y tratan de
»necio y tonto al que no reduce la política á intereses pri-
»vados: yo soy necio y tonto.

»Hay miedosos que bien hubieran querido no jûrar;
»pero que se veían ya degollados ellos, sus abuelos, sus
»hijos y todos los propietarios si no tartamudeaban un ju-
»ramento: este es un efecto físico que todavía no he sen-
»tido; aguardaré el achaque, y si sobreviene, ya veré lo
»que he de hacer.

»Hay grandes señores del imperio unidos á sus pen-
»siones por lazos sagrados é indisolubles, cualquiera que
»sea la mano de que las reciben; una pension es á sus
»ojos un sacramento que imprime carácter, como el sa-
»cerdocio y el bautismo: toda cabeza pensionada no pue-
»de cesar de estarlo; y habiendo quedado las pensiones
»á cargo del tesorero, permanecen ellos tambien á car-
»go del mismo tesorero: yo tengo el hábito de divorciarme
»de la fortuna; demasiado viejo para ella, la dejo por te-
»mor de que ella me deje á mí.

»Hay altos barones del trono y del altar que no han
»hecho traicion á las ordenanzas; ¡no! pero la insuficien-
»cia de los medios empleados para poner en ejecucion esas
»ordenanzas, ha irritado su bilis, é indignados de que no
»haya entronizado el despotismo, han ido á buscar otra
»antecámara: me es imposible participar de su indigna-
»cion ni de su morada.

»Hay personas de conciencia que no son perjuros mas
»que por serlo, que, cediendo á la fuerza, no por eso

» están menos por el derecho: lloran la suerte de ese pobre Carlos X, á quien arrastraron primero á su perdición con sus consejos, y condenaron despues á muerte con su juramento; pero si alguna vez aquel ó su raza resucita, serán rayos de legitimidad: yo he sido siempre amigo de la muerte, y sigo el cortejo fúnebre de la antigua monarquía, como el perro del pobre.

» Finalmente, hay caballeros leales que tienen en sus bolsillos dispensas de honor y permisos de infidelidad: yo no los tengo.

» Yo era el hombre de la restauracion *posible*, de la restauracion con toda especie de libertades. Esa restauracion me miró como á enemigo, y se ha perdido: yo debo sufrir su suerte. ¿Iré á asociar los pocos años que me quedan á una nueva fortuna, como esas colas de vestido que las mujeres arrastran de córte en córte, y que pueden pisar todo el mundo? Si me colocase á la cabeza de las jóvenes jeneraciones, seria sospechoso; detras de ellas no es mi puesto. Conozco muy bien que ninguna de mis facultades ha envejecido; comprendo mi siglo mejor que nunca; penetro en el porvenir con mas atrevimiento que nadie; pero la fatalidad ha decidido: acabar la vida á tiempo es condicion necesaria en el hombre público.”

Estudios históricos

Al fin han llegado á ver la luz pública los *Estudios históricos*: pongo á continuacion el *Prólogo*, que es una verdadera página de mis *Memorias*, y contiene mi historia del momento en que escribo:

PRÓLOGO.

»Acordaos, para no perder de vista la
 »marcha del mundo, que en aquella época
 »(la caída del imperio romano...) habia ciu-
 »dadanos que registraban como yo los ar-
 »chivos de lo pasado en medio de las ruinas
 »de lo presente, que escribian los anales
 »de las antiguas revoluciones al ruido de
 »las revoluciones nuevas; tomando ellos y
 »yo por apoyó en el edificio ruinoso la pie-
 »dra caída a nuestros pies, y esperando la
 »que habia de aplastar nuestras cabezas.»

(Estudios históricos.)

»No quisiera, por lo que me queda de vida, volver á
 »principiar los dieziocho meses que acaban de transcurrir.
 »Nadie podrá formarse idea jamás de la violencia que me
 »he hecho; me he visto obligado á abstraer mi ánimo diez,
 »doce y quince horas por día, de todo cuanto pasaba al re-
 »dedor mio, para entregarme puerilmente á componer una
 »obra, de la que nadie leerá una sola linea. Porque ¿quien
 »ha de leer cuatro gruesos tomos, cuando tanto tra-
 »bajo cuesta leer el folletin de una gaceta? Yo escribia la
 »historia antigua, y la historia moderna estaba llamando
 »á mis puertas: en vano le gritaba: »Aguarda, voy á
 »ti en seguida:» porque desaparecia al estrépito del ca-
 »ñon, llevándose tres jeneraciones de reyes.

»¡Y que en armonía está el tiempo con la naturaleza
 »misma de estos *Estudios*! Se derriban las cruces, se per-
 »sigue á los sacerdotes, y no hay página de mi narracion
 »en que no se trate de cruces y sacerdotes: se destierra á
 »los Capetos, y publico una historia en que los Capetos
 »ocupan ocho siglos. El último y mas largo trabajo de mi
 »vida, el que me ha costado mas investigaciones, cuidado

» y años; aquel en que he revuelto quizá mas ideas y mas
» hechos, aparece cuando no puede encontrar lectores: es
» como si lo arrojara en un pozo, en donde va á hundirse
» bajo el monton de escombros que caerán detras. Cuando
» una sociedad se compone ó descompone; cuando se trata
» de la existencia de cada uno y de todos; cuando no está
» uno seguro de un porvenir de una hora, ¿quien se cuida
» de lo que hace, dice y piensa su vecino? ¿Viene al caso
» hablar de Neron, de Constantino, de Juliano, de los
» apóstoles, de los mártires, de los padres de la iglesia, de
» los godos, de los hunos, de los vándalos, de los francos,
» de Clodoveo, de Carlo-Magno, de Hugo Capeto y de En-
» rique IV? ¿me ocuparé en el naufragio del mundo anti-
» guo cuando nos hallamos envueltos en el naufragio del
» mundo moderno? ¿No es una especie de chochez y de
» debilidad de espíritu ocuparse en la literatura en este mo-
» mento? Es cierto; pero esa chochez no depende de mi ce-
» rebro, sino de los antecedentes de mi mala fortuna. Si yo
» no hubiese hecho tantos sacrificios por las libertades de mi
» pais, no me hubiera visto obligado á contraer compromi-
» sos que acaban de cumplirse en circunstancias doblemente
» deplorables para mí. Ningun autor se ha visto en una
» prueba semejante: gracias á Dios he salido ya de ella: no
» tengo ya mas que sentarme sobre ruinas, y despreciar
» esta vida, de que no hacia caso cuando jóven.

» Despues de estas quejas bien naturales, y que se me
» han escapado involuntariamente, viene á consolarme un
» pensamiento: he principiado mi carrera literaria por una
» obra, en que consideraba el cristianismo bajo el aspecto
» poético y moral, y la acabo con otra, en que considero
» la misma religion bajo el aspecto filosófico é histórico; asi
» como principié mi carrera política bajo la restauracion, y

»la terminé con la restauracion. No sin cierta satisfaccion
»secreta me encuentro asi consecuente conmigo mismo.»

Paris , Mayo de 1831.

No he abandonado la resolucion que concebí en el momento de la catástrofe de Julio , y me he ocupado en los medios de vivir en tierra estraña ; cosa difícil , pues nada poseo. El que me ha comprado mis obras , casi ha quebrado para mí ; y mis deudas me impiden hallar quien quiera prestarme.

Como quiera que sea , marché á Jinebra con la suma que me ha procurado la venta de mi último folleto , *De la restauracion y la monarquía electiva* ; y dejó mis poderes para vender la casa en que escribo estas pájinas por órden de fechas. Si encuentro quien me compre mi lecho , podré hallar otro fuera de Francia. En estas incertidumbres y movimientos , hasta tanto que me halle establecido en alguna parte , me será imposible continuar mis *Memorias* en el punto en que las he interrumpido (1). Seguiré , pues , escribiendo las cosas del momento actual de mi vida , y daré á conocer esas cosas por las cartas que tendré que escribir por el camino , ó en los diferentes puntos de parada. Los hechos intermedios irán unidos por un *diario* que llene los vacíos que dejen las fechas de esas cartas.

(1) Esto se refiere á mi carrera literaria y á mi carrera política dejadas atras , huecos llenados ya por lo que he escrito en estos últimos años de 1838 y 1839. (Paris , nota de 1839.)

CARTAS Y VERSOS A MAD. RECAMIER.

—♦—

A Mad. Recamier (1).

Lion, miércoles 18 de Mayo de 1831.

»Héme aquí muy lejos de vos. En mi vida he hecho
 »un viaje mas triste: el tiempo era admirable, la natura-
 »leza hacia ostentacion de todas sus galas; oíase el canto
 »de los ruiseñores; el cielo estaba sembrado de estrellas;
 »pero todo esto ¿para quien? Será preciso que vuelva á
 »vuestro lado, si es que no quereis venir á mi socorro.»

A la misma.

Lion, viernes 20 de Mayo.

»Ayer pasé el dia vagando por las orillas del Ródano:
 »desde allí contemplaba la ciudad donde habeis nacido, y
 »la colina donde se levantaba el convento en que fuisteis
 »escojida como la mas bella. No habeis desmentido esta es-
 »peranza; ¡pero, sin embargo, no estais aquí, y los años

(1) Jacinto tiene la costumbre de copiar, casi contra mi voluntad, las cartas que escribo y las que recibo; porque dice tener observado, que muchas veces hablan de mi algunas personas que antes me habian escrito en términos los mas lisonjeros, ó para pedirme algun favor. Cuando sucede esto, hojea en unos legajos que él solo entiende, y comparando el artículo injurioso con la epistola laudatoria, me dice: »Ved, señor, cuan bien hice en guardar esto.» Yo no lo creo así, porque no doy la menor fe ni importancia á la opinion de los hombres á quienes tomo por lo que son y aprecio segun lo que valen; y por eso nunca les echaré en cara lo que han dicho públicamente de mi y lo que me han dicho en secreto. Esto sin embargo divierte á Jacinto. No me habia quedado con copia de las cartas á Madama Recamier; pero ella ha tenido la bondad de prestármelas. (Nota de París, 1836.)

»han pasado, y entre tanto habeis estado desterrada en el
 »pais de vuestra cuna, y M.^{ma} de Staël no existe, y yo
 »abandono la Francia! Se me ha aparecido un personaje
 »singular de aquellos antiguos tiempos, y por lo inespera-
 »do y sorprendente os envio la esquila que me ha dirijido.
 »Este personaje, á quien no habia visto nunca, planta pi-
 »nos en las montañas del Leonés. Mucha distancia hay de
 »alli á la calle *Feideau* y á la *Casa en venta*: ¡como cam-
 »bian los papeles en el mundo!

»Jacinto me ha enviado las despedidas y los periódicos:
 »no valgo yo tanto. Sabeis muy bien que asi lo creo sín-
 »ceramente veintitres horas del dia; la vijésimacuarta está
 »consagrada á la vanidad; pero dura poco, y pasa muy
 »aprisa. No he querido ver aqui á nadie: el único que ha
 »forzado mi puerta ha sido M. Thiers, que pasa al Me-
 »diodía.”

Esquila incluida en esta carta.

»Un vecino, compatriota vuestro, que no tiene otro
 »título para presentarse á vos mas que una profunda admi-
 »racion de vuestro noble talento y de vuestro carácter es-
 »traordinario, desearia le dispensaseis el honor de veros y
 »ofreceros el homenaje de su respeto. Este vecino de cuar-
 »to en la fonda, este compatriota se llama *Elleviou*.”

A la misma.

Lion, domingo 22 de Mayo.

»Mañana salimos para Jinebra, donde encontraré otros
 »recuerdos vuestros. ¿Volveré á ver la Francia, una vez
 »pasada la frontera? Si vos quereis, sí; esto es, si vos per-

»maneceis ahí. No deseo los acontecimientos que podrian
»ofrecerme alguna probabilidad de volver; jamás fundaré
»mis esperanzas en las desgracias de mi pais. El martes 24
»os escribiré desde Jinebra. ¿Cuando veré vuestra peque-
»ña letra, prima hermana de la mia?»

Jinebra, martes 24 de Mayo.

»Ayer llegamos aquí, y estamos buscando casa. Es
»probable que nos acomodemos en un pequeño pabellon á
»orillas del lago. No puedo espresaros cuánto me entriste-
»ce el haberme de ocupar en estos arreglos. ¡Otra vez un
»nuevo porvenir! ¡Otra vez comenzar una vida, cuando
»creia haberla acabado! Hago ánimo de escribiros una lar-
»ga carta cuando tenga un momento de descanso; pero te-
»mo que llegue este momento, porque entonces veré con
»toda claridad esos años oscuros en que voy á entrar con
»el corazon tan oprimido.»

9 de Junio de 1831.

»Ya sabeis que entre los protestantes se ha creado una
»secta *reformada*. Uno de los nuevos pastores de esa nueva
»iglesia ha venido á verme, y me ha escrito dos cartas dig-
»nas de los primeros apóstoles. Él quiere convertirme á
»su creencia; yo trato de hacer de él un *papista*. Dispu-
»tamos como en tiempo de Calvino; pero con amor cris-
»tiano y fraternal, y sin quemarnos el uno al otro. No
»desespero de su conversion, pues está aterrado con mis
»argumentos en favor de los papas: tiene un candor admi-
»rable, y no podeis imaginaros hasta qué punto llega su
»exaltacion. Si vinieseis con mi viejo amigo Ballanche, ha-
»iriamos entre todos maravillas. En uno de los periódicos

»de Jinebra se anuncia una obra de controversia protes-
 »tante, y se recomienda á los autores que vayan alerta,
 »porque está muy cerca el autor del *Jenio del Cristianismo*.

»Es muy consolador hallar una pequeña poblacion li-
 »bre, gobernada por hombres los mas distinguidos, y en
 »la que las ideas religiosas son la base de la libertad y la
 »primera ocupacion de la vida.

»Me he desayunado en casa de M. Constant, al lado
 »de M.^{ma} Necker, sorda por desgracia, pero mujer oriji-
 »nal y muy distinguida: no hemos hablado mas que de vos.
 »Habia recibido ya vuestra carta, y he comunicado á M. Sis-
 »mondi lo que teniais la amabilidad de escribir para él. Ya
 »veis que aprovecho vuestras lecciones.

»Por último, ahí van algunos versos. Vos sois mi es-
 »trella, á quien espero para ir á esa isla encantada.

»Ya os dije en mi última carta por qué no puedo es-
 »cribir ni sobre la cámara de los pares ni sobre la milicia;
 »eso seria atacar á un cuerpo innoble, del que he formado
 »parte, y predicar el honor á quien lo ha perdido.

»Se necesita un marino para leer y comprender mis
 »versos. Me recomiendo á M. Lenormand. Vuestra inteli-
 »jencia suplirá lo que falta en el final donde está la solu-
 »cion del enigma.”

EL NÁUFRAGO.

Encallado en la arena al duro impulso

Del aquilon furioso

Está el viejo navio. Ya la muerte

Al puerto le llevaba: allí implacable

Cual cruel carpintero, una por una

Pensaba deshacer todas sus tablas.

Bajo su puente, ahora abandonado,

No ves mas que un marino,
El mismo que otro tiempo,
Sobre la proa al mar desafiando,
Escollos anhelaba y tempestades,
Y con su soplo al viento fuerza daba.

Caballero unas veces
Sobre el bauprés , alegre se gozaba
Cuando el buque su frente sumerjia,
Y de espumosas olas coronado
Triscaba por los mares:
Otras subido del mástil á lo alto,
»¡Tierra!» gritaba , y á los demas marinos
La fausta nueva desde alli anunciaba.
Hoy , retirado del gastado casco
En el oscuro fondo,
La tez tostada , el pelo encanecido,
Las manos embreadas , torva vista,
Sin arena el reloj , rota la aguja,
Todo del mar al ermitaño anuncia.

Viejo navio , y tú , viejo piloto,
Os engañasteis al pensar un dia
Que habiais de morir tranquilamente
A la orilla amarrados. No , sin rumbo,
Presa del huracan , ireis vagando
Hasta encontrar vuestro primer escollo,
Que os hará detener : ya los costados
Se abren con estrépito ; es en vano
Que el áncora arrojéis ; rotas sus puntas
La tierra rozan , penetrar no pueden.

Ese buque es mi vida , yo el marino.
Pero al mar arrancado
En salvo me hallo ya.
Un astro me mostró su luz amada
Cuando su luz los otros escondian ;
Lucero vespertino que disipa
La tempestad deshecha , y tan bien lleva

De la belleza el nombre, será el guía
 Que por el mar en calma
 Mi naufragio conduzca
 A una segura y hechicera playa.

Si, encantadora estrella,
 Tu siempre nuevo rayo
 Constante seguiré, y cuando mi vela
 Deje de iluminar esa luz pura,
 Entonces sus reflejos
 Alumbrarán mi solitaria tumba.

A Mad. Recamier.

Jinebra 18 de Junio de 1831.

»Habeis recibido todas mis cartas: yo en cámbio es-
 »pero con ansia alguna letra vuestra; y por mas que estoy
 »seguro de no encontrar nada, no puedo dejar de sorpren-
 »derme cuando abro el correo y no hallo mas que periód-
 »dicos. Nadie me escribe en el mundo mas que vos; nadie
 »se acuerda de mí en el mundo mas que vos; esto es cosa
 »que me embelesa. Aguardo vuestra carta solitaria, que
 »no llegará, como en tiempo de mis grandezas, mezclada
 »con aquella multitud de despachos y de billetes de cari-
 »ño, de admiracion y de bajeza que desaparecieron con la
 »fortuna. Despues de vuestras cartas veré vuestra hermo-
 »sa persona, si es que no voy antes á buscaros. Vos sereis
 »mi testamentaria, vendereis mi pobre retiro, y con lo
 »que saqueis de él podreis hacer el viaje. Ahora hace un
 »tiempo admirable; estoy escribiendo, y diviso desde aqui
 »el monte Blanco en todo su esplendor: desde la cumbre
 »de ese monte se ve el Apenino, y me parece que no
 »tengo que andar mas que cuatro pasos para llegar á Roma,
 »adonde iremos cuando todo esté arreglado en Francia.

»No le faltaba á nuestra gloriosa patria, para haber
»pasado por todas las miserias, mas que tener un gobier-
»no de cobardes. Lo tiene en efecto; y la juventud va á
»entregarse al estudio, á la literatura y á los desórdenes,
»segun el carácter particular de cada individuo. Esto se
»entiende prescindiendo de las casualidades; bien que
»cuando uno se arrastra por el camino de la vida, como
»me sucede á mí, la casualidad mas probable es el fin
»del viaje.

»Como no trabajo ni puedo hacer nada, me lleno de
»fastidio, que es mi estado natural, y me hallo como el
»pez en el agua. Sin embargo, si no hubiese tanta agua,
»estaria seguramente mas á gusto.

DIARIO.

DESDE EL 12 DE JULIO AL 1.º DE SETIEMBRE DE 1831.

Los dependientes de M. Lapanouze. — Lord Byron. — Ferney y
Voltaire.*Paquis, cerca de Jinebra.*

Me he establecido en Paquis con mi mujer, y hecho
conocimiento con M. Rigaud, primer sindico de Jinebra:
mas allá de la casa de éste, á orillas del lago, subiendo el
camino de Lausana, se encuentra la casa de campo de los
dos dependientes de M. de Lapanouze, que se han gastado
1,500,000 francos en la obra y en la plantacion de los jar-
dines. Cuando paso á pie por delante de esta casa, admiro la
Providencia que ha colocado en Jinebra á sus dueños y á mí
testigos de la restauracion. ¡Cuan necio soy! el señor de La-
panouze la echaba conmigo de realista, y se hacia el mise-
rable: ved, sin embargo, adonde han llegado sus depen-

dientes por haber favorecido la conversion de las rentas á que yo tenia la majaderia de oponerme, y que me costó ser separado del ministerio. Mirad esos señores como llegan en una elegante carretela, con el sombrero calado hasta las orejas, mientras yo me veo precisado á dejarme caer en un foso para que la rueda no se me lleve un faldon de mi vieja levita. Yo, sin embargo, he sido par de Francia, ministro, embajador, y tengo en una caja de carton todas las grandes cruces de la cristiandad, incluidas las del Espíritu Santo y del Toison de Oro. Si los dependientes del señor Lapanouze, millonarios, quisieran comprarme mi caja de cintas para engalanar sus mujeres, me harian un grande favor.

Sin embargo, no todo son satisfacciones para los señores B....: no son todavía nobles jinebrinos; es decir, aun no están en la segunda jeneracion: su madre habita aun en los barrios bajos de la ciudad, y no ha subido al cuartel de San Pedro, que es el barrio San Jerman de Jinebra; pero, Dios mediante, detras del dinero vendrá la nobleza.

La primera vez que estuve en Jinebra fue en el año 1805; y si hubieran pasado dos mil años entre las épocas de mis dos viajes, no creo estuviesen mas distantes la una de la otra que lo están en realidad. Jinebra pertenecia entonces á la Francia, Bonaparte brillaba en toda su gloria, M.^{ma} de Staël en toda la suya, y nadie se acordaba de los Borbones, como si no hubiesen existido. Y Bonaparte, y M.^{ma} de Staël y los Borbones, ¿donde han ido á parar? yo todavía estoy aqui.

M. de Constant, primo de Benjamin Constant, y M.^{lle} Constant, vieja doncella llena de ingenio, de talento y de virtud, habitan su cabaña de *Souterre*, á orillas del

Ródano. Junto á ella se eleva otra casa de campo, que tambien perteneció á M. Constant; pero la vendió á la princesa Belgiojoso, milanese desterrada, á quien he visto pasar como una pálida flor por entre los festines que di en Roma á la gran duquesa Elena.

En los paseos que doy embarcado, me cuenta un viejo remero lo que hacia Lord Byron, cuya casa se descubre en la orilla del lago de la parte de Saboya. El noble par aguardaba para navegar á que se levantase una tempestad; entonces se echaba á nado desde su barquilla, é iba arrostrando el furor de los vientos á visitar las prisiones de Bonivar: de este modo era á un tiempo actor y poeta. Yo no soy tan orijinal: amo las tormentas; pero mis amores son secretos, y no hago ninguna confianza de ellos á los barqueros.

Detras de Ferney he descubierto un estrecho valle, por donde corre un riachuelo de siete ú ocho pulgadas de profundidad, que va bañando la raiz de algunos sauces, escondiéndose acá y acullá por entre las matas de berros, y haciendo temblar los juncos á cuya punta revolotean los abejorros con sus alas azules. ¿El hombre de las trompetas veria alguna vez este asilo del silencio tan inmediato á su ruidosa morada? Sin duda que no; y sin embargo, el riachuelo está alli, huyendo siempre, sin nombre, que yo sepa, aunque tal vez no tenga ninguno; mientras que los dias de Voltaire han pasado ya, y solo su fama mueve un poco ruido en un reducido rincon de nuestro pequeño pais, á la manera que el riachuelo solo se deja oir á una docena de pasos de sus orillas.

¡Que diversidad entre unos hombres y otros! Este lugar desierto me tiene hechizado; á la vista de los Alpes, una rama de helecho que coja, me entusiasma; el mur-

mullo del agua por entre los gujarros me llena de felicidad; un insecto imperceptible, que nadie verá mas que yo, y que se sepulta bajo el musgo, como si penetrara en una vasta soledad, ocupa mis miradas, y me hace meditar. Todo esto no son mas que miserias, desconocidas del gran talento que, cerca de aqui, disfrazado de Orosman, representaba sus tragedias, escribia á los príncipes de la tierra, y obligaba á la Europa á que viniese á admirarle en la aldea de Ferney. ¿Pero aquello no eran tambien miserias? La transicion del mundo no vale tanto como el paso de estas aguas; y en cuanto á los reyes, prefiero á ellos mis hormigas.

Una cosa me admira siempre cuando pienso en Voltaire. Con un talento superior, racional é ilustrado, no ha llegado á comprender jamás el cristianismo; nunca ha visto lo que todos ven, á saber, que el establecimiento del Evangelio, considerado tan solo bajo el aspecto humano, es la revolucion mas grande que se ha verificado en el mundo. Es verdad que en el siglo de Voltaire á nadie le habia ocurrido esta idea. Los teólogos defendian el cristianismo como un hecho consumado, como una verdad fundada sobre las leyes emanadas de la autoridad espiritual y temporal: los filósofos lo atacaban como un abuso que traia su orijen de los sacerdotes y de los reyes: nadie pasaba mas adelante. Estoy seguro de que si repentinamente se hubiese podido presentar á Voltaire el otro lado de la cuestion, su clara y pronta intelijencia no hubiera dejado de alarmarse. Dá vergüenza ver de qué modo tan pobre y limitado trataba una materia que abraza nada menos que la trasformacion de los pueblos, la introduccion de la moral, un nuevo principio de sociedad, un otro derecho de jentes, un otro órden de ideas; en una palabra,

el cambio total de la humanidad. Por desgracia el gran escritor que se pierde esparciendo una multitud de ideas funestas, arrastra en su caída á muchos talentos de menor capacidad, parecido á aquellos antiguos déspotas del Oriente sobre cuyo sepulcro se sacrificaban miles de esclavos.

¡Cuantos personajes célebres han concurrido á ese Fernel, donde ya no entra nadie, y á cuyas inmediaciones vengo yo á dar mis paseos solitarios! Todos ellos duermen reunidos para siempre en el interior de los escritos de Voltaire, donde tienen su templo: el soplo de un siglo se debilita por grados, y se pierde del todo en el eterno silencio, á medida que se empieza á oír la respiracion de otro siglo.

Continuacion del diario. — Expedicion inútil á Paris.

Paquis, cerca de Jinebra, 15 de Setiembre de 1831.

¡O dinero! por mas que te he despreciado, y por mas que me sea imposible amarte, me veo precisado á confesar que tienes tu mérito: origen de la independenciam, arreglas mil cosas en la vida, en la que todo es difícil sin ti. A escepcion de la gloria, ¿que cosa hay que tú no puedas proporcionar? Contigo es uno hermoso, jóven, adorado, goza de consideracion y de honores, y no hay en él mas que buenas prendas y virtudes. Se me dirá acaso que con el dinero no se tiene mas que la aparienciam de todo esto; pero ¿que importa, si yo creo verdad lo que es falso? Engañadme bien, y os perdono todo lo demas: ¿es acaso la vida otra cosa que una mentira? El que no tiene dinero está sujeto á la dependenciam de todas las cosas y de todo el mundo. Dos criaturas que no han nacido la una para la otra, podrán marchar cada una por su lado; pero ¿que sucederá?

**



que por falta de algunos doblones permanecerán constantemente unidas, mortificándose mutuamente, sacrificando sus gustos, sus inclinaciones y su modo natural de vivir; la miseria las estrecha la una contra la otra, y en estos lazos de pobreza, en vez de abrazarse, se muerden, pero no como Flora mordía á Pompeyo. Sin dinero no hay medio de escapar; no puede uno ir á buscar otro sol; y con un alma llena de orgullo, vive uno continuamente encadenado. ¡Dichosos vosotros los judíos, mercaderes de Crucifijos, que gobernais hoy la cristiandad; que decidís de la paz y de la guerra; que comeis carne de cochino despues de haber vendido un viejo sombrero; que sois los favoritos de los reyes y de las hermosas, por feos y sucios que vais! ¡ah! ¡si quisieseis cambiar de piel conmigo! ¡si al menos pudiese yo deslizarme en vuestros cofres de hierro, y quitaros lo que habeis robado á los hijos de familia, me tendria por el hombre mas dichoso de la tierra!

Pero yo hubiera podido tener otro medio de subsistencia; hubiera podido dirigirme á los monarcas; y como todo lo he perdido por sostener sus coronas, nada mas justo que el que ellos me sostuviesen á mí. Esta idea, sin embargo, que deberia ocurrirles, no les ocurre; y el caso es, que á mí aun me ocurre menos. Antes que sentarme á los banquetes de los reyes, preferiria volver á empezar la dieta que pasé en otro tiempo en Lóndres con mi pobre amigo Hingant. Pero aquel dichoso tiempo de los graneros ha pasado ya; y lo echo de menos, no porque me encontrase muy bien en ellos, sino porque ahora estaria mas á mi gusto; tendria mas recursos con el auxilio de mi celebridad, y no me encontraria ya solo con mi camisa, y con el delgado talle de un desconocido que está sin comer. Tampoco está allí mi primo La Bouëtardays para tocar el vio-



lin sobre mi catre con su toga encarnada de consejero del parlamento de Bretaña, y para pasar la noche sentado en una silla abrigándose en ella como si fuera una colcha: tampoco está allí Pelletier, para convidarnos á comer con el dinero del rey Cristóbal; y sobre todo no está la maga, la Juventud, que con una sonrisa cambia la indijencia en tesoros, que lleva por compañera á su hermana segunda la Esperanza, tan engañosa como ella, pero que no se separa nunca de nosotros, aun cuando ha desaparecido su hermana mayor.

Habia olvidado yo los apuros de mi primera emigracion, y me figuraba que bastaba dejar la Francia para conservar salvo el honor en el destierro. Si no se hubiese tratado mas que de mí, bastaba un hospital para pasarlo perfectísimamente; pero ¿y mi mujer? Asi es que tan pronto como me he fijado en un punto, y echado una mirada sobre el porvenir, no he podido menos de llenarme de inquietud.

Escribiánme de París que no se encontraba quien comprase mi casa de la calle del Infierno sino por un precio, que ni aun bastaba para cubrir las cargas con que estaba gravada aquella finca; pero que, sin embargo, si yo iba, podria obtenerse algun beneficio. En vista de esta indicacion hice un viaje á París; viaje inútil, porque no encontré ni buena voluntad, ni aun quien quisiese la casa; pero en cambio he vuelto á ver la Abadía-de-los-Bosques, y algunos de mis nuevos amigos. La víspera de mi partida comi en el café de París con MM. Arago, Douqueville, Carrel y Béranger, descontentos todos, quien mas, quien menos, y decididos por la *mejor de las repúblicas*.

Paquis, cerca de Jinebra, 26 de Setiembre de 1831.

Continuacion del diario.

M. A. CARREL.

Mis *Estudios históricos* me pusieron en relaciones con M. Carrel, así como me han hecho conocer á MM. Thiers y Mignet. En el prefacio de esta obra habia copiado un pasaje bastante largo de la *Guerra de Cataluña*, por M. Carrel, y especialmente el párrafo que sigue: »Los acontecimientos en sus continuas y fatales transformaciones no arrastran consigo todas las inteligencias, no sujetan todos los caracteres con igual facilidad, no toman el mismo cuidado de todos los intereses; y esto conviene no perderlo de vista para perdonar algo á las alabanzas que se prodigan al tiempo pasado. Así que termina una época, se hace pedazos el molde, bastando á la Providencia que no pueda rehacerse: sin embargo, de los trozos que quedan en tierra hay algunos dignos de ser contemplados.»

Tras estas bellas frases añadía yo el siguiente resúmen: »El hombre que ha podido escribir estas palabras, tiene alguna simpatía con los que fian en la Providencia, respetan la relijion de los tiempos pasados, y tienen tambien fija la vista en sus ruinas.»

M. Carrel vino á darme las gracias: era á la vez el jenio y el sostén del *Nacional*, en el que trabajaba con MM. Thiers y Mignet. M. Carrel es de una familia piadosa y realista de Roan; la lejitimidad, ciega siempre, y que raras veces distinguia el mérito, no hizo caso de él. Orgullosa, y conociendo su valor, buscó un refujio en las opiniones

jenerosas donde se encuentra la recompensa de los sacrificios que uno se impone, y le sucedió lo que sucede á todos los caractéres que han nacido para los grandes movimientos. Cuando circunstancias imprevistas les obligan á encerrarse en un estrecho círculo, consumen sus facultades superabundantes en esfuerzos que superan á las opiniones y á los sucesos del dia: antes de las revoluciones mueren desconocidos esos hombres superiores; su público no ha venido aun: despues de las revoluciones mueren abandonados; su público se ha retirado.

M. Carrel no es feliz: asi como no hay nada mas positivo que sus ideas, asi tampoco hay nada mas novelesco que su vida. Voluntario republicano en España en 1823, hecho prisionero en el campo de batalla, condenado á muerte por las autoridades francesas, y escapado de mil peligros, junta las penas del amor á los disgustos de su vida privada. Necesita sostener una pasion, que es á la vez la que sostiene su vida; y ese hombre de corazon, siempre dispuesto á grandes acontecimientos y á arrojarse sobre la punta de una espada, se vá tras las sombras de la noche, y se pasea por la campiña silenciosa con una mujer amada, á los primeros albores del dia, en la hora cabalmente en que la diana le llamaba al ataque de las tiendas del enemigo.

Pero dejemos á M. Armando Carrel, para decir algo sobre nuestro célebre cancionero. Quizá el lector encuentre demasiado corta mi narracion: soy no obstante digno de alguna indulgencia: su nombre y sus canciones deben estar grabadas en la memoria de todos.

M. BÉRANGER.

M. Béranger no se ve precisado á ocultar sus amores como M. Carrel. Despues de haber cantado la libertad y las virtudes populares desafiando el furor de los reyes, nos refiere sus amores en una copla, y de este modo hace inmortal á *Liseta*.

Cerca de la barrera de los Mártires, debajo de Montmartre, se ve la calle de la Torre de Auvernia. En esta calle, que está á medio hacer y medio enlosada, hay una pequeña casa retirada detras de un reducido jardin, y proporcionada á la medianía de las fortunas actuales, donde habita el ilustre cancionero. Una cabeza calva, un aspecto algo severo, pero fino y voluptuoso, anuncian al poeta. Despues de haber mirado tantas caras reales, descanso mi vista con placer sobre ese rostro plebeyo, y comparo esos tipos tan diversos: en las frentes monárquicas se ve una naturaleza elevada, pero marchita, impotente, y que apenas se distingue; sobre las frentes democráticas se descubre una naturaleza física ordinaria; pero se reconoce una intelijencia superior: la frente monárquica ha perdido la corona; la frente popular la está esperando.

Cierto dia suplicaba yo á Béranger que me enseñase algunas de sus obras desconocidas; y (perdóneme si me hace tan familiar como su reputacion) »¿Sabeis, me dijo, »que he comenzado por ser vuestro discípulo? yo estaba »loco por el *Jenio del Cristianismo*, y he compuesto idilios »cristianos, en los que pinto algunas escenas de curas de »pueblo, y algunos cuadros del culto de las aldeas y en »medio de los campos.»

M. Agustin Thierry me ha dicho que la batalla de los

francos que se refiere en los *Mártires*, le habia dado la idea de un nuevo modo de escribir la historia. Nada me ha halagado tanto como encontrar mi memoria en los primeros ensayos del talento del historiador Thierry y del poeta Béranger.

Nuestro cancionero reúne las diversas cualidades que Voltaire exige para la cancion: »Para salir bien en estas »pequeñas obras, dice el autor de tantas graciosas poesias, »se necesita tener un talento delicado y sentimental, ar- »monía en la cabeza, no elevarse ni bajarse demasiado, y »saber no ser muy largo.»

Béranger tiene muchas musas, todas encantadoras; y cuando estas musas son mujeres, las ama á todas. Asi que le hacen traicion, abandona la elejia; y sin embargo en el fondo de su alegría se encuentra un sentimiento de piadosa tristeza: es un personaje grave que se sonrie; es la filosofía que ora.

Mi amistad á Béranger me ha valido muchas admiraciones de parte de lo que se llamaba mi partido. Un anciano caballero del órden de San Luis, á quien no conozco, me escribia desde el interior de su castillejo: »Podeis »estar muy satisfecho con los elogios del que ha abofeteado á vuestro Dios.» ¡Muy bien, mi bravo jentil-hombre! tambien sois vos poeta.

A los postres de un convite que di en el café de París á MM. Béranger y Armando Carrel antes de partir para la Suiza, nos cantó el primero la admirable cancion impresa:

Chateaubriand, ¿por que tu patria dejas?

¿Huyes su amor y nuestro tierno afecto?

Alli se encuentra la siguiente estrofa sobre los Borbones.

¿Unido á su desgracia marchar quieres?

Su loca vanidad mejor conoce:

Entre los males de que al cielo acusa

Su corazon ingrato,

Tu noble proceder tambien figura.

A esta cancion, tomada de la historia de la época, respondí desde la Suiza con una carta que va impresa al frente de mi folleto sobre la proposicion Briquerville. En ella le decia: »Muy señor mio: desde el lugar en que os escribo estoy divisando la casa de campo que habitó lord Byron, y los techos del palacio de M.^{ma} Staël. ¿Donde está el bardo de Childe-Harold? ¿Donde está la autora de la *Corina*? Mi vida harto larga se semeja á esas vías romanas, cuyas orillas están cubiertas de monumentos fúnebres.»

Vuelto á Jinebra, me llevé otra vez á mi mujer á París, y con ella el manuscrito contra la proposicion Briquerville sobre el destierro de los Borbones; proposicion tomada en consideracion en la sesion de la cámara de los diputados del 17 de Setiembre del corriente año 1831: hay unos á cuya vida acompaña la felicidad; otros que la llevan siempre unida con la desgracia.

PROPOSICION DE BAUDE Y BRIQUEVILLE SOBRE EL DESTIERRO DE LA RAMA PRIMOJÉNITA DE LOS BORBONES.

París, calle del Infierno, á fines de Noviembre de 1831.

El dia 11 de Octubre llegué á París, y á fines del mismo mes publiqué mi folleto con el título: *De la nue-*

va proposicion relativa al destierro de Carlos X y de su familia; ó sea, continuacion de mi último escrito sobre la Restauracion y la Monarquía electiva.

Cuando saldrán á luz estas *Memorias*, ¿tendrán alguna importancia la polémica de hoy dia, los sucesos por los que se acalora uno en la actualidad, los adversarios á quienes yo combato, y hasta el hecho mismo del destierro de Carlos X y su familia? Este es el inconveniente que tiene todo diario: encuéntranse en él discusiones animadas sobre materias que se han hecho ya indiferentes; y el lector ve pasar como sombras una multitud de personajes, de que ni aun el nombre conserva, y que se presentan como una porcion de comparsas que llenan el fondo del escenario. Sin embargo, en esos trozos áridos de las crónicas es donde se recojen las observaciones y los hechos de la historia del hombre y de la humanidad.

Por principio de mi folleto coloqué el decreto que habian propuesto sucesivamente MM. Baude y Briquerville; y examinados los cinco partidos que podian haberse tomado despues de la revolucion de Julio, continuaba de este modo:

»El período en que nos encontramos se me figura el
»peor de todos los que hemos recorrido; porque la anar-
»quía se ha apoderado de la razon, de la moral y de la
»inteligencia. La existencia de las naciones es mas larga
»que la de los individuos: un hombre paralítico está á las
»veces tendido sobre su cama por espacio de muchos años
»antes de morir; una nacion enferma permanece largo
»tiempo sobre su lecho antes de espirar. Lo que necesita-
»ba el nuevo reinado era vehemencia, juventud, intrepí-
»dez, olvido de lo pasado, y marchar adelante con la Fran-
»cia en busca del porvenir. Pero en lugar de cuidarse de
»nadá de esto, se ha presentado flaco y desfigurado por

»los medicamentos que le recetaban sus empíricos; ha apa-
 »recido miserable, con las manos vacías, sin nada que dar,
 »y dispuesto á recibirlo todo, pidiendo gracia á todo el
 »mundo, y altivo sin embargo, declamando sobre la lejití-
 »midad y remedándola, gritando contra el republicanismo,
 »y temblando delante de él. Este sistema sin decision no
 »ve enemigos mas que en las dos oposiciones á que hace la
 »guerra; y para sostenerse se ha formado un batallon de
 »veteranos reenganchados; los cuales, si llevasen tan-
 »tos galones como juramentos han hecho, tendrian la
 »manga mas llena de colores que la librea de los Mont-
 »morency.

»Dudo que la libertad se conserve mucho tiempo den-
 »tro de este círculo de una monarquía doméstica. Los
 »francos la habian colocado en un campo; por esto ha con-
 »servado entre sus descendientes el gusto y el amor de su
 »primera cuna: á manera de los antiguos reyes quiere ser
 »levantada sobre el escudo: sus diputados son soldados.”

De aqui paso á los pormenores del sistema seguido en
 nuestras relaciones esteriore. La falta inmensa del congre-
 so de Viena consiste en haber puesto un pais militar como la
 Francia en un estado forzoso de hostilidad con los pueblos
 litorales. Hago ver todo lo que han adquirido los estran-
 jeros en territorio y en poder, y todo lo que nosotros po-
 diamos recobrar en la revolucion de Julio. ¡Grande lec-
 cion! ¡prueba sensible de la vanidad de la gloria militar
 y de las obras de los conquistadores. ¡Si se formase una
 lista de los príncipes que han aumentado los dominios de
 la Francia, no figuraria en ella Napoleon; Cárlos X ocu-
 paria sin embargo un lugar muy notable!

Pasando de racionio en racionio, llego á Luis Feli-
 pe, y digo: »Luis Felipe es rey; lleva el cetro del niño

»de quien era próximo heredero, de aquel pupilo que
»Carlos X habia puesto en manos del lugar-teniente jene-
»ral del reino, como de un tutor experimentado, de un de-
»positario fiel, de un protector jeneroso. Y ¿que es lo
»que ha encontrado el príncipe en el palacio de las Tulle-
»rias en lugar de una cama inocente, sin vijilias, sin re-
»mordimientos y sin apariciones! Un trono vacío ofrecido
»por un espectro decapitado, que lleva en la mano ensan-
»grentada la cabeza de otro espectro..... ¿Se necesita
»por último poner una ley por mango al cuchillo de Lou-
»vel, para llevar el último golpe á la familia proscrita? Si
»la tempestad la arrojase á estas playas, aunque Enrique
»demasiado jóven no tuviese la edad que se requiere para
»subir al cadalso, ¿que importa? vosotros que sois los se-
»ñores, bien le podeis conceder dispensa de edad para
»morir.”

Despues de haber hablado al gobierno de la Francia, me vuelvo á Holyrood, y añado: »Al terminar este escri-
»to, ¿me atreveré á tomar la respetuosa libertad de diri-
»jir algunas palabras á los desterrados? Han-vuelto á en-
»trar en el dolor, como en el seno de su madre; la des-
»gracia, seduccion de que no puedo defenderme, me pare-
»ce que tiene siempre razon; y temo ofender su santa auto-
»ridad y la majestad de que cubre á las grandezas insultadas,
»las cuales no tienen otro que las lisonjee mas que yo. Pe-
»ro yo me haré superior á mi debilidad, y me esforzaré
»para dejar oír un lenguaje, que en un dia de infortunio
»podria proporcionar alguna esperanza á mi patria.

»La educacion de un príncipe debe estar en consonan-
»cia con la forma de gobierno y las costumbres de su
»pais. Ahora bien: en Francia no hay ya caballeria ni ca-
»balleros, ni soldados del orillama, ni jentil-hombres cu-

»biertos de hierro, prontos á marchar tras una bandera
»blanca; sino que hay un pueblo, que no es el pueblo de
»otro tiempo; un pueblo que, mudado por los siglos, no
»tiene ya los hábitos y las costumbres antiguas de nues-
»tros antepasados. Llórense en hora buena ó ensálcense las
»transformaciones sociales; es preciso tomar la nacion tal
»como se halla, los hechos tales como están, y entrar en
»el espíritu de su época para poder dominar á ese mismo
»espíritu.

»Todo está en mano de Dios, excepto lo pasado, que
»una vez desprendido de esa mano poderosa, no vuelve á
»entrar en ella.

»Llegará sin duda el día en que saldrá el huérfano
»de ese palacio de los Estuardos, asilo de mal agüero,
»que parece estender sobre su juventud la sombra de la
»fatalidad: el último descendiente del Bearnés debe mez-
»clarse con los niños de su edad, ir á las escuelas públicas,
»y aprender todo lo que se enseña hoy día. Es preciso que
»llegue á ser el jóven mas ilustrado de su tiempo; que es-
»té al nivel de las ciencias de la época; que á las virtudes
»de un cristiano del siglo de San Luis junte las luces de un
»cristiano de nuestro siglo; que viaje para estudiar las cos-
»tumbres y las leyes de los paises extranjeros; que atravie-
»se los mares, y compare las instituciones y los gobiernos,
»los pueblos libres y los pueblos esclavos; que si halla oca-
»sion, en fin, en tierra estraña, se esponga como simple
»soldado á los peligros de la guerra, porque no puede ser
»apto para reinar sobre los franceses el que no haya oido
»silbar las balas. De este modo se habrá hecho por él to-
»do lo que puede hacerse humanamente hablando. Guar-
»daos sobre todo de inspirarle las ideas del derecho inven-
»cible; en vez de adularle remontándolo al rango de sus

»padres, preparadle para que no suba á él jamás; educad-
»le para ser hombre, no para ser rey: de este modo ten-
»drá mayor probabilidad de serlo.

»Basta con esto: cualesquiera que sean los decretos de
»Dios, siempre quedará al candidato de mi tierna y pia-
»dosa fidelidad una majestad de siglos que los hombres no
»le podrán arrebatár. Mil años rodeando su jóven cabeza
»le adornarán siempre con una pompa superior á la de to-
»dos los monarcas; y si en la condicion privada lleva, co-
»mo se debe, esa diadema de dias, de recuerdos y de glo-
»ria; si su mano levanta con esfuerzo ese cetro del tiempo
»que le han legado sus abuelos, ¿que necesidad tiene de
»otro imperio?"

El conde de Briquerville, cuya proposicion combate en estos términos, imprimió algunas reflexiones sobre mi folleto, y me las envió con la siguiente carta:

»Muy señor mio: He cedido á la necesidad y al deber
»de publicar las reflexiones que han hecho nacer en mi
»alma vuestras elocuentes pájinas sobre mi proposicion. No
»menos sincero es el sentimiento que me hace deplorar la
»casualidad de encontrarme en oposicion con vos, que so-
»bre el poder de vuestro talento reunís tantos titulos á la
»consideracion pública. La patria está en peligro; y en
»este caso no puedo creer que haya una disension séria
»entre nosotros: la Francia nos invita á reunirnos para
»salvarla; ayudadla con vuestro ingenio; nosotros trabaja-
»remos y la auxiliaremos con nuestros brazos. ¿No es ver-
»dad, caballero, que en semejante terreno no estaremos
»sin entendernos mucho tiempo? Vos seréis el Tirteo de
»un pueblo de quien nosotros somos los soldados; y en-
»tonces tendré la dicha de proclamarme el mas ardiente
»de vuestros allegados políticos, asi como en el dia es ya

»el mas sincero de vuestros admiradores, afectisimo y seguro servidor,

»EL CONDE ARMANDO DE BRIQUEVILLE.

»París 15 de Noviembre de 1831.”

No permanecí yo en inaccion, y rompiendo con el campeon una segunda lanza, le dirijí la siguiente carta:

Paris 15 de Noviembre de 1831.

»Muy señor mio: Vuestra carta es digna de un gentil-
»hombre: perdonadme esta palabra anticuada, dirijida á
»vuestro nombre, á vuestro valor y á vuestro amor á la
»Francia. Detesto como vos el yugo extranjero; y si se trata-
»se de defender mi pais, no pediria llevar la lira del poeta,
»sino la espada del veterano en las filas de vuestros soldados.

»No he leído aun vuestras reflexiones; pero si el esta-
»do de la política os permitiera retirar la proposicion que
»me ha aflijido tan extraordinariamente, seria una dicha
»para mí el encontrarme á vuestro lado, sin obstáculo
»de ninguna especie, en el terreno de la libertad, del ho-
»nor y de la gloria de nuestra patria.

»Tengo la satisfaccion de ser vuestro afectisimo y se-
»guro servidor

»CHATEAUBRIAND.”

CARTA AL AUTOR DE LA NÉMESIS.

*Paris, calle del Infierno; Enfermeria de Maria Teresa;
Diciembre de 1831.*

Un poeta, mezclando las proscipciones de las musas con las de las leyes, atacó á la viuda y al huérfano en una

improvisacion enérgica. Como estos versos eran de un escritor de talento, adquirieron una especie de autoridad, que no me permitió dejarlos sin contestacion: vime, pues, obligado á hacer frente á un otro enemigo (1).

Será difícil comprender mi contestacion sino se lee el libelo del poeta; os invito, pues, á que leais esos versos; son muy hermosos, y se encuentran en todas partes. Mi contestacion no ha visto la luz pública: la primera vez que la ve es en estas *Memorias*. ¡Miserables debates en que terminan las revoluciones! ¡Ved aqui las luchas en que nos ocupamos nosotros, débiles sucesores de aquellos hombres que con las armas en la mano trataban las grandes cuestiones de gloria y libertad, poniendo en conmocion al universo! Los pigmeos dejan oír hoy su débil grito entre los restos de los jigantes sepultados bajo los montes que han hecho caer sobre ellos.

Paris, miércoles por la tarde, 9 de Noviembre de 1831.

»Muy señor mio: Esta mañana he recibido el último
 »número de la *Némésis* que me habeis hecho el honor de
 »enviarme, y para defenderme de la seduccion de los elo-
 »jios que me dispensais con tanta publicidad y con tanta
 »gracia, necesito recordar los obstáculos que se levantan
 »entre vos y yo. Ambos vivimos en dos mundos separados;
 »nuestras esperanzas y nuestros temores son dintintos; vos
 »aborreceis lo que yo adoro, yo detesto lo que vos adorais.
 »Os habeis engrandecido en medio de la multitud de abor-
 »tos de Julio; y asi como toda la influencia que atribuis á

(1) M. Barthelemy ha pasado despues al justo-medio, no sin muchas imprecaciones de otros que han hecho lo mismo algo mas tarde. (Nota de Paris, 1837.)

» mi prosa no bastará, según vuestro parecer, para hacer
 » resucitar una familia proscrita; de la misma manera, se-
 » gún mi dictámen, todo el poder de vuestra poesía no será
 » capaz de humillar á esa noble raza. ¿Será que de este
 » modo nos habremos propuesto ambos dos cosas igualmen-
 » te imposibles?

» Vos sois jóven como el porvenir en que soñais y que
 » llegareis á alcanzar; yo soy viejo como el tiempo, objeto
 » de mis meditaciones, y que huye delante de mí. Decís
 » con mucha cortesía que si vinierais á sentaros en mi ho-
 » gar, delinearíais con vuestro buril los rasgos de mi rostro;
 » yo por mi parte me esforzaria en volveros cristiano y rea-
 » lista. Ya que vuestra lira cantaba mis *Mártires* y mi *pere-*
 » *grinacion* en los primeros ensayos de su armonía, ¿por que
 » no habeis de acabar esta carrera? Entrad en el *sancta*
 » *sanctorum*; el tiempo no me ha arrancado mas que los
 » cabellos, asi como deshoja un árbol en invierno; pero ha
 » dejado la sávia en el corazon, y tengo aun la mano bas-
 » tante firme para llevar la antorcha que guiaria vuestros
 » pasos bajo las bóvedas del santuario.

» Asegurais que seria necesario un pueblo de poetas para
 » comprender mis contradicciones de *reinos que han desapa-*
 » *recido* y *jóvenes repúblicas*: ¿no hubierais vos celebrado
 » tambien la *libertad*, y encontrado algunas palabras retum-
 » bantes contra los tiranos que la oprimian? Citais á los Du
 » Barry, los Montespan, los Fontanges y los La Valliere;
 » traéis á la memoria algunas flaquezas reales; ¿pero estas
 » flaquezas han costado por ventura á la Francia lo que los
 » desórdenes de Danton y de Camilo Desmoulins? Las cos-
 » tumbres de esos Catilinas plebeyos se daban á conocer
 » hasta en su lenguaje, cuyas metáforas tomaban de la in-
 » decente jerga de los perdidos y de las prostitutas. Las

»debilidades de Luis XIV y de Luis XV, ¿han enviado por ventura al patíbulo á los padres y á los maridos después de haber deshonrado á sus hijas y á sus mujeres? ¿Los baños de sangre han personificado mas la liviandad de un revolucionario, que los baños de leche la impureza de una Popea? Si los chalanes de Robespierre hubieran vendido la sangre al pueblo de París, como los esclavos de Neron vendian á los habitantes de Roma la leche de los baños de su querida, ¿pensais acaso que se hubiera encontrado alguna virtud en el líquido que habia lavado á los obscenos verdugos del terror?

»La rapidez y elevado vuelo de vuestra musa os han engañado, señor mio; el sol que se rie de todas las miserias habrá herido con sus rayos el vestido de una viuda, y os ha parecido *dorado*: yo he visto ese vestido; era de luto, no tenia la menor idea de las fiestas, y solo el ruido de las lágrimas ha mecido en su cuna al niño encerrado en aquellas entrañas. Si hubiese *bailado nueve meses en el seno de su madre*, como vos decís, no hubiera conocido la alegría mas que antes de nacer; esto es, entre la concepcion y el parto, entre el asesinato y la proscripcion. *La palidez de funesto agüero* que notais en el rostro de Enrique, es el resultado del derramamiento de la sangre de su padre, no el cansancio de un baile de doscientas setenta noches. La hija de Enrique IV ha sufrido los efectos de la antigua maldicion: *in dolore paries filios*. No hay, que yo sepa, mas que la Diosa de la Razon, cuyos partos, precipitados por los adulterios, hayan tenido lugar entre las danzas de la muerte. De su vientre mundano se desprendian reptiles inmundos, que en el instante mismo bailaban con las calceteras al rededor del cadalso, al compas de la cuchilla que bajaba y vol-

»via á subir como el estribillo de aquella danza diabólica.
 »¡ Ah! caballero, yo os conjuro en nombre de vuestro
 »raro talento á que dejéis de recompensar el crimen y de
 »castigar la desgracia con las sentencias improvisadas de
 »vuestra musa: no enviéis con ellas el primero al cielo y
 »la segunda al infierno. Si sin separaros de la causa de la
 »libertad y de la ilustracion dieseis asilo á la relijion, á la
 »humanidad y á la inocencia, veriais como nacia de vues-
 »tras vijilias una otra especie de Némésis, digna de todos
 »los homenajes de la tierra. Mientras espero, pues, que
 »derrameis mejor que yo sobre la virtud *todo el océano de*
 »*vuestras frescas ideas*, continuad arrojando nuestras tor-
 »pezas al muladar, para vengaros de lo que han hecho
 »con vos; derribad los falsos monumentos de una revolu-
 »cion que no ha edificado un templo cual requería su cul-
 »to; surcad sus ruinas con el arado de vuestra sátira; sem-
 »brad sal en ese campo para hacerlo estéril, á fin de que
 »no pueda arraigarse en él de nuevo ninguna bajeza. Os
 »recomiendo sobre todo, caballero, á ese gobierno pros-
 »crito, que hace nacer el orgullo de la sumision, la vic-
 »toria de las derrotas, y la gloria de las humillaciones de
 »la patria.”

Paris, calle del Infierno, á fines de Marzo.

Conspiracion de la calle de los Clérigos.

Con estos viajes y contiendas acabó para mí el año 1831: á principios del corriente (1832) hubo otra trapisonda.

La revolucion de París habia dejado en la calle una gran porcion de suizos, guardias de corps y hombres de todas clases que sacaban antes su sustento de la córte, y

morian ahora de hambre; y á estos trataron de comprometer para un golpe de mano algunas cabezas monárquicas, jóvenes y locas debajo de las canas.

No faltaban en aquel formidable complot personas graves, pálidas, flacas, trasparentes, encorbadas, de noble semblante, ojos vivos y cabellos blancos. Aquel pasado se parecia al honor resucitado que venia á ensayar con sus manos de muerte el restablecimiento de una familia que no habia podido sostener con sus manos llenas de vida. Sucede muchas veces que algunos que llevan muletas pretenden apuntalar las monarquías que se están cayendo; pero en la época actual de la sociedad es imposible la restauracion de un monumento de la edad media. El genio que animaba á esta arquitectura ha muerto ya, y al querer reproducir las obras de los godos, no se hace mas que adquirir una cosa vieja.

Los héroes de Julio, por otra parte, á quienes el justomedio habia soplado la república, no buscaban mas que como ponerse de acuerdo con los realistas para vengarse de un enemigo comun, sin perjuicio de degollarse unos á otros despues del triunfo. El panejrico hecho por M. Thiers del sistema de 1793 al preconizarle como la obra de la libertad, de la victoria y del genio, acaloró algunas imaginações jóvenes con el fuego de un incendio, del que no veian mas que el reflejo, y las hizo consagrarse á la poesía del terror: horrible y desatentada parodia, que no sirve mas que para retrasar la hora de la libertad. Esto es desconocer á la vez la época, la historia y la humanidad; es obligar al mundo á retrogradar hasta someterse al látigo del cómitre por librarse de esos fanáticos del patíbulo.

Se necesitaba dinero para mantener á todos aquellos descontentos, héroes de Julio postergados, ó criados sin

amo; y al efecto se hizo un reparto proporcionado. En todas las esquinas de París se celebraban conciliábulos carlistas y republicanos; y la policía, enterada de todo, enviaba sus espías desde un club á un granero, y vice-versa, á que predicasen la igualdad y la legitimidad. Me noticiaban todos estos manejos que yo reprobaba; y los dos partidos querian declararme su caudillo en el momento seguro del triunfo. Un club republicano hizo que me preguntasen si yo aceptaria la presidencia de la república; contestéles que »sí, pero despues de La Fayette;" respuesta que se miró como muy modesta y oportuna. El jeneral La Fayette venia algunas veces á casa de M.^{ma} Recamier; yo me burlaba un poco de *su mejor de las repúblicas*, y le preguntaba si no hubiera ganado mas proclamando á Enrique V, y siendo el verdadero presidente de la Francia durante la menor edad del augusto niño. Convenia en ello, y tomaba bien estas chanzas, porque era muy tratable; y cuantas veces nos encontrábamos, me decia: »¡Vaya! ¡á que vol-
»veis á empezar con vuestras bromas!" Yo le hacia confesar que no habia hombre alguno á quien su buen amigo Felipe tuviese mas atrapado.

En medio de esta agitacion y de estas conspiraciones estrayagantes se presenta en mi casa un hombre disfrazado, con una peluca de grama en el pescuezo y anteojos verdes sobre la nariz para ocultar los ojos que no tenian necesidad de ellos. Llevaba los bolsillos llenos de letras de cambio que iba enseñando; y noticioso de que yo queria vender mi casa y arreglar mis negocios, me ofreció sus servicios. No podia contener la risa al ver aquel caballero (hombre por otra parte de talento y de recursos), que se creia en el deber de comprarme para la legitimidad; pero como repitiese y esforzase sus ofrecimientos, me precisó á ponerle

un jesto de desprecio que le hizo tocar retirada, y escribir á mi secretario la siguiente esquela:

»Muy señor mio: Ayer por la tarde tuve el honor de
»ver al señor vizconde de Chateaubriand, que me recibió
»con su bondad habitual; sin embargo me ha parecido que
»no tenia aquella amabilidad tan comun en él. Os ruego
»me digais qué es lo que ha podido hacerme perder su
»confianza, que yo tenia en tanto precio. Si esto es efec-
»to de algun chisme, no temo poner mi conducta en tela
»de juicio, y estoy pronto á responder á todo lo que pue-
»da habérsele dicho: él conoce demasiado la ruindad de
»los intrigantes para querer condenarme sin oirme. No
»faltan algunos cobardes capaces de todo; pero tengamos
»paciencia, que ya llegará el dia en que se verá quiénes
»son los verdaderos partidarios. Me ha dicho que era inútil
»que yo me mezclase en sus negocios: lo siento en el alma,
»porque estoy seguro de que se hubiesen arreglado á su
»gusto. Quizá no me equivoque en la persona que le ha
»hecho cambiar de propósito en esta materia; pero si yo
»hubiera sido menos discreto, no hubiera ella tenido la
»posibilidad de indisponerme con vuestro escelente *señor*.
»Mas no por esto puede contar menos conmigo; y des-
»de luego podeis asegurárselo asi, ofreciéndole de nuevo
»mis homenajes respetuosos, mientras me atrevo á esperar
»que llegará un dia en que podrá conocerme y juzgarme.
»Os suplico que acepteis, &c.”

Jacinto dió á esta esquela la siguiente contestacion dictada por mí:

»Mi señor no tiene absolutamente el menor resentimiento con el sugeto que me ha escrito; sino que quiere vivir independiente, y se niega á admitir servicios de nadie.”

Muy pronto despues de todo esto tuvo lugar la catástrofe.

¿Conoceis la calle de los Clérigos, calle estrecha, sucia, poblada, en las inmediaciones de San Eustaquio y de los mercados? pues en ella se dió la famosa cena de la tercera restauracion. Los convidados iban armados con pistolas, puñales y llaves; y despues de cenar debian introducirse en la galería del Louvre, y pasando á media noche por entre dos filas de cuadros, ir á asesinar en medio de un festin al monstruo usurpador. El pensamiento era romántico; el siglo XVII habia resucitado, y á no ser por los hombres, hubiera podido creerse uno trasladado al tiempo de los Borjias, Médicis de Florencia y Médicis de París.

Iba yo á acostarme á las nueve de la noche del dia 1.º de Febrero, cuando uno de los celosos partidarios, acompañado del hombre de las letras de cambio, llamó á mi puerta á decirme que todo estaba á punto, y á preguntarme si podrian declararme primer jefe del gobierno provisional en nombre de Enrique V, y si yo consentia en tomar las riendas de este gobierno con un consejo de rejenicia. No ocultaban que el golpe era muy arriesgado; pero esto no serviria mas que para que me resultase mayor gloria; ademas de que, como yo convenia á todos los partidos, era el único que podia representar semejante papel. Esto era estrecharme muy de cerca: ¡dos horas de tiempo para decidirme á aceptar la corona! ¡dos horas para afilar el gran sable moruno que habia comprado en el Cairo en el año 1806! Sin embargo, sin vacilar siquiera les contesté: »Señores, ya sabeis que nunca he aprobado esa empresa que me parece una locura. Si yo quisiera participar de sus resultados, hubiera compartido vuestros peligros, sin es-

»perar la victoria para aceptar el precio de aquellos. Sa-
»beis que amo la libertad de todas veras; y á juzgar por
»los que manejan todo este negocio, no me cabe la menor
»duda de que ellos no quieren libertad; y que, dueños
»del campo de batalla, comenzarian por establecer el rei-
»nado de la arbitrariedad. No tendrian á nadie, y sobre
»todo no podrian contar conmigo para secundarles en se-
»mejantes proyectos: su triunfo traería una anarquía com-
»pleta; y los extranjeros, aprovechando nuestras discordias,
»vendrian á desmembrar la Francia. No puedo, pues, en-
»trar en todo esto. Admiro vuestra decision; pero la mia
»es de otra especie. Voy á acostarme, y os aconsejo que
»hagais otro tanto; pues temo mucho saber mañana la des-
»gracia de vuestros amigos.”

Verificóse la cena: el dueño de la fonda que la habia preparado con autorizacion de la policia, sabia ya lo que habia de hacerse. Los espías que estaban en la mesa brindaban á voz en grito á la salud de Enrique V; cuando llegaron los guardias municipales, cojieron á los convidados, y echaron por tierra otra vez la copa de la monarquía legitima. El Reinaldos de los aventureros realistas era un zapatero remendon de la calle del Sena, condecorado con la cruz de Julio, que se habia batido con mucho valor en las tres jornadas, y que hirió gravemente, en defensa de Enrique V, á un agente de la policia de Luis Felipe, del mismo modo que habia muerto muchos soldados de la guardia para derribar al propio Enrique V y los dos ancianos reyes.

Mientras sucedia todo esto, habia recibido yo un billete de la duquesa de Berry, en el que me nombraba *miembro de un gobierno secreto*, que ella establecia como rejente de Francia. Aproveché esta ocasion para escribir á la princesa la carta siguiente:

CARTA A LA SEÑORA DUQUESA DE BERRY (1).

»Señora: He recibido con el mas profundo reconoci-
»miento la prueba de confianza y estimacion con que os
»habeis dignado honrarme; y esto mismo impone á mi fi-
»delidad el deber de redoblar su celo, haciendo oír siem-
»pre á V. A. el lenguaje de la verdad.

»Hablaré ante todo de las pretendidas conspiraciones,
»cuya noticia habrá llegado tal vez á V. A. R., y que se
»asegura han sido fabricadas ó provocadas por la policia.
»Prescindiendo del hecho, y sin insistir en lo que tienen
»en sí mismas de reprehensibles las conspiraciones (verdade-
»ras ó falsas), me limitaré á hacer observar, que nuestro
»carácter nacional es á la vez demasiado franco para salir
»bien en semejantes empresas. Por esto sin duda, de cua-
»renta años á esta parte, han fracasado todas las que se
»han intentado. Nada mas comun que oír jactarse pública-
»mente á un frances de pertenecer á este ó al otro com-
»plot; cuenta todos los pormenores, sin olvidar siquiera
»el dia, el sitio y la hora, á cualquier espía que toma por
»cofrade, y dice en alta voz, ó mas bien grita á los tran-
»seuntes: »Tenemos cuarenta mil hombres bien contados
»y sesenta mil cartuchos en tal calle, número tantos, ca-
»sa que hace esquina." Y ese Catilina se va en seguida á
»bailar y á divertirse.

»Las sociedades secretas tienen una larga duracion,
»porque son hijas de las revoluciones, no de las conspira-
»ciones: su objeto es cambiar las doctrinas, las ideas y las

(1) Algunos trozos de esta larga carta se encuentran en mis *Es-
plicaciones sobre mis 12,000 francos*, y tambien en mi *Memoria so-
bre la prision de la señora duquesa de Berry*.

» costumbres antes de cambiar los hombres y las cosas; sus
» progresos son lentos, pero los resultados seguros. La pu-
» blicidad del pensamiento destruirá la influencia de las so-
» ciedades secretas; y la opinion pública consumará en
» Francia de hoy en adelante, lo que las congregaciones
» ocultas en los pueblos que aun no se han emancipado.

» Los departamentos del Oeste y del Mediodía que se
» tiene trazas de querer provocar por medio de la arbitra-
» riedad y de la violencia, conservan ese espíritu de fide-
» lidad, distintivo de las antiguas costumbres; pero esa mi-
» tad de la Francia no conspirará jamás en el sentido estricto
» de esta palabra: aquello es una especie de campamen-
» to en donde se descansa sobre las armas. Admirable, co-
» mo reserva de la legitimidad, seria insuficiente como van-
» guardia, y no tomara jamás la ofensiva con buen éxito.
» La civilizacion ha hecho muchos progresos para que esta-
» lle una de esas guerras intestinas tan terribles, recurso y
» azote de siglos mas cristianos, pero menos ilustrados.

» Lo que hay en Francia no es una monarquía, sino
» una república, y á la verdad de muy mala ley, escudada
» con un trono que recibe los golpes, é impide que vayan
» á caer sobre el mismo gobierno.

» Además, si la legitimidad es una fuerza considerable,
» la elección es tambien un poder preponderante, aun
» cuando no es mas que ficticia, sobre todo en este pais
» donde no se vive mas que de vanidad: la elección es lo
» que halaga la pasión de los franceses por la igualdad.

» El gobierno de Luis Felipe se entrega á un doble
» exceso de arbitrariedad y de servilismo, en que jamás ha-
» bía pensado el gobierno de Carlos X. Este exceso sin em-
» bargo se sufre; ¿y por que? porque el pueblo tolera mas
» fácilmente la tiranía de un gobierno creado por él, que

»el rigor legal de las instituciones que no son obra suya.
»Cuarenta años de tempestades han hecho pedazos las
»almas de mas temple; la apatia es grande; el egoismo
»casi jeneral; todo el mundo se esconde por sustraerse al
»peligro, conservar lo que posee y vejetar en paz. Des-
»pues de una revolucion quedan tambien algunos hombres
»gangrenados que manchan cuanto tocan, asi como des-
»pues de una batalla quedan los cadáveres que corrompen
»el aire. Si Enrique V pudiera ser trasportado á las Tu-
»llerías sin alboroto, sin confusion y sin comprometer nin-
»gun interes, aun el mas insignificante, estaríamos muy
»cerca de una restauracion; pero si para conseguirlo se ne-
»cesita aunque no sea mas que dejar de dormir una no-
»che, disminuye la probabilidad del buen éxito.

»Los resultados de las jornadas de Julio no han apro-
»vechado ni para el pueblo, ni para el buen nombre del
»ejército, ni para al adelanto de las letras, de las artes,
»del comercio y de la industria. El estado se ha converti-
»do en botin de los ministeriales de oficio, y de esa clase
»de jentes para quienes la patria es su vientre, y los nego-
»cios públicos el ajuar de su casa. Es difícil, señora, que
»V. A. pueda comprender desde allí qué es lo que aqui
»se llama justo-medio: figuraos una carencia absoluta de
»elevacion de alma, de nobleza de corazon, y de dignidad
»de carácter; representaos unos hombres hinchados con su
»importancia, hechizados con sus empleos, locos con su
»dinero, decididos á dejarse matar por no perder sus suel-
»dos. Nada es capaz de arrancarlos de ellos; su conserva-
»cion es cuestion de vida ó muerte; están pegados á su
»pension como los galos á sus espadas, los caballeros al
»oriflama, los hugonotes al penacho blanco de Enrique IV,
»y los soldados de Napoleon á la bandera tricolor; y no mo-

»rirán sino despues de haber agotado sus fuerzas, prestando juramento á todos los gobiernos, y de haber derramado la última gota sobre su último empleo. Esos eunucos de la cuasi-lejitimidad dogmatizan la independenciamaciendo asesinar á los ciudadanos en las calles, y llenando las cárceles de escritores públicos; entonan cánticos de triunfo evacuando la Béljica á la intimacion de un embajador ingles, y saliendo de Ancona á la simple orden de un cabo austriaco; y se pavonean entre las puertas de Santa-Pelagia y las de los gabinetes de Europa, respirando libertad, y llenos de orgullo y de gloria.

»Cuanto he dicho relativo á las disposiciones de la Francia no es con el objeto de desanimar á V. A. R.; quiero tan solo demostrar cuál es el camino que conduce al trono de Enrique V.

V. A. conoce mi opinion respecto á la educacion de mi jóven rey; en el folleto que he tenido el honor de ofreceros están espresados mis sentimientos en esta parte; asi es que ahora no haria mas que repetir lo dicho. Que Enrique V sea educado por su siglo, con y por los hombres de su siglo; hé aqui en resúmen todo mi sistema: sobre todo, que sea educado como si nunca hubiera de ser rey. Puede reinar mañana, puede reinar dentro de diez años, puede no reinar jamás; porque si la lejitimidad tiene en su favor las diferentes probabilidades que luego indicaré, podria suceder tambien que viniera á tierra el edificio actual sin que aquella saliera de sus ruinas. Vuestra alma, señora, tiene bastante fortaleza para suponer, sin dejaros abatir, un decreto de Dios que condenase á vuestra illustre descendencia á no volver á salir de la clase popular; asi como teneis el corazon demasiado grande para alimentar justas esperanzas sin dejaros cegar por

»ellas. Esta es la otra parte del cuadro que voy á presen-
»tar ahora á vuestros ojos.

»La edad de V. A. está en disposicion de desafiarlo
»todo; os quedan mas años de vida que los que han pasa-
»do desde el principio de la revolucion. Ahora bien: ¿que
»no hemos visto en estos últimos años? Cuando han pasa-
»do la república, el imperio y la lejitimidad, ¿no pasará
»tambien el anfibio justo-medio? ¿Será posible que haya-
»mos atravesado y consumido tantos crímenes, tantas des-
»dichas, tanto talento, tanta libertad y tanta gloria para
»llegar á la miseria de hombres y de cosas que tenemos
»en la actualidad? La Europa trastornada, los tronos ca-
»yendo unos sobre otros, las jeneraciones precipitadas en
»la tumba con la espada clavada en el pecho, el mundo
»en desórden por espacio de medio siglo; ¡todo esto para
»dar á luz la casi lejitimidad! Concibo una grande repú-
»blica saliendo de este cataclismo social: al menos estaria
»en aptitud de heredar las conquistas de la revolucion;
»esto es, la libertad política, la libertad y la publicidad
»del pensmiento, la nivelacion de las clases, la capacidad
»universal para los empleos públicos, la igualdad de todos
»ante la ley, la eleccion y la soberanía popular; pero no
»puedo suponer que una turba de sórdidas medianías, sal-
»vadas del naufragio, puedan aplicar estos principios. Y si
»no, ¿á que proporciones no los han reducido ya? Los
»detestan, y no suspiran mas que por las leyes escepcio-
»nales; quisieran encerrar todas esas libertades debajo de
»la corona que han fabricado, como debajo de una tram-
»pa, para darse tono despues con los canales, con los
»caminos de hierro, con la revolucion de las artes, y con
»los planes de estudios: mundo de máquinas y de charla-
»tanismo, á que se dá el nombre de *sociedad-modelo*.

» ¡Desgraciado el hombre de talento superior, el hombre
» de jenio, ávido de preferencia, de gloria y de placer, de
» sacrificios y de celebridad, deseoso de triunfar en la tri-
» buna, en las letras ó en las armas, que levantase un día
» la cabeza en este mundo de enojo y de fastidio!

» No hay, señora, mas que un caso en que hubiera
» probabilidad de que la cuasi-lejitimidad continuase veje-
» tando; tal seria si el estado actual de la sociedad fuese el
» estado natural de esa misma sociedad en la época á que
» hemos llegado. Si el pueblo envejecido se encontrase en
» consonancia con su gobierno decrepito; si entre los go-
» bernantes y gobernados hubiese armonía de debilidad y
» de flaqueza; entonces, señora, todo habia acabado para
» V. A. R., asi como para el resto de los franceses. Pero
» si nosotros no hemos llegado aun á esa edad de chochez
» nacional; si es imposible el establecimiento inmediato de
» la república; en este caso parece consiguiente el renaci-
» miento de la lejitimidad. Viva vuestra juventud, y de
» seguro irán á parar á vuestras manos los reales andrajos
» de una pobreza titulada monarquía de Julio: decid á vues-
» tros enemigos lo que vuestra abuela la reina Blanca de-
» cia á los suyos durante la menor edad de San Luis: »No
» me canso de esperar." En compensacion de vuestras des-
» gracias os han sido concedidas las bellas horas de la vida;
» y el porvenir os dará tantas felicidades, como dias os
» habrá robado el tiempo presente.

» La principal razon que milita en vuestro favor es,
» señora, la justicia de vuestra causa y la inocencia de vues-
» tro hijo: todas las eventualidades juntas no valen nada
» contra un derecho lejitimo."

Despues de presentar una por una las razones de espe-
ranza que yo estaba muy lejos de alimentar, pero que pro-

curaba esforzar para consolar á la princesa, continuó de este modo:

»Hé aqui, señora, el estado precario de la cuasi-lejiti-
»titud en el interior; su posicion no está mas asegurada
»en el esterior.

»Si el gobierno de Luis Felipe hubiera conocido que
»la revolucion de Julio dejaba sin efecto las transacciones
»anteriores; que una nueva constitucion nacional llevaba
»consigo un nuevo derecho politico, y cambiaba los inte-
»reses sociales; si al principio de su carrera hubiera teni-
»do juicio y valor; hubiera podido, sin disparar un tiro,
»restituir á la Francia las fronteras que le han sido quita-
»das: tan vivo es el asentimiento de los pueblos, y tan
»grande era la admiracion y la sorpresa de los reyes. La
»cuasi-lejititud de entonces hubiera pagado su corona
»con un aumento de territorio, como con moneda contan-
»te, y se hubiera atrincherado detras de este baluarte.
»Pero en vez de aprovecharse de este elemento republica-
»no para marchar á prisa, ha tenido miedo de su orijen; se
»ha arrastrado por el suelo; ha abandonado las naciones
»sublevadas por ella y para ella; de dependientes suyas
»que eran las ha convertido en enemigas; ha apagado el
»entusiasmo guerrero, y ha cambiado en deseo pusilánime
»de paz, el deseo ilustrado de restablecer el equilibrio en-
»tre nosotros y los estados vecinos, de reclamar al menos
»á esos estados, desmedidamente engrandecidos, los tro-
»zos arrancados á nuestra antigua patria. Por un efecto de
»debilidad de corazon y de falta de jenio, ha reconocido
»Luis Felipe unos tratados que se avienen mal con la re-
»volucion; tratados con los cuales no puede vivir, y que
»han sido infrinjidos por los mismos estrangeros.

»El justo-medio ha dejado á los gabinetes de las otras

»naciones el tiempo suficiente para reconocerse y poner
»sus ejércitos sobre las armas; y como la existencia de una
»monarquía democrática es incompatible con la existencia
»de las monarquías del continente, es muy posible en mi
»concepto que nazcan de esta incompatibilidad algunas
»hostilidades, á pesar de los protocolos, de los apuros de
»la hacienda, del miedo mútuo, de los armisticios pro-
»longados, de los despachos pacíficos, y de las demostra-
»ciones de amistad. Si nuestra monarquía plebeya está re-
»signada á sufrir insultos; si los hombres sueñan en la paz;
»la fuerza de las circunstancias podrá imponer la necesi-
»dad de aceptar la guerra.

»Pero sea de esto lo que fuere, sucumba ó no la le-
»gitimidad á impulsos de la guerra, estoy bien seguro de
»que V. A. no cifrará jamás su esperanza en los estranje-
»ros, y que preferiría que Enrique V no reinase nunca,
»antes que verle llegar al trono bajo el patrocinio de una
»coalicion europea: de vos y de vuestro hijo es de donde
»sacais el fundamento de vuestra confianza. De cualquier
»modo que se discorra sobre las ordenanzas, nunca pue-
»den perjudicar á Enrique V: inocente de todo, tiene en
»su favor la eleccion de los siglos y el infortunio de su na-
»cimiento. Si la desgracia nos conmueve en la soledad de
»la tumba, todavía nos entenece mas cuando vela junto
»á una cuna; pues en este caso no es ya el recuerdo de una
»cosa pasada, de una criatura miserable pero que ha aca-
»bado de sufrir, sino que es una penosa realidad, que lle-
»na de tristeza una edad que no debia conocer mas que la
»alegría, y amenaza una vida entera que en nada le ha
»ofendido, y que por consiguiente no ha merecido sus ri-
»gores.

»Por lo que á vos toca, señora, vuestras desgracias

»os dan una autoridad extraordinaria. Bañada con la san-
 »gre de vuestro marido, habeis llevado en vuestro seno al
 »hijo que la política llamó *hijo de la Europa* y la reli-
 »jion *hijo del milagro*. ¡Que influencia no ejerçais sobre
 »la opinion cuando se os ve sola guardando para el huérfano
 »desterrado la pesada corona que Cárlos X sacudió de su
 »blanca cabeza, y á cuyo peso se sustrajeron otras dos
 »frentes, harto oprimidas ya de dolores para que les fue-
 »ra lícito desechar esta nueva carga! Vuestra imájen se
 »presenta á nuestra mente con esas gracias femeniles que,
 »sentadas sobre el trono, parecen ocupar su lugar natu-
 »ral. El pueblo no alimenta preocupacion alguna contra
 »vos; siente vuestras penas; admira vuestro valor; conser-
 »va la memoria de vuestros dias de luto; os agradece el
 »que os hayais mezclado mas tarde á sus placeres, y par-
 »ticipado de sus gustos y sus fiestas; y encuentra un en-
 »canto en la vivacidad de esa francesa extranjera, venida
 »de un pais querido á nuestra gloria por las victorias de
 »Fornoue, de Marignan, de Arcola y de Marengo. Las
 »musas echan de menos á su protectora, nacida bajo el
 »hermoso cielo de la Italia que la inspiró el amor á las
 »artes, y que de una hija de Enrique IV hizo una hija de
 »Francisco I.

»Desde la revolucion acá ha mudado muchas veces la
 »Francia de directores; pero no ha visto aun encargada
 »una mujer del timon del estado. Sin duda quiere Dios
 »que las riendas de este pueblo indomable, escapadas de
 »las manos voraces de la Convencion, rotas en las manos
 »victoriosas de Bonaparte, é inútilmente empuñadas por
 »Luis XVIII y Cárlos X, sean anudadas por una princesa
 »que sabrá hacerlas á la vez menos frágiles y mas lijeras."

Por último, despues de recordar á S. A. el honor que

me habia dispensado en pensar en mi para formar parte del gobierno secreto , termino la carta de este modo:

»En Lisboa hay un magnífico monumento, en que se lee este epitafio: *Aquí yace contra su voluntad Basco Fu- guera*. Mi mausoleo será modesto, y yo no reposaré en él »contra mi gusto.

»Os es conocido, señora, el orden de ideas con que yo »distingo la posibilidad de una restauracion: cualquiera »otra combinacion está fuera del alcance de mi discurso, »y no tengo dificultad en confesar mi insuficiencia. Solo »presentándome á cara descubierta, y proclamándome par- »tidario y confidente vuestro, es como encontraria en mí »alguna fuerza; pero no me siento dispuesto para ser mi- »nistro plenipotenciario de noche y encargado de negocios »cerca de las tinieblas. Si V. A. R. me nombrase su em- »bajador en el pueblo de la *nueva Francia*, pondria yo so- »bre mi puerta la siguiente inscripcion con letras gordas: »*Embajada de la antigua Francia*. Dios sabe lo que suce- »deria; pero no tendria que ocuparme en sacrificios secre- »tos: no sé hacerme culpable de fidelidad si no de modo »que puedan cojerme infraganti.

»Sin negar á V. A. R. los servicios que tiene derecho »á exigir de mí, os suplico, señora, aprobeis el proyecto que »he formado de acabar mis dias en el retiro. Mis ideas no »pueden gustar á las personas que poseen la confianza de »los nobles desterrados de Holyrood: la prosperidad haria »que renaciesen las rencillas pasadas y la antipatia natural »contra mis principios y mi persona. Yo he visto desechar »los planes que habia presentado para engrandecer mi pa- »tria, para dar fronteras á la Francia con las cuales pudie- »se estar al abrigo de las invasiones, y para sustraerla de »la humillacion de los tratados de Viena y de Paris. He

»oído que me trataban de renegado cuando defendía la re-
 »lijion , y de revolucionario cuando me esforzaba en basar
 »el trono sobre las libertades públicas. Ahora volvería á
 »encontrar esos mismos obstáculos , aumentados con el
 »odio que debe haber causado á los fieles de córte , de ciu-
 »dad y de provincia la leccion que les dió mi conducta en
 »el dia de la prueba. Tengo muy poca ambicion y grande
 »necesidad de descanso , para pretender que mi adhe-
 »sion sea una carga para la corona , y obligarla á sufrir
 »mi presencia importuna. He cumplido mis deberes sin
 »ocurrirme una sola vez la idea de que podia adquirir con
 »ello un derecho al favor de una familia augusta ; y me
 »tengo por dichoso con que esa familia me haya permitido
 »participar de sus adversidades. Nada hay para mí superior
 »á esta honra ; y si bien encontrará servidores mas jóvenes y
 »mas hábiles que yo , desde luego no hallará otro mas ce-
 »loso. Estoy muy distante de tenerme por necesario : mas
 »aun , no creo que haya ninguno en el dia : inútil para lo
 »presente , me retiro á la soledad para ocuparme en lo pa-
 »sado. Espero , señora , vivir aun bastante tiempo , para
 »añadir á la historia de la restauracion la página gloriosa
 »que prometen á la Francia vuestros futuros destinos.

»Soy , señora , con el mas profundo respeto el mas hu-
 »milde y obediente servidor de V. A. R.

»CHATEAUBRIAND.”

Esperando un correo seguro , hubo de detenerse el en-
 vío de esta carta : entre tanto pasó el tiempo , y añadió la
 siguiente postdata :

Paris 12 de Abril de 1832.

»Señora: todo envejece á prisa en Francia ; cada hora
»descubre nuevas probabilidades en la política , y dá prin-
»cipio á una nueva série de acontecimientos. Los del dia
»son la enfermedad de M. Perier y el azote de Dios. He
»enviado al prefecto del Sena los doce mil francos que la
»hija proscrita de San Luis y de Enrique IV ha destinado
»al alivio de los desgraciados : ¡ que uso tan digno de su
»noble indijencia ! Haré , señora , cuanto pueda para ser
»intérprete fiel de vuestros sentimientos. En mi vida he
»recibido una mision mas honorífica.

»Soy con el mas profundo respeto , &c.»

Antes de hablar del incidente de los doce mil fran-
cos para los coléricos , á que hace referencia esta postda-
ta , es preciso decir algo del cólera. En mi viaje á Orien-
te no habia tropezado con la peste ; ha venido sin embar-
go á buscarme á mi casa : la fortuna , tras la cual habia
yo corrido , me esperaba sentada á la puerta.

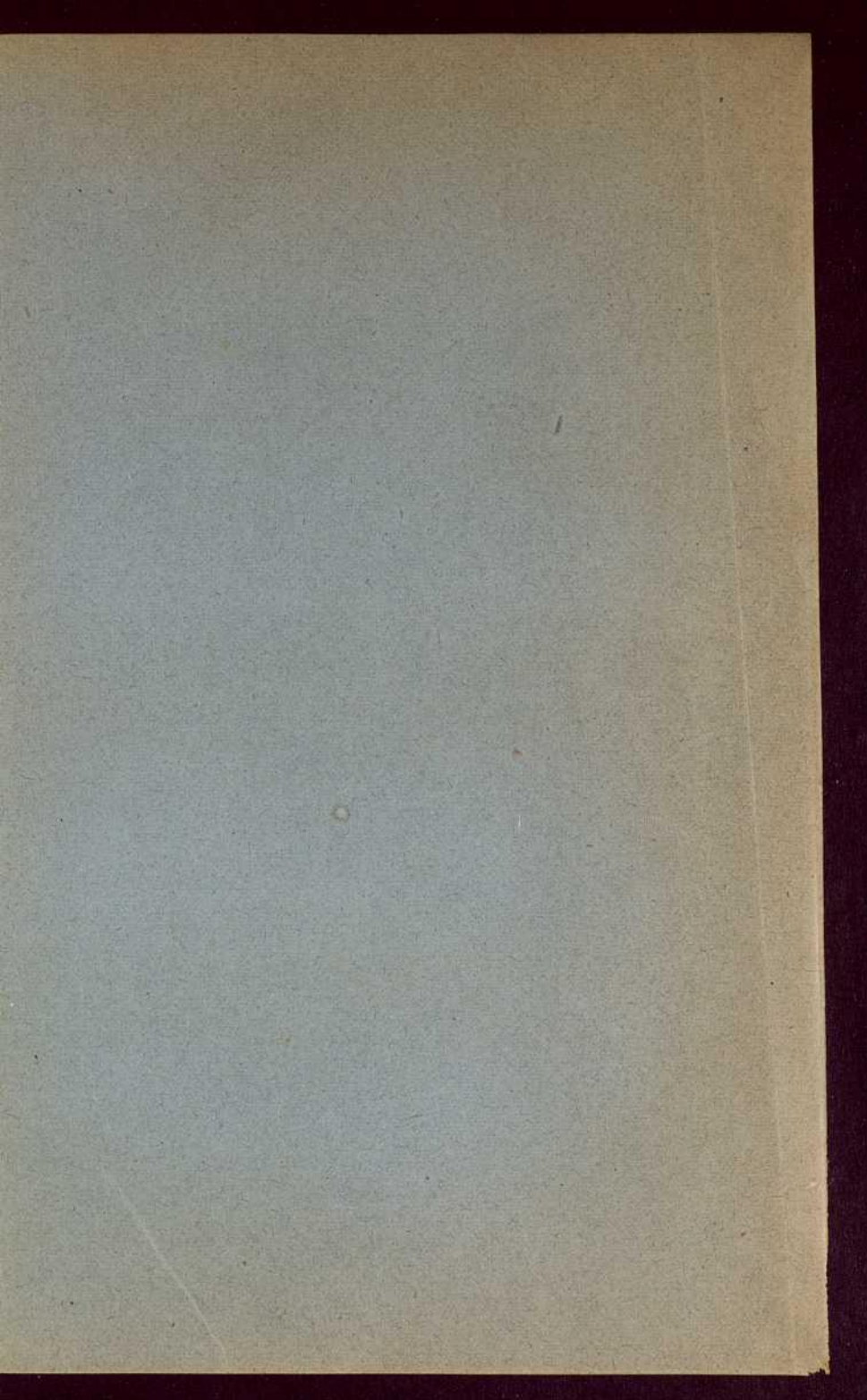
Fin del tomo cuarto.

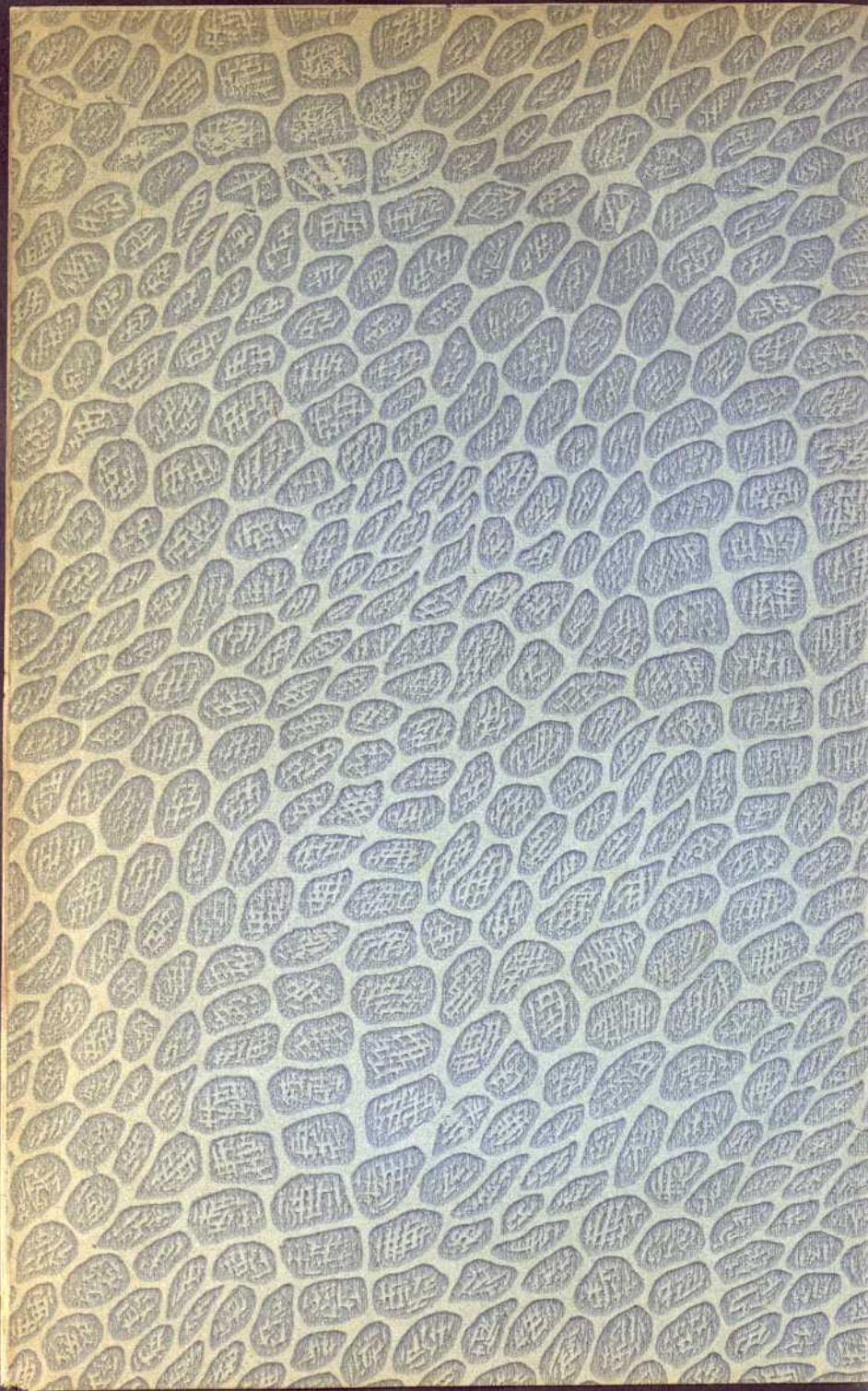
AVISO DEL EDITOR.

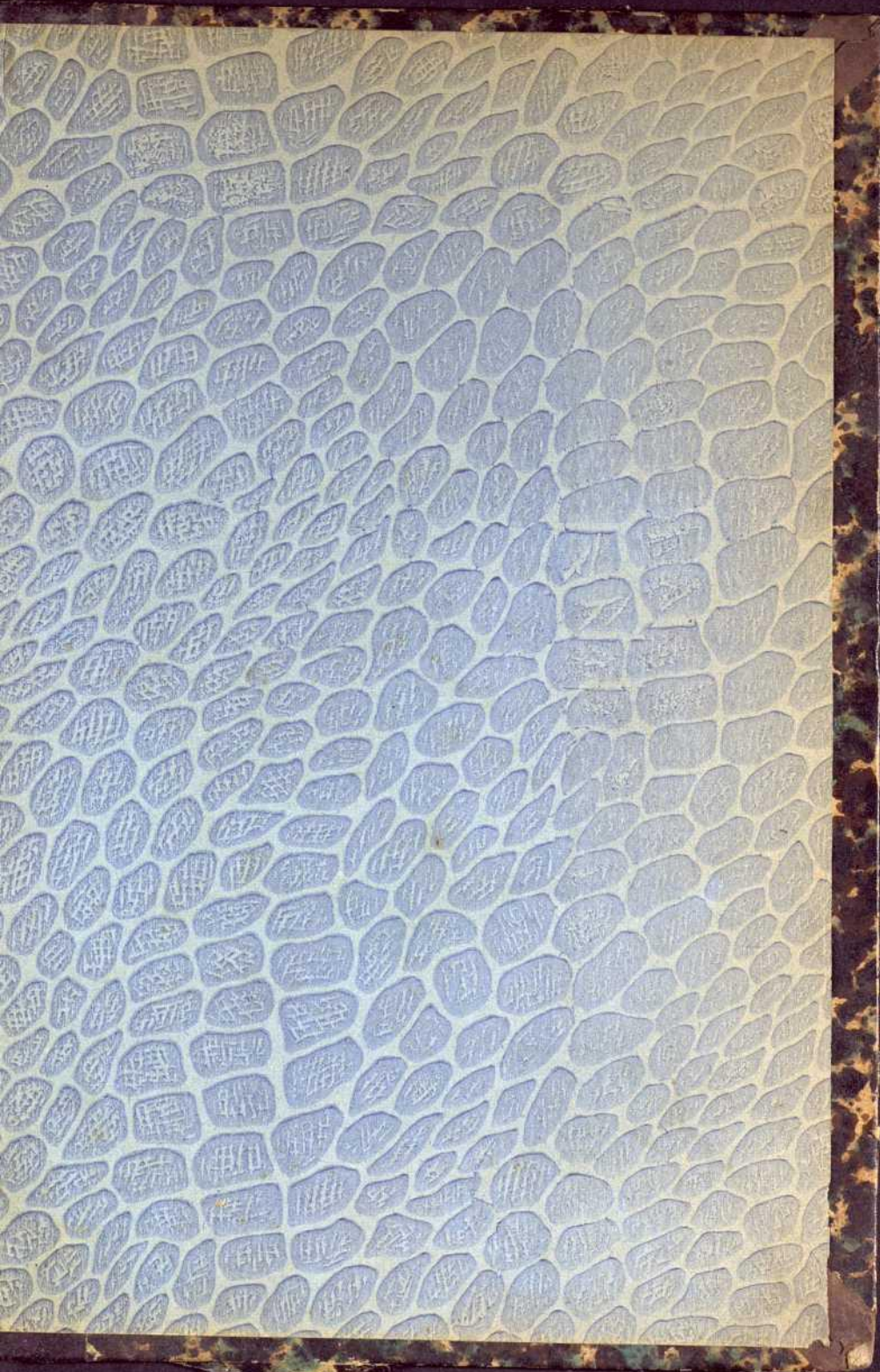
Sin embargo de haber dicho á los Señores Suscriptores que terminarian estas Memorias con el presente tomo, fundándonos en lo que nos anunciaban los Editores de Paris, hemos visto despues que continuaban con nuevos é interesantes documentos, que formarán á caso un volúmen mas, de los cuales hemos creido no defraudar á nuestros Suscriptores; porque los consideramos utilisimos, y prescindir de ellos seria dejar incompleta la obra.

AVISO DEL EDITOR

En el presente de haber dado a los señores suscritores
que letrados en estas Memorias con el presente tomo, los
dándoles en lo que nos anuncian los Editores de Paris,
damos visto después que continuaban con nuevos e inter-
santes documentos, que formaban a caso un volumen más
de los que se han creído no deberse a nuestros sus-
critores; porque los consideramos utilísimos, y por lo
que de ellos sería de dar incompleta la obra.









28

Chateaubriand
MEMORIA
de
ULTRA-TUMBA



Universitat de València
Biblioteca General

D-114
246

V.T.